Götz Aly

La utopía nazi

Cómo Hitler compró a los alemanes

Los beneficiarios de Hitler. El saqueo, la guerra racial y el nacionalsocialismo



Tras la lectura de los muchos libros que nos hablan de la «locura» de Hitler, de los crímenes del Tercer Reich o de las atrocidades de la segunda guerra mundial, siempre parece quedar en el aire una pregunta inquietante: ¿Cómo pudo suceder?

He aquí, por fin, un libro que nos da una respuesta lógica y convincente: Hitler y los dirigentes del Reich compraron el silencio y la complicidad de la mayoría de los alemanes a cambio de seguridad y bienestar material. Lejos de la visión tradicional que nos muestra a unas pocas corporaciones empresariales y a dignatarios nazis enriquecidos con la guerra, este libro —cuya publicación en Alemania ha desencadenado una verdadera conmoción nacional— demuestra documentalmente que el hambre, el pillaje y la expoliación de la Europa ocupada, así como la exterminación de los judíos y el saqueo de sus bienes, sirvieron, sobre todo, para mantener y asegurar el nivel de vida del pueblo alemán, que, en su gran mayoría, aceptó una utopía cimentada en el robo, el racismo y el asesinato.



Götz Aly

LA UTOPÍA NAZI

Cómo Hitler compró a los alemanes

ePub r1.0

Titivillus 15.03.18

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Hitlers Volksstaat. Raub, Rassenkrieg und nationale Sozialismus*

Götz Aly, 2005

Traducción: Juan María Madariaga

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2






Edición digital: ePubLibre, 2018

Conversión PDF: FS, 2020

Aclaración sobre las NOTAS

La presente obra es producto de una investigación histórica minuciosa y contiene una gran cantidad de notas bibliográficas, esenciales para historiadores e investigadores pero irrelevantes para un lector «común» que quiera informarse específicamente del asunto del que trata el libro y cuya consulta exhaustiva entorpecería la lectura del mismo.

Algunas de esas notas, sin embargo, contienen algún tipo de información adicional complementaria de interés. A modo de reclamo visual, estarán señaladas, además de por la habitual numeración entre corchetes, también por un circulito negro entre paréntesis ([Nº (•)]).

Las «Notas del Traductor» (estas sí aclaratorias y pertinentes para el lector) estarán enlazadas con la única indicación de un asterisco entre corchetes ([*]).

(*El E. D.*)

Primera parte

Demagogos en acción

1

El sueño del Reich del pueblo

TIEMPOS TITÁNICOS

En el libro que el lector tiene ante sí se trata de mostrar la simbiosis entre «Estado del pueblo» y crimen. Para ello hay que superar un planteamiento historiográfico todavía muy extendido que disocia los aspectos manifiestamente atroces del nacionalsocialismo de las iniciativas políticas que hicieron aquel régimen tan atractivo para la mayoría de los alemanes. Su propósito central es insertar los crímenes históricamente confirmados en la historia de Alemania durante la primera mitad del siglo XX. La génesis del Holocausto no se halla únicamente en los escritos que llevaban el título «cuestión judía» en la cubierta o en el índice, sin que ello mengüe los méritos de las investigaciones históricas sobre la época nacionalsocialista, preponderantemente concentradas en los crímenes. La desazón por las condiciones que hicieron posibles esos crímenes constituye la espina dorsal de mi quehacer como escritor, y también de este libro, naturalmente.

El NSDAP se basaba en la doctrina de la desigualdad entre las razas y al mismo tiempo prometió a los alemanes mayor igualdad de oportunidades de la que había dispuesto durante el Reich del Káiser o incluso durante la República de Weimar. En la práctica esto se llevó a cabo a costa de otros, mediante la guerra racial y el saqueo. Vista desde dentro, la lucha de razas parecía sugerir el final de la lucha de clases, y con ella propagó el NSDAP una de las utopías socialrevolucionarias y nacionalrevolucionarias del siglo precedente, que lo hizo popular y de la que extraía sus energías criminales. Hitler hablaba de la «construcción del Estado social del pueblo», de un «Estado social» que supuestamente existiría algún día y en el que «se derribarían todas las barreras sociales».[1]

Como todos los revolucionarios, los seguidores del movimiento nacionalsocialista, muy jóvenes en su inmensa mayoría, sentían la urgencia del ahora-o-nunca. En el momento de la toma del poder en 1933 Joseph Goebbels tenía treinta y cinco años, Reinhard Heydrich veintiocho, Albert Speer veintisiete, Adolf Eichmann veintiséis, Josef Mengele veintiuno, Heinrich Himmler y Hans Frank treinta y dos. Hermann Göring —uno de los de más edad— acababa de cumplir cuarenta años. Todavía mediada la guerra podía Goebbels afirmar, a propósito de una encuesta: «La edad media de los dirigentes del partido, incluso en sus estructuras intermedias, está en torno a los treinta y cuatro años, y en el Estado en torno a los cuarenta y cuatro. Se puede por tanto decir que Alemania está dirigida actualmente por sus jóvenes». Al mismo tiempo exigía una «renovación de los mandos».[2]

Para la mayoría de los jóvenes alemanes el nacionalsocialismo no significaba dictadura, represión del derecho de expresión y opresión, sino libertad y aventura. Veían en él una prolongación del movimiento juvenil, un programa contra el

envejecimiento físico y espiritual. Los veinteañeros y treintañeros que daban el tono se alzaron en 1935 llenos de desprecio contra los pusilánimes. Se veían a sí mismos como hombres de acción modernos, antiindividualistas. Se burlaban de «las pequeñas preocupaciones, ya que nos pertenece el gran mañana». En enero de 1940 se sentían excitados ante «la gran batalla» que veían ante sí: «… caiga quien caiga, a este país le espera un gran futuro feliz»; y todavía a primeros de marzo de 1944 se disponían —a pesar de todos los terrores vividos— a emprender «la última fase de esta guerra». [3]

Un hombre de treinta y tres años anotaba en su diario por qué se había presentado voluntario para uno de los grupos de repatriación formados de repente, en pocos días, en 1939 para «devolver al Reich» a los alemanes que vivían en Europa oriental: «No tuve que reflexionar ni un minuto para inscribirme. La tarea planteada es impresionante; espero poder ser útil y que se acepte mi inscripción. Que al mismo tiempo ese llamamiento me libere de la estrechez de mi oficina se ha convertido en algo que ya me da igual». Catorce días después anotaba: «Me sobrecoge la enormidad de la tarea: nunca antes me habían confiado una responsabilidad semejante».[4] Las jovencitas se entusiasmaban con el empleo de estudiantes para cuidar de los alemanes del extranjero reasentados en la región conquistada de Warthegau[*] y con la improvisada construcción de escuelas y jardines de infancia: «Lo mismo daba de qué facultad viniéramos, nos unía una gran tarea común, en concreto la de invertir en el Warthegau durante las vacaciones toda nuestra fuerza y nuestros conocimientos, por pequeños que fueran. Y dicho francamente, estábamos entonces muy orgullosas de ser las primeras que podían realizar allí ese trabajo como estudiantes pioneras».[5]

El que luego sería presidente de la confederación de organizaciones empresariales Hans Martin Schleyer, nacido en 1915, se burlaba en 1942 —cuando trabajaba como funcionario de la ocupación, con veintisiete años, en Praga— del resto de las viejas élites de la administración y la enseñanza, que a sus ojos estorbaban el establecimiento del «auténtico nacionalsocialismo»: «La disposición a la que se nos acostumbró en la Época de Lucha [por el poder], a reclamar tareas y no esperar a que nos las encargaran, las continuas iniciativas en favor del movimiento, también después de la toma de poder, nos han llevado a puestos de responsabilidad antes de lo habitual».[6] Hans Schuster, redactor-jefe del *Süddeutsche Zeitung* en la década de 1970, fue nombrado en mayo de 1941 encargado de negocios en la legación alemana en Agram (Zagreb), cuya misión consistía en organizar el Estado satélite de Croacia. Antes, predestinado por su tesis presentada en Leipzig sobre «La cuestión judía en Rumanía», había trabajado en la embajada alemana en Bucarest y colaborado allí en operaciones conspirativas. También él pertenecía a la generación de 1915. Desde Zagreb escribió en enero de 1942 —cuando sólo tenía veintiséis años—, con el jadeo de la convicción ideológica, a su amigo Hellmut Becker, quien más tarde ejercería también mucha influencia como abogado y escritor:

> Querría verdaderamente salir pronto de aquí —este último año aquí ha supuesto demasiado para mí; se ha conseguido mucho casi con excesiva rapidez—, aunque también había mucha tensión y peligros que duraban semanas. Primero fue el golpe de Estado en Belgrado y luego la guerra y nuestro golpe de Estado aquí en Agram. Y luego la suerte de haber podido trabajar durante más de medio año bajo la dirección de una persona excelente como el enviado diplomático Kasche (general de las SA, ¡figúrate!), en la laboriosa construcción de este Estado, con grandes responsabilidades, en circunstancias especialmente favorables gracias a la estrecha relación con el gobierno de aquí desde los tiempos del Gran Cambio.

Schuster consiguió lo que quería y pronto se mostró agra-

decido, como soldado, a que «la agitación de esta existencia, la continua tensión, la necesidad de tomar tus propias decisiones, por pequeñas que sean … y cierta cantidad de fantasía e iniciativa [...lo hubieran] preservado de los aspectos más embrutecedores de la guerra».[7]

Esos hombres y mujeres encontraron todos lo que querían, lo que se desea siempre a esa edad: responsabilidad, comportamientos todavía no regulados, que exigían a los pioneros una improvisación incesante, la continua puesta a prueba de sus fuerzas espirituales y corporales. Se forjaron una vida en la que podían romper con la rutina siempre que les agobiaba. Odiaban la estrechez de miras de la cotidianidad burocrática, buscaban probarse a sí mismos y divertirse, el cosquilleo de lo imprevisible y la emoción de la guerra de movimientos moderna. Emprendían, como adolescentes que eran, la búsqueda de una identidad propia, con una ilusoria sensación de omnipotencia.

Quienes tomaron el poder en 1933 eran estudiantes y recién licenciados, entre los que abundaban los hijos rebeldes de las viejas élites y los jóvenes con aplomo que habían aprovechado el ascenso social promovido durante la República por la socialdemocracia. Superaban la heterogeneidad de su procedencia y origen en la utopía social romántica y al mismo tiempo tecnicista y moderna del socialismo nacional. Se concebían a sí mismos y sus iguales como vanguardia de una «nación joven», y tildaban a sus mayores, escarmentados y asustadizos, de «hortalizas de cementerio», y a los funcionarios firmes en sus principios y que habían servido durante mucho tiempo, de «caballeros afectados por la calcificación de las articulaciones».[8] Desconectados del presente y volcados hacia el futuro, desarrollaron sus visiones de una vida que imaginaban como todo lo contrario al estancamiento. Los activistas y los muchos simpatizantes curiosos o re-

primidos del movimiento nazi contraponían a las estrecheces del presente la esplendente aurora nacional que se anunciaba en el horizonte. El peso de la cotidianidad, pronto titánico —para describirlo con una palabra de la época—, se aliviaba mirando al futuro. En el verano de 1941 Goebbels consideró la posibilidad de publicar sus discursos de guerra bajo el título *Entre el ayer y el mañana*, aunque luego el libro apareció como *Una época sin precedentes*.[9] Hay buenos motivos para caracterizar el nacionalsocialismo como una dictadura de los jóvenes, que en pocos años se convirtió en el proyecto generacional más cumplido —en el sentido destructivo— del siglo XX.

Los muchos préstamos que el socialismo nacional tomó del fondo ideológico del socialismo de izquierda se pueden constatar en la propia biografía de los participantes. No pocos de los posteriores activistas nazis habían pasado por experiencias comunistas o socialistas durante la República de Weimar. Así se expresaba por ejemplo Eichmann en sus memorias: «Mis sentimientos políticos intuitivos estaban a la izquierda, y lo socialista era en ellos al menos tan poderoso como lo nacionalista». Durante la «Época de Lucha» él y sus amigos habían considerado el nacionalsocialismo y el comunismo como «una especie de hermanos enfrentados».[10] El escritor Wolfgang Hillers reconoció de repente «que el Yo tenía que subordinarse a un Nosotros, y que un nuevo arte alemán sólo podía brotar de la fuente del Nosotros».[11] Ese autor tan representativo —piénsese igualmente en Arnolt Bronnen— había colaborado con Bertolt Brecht y Johannes R. Becher y había participado en la obra coral *El gran plan* que ensalzaba la industrialización forzada estalinista. En 1933 sólo tuvo que cambiar la palabra «proletario» por «alemán»; el camino del Yo al Nosotros ya lo había recorrido, con lo que podía aprovechar su conocimiento de que para

poner en escena «el nuevo sentimiento del Nosotros resulta especialmente adecuada la forma coral… Adelante, sin olvidar dónde reside nuestra fuerza». La nueva Alemania del socialismo nacional dio muchas oportunidades a aquellos que en las manifestaciones y batallas callejeras y de ideas habían estado al otro lado, de firmar su paz individual con el Tercer Reich.[12]

En las páginas que siguen aparecerán con frecuencia el secretario de Estado de Finanzas Fritz Reinhardt y su ministro el conde Lutz Schwerin von Krosigk. Ambos colaboraron estrechamente, a pesar de sus distintos orígenes y biografías.[13] En 1940, obligado a guardar cama por una enfermedad, Reinhardt escribía a su jefe: «Me llenan de júbilo las grandes tareas que pronto habrá que resolver … ¡Qué felices nos podemos sentir de vivir en estos tiempos titánicos y de poder actuar en ellos! ¡París en manos alemanas, Francia obligada a la capitulación! ¡En tan poco tiempo! ¡Apenas se puede creer!»[14]

La rápida victoria se hizo posible con la violación de la neutralidad de Bélgica y Holanda, que Hitler había calificado como «intrascendente». A sus hombres de confianza, y también poco a poco a la población alemana, les inculcaba aquella máxima que pronto posibilitó cualquier crimen: «Cuando hayamos vencido, nadie nos pedirá cuentas».[15]

La cuestión de si hubo algún plan, algún propósito propagandísticamente explicado del régimen nacionalsocialista, al que respondiera la realidad posterior, o si por el contrario fue surgiendo con el tiempo como idóneo, carece incluso de interés académico, y además conduce analíticamente al error. La extraordinaria rapidez y la juvenil falta de escrúpulos convertida en fiebre colectiva hacen difíciles de entender los doce cortos años del nacionalsocialismo. La sociedad ale-

mana obtuvo su extrema energía de la unidad de los contrarios mantenida por sus dirigentes: entre las necesidades políticas racionales y emocionales, entre las nuevas y viejas élites, entre pueblo, partido y burocracia. La tensión, extraordinariamente alta, se mantuvo sobre todo allí donde el aparato político unía los opuestos: la protección de las supuestas tradiciones con el entusiasmo por las posibilidades técnicas, el gozo antiautoritario en la subversión con el alineamiento autoritario-utópico con el Estado solar[*] alemán. Hitler asociaba el renacimiento nacional con el riesgo del declive, la armonía entre las clases sociales con la violencia destructiva de la división del trabajo.

EL GRAN SOBRESALTO

Los dirigentes nacionalsocialistas no podían soportar a los juristas, diplomáticos de carrera y oficiales de estado mayor, pero les permitieron adaptarse parcialmente, en su propio provecho, a los tiempos que corrían. Entre ellos tendremos que mencionar repetidamente en los siguientes capítulos a los funcionarios del Banco del Reich y de los ministerios de Finanzas y Economía, hombres astutos formados técnica y políticamente en el Reich del Káiser o reclutados como fuerzas de nuevo cuño durante los primeros años de la República; muchos de ellos habían participado como soldados en la primera guerra mundial. Se observa la misma heterogeneidad y amplias diferencias biográficas en todos los ministerios técnicos, en la mayoría de las facultades universitarias o en los equipos privados o (semi) estatales de expertos, en institutos de investigación económica, sociedades científicas,

redacciones de revistas y en los departamentos de economía de los grandes bancos.

Los funcionarios del departamento III del Ministerio de Economía del Reich saquearon Europa entre 1939 y 1945 bajo la dirección del alto funcionario ministerial Gustav Schlotterer con un rigor apenas imaginable. Ese departamento fue fundado en 1920 para cumplir el tratado de Versalles. Aquellos funcionarios, entonces jóvenes, aprendieron como destinatarios inermes de las exigencias francesas, belgas y británicas la tabla de multiplicar del sometimiento, el saqueo y la opresión. Más tarde dirigieron los conocimientos que habían adquirido como sujetos pasivos contra sus inventores, los ampliaron notablemente con la proverbial inteligencia administrativa alemana y entendieron sus múltiples servicios a las campañas de pillaje como compensación por las humillaciones pasadas.

Las leyes de Nuremberg fueron proclamadas en un abrir y cerrar de ojos el día del partido en el otoño de 1935, pero no se publicaron en aquel momento en el boletín oficial del Reich. Sólo después de que destacados juristas especialistas en derecho administrativo hubieran transformado en normas burocráticamente practicables, en las semanas siguientes, las ideas de la «protección de la sangre» (aria) y de la «mendelización» de los supuestos rasgos de raza, apareció el primer decreto de la «ley de ciudadanía del Reich» con las precisiones sobre quién era totalmente judío, medio judío o equivalente a un judío, y quién había contraído un matrimonio «mixto» o «privilegiado». Como fundamento para cientos de miles de resoluciones «excepcionales», los juristas no se atuvieron a mediciones de la herencia biológica, siempre discutibles, como las que habían discurrido los investigadores racistas con ahínco académico, sino a la pertenencia religiosa, mucho más documentada y comprobable, de los cua-

tro abuelos. Eso posibilitaba un «procedimiento automático» para la clasificación.

Algo parecido se puede decir de la «penitencia judía» de 1938 que Göring había fijado en pleno furor antisemita en mil millones de Reichsmark (RM). En un principio el Ministerio de Finanzas la planteó como una contribución del 20 por 100 del patrimonio, estableció el pago en cuatro plazos en el transcurso de un año y obtuvo finalmente bastante más dinero del que Göring había pedido.

Sólo después de tales ajustes finos pudieron cobrar la eficacia necesaria las medidas especiales antisemitas, que retrospectivamente constituyeron los primeros pasos hacia el asesinato en masa de los judíos europeos. En ese sentido, fue el Tribunal de Cuentas del Reich el que controló durante la segunda guerra mundial el expolio de los judíos de Belgrado y la administración de los dos campos de expulsión para los judíos holandeses,[16] así como —por encargo del ministerio de Finanzas del Reich— la (escasa) eficiencia de la administración del gueto de Łódź/Litzmannstadt; en Varsovia la Junta de Fideicomisarios del Reich para la Productividad (hoy Junta de Fideicomisarios para la Racionalización de la economía alemana) encargó a la administración económica de la ciudad un estudio de costes y beneficios para el gueto. Los resultados aportados en amplios informes negaban la conveniencia de mantener aquel «barrio judío», más parecido a una cárcel, por ser totalmente antieconómico.[17]

De esa forma encontraron apoyo en una burocracia rutinaria las acciones destinadas a impresionar a las masas, muchas veces improvisadas, del movimiento nacionalsocialista. Aun con toda su disposición a servir a la causa nacional, los funcionarios no renunciaron a ninguno de sus instrumentos tradicionales de recaudación y control. El Tribunal de Cuen-

tas y la jurisdicción civil seguían trabajando intensamente; la distribución de competencias, las asesorías jurídicas, la diversificada estructura administrativa, todo funcionaba con notable eficiencia. Los *gauleiter* [jefes regionales del NSDAP], que pretendían un funcionamiento menos burocrático y más cercano al pueblo, tenían que vérselas con funcionarios de Hacienda que obedecían al pie de la letra lo establecido en el presupuesto del Reich. Esto provocó fricciones, irritación, conflictos, pero acabó dando lugar a un hábil equilibrio en la cuerda floja con maniobras políticas o militares que podrían haber resultado peligrosísimas. La estructura organizativa policéntrica del Estado nacionalsocialista no conducía necesariamente —como se ha afirmado muchas veces— al caos. Todo lo contrario: la continua posibilidad de contraponer intereses opuestos para mantener el mejor rumbo posible explica la fortaleza, siempre precaria por supuesto, del régimen nacionalsocialista. Así se pudieron desarrollar alternativas (más radicales), se evitaron quiebras administrativas y se hicieron practicables medidas decididas a menudo a partir de presupuestos ideológicos; así fue fraguando la mezcla finalmente asesina del voluntarismo político con la racionalidad funcional.

La colaboración entre especialistas, políticos y la mayoría de población se basó también en la disposición del gobierno de Hitler a emprender reformas legislativas largamente ansiadas, que habían permanecido atascadas en el conflicto de intereses contrapuestos durante la República. La administración nacionalsocialista se desembarazó, sedienta de hechos, de lo que se consideraba desde hacía tiempo inútil y anticuado. Así llevó a efecto en 1941 una propuesta de Jacob Grimm, que había calificado en 1854 la grafía alemana como «informe e hiriente para la vista»,[18] y suprimió mediante una «orden sobre la escritura» la letra gótica en beneficio de

la escritura latina normal. El artículo 155 de la Constitución de Weimar establecía que las formas de propiedad feudales, todavía muy extendidas en el noreste de Alemania, debían acomodarse al capitalismo moderno; pero la República no estaba en condiciones de poner en práctica esa norma constitucional, aprobada ya en el Parlamento de la iglesia de San Pablo en 1849. La correspondiente ley del Reich llevaba como firma «6 de julio de 1938, Berchtesgaden, Adolf Hitler».

La dirección nacionalsocialista impulsó un primer anticipo de la motorización generalizada, introdujo el entonces casi desconocido concepto de las vacaciones pagadas, duplicó el número de días festivos y comenzó a desarrollar el hoy familiar turismo de masas. El jefe regional del Frente Alemán del Trabajo (*Deutsche Arbeitsfront*, DAF) en Berlín lo reivindicó con gran energía: «Queremos llegar en 1938 a todos los *Volksgenossen*,[*] incluidos los que todavía hoy creen que un viaje de vacaciones no es algo que se puedan permitir los trabajadores. Esa poquedad debe superarse de una buena vez». Un viaje de catorce días por el interior de Alemania costaba entonces entre 40 y 80 RM.[19]

Desde un principio el Estado nacionalsocialista promovió la familia, trató peor a los solteros o adultos sin hijos y protegió a los campesinos frente a los caprichos del mercado mundial y la meteorología. Las bases de la ordenación agraria de la Unión Europea, la regulación de la circulación en las carreteras, el seguro obligatorio para los automóviles, la declaración tributaria conjunta para los matrimonios, las subvenciones por hijos, el escalonamiento de tramos impositivos o las bases de la protección de la naturaleza provienen de aquellos años. Los políticos sociales nazis perfilaron los contornos del concepto de pensión vigente desde 1957 en la República Federal, por el que anciano no equivale a pobre

sino que «el nivel de vida de los veteranos del trabajo no puede diferir mucho del de los *Volksgenossen* en activo».[20]

Dado que muchos dirigentes del NSDAP habían pasado por circunstancias que los habían llevado a trabar un conocimiento no deseado con la justicia, procuraron ya desde las primeras semanas de gobierno paliar la plaga de embargos y desalojos que amenazaba a la mayoría de los alemanes de entonces, sobre todo en épocas de crisis económica. Entre las primeras leyes nacionalsocialistas se cuentan las que restringían los derechos de los acreedores en beneficio de los deudores, a fin de evitar la «depauperación del pueblo». La «Ley sobre liquidación de viejas deudas» de 1938 consideraba inválidas cientos de miles de reclamaciones de deudas que los tribunales habían dado ya por ejecutables. La «Ley de prevención de los abusos en la ejecución de las sentencias» de finales de 1934 se enfrentaba a la «casi increíble libertad de los acreedores» en el pasado.[21] En conjunto esas reformas concedían a cada agente de la administración de justicia, y eso caracteriza la forma de dominación nacionalsocialista, un considerable margen de maniobra, según su propia responsabilidad y en relación con las circunstancias particulares de cada caso.[22]

El órgano central de los agentes judiciales (GV, *Gerichtsvollzieher*), la *Deutsche Gerichtsvollzieher-Zeitung*, adoptó inmediatamente un nuevo tono: «Un GV con sensibilidad social no puede permitirse arrojar a la miseria total a los más pobres de sus *Volksgenossen* y arrebatarles junto con sus últimos enseres su confianza en un Estado protector y el amor a su patria, en la que también ellos se creían autorizados a vivir, al menos modestamente». En un «auténtico Estado del pueblo» hasta un GV tenía que desarrollar «una sensibilidad genuinamente social… que evite en cualquier caso el encallecimiento». En la época nazi un GV no debía «soslayar nin-

gún esfuerzo ni eventuales inconvenientes para hacer efectiva la justicia social». En definitiva, al establecer «una estrecha vinculación entre el pensamiento social y nacional» cumplía un deber patriótico.

A ese respecto, Hitler («nuestro canciller del pueblo») había impartido desde muy pronto la máxima: «Alemania será tanto más grande cuanto más fieles le sean sus ciudadanos más pobres».[23] Y Göring le secundó: «El propietario que sin compasión ni escrúpulos deja sin techo a *Volksgenossen* pobres por una nimiedad, pierde con ese comportamiento la protección del Estado», aun cuando pareciera tener de su lado algún «artículo de una ley», ya que contraviene las «leyes fundamentales de la comunidad nacional».[24] Evidentemente, los agentes judiciales estaban obligados a «combatir con energía» a los «deudores de mala voluntad» calificados ocasionalmente también como «parásitos del pueblo alemán».[25]

Desde el comienzo de la guerra ya no se podía embargar a los llamados a filas ni a sus familias: «Todos los procesos conducentes a la subasta de bienes inmuebles fueron suspendidos o aplazados según la ley, ya se hubiera ordenado la subasta antes o después de la entrada en vigor del decreto [del 1 de septiembre de 1939]». El gobierno nacionalsocialista también mejoró la protección al arrendatario cuando éste había sido llamado a filas. Aunque más tarde se seguiría de nuevo un procedimiento más severo, la protección a los deudores siguió siendo una tarea central de cada agente de la administración judicial, para «contribuir a la victoria de nuestro pueblo, que lucha duramente por su supervivencia».[26]

En la misma dirección apuntaba el decreto sobre embargo de salarios del 30 de octubre de 1940, que mejoraba la protección de los alemanes frente a la ejecución obligatoria de

las sentencias de embargo, declarando inembargable parte del salario por horas extraordinarias, además de las vacaciones pagadas, la paga de Navidad, el subsidio familiar y las pensiones por invalidez. Establecía un límite inferior relativamente alto para la proporción libre de embargo, por persona y cada miembro de su familia, del salario neto, y no del bruto como hasta entonces. Con el propósito de conseguir una mayor igualdad entre los alemanes esa ley anulaba los privilegios de épocas anteriores, que protegían de forma especial a los funcionarios y eclesiásticos frente a los embargos.[27] Fueron estas leyes las que hicieron popular el socialismo nacional y en ellas se traslucen también rasgos de la posterior República Federal alemana.

Las instituciones de enseñanza e investigación, e incluso las del Estado, conservaron durante el nacionalsocialismo una considerable pluralidad interna. A muchos intelectuales, funcionarios o ingenieros les parecía como si se fueran desvaneciendo los autobloqueos institucionales al irse acercando la hora del gran sobresalto, cuando la pericia profesional dejaría de verse cohibida por los partidos o por consideraciones de estatus. En la tensión entre ruptura y continuidad, entre la firmeza profesional en los principios y las oportunidades ampliadas de hacer carrera, expertos de todo tipo se convirtieron en instrumentos muy diversificados del dominio nacionalsocialista en múltiples campos. Eso no significa que tuvieran que renunciar por ello a sus convicciones privadas; a diferencia del comunismo, el nacionalsocialismo no exigió nunca una adhesión absoluta, sino la proximidad antielitista al pueblo, tan tentadora para los intelectuales europeos del siglo XX.

Esto condujo a una peculiar vinculación entre política populista, intervención inteligente y asesinatos calculados. Las explicaciones habituales del ascenso del movimiento nazi,

que insisten en el burocratismo alemán o en el espíritu de sumisión prusiano, apuntan en dirección equivocada, ya que el nacionalsocialismo restringía —más que la República y en clara oposición a la imagen que se hacía de sí mismo el Estado hitleriano— la toma vertical de decisiones en beneficio de una horizontalidad más moderna. Tanto en las instituciones que sobrevivieron al desmantelamiento de la República de Weimar, como sobre todo en las recientemente creadas, favoreció la libre iniciativa y las despabiló del entumecimiento de la jerarquización tradicional. Donde antes se exigía seguir al pie de la letra las ordenanzas, despertó las ganas de trabajar y con frecuencia la anticipación voluntariosa de los funcionarios.

Por poner un ejemplo, en el verano de 1935 el ministro de Finanzas Schwerin von Krosigk convocó un concurso de ideas entre sus funcionarios en torno al proyecto de saqueo recaudatorio de los judíos alemanes. De acuerdo con una indicación general impartida verbalmente, los proponentes tenían que distinguir entre medidas «recomendables», «posibles, pero no recomendables» y «no recomendables en absoluto». Propusieron suspender tácitamente docenas de bonificaciones de las que podían valerse los judíos. Con respecto a las leyes aún vigentes, dictaminaron que en el caso de los judíos «hoy ya sería posible una manipulación *contra legem*». [28]

En abril de 1938 Schwerin von Krosigk repitió la tormenta de ideas antisemita para transmitir las diversas propuestas a su colega el ministro del Interior. Desde el departamento de impuestos dos funcionarios propusieron discutir si, para los judíos, la cantidad a deducir del impuesto sobre el patrimonio debía tener en cuenta a todos los hijos del contribuyente o sólo a los menores de edad. También dieron en pensar si los perros de los judíos ciegos por la guerra debían seguir li-

bres del impuesto municipal sobre los perros. Otro proponente había redactado ya, a punto para la firma, un proyecto de ley que preveía un recargo especial para los judíos en cuanto a los impuestos sobre la renta y el patrimonio con el siguiente refinamiento: la proporción del recargo debía «ser variable, para poder elevarla en determinadas ocasiones (comportamiento dañino para el pueblo de determinados judíos)».[29] Uno se imaginaba de forma muy diferente el famoso «cadáver obediente» alemán.

En el diario de Goebbels se puede observar cómo juzgaba el círculo íntimo de Hitler a los representantes de la vieja élite que se comportaban «constructivamente» ajuicio del régimen; en concreto, y no por casualidad, con respecto del ministro de Finanzas Schwerin von Krosigk, que al inicio de cada nueva vuelta de tuerca se mostraba «algo reticente» pero luego evidenciaba lealmente su eficacia. Según Goebbels, era uno de esos «funcionarios de los que podemos sacar mucho provecho en nuestro Estado».[30] En 1937 Hitler le concedió, junto con la insignia de oro del partido, la distinción de miembro de honor del NSDAP. Schwerin von Krosigk utilizó más adelante en situaciones difíciles la frase «queridos camaradas de partido» y aceptó su familiaridad. En 1939 aquel esclarecido «nazi de honor» asignó 450.000 RM del presupuesto del Reich a su vivienda ministerial, conforme a su posición social.[31]

Lutz Schwerin von Krosigk (1887-1977), funcionario de carrera al principio sin partido, provenía de la aristocracia terrateniente prusiana y había obtenido el título de conde por vía de adopción. Nació en Anhalt, estudió entre 1905 y 1907 en Lausana y en Oxford y concluyó sus estudios de economía política con el examen de Estado [de fin de carrera] en Derecho. Acabó la primera guerra mundial como teniente coronel muy condecorado. En 1919 se incorporó al

nuevo Ministerio de Finanzas del Reich, diez años más tarde era jefe del departamento de presupuestos y en 1932 el canciller del Reich von Papen lo nombró ministro. El canciller Schleicher y poco después Hitler lo confirmaron en el puesto, considerándolo un excelente experto, que mantuvo su fidelidad al círculo más íntimo de la dirección nacionalsocialista hasta las últimas horas del régimen; el 2 de mayo de 1945 fue nombrado por el sucesor de Hitler, Dönitz, además de ministro de Finanzas y de Asuntos Exteriores, jefe del «gobierno ejecutivo del Reich». Fue condenado a diez años de cárcel en el proceso de la Wilhelmstrasse (caso XI) y permaneció en prisión hasta 1951.[32] Comprendía genialmente su tarea como ministro técnico; en todo momento tuvo la posibilidad de discutir con sus jefes los problemas financieros de la segunda guerra mundial en cartas muy francas y de muchas páginas.

A diferencia de Schwerin von Krosigk, su secretario de Estado Fritz Reinhardt (1895-1980) era hijo de un encuadernador de Turingia y no había nacido en cuna de oro. Asistió a la escuela municipal y profesional de Ilmenau, se hizo comerciante, y en 1914 fue detenido en Riga como extranjero enemigo e internado en Siberia. En 1924 fundó una escuela de comercio exterior en Herrsching am Ammersee. Le sedujo la entones novedosa idea de la formación de adultos pero no encontró en la burocracia educativa de Weimar ningún eco, aunque sí en el NSDAP, al que se incorporó dos años después. Con el espíritu de la formación de adultos fundó el servicio de conferenciantes del partido; en cuanto al contenido, se concentró en la política presupuestaria y fue portavoz de política financiera y en 1930 diputado del Reichstag.

Sirvió como secretario de Estado desde 1933 hasta 1945. Voluntarioso y competente, divulgó los propósitos de su política en cientos de conferencias, folletos y artículos. Su an-

helo de cambio sociopolítico le llevó a proponer innumerables exenciones y bonificaciones impositivas para las capas medias y desfavorecidas, que siguieron en vigor después de 1945. Comentó con un satisfecho «¡Bien!» un proyecto formulado en 1941-1942 por el ministro de Trabajo del Reich sobre la progresiva igualación de las pensiones de empleados y trabajadores, que en aquel momento eran todavía muy diferentes.[33] Rebajó las condiciones de incorporación a las distintas carreras administrativas e introdujo paralelamente la formación obligatoria para todos los funcionarios de su ministerio, fundando lo que antes no existía, una escuela de finanzas del Reich tras otra.[34] Goebbels observó sobre él: «Reinhardt es en realidad un pequeño maestro de escuela, que afronta los problemas con una pedantería insoportable, pero en general consigue resolverlos».[35]

En el dúo dirigente al frente del Ministerio de Finanzas se observa una amalgama característica del nacionalsocialismo: el ministro aristócrata brillantemente formado y el secretario de Estado de procedencia humilde, que había obtenido sus conocimientos trabajando duro como autodidacta politizado. Reinhardt se veía a sí mismo como promotor del Estado social; Schwerin von Krosigk, en cambio, representaba a miles de funcionarios, oficiales, científicos y otros intelectuales, que consiguieron racionalizar la imprecisa y contradictoria ideología nacionalsocialista.

INTEGRACIÓN NACIONAL

Pese a toda su intolerancia frente a socialistas, judíos y «pervertidos», los alemanes no veían a Hitler —como retros-

pectivamente cabría suponer— como un excluyente inflexible, sino como un gran integrador. Los tratados de paz de Versalles y Saint Germain habían prohibido estrictamente la confederación o colaboración estatal entre Austria y Alemania, algo que la mayoría de los alemanes y austríacos consideraban una profunda injusticia. Sin embargo, en 1938 —concretamente en marzo— se materializó el sueño nacionalista romántico de 1848 con la incorporación [*Anschluss*] de Austria al Reich, si bien el Estado nacional granalemán no se constituyó como República, sino con la aclamación del pueblo. Si hoy día cabe interpretar la historia alemana como una occidentalización rica en aberraciones, por aquel entonces —y con la misma unanimidad— se veía como una vía sinuosa, a menudo apenas reconocible, hacia la unidad entre nación cultural y Estado.

A título de ejemplo, en 1938 se cambió en Berlín-Spandau el nombre de la «calle de los judíos» por el de Carl Schurz, y el de otra calle de Bonn por el de Gottfried Kinkel, honrando así, hasta el presente, a dos grandes revolucionarios de 1848-1949. El 15 de marzo de 1938 Hitler, que se veía a sí mismo no sólo como canciller del Reich alemán, sino sobre todo como caudillo del pueblo alemán y con él de todos los alemanes del extranjero, proclamó en la plaza de los Héroes de Viena: «Como Führer y canciller de la nación alemana y del Reich anuncio ante la historia la incorporación de mi país natal al Reich alemán». Poco después se presentó en Francfort, la ciudad del Parlamento de la iglesia de San Pablo, como realizador de las aspiraciones de 1848: «La obra por la que lucharon y dieron su vida hace noventa años nuestros antepasados, puede darse ahora por consumada».[36]

La nación se llenó de alborozo, que con los éxitos de los dos años de guerra relámpago fue aún más intenso. Si en 1918 hubieran vencido los Habsburgo y los Hohenzollern, se

habría restaurado una dominación anacrónica sobre los huesos de millones de cadáveres; Hitler hablaba sin reparos del «cadáver estatal de los Habsburgo».[37] Pero la que había vencido era la nueva, la joven gran Alemania nacionalrevolucionaria, dirigida por un representante de la promoción social, para la que la catástrofe de 1918 encontraba ahora un final inesperado y feliz. De repente parecía que no habían sido inútiles las infinitas víctimas humanas ni los sufrimientos de la guerra mundial y de los años posteriores. La derrota se había convertido en preámbulo de una grandiosa victoria. Cuando Hitler prometió a los mandos de la Wehrmacht en noviembre de 1939 un inmediato ataque contra Francia, lo hizo con el argumento: «Todo esto significa la conclusión de la guerra mundial, no una acción aislada».[38]

El profesor de anatomía Hermann Voss —quien más tarde recibió grandes honores en la RDA— escribió en su diario el 15 de marzo de 1939, el día de la entrada de las tropas alemanas en Praga: «¡La más antigua universidad alemana, la madre de la Universidad de Leipzig, de nuevo en poder de los alemanes! No se podía ni imaginar. ¡Qué duro golpe para los eslavos, y qué victoria para nosotros! Vivimos en una gran época y debemos sentirnos felices de poder participar en estos acontecimientos. Qué importa si no hay tanta mantequilla como se podría desear, que no haya café, que haya que hacer esto o aquello, cosas que a uno no le gustan demasiado, etc. Frente a semejantes prodigios, todo eso es una nimiedad ridícula».[39]

La ininterrumpida marcha triunfal, acompañada por el fulgor de la expansión económica, neutralizó duraderamente a los escépticos que aún pudieran quedar en Alemania. Los amigos de los compromisos realistas menos brillantes quedaban apartados (si es que no acababan en un campo de concentración), ya se llamaran Schacht, Beck o Goerdeler; estor-

baban la popularísima política de Hitler del gran sobresalto, de las alternativas claras, del todo-o-nada. Como reverso, la dirección nacionalsocialista desarrolló desde muy pronto una sensibilidad casi morbosa frente al barómetro de la opinión pública, observado con esmerada atención, por lo que siempre procuró satisfacer las demandas de consumo, a menudo contrariando las prioridades de su economía basada en el rearme.[40]

La RDA disponía de 190.000 policías profesionales y otros tantos confidentes de la Stasi para controlar a sus 17 millones de habitantes; la Gestapo contaba en 1937 con apenas siete mil empleados, incluyendo las secretarias y administrativos, y el Servicio de Seguridad de las SS (*Sicherheitsdienst*, SD) con muchos menos; pero entre unos y otros mantenían vigilados a sesenta millones de habitantes, de lo que se deduce que la mayoría no necesitaba ninguna vigilancia, y lo confirma una mirada a los campos de concentración. Tras el terror inicial había internados en ellos a finales del año 1936, esto es, con apenas cuatro años de «consolidación», tan sólo 4.761 personas, incluidos los alcohólicos y criminales.

Como Hitler alcanzó sus éxitos fácilmente y sin complicaciones, aunque financió la expansión de forma poco seria, su popularidad aumentó y llegó pronto mucho más allá de la estrecha base del partido, comiéndole el terreno a la oposición interna alemana. Hasta 1938 se fue consolidando una situación política a la que Mussolini llamó con acierto *democrazia totalitaria*. Después de los años de guerra civil, de odio de clases y de bloqueo legislativo por los partidos políticos, la aspiración a formar una «comunidad nacional» [*Volksgemeinschaft*] unificó a los alemanes.

Mi abuelo describió detenidamente en sus memorias los años de la primera guerra mundial. Era licenciado en filolo-

gía antigua, ya que su padre le había prohibido convertirse en matemático, y sirvió como jefe de una batería artillera en el frente occidental. En 1917 contaba con el apoyo de un «magnífico» sargento: «No conocía el miedo. Yo quería convertirlo en oficial y le pedí que se presentara. Me respondió: “Mi padre es sastre. Preferiría seguir como suboficial. No me adapto bien a esta sociedad.” Pero había recibido la cruz de hierro de primera clase».[41] Esa es la dinámica social que puso en marcha la primera guerra mundial, y a la que se adaptó el NSDAP con grandes efectos: atrajo a miles de personas instruidas que habían perdido su arrogancia de clase en las sucias trincheras de la guerra de posiciones, e integró en sus filas a trabajadores con convicciones socialistas, pequeños artesanos y empleados que anhelaban reconocimiento social y mejores oportunidades de vida y empleo para sus hijos. Destacaban en particular aquellos que ya se habían beneficiado de la reforma educativa de la República de Weimar y querían proseguir su ascenso social; pero lo que les unía no era el deseo de una nueva dominación de clase, sino de algo que hoy se da por sobrentendido, un marco político en el que la situación social en el momento del nacimiento determinara lo menos posible la trayectoria vital, la ocupación profesional y el prestigio social de una persona.

Posteriormente se entendería la doctrina racista del nacionalsocialismo como pura incitación al odio y al asesinato; pero para millones de alemanes su atractivo estaba en las promesas de igualdad entre los *Volksgenossen*. La ideología nacionalsocialista subrayaba las diferencias hacia el exterior y las atenuaba en el interior. Para decirlo con una frase de Hitler: «¡Dentro de la nación alemana la mayor comunidad y posibilidad de formación para cualquiera, y hacia el exterior una actitud absolutamente señorial!»[42] Para los que pertenecían al mayor grupo homogéneo, definido étnicamente —

que eran el 95 por 100 de los alemanes—, las diferencias en las relaciones internas se redujeron. Muchos podían constatar esa nivelación de las diferencias de estatus, promovida por el Estado, ya fuera en la Organización Juvenil Estatal (*Staatsjugend*), en el Servicio de Trabajo al Reich (*Reichsarbeitdienst*, RAD), en las grandes organizaciones del partido y poco a poco incluso en la Wehrmacht. Los uniformes de la sociedad nacionalsocialista se verían hoy como signo de militarización; pero piénsese en los uniformes escolares, que en muchos países se llevan todavía hoy, en los de los escouts o en las camisetas de las asociaciones deportivas, que sirven para atenuar las diferencias entre los miembros con más medios y los menos pudientes.

La misma idea valía para la totalidad del plan general de asentamiento en el Este, cada vez más acariciada entre 1939 y 1942, que debía ofrecer a los alemanes más espacio, materias primas y posibilidades de desarrollo personal. En su forma más difundida, fijada en 1942, el plan preveía desplazar a cincuenta millones de eslavos en dirección a Siberia. La Comunidad de Investigadores Alemanes alentó durante años ese gran plan criminal, tecnocráticamente muy meditado, que tenía como objetivo la muerte de varios millones de personas; todavía en el proyecto de presupuesto para 1945-1946 se asignaban recursos a ese fin. Hacia el interior, ese mismo plan general de asentamiento en el Este debe entenderse como estímulo propulsor de un creciente ascenso de clase en Alemania. Himmler hablaba del «socialismo de la sangre pura», y Hitler se entusiasmaba: «Podemos sacar a nuestras familias obreras pobres de Turingia y de los montes Erz, por ejemplo, para darles grandes espacios». El Frente Alemán del Trabajo quería ver así «eliminado un mínimo de setecientas mil explotaciones agrícolas pequeñas o en mal estado».[43] Todas las investigaciones científicas sobre las llama-

das reservas de asentamiento del pueblo alemán se remiten al ejército de reserva de Marx. Dicho de otra forma, se trataba de aquellas capas sociales que treinta o sesenta años antes, impulsadas por la pobreza, habían emigrado a América.

En 1942 los niños alemanes jugaban a ser «campesinos-soldados en la región de las tierras negras», las novias de los soldados soñaban con cientos de miles de haciendas principescas en Ucrania e incluso el honrado soldado Heinrich Böll, que ciertamente no era ningún asesino voluntario, escribía el 31 de diciembre de 1943 desde el hospital de campaña a sus padres: «Echo mucho de menos el Rin, Alemania, y sin embargo pienso a menudo en la posibilidad de una vida colonial aquí en el Este después de haber ganado la guerra».[44 (•)] Las autoras de libros infantiles Thea Haupt e Ilse Mau imaginaron una cartilla «para niños muy pequeños», que debía «acercarles la idea de la colonización del Este intentando cambiar el paisaje de sus historias sobre indios por el de los campesinos-soldados en el Este». De ahí salieron propuestas como la siguiente: «Tomaremos prestadas las botas de siete leguas de Pulgarcito y cruzaremos juntos la tierra extranjera; la necesitamos ya, si no pronto estaremos acabados … Ahora estamos en la feraz comarca de las tierras negras … Junto al trigo y el centeno crece el maíz».[45]

Todo esto no respondía únicamente a los intereses de los *junker* y los monopolistas, sino que se planteaba como una utopía concreta para todos los alemanes.

EL TRAUMA DE 1918

La primera guerra mundial dejó tras de sí, en la sensibilidad política de los alemanes, tres traumas muy graves: el hambre, como consecuencia del bloqueo marítimo británico, la desvalorización del dinero y el estallido de la guerra civil. En la guerra murieron de inanición más de cuatrocientas mil personas, a las que se añadían las que debido a la escasez contrajeron una tuberculosis incurable o fueron víctimas de otras enfermedades infecciosas.[46] El rápido encarecimiento de los artículos de consumo formaba parte también del espantoso panorama de la época. Ya durante la guerra subieron los precios de los alimentos más del 100 por 100, y en algunos lugares mucho más.[47] La evolución de los precios, apenas controlada por el Estado, arrojó a la miseria material a la gente más humilde, que entonces no disponía apenas de reservas materiales. La hiperinflación de 1923 supuso la expropiación *de facto* de la clase media con conciencia nacional.

Contemplando retrospectivamente los dos últimos años de la primera guerra mundial muchos alemanes vinculaban la sensación de desastre nacional con la imagen odiosa de los cobardes beneficiarios de la calamidad. Según una opinión muy extendida, sus prácticas habían provocado la desmoralización del pueblo fiel a la patria, y ésa era la razón de que a Alemania —tras los dos holgados acuerdos de paz en el Este, el de Brest-Litovsk (3 de marzo de 1918) y el de Bucarest (7 de mayo de 1918)— se le hubiera escapado la victoria que estaba a punto de alcanzar en el Oeste. Sólo después de la ruptura de la unidad interna se había venido abajo militarmente la patria, quedando a merced del bolchevismo sanguinario. En el artículo 12 del programa del Partido Nacionalsocialista se decía por eso: «Teniendo en cuenta las gigantescas cantidades de víctimas, en bienes y sangre, que cualquier guerra impone al pueblo, el enriquecimiento personal me-

diante la guerra debe entenderse como un crimen contra el pueblo, por lo que exigimos la confiscación sin indemnización de todas las ganancias de guerra».

Los dos temores complementarios a los revolucionarios y a los que medraban con la guerra se proyectaron fácilmente en un fantasma propagandístico: el del «plutócrata judío», que con su ansia de beneficio hacía el juego al igualmente voraz «judío bolchevique». Mientras que uno destruía a la clase media y sometía a los campesinos y proletarios a la servidumbre bajo las grandes fortunas, al otro se le atribuía la destrucción de todo lo creado, el fin del decoro, las buenas costumbres y la religión, de la ley y de las propiedades obtenidas honradamente, «la disolución de todo tipo de orden». [48]

Los posteriores impulsores de la política estatal antisemita presentaron siempre como defensivas, basándose en esa propaganda, sus medidas contra «los judíos». El capítulo final de *Mein Kampf* se titulaba «El derecho de legítima defensa». El mismo mensaje se halla en el título de la ley «para el restablecimiento del funcionariado», con el que el Reich desmontó en abril de 1933 la piedra angular de la emancipación de los judíos. El borrador de la ley sobre la expropiación parcial de los judíos, elaborado por funcionarios del Ministerio de Finanzas del Reich en el verano de 1937, llevaba el título «Ley sobre reparación de los daños que han provocado los judíos al Reich alemán».[49] Cuanto más duraba la guerra, con más insistencia la presentaba la propaganda alemana como «oposición aria» contra el ataque de la «judería mundial», que aspiraba a dominar el mundo de «tres formas»: «Como simples judíos, como plutócratas judíos unidos por lazos de parentesco, y como judíos bolcheviques».[50]

En ese esquema se insertaba descaradamente el asunto de los pueblos dominantes y los pueblos siervos, que junto a la

acostumbrada cháchara sobre la superioridad de los primeros albergaba el temor —alimentado por los científicos—, de los humanamente superiores, que debían protegerse, si era necesario por la fuerza, contra el asalto de los inferiores. También la concepción socialista del mundo contenía un elemento parecido, la doctrina del proletariado históricamente victorioso y de la burguesía como clase superflua y agonizante, y eso explica el paso de determinados individuos de una doctrina salvífica a otra. Además, el nacionalsocialismo se ofrecía como la ideología más abierta y pragmática y atrajo a grupos muy diferentes de la sociedad alemana. Después de que la guerra civil y la lucha de clases hubieran arruinado la República, surgió la tentación del movimiento nacionalsocialista con el sueño de una tercera vía: sus políticos prometían una justicia compensatoria y la lucha contra cualquier tipo de «discriminación», ya fuera de naturaleza capitalista liberal o doctrinaria bolchevique.

A diferencia de 1939, en 1914 Alemania recordaba las tres guerras victoriosas de Bismarck y una paz de más de cuarenta años, la época de la unificación, la expansión económica y el bienestar burgués. Los almacenes y comercios del sector privado estaban bien abastecidos, y representaban al comienzo de la primera guerra mundial un valor de alrededor de cuarenta millardos de marcos. En 1940 el Reich sólo podía recurrir a existencias almacenadas por valor de unos cinco millardos de RM, teniendo en cuenta además que un marco de 1940 representaba un valor claramente más bajo que el de 1914. En vísperas de la primera guerra mundial el Banco del Reich disponía de unas reservas de oro por valor de 1.400 millones de marcos con los que hacer compras en los países extranjeros neutrales, y el valor de las monedas de oro en circulación ascendía a otros 2.500 millones de marcos. El 1 de septiembre de 1939, en cambio, las reservas de oro alema-

nas acreditadas o mantenidas en secreto representaban tan sólo unos quinientos millones de RM.[51]

La primera guerra mundial le costó al Reich alemán un total de 160 millardos de marcos. Pese a la situación de partida mucho mejor, en comparación con la segunda guerra mundial el Reich se encontraba mucho peor financiado. Mientras que entre septiembre de 1939 y septiembre de 1944 el 50 por 100 de los costes se pudo cubrir con los ingresos corrientes —esa cuota de cobertura se consideraba fastuosa—, en 1914-1918 sólo cubrió el 13,1 por 100. El 28,4 por 100 se convirtió en «deuda flotante» —esto es, se pagó mediante la emisión de billetes de banco—, y el restante 62,1 por 100 se cubrió mediante obligaciones a largo plazo suscritas por la población alemana. Los nueve empréstitos de guerra entre 1914 y 1918 aportaron al Estado 98.200 millones de marcos. Gran Bretaña, en cambio, costeó el 28 por 100 de los gastos de la primera guerra mundial con los ingresos corrientes por impuestos.[52]

La baja capacidad impositiva del Estado alemán en los años 1914-1918 no se debía simplemente a errores de los políticos, sino sobre todo al mantenimiento de la potestad fiscal de los (25) estados federados; el Reich carecía de una auténtica administración financiera. De una renta nacional de cuarenta mil millones de marcos tan sólo disponía en 1913 de unos ingresos ordinarios de 2.300 millones, de los que el ejército reclamaba el 75 por 100. En comparación con las cifras actuales, cabe considerar la cuota estatal de entonces ridículamente baja, y en esa medida difícilmente se puede hablar en el caso de la Alemania guillermina de un poder colosal centralmente organizado.[53]

La paz civil que los partidos del Reich establecieron en 1914 impidió en los siguientes cuatro años cualquier debate

serio sobre una mejora de las bases recaudatorias y de la situación fiscal. Sólo los social-demócratas pidieron sin éxito recortar las ganancias de guerra, por lo que la única vía que quedaba abierta era el endeudamiento a largo plazo bajo la forma de empréstitos de guerra. Hasta la República no se creó, con la reforma financiera de Matthias Erzberger, el sistema recaudatorio centralizado hoy familiar, que fue elevando desde 1919 —continuamente y con una lenta habituación— la participación del Estado en el reparto del producto nacional bruto. La República creó las bases sobre las que la Alemania hitleriana pudo recaudar durante la segunda guerra mundial impuestos de una magnitud que en 1914 «se habría considerado absolutamente insoportable».[54]

Junto a los gastos recogidos en el presupuesto, ambas guerras consumieron una parte notable de la sustancia económica del país: las reservas almacenadas se agotaron, las máquinas, edificios, instalaciones industriales, medios de transporte y todo tipo de infraestructuras fueron utilizadas hasta la extenuación, y se exprimió hasta el límite la capacidad productiva de bosques y campos.

La guerra de 1914-1918 redujo el nivel de vida de los alemanes un 65 por 100, aproximadamente, y la mayoría de la población cayó al borde del mínimo para la supervivencia, algo que los estrategas financieros del Tercer Reich consideraron «muy delicado». Así lo describía un joven economista en 1941: «Como demuestran los hechos, parece como si se hubieran sobrepasado entonces los límites de lo soportable. El hundimiento del frente interno fue el precio por el fortalecimiento inmediato del frente externo». En el Tercer Reich, en cambio, «no había que temer una reducción del nivel de vida» semejante.[55]

2

Lecturas recomendadas

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

En lo que sigue nos ocuparemos de una pregunta de fácil formulación pero que sigue sin respuesta: ¿Cómo pudo suceder aquello? ¿Cómo pudieron los alemanes, del primero al último, admitir y cometer asesinatos en masa sin precedentes, especialmente el de los judíos europeos? El odio fomentado por el Estado contra todos los «inferiores», contra «poloneses», «bolcheviques» y «judíos» formaba parte, claro está, de las condiciones previas; pero por sí mismo no supone una respuesta. Durante las décadas anteriores al gobierno de Hitler los alemanes no acumulaban más resentimiento que el resto de los europeos, su nacionalismo no era más racista que el de otras naciones. No había ninguna vía excepcional alemana[*] que condujera a una posible relación con Auschwitz. La opinión de que en Alemania se había desarrollado desde muy pronto un antisemitismo y una xenofobia especiales, exterminadores, carece de base empírica. Es un error suponer que un desarrollo equivocado, especialmente

cargado de consecuencias, tuviera que contar con razones especiales, enraizadas desde mucho antes. El NSDAP conquistó y consolidó su poder gracias a un conjunto de circunstancias muy particulares, cuyos factores decisivos fraguaron en los años posteriores a 1914, y no antes.

El núcleo de la investigación aquí expuesta es la relación-tensión entre pueblo y dirección en el nacionalsocialismo. Está demostrado que la estructura de dominación hitleriana era desde el primer día muy lábil; lo que hay que preguntarse es cómo se estabilizó, escasamente, es cierto, pero lo bastante para mantenerse durante doce años fulminantes y destructivos. Por eso repetiré la pregunta general planteada al principio, «¿Cómo pudo suceder aquello?», de forma más precisa: «¿Cómo pudo un proyecto que *a posteriori* parece tan evidentemente fraudulento, megalómano y criminal como el nacionalsocialismo, conseguir semejante integración política interna, hasta un punto hoy apenas comprensible?»

Para contribuir a una respuesta convincente, examino la dominación nacionalsocialista desde un ángulo que la muestra como una dictadura de favores mutuos. Las preguntas decisivas son más fáciles de responder para la época de la guerra, en la que se mostraron de manera especialmente clara, patente y manifiesta las demás características del nacionalsocialismo. Hitler y los *gauleiter* [jefes regionales] del NSDAP, así como buena parte de los ministros, secretarios de Estado y consejeros, actuaban como demagogos clásicos. Se preguntaban casi cada hora cómo podían asegurar y mejorar la satisfacción general. Compraban cada día de nuevo la aquiescencia pública o al menos la indiferencia. Sobre la base del toma y daca establecieron una dictadura consensuada con un respaldo mayoritario y cada vez más amplio. Los puntos críticos en los que su política de bienestar para el

pueblo debía salir airosa, se deducían de su análisis del colapso interno al final de la primera guerra mundial.

En consecuencia, durante la segunda guerra mundial la dirección nacionalsocialista intentó, primero, distribuir los alimentos, en la medida de lo posible, de forma que los resultados fueran percibidos como justos por la gente más humilde. En segundo lugar hizo cuanto pudo por mantener estable el Reichsmark, al menos aparentemente, a fin de evitar el escepticismo ligado a los recuerdos de la inflación de guerra de 1914-1918 y del hundimiento de la moneda alemana en 1923. En tercer lugar procuraron —en claro contraste con la primera guerra mundial— hacer llegar dinero suficiente a las familias de los soldados, que recibían el 85 por 100 del salario neto que ganaba antes el soldado movilizado; las correspondientes familias británicas y estadounidenses recibían en cambio menos de la mitad. No era raro que las esposas y las familias de los soldados alemanes dispusieran de más dinero que durante la paz, y disfrutaban de los regalos traídos masivamente por los soldados de permiso y de los paquetes postales recibidos de los países ocupados.

Para reforzar esa ilusión de una situación asegurada, que sólo podía mejorar, Hitler procuró que ni los campesinos ni los obreros ni los empleados y funcionarios pequeños y medios se vieran afectados de manera significativa por los impuestos de guerra, lo que también constituía una diferencia esencial con respecto a Gran Bretaña y Estados Unidos. Esa mejora de la situación tributaria de la gran mayoría de los contribuyentes alemanes se vio acompañada de un aumento considerable de la carga fiscal sobre las capas sociales con altos o muy altos ingresos. Un ejemplo sobresaliente de la política de justicia social practicada ostensiblemente por el Tercer Reich es el tributo especial de ocho millardos de RM que tuvieron que pagar los propietarios de casas alemanes a

finales de 1942, y otro la exención fiscal de las primas por trabajo nocturno, en domingo y días festivos, decretada tras la victoria sobre Francia y que se mantuvo como un logro social para los alemanes hasta hace bien poco tiempo.

Con el mismo rigor con que trataba el régimen nazi a los judíos y los grupos sociales que consideraba, desde un punto de vista racial, como inferiores o extranjeros, distribuía internamente las cargas, con conciencia de clase, en beneficio de los socialmente más débiles. De eso trata la primera parte del libro.

Evidentemente, los alemanes más acomodados —sólo el 4 por 100 de los contribuyentes alemanes ganaban entonces más de seis mil RM al año— no podían aportar por sí solos con sus impuestos el dinero necesario para la segunda guerra mundial. ¿Cómo se pudo pagar entonces la guerra más costosa de la historia mundial, si la mayoría no debía notarlo apenas? La respuesta es evidente: Hitler preservó el nivel de vida del ario medio a costa de las condiciones de vida de otros. Para mantener el bienestar de su propio pueblo, el gobierno del Reich arruinó las monedas europeas, imponiendo tributos de guerra cada vez más elevados. Para asegurar el nivel de vida nacional hizo robar millones de toneladas de víveres para alimentar a los soldados alemanes y enviar lo que quedaba a Alemania. Del mismo modo que los ejércitos alemanes debían alimentarse a expensas de los países ocupados, y así lo hicieron, también debían pagar sus gastos corrientes con el dinero de esos países, cosa que consiguieron en gran medida.

Los soldados alemanes desplegados en el extranjero —es decir, casi todos— y todos los servicios prestados a la Wehrmacht en el extranjero, así como las materias primas, productos industriales y víveres comprados en el extranjero

para la Wehrmacht o para ser enviados a Alemania, se pagaban en moneda no alemana. Los responsables aplicaban expresamente la consigna: si en esta guerra alguien tiene que pasar hambre, que sean los demás; si no se puede evitar la inflación de guerra, entonces debe ocurrir en cualquier otro lugar, pero no en Alemania. De las técnicas que se idearon al respecto es de lo que trata la segunda parte. A la caja de guerra del Reich alemán afluían también cantidades milmillonarias obtenidas del expolio de los judíos europeos; de eso trata la tercera parte.

En lo que sigue se mostrará también cómo fueron expoliados los judíos, primero en Alemania y luego en países coaligados con ella y en los ocupados por la Wehrmacht, pero se muestra con ejemplos, no de forma enciclopédica. Lo mismo hago en los capítulos en los que se describen los métodos que pusieron en práctica los alemanes en la segunda guerra mundial para saquear a otros, concentrándome en casos específicos o ejemplares de lo que en otros lugares era típico.

Sobre la base de una guerra depredadora y racial de gran alcance, el socialismo nacional promovió una igualdad y promoción social nunca antes conocidas en Alemania. Esto lo hizo a la vez popular y criminal. El opulento bienestar material y las ventajas indirectas del crimen a gran escala, que todos aceptaban con gusto sin que nadie se sintiera individualmente responsable, consolidaron la sensación que tenían los alemanes de la bondad de su régimen. Y recíprocamente, de ahí sacó su energía la política de exterminio, orientándose hacia el bienestar del pueblo. La ausencia de una oposición interna digna de mención y la falta de un sentimiento de culpa posterior se explican por la misma constelación histórica. De eso trata la cuarta parte.

Esta respuesta a la pregunta «¿Cómo pudo suceder aque-

llo?» se aleja de la reducción nacional-pedagógica a fórmulas antifascistas simples. No es fácil de pegar en las paredes de las exposiciones ni de separar de las historias nacionales posteriores de los alemanes de la RDA, de la República Federal y de Austria; pero parece necesario entender la dominación nazi como socialismo nacional para, al menos, poner en duda la proyección recurrente de la culpa sobre determinadas personas y grupos circunscritos: se achaca la responsabilidad principal, bien al enloquecido, enfermo y supuestamente carismático dictador y a sus secuaces más cercanos, bien a los ideólogos racistas (moda de corta vida propia de una generación parecidamente socializada); para otros se trata —respectivamente o en combinación— de los banqueros, directivos de grandes empresas, generales o unidades especiales sedientas de sangre. En la RDA, en Austria y la República Federal se adoptaron las estrategias de defensa más diversas, pero todas iban a parar a *lo mismo*: procurar a la mayoría de la población respectiva un presente sin preocupaciones y una conciencia tranquila.

MATERIAL HISTÓRICO

La literatura relacionada con las preguntas aquí planteadas es muy escasa. Hay que destacar el trabajo fundacional de Marie-Luise Recker *Nationalsozialistische Sozialpolitik im Zweiten Weltkrieg* [Política social nacionalsocialista durante la segunda guerra mundial] (1985). Resultan de ayuda investigaciones sociohistóricas empíricas ejemplares como la de Birthe Kundrus *Kriegerfrauen* [Mujeres guerreras] (1995) y la de Christoph Rass *Menschenmaterial* [Material humano]

(2003). Sobre la guerra de hambre contra la Unión Soviética existe toda una serie de viejas investigaciones, por lo que para el apartado «Otto Consumidornormal», aunque se disponía de algunas nuevas fuentes, no fueron necesarios esfuerzos de investigación esenciales. Me apoyo en el libro escrito por Susanne Heim y yo mismo *Vordenker der Vernichtung* [Proyectistas de la aniquilación; publicado también en inglés como *Architects of Annihilation: Auschwitz and the Logic of Destruction*] (1991), y en algunos puntos en los estudios de Christian Gerlach *Krieg, Ernährung, Völkermord* [Guerra, alimentación, genocidio] (1998) y *Kalkulierte Morde* [Asesinatos calculados] (2000). Para muchas cuestiones puntuales los numerosos volúmenes de los *Goebbels-Tagebücher* [Diarios de Goebbels], editados muy cuidadosamente por Elke Fröhlich, son un documento insustituible procedente del mismísimo centro del poder nacionalsocialista.

Mientras que la descarada gestión alimentaria durante la segunda guerra mundial, volcada en el bienestar del pueblo alemán, es bastante conocida, no sucede lo mismo con los métodos con los que se estabilizó el valor de la moneda y se restringieron los beneficios de guerra privados. Hitler, sus consejeros y sus colaboradores temían con razón que surgieran recuerdos desagradables de los años 1914-1918. Goebbels, por ejemplo, anotó en su diario en septiembre de 1941: «Difícilmente podríamos superar una nueva inflación».[1] En este mismo marco hay que situar también el expolio de los judíos.

Me interesé por esa relación entre política antiinflacionista, arización y bienestar del pueblo alemán cuando investigaba conjuntamente con Christian Gerlach el genocidio de los judíos húngaros. En el caso húngaro, temporalmente posterior, se podía discernir cómo se hungarizaron las propiedades de los judíos de aquel país; en concreto, cómo pasa-

ba el mobiliario del dormitorio de una familia judía deportada a manos de sus vecinos húngaros. El producto de esas ventas, que en los últimos meses de la guerra se llevaron a cabo por cientos de miles, además de los haberes bancarios, acciones y depósitos, fueron a parar al presupuesto estatal húngaro y de allí, pasando por los costes de ocupación de la Wehrmacht, al abastecimiento de Alemania y la paga de todos y cada uno de los soldados alemanes en Hungría. Se trataba de un caso de blanqueo de dinero a gran escala por parte del Estado, en el que los húngaros tenían que encargarse de la parte más sucia. Esas conclusiones constituyeron el punto de partida para el siguiente estudio: quería saber si lo descubierto para Hungría se había practicado también en el resto de la Europa ocupada. Para eso había que indagar en las administraciones civiles de Hacienda y en los bancos centrales de Alemania, de los países coaligados y de los ocupados. Más adelante habría que examinar las actividades de aquellos que aparecían como responsables de la financiación de guerra en la Wehrmacht, y por último analizar cómo se convirtieron en dinero las propiedades de los judíos, como se mezcló ese dinero con el procedente de otras fuentes y a qué fines fue destinado.

En esa misma dirección se encaminaban las tempranas investigaciones del estudioso holandés A. J. van der Leeuw. Sus trabajos de historia alemana analizaron ya en la década de 1950 la relación entre preparativos para la guerra, guerra y estatalización de los bienes judíos. Últimamente han aparecido algunos estudios importantes sobre la «ayuda de urgencia no gubernamental» para las víctimas alemanas de los bombardeos, a las que se hacía llegar el mobiliario de los judíos desalojados y deportados; al respecto hay que mencionar sobre todo el trabajo pionero de Wolfgang Dreßen «*Betrifft "Aktion 3". Deutsche verwerten jüdische Nachbarn*»

[«Referente a la "Acción 3". Alemanes abusan de sus vecinos judíos»] (1998).

Las investigaciones sobre el régimen de ocupación alemana en Serbia (Schlarp, 1986), en Italia (Klinkhammer, 1996) o en Noruega (Bohn, 2000) están meticulosamente documentadas, pero se pierden en lo local, en la competencia aparente o real entre distintos servicios. Dado que los frutos militares y administrativos de la dominación aparecen analizados en los mencionados trabajos, respectivamente, bajo los epígrafes «pérdidas debidas al conflicto», «competencia entre funcionarios», «ineficacia» y «fracasos», el lector se pregunta al final confuso: ¿Cómo pudo el maldito régimen nazi mantenerse durante tanto tiempo? Estudios especialmente orientados, como el de Gerhard Aalders sobre las incursiones rapaces alemanas en los Países Bajos o el de Jean-Marc Dreyfus sobre el desvalijamiento de los judíos franceses (*Pillages sur ordonnance*), evitan las digresiones autosuficientes y académicas sobre los habituales conflictos entre instituciones.

Sobre el tema central, la política de financiación de la guerra del Reich alemán entre 1939 y 1945, faltan investigaciones a fondo. El viejo trabajo de Fritz Federeau puede dejarse tranquilamente de lado. El autor sabía desde la época de los nazis de qué hablaba y qué ocultaba. Los estudios más recientes, a menudo muy voluminosos, sobre determinadas empresas industriales, bancos y compañías de seguros son, en el mejor de los casos, muy especializados, pero aportan poco sobre el contexto histórico. El estudio de Manfred Oertel en la gran Historia de la Economía de Guerra Alemana (*Geschichte der deutschen Kriegswitschaft 1939-1945*) de Dietrich Eichholtz ofrece algunos atisbos importantes, al igual que su tesis doctoral en Rostock sobre el Banco del Reich, pero la posible contribución de ambos trabajos, temáticamente interesantes, se reduce en la medida en que Oertel

permanece atrapado en la interpretación del fascismo propia de la RDA y fracasa allí donde se plantea la cuestión de los beneficiarios del saqueo financiero de Europa.

Por otro lado, el grupo de estudio que trabaja en la Oficina de investigación históricomilitar del ejército federal desde hace decenios en la obra en muchos volúmenes, financiada con muchos millones y cada vez más estéril, «El Reich alemán y la segunda guerra mundial», se niega rotundamente a dedicar un volumen, o al menos un gran apartado, a la financiación de la guerra. A los historiadores militares les parecen demasiado complicados algunos instrumentos importantes de explotación como fueron, por ejemplo, los vales de la Caja de crédito del Reich, y pasan por alto, perdido en la oscuridad de la historia de la guerra, el vasto apartado de oficiales financieros («intendentes») de la Wehrmacht. La solución del supuestamente indescifrable enigma de los vales de la Caja de crédito del Reich, importante para entender el Estado hitleriano del pueblo, se encuentra en la segunda parte de ese libro, en los apartados «Pagos individuales» y «Expropiación colectiva».

A esa experiencia con los colegas de la Oficina de investigación históricomilitar se asemeja un episodio que viví poco después en el Archivo militar federal de Friburgo. Después de solicitar allí las referencias (muy deficientes) relacionadas con el tema «RW 7, OKW/Wehrmachtintendant z. b. V». [Economía del Reich 7/Estado Mayor de la Wehrmacht/Intendencia, reservado], me llamó el archivero encargado de la sala de lectura y me dijo: «Señor Aly, usted seguramente ya lo sabe, pero parece haber olvidado que esas actas no las encarga normalmente nadie». Los intendentes eran los encargados de finanzas de la Wehrmacht, y la mayoría de los documentos sobre su actividad desaparecieron sin dejar huellas. Lo poco que se conserva no se aprovecha para la inves-

tigación ni se dispone siquiera de su uso. En el catálogo de existencias impreso las fuentes más interesantes se describen equivocadamente («... principalmente listas de reservas y compras»); en el catálogo de existencias que el Archivo Federal mantiene en Internet falta cualquier indicación sobre los intendentes de la Wehrmacht, reservada o no. Allí donde existen actas sobre finanzas y cuestiones monetarias, no suelen recogerse en la documentación pertinente.

Como ejemplo mencionaré la edición de actas «*Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen 1939-1945*» [El diario de servicio del gobernador general alemán en Polonia, 1939-1945], que publicaron Werner Präg y Wolfgang Jacobmeyer en 1975 por encargo del Instituto muniqués de historia contemporánea. La actividad abundantemente recogida en las actas del director del Banco del Reich y jefe del Banco emisor en la Polonia ocupada, Fritz Paersch, fue casi regularmente eliminada del índice («cuestiones bancarias, etc»..) en esa edición. De la misma ceguera hacia las cuestiones de política financiera y monetaria adolece el gran proyecto editorial «Europa bajo la cruz gamada» de la última fase de la RDA.

Ha sido extraordinariamente útil que el Archivo Federal decidiera confeccionar una base de datos con las abundantes actas personales del Banco del Reich y otros muchos documentos personales, que hasta 1990 se guardaban en el archivo del Ministerio de Seguridad del Estado de la RDA. Entre los varios avances que se han producido últimamente en ese terreno, merece la pena mencionar el catálogo en dos volúmenes sobre «Autoridades militares en Francia» y «Autoridades militares en Bélgica y el norte de Francia», completado hace poco y publicado conjuntamente por el Archivo Federal, el Archivo Nacional Francés y el Instituto Histórico Alemán de París. Este libro se ha beneficiado mucho del

«Archivo de indemnizaciones en la audiencia provincial de Berlín» (B Rep. 032), disponible desde hace algunos años en el archivo territorial de Berlín; contiene, ordenados por *länder*, documentos copiados de los archivos de muchos Estados europeos, así como documentos originales que los supervivientes presentaron ante los tribunales. En los archivos del Ministerio de Finanzas del Reich había evidentemente decenas de miles de actas, pero ni en los grandes registros documentales de la vieja República Federal ni en los igualmente abundantes de la antigua RDA se confeccionaron catálogos adecuados. Hasta 2004, casi sesenta años después del final de la guerra, no apareció el primer volumen de un inventario en diez volúmenes de las actas conservadas del Ministerio de Finanzas del Reich.

Aun así, esos documentos constituyen las fuentes más importantes de mi estudio. Con ayuda de orientaciones generales obtenidas en viejos ficheros y gracias a la archivera Karola Wagner conseguí localizar muchos documentos nunca citados hasta ahora en la literatura científica. De paso supimos que numerosísimos documentos sobre el extraordinario presupuesto de guerra del Reich alemán, en los que se anotaron minuciosamente en aquel momento la mayoría de los ingresos en los países ocupados, se habían destruido con evidente premeditación. Esto se refiere también a las actas que habrían podido dar información sobre la venta de propiedades enemigas y judías y a documentos con cuya ayuda se habría podido desglosar el apartado del presupuesto «ingresos generales de la administración», exorbitantemente creciente. Las cantidades milmillonarias allí anotadas provenían de fuentes sobre las que había que guardar silencio. Sin embargo, en la cuarta parte del libro intento, con ayuda de los restos conservados de esas actas, reconstruir a grandes rasgos los ingresos de guerra del Reich alemán, poniendo el acento,

por un lado, en la distribución de las cargas entre las clases sociales, y por otro examinando la parte del presupuesto de los costes de guerra alemanes, continuamente creciente hasta 1944, obtenida en los países ocupados (y coaligados) a partir de la propiedad y de la fuerza de trabajo de los grupos especialmente perseguidos.

El Banco del Reich se ocupó de múltiples maneras del saqueo de los países ocupados y de los judíos europeos. No sólo acaparó el oro (dental), las joyas, parte de las acciones y divisas de los asesinados, etc., sino que instaló en cada banco nacional de los países conquistados un comisario alemán, que tenía que ocuparse del suministro de dinero a la Wehrmacht, de la exacción de tributos de guerra y —compensatoriamente— de las medidas a tomar para estabilizar la moneda. Con esa finalidad se utilizó sistemáticamente el dinero obtenido del expolio de los judíos. En la tercera parte se muestra cómo sucedió esto en el caso de Grecia.

Pude utilizar sin problemas el archivo de la Banque de France, donde el trabajo resultó bastante difícil debido a la escasez de registros. Los catálogos y las condiciones de trabajo en el archivo de la Banca d'Italia son excepcionales. Dos intentos de entrar en los secretos de los bancos nacionales europeos durante la segunda guerra mundial fracasaron. El Banco Nacional húngaro me hizo llegar una negativa categórica y el Banco de Grecia dejó sin responder muchas preguntas.

Las actas del Banco del Reich, todavía disponibles por millares en 1945, han sido —exceptuando restos insignificantes — destruidas en el curso del tiempo, tanto en la República Federal como en la RDA. Debido a la presión internacional, el Archivo Federal presentó en 1998 un informe sobre el paradero de las actas del Banco del Reich, en el que decía: «Al

observador imparcial le resultará incomprensible que documentos tan vinculados con los crímenes de los nacionalsocialistas fueran distribuidos despreocupadamente y pudieran perderse finalmente». En el informe se señala que la destrucción de las actas ya no es hoy «comprensible», con lo que se pretende establecer una nueva cortina de humo, ya que las razones para hacerlo siguen vigentes: tanto en la RDA como en la República Federal existían razones de Estado para hacer desaparecer los documentos que habrían permitido presentar reclamaciones de restitución. A un lado como al otro, se trataba de proteger los intereses de «todos» los alemanes.

El 4 de septiembre de 1947 la comisión bancaria compuesta por expertos y políticos alemanes registró en Berlín-Este, con ocasión de una «conferencia sobre el traspaso del Banco del Reich», la existencia de un «fichero judío» que contenía datos sobre los «efectos incautados» a los judíos. Desapareció más tarde sin dejar huellas. Pero al menos se conservó, cabe decir que gracias a la RDA, gran parte del archivo de la «Administración central de las cajas de crédito del Reich», tan importante para las cuestiones financieras de la guerra. Lo mismo se puede decir de los archivos de los bancos privados alemanes. Para los interrogantes planteados en este libro resultan muy útiles los informes de la época del departamento de economía política de la Reichskredit Gesellschaft AG.

Ulrich Benkert, que residió durante decenios en Francfort trabajando allí como liquidador del Banco del Reich, escribía en 1978: «Durante años he hecho destruir varios miles de órdenes del Banco [federal], sin dar jamás cuenta de su contenido». Esperaba un «favor» semejante de un funcionario titubeante del Banco Central regional en Berlín (Oeste) con respecto a las actas del Banco del Reich allí custodiadas. La petición de Benkert no quedó sin respuesta. En 1976/1978

quemó en la incineradora de billetes del Banco Federal, en Francfort, los últimos documentos importantes del Banco del Reich, autorizado expresamente por el ministro de Finanzas Hans Apel, en tiempos del canciller federal Helmut Schmidt. [2]

A pesar de la destrucción deliberada de muchas fuentes me parece posible describir con cierto detalle el saqueo de Europa. Para los distintos conjuntos de preguntas que aquí sólo cabe plantear, a partir del balance de cada capítulo y con respecto al tema general «Estado hitleriano del pueblo», se encontrará todavía mucho material, por ejemplo en los amplios fondos «Ministerio de Economía del Reich», «Ministerio de Finanzas del Reich» y «Delegado para el plan cuatrienal» de Moscú, que no he tenido ocasión de consultar y que conservan importantes documentos de la política económica, financiera y monetaria del Tercer Reich durante la guerra.[3]

Más fácilmente accesibles son textos que tienen que ver con el saqueo sistemático y deliberado de los países ocupados, con el contenido de los millones de paquetes postales desde el frente en dirección a Alemania, o con pequeños y grandes negocios de estraperlo. Yo no he podido estudiarlos con detalle, pero valdría la pena examinar a fondo los documentos del servicio de aduanas y especialmente los de los departamentos de Hacienda regionales, en la dirección que apunta el apartado «Los ufanos ladrones de Hitler». Las actas de las aduanas constituyen una fuente apenas empleada en la historiografía, pero en mi opinión podrían ser utilizadas con provecho como fondo idóneo para muchas cuestiones de historia social. Las leyes nacionalsocialistas mencionadas de pasada, con las que entre 1933 y 1945 se dificultó el embargo de deudores morosos con escasos ingresos o la pérdida de la vivienda debido al retraso en el pago del alqui-

ler, merecen, como algunos otros temas que sólo se insinuarán, una verdadera investigación.

Las piezas de los documentos de Nuremberg (NG-, PS-, NOKW-, NID-) se citan como fuentes con sus respectivos números sin especificar el archivo en que se encuentran, dado que se pueden hallar en muchos lugares con distintas formas. Lo mismo vale para las actas del proceso a Eichmann (ET) y para los microfilmes del extenso diario de gobierno de Hans Frank (Frank-Tagebuch). He utilizado también documentos de los Archivos Nacionales y del Museo del Holocausto en Washington, y del Instituto Muniqués de Historia Contemporánea.

En las citas suele haber pequeñas correcciones ortográficas y a veces, de forma inconsecuente, renuncio a poner entre comillas vocablos (nazis) habituales en la época, que empleo como *termini technici* históricos, como en el caso de las palabras Führer, arización, *Volksgenosse*, comunidad nacional [*Volksgemeinschaft*] y victoria final [*Endsieg*]. En el caso del concepto «solución final» [*Endlösung*] me parecía no obstante llevar demasiado lejos el distanciamiento historiográfico, y lo mismo puedo decir con respecto a la «desjudaización» [*Entjudung*], aunque el diccionario judío de 1927 utiliza el verbo «desjudaizar» sin más comentarios. Otros pueden poner los límites más allá o más acá. Evidentemente, no existían ni existen «propiedades judías», «acciones judías» ni un «oro judío»; se trata de abreviaturas de una época colectivista, que responden al odio racial. Pero sólo se pueden evitar sustituyéndolas por prolijos circunloquios (acciones que antes pertenecían a judíos, etc.), por lo que yo también las utilizo de vez en cuando.

Cuando hablo de «los alemanes», también se trata de una generalización colectivista, pero es un giro que utilizo con

mucha frecuencia. A falta de otra cosa, me parece un concepto colectivo más adecuado que el de «los nazis», demasiado reductor. Hitler siempre contó con una base de apoyo mucho más allá de sus votantes, por no hablar de sus camaradas de partido. Evidentemente hubo hombres y mujeres alemanes que ofrecieron resistencia y que murieron por ello; los judíos alemanes también eran alemanes y se consideraban a sí mismos como tales, a menudo con orgullo. Sin embargo, hasta el 95 por 100 de los alemanes —incluyendo a los austríacos— se aprovecharon de la arización. Hacer como si sólo hubieran sido los nazis declarados equivaldría a eludir el problema histórico.

En los siguientes capítulos aparecerán muchas cifras: presupuestos, resultados de la expropiación, porcentajes tributarios, contribuciones mensuales a la potencia ocupante, tipos de cambio, etc. Los datos numéricos precisos son necesarios, porque están en el núcleo de la cuestión. En la página 369 se ofrece una tabla con los tipos de cambio oficiales en Alemania para las monedas extranjeras. Para la conversión en dinero actual basta seguir una regla muy simple: un Reichsmark corresponde a 10 euros.[4] Y para entender mejor los grandes números, conviene que los lectores y lectoras recuerden de cuando en cuando que en 1939 un salario mensual bruto de 200 RM o una pensión mensual de 40 RM no estaban mal. Cuando en el otoño de 1942 el precio de un quintal de patatas se elevó a 75 pfennigs, se pudo observar «cierta irritación» de los ciudadanos.[5]

Comparados con el nivel de vida medio, los costes de guerra alcanzaron alturas vertiginosas, pero conviene recordar de vez en cuando lo que no salta a la vista en las cantidades milmillonarias de las que se habla. Se trata siempre, únicamente, de los gastos en armas, búnkeres, transportes y víveres, de la paga de los soldados y el sostén de sus familias, del

lado alemán. Esas cifras no contienen ni un solo marco para la justa defensa de los atacados, para los inválidos y las familias de los muertos, ni un solo pfennig para la reconstrucción de Varsovia, Rotterdam o Jarkov y decenas de miles de pueblos y aldeas arrasados. Igualmente faltan los costes de reconstrucción de los puentes, instalaciones industriales y vías ferroviarias bombardeados o volados, para las calles, campos, presas y bosques devastados, así como los muertos, ausentes en este balance material de la guerra.

3

La dictadura de los favores mutuos

EL FULGOR DE LA EXPANSIÓN

A la vista de los seis millones de desempleados Hitler prometió en 1933 «trabajo, trabajo, trabajo», y en el plazo de cinco años pudo alcanzar su objetivo principal en política interior: el Instituto del Trabajo del Reich anunció a finales de febrero de 1936 una cifra de parados algo superior a los dos millones y medio, que un año más tarde se habían reducido a 1.610.000.[1] Salarios y pensiones estaban estancados al bajo nivel de la crisis económica mundial. En 1928, el mejor año de la República de Weimar, la totalidad de los ingresos salariales había alcanzado los 42.600 millones de RM, y en 1935 eran sólo 31.800 millones. Tres años más tarde la suma de los salarios alcanzó la altura de diez años antes.[2] El salario por hora, las mensualidades, jubilaciones y otras pensiones seguían todavía claramente por debajo. En términos de ventas, la producción agropecuaria permaneció hasta 1945 por debajo de los resultados de 1928-1929.[3]

Sin embargo, la sensación de recuperación económica y de determinación autoritaria bastó para asegurar al Estado nacionalsocialista la lealtad de la gran mayoría de los alemanes. Tras unos pocos meses de espera, a finales de 1933 se extendió en los círculos burgueses la opinión de que «se aprecia cada vez más la seguridad y la confianza en que con este gobierno Alemania volverá a salir adelante», o al menos así lo señalaba el ya citado Hermann Voss en Leipzig.[4] Willy Brandt, entonces enlace clandestino del Partido Socialista Obrero [*Sozialistischen Arbeiterpartei*, SAP] describía en el verano de 1936 el estado de ánimo de los obreros de Berlín como «escasamente entusiasta, no muy favorable hacia el régimen», aunque tampoco «enfrentado con él».[5]

Tras el referéndum de enero de 1935, celebrado en relativa libertad y con unos resultados abrumadores[*] —pese a todo el esfuerzo de agitación antifascista—, la región del Sarre volvió al Reich. Pronto siguieron el servicio militar obligatorio y la marcha sobre la Renania desmilitarizada, al tiempo que comenzaba el rápido rearme de la Wehrmacht con armas extremadamente modernas. El gobierno del Reich violó así el Tratado de Versalles, abandonó la Sociedad de Naciones y ganó popularidad. A ojos de la inmensa mayoría demostraba así que se habían impuesto a Alemania «falsas deudas de guerra» y una «paz deshonrosa», cubriéndola de humillación y vejaciones sin cuento. Hitler simbolizó en los primeros años la satisfacción de un pueblo aturdido, excitado y agresivo.

Cuando asumió las tareas de gobierno, la situación económica comenzaba a estabilizarse tras la crisis. Sus estrategas financieros alentaron la incipiente expansión en el momento justo. Elevaron la deuda del Estado a corto plazo para combatir el paro y aumentar el poder adquisitivo interno. Esto descargó al Estado de tareas sociales improductivas, al tiem-

po que le prometía crecientes ingresos a más largo plazo.

De hecho, los ingresos del Estado procedentes de los impuestos se elevaron entre 1933 y 1935 un 25 por 100; en términos absolutos, alrededor de dos millardos de RM. Al mismo tiempo los pagos por seguro de desempleo disminuyeron en 1.800 millones de RM. Visto así, los créditos del Estado se refinanciaron por sí mismos en 3.800 millones de RM en un período de tiempo relativamente corto. La política de anticipación a un futuro más propicio parecía cumplirse al pie de la letra. La propaganda acuñó la fórmula del «milagro financiero alemán»,[6] y el conocido economista Günter Schmölders publicó artículos con títulos como «Época de grandes logros de la economía financiera del Reich» o «Política de precios radical».[7]

Pero como los gastos del gobierno sobrepasaron a esos ingresos acrecentados en casi un 300 por 100, la deuda pública aumentó en los dos primeros años del nacionalsocialismo en 10.300 millones de RM.[8] El único impuesto importante que se elevó entre 1933 y el comienzo de la guerra, con la intención de cubrir el déficit rápidamente creciente, fue el impuesto sobre sociedades establecido en 1920 por la República de Weimar. Esto sucedió en cuatro pasos entre agosto de 1936 y julio de 1939 y duplicó ese impuesto a las empresas, pasando del 20 al 40 por 100 y afectando principalmente a las que obtenían ganancias del *boom* armamentístico. Al mismo tiempo, el Estado amplió la base impositiva de las empresas, reduciendo notablemente sus posibilidades de deducir fiscalmente las reservas de amortización.[9] Los ingresos del Estado procedentes de ese impuesto ascendieron en 1935 a seiscientos millones de RM, situándose en 1938 en 2.400 millones; su proporción del total de ingresos por impuestos suponía en 1935 el 7 por 100 y en 1938 ya alcanzaba el 14 por 100.[10] El gobierno alemán se vio beneficiado políti-

camente por el efecto de esas medidas de nivelación social. El informe anual de la Oficina central de seguridad para 1938 señalaba: «La elevación del impuesto sobre sociedades produce una impresión favorable, especialmente entre los obreros», que la entendían como signo de que los costes del rearme se «repartían equitativamente», limitándose «los elevados beneficios de las grandes empresas».[11]

La eficaz política social y tributaria alivió a las familias; la ley del impuesto sobre la renta de octubre de 1934 elevó sensiblemente la cantidad básica libre de impuestos, y supuso por tanto una ventaja para la gente de ingresos bajos. La reforma se planteó de forma que el total de los ingresos del Estado no se viera afectado. Se trataba de obtener la diferencia «del correspondiente incremento de la cantidad pagada por los solteros, los casados sin hijos y, a partir de determinados ingresos, también los casados con uno o dos hijos». Entre las medidas de nivelación social introducidas por motivos de política demográfica estaban también los créditos de nupcialidad, subvenciones para la compra de muebles, ayudas para formación y el subsidio familiar. En cifras absolutas el Reich destinó a esos conceptos, hasta 1941, la cantidad relativamente pequeña de algo más de tres millardos de RM en total.[12]

La cotización al seguro de desempleo, que hasta 1934 corría por cuenta de los asalariados, disminuyó algo, aplicándose además a ese fin una cuota impositiva algo más alta a todos los obligados a pagar el impuesto sobre la renta. Esa remodelación tributaria con fines igualitarios incluía asimismo una elevación general de impuestos. El paro disminuyó pronto, pero el gasto en el seguro de desempleo, llamado ahora Reserva del Reich para el Trabajo, permaneció a la misma altura.[13]

Desde 1933 hasta mediados de 1939 el Reich alemán dedi-

có unos 45 millardos de RM al rearme. La correspondiente partida del presupuesto, astronómica para aquellos tiempos, ascendía a más del triple de los ingresos del Reich en el año fiscal 1937, lo que tuvo como consecuencia que la deuda pública del Estado ascendiera a finales de agosto de 1939 a 37.400 millones de RM.[14](*) El pleno empleo y el armamento se financiaban con créditos gigantescos. Incluso Goebbels, que solía zaherir a los financieros llamándoles «pequeños filisteos burgueses», hablaba en su diario de un «vertiginoso déficit».[15]

En enero de 1939 intervino la dirección del Banco de Reich ante Hitler: «El ilimitado crecimiento de los gastos del Estado bloquea cualquier intento de estabilizar el presupuesto, y a pesar de los enormes esfuerzos de la administración tributaria lleva las finanzas del Estado al borde del abismo y arruina al banco emisor y la moneda. No existe ninguna receta lo bastante genial o sofisticada, ningún sistema de técnica financiera y monetaria, ninguna organización o medidas de control que pudieran ser suficientemente eficaces para contrarrestar los efectos devastadores sobre la moneda de una política de gasto desenfrenada. Ningún banco emisor está en condiciones de mantener la moneda frente a unos gastos del Estado tan inflacionistas».[16]

Los autores de la carta habían respaldado durante mucho tiempo la política de endeudamiento estatal mediante todo tipo de manipulaciones financieras, pero aun así esa protesta provocó la destitución del presidente del Banco del Reich Hjalmar Schacht y de parte de su equipo. Para sustituirlo se nombró a Walther Funk, quien ya antes había reemplazado al renuente Schacht en el puesto de ministro de Economía del Reich. Emil Puhl, un excelente experto monetario sin perfil político, se ocupó desde entonces, como vicepresidente encargado de negocios y ayudado por cientos de cualificados

funcionarios, de las tareas cotidianas del Banco del Reich, que pronto se extendieron a la totalidad de la Europa ocupada. Puhl fue pronto conocido por sus valoraciones ocasionalmente sarcásticas sobre las capacidades del gobierno del Reich, pero permaneció en su puesto hasta 1945. Por razones profesionales le parecía adecuado cualquier medio para proteger la moneda alemana. Almacenó el oro robado, procediera de donde procediera, sin hacer preguntas. El muy poco significativo puesto de segundo vicepresidente del Banco del Reich lo ocupaba Kurt Lange, que debía su ascenso únicamente a su militancia en el NSDAP.

Referidas al año 1939, las necesidades financieras de los ministerios civiles ascendían a 16.300 millones de RM, y las de la Wehrmacht a 20.500 millones. Con unos ingresos corrientes del Estado de entre 17 y 18 millardos de RM, el servicio de la deuda suponía ya 3.300 millones.[17] Carl Friedrich Goerdeler, quien más tarde se convertiría en una de las figuras centrales de la oposición alemana, calificó tempranamente esa gestión de los gastos como «locura financiera». En su memorándum del 1 de julio de 1940 —redactado en los días del mayor éxito militar, la victoria sobre Francia— indicó secamente: «Las finanzas del Reich están arruinadas». En caso de prolongarse la guerra, ya a finales de 1941 habría que dedicar «tres quintos de los ingresos anuales … para saldar deudas del pasado … eso significa pues que el endeudamiento compulsivo del Reich ha conducido ya al resultado de que ni siquiera se puede cubrir el servicio de la deuda con los ingresos corrientes, de forma que la propia deuda va aumentando mas y mas».[18]

Hitler superó la precaria situación financiera del Reich, bien conocida por él y por su equipo dirigente, con repentinas acciones bélicas contra millones de personas. Expropiaciones, deportaciones y asesinatos en masa se convirtieron,

como se mostrará en las páginas siguientes, en fuentes importantes para las finanzas del Estado alemán. En 1942 el secretario de Estado de Finanzas Reinhardt declaró categóricamente: «Las cantidades que se necesitan año tras año para el pago de intereses y amortización de la deuda del Reich deben cubrirse mediante los ingresos que se obtienen *cada año* del cultivo y explotación de las regiones del Este».[19] El régimen necesitaba la continua desestabilización bélica de la periferia para simular en el interior una aparente estabilidad. En 1940 escribía Goerdeler: «Ya se preparan gigantescos planes de armamento y construcción … Al pueblo alemán se le asegura una protección total de los ancianos. Con el aumento de las regiones dominadas nos lanzaremos a planes de construcción y remodelación aún mayores».[20]

LA ARIZACIÓN COMO MEDIO PARA FINANCIAR LA GUERRA

A finales de 1937 el endeudamiento frenético chocó con un primer límite. A partir de entonces los funcionarios responsables del Ministerio de Finanzas operaron continuamente al borde del terreno de juego crediticio, tratando de descubrir/nuevos recursos para financiar las deudas del Estado. En esa situación su mirada recayó sobre las propiedades de los judíos, que adjudicaron sin más ceremonia a la llamada «propiedad del pueblo». Se trataba de un concepto muy ideologizado de la época, utilizado no sólo en Alemania, que les ofrecía la posibilidad de expoliar a «extranjerizantes» y «enemigos del pueblo».

Hasta 1937 los funcionarios, hombres de negocios, médi-

cos y empleados judíos fueron víctimas de leyes especiales. Muchos perdieron su puesto de trabajo, su carrera se vio interrumpida, y empresas hasta entonces prósperas fueron a la bancarrota. A partir de ese momento cualquier actividad económica de los judíos quedó sometida a innumerables trabas especiales, a menudo diferentes según el lugar. En conjunto, los afectados debían llegar a la conclusión: ¡Vámonos de aquí, cueste lo que cueste! Los funcionarios de Hacienda y las oficinas de divisas aprovechaban cuanto podían las dificultades creadas por la política de Estado. Sirviéndose del «impuesto a los que huían del Reich» y de medidas cada vez más restrictivas para la exportación de divisas, acciones, sellos, joyas, oro, piedras preciosas, plata, obras de arte y antigüedades, el Estado alemán intentó enriquecerse; pero hasta entonces eran personas privadas las que arizaban empresas o bienes inmuebles, en unos casos de forma semivoluntaria, y en otros mediante acuerdos con los propietarios judíos sometidos al terror estatal y social. Los judíos podían hasta entonces disponer de sus seguros de vida y sus acciones, podían elegir dónde invertir su dinero. Hasta finales de 1937 no se puede hablar de un expolio sistemático, sino de una confiscación parcial cada vez mejor organizada y de corrupción privada, en la que participaban muchas decenas de miles de alemanes no judíos.

Las propiedades judías no comenzaron a estatalizarse sistemáticamente hasta 1938, pero a partir de entonces se hizo con un ímpetu irrefrenable. La anexión de Austria marcó el inicio del proceso. El 19 de marzo de 1938 fue nombrado Delegado del Reich para Austria el enviado especial de Hitler para cuestiones económicas complicadas, Wilhelm Keppler; ese mismo día Göring le encargó tres tareas: en primer lugar debía ocuparse de las riquezas del subsuelo austríaco, en segundo lugar del nivel de salarios y precios y en tercer lugar

de las empresas de propiedad judía: «La arización de las empresas será previsiblemente aún más necesaria en Austria que en el viejo Reich». Llevarla a cabo «acelerada y adecuadamente» era especialmente importante para el desarrollo «ininterrumpido» del programa de armamento.[21]

Si se echa una mirada a la situación presupuestaria general del Reich a principios de 1938, se ve que el rearme se financiaba hasta entonces en gran medida con títulos por valor de doce millardos de RM, atribuidos no al Estado, sino a una empresa privada ficticia, la MeFo (*Metallurgische Forschungsgesellschaft*, sociedad de investigación metalúrgica),[22] procedimiento ideado por Hjalmar Schacht cuando era a la vez ministro de Economía y presidente del Banco del Reich.

En 1939 vencían por primera vez esos títulos y había que aprontar también medios presupuestarios y empréstitos para la amortización de deudas a corto plazo. Al mismo tiempo la Wehrmacht reclamaba once millardos de RM del presupuesto anual en curso para sus propios gastos. Todo esto sobrecargó la demanda en el mercado de capitales. El ministro de Finanzas del Reich comenzó pronto, para cubrir los gastos corrientes, a poner en venta bonos del Tesoro que a su vez vencerían al cabo de un semestre.[23]

En esa difícil situación que el propio gobierno se había buscado llegó el decreto del 26 de abril de 1938, que obligaba a los judíos a declarar detalladamente a las oficinas de Hacienda todas sus propiedades, siempre que su valor superara los cinco mil RM, y debían hacerlo en el plazo de seis semanas hasta el 30 de junio, aunque ese plazo se tuvo que ampliar hasta el 31 de julio debido a la lenta distribución de los formularios. A partir de ese momento había que notificar si el patrimonio se alteraba en cualquier sentido. El funcionario del Ministerio de Economía del Reich al frente de la ope-

ración y ponente de la ley, Alf Krüger, calificó algo después el procedimiento como «preparación para la desjudaización total y definitiva de la economía alemana».[24] Krüger clasificaba los bienes declarados en distintas categorías: las propiedades en Alemania de los judíos extranjeros le parecían «inviolables» y las de los cónyuges no judíos de judíos alemanes y apátridas «inalcanzables»; pero al final de los cálculos quedaban como «accesibles» 7.123 millones de RM. Señalaba que en el verano de 1938 los judíos alemanes y austríacos «disponían, según las estimaciones oficiales, de bienes por valor de alrededor de ocho millardos de RM».[25] Evidentemente incluía las posesiones «inalcanzables», o quizá también las que no había que declarar por no llegar al límite inferior de cinco mil RM. Había que tener en cuenta todos esos detalles al evaluar la riqueza conjunta de los judíos alemanes; en Hamburgo, por ejemplo, sólo tuvieron que declarar sus propiedades el 16 por 100 de los contribuyentes judíos.

Con respecto a los judíos menos pudientes, hay que tener en cuenta que, como muchos otros alemanes, habían invertido en cuentas de ahorro y seguros de vida, jubilación, enfermedad e invalidez. Si se estima para la mitad de los setecientos mil judíos alemanes y austríacos una riqueza media por persona de alrededor de 1.500 RM, eso supone, dada la esperanza de vida de entonces y la media de las pensiones, algo más quinientos millones. Como consecuencia de la emigración forzosa o la deportación esa cantidad fue a parar a la comunidad ahora ya puramente aria, lo que facilitaba disminuir las subvenciones estatales o elevar el nivel de prestaciones.

Sólo dos de los muchos artículos del Decreto sobre la Propiedad se ocupaban de las formalidades de la declaración. En uno de ellos se autorizaba a Göring, encargado del plan cuatrienal, a «asegurar el aprovechamiento de los bienes decla-

rados en consonancia con las necesidades de la economía alemana». El siguiente apartado amenazaba con castigos a los judíos que intentaran ocultar sus bienes materiales, en cuyo caso podían ser expropiados y condenados hasta a diez años de prisión.[26] Según la nueva situación legal debían comunicar a partir de entonces a las oficinas de Hacienda la eventual arización «voluntaria» de sus propiedades. Al mismo tiempo el Ministerio de Economía del Reich hizo pública en mayo de 1938 la siguiente valoración: «El desarrollo de la legislación sobre los judíos tendrá como consecuencia una propensión cada vez mayor de éstos a emigrar de Alemania». Esto suponía que había que «establecer a tiempo medidas de seguridad» con respecto a todos los bienes judíos, si los funcionarios hallaban trazas de un proyecto de emigración.[27] Como constató tempranamente Van der Leeuw, con eso «se abrieron las vías que habían de recorrer la mayor cantidad posible de las propiedades judías para llegar finalmente a la caja del Reich».[28]

Tres días después de que se hubiera anunciado la obligación de la declaración, el 29 de abril de 1938, tuvo lugar una reunión ministerial bajo la presidencia de Göring, en la que se trataba de debatir la «exclusión definitiva de los judíos de la vida económica» con el objetivo «de la conversión de las posesiones judías en Alemania, en valores que no les confieran ninguna influencia económica». Esta última declaración, algo críptica, significaba, dicho claramente, la conversión obligatoria de bienes de todo tipo en títulos del Estado. Los participantes veían ahí también una ventaja desde el punto de vista de la política exterior, ya que en definitiva los judíos serían indemnizados, aunque lo fueran «como convenía, mediante la entrega de títulos de la Deuda».[29]

Desde la óptica de la administración financiera del Reich había más de un argumento en favor de la conversión obli-

gatoria de las posesiones judías en títulos del Estado: a mediados de julio de 1938 el Reich se vio obligado a recomprar sus propios bonos por valor de unos 425 millones de RM, para evitar un hundimiento de su precio de mercado. Con tales intervenciones de emergencia, que no significaban otra cosa que financiar la exorbitante deuda pública con ayuda de la máquina de hacer billetes, el Ministerio de Finanzas intentó por dos veces alcanzar dos objetivos: por un lado había que disimular como fuera las dificultades financieras en las bolsas, y por otro la recompra de la propia deuda debía evitar, en palabras del propio ministro de Finanzas, que la próxima emisión «de deuda del Reich fracase o resulte imposible». En su carta del 1 de septiembre de 1938 Schwerin von Krosigk escribió a Hitler: «En el transcurso de septiembre se acabarán las reservas de caja» por lo que no se puede lanzar por el momento un nuevo empréstito, ya que los inversores preferirían valores reales. Más adelante comunicaba el ministro a su Führer «con lealtad inquebrantable … que nos encaminamos a una grave crisis financiera, cuyos indicios han llevado ya en el extranjero a minuciosos debates sobre esta difícil situación de nuestra economía, y en el propio país a una merma de la confianza que genera preocupación».[30]

Si se tiene presente esa situación, resulta claro por qué la política alemana se orientó en el exterior hacia la desarticulación de Checoslovaquia y en el interior hacia los pogromos contra los judíos. El fisco alemán necesitaba dinero. El gobierno hizo cuantas trampas estaban en su mano para evitar a cualquier precio la bancarrota del Estado. Cualquier interrupción habría puesto de manifiesto inmediatamente el problema. La única salida era la huida hacia adelante.

En una reflexión retrospectiva, Göring recordaba inmediatamente después del pogromo de noviembre la «reunión en la que tomamos la decisión de arizar la economía alema-

na, expulsando a los judíos de la economía e inscribiéndolos en el registro de deudas convertidos en pensionistas». Como explicación añadía: «Los judíos serán expulsados de la economía y cederán sus bienes al Estado. Serán indemnizados. La indemnización se anotará en el registro de deudas y les dará derecho a determinado porcentaje de intereses, de los que tendrán que vivir».[31] Esto significaba ni más ni menos que la conversión de todo el patrimonio de los judíos alemanes en títulos del Estado, y por tanto un suplemento de varios miles de millones de RM para la caja del Reich. En el comunicado oficial «La cuestión judía como factor de la política exterior en el año 1938», con el que el Ministerio de Asuntos Exteriores impuso un criterio uniforme a todos los representantes alemanes en el extranjero, se explicaba que, a diferencia de lo que sucedió con los bienes de la Iglesia durante la Revolución Francesa, no se trataba de una incautación sin indemnización, sino que «el judío expropiado recibirá por sus propiedades títulos de la deuda del Reich, de cuyos intereses podrá vivir».[32]

En su discurso del 6 de diciembre de 1938 Göring habló insistentemente ante los *gauleiter* de la relación entre el rearme y la estatalización de las propiedades de los judíos alemanes. Los negocios, instalaciones, reservas, muebles o incluso obras de arte debían ser vendidos inmediatamente. Una pintura al óleo, por ejemplo, que se hubiera incautado a un judío de Stuttgart, debía ofrecerse preferiblemente a la venta a un museo de Stuttgart. Lo mismo debía suceder en el caso de los automóviles, que evidentemente debían subastarse en el mercado local. Pero los beneficios de la venta de los negocios, pinturas o automóviles, «ya sea en Munich, en Nuremberg, en Stuttgart, en Karlsruhe o en Hamburgo —proseguía Göring— no corresponden a las ciudades, a los *länder* ni a las regiones [*gaue*], sino sólo y únicamente al

Reich».

A continuación explicó por qué se ocupaba precisamente de la «cuestión judía», aunque hubiera preferido no tener nada que ver con ella: «pero entonces no sé, naturalmente, cómo podría mantener en funcionamiento mi plan cuatrienal, y por tanto la economía alemana». A los gauleiter interesados en las propiedades judías les encareció: «Los réditos de la arización corresponden en definitiva sólo y únicamente al Reich, lo que quiere decir en este caso al administrador, al ministro de Finanzas del Reich, y a nadie más en todo el Reich; pues sólo así será posible llevar adelante el programa de rearme del Führer». Igual de claro fue el ministro del Interior Frick al referirse a los deseos de enriquecimiento personal y local: «Los bienes que se encontraban hasta ahora en manos judías deben ser considerados propiedad del pueblo alemán. Cualquier desvalorización o disminución de ese patrimonio significa por tanto una mengua en las propiedades del pueblo alemán».[33] Para decirlo con las palabras de Göring en diciembre de 1938: «Los beneficios de la eliminación de los judíos de la vida económica alemana corresponden únicamente al Reich».[34] Con el pogromo del 9 y 10 de noviembre se materializó de forma notablemente rápida el propósito antes formulado. Sólo ahora se podía llevar a cabo la idea concebida por los expertos de la oficina del plan cuatrienal, la administración financiera del Reich, el ministerio de Economía y el Banco del Reich, de convertir en préstamos obligatorios al Estado una parte considerable de las propiedades de los judíos alemanes.

Ese procedimiento sirvió más tarde de modelo para la arización en toda Europa. En lugar de la venta de propiedades judías en Stuttgart y del deseo de compra de sus habitantes, pronto se trató de París, Amsterdam o Szeged, y de los intereses de sus habitantes. La mayor parte, y en muchos luga-

res casi todo, fue vendido por los funcionarios locales a interesados locales, así pues a los autóctonos; pero los frutos de tales negocios los encaminaban los alemanes, siguiendo los principios experimentados en 1938 y que tan buen resultado habían dado, hacia la caja del Reich. En el Ministerio de Finanzas era entonces responsable de este asunto Walter Maedel, precisamente porque en general estaba encargado de evaluar fiscalmente los bienes más heterogéneos, pertenecieran a quien pertenecieran. Él fue el autor de los comentarios sobre la Ley de valoración.

Cuando se impuso a los judíos, después del pogromo, el «pago de expiación», también llamado «penitencia de los judíos», se comprobó cuán enérgicamente perseguían los expertos financieros nacionalsocialistas la transformación de las propiedades judías en títulos del Estado. Se fijó el objetivo de mil millones de RM; para llegar a esa suma, los discriminados fueron obligados a vender sus casas, acciones y hasta las obligaciones y bonos del Estado. El representante del Banco de Reich, Karl Blessing, se opuso a esa medida advirtiendo, en la reunión del 12 de noviembre de 1938, que temía «que en los próximos días, a partir del lunes, los judíos vend[ier]an centenares de miles de títulos del Reich, para conseguir medios de pago». Dado no obstante que el precio de mercado de esos títulos estaba protegido «con el fin de poder lanzar nuevas emisiones», tal venta repentina significaba para el ministro de Finanzas del Reich la obligación de recomprarlos; en consecuencia se prohibió a los judíos poner en venta los títulos del Estado alemán.[35]

En 1938 Göring necesitaba urgentemente, además de créditos al plazo más largo posible, divisas para pagar las importaciones; sólo con ellas se podían comprar las materias primas y víveres necesarios para el rearme, tanto para las necesidades corrientes como para almacenar reservas de

grano con vistas a la guerra. Por eso exigió el 25 de julio, es decir, seis días antes de que se cumpliera el plazo de entrega de las declaraciones de bienes de los judíos, que éstas se examinaran «con la mayor urgencia», en busca de valores extranjeros, después de lo cual había que comunicar a sus propietarios la obligación que tenían de «ofrecerlos y venderlos» al Banco del Reich «en el plazo de una semana».[36] A cambio, los forzados vendedores judíos recibieron, también en este caso, títulos del Tesoro del Reich. Pocos días después el ministro responsable de cuestiones económicas en la antigua Austria, Hans Fischböck, pidió a un alto funcionario del Banco del Reich que se hiciera cargo del departamento de divisas en la «oficina de emigración de judíos» organizada por Eichmann.[37]

La «penitencia de los judíos» de mil millones de RM, decretada por el gobierno del Reich el 12 de noviembre de 1938, elevó de golpe los ingresos corrientes del Reich en más de un 6 por 100, con lo que se podía superar el grave déficit de caja. Schwerin von Krosigk había intentado ese año, mediante bloqueos o recortes presupuestarios y la prohibición de nuevas obras públicas, que las finanzas del Estado no quedasen totalmente fuera de control. Consoló a los destinatarios de sus decisiones secretas de ahorro con una frase de Göring: «La resolución de las tareas pendientes tendrá tanto más éxito cuanto más rápida y completamente se lleven a cabo ahora los trabajos que deben garantizar la estabilidad de la nación frente a cualquier eventualidad».

En el informe anual de 1938 presentado por Walther Bayrhoffer, representante del Ministerio de Finanzas en la dirección del Banco del Reich, se juzgaba la situación financiera a mediados de noviembre de 1938 como «catastrófica»: «Existe un déficit de cerca de dos millardos de RM; nos encontramos ante la posibilidad de que el Reich se vea incapaz

de afrontar los próximos pagos».[38] Ese fue el momento en el que se impuso la «penitencia» a los judíos. Por eso solicitó el gobierno del Reich un crédito-puente a los bancos que se ocupaban «debidamente» de la venta de las acciones que habían pertenecido a los judíos. Y por eso el ponente de la Ley de desjudaización en el Ministerio de Economía del Reich, Alf Krüger, seleccionó especialmente en su cálculo global de los bienes judíos declarados el componente líquido, esto es, todos los valores no vinculados a propiedades inmobiliarias o capital invertido: en total 4.800 millones de RM,[39] de los que se podía disponer inmediatamente. El 18 de noviembre de 1938 el representante del Ministerio de Asuntos Exteriores, después de una charla privada de Göring, anotaba estas palabras clave: «Situación muy crítica de las finanzas del Reich. Remedio por de pronto mediante los mil millones obtenidos de las propiedades judías y mediante las ganancias del Reich por la arización de empresas judías».[40]

Con su reglamento del 21 de noviembre de 1938 el ministro de Finanzas del Reich determinaba un «pago de expiación» del 20 por 100 del patrimonio de cada uno de los judíos que habían presentado una declaración de bienes, y que por tanto poseían propiedades por valor de más de 5.000 RM. Debían abonar la suma debida en la oficina de Hacienda correspondiente en cuatro plazos, «sin un requerimiento especial», el 15 diciembre de 1938 y el 15 de febrero, el 15 de mayo y el 15 de agosto de 1939.[41] De esa forma obtuvo el fisco más de mil millones de RM que contabilizó en el presupuesto como «ingresos de otro tipo». Los ingresos corrientes del Reich ascendieron en el año presupuestario de 1938-1939 a unos 17 millardos de RM, en los que hay que incluir los ingresos por el impuesto contra la huida del Reich y otros beneficios derivados de la discriminación de los judíos, que —calculados a la baja— significaban como mínimo quinientos

millones de RM. En conjunto, más del 9 por 100 de los ingresos corrientes en el último presupuesto anterior a la guerra provenían pues de los frutos de la arización. A eso se añadía el cambio obligatorio, no contabilizado, de las divisas y parte de las acciones de los judíos en títulos del Estado. El impuesto contra la huida del Reich aportó entre 1933 y 1945 casi mil millones de RM, de los que 342.621.000 correspondían al año presupuestario 1938-1939, el más fructífero al respecto debido al terror.[42]

Si uno se detiene un momento a imaginar que algún ministro de Finanzas, tesorero municipal o administrador de un partido, en Alemania o en cualquier otro lugar del mundo, pudiera hoy día disponer repentinamente de unos ingresos adicionales del 9 por 100, sin gravar a su propia gente, entenderá claramente lo bien que le tuvo que venir a los administradores del Reich la «penitencia de los judíos» y las posteriores expropiaciones. La revista *Deutsche Steuer-Zeitung* observaba: «Los resultados de la incautación de las propiedades judías fluyen en definitiva hacia el Reich, que los utilizará para sus gastos generales y con ello para el bienestar de la totalidad del pueblo alemán».[43] El Servicio de Seguridad generalizaba de forma posiblemente exagerada que, a diferencia del propio pogromo, «las leyes de expiación [habían] sido muy bien acogidas por la población».[44]

Schwerin von Krosigk afirmaba después de la guerra en sus memorias: «Firmé con mi nombre la imposición de la penitencia, pero con aquello había llegado al límite».[45] El segundo reglamento de aplicación del «pago de expiación» de los judíos, que establecía poco después del comienzo de la guerra que «la contribución de bienes judíos se elevará del 20 al 25 por 100 de las propiedades hasta alcanzar la cantidad de mil millones de RM», y que lleva la firma de Schwerin von Krosigk, muestra lo lejos de la realidad que estaba

esa afirmación.

La entrega adicional debía hacerse en el plazo de cuatro semanas y permitió que la caja del Reich ingresara un total de 1.126.612.495 RM de la «penitencia de los judíos», aunque según otras fuentes fue algo más, alrededor de 1.200 millones.[46]

Las miles de continuidades personales y espirituales que se mantienen en la República Federal desde la época del Tercer Reich son incontestables, y no es preciso repetirlo continuamente. Si se examina la carrera posterior de los que en este libro aparecen nombrados como funcionarios ministeriales y del Banco del Reich, se comprueba fácilmente que la mitad al menos de ellas están llenas de anécdotas posfascistas e historias increíbles pero verídicas. Sólo como indicio reproduciré aquí la forma en que un funcionario del Ministerio de Finanzas federal, un cierto doctor Siegert, explicaba en el verano de 1951 el incremento de la entrega forzosa de bienes judíos del 20 al 25 por 100, en una carta oficial con la que respondía a la pregunta de un periodista estadounidense: «Básicamente se ordenó que la entrega de bienes de los judíos debía elevarse hasta que se alcanzara la contribución de mil millones de RM. Si *algún* judío eludió total o parcialmente su deber tributario mediante una declaración falsa de sus bienes o simplemente no pagando, no debe culparse por ello al Pueblo Alemán, sino que se trata, en todo caso, de *un problema entre los propios judíos*».[47] (La cursiva aparece igualmente en el original, así como las mayúsculas del «Pueblo Alemán».)

La forma en que se cobró, con ayuda de los grandes bancos alemanes, la «penitencia de los judíos» ilustra también la pinza financiera en que se hallaba el Estado alemán en noviembre de 1938. El 14 de noviembre el departamento de cré-

dito del Ministerio de Economía del Reich (IV Kred) invitó a los presidentes de los cinco grandes bancos de Berlín a una reunión a celebrar el 23 de noviembre por la mañana. Se trataba del Deutsche Bank, el Dresdner Bank, el Commerzbank, la Reichskredit-Gesellschaft y la Berliner Handels-Gesellschaft. Según las actas los participantes hablaron también sobre la decisión de Göring de «traspasar todas las propiedades inmobiliarias y títulos en manos judías, primero al Estado y quizá más tarde a manos privadas».

Todavía cabía obtener —según como se estimaran las posibilidades de venta— entre tres mil y cinco mil millones de RM, dando así continuidad a los ingresos adicionales para los años siguientes. Los bancos alemanes no concedieron a los judíos más créditos, porque como consecuencia de la discriminación política se veían expuestos —hablando en términos de técnica crediticia— a un «riesgo excesivo». Para pagar la contribución obligatoria, los afectados debían vender todos sus títulos, joyas e inmuebles, pero esto puso nerviosos a los banqueros, que temían una «venta precipitada e irreflexiva» de acciones que podía desencadenar una «catástrofe en el mercado de valores». Al fin y al cabo se trataba de la «gigantesca masa de valores» —para aquellos tiempos— de 1.500 millones de RM. Los banqueros querían que los paquetes de acciones se vendieran «despacio y bajo la adecuada protección del mercado», y en cualquier caso con la condición de «que un eventual riesgo de caída en las cotizaciones no vaya en perjuicio de los bancos». En cuanto a los procedimientos técnicos, proponían «bloquear los valores así obtenidos a nombre del Ministerio de Finanzas del Reich, para evitar un trabajo innecesario a los establecimientos donde por el momento se hallan depositados, y luego ir vendiéndolos objetiva y prudentemente según la situación del mercado de capitales en beneficio de la administración fi-

nanciera del Reich».

Pero el Reich alemán estaba en bancarrota, por lo que los bancos ofrecieron «un anticipo razonable a la administración financiera del Reich sobre los valores a entregar [por los judíos], cuyas condiciones se podrían acordar fácilmente». Así es como se procedió,[48] y como resultado de la conversación con los cargos más altos de la banca alemana se decidió el depósito obligado de todos los títulos de propiedad judía.[49] Con ello se aseguraba la protección del mercado y un control total, y se garantizaba que ningún título de la deuda del Reich alemán fuera a parar al mercado bursátil.

Los altos dirigentes de la banca alemana no se comportaron en este caso como ladrones, sino como cómplices, como colaboradores constructivos que facilitaron un expolio más eficaz. A continuación actuaron como peristas, convirtiendo lo expoliado en dinero contante y sonante. Como pago por su traición el Deutsche Bank, por ejemplo, descontó a sus clientes judíos un 0,5 por 100 por comisión de venta además de los gastos de transferencia. En el cuidado alemán bancario esto sonaba así: «Por nuestros rendimientos en relación con los pagos de contribuciones mediante títulos, cargaremos en la cuenta de nuestros clientes, esto es, de los depositarios judíos, una comisión del 0,5 por 100 del importe total, con un mínimo de 1 RM por cada operación».[50] El posterior comercio con los títulos transitoriamente estatalizados también animó el negocio y abrió a los bancos la posibilidad de intervenciones privilegiadas. Pero la mayor parte del beneficio fue a parar no obstante a la caja estatal alemana y disminuyó las cargas del conjunto de la población. Lo mismo se puede decir en cuanto a los seguros de vida, que en la inmensa mayoría de los casos fueron pagados al fisco del Reich según el valor de amortización estipulado en el contrato.

Los títulos los vendía el banco que administraba por encargo estatal el depósito forzoso, en perjuicio de su antiguo cliente y en beneficio del Reich, o los transfería al Banco Estatal de Prusia (Comercio Marítimo). En otros casos fueron entregados al departamento de títulos del Banco del Reich y de allí pasaron al mercado. Las instituciones bancarias ajustaban cuentas con el consejero del gobierno doctor Bußmann, del Ministerio de Finanzas del Reich, mediante un formulario denominado «Depósito de títulos a cuenta del pago de la contribución especial judía», y transferían el producto de la venta a la cuenta de anticipos «Entrega de propiedades judías, sección títulos» de la caja central del Reich; así se hizo ininterrumpidamente hasta el final del dominio nazi.[51] Dado que la cotización de las acciones subió considerablemente hasta el otoño de 1941, también aumentaron los ingresos para el Reich, en algunos casos más del 200 por 100.[52] Evidentemente, el Banco del Reich vendía esos títulos más tarde en las bolsas de los países ocupados, por ejemplo en París.[53]

El consejero del gobierno doctor Walter Bußmann gestionó desde el 1 de septiembre de 1939 hasta 1945 las finanzas de guerra junto a su superior, el subsecretario ministerial Walther Bayrhoffer. Este último dirigió desde 1939 la oficina general de cuestiones financieras y de crédito en el Ministerio de Finanzas del Reich. El 1 de febrero de 1939 fue nombrado además representante del Ministerio de Finanzas en la dirección del Banco del Reich, donde tuvo a su cargo las cuestiones jurídicas y de economía nacional, la circulación monetaria y la financiación pública.[54]

SUAVIZACIÓN DE LOS IMPUESTOS PARA LAS MASAS

A finales de 1937 un colaborador de Göring presentó la siguiente propuesta de recargos para el caso en que se declarara la guerra: el 50 por 100 para los impuestos sobre la renta y los salarios, el 66,66 por 100 para el impuesto sobre sociedades, el 8 por 100 para los ingresos adicionales al salario, entre el 30 y el 100 por 100 para otros ingresos suplementarios, y el 200 por 100 para el impuesto sobre el patrimonio.[55] En aquel momento, quienes se ocupaban de tales cuestiones desde 1936 juzgaban que «la importante contribución del conjunto de los trabajadores mediante un aumento del 50 por 100 del impuesto sobre los salarios parece razonable», puesto que «todas las capas de la población [debían] ser cargadas proporcionalmente a su rendimiento».[56]

Durante la primavera de 1939 la preparación financiera de la guerra entró en la fase de concreción. El 30 de mayo se estaban debatiendo ya propuestas de todo tipo, y el Ministerio de Finanzas prometió revisar y acoplar los proyectos de sus ponentes antes de que pasaran diez días. Para analizar el desarrollo posterior resulta de interés la propuesta del comisionado general para la economía, el secretario de Estado Hans Posse. Según él, convenía «insertar en la legislación sobre los gastos de guerra la idea de una financiación mediante el recurso anticipado a los futuros ingresos del Reich que cabe esperar tras ella». En un documento anejo se explicaba por qué no era necesario cubrir las deudas del Reich durante el tiempo de guerra. El Ministerio de Finanzas propuso imponer una contribución a la defensa del 25 por 100 de los ingresos de todas las personas físicas y de las ganancias empresariales, lo que habría aportado cinco millardos de RM más de los impuestos sobre el salario y sobre la renta y 1.700 millones del impuesto sobre sociedades. El Banco del

Reich aprobó la propuesta,[57] pero los dirigentes políticos optaron desde finales de mayo de 1939 por la vía que se siguió más adelante: «Para cubrir las necesidades de la Wehrmacht debe aprovecharse la fuerza económica del Protectorado [Bohemia y Moravia] y de las regiones conquistadas en el transcurso de la campaña».[58]

El 30 de agosto de 1939 se constituyó el consejo ministerial para la Defensa del Reich; el 4 de septiembre apareció en el boletín oficial del Reich el decreto sobre economía de guerra [*Kriegswirtschaftsverordnung*., KWVO] aprobado en su primera reunión. El preámbulo y el artículo primero declaraban delito punible, contrario a los intereses del pueblo, la acumulación de dinero en efectivo, sin establecer no obstante penas al respecto hasta 1942.[59] El artículo 22 preveía una reducción de las ganancias empresariales, sin mayor precisión y de momento poco efectiva, y un recargo de guerra del 50 por 100 para los impuestos sobre el salario y sobre la renta. Esa medida concreta sólo se aplicaría empero a los ingresos anuales de más de 2.400 RM, lo que suponía un límite extremadamente alto, ya que según las estadísticas de 1943 más del 70 por 100 de todos los perceptores de renta alemanes quedaban exentos de cualquier contribución directa a la guerra y para otro 26 por 100, en concreto para aquellos cuyos ingresos anuales no llegaban a 6.000 RM, sólo significaba un pequeño aumento.[60] De manera que la KWVO sólo imponía al 4 por 100 de todos los contribuyentes por renta el considerable recargo del 50 por 100.[61]

La estadística social para el año 1937 ofrecía resultados muy parecidos. Según ella todos los obreros del Reich alemán quedaban por debajo del límite de 2.400 RM, a los que se sumaba más del 53 por 100 de los 3,7 millones de empleados.[62] Si se añaden los pequeños funcionarios, que entonces eran muy numerosos en los servicios de correos y ferrocarri-

les, se puede decir sin más que los trabajadores alemanes, así como gran parte de los empleados y funcionarios, no aportaron directamente a los impuestos de guerra ni un solo pfennig hasta el 8 de mayo de 1945.

Si se compara la KWVO con las propuestas de la fase de planificación, se observa que el recargo previsto originalmente para todos los perceptores de rentas, al principio del 50 por 100 y luego del 25 por 100 para todos los salarios, sueldos y demás ingresos privados, no se llevó a la práctica. El impuesto casi general fue sustituido por otro que sólo afectaba plenamente a la muy estrecha franja de los que ganaban más de 6.000 RM anuales, y moderadamente al cuarto superior de los perceptores de ingresos. Esto correspondía a una idea básica que Hitler habría expresado ya en 1935: «Por orden del Führer [debían] limitarse las rentas altas en tiempo de guerra … ya fuera mediante un empréstito obligatorio o mediante un impuesto progresivo sobre los beneficios».[63]

Con la KWVO el Estado nacionalsocialista intentó que «la carga de la guerra se repart[ier]a lo más equitativamente posible y limitar el poder adquisitivo».[64] Los gobernantes alemanes impulsaron y mantuvieron un socialismo de guerra que contaba con la lealtad de la gente humilde. «Se debe evitar —decía el economista Jen Jessen— que unos se hagan ricos mientras que otros ofrecen su vida».[65] Hitler lo formuló de forma parecida: «Mientras los soldados luchan en el frente, nadie debe sacar partido de la guerra. Mientras los soldados caen en el frente, en la patria nadie debe hurtarse a su deber».[66]

Como la KWVO suspendió transitoriamente los suplementos por horas extraordinarias, así como por el trabajo nocturno y en los días festivos y domingos, al principio de la guerra se redujeron los ingresos reales de los trabajadores;[67]

pero los empresarios no obtuvieron de ello ninguna ventaja: debían transferir en su totalidad al Estado la diferencia salarial no pagada. En total, el fisco ingresó de esa forma a costa de los trabajadores alemanes la poco significativa suma de 270 millones de RM.[68] También el aumento, anunciado el 4 de septiembre de 1939, de un 20 por 100 en el precio de venta del tabaco y un aumento parecido para la cerveza, aguardiente y vino espumoso afectó a gran parte de la población, aunque no demasiado duramente.[69] Esos impuestos de guerra indirectos —los únicos impuestos sobre el consumo que se incrementaron— se elevaron de nuevo en noviembre de 1941, un 50 por 100.[70] La cautela populista del régimen se muestra de todas formas en un detalle: el impuesto sobre la cerveza suponía «50 RM por hectolitro en la región de consumo del sureste alemán, mientras que en las restantes regiones era de 70 RM por hectolitro». Eso significa que el recargo para un litro de cerveza fuerte («un artículo que contribuye a mantener el buen humor», según Goebbels) suponía en 1940 en Hamburgo o en Dresde catorce pfennigs, mientras que en Munich sólo era de diez pfennigs, esto es, un 30 por 100 menos. Se renunció al impuesto sobre el vino, porque «indirectamente afectaría también a los productores, cuya situación económica no es en general favorable».[71]

Sin embargo, la pérdida de las primas por horas extraordinarias afectó notablemente al humor de los trabajadores alemanes, por lo que ya el 15 de noviembre de 1939 propuso el consejo de defensa del Reich restaurarlas para el tiempo de trabajo superior a diez horas, así como para el trabajo nocturno y en los días de fiesta y domingos.[72] Aparte de eso estaba el bloqueo general de las vacaciones y la prohibición (todavía) de complementos por la novena y la décima hora de trabajo.[73] Por lo demás, aunque esas primas no se tenían en cuenta con respecto al límite libre del recargo impositivo

de guerra, sí estaban sometidas —como hasta entonces era habitual en Alemania— al impuesto corriente.

En esa misma reunión los expertos financieros propusieron, en cambio, rebajar de 2.400 a sólo 1.800 RM de ingresos anuales el límite para el recargo impositivo de guerra, con el fin de disminuir el poder adquisitivo de las masas por razones de equilibrio presupuestario y de consumo, pero la propuesta fracasó «por razones políticas».[74] Los responsables de la política monetaria tenían claro que «el único medio realmente eficaz para disminuir el poder adquisitivo consistiría en reforzar la contribución de las rentas populares al consumo político, elevando los impuestos». Schwerin von Krosigk escribió al respecto: «Puede que esto provoque quejas y reproches, pero se entenderá».[75] Goebbels se pronunció inmediatamente contra los «estériles burócratas» del Ministerio de Finanzas, que habían perdido, en su opinión, «el último resto de cordura». No eran «hombres de Estado creativos». «¡Una auténtica miseria!»[76]

En junio de 1940 reinaba entre los expertos financieros la opinión de que en aquel momento no había «ninguna posibilidad» de «obtener nada en el terreno de los impuestos del mariscal de campo Göring ni del Führer».[77] Por el contrario, sin atender a lo que el buen sentido sugería para una economía de guerra, sin ninguna obligación, sino por puro populismo, el gobierno levantó en agosto de 1940 la prohibición de primas para la novena y la décima hora de trabajo. Y no tuvo bastante con eso: a propuesta del ministro de Armamento, FritzTodt, a partir de diciembre de 1940 quedó liberado de impuestos y cargas sociales cualquier ingreso derivado de los complementos por horas extraordinarias, nocturnidad o trabajo en domingos y días de fiesta.[78] Esto hizo aumentar perceptiblemente los salarios, y poco antes de Navidad llegó la decisión de eximir de los impuestos de guerra la corres-

pondiente paga extraordinaria.

Sorprendentemente, en aquel momento hasta los más altos funcionarios del Ministerio de Finanzas, siempre bastante realistas, imaginaban que tras un final victorioso de la campaña militar en Francia se podrían permitir tales dispendios «con la condición, naturalmente, de que la guerra termine en 1940». El secretario de Estado Reinhardt escribió entonces a su ministro: «A la opinión pública alemana y extranjera producirá evidentemente una gran impresión que en esta guerra gigantesca prescindamos de medidas fiscales rigurosas».[79]

Los campesinos alemanes también podían estar seguros de una solicitud igualmente comprensiva. La agricultura constituía, en opinión de Bernhard Benning, director del departamento de economía política de la Reichskredit Gesellschaft, «un oasis especial en el terreno de los impuestos», y era el único sector económico que durante toda la guerra «se vio extraordinariamente favorecido, tanto en la política de precios como en la de impuestos». La cantidad recaudada se mantuvo siempre durante los años de guerra entre setecientos y ochocientos millones de RM anuales, «mientras que al mismo tiempo el Estado (es decir, el conjunto de todos los contribuyentes) tuvo que aportar —según Benning— cantidades milmillonarias en subvenciones a los precios». De hecho, los precios para los productores de leche y patatas subieron durante la guerra entre un 25 y un 35 por 100. En 1943 los campesinos alemanes poseían haberes bancarios líquidos que totalizaban más de diez millardos de RM, además de grandes cantidades de dinero en efectivo,[80] como consecuencia deliberada del decreto sobre economía de guerra. Ya a fines de 1939 se quejaba un alto funcionario de Hacienda de que los privilegios de los agricultores eran «en muchos casos tan grotescos que al resto de la población, que se ve

obligada en parte a realizar auténticos sacrificios, no le quedan ocultos y suscitan irritación, por no utilizar palabras más gruesas».[81]

Por motivos parecidos a los que llevaron a reducir los impuestos en la agricultura, en 1941 se elevaron las pensiones. Eso compensaba por un lado el leve aumento del coste de la vida debido a la guerra y corregía por otro lado los recortes de la época del decreto de emergencia, 1930-1932, aun sin compensarlos totalmente. Las mayores ventajas fueron para los pequeños pensionistas, porque el aumento —como cualquier socialista radical suele reivindicar— no fue porcentual, sino el mismo para todas las pensiones. Cada jubilado recibió 6 RM mensuales más, las pensiones de las viudas se elevaron en 5 RM y las de los huérfanos en 4 RM. El promedio de subida de las pensiones fue del 15 por 100. Esa medida supuso además una generosa evaluación de las solicitudes, renunciando especialmente a exigir los recibos de las cotizaciones durante la época de caos económico tras la primera guerra mundial. Entre los ancianos alemanes la reforma de las pensiones causó, al menos por un momento, una «visible satisfacción y una gran alegría». Hubo al principio un pago suplementario por tres meses que alentó la confianza en el Führer de círculos en los que hasta entonces «se había dicho con frecuencia que el nacionalsocialismo no tenía nada para los *Volksgenossen* ancianos y débiles y que deseaba su rápida desaparición».[82]

La reforma de las pensiones de 1941 amortizó otra «carencia [sociopolítica], que desde siempre había acompañado a la atención a los pensionistas»: se introdujo el seguro obligatorio de enfermedad. La contribución obligatoria mensual ascendía a 1 RM, y las viudas y huérfanos quedaban libres de contribución.[83] Hasta entonces los pensionistas habían tenido que recurrir a la beneficencia pública o asegurarse priva-

damente, lo que sólo hacían unos pocos. Las leyes al respecto entraron en vigor en agosto y noviembre de 1941.

La siguiente elevación de las pensiones, propuesta por el Ministerio de Trabajo del Reich en 1942 y que debía superar claramente a la de 1941, fracasó por la oposición del ministro de Finanzas. Lo mismo sucedió con una propuesta de Goebbels en el otoño de 1944 que pretendía elevar claramente las prestaciones mediante una pensión universal, lo que ahorraría trabajo a la administración.[84] Otra reforma radical del seguro de jubilación, propuesta al comienzo de la guerra por el Frente Alemán del Trabajo, la denominada Obra de Asistencia al Pueblo Alemán, no se pudo poner en práctica. El proyecto pretendía más que duplicar de golpe las pensiones, vincularlas al aumento del coste de la vida y anticipar la dinamización del subsidio de vejez, algo que no se materializó hasta 1957 en la República Federal. Dado que la reforma habría exigido evidentemente cotizaciones más altas, la dirección nacionalsocialista temió que éstas supusieran una reducción excesiva en el presupuesto del asalariado medio. El DAF quería reducir de esa forma el poder adquisitivo durante la guerra y mejorar la aceptación pública con la promesa de una jubilación confortable. También esto chocó con la oposición del ministro de Finanzas del Reich, que abogaba por un sacrificio de guerra que no estuviera vinculado a «promesas, de las que nadie sabe si alguna vez se podrán cumplir». Aparte de eso, «el pueblo las vería más como "estímulos" que como compromisos serios».[85]

Merece la pena señalar a este respecto que se había reforzado la voluntad de cambio de aquellos dirigentes del Tercer Reich que al mismo tiempo descollaban activamente en imponer, cuando les parecía conveniente, la política del asesinato en masa. En el otoño de 1944 surgió así un conflicto sobre la rápida subida de las pensiones. Financieramente era

una locura, pero sus defensores alegaron en favor de sus ideas los deseados «efectos psicológicos en los *Volksgenossen* activos» y reclamaron la rápida «equiparación entre trabajadores y empleados», para ofrecer una prueba anticipada del futuro de paz a aquéllos a quienes se había prometido una «generosa reforma de la seguridad social en favor de los intereses de la población trabajadora». El ministro de Finanzas del Reich la rechazó, y lo mismo hicieron el ministro de Economía, el jefe de la cancillería del Reich y el apoderado general para el empleo de la mano de obra. Aun así, votaron a favor de la reforma de la política presupuestaria Bormann, Speer, Himmler y Backe[86] (Goebbels, Göring, Hitler y los *gauleiter* no participaban en aquellas discusiones internas).

En 1943 fracasó, en cambio, la propuesta de elevar por tercera vez el impuesto sobre el tabaco, debido a la oposición del Frente Alemán del Trabajo, que al mismo tiempo supo complacido que se había rechazado un nuevo aumento del impuesto sobre la cerveza y un nuevo impuesto sobre el agua mineral y el carbón.[87] En la primavera de 1943 se frustró el intento del Ministerio de Finanzas de asignar un recargo general del 25 por 100 en el impuesto sobre los salarios a las capas de bajos ingresos, protegidas hasta entonces mediante la política de distribución desigual de las cargas. Göring se opuso enérgicamente, y Hitler rehuyó la decisión arguyendo «hallarse enfrascado en asuntos militares urgentes».[88]

El jefe de la cancillería del partido, Martin Bormann, observó en sus notas del 3 de marzo de 1943: «El Führer subraya: 1. ¡De por sí, lo mejor sería que durante la guerra no tuviéramos que elevar los impuestos! ¡Incautación de todas las ganancias de guerra, de golpe, en cuanto se acabe! 2. Si quieren subir los impuestos durante la guerra, ¡sólo una elevación del *impuesto sobre la renta*, a partir de 6.000 RM! 3. Li-

mitación del poder adquisitivo. El Führer subrayó repetidamente que los grandes ingresos aumentan muy poco el poder adquisitivo; sólo elevan los precios de los objetos de arte y cosas así, y eso es totalmente inocuo. ¡Lo esencial es el poder adquisitivo de las amplias masas! Tiene que ver con las cosas de la vida cotidiana: comestibles, ropa, etc»..[89] Dos semanas después del dictamen de Hitler, el 18 de marzo, Fritz Nonnenbruch la emprendió en el editorial del *Völkischer Beobachter* contra el recargo tributario pretendido por el ministro de Finanzas, porque «precisamente desde el punto de vista nacionalsocialista» cabía oponerse «a una carga adicional sobre los pequeños ingresos hasta una cuantía de 5.000 a 6.000 RM».

La política así planteada obtuvo los éxitos deseados. Así describía por ejemplo el director general de Hacienda de Francfort en marzo de 1943 el idilio comunitario en su informe periódico sobre el estado de opinión de sus *Volksgenossen*: «La situación económica de la población es buena. La gente paga sus deudas, se saldan las hipotecas y las ejecuciones forzosas han disminuido. Las secciones civiles de la Audiencia tienen que ocuparse cada vez más de procesos entre arrendatarios y arrendadores y con denuncias por impago de la pensión alimenticia. Los agentes judiciales se ocupan en gran medida de la valoración de muebles y enseres».[90] El autor se refería con esto al patrimonio de los judíos deportados, confiscado en provecho del Reich y luego vendido a los bombardeados, indemnizados ya con dinero. En cambio se evaluaban sólo aproximadamente las pérdidas humanas, de las personas cuyo patrimonio había sido destruido por los ataques aéreos.

Bernhard Benning constataba resignado ante una audiencia de expertos que evidentemente no se podía «decidir ninguna medida enérgica con respecto a las capas de bajos in-

gresos, que desde el punto de vista de la restricción del gasto eran precisamente las más interesantes».[91] Los expertos en finanzas del Reich intentaban corregir el curso de las cosas, para aminorar el gigantesco poder adquisitivo excedente y con él el peligro de inflación y aplazar al menos las deudas del Estado, rápidamente crecientes como consecuencia de la guerra. Schwerin von Krosigk describía sarcásticamente sus propósitos, basados en su experiencia profesional, como un «bolchevismo recaudatorio» ineludible.[92] Sin embargo, Hitler y sus colaboradores más estrechos le replicaban que «ahora es, desgraciadamente, demasiado tarde» para elevar los impuestos. Si se hubieran tomado tales medidas «al comienzo de la guerra o como muy tarde tras la victoria sobre Francia, todo estaría bien; pero ese momento apropiado ha quedado definitivamente atrás», aseguraban hipócritamente.[93]

En mayo de 1943 Goebbels anotaba satisfecho: «Las nuevas leyes sobre impuestos han sido pospuestas *ad calendas graecas*».[94] Poco después insistió por si acaso en «informar de cuando en cuando al Führer [y al jefe del Frente Alemán del Trabajo, Robert Ley], sobre el aspecto psicológico de los planes de impuestos». Al fin y al cabo no se podía «imponer a la población ahora una nueva carga (Stalingrado — Túnez — racionamiento de la carne — ataques aéreos — evacuación)». Bajo esa presión el secretario de Estado Reinhardt se dirigió a su ministro y le explicó que la discusión sobre la subida de impuestos debía «interrumpirse, porque crea intranquilidad en la población». Con respecto al «actual desaliento», había que evitar de cualquier modo todo «lo que pudiera afectar todavía más duramente a la opinión pública».[95]

Poco después, tras el cambio de bando de Italia, Goebbels instó a evitar un viraje parecido en Alemania: «El nacional-

socialismo debe renovarse. Tenemos que unirnos al pueblo de una forma aún más socialista que antes. El pueblo debe saber siempre que nosotros somos sus adalides más justos y generosos».[96] Y así se hizo: a finales de septiembre el jefe de la cancillería del Reich, Hans Heinrich Lammers, comunicó al ministro de Finanzas que Hitler y Göring eran de la opinión de que «es mejor olvidar, atendiendo a la situación actual», cualquier aumento de impuestos.[97] A finales de 1943 Schwerin von Krosigk comentaba: «En cualquier momento se pueden aducir razones para concluir que las elevaciones de impuestos no son oportunas; en primavera o en el momento de la victoria, porque no se debe echar a perder el gozo provocado por la estación o la alegría de la victoria; en otoño o si se produce una contraofensiva, porque no se debe empeorar el abatimiento debido a la próxima llegada del invierno o las noticias del frente».[98] En 1944 Benning exclamó frustrado en la ronda de los expertos en finanzas: «¡Me permito recordar que los ingresos [anuales] hasta 3.000 RM no se han tocado desde el comienzo de la guerra!»

De hecho, el ministro de Finanzas del Reich convenció a mediados de 1944 a Hitler para que se aprobara al menos el aumento previsto desde un año y medio antes de algunos impuestos indirectos. Se debatieron nuevos incrementos sobre el tabaco y el aguardiente, además de un nuevo impuesto sobre las entradas de cine y los billetes de tren. Pero los artículos de uso y consumo cotidiano debían quedar expresamente exceptuados.[99] Lammers pidió al ministro que presentara la propuesta; se trataba de un volumen de impuestos de 3.400 millones de RM. Hitler demoró entonces la decisión durante varias semanas para comunicar finalmente que a la vista de la situación militar había que descartar tales leyes. Aunque en el segundo semestre de 1944 la situación financiera del Reich empeoró perceptiblemente, en noviem-

bre Goebbels seguía pugnando con el Ministerio de Finanzas del Reich en torno a un notable aumento de las pensiones por invalidez. Una contribución solidaria general propuesta por Schwerin von Krosigk, que pretendía aducir la preocupación por las víctimas de la guerra, fue rechazada también por el ministro de Propaganda.[100]

En febrero de 1945, después de que se hubieran interrumpido casi todos los ingresos procedentes del extranjero, Schwerin von Krosigk insistió por última vez. Ahora incluso Goebbels opinó benévolamente: «Debemos recobrar un suelo firme bajo los pies en la cuestión del dinero», y cedió; pero a finales de marzo de 1945, cuando el Ejército Rojo había dejado atrás el Oder y las tropas estadounidenses avanzaban hacia Würzburg, aceptó la incapacidad de la dirección nacionalsocialista para exigir nada al pueblo alemán: «Krosigk ha reelaborado su proyecto de reforma impositiva, pero me sigue pareciendo demasiado poco social. Se basa en los impuestos sobre el consumo, mientras que no tiene en cuenta los impuestos sobre los ingresos. Ahora bien, los impuestos sobre el consumo afectan a las amplias masas y son por eso extraordinariamente mal recibidos. Suponen una gran injusticia, que en el momento actual no nos podemos permitir».[101]

ENDURECIMIENTO DE LOS IMPUESTOS PARA LOS CAPITALISTAS

Desde septiembre de 1939 las empresas alemanas debían oficialmente entregar al fisco sus ganancias suplementarias obtenidas en la guerra, según preveía el decreto sobre eco-

nomía de guerra; sin embargo, el artículo correspondiente quedó prácticamente sin efecto hasta 1941, debido a las distintas posibilidades de eludir el impuesto. Eso se puede advertir en que las empresas no manifestaron hasta entonces ninguna necesidad de endeudamiento para la intensificación de su producción de guerra.

Para aumentar la eficacia recaudatoria, la responsabilidad del cobro de las ganancias suplementarias pasó el 1 de enero de 1941 de la oficina del comisario de precios al Ministerio de Finanzas del Reich, cuyos responsables redujeron considerablemente los límites inferior y medio para las ganancias suplementarias con el claro objetivo de lograr «un notable incremento de la contribución del llamado "capital anónimo" y de los ingresos realmente altos, que han aumentado sensiblemente desde que empezó la guerra». Esto se dejó notar a partir de 1942 en la creciente demanda de créditos por parte de las empresas, que el departamento de economía del Deutsche Bank atribuía a la «cada vez más intensa incautación de las ganancias de guerra». Por otra parte, la Wehrmacht pagaba menos por sus compras de armamento y retrasaba los abonos.[102] En el año fiscal 1941-1942 la entrega de ganancias suplementarias ascendió a 750 millones de RM, en 1942-1943 a más de 1.300 millones de RM, y en el siguiente año presupuestario retrocedió apenas unos puntos porcentuales.[103] Como ocasionalmente, al menos, se había producido un cobro excesivo de impuestos, se tuvo que limitar a partir de 1943 la carga total para cada empresa: no debía sobrepasar el 80 por 100 de los beneficios obtenidos.[104]

Para las empresas resultó aún más gravoso el recargo de guerra, percibido por primera vez en 1941, sobre el impuesto de sociedades. Este afectaba a todas las corporaciones con más de 50.000 RM por ejercicio[105] y ascendía —después de que ya antes de la guerra se hubiera elevado al 40 por 100—

al 50 por 100 de los beneficios empresariales. A partir del 1 de enero de 1942 el impuesto de sociedades para las empresas con unas ganancias anuales de más de 500.000 RM se fijó en el 55 por 100,[106] lo que provocó una «considerable reducción de los ingresos empresariales» inmediata y a veces también con efectos retroactivos.[107] De hecho, mediante ese impuesto a las empresas el Estado ingresó en los tres ejercicios presupuestarios desde 1941-1942 hasta 1943-1944 más de cuatro millardos de RM adicionales.[108]

Así se quejaba por ejemplo en 1942 el propietario de una mediana empresa, la editorial muniquesa J. F. Lehmanns Verlag, especializada en la publicación de libros de medicina y de política colonial y de raza: «Las cifras de negocios elevadas tienen también dos caras, y significan en definitiva una disminución del patrimonio, ya que todo lo que sobrepasa determinado nivel de ganancias durante la época de paz debe ser "absorbido" y los almacenes se van quedando vacíos poco a poco».[109] La empresa hotelera y de comercio al por mayor de vinos Lorenz Adlon de Berlín pagó en impuestos en 1942 alrededor del 40 por 100, no de las ganancias, sino de la cifra de negocios de ese año, que ascendía a 5,7 millones de RM.[110]

Entre septiembre de 1939 y marzo de 1942 la caja del Reich recaudó doce millardos de RM como ingresos derivados de impuestos de guerra de todo tipo. Si se examina la distribución de las cargas entre las capas sociales, resulta que sólo el impuesto adicional sobre el tabaco, aguardiente y cerveza, que desde septiembre de 1939 hasta primeros de 1942 aportó un total de 2.500 millones de RM, afectaba a la gran mayoría de los ingresos. La supresión transitoria del recargo supuso 250 millones de RM, mientras que los restantes nueve millardos —esto es, el 75 por 100 de los impuestos de guerra en territorio alemán— correspondían a las empresas

y perceptores de altos ingresos. Otto Donner, consejero de Göring en política financiera, declaró al respecto: «La continua progresión del impuesto sobre la renta, junto con el impuesto de sociedades, [permite] una contribución relativamente grande de los grandes ingresos a las necesidades del Estado».[111] Por otra parte, cualquier tipo de aumento de los alquileres y demás precios quedó estrictamente prohibido.

En el año presupuestario 1942-1943 se reforzó esa tendencia. El desproporcionado aumento de la cantidad recaudada en el interior de Alemania durante ese año se debió sobre todo a la liquidación a finales de 1942 del impuesto por alquileres urbanos. Ese impuesto se había creado en 1926 con el fin de redistribuir la carga tributaria desplazándola en parte hacia los propietarios de inmuebles, que se habían visto menos afectados por la inflación. Los ingresos se estabilizaron al cabo de tres años en torno a los 850 millones de RM anuales y cubrieron una «parte esencial» del dinero necesario para la considerable construcción pública de viviendas durante la República de Weimar. Por eso sólo estaban sometidos al impuesto los edificios ya existentes en el momento de su promulgación, y en correspondencia con su objetivo de utilidad pública se le llamó también «impuesto de desendeudamiento de edificios».[112] El dinero obtenido iba directamente a las corporaciones territoriales.

Con el decreto de emergencia del 8 de diciembre de 1931 ya se había exigido a los propietarios de casas un pago por anticipado de ese cuestionable impuesto, con el fin de estabilizar las finanzas del Estado. El gobierno nacionalsocialista retiró la promesa que había hecho la República de abrogar ese impuesto especial en un plazo razonable, mediante una ley del 1 de diciembre de 1936.[113] La liquidación de 1942 significaba ni más ni menos que un pago por adelantado del impuesto correspondiente a los diez años siguientes. Debido

a la rigurosa congelación de los alquileres, sólo afectaba a los propietarios de casas. Además, el fisco del Reich se adueñó así de un impuesto que hasta entonces iba a parar a los gobiernos de los *länder* e ingresó de una sola vez la asombrosa cifra de 8.100 millones de RM, lo que serían hoy 81 millardos de euros. La revista *Bankwirtschaft* se felicitaba por «el satisfactorio resultado, no sólo en cuanto a la limitación del poder adquisitivo, sino también por su beneficioso efecto sobre el presupuesto estatal».[114]

Dado que los 4.500 millones de RM se cobraron en efectivo, se redujo inmediatamente el incremento de la circulación monetaria provocado por la guerra.[115] Los representantes de la Asociación de Propietarios de Casas lo aceptaron porque el pago suponía la desaparición del impuesto. De todas formas, según temían, podían «verse engañados» por el Estado mediante la regulación estatal de los alquileres, la obligación de constituir reservas o una mayor presión tributaria.[116] De hecho, el ministro de Economía Funk anunció pocos meses después: «Los llamados valores sustanciales representarán una fuente de impuestos especialmente fructífera para el Estado después de la guerra». A principios de 1944 se produjeron debates en los medios especializados preconizando «un sustancial aumento de la contribución de los propietarios de inmuebles para cubrir las deudas estatales».[117] La campaña periodística contra los arrendadores seguía siendo popular, y la revista de las SS *Schwarzes Korps*, por ejemplo, publicó relevantes artículos con títulos como «Ofensas a la comunidad nacional» (12.11.1942). El presidente de la audiencia territorial de Kassel, aleccionado políticamente, declaró que consideraba «una necesidad imperiosa … la introducción de una protección penal de los arrendatarios honrados, que merecían protección frente a acosos deliberados» por parte de caseros que olvidaban sus deberes comunitarios.[118]

Antes del aumento del impuesto sobre la propiedad inmobiliaria la dirección del NSDAP había debatido intensamente qué debía hacerse con respecto a los alquileres excesivos cobrados injustificadamente, dado que los propietarios no estaban autorizados a sanear sus casas durante la guerra y no podían por tanto gastar la parte del alquiler prevista para esos fines. Varios *gauleiter* propusieron una disminución de los alquileres e incluso lanzaron la idea en la prensa. Pero el ministro de Finanzas rechazó esa posible medida con el argumento de que acrecentaría el poder adquisitivo con el consiguiente efecto inflacionista. Finalmente se tomó la decisión de exigir a los propietarios el impuesto especial descrito.[119]

Para precisar la caracterización social del Estado nacionalsocialista resulta interesante la discusión sobre cuánto debía elevarse ese impuesto especial para los propietarios de casas. En un primer momento, en diciembre de 1941, los funcionarios del Ministerio de Finanzas del Reich hablaron de imponer un solo pago equivalente a los impuestos durante cinco años, lo que habría supuesto alrededor de cuatro millardos de RM. En una reunión interministerial el representante del Ministerio del Interior abogó por una suma «algo» más alta, y el Ministerio de Finanzas de Prusia propuso «multiplicar por ocho la cantidad anual». El comisario del Reich para el control de precios calificó la cuota propuesta por el Ministerio de Finanzas como un «gran regalo [indeseado] a los propietarios de casas». Los representantes del Ministerio de Trabajo y de la Wehrmacht advirtieron que no se debía exigir una cantidad demasiado alta. En enero de 1942 los delegados del Ministerio de Finanzas incrementaron su propuesta hasta el séptuplo de la cantidad a pagar en un año, mientras que Paul Fleischmann, representante del Frente Alemán del Trabajo, juzgaba más adecuado multiplicar por nueve. En

una reunión posterior el representante de la cancillería del partido advirtió del peligro de «hacer un regalo a los propietarios de casas». A finales de marzo el ministro de Finanzas prusiano Johannes Popitz propuso multiplicar por doce el impuesto anual. Finalmente, el dirigente ministerial Gerhard Klopfer comunicó en nombre de la cancillería del partido que Bormann «estaría totalmente de acuerdo con la decuplicación del impuesto anual», a lo que Schwerin von Krosigk respondió: «Se acepta la propuesta».[120] De esa forma los propietarios de casas aportaron en el año presupuestario 1942-1943 el 18 por 100 de los ingresos por impuestos de guerra.

El proceso de decisión descrito puede tomarse como ejemplo de la «radicalización acumulativa» del Estado nacionalsocialista descrita por Hans Mommsen. La cumbre política definía en primer lugar lo que no deseaba, metía prisa y reclamaba resultados máximos, con lo que quedaban abiertas pocas alternativas. Los funcionarios dejaban volar su fantasía administrativa, sin necesitar ni recibir órdenes para ello. Para el caso descrito se observa que en ningún momento del período nacionalsocialista tuvo lugar un debate legislativo que pudiera llevar a una carga tributaria ni siquiera comparable de los trabajadores. En la discusión del impuesto sobre los alquileres queda muy documentado y evidente el principio de cargar sobre los más pudientes una parte claramente más alta de los costes de guerra, siguiendo la propuesta programática de Göring, que ya en noviembre de 1938 había sugerido pagar el rearme con ayuda de «una contribución singular» de los alemanes acomodados.[121]

Un desarrollo parecido se aprecia en relación con las ganancias en la Bolsa. El 1 de enero de 1941 quedaron sometidas de nuevo al impuesto sobre especulación,[122] y poco después se limitó el dividendo anual (y cualquier otra forma de

reparto de beneficios) al 6 por 100, sobre todo en razón del «significado propagandístico esencial que debe tener esa medida».[123] Dado que durante los dos primeros años de guerra la cotización de las acciones había subido en promedio un 50 por 100, y para numerosos valores mucho más, los responsables del NSDAP, incluida la dirección del partido, se pronunciaron cada vez más contra esa forma de ganancia «sin esfuerzo».[124] El 4 de diciembre de 1941 se autorizó al ministro de Economía del Reich a exigir una declaración obligatoria sobre la propiedad del títulos y a decretar normas sobre su eventual venta y sobre la inversión de los beneficios obtenidos. Dicho claramente, se trataba de obligar ahora a los propietarios arios, como antes se había hecho con los judíos, a invertir en títulos del Estado con los que no se podría comerciar hasta nueva orden. En definitiva se trataba de evitar que se apreciara en la Bolsa —tan a la vista de todos— cualquier posible pérdida de confianza en la dirección del Estado y del partido.

El 2 de enero de 1942 se promulgó el reglamento correspondiente. Había que declarar antes del 30 de abril en las filiales del Banco del Reich todas las acciones, «kuxes» y participaciones en sociedades coloniales, compradas desde el 1 de septiembre de 1939 (las «kuxes» eran participaciones porcentuales en empresas mineras o que pretendían convertirse en tales). Igualmente había que declarar los títulos que en los seis meses anteriores, esto es, durante el período en que el decreto se preparaba y discutía, hubieran sido transferidos a familiares, prometidos o parientes políticos, a otra empresa asociada o a algún empleado. La obligación de declarar afectaba a las «grandes fortunas», eximiendo a las inferiores a 100.000 RM, y tenía como objetivo la «esterilización de los grandes compradores».[125] La oficina de vigilancia del crédito fijó además límites —variables de un banco a

otro— para la cantidad total de acciones depositadas en las instituciones bancarias alemanas.

A la declaración obligatoria le siguió el segundo reglamento de aplicación el 9 de junio de 1942. Prohibía la compra o venta privada de los títulos declarados y establecía el deber de venderlos en una de las oficinas fijadas por el Ministerio de Economía. Se trataba de un consorcio constituido por el Banco del Reich y el Banco Estatal Prusiano, que al cabo de pocas semanas había almacenado acciones por valor de 150 millones de RM. Los propietarios de acciones habían declarado títulos por valor de mil millones de RM. El Estado intervino pues sólo una parte, y con el objetivo de imponer disciplina, no de expropiarla; los responsables querían conservar la posibilidad de «frenar mediante nuevas requisas» cualquier alza no deseada de las cotizaciones.[126] Esa política de congelar al máximo el mercado de capitales dio lugar asimismo a una norma según la cual los ayuntamientos debían invertir el 75 por 100 de sus reservas en obligaciones o bonos del Tesoro del Reich.[127]

En el transcurso de 1943 pasaron de nuevo a propiedad estatal acciones por valor de 140 millones de RM. Dado que las acciones depositadas en el consorcio bancario estatal debían pagarse según su cotización del 31 de diciembre de 1941, aparecieron no pocos títulos sobrevalorados, cuya compra no resultaba razonable. Ni cortos ni perezosos, los expertos del Banco del Reich y de los ministerios de Finanzas y Economía modificaron esa disposición, de forma que las acciones pudieran comprarse también al precio original.[128] A finales de 1943 se confiscaron las acciones claramente consolidadas. Como se había hecho antes con los judíos alemanes, también ahora se «indemnizó» a los propietarios no judíos de acciones con bonos del Tesoro del Reich no comercializables.

En un principio esa medida legislativa estaba limitada temporalmente, pero el plazo se fue prolongando una y otra vez. A principios de 1943 el Ministerio de Economía redujo a la mitad, esto es, a 50.000 RM —aunque no con efectos retroactivos— el dinero que se podía tener invertido en acciones desde septiembre de 1939 sin obligación de declararlas. Con este procedimiento se pretendía intimidar a los grandes accionistas y a los especuladores que cautamente procuraban incluir en su cartera de valores la menor cantidad posible de créditos de guerra. El ministro de Economía Funk veía ahí el «surgimiento [indeseable] de una obsesión por los valores reales», que consideraba «psicológicamente peligrosa». Su objetivo consistía en «desalentar el alza de las cotizaciones ... ahuyentando de la Bolsa el dinero en busca de inversión para orientarlo hacia la compra de títulos del Reich», esto es, a la financiación de guerra; por eso había que evitar el crecimiento de los paquetes de acciones en manos privadas. Las acciones depositadas obligatoriamente en el Banco del Reich servían como «fondos de intervención para mantener la estabilidad del mercado bursátil», y eran utilizadas para evitar que subieran las cotizaciones. A ese fondo pertenecían también los «efectos judíos» todavía no reprivatizados; en el protectorado de Bohemia y Moravia se confiscaron precisamente «con el objetivo de regular las cotizaciones en la Bolsa [alemana]», transfiriéndolos al Banco Estatal de Prusia.[129]

Evidentemente, las empresas intentaron obtener excepciones y vender los títulos del Estado obligatoriamente adquiridos, en la mayoría de los casos sin éxito.[130] En conjunto, tales intervenciones estatales permitieron frenar a corto plazo el alza de las acciones, pero no una regulación duradera; el tipo de financiación de guerra alemán indujo un exceso de poder adquisitivo que naturalmente espoleó la Bolsa. Al

Banco del Reich le quedó muy claro que si bien seguía disponiendo de posibilidades cosméticas, no estaba en su mano «erradicar las causas del proceso en curso».[131]

No cabe duda de que al comienzo de la guerra la especulación sobre la victoria alemana aguijoneó las cotizaciones en Bolsa; pero eso se modificó, como muy tarde, en el otoño de 1941. Aparentemente no cambió nada; la demanda mantuvo su progresión, pero cambió el motivo: ahora la gente compraba acciones para eludir otra alternativa cada vez más cuestionable, en concreto la inversión de su dinero en bonos del Tesoro del Reich. El escepticismo frente a la dirección política hacía que, si bien se compraban y vendían cada vez menos acciones —los contemporáneos hablaban de «escasez material en las bolsas»—, al mismo tiempo aumentaba cada día la demanda. La razón estaba en que, a pesar del ascenso constante de las cotizaciones, casi nadie quería realizar los beneficios.[132] Finalmente —pese a todos los riesgos que conllevaba la guerra— las acciones industriales se convirtieron en una oportunidad de inversión menos insegura que los títulos del Estado alemán.

Algo parecido sucedió en el mercado inmobiliario. El Servicio de Seguridad registró también aquí, bajo el título «comportamiento insatisfactorio en el mercado inmobiliario» la «huida hacia valores reales». En 1942 la creciente demanda de terrenos construidos y no construidos no hallaba ninguna «oferta digna de mención».[133]‘ A fin de obstaculizar al máximo la adquisición de valores reales y de canalizar el dinero líquido hacia los empréstitos al Estado, Reinhardt impuso en abril de 1942 un bloqueo de la venta de inmuebles procedentes de la expropiación de los judíos.[134]

A principios de 1943 se decidió una congelación general de la cotización de las acciones, después de que las bolsas

sólo hubieran reaccionado con un enfriamiento transitorio a las «advertencias repetidamente expresadas».[135] La Bolsa permaneció abierta, pero había perdido su función. Ahora los bolsistas compraban «principalmente, a falta de otras ofertas, obligaciones del Reich».[136]

Debido a la mencionada actitud intransigente de Hitler, el ministro de Finanzas optó en 1943 por una nueva elevación de impuestos que sólo habría afectado al 4 por 100 de los contribuyentes, esto es, a las rentas más altas. En su comentario sobre tal proyecto de ley el ministro de Economía objetó que la ley prevista ofendería a los más acomodados y provocaría «tensiones difícilmente soportables en la relación de esa parte de la población con el resto».[137] El economista Günter Schmölders explicó que la razón estaba en la aspiración del Estado a una «justicia tributaria». Aun así, una drástica reducción de las oportunidades de beneficio podía conllevar el peligro «de que se premiara impositivamente la indolencia empresarial, castigando en cambio la racionalización, el ahorro de costes y el éxito».[138]

En 1943 —según estimaciones de círculos próximos a la industria— se pudieron incautar en beneficio de la caja del Estado entre el 80 y 90 por 100 de las ganancias empresariales.[139] Son cifras indudablemente exageradas, pero describen adecuadamente la tendencia de la política recaudatoria del Estado nacionalsocialista: después de que el impuesto sobre sociedades, la incautación de beneficios y la morosidad en el pago por parte del Estado hubieran reducido claramente las ganancias empresariales, el fisco todavía se quedaba con un 65 por 100 de los dividendos. Por ejemplo, una empresa que en el año contable 1941-1942 se había visto obligada por la ley a vender al Banco del Reich las acciones compradas desde 1939, recibiendo a cambio títulos de guerra no comercializables, obtuvo con ello unas ganancias nominales de

120.000 RM. De ellos había que descontar: «55 por 100 del impuesto sobre sociedades, más 30 por 100 de la requisa de ganancias, más un 13 por 100 del impuesto sobre actividades económicas», en total, por tanto, el 98 por 100 de los beneficios.[140] Para el año 1945 el gobierno proyectaba elevar drásticamente el impuesto sobre el patrimonio, con efectos retroactivos para 1943 y 1944.[141]

DINERO EN ABUNDANCIA PARA EL GOZO DE LA DEFENSA

Durante la primera guerra mundial la dirección del Reich desatendió el bienestar de las familias de los soldados de una forma escandalosa. Millones de mujeres e hijos de obreros, que hasta entonces vivían tolerablemente, por escasos que fueran sus ingresos, se precipitaron en la pobreza en cuanto fue llamado a filas el cabeza de familia. Los funcionarios de la Alemania guillermina se convirtieron en mendigos. Aunque los hombres morían en el frente por la patria, en ella les faltaba a los suyos lo más necesario. El Estado les daba demasiado poco para vivir, y casi demasiado para morir. La ley entonces vigente sobre la «Protección de las familias de los hombres movilizados» se remontaba a 1888 y ahí seguía, pese a las numerosas correcciones, muy a la zaga de las necesidades de la «moderna guerra de masas».[142]

La negligencia de los gobernantes demostraba su desinterés por la situación económica de las capas proletarias. A los responsables del Reich del Káiser no les faltaba el dinero, lo que les faltaba era un mínimo de intuición sociopolítica; cualquier idea de justicia distributiva o de las necesidades

sociopsicológicas de la moderna guerra de masas les era ajena, y su anticuado dominio de clase no bastaba. Su aturdimiento, aun sin mala voluntad, les hizo perder el resto de su legitimidad. En septiembre de 1918, cuando desde hacía tiempo era ya demasiado tarde, el jefe de prensa de la cancillería del Reich reconocía: «La necesidad de alojamiento, la penuria de ropa y calzado, y sobre todo el hambre, invalidan cualquier apelación al patriotismo».[143]

Recordando la experiencia de 1914-1918, que veintiún años después gran parte de los alemanes seguían llevando en los huesos, el 28 de agosto de 1939 se promulgó la Ley de gastos y emolumentos de la Wehrmacht. En su artículo 9 decía: «Para la estimación del sustento de las familias hay que tener en cuenta sus condiciones de vida hasta ahora y los ingresos que percibía en tiempo de paz el alistado en la Wehrmacht». Esa norma obligaba a «respetar los derechos adquiridos … en la situación económica mantenida hasta ahora, […lo que incluía] el cumplimiento de las obligaciones contraídas», por ejemplo, los abonos a periódicos y los seguros de vida, los plazos de compras realizadas con anterioridad, o los pagos de intereses y amortización de deudas hipotecarias.[144] En conjunto, los subsidios públicos debían servir para «mantener la voluntad de combate, el gozo de la defensa y la seguridad del frente interno».

Para la inmensa mayoría de los alemanes eso significaba sentir cada día lo contrario que durante la primera guerra mundial. Papá Estado no degradaba al ciudadano, se preocupaba por él y lo mimaba materialmente. La dirección política mantenía a los funcionarios decididos a «actuar, como corresponde a su gran responsabilidad frente a la colectividad popular, con la mayor comprensión por las preocupaciones y necesidades de las familias de los soldados que luchan en el frente».[145] «Para cada funcionario [era] un deber y una

cuestión de honor preocuparse por un cumplimiento lo más rápido posible y sin trabas de la ejecución de las medidas adoptadas para el sustento de las familias»,[146] y en caso de duda había que decidir siempre en favor de los solicitantes. Las directrices que se fueron haciendo públicas en rápida sucesión tras las primeras semanas de guerra acrecentaron las demandas.[147] En octubre de 1939 se decía en los periódicos que el sostén de las familias sería ampliado legislativamente por exigencia de Göring: «La dirección del Estado nacionalsocialista libera al soldado alemán en el frente de cualquier preocupación por el mantenimiento de su familia». A partir de entonces se reembolsaron todos los gastos de alquiler, concediéndose además extras de todo tipo.[148] La finalidad de todos esos favores era ganarse el «corazón de los soldados» mediante «un desvelo permanente».[149]

Después de las primeras experiencias y bajo la impresión de la victoria sobre Francia, se promulgó una ley sobre la llamada Asignación para el sustento de las familias, el EFUG (*Einsatz-Familenunterhalt*),[150] que reunía todas las medidas decididas hasta entonces. Casualmente coincidió en el tiempo con la supresión del recargo impositivo para las horas extraordinarias y el trabajo nocturno y en domingos y días de fiesta. Ese sustento se entendía expresamente, no como una ayuda caritativa, sino como «un deber de la comunidad nacional que debe asumir el Estado». No se trataba de subsidios sociales que hubiera que devolver más tarde; ni el patrimonio ni las rentas disponibles en la familia eran óbice para solicitarlo. Para millones de alemanes había una diferencia importante con el salario normal, y es que no se podía embargar, algo que no incomodaba al El artículo 1, sección 2ª del EFUG decía sin andarse con rodeos: «El sustento familiar no es una prestación de beneficencia. No hay que devolverlo. No puede ser embargado».

Las prestaciones adicionales para pagar alquiler, seguridad social, reserva de carbón y patatas quedaron en gran medida garantizadas sin complicaciones burocráticas. El Estado pagaba una ayuda de mantenimiento a las familias numerosas, y lo mismo sucedía con otros gastos, ya se tratara de un dolor de muelas o de la cara educación especial de un niño. En la práctica cotidiana, los responsables procuraban satisfacer los deseos «de compensación de situaciones especiales y de individualización».[151] Evidentemente, las perceptoras de esas ayudas no tenían que pagar impuestos por ellas, y estaban exentas de abonar la tasa por el seguro médico.[152] Las trabajadoras podían decidir de repente dejar de ir a la fábrica.

Pronto se tuvo que fijar un límite para que esas ayudas familiares no superaran los ingresos netos del cabeza de familia antes de su movilización.[153] A éste se le deducía únicamente el 15 por 100 de los últimos ingresos netos, lo que quiere decir que las mujeres disponían con frecuencia del 85 por 100 de los ingresos normales, que podían administrar por primera vez en su vida sin depender de los caprichos o la arbitrariedad de sus maridos. Aun cuando los ingresos medios eran algo más bajos, la considerable estabilidad de los precios, la congelación absoluta de los alquileres y la prohibición de los embargos les permitían vivir sin agobios.[154] Si a eso se añade la paga y las vituallas que enviaba el marido o hijo militarizado, se deduce que no pocas familias alemanas disponían durante la guerra de ingresos más altos que en tiempo de paz.[155]

Según un estudio de la época, esas medidas estaban encaminadas a «fortalecer el estado de ánimo del pueblo, y sobre todo la actitud favorable de las amplias masas».[156](*) El sistema de protección confortablemente dimensionado producía algunas contradicciones, como la mirada envidiosa hacia la

vecina, la avidez de prestaciones adicionales, el ansia de ganancias fraudulentas o la frustración por la creciente escasez de artículos, pero cumplía en conjunto su objetivo de neutralizar de forma políticamente inocua el país, lo que significaba ante todo las mujeres.

El Reich empleó en total para el sostén de las familias durante la segunda guerra mundial la suma, astronómica para la época, de 27.500 millones de RM.[157] Eso significa que las familias alemanas recibían como ayudas, en promedio, el 72,8 por 100 de la renta media familiar en los últimos años de paz, casi el doble que las familias de los soldados estadounidenses (33,7 por 100) o británicos (38,1 por 100).[158]

Por otra parte, entre 1939 y 1941 aumentó también, de 250 a 500 millones de RM, la partida del presupuesto designada como «medidas de política demográfica» con la que se ayudaba a las familias numerosas. En el año de crisis de 1942 se duplicaron esas bonificaciones, y hasta el final de la guerra se mantuvieron en torno a los mil millones de RM. Si se observa la curva de ascenso del subsidio familiar y otras ayudas por el mismo concepto, tomando como base 1938, resulta un aumento del 25 por 100 en 1939, del 28 por 100 en 1940, del 56 por 100 en 1941 y del 96 por 100 en 1942.[159] El continuo soborno sociopolítico constituía la base de la cohesión interna del Estado hitleriano del pueblo.

Para llenar la caja de guerra, el ministro de Economía Funk propuso en abril de 1943: «La exención de impuestos de que han gozado hasta ahora las ayudas a las familias y otros pagos de equiparación social parecidos debe desaparecer». Fracasó frente al triunvirato de demagogos que constituían Hitler, Göring y Goebbels, que junto con los *gauleiter* del NSDAP se veían a sí mismos como los máximos protectores de la satisfacción alemana. «Hemos administrado el

presupuesto con demasiada opulencia durante la guerra —señalaba secamente Funk— y no es fácil salir de esa situación».[160]

Segunda parte

Someter y explotar

4

Con la mayor diligencia

EXACCIONES PARA FINANCIAR EL EJÉRCITO ALEMÁN

El problema fundamental de la política nacionalsocialista para financiar los gastos militares se puede explicar fácilmente: como consecuencia de la expansión de la industria armamentística y del pleno empleo aumentaron considerablemente, ya antes de la guerra, el monto total de los salarios y las ganancias de los empresarios. Los ingresos fiscales del Reich crecieron en una cuantía sin precedentes, pero también lo hizo el poder adquisitivo privado. Con el comienzo de la guerra aumentaron inmediatamente los beneficios, así como la capacidad de compra general —a pesar de los topes impuestos a los salarios y a los precios— debido a las horas y turnos extraordinarios y a la creciente tasa de ocupación. Además se elevaron las distintas remuneraciones a los soldados (paga, complementos…) y a sus familias (gastos de mantenimiento).

Al mismo tiempo disminuyó, primero moderadamente y

luego de forma notable, la oferta de bienes para el consumo civil, debido al aumento de la producción militar. Esto condujo a una rápida apertura de las tijeras entre la capacidad de compra y las posibilidades de consumo, y tendencialmente a la insatisfacción, el mercado negro, el refugio en valores seguros y tensiones inflacionistas. En el otoño de 1939 se observaron síntomas típicos de una escasez parcial. Al principio subió la cifra de negocios de las empresas que vendían ropa blanca y de cama un 45 por 100 frente al año anterior, las de muebles un 30 por 100, las de vajilla y cristalería un 35 por 100.[1] Después de que se hubieran agotado los artículos de consumo duraderos ya no se podía contener la capacidad de compra excedente en el propio país, convirtiéndola en mercancías o servicios.

Dado que los impuestos de gran alcance no se podían elevar por las razones políticas ya expuestas, entre 1939 y 1941 los ingresos privados aumentaron un 21 por 100 —sobre todo como consecuencia de la prolongación de la jornada de trabajo—, lo que duplicó la capacidad de compra excedente, de 14 a 31 millardos de RM.[2] Los países europeos ocupados ofrecían una importante salida para disminuir el exceso de dinero en el país y al mismo tiempo elevar los ingresos del Reich. «Si tiene que haber inflación, mejor que sea en otros lugares y no en Alemania», decían no sólo los dirigentes políticos, sino también los funcionarios del Ministerio de Finanzas o del Banco del Reich.[3]

Con energía criminal hicieron cuanto correspondía a ese lema, censurando cientos de veces a los administradores de la ocupación alemana que pretendían un mínimo de estabilidad o cierta ecuanimidad de trato en las regiones sometidas: «Ustedes conocen bien nuestro punto de vista fundamental, según el cual todos los costes de la Wehrmacht en una región deben correr a cargo de esa región».[4] Un estrecho co-

laborador de Göring se mostró en Serbia «especialmente agradecido al Banco del Reich por haber puesto a su disposición unos caballeros tan competentes».[5] Esos caballeros fundaron en sus primeras semanas de actividad un banco nacional serbio que inmediatamente emitió una nueva moneda, el diñar serbio.[6] Negando simplemente el cambio en metálico, consiguió adicionalmente encaminar a los bancos el dinero acumulado para cambiarlo allí por la nueva moneda. Así se consiguió frenar en un primer momento la circulación del dinero y disminuir el peligro de la inflación de guerra.

Como en todas partes, también en la Polonia ocupada se elevó de año en año la llamada «contribución a la defensa», asimismo denominada «contribución del Gobierno General para su protección militar».[7] Dado que el dinero obtenido en 1941 no le parecía suficiente al Ministerio de Finanzas del Reich, en la primavera de 1942 elevó con efecto retroactivo la contribución obligatoria de 150 a 500 millones de złotys, fijándola más tarde para el año 1942 en 1.300 millones de złotys; para 1943 exigió el ministro de Finanzas del Reich tres millardos.[8] El secretario de Estado Reinhardt azuzó a sus funcionarios, que se oponían a las «tácticas dilatorias» del Gobierno General, con la frase: «¡No podemos ceder!»[9] Por otra parte, la Wehrmacht evaluó los costes de ocupación para 1942 en unos cien millones de złotys al mes para una fuerza de cuatrocientos mil soldados, aunque sólo estaban estacionados en el país ochenta mil[10] Utilizó los ingresos quintuplicados «para cubrir sus necesidades de víveres y otros artículos», lo que dio lugar a una aguda escasez de cereales, patatas, carne y otros artículos de consumo cotidiano entre la población.[11] Parte de estas y otras cargas fueron atribuidas por el Reich al Gobierno General, totalizando hasta finales de 1942 más de 3.500 millones de RM; en cual-

quier caso no se podía hablar de una deuda real, y el Banco del Reich observó displicente: «el saldo final con el Gobierno General puede aplazarse tranquilamente hasta el final de la guerra».[12]

Durante la segunda guerra mundial Alemania impuso a Europa costes de ocupación y prestaciones sin igual, entre ellos créditos obligatorios así como las llamadas contribuciones al sostenimiento del Reich. Los gastos de guerra superaron rápidamente el último presupuesto de paz de cada país ocupado, en general en más del 100 por 100, y en la segunda mitad de la guerra a menudo más del doble. Así, por ejemplo, el ministro de Finanzas del Reich exigió en enero de 1943 que «dos terceras partes del presupuesto del Gobierno General fueran remitidas al Reich». Evidentemente, los dirigentes de la administración alemana en la Polonia ocupada se quejaron de que tales tributos «harían imposible cualquier desarrollo posterior en tiempos de orden».

Sin embargo, el Ministerio de Finanzas del Reich insistió en que había que considerar «provisionalmente adecuada» una contribución tan grande a los costes de defensa.[13] Cuando los crecientes bombardeos sobre fábricas alemanas en la primavera de 1944 obligaron a desplazar a la Polonia ocupada gran parte de la producción de armamento hubo que revisar todos los costes de construcción y de producción, porque el ministro de Finanzas del Reich no estaba dispuesto a renunciar «al principio mantenido hasta entonces … de que todos los costes surgidos en el GG [Gobierno General] deben correr a su cargo».[14] Los expertos en finanzas alemanes hablaban de la «creciente productividad económicofinanciera» de los países ocupados «en cuanto al estímulo de su economía y el empleo de nuevos métodos recaudatorios».[15]

Las compras de las empresas de armamento alemanas y de los importadores de comestibles absorbieron así casi una cuarta parte de los costes corrientes de ocupación en Francia, a lo que se añadían las compras privadas de los soldados que el intendente-jefe del ejército en París estimaba en junio de 1943 en otra cuarta parte. Entre las menos llamativas pero en conjunto notables técnicas de explotación se hallaban también medidas particulares como las siguientes: siguiendo la voluntad del intendente-jefe de la Wehrmacht, la atención odontológica a los miembros de la Wehrmacht, incluidas las coronas y puentes de oro, debía ser pagada sin excepción por los países en los que estuvieran destinados.[16] Los alemanes manipulaban la moneda, pagaban los ataques aéreos contra Inglaterra desde suelo francés, en la medida de lo posible, con francos, construían con dinero francés puertos para los submarinos y enormes búnkeres en la costa atlántica. Nada de esto tenía que ver con el control militar de Francia; alrededor del 75 por 100 de los costes de ocupación deben considerarse exacciones que servían a objetivos ajenos a la ocupación.[17] A finales de 1941 se quejaba sin éxito el gobernador de la Banque de France: «Por lo demás, las sumas pagadas a cuenta de los costes de ocupación sirven con frecuencia en gran medida para pagar gastos que no tienen nada que ver con el mantenimiento de la tropa».[18]

En el primer semestre de 1944 los costes de ocupación en Dinamarca suponían mensualmente unos 86 millones de RM, esto es, más de tres veces los ingresos tributarios de 1941.[19] Aproximadamente un cuarto de esa cantidad estaba destinado a costes de personal y el resto se utilizaba para «gastos funcionales», especialmente para «proyectos de construcción y aprovisionamiento de víveres en el país».[20][(*)] Dinamarca servía a la Wehrmacht como base de abastecimiento para sus tropas en Noruega y parcialmente también

en Alemania. Así se entregaron en 1942 al alto mando del ejército en Noruega más de 22.000 reses, 17.500 cerdos, 2.870 toneladas de mantequilla, casi 500 toneladas de mermelada, 800.000 huevos, 3.000 toneladas de frutas y verduras, por mencionar únicamente los rubros más importantes. A todo esto se añadían «junto a la manutención de las tropas alemanas estacionadas en el país, considerables cantidades de ganado vivo (reses, cerdos), mantequilla, queso, huevos y pescados enviados a Alemania».[21]

El presupuesto de los costes de ocupación servía en Dinamarca, y también en otros lugares, para pagar por ejemplo el sustento de los niños nacidos de las relaciones entre soldados alemanes y mujeres danesas.[22] En 1940-1941 los alemanes desviaron sistemáticamente a los Países Bajos ciertos pedidos para cumplir el acuerdo económico germano-soviético, cuyo valor alcanzó sesenta millones de RM y que correspondían a las 350.000 toneladas de grano enviadas por la Unión Soviética a Alemania. Dado que esos encargos a Holanda se incluían en el presupuesto del país ocupado y que los beneficios de la venta del grano ucraniano iban a parar a la caja del Reich, el Ministerio de Finanzas pudo contabilizar sesenta millones de RM en el haber del presupuesto de guerra como ingresos generales de administración, con los que se podrían comprar nuevos carros blindados, cañones y aviones.[23]

El Banco emisor en Polonia tenía que enviar al Banco del Reich en Berlín todo el oro que encontrara, consignando formalmente su valor en la cuenta del Gobierno General, y lo mismo sucedía con todas las divisas.[24] Para cubrir las entregas corrientes al Reich, el gobierno ocupante en Cracovia elevó el impuesto sobre bienes raíces, instauró un nuevo impuesto de capitación, aumentó considerablemente el impuesto sobre la renta y se incautó de las propiedades de los ju-

díos, así como de los polacos declarados enemigos del Estado. Nada de esto afectó a los alemanes que vivían en la Polonia ocupada; los aumentos de impuestos sólo se aplicaban a los polacos, mientras que los alemanes no pagaban ningún impuesto sobre la renta por ingresos anuales inferiores a 8.400 złotys.[25] Vivían —también desde el punto de vista fiscal— esencialmente mejor que en el Reich.

La Convención de La Haya sobre Leyes y Costumbres de Guerra permitía cargar a los países ocupados los costes de ocupación y exigir las prestaciones correspondientes. Sin embargo, las cantidades fijadas en un principio no se alejaban demasiado del principio de proporcionalidad codificado en el artículo 52 de la Convención y por eso se dejaron pronto de lado las molestas prescripciones del derecho internacional «como demasiado rígidas y anticuadas».[26] A esto se añadían las subvenciones de los aliados, llamadas contribuciones a los gastos de guerra, que tenían que pagar por ejemplo Bulgaria, Eslovaquia y Rumanía. Los funcionarios del presupuesto del Reich alemán las anotaban sin vacilación bajo el epígrafe «costes de ocupación».[27] En 1943 la financiación de la guerra se basaba principalmente, como se especificará en la Parte IV, en el dinero recaudado en el extranjero, extraído en la propia Alemania a los trabajadores forzados extranjeros o arrebatado a los judíos y enemigos del Estado. Hasta el verano de 1944 se pudieron cubrir así, como ya se ha dicho, el 50 por 100 de los gastos corrientes, mientras que en la primera guerra mundial el 87 por 100 de los gastos de guerra se financiaron sobre la base del crédito. Los expertos en finanzas alemanes consiguieron así una «tremenda mejora del margen de cobertura» a costa de otros.

Bernhard Benning, que dirigía el departamento económico de la Reichskredit Gesellschaft, atribuía en 1944 gran importancia a los ingresos procedentes de los costes de ocupa-

ción, celebrándolos como el «auténtico factor dinámico» de las finanzas de guerra alemanas: «A los ingresos fiscales se añaden con una relevancia cada vez más destacada los llamados "ingresos de otro tipo", exultaba Benning. Al respecto no había "ciertamente ningún dato corriente anual", pero cabía "estimar los números que faltan", y no podía juzgar sino "sensacional… la nueva cifra de 26 millardos de RM"» comunicada recientemente por el secretario de Estado Reinhardt.

Benning explicaba a continuación lo que había que entender por «ingresos de otro tipo»: «a). Los llamados ingresos de administración, que Reinhardt evaluaba para 1942 en cinco millardos de RM y que englobaban una serie de conceptos, entre ellos los correspondientes al servicio de ferrocarriles, correos, Banco del Reich, pagos de viejos créditos, ingresos adicionales procedentes de la Reserva del Reich para el empleo de la mano de obra (antes seguro de desempleo); b) en segundo lugar hay que mencionar la contribución de guerra de los municipios, que en su primera estipulación alcanzó alrededor de 1.500 millones de RM pero que luego fue elevada dos veces y que supone en el momento actual entre 2.500 y 3.000 millones de RM. La mayor parte del resto [esto es, 18.000 millones de RM] proviene del extranjero: contribución a la defensa del Gobierno General, contribución del Protectorado al sostenimiento del Reich, y especialmente los costes de ocupación de los territorios ocupados. Las cantidades no son conocidas con detalle, pero aun así se puede notificar una cifra interesante para Francia: en 1943 tenía que aportar alrededor de 190 millardos de francos franceses, esto es, unos 9.500 millones de RM (se ve así que mediante la ocupación y la transferencia de encargos hemos conseguido conectar la economía francesa a la nuestra)».[28] Aunque los costes de guerra aumentaron enormemente en el

transcurso de 1943, la revista *Bankwirtschaft* resumía a principios de 1944 con satisfacción: «El porcentaje del crédito en la financiación de los gastos generales no se ha elevado empero, gracias al gran aumento de los ingresos "de otro tipo", y puede incluso reducirse de nuevo en un 50 por 100 bajo las normas proyectadas».[29]

Un procedimiento importante fue desde un principio la manipulación de los tipos de cambio. Inmediatamente después de la ocupación de Francia, el franco, que se cotizaba entonces a 100 francos franceses por 6,60 RM, fue devaluado al tipo de 100 francos por 5 RM, reduciéndose así su valor en torno al 25 por 100. Esto elevó automáticamente la paga y los complementos de los soldados alemanes, que se pagaban en francos pero se contabilizaban en RM (bajo el peso de la ocupación alemana el franco se debilitó, como es natural, pero aun así se cotizaba en Zürich hasta finales de 1942 un 16 por 100 por encima del tipo de cambio obligatorio alemán). Lo mismo hicieron los alemanes tras el establecimiento del protectorado de Bohemia y Moravia: la corona checa siguió siendo el medio de pago legal, sólo que con un valor disminuido en un tercio.[30] Algo parecido sucedió en 1939 en la Polonia ocupada y en 1943 en la Italia ocupada, donde los alemanes redujeron el tipo de cambio de la lira, que era antes de 100 por 13,10 RM, a 100 por 10 RM. Pero lo más sobresaliente fue la disminución del valor del rublo en 1941 en un 470 por 100.[31] Los responsables sabían naturalmente lo que hacían, y declararon internamente que el Reichsmark se había situado «demasiado por encima de las monedas europeas».[32]

Las manipulaciones monetarias beneficiaron a todos los que actuaban como compradores en los países ocupados, esto es, a la totalidad de la economía alemana y a cada uno de los soldados de la Wehrmacht. Al mismo tiempo se enca-

recían las exportaciones desde Alemania a esos países, convertidos en muchos aspectos en dependientes como consecuencia de la guerra; por la misma razón se hicieron más baratas las importaciones desde Alemania. Dado que en el transcurso de la guerra le eran cada vez más necesarias las compras en el extranjero y que importaba cada vez más materias primas y productos elaborados, surgió así un problema de balanza comercial, en realidad sólo teórico. Una parte considerable de las mercancías que cada país ocupado tenía que suministrar a Alemania era pagada, manifiestamente en contra del derecho internacional, con el presupuesto de los costes de ocupación; la otra parte se acreditaba en la cuenta de compensación de Berlín, o dicho con mayor precisión, no se pagaba.

Bajo el concepto de «cuenta de compensación» se entendía, en la época del control regulado de cambios, el registro del balance entre importaciones y exportaciones. Según ese sistema los exportadores de cada país recibían de una oficina estatal el pago por sus mercancías en su propia moneda, pero los importadores pagaban en la moneda de su país a la caja correspondiente de su propio Estado. Los acuerdos mutuos entre exportadores e importadores privados eran pues anotados en la cuenta de compensación y la diferencia se saldaba periódicamente por los estados. Durante la segunda guerra mundial el gobierno alemán aprovechó ese sistema de compensación para imponer a los países acreedores créditos millonarios sin intereses. Los expertos designaban sobriamente esa práctica como «préstamos obligados unilaterales» en beneficio de Alemania.[33]

Según los datos de la Caja de crédito del Reich del 10 de julio de 1944 las deudas netas frente a los estados ocupados, aliados, amigos o neutrales alcanzaban el 30 de junio de ese mismo año casi 29 millardos de RM. Tan sólo a Francia, Bél-

gica y Dinamarca se les debían catorce millardos de RM. Holanda, el Gobierno General, el protectorado de Bohemia y Moravia, e incluso la Bulgaria formalmente aliada habían tenido que conceder hasta entonces créditos de guerra a los alemanes por valor de casi trece millardos de RM. Más adelante se lee en el documento en cuestión: «El rendimiento conjunto de los territorios ocupados en mercancías y servicios supuso durante los primeros cuatro años de guerra, como explicó detalladamente el vicepresidente [del Banco del Reich] Puhl en la reunión del 10 de julio de 1944, según una evaluación de la "Oficina de investigación para la economía", entre setenta y ochenta millardos de RM, lo que significaría, extrapolando para los cinco años de guerra, entre noventa y cien millardos de RM. Los beneficios obtenidos del comercio compensado suponen por otra parte casi un tercio de la cantidad total. De ahí [se] deduce lo importante que resulta el mantenimiento sin perturbaciones de la ocupación para la última fase de la guerra». (Véase el apartado «Ingresos de guerra entre 1939 y 1945».)

En ese momento ya no se podía pensar seriamente en el saqueo de la Unión Soviética para saldar las deudas de guerra alemanas. Ese plan, proyectado en 1941 (véanse las páginas 195 y ss.) había fracasado desde hacía tiempo. En su lugar, la dirección del Banco del Reich pensaba en 1944 cómo soslayar la deuda exterior mediante algunas trampas a los acreedores: así descubrieron «reclamaciones todavía considerables» que el Reich podía plantear como costes de ocupación extraordinarios —presuntamente anticipados— y que en un tratado de paz deberían presentarse «a las regiones ocupadas».[34] Desde hacía tiempo el Ministerio de Finanzas del Reich venía imaginando parecidamente cómo deshacerse de la deuda exterior alemana, «cobrando» tras la guerra a la Europa vencida los gastos realizados por Alemania en «re-

tribuciones extraordinarias, sostenimiento a las familias, gastos funcionales como vagones de ferrocarril, camiones, uniformes, armas, etc»..[35] Para mantener la confianza de los acreedores, el presidente del Banco del Reich Funk calificaba públicamente la exorbitante deuda exterior del Reich como «una inversión estable».[36]

El salario de cada soldado alemán se pagaba deliberadamente en la moneda del país al que estaba destinado. Para reducir las tensiones inflacionistas en Alemania se recomendaba a los receptores de esos sueldos gastar su dinero en el extranjero. Por la misma razón se alentaba que los soldados se hicieran mandar dinero mediante el correo militar, para comprar lo que pudieran y enviar gran parte a casa. Las posibilidades eran muy diferentes según los distintos países.

Muchos soldados, especialmente en el frente ruso, sólo podían gastar limitadamente sus rublos, por lo que enviaban el resto a casa. Los altos funcionarios del Banco del Reich consideraban esa práctica muy inconveniente, «porque la capacidad de compra de los soldados no empleada en el Este se transfiere como poder adquisitivo adicional al Reich».[37]

Aun así, los responsables de las finanzas de guerra encontraron pronto un remedio. Para el refresco de las tropas enviaban lo más regularmente posible los soldados del frente del Este a Europa occidental, especialmente a Francia, donde debía dárseles oportunidad de «vivir algo más cómodamente para compensar sus extraordinarios esfuerzos»,[38] por lo que la caja de cada regimiento se ocupaba que los soldados pudieran cambiar sus rublos sobrantes en las monedas del oeste de Europa. Así informaba en el otoño de 1942 uno de los jefes sanitarios, que también era responsable de la gestión de los burdeles de la Wehrmacht en Francia: Los soldados que venían del Este, al igual que los miembros de la Ma-

rina de guerra, «gastaban cantidades inimaginables de dinero en sus relaciones con las chicas de burdel y las prostitutas libres». Otro médico de la Wehrmacht informaba en enero de 1943, igualmente desde Francia: En el caso de las divisiones procedentes del Este «sus provisiones de dinero ahorrado les permiten frecuentemente facilitar la inmigración de prostitutas de regiones próximas y lejanas al lugar del acantonamiento».[39] Con tales métodos el poder adquisitivo excedente en el Este se transfería hacia Francia y no hacia Alemania. Como se mostrará a continuación, los financieros de guerra alemanes manipularon el tipo de cambio del rublo en francos de forma que al final Francia tenía que costear las visitas al burdel de los combatientes en el Este y los rublos desaparecían en la caja de guerra del Reich.

PAGOS INDIVIDUALES

En general, las tropas alemanas invasoras emplearon al principio como medio de pago los vales de la Caja de crédito del Reich (*Reichskreditkasse*, RKK), y más tarde la moneda de los respectivos países. Los vales de la RKK tenían el aspecto de papel moneda, con un valor entre 0,50 y 50 RM, y estaban denominados en RM. Ese dinero accesorio militar permitía renunciar en gran medida a las requisas en el momento de la invasión y a las prolijas condiciones previstas en la Convención de La Haya con respecto a los correspondientes recibos, lo que facilitaba el movimiento de las tropas, respondía a los deseos de ganancia de la población y evitaba las «inconvenientes consecuencias de las requisas sobre la disciplina».[40] Aunque los vales de la RKK se emitían en Alemania y eran

impresos por los talleres tipográficos del Reich, en la propia Alemania no eran convertibles.[41] En el fondo no representaban otra cosa que un recibo de requisa normalizado; el vicepresidente del Banco del Reich, Puhl, hablaba de un «vale de requisa disfrazado de dinero».[42] Pero aunque así fuera desde el punto de vista de la economía nacional, el receptor no lo entendía de ese modo, y en ello residía su gran ventaja.

Si se considera el caso de Francia, los comercios y personas privadas aceptaban los vales de la RKK sin dificultades, porque los bancos y cajas de ahorro estaban obligados por decreto a cambiar esos vales por francos franceses.[43] Las instituciones monetarias cambiaban después el dinero de la ocupación alemana por francos en la Banque de France, y ésta debía transferir a continuación los vales de la RKK a la Caja de crédito del Reich en París, establecida inmediatamente después de la ocupación por la central financiera alemana. A cambio de ellos, empero, el banco emisor francés no recibía ningún contravalor, sino que tenía que imprimir dinero o ponerse de acuerdo con la administración financiera estatal para cubrir el valor de los vales de la RKK obligatoriamente comprados. Así se materializó el saqueo monetario de los países ocupados de Europa y comenzaron los problemas de la inflación de guerra exportada deliberadamente por Alemania.

Desde la Banque de France los vales de la RKK regresaban de nuevo a los tesoreros de la Wehrmacht y así podían volver a transformarse en bienes y servicios para la potencia ocupante. Circulaban pues constantemente y no dejaban tras de sí —lo que también suponía una clara diferencia con los vales de las requisas— ninguna huella tangible del expolio; éstas se perdían en los circuitos comunicantes del dinero, las mercancías, las transferencias bancadas y la fábrica de moneda.[44]

La ventaja de ese procedimiento residía en la fácil manipulación desde las oficinas militares y en que aquellos franceses cuyos caballos, víveres o combustible pasaban a manos de la Wehrmacht o se veían obligados a trabajar para ella, recibían a cambio cierta cantidad de su viejo dinero de siempre tras un corto y seguro recorrido de los vales de la RKK. De ese modo no sufrían ningún perjuicio personal, y las expropiaciones individuales derivadas de la guerra quedaban enmascaradas por la circulación general del dinero. Con ello consiguieron los estrategas monetarios responsables del Banco del Reich que la carga de las incautaciones «se repartiera entre todos mediante la introducción de los vales de la Caja de crédito del Reich en la circulación monetaria del país».[45] La obligada conversión en la moneda del país de los vales de la RKK, impuesta por las bayonetas alemanas, indujo una pérdida, al principio apenas perceptible, para la totalidad de la economía francesa, a la que correspondía una ganancia equivalente de la economía alemana.

La administración ocupante alemana puso fin sin alharacas a la circulación de los vales de la RKK poco después del armisticio. A partir de entonces la moneda del país funcionó de nuevo como único medio de pago legal, por ejemplo en Dinamarca, pero no en Francia, a pesar del «comprensible deseo» de la Banque de France de «ver pronto resuelto el problema fiduciario creado por la circulación en nuestro espacio monetario de los vales de la Caja de crédito del Reich como una suerte de dinero en efectivo».[46] Esa excepcionalidad se debía al afán de los alemanes de comprar la mayor cantidad posible de artículos franceses.

En la práctica todas las oficinas del Reich encargadas del avituallamiento, provisión de armas, municiones y explosivos, materias primas o cualquier otro tipo de material, podían «llevar a cabo sus adquisiciones en Francia» sin reque-

rir medios del presupuesto de los costes de ocupación, aunque debían disponer de vales de la RKK y utilizarlos de forma discreta. En julio de 1943 el intendente mayor de la comandancia militar en Francia exigió que «se pusiera fin a la entrada incontrolada de vales de la RKK», ya que impedía «una correcta administración y gestión de los medios correspondientes a los costes de ocupación». La intendencia de la Wehrmacht constató «que la mayor parte de los miembros de la Wehrmacht con destino en Francia intentaban por todos los medios imaginables introducir vales de la RKK en ese país».[47] Finalmente fueron retirados de la circulación a principios de diciembre de 1943 por la presión de los expertos en finanzas franceses y alemanes, con el fin de estabilizar hasta cierto punto el franco.[48](*)

El fundamento teórico, pronto aprovechado con éxito en la práctica, lo había formulado en mayo de 1939 el economista especializado en cuestiones financieras Georg Holzhauer, quien aseguraba «haber explorado un campo casi desconocido»: «El pago en efectivo no sólo es el mejor medio para una mejor detección y obtención de las reservas existentes y para su utilización económica, sino también para la compensación y el reparto de las cargas por el propio ejército ocupante». Si las cargas eran repartidas equitativamente sería «más fácil extraer múltiples veces» lo que de otra forma sólo podrían ser confiscaciones ocasionales. Para ello era necesaria la inmediata introducción de dinero en efectivo y la «más estricta evitación de cualquier tipo de pago en especie». Sobre todo se debía asegurar «que se puedan recibir en todo momento signos monetarios a cambio de los productos necesarios para la economía de guerra». Holzhauer recomendaba por consiguiente la introducción de medios de pago adecuados para «elevar la aportación de la región ocupada y con ello el excedente».[49]

De hecho, la introducción de los vales de la RKK en los países ocupados durante el transcurso de la guerra dio lugar siempre a «un sentimiento de satisfacción». La «conciencia del pago recibido» hacía que los sometidos «no tuvieran presente el hecho que el comprador es en el fondo un enemigo». Helmut Kasten, en su tesis dirigida en 1941 por el famoso economista nacional y más tarde opositor Jen Jessen, aducía esta ventaja adicional: «Frente a las requisas —que siempre son sentidas como un saqueo, ya que no se ofrece a cambio ningún contravalor— los sentimientos nacionales de odio originados por el perjuicio económico sufrido se endurecen y conducen a acciones abiertas o clandestinas contra la otra parte, que van desde la destrucción de las reservas existentes hasta las represalias mediante actos de sabotaje, atentados u oposición abierta, con los que la población perjudicada e irritada por las requisas se opone a la ocupación».

Para evitar todo eso, lo más apropiado era fomentar los intereses económicos y la perspectiva de ganancia. Kasten decía más adelante en su estudio, a propósito de la experiencia adquirida desde el verano de 1940 en Francia: «Sobre todo, la compra en efectivo incentiva, mediante la perspectiva de nuevas ventas y ganancias, la producción y el reemplazo de las mercancías entregadas. Esto último sucede en parte mediante el transporte de las mercancías desde comarcas alejadas y acerca así reservas que de otro modo habrían permanecido fuera del alcance directo de las tropas. Lo mismo se aplica a las reservas ocultas, que ahora salen a la luz ante la perspectiva de una venta con ganancia».[50]

EXPROPIACIÓN COLECTIVA

La técnica del pago en efectivo para la consecución de bienes y servicios en países ocupados ya fue utilizada por los unionistas en la guerra civil norteamericana, por las tropas alemanas en 1870-1871 y por las rusas en la guerra de los Balcanes de 1877-1878.[51] También en la primera guerra mundial había obtenido así «sus mejores éxitos» la jefatura del ejército alemán.[52] Además, ese principio era acorde con el artículo 52 de la Convención de La Haya, que prevé el pago fundamentalmente en efectivo y la incautación sólo en caso de necesidad. En cualquier caso, ese procedimiento no fue aplicado de forma consecuente en la primera guerra mundial, durante la que predominaba el «caos monetario», porque faltaba «un plan de conjunto» y un «aparato bancario firmemente dirigido».[53] Una excepción fue entonces la Bélgica ocupada, donde la política monetaria y de exacciones alemana desarrolló precursoramente —en una comparación retrospectiva— aquellos métodos, utilizados de forma general y mucho más sistemática durante la segunda guerra mundial.[54]

La diferencia principal residía no obstante en que entre 1914 y 1918 el ejército del Káiser introdujo primero la moneda alemana y divisas compradas por el Banco del Reich; frente a eso los vales de la RKK representaron siempre entre 1939 y 1945, aunque estaban denominados en RM, la moneda del país ocupado con un tipo de cambio fijado —en su propio interés— por la potencia ocupante. Si los ocupantes hubieran establecido e impuesto, aun transitoriamente, el pago de los costes de ocupación y las exacciones de guerra en la moneda del país ocupado, se podría haber renunciado teóricamente a los vales de la RKK. De todas formas, los intendentes de campo vieron en ellos una moneda coyuntural utilizable en cualquier momento, que podían mantener en reserva como medio de presión financiera. La opinión públi-

ca de los países ocupados llamaba simplemente «bancos de los soldados» a las cajas de crédito del Reich.[55]

Cierto es que los vales de la RKK permanecían almacenados desde el comienzo de la guerra en los sótanos del Tesoro del Reich, pero con un objetivo totalmente distinto. Originalmente debían introducirse en la propia Alemania para retirar lo más rápidamente posible de la circulación en caso de guerra las monedas de plata, cobre y níquel y aprovechar los metales para la producción de guerra. Sin embargo, desempeñaron espontáneamente en Polonia durante las primeras semanas de invasión la función del dinero de ocupación. Así desarrolló el Banco del Reich, a partir «de lo que originalmente era una solución momentánea, un instrumento ponderado que respondía a todas las necesidades de la gestión económica de la guerra».[56](*)

El concepto de «caja de crédito del Reich» carecía de ningún sentido profundo. Surgió únicamente porque en los signos monetarios impresos aparecía ya esa palabra, *Reichskreditkasse*, y por eso la institución que emitía tales vales debía «ser designada necesariamente como Caja de crédito del Reich».[57] En septiembre de 1939 se fundaron en la Polonia ocupada cajas de crédito del Reich,[58] en cuyo consejo de administración había representantes del Banco del Reich, de los ministerios de Economía y de Finanzas y de la Wehrmacht. Regulaban según la ley la circulación del crédito y los pagos en los territorios ocupados y asumían en la práctica los derechos y deberes de los bancos emisores. El director del Banco del Reich Max Kretzschmann alabó desvergonzadamente la introducción de los vales de la RKK como «ayuda monetaria alemana a las regiones ocupadas» y como medio para la «recuperación de las posibilidades de vida normales».[59]

Desde enero de 1940 hasta junio de 1941 la administración principal de las cajas de crédito del Reich, encabezada por el director del Banco del Reich Ernst Scholz, tuvo su sede en Bruselas. Luego se trasladó a Berlín, porque su tarea más importante estaba en el Este.[60] Al frente de su consejo de administración estaba Emil Puhl, y junto a él condujo los negocios de las RKK hasta 1945 el director del Banco del Reich Kretzschmann, asesorado por funcionarios muy cualificados del Banco del Reich. Este también situó a expertos funcionarios en las tareas de control de los respectivos bancos nacionales o de emisión de los países ocupados, para «colaborar al máximo» con sus colegas de las cajas de crédito del Reich.[61] El Banco del Reich dirigía así por dos vías la política monetaria en la Europa ocupada.

Para que todo eso pudiera funcionar, había que asegurar «la supervisión atenta de los bancos emisores de las regiones ocupadas», estableciendo una «colaboración cordial» que permitiera aprovechar el arraigo en el país del Banco Nacional y con ello evitar errores de política monetaria y económica que de otro modo cometerían «inexorablemente … las autoridades ocupantes ajenas al país». De esa vigilancia, moderada pero constante, formaba parte también el control del resto del sector bancario.[62] Evidentemente, la utilización de las respectivas monedas parecía aún más ventajosa que la de los vales de la RKK: «Todos los motivos psicológicos de la renuencia se desvanecen —según Holzhauer—, porque los medios de pago son conocidos y no se desconfía de ellos».[63]

La utilización así modificada del dinero habitual del país cambió sin embargo su carácter de forma fundamental. Si hasta entonces se trataba de monedas cotizadas en las bolsas de divisas extranjeras y cuyo tipo de cambio se podía defender mediante una política eficaz de los respectivos bancos emisores y de los ministerios de Economía nacionales, que-

daron reducidas ahora al mero papel de medios de pago, que sólo tenían validez en determinado territorio. «Cualquier otra función fuera de la economía nacional, especialmente los vínculos con otras economías», les fue arrebatada. El orden impuesto por los comisarios bancarios alemanes prohibía expresamente a los bancos nacionales de los países ocupados introducir su moneda en Alemania o en otros países (tanto en los ocupados como en los coaligados con el Reich).[64]

Desde la guerra contra Francia, Holanda, Luxemburgo y Bélgica, las cajas de crédito del Reich disponían también del derecho a custodiar y administrar objetos de valor y títulos.[65] Inmediatamente después del final de los combates, el mando de protección de divisas en Francia (*Devisenschutzkommando*, DSK) promulgó una circular vinculante para todos los bancos que establecía la presentación obligatoria de todas las divisas, oro, piedras preciosas, títulos extranjeros y propios (si estaban denominados en alguna moneda extranjera). Sobre todos esos bienes no se podría «disponer hasta más adelante». Conforme a eso, la potencia ocupante bloqueó los depósitos y cajas de seguridad de todos los clientes bancarios, que sólo se podrían abrir en presencia de un funcionario del DSK.[66] Los diversos mandos de protección de divisas estaban formados, por lo general, por funcionarios de la aduana alemana y de la administración financiera del Reich.

Los hombres del DSK emprendieron la confiscación de los bienes de los «enemigos del Reich» depositados en los diversos Tesoros. Según los datos de la Caja de crédito del Reich de París hasta finales de agosto de 1940 el DSK se había incautado de oro, divisas, efectos y títulos sobre valores extranjeros por valor de quinientos millones de RM, entre ellos casi una tonelada de oro, 389.000 francos suizos, 850.000 dó-

lares y 800.000 títulos. En una lista del DSK de Burdeos del 30 de junio de 1940 se constata que las víctimas eran principalmente propietarios judíos, con los nombres Lichtenstern, Leibowitz, Gutwerth, Leibi, Beck, o simplemente con la designación «desconocido». Todos esos bienes fueron transferidos a la Caja de crédito del Reich en París.[67] Del «Informe del éxito» del DSK en Francia, que funcionó hasta el 30 de abril de 1941, se deduce un botín mucho mayor; entre un informe y otro se habían «asegurado y confiscado» 2,4 toneladas de oro, además de grandes cantidades de oro amonedado y diamantes. El valor total se estimó en 2.850 millones de RM,[68] a los que se añadían efectos extranjeros de gran valor. Tan sólo en Bélgica, Francia y Holanda fueron incautadas con ayuda del DSK un total de 53,6 toneladas de oro, transportadas luego «desde las diferentes cajas de crédito del Reich a Berlín».[69]

Las cajas de crédito del Reich también gestionaron de vez en cuando bienes judíos expropiados; en 1942, por ejemplo, el Comisariado del Reich para el Este (*Reichskommissariat Ost*, RKO) creó una oficina para el «envío de valores mobiliarios no comerciales de propiedad judía, de enemigos del Estado o abandonados», transferidos primero a la Caja de crédito del Reich en Riga y allí puestos a disposición departamento de finanzas del RKO.[70] Las entregas anotadas en el libro de entradas de las cámaras de oro del Banco del Reich desde las cajas de crédito del Reich de Bruselas, Amberes y Stanisławów nos presentan un trasfondo similar. Jonathan Steinberg se equivoca cuando opina que la suposición de que las cajas de crédito del Reich habían entregado «oro de las víctimas de la persecución nacionalsocialista», «no se puede desmentir ni confirmar».[71]

Para el transporte de judíos desde Alemania a los campos de exterminio no se entregaban a los jefes de transporte pre-

ciosos RM con los que comprar por el camino alimentos para los deportados y billetes de vuelta para el personal de acompañamiento al final del viaje, sino vales de la RKK, como se lee en un certificado del traslado de 941 judíos de Düsseldorf y sus alrededores al este de Polonia: «Como medio de pago se entregaron al jefe de transporte un total de 4.703 RM en vales de las cajas de crédito del Reich».[72] Así pues, también esos gastos del Reich alemán corrían a cargo de los países ocupados.

Hasta agosto de 1941 la ceca del Reich había impreso vales de la RKK por un valor total de 5.400 millones de RM;[73] resulta difícil verificar cuántos se imprimieron más tarde. Como el sistema funcionaba tan satisfactoriamente, en octubre de 1941 Kretzschmann informó con detalle a los aliados japoneses sobre la técnica de financiación alemana en las regiones ocupadas. Poco después las tropas japonesas recibieron también su propio «dinero de guerra», un «yen militar a imagen y semejanza de los vales de la Caja de crédito del Reich». En Tokio se fundó el Banco para el Desarrollo de las Regiones del Sur, que se ocupaba de las cuestiones monetarias en la parte ocupada de China, Corea e Indochina así como en Filipinas, y que debía «poner en marcha la explotación económica».[74] Pocas semanas después de la delegación japonesa fue informado también un grupo de indios, «porque esperaban valerse de ese versátil instrumento monetario para la liberación de la India y la consecución de un gran espacio nacional independiente».[75]

Un año después de haber ensalzado en la primavera de 1941 las cajas de crédito del Reich «como tropas ligeras del Banco del Reich alemán»,[76] el vicepresidente del Banco del Reich, Puhl, explicó con gran entusiasmo las «experiencias obtenidas durante el año anterior»: «El empleo de vales de la RKK permitió, inmediatamente después de la entrada en

territorio extranjero, cubrir las necesidades financieras de las tropas alemanas en los territorios ocupados. Las cajas de crédito del Reich asumen además la financiación sustitutiva de la circulación compensada de bienes entre el Reich y los países ocupados. El banco emisor del país se ve atrapado así en una tenaza monetaria, hasta que se doblega y pone la propia moneda del país a disposición de las tropas alemanas y de las transacciones comerciales con el Reich. Si se niega o se ve incapaz de funcionar se funda un nuevo banco emisor que lo sustituye». Allí donde los funcionarios del banco emisor del país huían, trasladaban al extranjero las reservas de oro o destruían las imprentas del banco y se negaban a colaborar, se creaban pronto —como en Polonia y Bélgica— nuevos bancos emisores.[77]

Más adelante se lee en el resumen de Puhl: «Las cajas de crédito del Reich, al desplazar la mencionada financiación de las necesidades alemanas a la región ocupada, ahorran la correspondiente necesidad de financiación por cuenta del marco y benefician así a la moneda alemana. Los discretos medios y métodos bancarios con los que se introducen en un país y lo abren para nosotros, desde el punto de vista de la economía de guerra, se han mostrado en la práctica muy eficaces».[78] Después de la guerra Puhl se presentó siempre a sí mismo como un experto funcionario apolítico, opuesto al nazismo en el fondo de su corazón, que se había esforzado por evitar lo peor.[79]

En conjunto, los vales de la RKK sirvieron cómo medio «para el aprovechamiento económico de la victoria». La dirección del Banco del Reich encomió las RKK como un instrumento monetario «sin precedentes en cuanto a su éxito en una guerra, tanto desde el punto de vista de su funcionalidad como de su desenvuelta versatilidad».[80] Con ellas desarrolló la dirección del Banco del Reich una técnica para

el pago individual que posibilitaba una expropiación colectiva disimulada; y al mismo tiempo que quedaba garantizada la estabilidad del marco alemán, se debilitaban las monedas en la Europa ocupada.

Los expertos en finanzas franceses reconocieron muy pronto adonde conducía la práctica alemana, en concreto «al agotamiento de nuestra sustancia económica y a la ruina de nuestra moneda».[81] Carl Friedrich Goerdeler analizaba en julio de 1940 el efecto de los vales de la RKK con esta conclusión: «Es un sistema de explotación descarada por parte de una economía financiera irrestricta que provocará inexorablemente privaciones y hambre, primero en los países europeos que rodean a Alemania, y más tarde en la propia Alemania». También comunicó a sus compatriotas que «lamentarían y pagarían amargamente algún día su credulidad». Poco más de un año después el mismo autor deploraba la desvergonzada «vampirización económica» de la Europa coaligada y ocupada, en la que todas las economías nacionales («quizá con excepción de la danesa») estaban totalmente arruinadas. Como causa Goerdeler mencionaba «el ansia de aumentar el propio poder y de mostrar al pueblo la posibilidad de obtener un beneficio de la guerra, que evidentemente no ha permitido realizar una reflexión razonable. No existía ningún freno vinculado a un sentido ético de la responsabilidad o a un principio moral».[82]

TABLEAU
des
Monnaies Allemandes
ayant cours



20 Reichsmark = 400 Francs



50 Reichspfennig = 10 Francs



1 Reichsmark = 20 Francs



2 Reichsmark = 40 Francs



5 Reichsmark = 100 Francs

AVIS
à la Population

L'autorité allemande fait connaître que, seuls, les billets allemands libellés en **Reichsmarks** émis para la **Reichskreditkassen,** dont les modèles son reproduits ci-contre en agrandissemente, doivent être acceptés en paiement, tant par les particuliers que para les caisses publiques.

Tous les autres billets allemands doivente être à l'avenir, strictemente refusés.

Il est rappelé que le taux du change est fixé comme suit :



20 Reichsmark	=	400 francs français
5 Reichsmark	=	100 francs français
2 Reichsmark	=	40 francs français
1 Reichsmark	=	20 francs français
0,50 Reichsmark = 50 Reichspfenig	=	10 francs français
0,10 Reichsmark = 10 Reichspfenig	=	2 francs français
0,05 Reichsmark = 5 Reichspfenig	=	1 francs français

Cette affiche est en vente chez les concierges de l'Hotel-de-Ville et de Mairies de Paris au prix de 0 fr. 50 l'exemplaire

Cartel anunciando la puesta en circulación de los vales de la RKK en Francia en mayo de 1940 (Archivo histórico del Banco de Francia 1065/99881/45).

5

Botín de guerra para el pueblo

LOS UFANOS LADRONES DE HITLER

El 3 de septiembre de 1939 el estudiante de filología alemana y soldado Heinrich Böll, de Colonia, apenas se podía imaginar lo que podía comprar con su «fantástica paga de 25 RM». En Rotterdam consiguió pronto un cuarto de kilo de café «por sólo 50 pfennigs» para los seres queridos de casa. En aquel momento nuestro soldado sólo podía enviar, muy a su pesar, un paquete de 500 g o menos por semana. «En cuanto a las esperanzas de café de mamá lo veo muy negro», escribía algún tiempo más tarde desde la costa francesa del canal de la Mancha, y proseguía: «Enviadme por favor el dinero que tengáis todavía; quizá con eso pueda reemprender mi búsqueda de café; puede ser dinero alemán; yo lo cambiaré aquí en la cantina».[1](*)

Oficialmente, cada soldado alemán podía recibir entonces 50 RM por correo al mes, que pronto se convirtieron en cien. Por Navidad pudieron enviarles 200 RM, para «dar al solda-

do al menos la oportunidad de hacer los habituales regalos de Navidad». «Se debe en cualquier caso señalar —indicaba el intendente de la Wehrmacht para Bélgica— que con esa medida se promueve el pillaje del país».[2] Para los Países Bajos existía un límite de 1.000 RM (unos 10.000 € de hoy día) al mes, que cada soldado podría hacer que le enviaran como dinero para hacer compras, si es que disponía de él. El comisario del banco alemán se quejaba: a través de los miembros de la Wehrmacht fluía «sin duda la mayor parte» del dinero alemán que llegaba a los Países Bajos, algo que podía provocar «perjudiciales consecuencias en la política monetaria».[3] En Bélgica los funcionarios alemanes responsables de las finanzas se enfurecían al constatar que en el primer año de ocupación se habían enviado alrededor de 34 millones de RM a los soldados desde casa (de los que hay que excluir las transferencias de dinero a los miembros del 15.° y del 16.° Ejército). Rezongaban por las «imposibles consecuencias» que podían surgir, si se tuvieran que incluir «en la carga de los costes de ocupación» esos envíos de dinero por correo para compras privadas. Pero el Ministerio de Finanzas del Reich permanecía mudo al respecto.[4]

Esto en cuanto atañe a las normas oficiales. De forma no oficial cada soldado podía llevar consigo todo el dinero que quisiera al entrar al país al que estaba destinado o en los viajes de vuelta de los frecuentes permisos. En el otoño de 1940 la dirección del Banco del Reich informaba, a propósito de la oficina de cambio en la estación de Herzogenrath (al oeste de Aquisgrán), que la caja estaba «extraordinariamente sobrecargada por las visitas de los miembros de la Wehrmacht que atraviesan la frontera», ya que los funcionarios tenían «indicaciones de cambiar en la frontera cualquier cantidad de dinero que se les pidiera».[5] A partir de enero de 1941 los funcionarios de aduanas de la frontera renunciaron oficial-

mente a «cualquier inspección de las divisas que portaban los miembros de la Wehrmacht», algo que hasta entonces dilataba —ocasionalmente al menos— los trámites de entrada, con las consiguientes «molestias» para los soldados.[6]

En Bélgica, la cantidad que cada soldado podía cambiar (legalmente) al entrar se elevó en 1941 a 300 RM, bastante más elevada que el salario medio de un trabajador alemán. Los oficiales que no tenían que cuidar del bienestar de las tropas sino mantener en orden las finanzas pronto pidieron, desesperados, que se redujera el límite del cambio en la frontera a 50 RM por hombre, por razones de «protección monetaria» y para «contener los gastos inflacionistas».[7] El jefe del cuartel general se opuso, invocando «la necesidad especial de atención a las tropas del Este» enviadas a descansar a Bélgica,[8] y el alto mando (*Oberkommando der Wehrmacht*, OKW) también se manifestó en contra, «por razones generales de cuidado a las tropas».[9] El director del correo militar informó repetidamente sobre los «numerosísimos envíos de paquetes a la patria».[10]

Los soldados alemanes vaciaron literalmente las tiendas de Europa, enviando millones de paquetes postales desde el frente a Alemania. Los destinatarios eran sobre todo mujeres. Cuando se habla a las receptoras, hoy ancianas, de aquellos paquetes, todavía se les iluminan los ojos: zapatos de Africa del Norte, terciopelo, seda, licores y café de Francia, tabaco de Grecia, miel y tocino de Rusia, enormes cantidades de arenques de Noruega, por no hablar de los innumerables regalos desde Rumanía, Hungría e Italia.[11]

Evidentemente, esa suerte no estaba repartida por igual. «Recuerdo muchas cosas hermosas —escribía al autor una testigo en 2003— que las parientes y amigas sacaban orgullosas de los paquetes venidos de “fuera” … La reputación del

emisor mejoraba visiblemente con respecto a la de quienes no enviaban o no traían nada consigo». Con aquellos objetos preciosos se «destacaba y presumía frente a quienes “sólo” recibían paquetes postales ordinarios».[12] (Como en otras citadas más adelante, con esa carta la remitente respondía a una petición del autor a las antiguas lectoras y lectores del semanario *Die Zeit*, de recordar los paquetes enviados desde el frente a Alemania; mientras que las mujeres solían contar sinceramente lo que recordaban, los hombres negaban sin excepción haber enviado ni siquiera un paquete postal).

Después de que el 1 de octubre de 1940 se levantara la frontera entre el Reich y el protectorado de Bohemia y Moravia, el Protector del Reich se quejaba del «desenfrenado» furor comprador de los alemanes. «Los portaequipajes de los trenes rápidos hacia el Reich se ven ahora constantemente repletos hasta el techo de pesados baúles, paquetes y bolsas llenas hasta reventar», informaba un funcionario alemán. Hasta el equipaje de los oficiales y altos funcionarios contenía «cantidades inimaginables de artículos de todo tipo: pieles, relojes, medicamentos, zapatos…».[13]

Wolf Goette, entonces joven intérprete en el Teatro Alemán en Praga, y que más tarde tuvo muchos éxitos en la RDA, escribía: «Por favor, queridos, informadme de lo que queréis que os lleve. Haré todo cuanto pueda». «Ayer hemos adquirido un magnífico escritorio. Nos asalta constantemente el colega Wiesner, que se ha convertido en un auténtico anticuario. Ayer compró un magnífico grabado de tiempos del imperio, hoy una Madonna hispano-gótica. Al menos cabe decir que no es el peor uso que se le puede dar al dinero emplearlo en tales bienes tan sumamente reales». Goette versificaba para un amigo: «Como don de Navidad / Aquí tienes nuevos libros / Y con ellos no te digo / Cuánto vale tu amistad». Y de nuevo a la familia: «He tomado nota de todos

los encargos. Ayer compré 4 kg de cacao para vosotros (a 7 RM el kilo). Rolli consiguió un frasco de perfume y agua de colonia, así como guantes de piel clara para su amada». A un tal Jürgen Müller le hizo llegar, tras los correspondientes envíos de dinero, «un hornillo, además de olla, sartén y placas eléctricas»; luego repasaba los encargos de la familia: «¿Cuántos pliegos de papel de arroz debo comprar? (cada pliego cuesta 50 pfennigs) ¿Ha llegado mi paquete con semillas? Hoy he enviado el paquete de libros anunciado. Más adelante enviaré el resto».[14]

El suboficial Fritz Boas informaba desde Francia, en un artículo tachado por la censura para el diario *Wormser Tageszeitung*. «Por de pronto se "asaltan" los grandes almacenes … Cada uno tiene algo que comprar para sus seres queridos en la patria. Pero justamente hoy, en una carta que me ha llegado de "mamá", dice que tengo que buscar tela para vestidos, paño para un traje (a ser posible marrón con rayas finas) un bonito camisón y dos o tres pares de medias, una gamuza y —si es posible— también un par de jabones de baño y un poco de café en grano. Con eso tendrás que contentarte por hoy, querida. La próxima vez te diré lo que a mí me gustaría. Perdón, casi lo había olvidado. ¿Hay todavía por ahí almendras y cintas de goma blancas?»[15]

Entretanto, el soldado Böll escribía: «Quiero empaquetar rápidamente la mantequilla y también el jabón (cuatro grandes pastillas), para que salga hoy mismo a mediodía». Luego seguían las habituales peticiones de dinero oculto, oficialmente prohibido, para nuevas compras («… mejor en un paquete de pasteles bien envuelto») y unos días después el balance provisional: «Ayer he enviado de nuevo una libra de mantequilla; ahora hay en total cuatro paquetes de mantequilla en camino y un paquete con una pastilla gigante de jabón de 400 g para mamá por su santo. Ahora debo 40 RM,

pero espero el paquete con la sorpresa». Esta no se hace esperar mucho: «He recibido el libro *Barbara Naderer* con lo que había dentro. En total tengo ahora 60 RM (10 tuyos y 50 de los padres) … Si el abastecimiento os llega regularmente, como ahora, no tendré que recurrir a las maravillas del "mercado negro"… Me siento realmente feliz cuando os puedo enviar algo».[16]

Böll enviaba un «hermoso grabado desde París», cosméticos, tres libras de cebollas para su madre, o un par de zapatos de señora, en otra ocasión unas tijeras de uñas, o anunciaba para el día siguiente un pesado «envío de mantequilla», con la esperanza de que también para Annemarie «haya algo; esto es, para nosotros …».[17] Unas semanas más tarde: «Después de comer me he dirigido a mis aposentos y con el sudor de mi frente he embalado once paquetes, de verdad once: dos para un camarada, uno para el sargento y ocho para mí, esto es: dos para ti, uno con mantequilla y otro con mucho papel de escribir, dos para la familia de Alois y cuatro para casa; los huevos los he empaquetado esta semana en un solo paquete porque no alcanzaban para dos, por lo que tendrás que recoger unos pocos en casa». Apenas había acabado su tarea, nuestro soldado se encuentra de nuevo en camino hacia la felicidad: «En París podría comprar muchas cosas hermosas, en concreto zapatos para ti, y también telas».[18]

Los franceses llamaban a esos soldados, que como Heinrich Böll llegaban por decenas de miles al país, «doríforas» (escarabajos de la patata). El historiador Henri Michel escribía al respecto: «Los soldados alemanes volvían de permiso a su patria desde la Estación del Este cargados con pesados paquetes; su equipaje iba lleno de lencería, especialidades parisinas de todo tipo y artículos de lujo. Se trataba ciertamente de pequeñas compras, pero tantas que perjudicaban

notablemente la economía francesa, fomentando el mercado negro y la inflación, por lo que para los franceses corrientes era cada vez más difícil obtener los artículos más necesarios».[19]

Liselotte S., cuyo padre había sido enviado a Francia como socorrista, informaba en 2003: «Sé que mi madre enviaba dinero cada mes a mi padre. Con él compraba lo que nos faltaba en casa: café, cacao, queso, chocolate en diferentes formas, zapatos para mi madre, para mí, para nuestros aprendices, guantes de piel forrados y sin forrar, y hasta una vez guantes para moto … El correo traía a casa casi a diario paquetes desde Francia. Mi madre enviaba también dinero a los camaradas de mi padre cuyas mujeres no podían aprovechar el límite permitido, haciéndole participar en aquella especie de "negocio". Con cada permiso llegaba cargado de paquetes, más de los que podía traer él solo. Una vez era un abrigo de pieles para mi madre y para mí, que entonces tenía doce años y que antes de poder ponérmelo tenía que crecer. Las limitaciones impuestas las soslayaba facturando los envíos desde unidades vecinas de la Wehrmacht, algo que podía hacer gracias a su puesto como chófer de un médico del alto mando. De esa forma trajo el correo una vez diez paquetes atados unos con otros. Lo que a nosotras, en nuestro piso para dos personas, no nos servía o no necesitábamos, lo utilizábamos como objeto de trueque. Los trabajadores que hacían reparaciones en la casa y en el jardín se beneficiaban también de ello».[20]

Los soldados alemanes se comportaban en todos los demás países ocupados de forma parecida, aunque en muchos lugares los artículos ambicionados fueran más difíciles de conseguir que en Francia. Sirvan como ejemplo las cartas enviadas por un soldado desde Polonia, durante la primera mitad de la guerra, a su mujer y su hijo, y de las que el servi-

cio de aduanas alemán levantaba la pertinente acta: «Los paquetes [que he enviado] para ti a papá y a Frieda han salido anteayer, así que debes ir a correos cuando lleguen … Los zapatos están ya en camino … Para Otto he conseguido tela para un par de pantalones». Y antes del viaje el obligado anuncio: «Sobre el relleno de la torta de Pascua de Ilse no tienes por qué preocuparte. He hecho acopio de cosas muy hermosas, que os llevaré para Pascua y que seguramente en Alemania ya no podéis encontrar. Pienso en todo, todo lo busco para vosotros y como agradecimiento no me escribes. ¿Puedes explicármelo? El café que te he enviado lo podéis consumir tranquilamente, por Pascua llevaré algo más. Del cacao que tienes en casa le puedes pasar una parte a Ida; también tengo bastante para vosotros».[21]

En el Báltico, según las observaciones del comisario del Reich Lohse, también se introdujeron y cambiaron grandes cantidades de dinero. Con él se compraba todo lo que se podía comprar, y «los artículos comprados eran enviados fuera de la región».[22] Esto se veía favorecido por un tipo de cambio del rublo extremadamente favorable para los ocupantes alemanes, establecido en definitiva con finalidad predatoria, que elevaba en más del 400 por 100 el poder de compra del marco alemán. Más aún que en los países ocupados del Occidente europeo, en las regiones ocupadas de la Unión Soviética se podía introducir dinero en efectivo sin apenas «trabas burocráticas», para cambiarlo y gastarlo allí: vales de la RKK, rublos y reichsmark hasta un total de 1.100 RM, además de 600 złotys (= 300 RM) para el viaje por el territorio del Gobierno General. Durante la conferencia en el Ministerio de Economía del Reich, en la que se decidió todo esto, sólo el consejero del gobierno Hoffmann, de la junta económica del Este, se mostró en contra de «esa normativa, porque conduciría a la almoneda de los países del Este».[23]

Más tarde se limitó la entrada de dinero alemán por voluntad expresa de las autoridades ocupantes.[24]

En un informe de Otto Bräutigam, en aquel entonces director de departamento en el Ministerio para los territorios ocupados del Este, publicado en 1954, se lee: «para los militares alemanes y los civiles que los acompañaban … los países bálticos se convirtieron en un Eldorado debido a los precios increíblemente bajos … con los que se puso en marcha un auténtico saldo». Bräutigam sabía de qué hablaba: El 6 de agosto de 1941, el primer día después de su entrada en Riga, anotaba en su diario «Algunas compras en los "Grandes Almacenes de la Wehrmacht"»; y proseguía: «No había mucho, pero mi chófer consiguió 25 kg de mantequilla que nos repartimos equitativamente».[25]

La hija de un soldado, nacida en 1934, informa: «Entre las cosas que nos alegraban estaban los paquetes que mi padre nos enviaba de vez en cuando desde el Este: durante una pausa de la compañía en Riga, latas con maravillosa mantequilla y exquisito té negro. Recuerdo especialmente los toscos y al principio demasiado grandes zapatos y botines de piel azul, que me hicieron un buen servicio hasta después de la guerra y me permitieron mantener los pies secos. Al colegio llevaba, llena de orgullo, una maravillosa cartera de piel de Rusia. Mi padre suministró igualmente —así es como se solía decir entonces— diversos artículos de piel y cuero. Una espesa manta de lana verde me acompañó durante muchas estancias en campamentos de verano, así como una chaqueta de punto azul oscura con el cuello azul claro».[26]

En octubre de 1943 Heinrich Böll fue trasladado de Francia a Crimea, pero antes envió mantequilla a casa, como último tributo de la «douce France». Durante una encarnizada batalla sufrió a comienzos de diciembre una ligera herida en

la cabeza, que presumiblemente le salvó la vida. Lo llevaron al hospital militar de Odesa («En el bazar puedes comprar de todo lo que quieras…») y a continuación fue destinado para la convalecencia a Stanisławów, en la Galitsia oriental. Inmediatamente envió un paquete con chocolate y otro con jabón. Y luego, poco antes del permiso en casa, escribía: «Pienso constantemente qué es lo que te puedo llevar de aquí que sea realmente bonito. Mi sueño de los botines, esos preciosos y calientes botines polacos, se ha desvanecido, porque el precio es demasiado alto».[27]

Pero incluso durante los extremadamente rigurosos meses de enero, febrero y marzo de 1943 los soldados del 18.° Ejército consiguieron, según las estadísticas de la correspondiente oficina militar de correos, enviar a casa desde el frente de Leningrado más de tres millones de paquetes postales, llenos de tesoros, gangas y víveres sobrantes. A pesar de las expectativas, y también, claro está, porque el número de paquetes en esa dirección estaba más limitado, desde Alemania se enviaron al frente de invierno menos paquetes. La envergadura del exorbitante enriquecimiento debía permanecer dentro de lo posible en secreto. Según la declaración del jefe del correo militar, Karl Ziegler, «el trabajo estadístico constante [de su oficina] para la totalidad del correo militar tuvo que hacerse desaparecer al final mediante el fuego».[28]

Aunque Noruega debía importar continuamente alimentos, los soldados alemanes compraban también en ese país desenfrenadamente. Cierto es que en este caso el número de paquetes postales estaba limitado, pero los miembros del aparato de ocupación alemán pudieron enviar pronto de forma legal a sus casas hasta 2,5 kg al mes.[29] Esos paquetes contenían sobre todo pescado, pero también surgió un activo comercio en pieles de zorro plateado.[30] En la Navidad de 1942 el alto mando de la Wehrmacht amplió los límites ofi-

ciales y estableció un «puesto de reexpedición de arenques» para llevar hasta Güstrow, en vagones de mercancías sellados, las «barricas de arenques privadamente compradas por los soldados de permiso», desde donde se distribuían a sus diferentes destinos.[31](*)

Sólo cuando se hizo patente la amenaza de una derrota militar en 1944, y ante el evidente enojo de la población noruega, intentó el comisario del Reich Josef Tervoben limitar el saqueo privado del país a siete u ocho kilos de arenques por soldado y año. Con cierto retintín informaba el intendente jefe en abril de 1944 que había intentado mantener una cuota de entre 10 y 12 kg, sin que, lamentablemente, «se hubiera llegado a ninguna conclusión».[32]

Si se tiene en cuenta que la cantidad semanal de carne o pescado para el consumidor normal alemán consistía entonces en 350 g, eso significa que la novia de un soldado mejoraba su ración en torno al 50 por 100, y eso considerando únicamente las cantidades oficialmente admitidas, sin incluir los envíos adicionales —oficialmente ilegales pero consentidos— y las voluminosas bolsas que acarreaban los soldados de permiso. En el verano de 1944 comenzaron por fin los responsables a castigar disciplinariamente a algunos soldados alemanes a causa del «transporte ilegal de arenques».[33] En diciembre de 1943 el intendente jefe respondió secamente «… ha sido rechazada»[34] a la petición del comisario del Reich de impedir al menos la saca clandestina. Por otra parte, los responsables de los regimientos de ocupación alemanes habían constatado desde el verano de 1942 que la población noruega se hallaba «en gran medida subalimentada».[35]

Los oficiales responsables del bienestar de las tropas fomentaron también la codicia, pronto habitual, de los solda-

dos alemanes incluso allí donde la situación militar parecía desesperada, como llegó a constatarse en los catálogos de sellos alemanes. El derrotado ejército del Kuban, en el Cáucaso, hizo imprimir en abril de 1943 nada menos que un millón de autorizaciones de paquetes con la leyenda «1 Päckchen/Front-Heimat». Otra rareza filatélica parecida fue la impresa en enero de 1944 en la totalmente aislada Crimea, en la que se lee «1 Päckchen Richtung Heimat».[36] En el invierno de 1944-1945 el comandante de la isla de Rodas, rodeada por los británicos, repartió a sus seis mil soldados veinticinco sellos para envíos a casa.[37] En octubre de 1944 el alto mando de la Wehrmacht permitió a cada alemán que viajara al norte ocupado de Italia cambiar oficialmente 100 RM en vales de la RKK para gastarlos allí. El Ministerio de Finanzas del Reich protestó enérgicamente debido a la difícil situación alimentaria y monetaria y consiguió seis semanas después la retirada de ese permiso.[38](*)

Durante el mes de agosto de 1943 las compras privadas en la Francia ocupada supusieron 125 millones de RM, que equivaldrían hoy día —teniendo en cuenta la pérdida de valor del franco— a más de 500 millones de euros.[39] Esto espoleó la inflación, perturbó la política de ocupación y socavó la estabilidad económica, tan necesaria si se quería mantener el orden en el país ocupado para poder explotarlo duraderamente, por lo que los funcionarios responsables de la economía en los países ocupados intentaron una y otra vez limitar el envío de paquetes postales y someter a los soldados alemanes al control aduanero y de divisas; pero a los funcionarios de aduanas tales controles les parecían «más bien precarios»;[40] provocaban «incidentes desagradables … insubordinaciones y agravios», y la incautación ocasional del contrabando suscitaba «entre la tropa una irritación general».[41]

Por eso Göring revocó todos los límites —cada vez menos

estrictos— impuestos a las compras en octubre de 1940,[42] considerando inanes «las preocupaciones expresadas desde distintos medios sobre la amenaza de agotar los recursos de los territorios ocupados». En la misma declaración condenaba las «medidas adoptadas para el control y limitación de las compras y los envíos» como «psicológicamente insoportables». Por el contrario, dispuso que los soldados alemanes debían «tener la posibilidad de comprar en los países enemigos lo que puedan pagar, de la misma forma y sin más limitaciones que los naturales del país de que se trate». En su opinión había que eliminar «inmediatamente» las «prohibiciones de compras de pieles, joyas, alfombras, sedas y artículos de lujo», y lo mismo cabía decir del número hasta entonces limitado de paquetes postales desde el frente a Alemania (en la dirección opuesta siempre existieron límites estrictos).

Más adelante Göring formuló al respecto lo que pronto se conocería como de «permiso de acarreo»: «Las limitaciones en cuanto a la cantidad de objetos comprados por los soldados de permiso quedan abrogadas. Todo lo que puedan portar individualmente para su uso personal o destinado a sus parientes debe serles autorizado». A esto añadía Göring la autorización del envío libre de tasas de paquetes postales de hasta mil gramos (se aceptaban hasta 200 g más) «sin limitación del número».[43] El 14 de julio de 1942 los puestos aduaneros levantaron los controles incluso para los paquetes cuyo peso superaba el margen de tolerancia.[44]

Al unísono con sus esbirros, Hitler adulaba a la Wehrmacht como el «aparato de distribución más natural que quepa imaginar, cuando cada soldado regala a algo a su mujer o a sus hijos». En el verano de 1942 explicaba al almirante Raeder que «cuando el soldado trae consigo algo desde el frente del Este ... es un obsequio que a la patria le viene muy bien».[45] Con respecto a los escasos oficiales y funcionarios de

aduanas que se oponían al saqueo desenfrenado, se enfurecía en nombre del sano sentimiento del soldado: «Ahora voy a hablar bárbaramente. ¿Qué puedo traer del Este? ¿Obras de arte? ¡No existen! ¡Así pues, sólo queda ese poco de comida, cuyo mejor destino no puede ser otro que obsequiar a la familia de los soldados en la patria!».[46] Hitler se expresaba parecidamente en una reunión vespertina: había que «considerar al soldado de permiso como el medio de transporte ideal y más simple y permitirle traer tantos alimentos para sus parientes como pudiera acarrear consigo».[47]

Keitel convirtió de inmediato esa indicación en un mandato del Führer, según el cual «quedaban exentos con efecto inmediato de cualquier control o inspección los alimentos, bebidas y tabaco que los miembros de la Wehrmacht y sus acompañantes llevaran consigo en sus permisos o viajes de servicio desde los territorios ocupados al Reich, siempre que los transporten ellos mismos».[48] En una importante reunión a principios de agosto de 1942, cuyo tema principal era la situación alimentaria, Göring volvió sobre el mismo tema. Según las actas levantadas dijo sin rodeos en la sala:

> ¿Está representado el ministro de Finanzas del Reich? —(Grito: ¡Sí, Reinhardt!)— Herr Reinhardt, ponga usted fin a sus controles aduaneros. No me interesan en absoluto … Prefiero que entren enormes cantidades de artículos de contrabando, a que queden detenidos en las fronteras.

En la misma ocasión Göring se expresó en nombre del bienestar del pueblo alemán aún más drásticamente, dirigiendo su cólera contra los políticos de la ocupación que querían mantener estable la moneda francesa para poder explotar ese país a medio plazo, y sostuvo contra ellos el principio del enriquecimiento personal: «Se ha dicho también que no se debe permitir por nada del mundo que los soldados gasten allí toda su paga, etc., porque entonces se dispararía en Francia la inflación. No deseo ninguna otra cosa:

que se produzca una inflación que hunda al franco hasta que no valga más que cierto tipo de papel para cierto uso, ya que a Francia le ha sucedido lo que nosotros queríamos que le sucediera».[49]

En la autobiografía de una bibliotecaria que trabajaba entonces en Hamburgo, se leen así las consecuencias: «No teníamos ninguna necesidad de preocuparnos … Nuestras cartillas de racionamiento, de ropa o los vales para zapatos eran correctamente atendidos, y los hombres traían a casa, cuando venían de permiso de las regiones ocupadas, carne, vino, telas y tabaco». Cuando esa testigo se ocupaba en el verano de 1943 de la casa de sus padres bombardeada en Colonia, vio en la estación soldados que venían del frente del Este, que debido a la destrucción de sus domicilios habían recibido un permiso: «Aquí estaban, después de haber viajado día y noche, cargados con bolsas y paquetes». En la Navidad de 1944 el hermano de la autora, que había recibido un permiso en el último minuto, traía en la maleta «un ganso entero, medio cochinillo y una gran loncha de tocino», además de «café, té, licores y cigarrillos», procedentes al parecer del servicio de avituallamiento de la Wehrmacht.[50]

Los funcionarios del puesto de aduanas de Kiel describían enfáticamente el efecto que tuvo en la frontera germano-danesa el cese ordenado por Hitler de cualquier control, desde el momento en que entró en vigor la orden de Keitel: «No cabe ninguna duda de que los artículos introducidos en Alemania por los miembros de la Wehrmacht bajo el camuflaje de "equipaje de camaradas" fueron vendidos clandestinamente de forma profesional a precios extraordinariamente elevados. También está claro que los miembros de la Wehrmacht, de la Marina de guerra o de la Luftwaffe llevaban a cabo ese mismo tráfico en su propio beneficio».[51] Para atajar tales quejas, Reinhardt dispuso con ocasión de un con-

flicto surgido en la frontera de Prusia oriental: «Es la voluntad del Führer que se traigan a la patria cuantos alimentos sea posible de los territorios ocupados del Este y que los puestos de aduanas se comporten generosamente».[52]

Así estimularon Hitler y Göring de un extremo a otro de Europa una rapiña privada organizada, provechosa y muy apreciada, haciendo desaparecer las restricciones de los intendentes de la Wehrmacht. Al comienzo de la guerra habían estipulado éstos —comparativamente moderados— que se podían introducir libremente por la frontera productos escasos en Alemania «hasta un peso de 5 kg».[53] Según los informes de todos los funcionarios concernidos ese limite era sobrepasado constantemente, pero existía. Debido a la presión política el alto mando del ejército de tierra duplicó el peso admitido a partir del verano de 1940.[54]

El «permiso de acarreo» de Göring legalizó, con objetivos políticos, el tráfico casi ilimitado. Con respecto al volumen global de septiembre de 1940, el envío de paquetes postales desde Francia a Alemania se quintuplicó súbitamente, alcanzando al principio unos 3,1 millones al mes.[55] Al mismo tiempo se elevó la soldada desde el 1 de noviembre de 1940: en el Gobierno General, en Noruega y Holanda el 50 por 100, en Francia y Dinamarca el 20 por 100 y en Bélgica el 25 por 100. De esa forma estarían «los miembros de la Wehrmacht en condiciones de satisfacer más ampliamente sus necesidades de compras».[56] En el generalato estuvieron de acuerdo con el «permiso de acarreo» el administrador general Wagner, el mariscal de campo von Brauchitsch y el teniente general Reinecke.

El efecto corruptor de las nuevas posibilidades de compra, muy ampliadas, se puede deducir de las cartas de Böll. Antes de la entrada en vigor del permiso anotaba autocríticamente:

«Las tiendas serán ahora, naturalmente, vaciadas por los soldados … me cuesta decidirme a seguir la corriente; aunque todo se pague, parece casi como si estuviéramos despojando un cadáver; lo único que me gustaría encontrar es café». De hecho también compró una camisa por 2 RM y una toalla por 80 pfennigs. Pero ahí se detuvo y anotó, sobre la caza de gangas de sus camaradas, que «poco a poco va degenerando en un inútil acaparamiento». En otro lugar razonaba sobre sus irreprimibles ganas de comprar: «El diablo es verdaderamente un diablo: ¡Está en todas partes!» Böll sucumbió ante él muy pronto: «¡Ah! —anunciaba poco antes de una de sus visitas a Colonia—. Tengo medio cerdito para vosotros». Más tarde recordaba con nostalgia aquel día de regocijo: «¡Ay, me gustaría tanto poder llevaros de nuevo un lechón o algo parecido…!»[57]

En su *Carta a un joven católico*, escrita en 1958, recuerda algunas de sus experiencias en Francia, como la de la honesta esposa del maestro de escuela que se hizo fotografiar en la terraza para mostrarle a su querido teniente qué hermosa era la blusa que le habían hecho con la seda francesa que él le había enviado. También recordaba Böll con un tono asqueado cómo robaban algunos miembros de su unidad sábanas, mantas o juguetes en las casas que quedaban vacías, dividiendo en trozos los despojos más voluminosos para poder hacer paquetes que enviaban a casa. Según el texto, él se dedicaba mientras a visitar catedrales y a debatir sobre la práctica del catolicismo; en París compró un libro de un germanófobo y contraponía sus argumentos a la angustia mortal que padecía todas las noches su familia en el refugio contra los bombardeos de Colonia.[58]

Poco después del «permiso de acarreo» de Göring se inició un debate sobre «lo que un soldado puede llevar consigo». Según la interpretación oficial del OKW cada soldado

«sólo podía llevar el equipaje que pudiera transportar en ambas manos, sin correas de maletero ni otros dispositivos».[59] Esto avivó el sentido de la justicia de los funcionarios encargados de la administración de aduanas en el Ministerio de Finanzas del Reich. Según sus indicaciones para la práctica cotidiana en las aduanas «no se podía determinar la cantidad de equipaje admisible para cada viajero según su fuerza corporal», sino que había que aplicar «un criterio aproximativo, válido en general e independiente de la capacidad de acarreo del viajero individual». Pero cuando apareció finalmente en el boletín de las aduanas del Reich la pregunta «¿Qué es lo que puede llevar cada uno por sí solo?», la paciencia de los dirigentes políticos se agotó.[60]

En agosto de 1942 Göring se pronunció contra la «idiotez» con la que los jefes militares habían limitado el «permiso de acarreo» disponiendo que los soldados sólo podían llevar lo que en todo momento les permitiera cumplir con el deber del saludo militar. Con ello se había contradicho su voluntad «repetidamente» manifestada: «Los soldados pueden comprar lo que quieran, tanto como quieran, siempre que lo puedan llevar consigo». Fritz Klare, responsable en el plan cuatrienal de Göring del abastecimiento alimentario de los alemanes, insistía en un resumen: a cada miembro individual de la Wehrmacht «se le debe permitir llevar a la patria desde las regiones ocupadas tantos alimentos y objetos de uso común como pueda pagar y llevar consigo. No hay por qué tener ninguna consideración hacia las posibles consecuencias inflacionistas en los territorios ocupados». Por lo demás, había que eliminar las restricciones aduaneras «entorpecedoras».[61] Cuando los funcionarios de aduanas de Berlín, poco tiempo después de aquella sesión de agosto de 1942, llevaron a cabo a pesar de todo una incursión en el domicilio de un coronel de la Luftwaffe y encontraron enormes

cantidades de vino y brandy que no había pasado por la aduana, Göring protestó: «La adquisición de vino, coñac y otras cosas parecidas, aun sometidas a la inspección, no sólo debe estar permitida en determinadas circunstancias, sino que yo la deseo y la aliento; así pues, no existe en tal caso ningún fraude aduanero».[62]

Se necesitaron todavía dos meses y una explosión de ira de Hitler para que el secretario de Estado de Finanzas Fritz Reinhardt enviara un úkase a los funcionarios de aduanas del Reich, dirigido expresamente contra las normas existentes: «Los miembros de la Wehrmacht pueden utilizar sin restricciones correas de maletero y otros dispositivos de transporte. No tienen por qué encontrarse al cruzar la frontera en "actitud militar"». Los soldados y sus paquetes deben ser tratados con «tanta generosidad como sea posible», descartando «cualquier incautación de los paquetes de comestibles que los soldados lleven consigo». «Los directores generales de Hacienda —añadía amenazadoramente Reinhardt— en cuyo distrito sea contravenida en el futuro esta prohibición quedan advertidos del peligro de que el Führer les atribuya directamente la responsabilidad». Reinhardt se remitía como fundamento al párrafo 1 de la Ley de modificación de impuestos de 1934 que decía que los funcionarios de Hacienda que investigaran las contravenciones debían «tener en cuenta el desarrollo de las circunstancias y la opinión pública al respecto» y que estaban obligados a «interpretar cada párrafo de la ley según los principios nacionalsocialistas».[63]

Cuando la administración ocupante, a la vista del grave peligro de inflación en Francia a finales de 1943, detuvo la ilegal pero deliberada entrada de vales de la RKK por valor de cientos de millones de RM, Göring precisó: «Por lo demás, pido que se procure que las medidas a tomar no reduzcan las actuales posibilidades de compra de las tropas

destinadas al Oeste, especialmente de los soldados que vienen del Este».[64] Sólo los signos de una amenazadora derrota obligaron a Göring a dejar de alentar la búsqueda de un botín privado. El 15 de mayo de 1944 se decidió —bajo la presión de los Ministerios de Finanzas y de Alimentación— prohibir la «importación [privada] de harina, grasa y carne de las regiones ocupadas». Pero esa indicación no tuvo apenas efecto, debido precisamente al temor al enojo del pueblo. El Ministerio de Finanzas observó en octubre que, como consecuencia del cambio en la situación militar «la prohibición prevista no ha entrado en vigor».[65]

Quien acepte las cartas de Böll como fuente histórica apreciará también entre líneas el conflicto entre el mínimo buen sentido a aplicar en la ocupación y la avidez sin límites alentada una y otra vez por Hitler y Göring. Evidentemente Böll también hizo uso de los vales de la RKK y pedía a su familia: «Si podéis meter en una carta un par de vales de la RKK me vendría muy bien, porque así podría pagar mis deudas». En otro lugar pedía a su mujer: «Di a los de casa que reúnan esos vales, porque tengo que cambiar mucho dinero de camaradas y también para mí…» No muy a menudo, pero alguna que otra vez, le falló un matute de dinero o perdió la oportunidad de una ganga. («No tuve suerte con los vales de crédito; habría podido enviar todavía mucho chocolate y jabón»). Visto en conjunto, y bajo el benévolo padrinazgo de Göring y Hitler, el soldado Böll seguía comprando con perseverancia y brío, y lo enviaba a todo a Colonia. Antes de un nuevo permiso pidió a su familia: «Enviadme si es posible más dinero en las cartas, para que pueda llevaros algunas de las preciosidades de este país; para que podamos también nosotros hacer una pequeña fiesta. ¡Ay, cada día sería una fiesta…!»

Las maquinaciones de divisiones enteras de buscagangas,

padres de familia afectuosos y estraperlistas insaciables suavizó notablemente la dureza de la guerra. Lubricó la relación entre el frente y la patria de forma significativa. El calculado enriquecimiento individual en perjuicio de otros pueblos hizo surgir un sentimiento de alivio, el sentimiento de la pequeña felicidad en la gran guerra. «¡Ah! —Escribía Böll a su mujer— ¿Puedes creer que me siento feliz cada vez que te puedo enviar algo?». O bien: «Me ha provocado una alegría indecible poder enviaros mantequilla».[66] Así surgieron millones de lealtades, en el caso de Böll indudablemente pasiva. La dictadura no necesitaba más para funcionar políticamente. La familia Böll, católica y políticamente alejada de los nazis, se mostraba satisfecha. Su dinero no quedaba improductivo, sino que se convertía en Francia, aunque con precios crecientes, en cosas útiles y agradables.

EL MERCADILLO DE BARATIJAS DEL REICH

Junto al saqueo individual de los países extranjeros había formas de rapiña organizadas, unas colectivas y otras orientadas sobre todo a la ganancia. En 1940-1941 los empleados de ferrocarriles llevaban regularmente sus vagones-correo desde Nuremberg a la estación fronteriza de Metz, donde los confiaban a sus colegas alemanes encargados de proseguir el viaje hasta París. De paso les entregaban también subrepticiamente vales de la RKK por valor de decenas de miles de RM para que les compraran «en París artículos escasos como café, té, cacao, chocolate, coñac, champán, vino, licores, vestidos, medias, etc».. Esos encargos regresaban en el mismo tren a Metz, y allí «los recogían los empleados del ferrocarril

de Nuremberg y los trasladaban en los vagones de correo hasta Nuremberg, donde vendían la mayor parte de ellos a los empleados de correos».[67]

Un contrabando menor era el que llevaban a cabo los soldados que «utilizaban fraudulentamente el correo militar» para enviar a casa entre seiscientos y ochocientos cigarrillos por paquete desde Rumanía, Bulgaria o Grecia; y mayor cuando enganchaban vagones enteros llenos de mercancías apetecibles a los trenes de la Wehrmacht. De esa forma enviaron por ejemplo los soldados alemanes un vagón cargado con 13.070 kilos de naranjas a Rosenheim, desde donde las repartieron como «donaciones» a sus parientes. Un dentista del campo de concentración de Auschwitz fue atrapado en el Protectorado [de Bohemia y Moravia] con una gran cantidad de dientes de oro y se negó —invocando el secreto profesional— a informar sobre la procedencia del tesoro.

El director general de Hacienda de Colonia consideraba resignadamente la epidemia de corrupción como una consecuencia de la guerra que no se podía combatir eficazmente: «En las personas afectadas corporal y espiritualmente se desarrolla comprensiblemente un gran deseo de medios de disfrute, que aparte del tabaco, como es sabido, no se puede satisfacer ni siquiera moderadamente … Los *Volksgenossen* de las capas más humildes del pueblo están dispuestos a pagar hoy día cualquier precio por artículos cuya posesión ansían». En el distrito aduanero de Francfort un soldado de la Luftwaffe vendía licores franceses a un hotelero de Kassel; otro envió 170 kg de alimentos desde Ucrania a su mujer, además de alfombras y pinturas al óleo, por lo que le impusieron, cuando se descubrió el pastel, tres semanas de arresto. En Baden-Baden se vendían a precios elevados «grandes cantidades» de perfumes franceses. Las empresas declaraban los artículos comprados con finalidades privadas como «ma-

terial importante para la guerra», y los soldados como «cargamento de la Wehrmacht». Un día era un inspector de la Luftwaffe que reunía vales de la RKK por valor del 16.000 RM para ir a hacer compras a Francia; otro, un soldado transportaba joyas desde Francia por valor de 155.800 RM.[68] (*)

Las incursiones cada vez mayores encaminadas al beneficio privado obligaron a la administración militar (*Militärverwaltung*, MV) en Bélgica a reclamar tribunales especiales contra la corrupción generalizada, pero la propuesta fracasó porque se la presentaron precisamente a Göring. En el informe final sobre la ocupación de Bélgica se lee: «Las repetidas solicitudes de la MV» de crear un tribunal especial para juzgar a los soldados descubiertos en el mercado negro «no se han decidido positivamente» hasta el momento del abandono de Bélgica. Si se proponía la constitución de tal tribunal especial, era precisamente «porque los tribunales de la Wehrmacht siempre se habían inclinado por disculpar a los soldados acusados de infracciones o a dar por buena su actuación, especialmente en el caso de la Luftwaffe».[69] El mando supremo de ese arma lo ejercía Göring.

Debido a su fuerza expresiva citaré largamente en las páginas siguientes un texto procedente de la censura de cartas alemana, con mayor precisión de la ABP (*Abwehrstelle Briefpost*) de Ucrania. Sus funcionarios examinaron miles de cartas cruzadas entre Alemania y el territorio ocupado. Su análisis permite una valoración precisa sobre un campo de actividades cada vez más amplio de hombres y mujeres alemanes de todas las profesiones y capas sociales imaginables. Lleva un título algo barroco: «Informe A sobre la situación en Ucrania a partir del examen del "servicio de correos alemán" en Ucrania, esto es, de la correspondencia privada entre las empresas alemanas instaladas en el Comisariado

del Reich y sus empleados desde Ucrania hacia el territorio del Reich». El servicio de correos transportaba los envíos remitidos y recibidos por los colaboradores y colaboradoras de la administración civil alemana en el Comisariado del Reich en Ucrania y también el correo de los empleados de las empresas privadas que trabajaban en la «explotación del espacio económico complementario de Ucrania». El siguiente documento se envió como una copia de la misma época, aunque no va fechado. Del contenido de párrafos aquí no reproducidos se deduce que debió de ser escrito después de la batalla de Stalingrado, presumiblemente en el verano de 1943, ya que en determinado lugar se habla «de la crisis a principios de año» y de «escepticismo y abatimiento». Los pasajes transcritos en cursiva corresponden a los subrayados del original.

> La ABP ha examinado en el último semestre miles de cartas de los alemanes del Reich instalados en Ucrania. Esas cartas muestran por un lado que gran parte de ellos participan animados y de buen grado en las grandes tareas y reflejan la poderosa estructura puesta en pie en el Este europeo. Sin embargo, dejan ver también un serio y grave *fenómeno de descomposición*. Las críticas y sentimientos negativos saltan a veces a los ojos en algunas cartas, y los daños sufridos en Ucrania pueden quizá parecer por eso exagerados. El contenido de las cartas no deja ninguna duda sobre la existencia de daños que pueden amenazar seriamente los intereses del Reich y socavar los grandes proyectos de construcción.
>
> Entre los fenómenos de descomposición en Ucrania aparecen en primer lugar *el trueque y el mercado negro*. Gran parte de las cartas procedentes de Ucrania hablan del trueque, que es lo único que les interesa en Ucrania a gran parte de sus autores. Se cambia todo lo imaginable y lo inimaginable por los productos ucranianos de la tierra (huevos, aceite, tocino, jamón y otros). En las cartas se mencionan entre otros como objetos de trueque: sal, fósforos, piedras para encendedor, levadura, trajes viejos, muebles, ropa interior femenina, bolsos, ralladoras, cortadoras de pepinillos, ligueros, sacarina, crema para la piel, sosa, laca de uñas, lápices de labios, cepillos de dientes… Se tiene la impresión, como explican muchos de los autores de las cartas, de que Ucrania se ha convertido en el «mercadillo de baratijas del Reich» y de que Alemania vuelca allí todos sus desechos. En una carta dice: aquí todo se «mercadea». Las campesinas ucranianas se disputan la bisutería más barata, medallones, cadenillas sin valor o vestidos viejos y pasados

de moda con colores chillones. Uno encarga «bisutería de cristal barata» para llenar las cajas vacías con una entrega de dos mil huevos que enviará de vuelta a Alemania. Todo ello recuerda, escribe un observador en Ucrania, el «comercio» con las tribus de negros y el «trueque» de cuentas de vidrio a cambio de marfil.

El motivo conductor de todas las cartas desde Ucrania es siempre el mismo: Reunid todo el dinero que podáis. Y en las de respuesta, «Compradlo todo», o algo parecido; «El dinero no tiene importancia»; «No miréis el dinero, comprad lo que podáis». Se pide a las mujeres de casa que envíen todos los trastos viejos. La cosa llega tan lejos que se les prohíbe entregar ni el menor trapo al servicio de recogida de ropa vieja. «Lo necesito todo aquí». A los receptores de las cartas se les incita a visitar «a los parientes y conocidos» para reunir «viejos vestidos», muebles, etc. Piden dinero para seguir comprando, y se forman cooperativas de compra y clanes para organizar el envío de baratijas a Ucrania. Los conocidos y parientes acaparan puntos no utilizados de las cartillas de racionamiento de vestidos de 1942. «Entiendo muy bien que los parientes no te quieran dar los puntos gratuitamente, pero puedes comprárselos». Se ofrece «dinero para encargos» en cantidades apreciables para hacer provisión de artículos trocables; se comercia con anillos y collares. El abuelo debe —así se exhorta drásticamente en una carta— enviar sus botas nuevas a Ucrania, para cambiarlas por ocho litros de aceite, que luego podrá a su vez cambiar por un abrigo nuevo, «que quizá podamos también cambalachear». En otro caso el autor compra a un amigo zapatero, a cambio de aceite, zapatos de señora pasados de moda, con el fin de «montar a lo grande» su negocio de intercambio. El trueque queda así finalmente «organizado», tanto en Ucrania como en el propio Reich.

El intercambio tiene lugar *en cualquier cantidad* y forma. Algunos hacen que se les mande sal por libras y envían a cambio a su familia cada dos semanas entre cinco y diez huevos, como complemento a su ración alimentaria, mientras que otros envían de una vez o uno detrás de otro 10,20,30 o 40 paquetes a la patria, y alguno hay que ha hecho llegar a Ucrania hasta diez quintales (!) de sal (el quintal de sal tiene en Ucrania un valor de cambio de 1.000 RM; por medio kilo se consigue una gallina y por cinco kilos un cordero). Los envíos de entre dos mil y tres mil huevos a una sola familia en el Reich no son raros. El autor de una carta informa lleno de orgullo que ha enviado a su mujer por Navidad un quintal y medio de artículos. En otro caso se menciona que un empleado de un negocio comercial en Ucrania ha repartido más mantequilla en sobornos que toda la ración anual de mantequilla en el Reich. En la correspondencia desde Ucrania se comunican los siguientes envíos: «Una caja con licores y pieles de oveja de astracán, 2.300 huevos» (un envío). «Una caja con licores, dos botes de miel» (un envío). «Paquete núm. 1»: dos gallinas y miel; núms. 3-4: gallinas; núm. 5: huevos; núm. 6: tallarines; núm. 7: sémola; núm. 8: guisantes; núm. 9: cebada; núm. 10: tocino; núms. 11 y 12: alubias; núms. 15-16: carne y tocino; núms. 17-19:

huevos, tocino, harina; núms. 20-22: huevos, azúcar, mantequilla; núm. 23: salchichas y pasteles (¡Esos veintitrés paquetes fueron enviados en dos días consecutivos!).

Pero no se trata únicamente de pequeños intercambios. La práctica del comercio de trueque a gran escala sólo es posible mediante *sobornos, corrupción y grandes irregularidades.* Los «grandes envíos» pasan de contrabando en el transporte oficial. Vagones enteros son introducidos en el Reich con ayuda de empresas de transportes y empleados corruptos de los ferrocarriles. Los acompañantes son «contactos» muy buscados a los que se «unta» con grandes sumas (las cartas informan sobre ello a veces de forma muy clara). Muy a menudo se envían también por avión, a veces con el amparo de la propia tripulación. Las pandillas de traficantes organizan su propio servicio de correos. Los soldados de permiso transportan consigo gran cantidad de cartas y paquetes. Así se informa por ejemplo que un «faisán dorado», es decir, un hombre con uniforme pardo, ha transportado en un viaje de permiso «todo un saco de cartas». Es por tanto probable que muchos casos de corrupción grave de las oficinas locales nos hayan pasado desapercibidos. Las «mercancías para intercambiar» y los envíos al Reich provienen muy a menudo de malversaciones. Se habla de la «ayuda» de un conocido en la «oficina de cartillas» [alusión a las cartillas de racionamiento], y el director de una empresa de carnicería informa cándidamente que su cifra de negocios es todavía demasiado pequeña «para poder apartar una gran cantidad». Los envíos desde el Reich para el abastecimiento de la administración alemana en Ucrania (muebles, vino, etc.) vuelven al Reich y son allí vendidos. No se llevan a cabo intervenciones para rectificar la situación económica de Ucrania, y se informa, por ejemplo, de que se matan grandes cantidades de ovejas de astracán para enviar su piel al Reich.

Tampoco se trata únicamente de trueques para satisfacer las necesidades personales o familiares. El trueque se convierte en «*negocio*» y se establece finalmente sobre una base comercial. Se especula y se gana dinero. Las cartas aseguran que en Ucrania es fácil hacer dinero y que en muy poco tiempo se pueden conseguir grandes cantidades. «Te puedes convertir en una mujer rica de la noche a la mañana». Gente simple escribe a casa que podrían haber «ganado» ya miles [de RM], Otros quieren adquirir con sus ganancias en Ucrania automóviles y terrenos en la patria. Compran joyas y pieles costosas para sus mujeres al estilo de los nuevos ricos. Los autores de las cartas hablan de gigantescos beneficios en Ucrania. La bisutería se vende con una ganancia del 1.000 por 100. Por una caja de cerillas se llegan a conseguir «seis metros» (= RM) y por un traje viejo más de 600 RM. En las cartas se deja notar a veces la jerga de los traficantes. Se asegura que uno se puede «organizar bien», o se cuenta cómo se puede «montar una jugada», envaneciéndose de su «pillería» en la realización de todos esos negocios sucios. En una carta da la impresión de que todo sucede del modo siguiente:

«Como tarea esencial todos parecen entender que se trata de organizarse

una vida más cómoda y de acaparar la mayor cantidad posible de comestibles para enviarlos a la patria. Sea como sea, en esta región se consiguen ganancias extraordinarias. Proliferan el trueque y el estraperlo a gran escala, y lo que antes hacían los judíos es algo que llevan a cabo hoy con el mayor entusiasmo los "arios"».

La corrupción irradia también desde Ucrania hacia el Reich. La distribución de artículos procedentes de Ucrania sirve como base para nuevos apaños en el Reich. Se intercambian los huevos que una familia no puede aprovechar, como se informa en numerosas cartas, por otros artículos racionados o escasos. Con el aceite procedente de Ucrania se emprenden viajes para venderlo de estraperlo por el país; con las mercancías traídas de contrabando desde Ucrania se adquiere de forma ilegal tela para trajes. Esos raros tesoros se utilizan incluso para el soborno. En un envío de quinientos huevos se aconseja a la receptora, obviamente insolvente, entregar cien a un empleado de la oficina de paro.

A todos nos alcanza el duro juicio que a menudo aparece en las cartas: Ucrania es un paraíso para la corrupción. A los alemanes de la administración económica y civil de Ucrania se les llama «hienas del Este».[70]

Las peculiaridades del informe remiten inevitablemente a la política colonial imaginada por el Caudillo de todos esos alemanes. En sus conversaciones de café Hitler señaló más de una vez cómo habría que comportarse con los «aborígenes» del Este: «A los ucranianos les haremos llegar pañuelos de cabeza, cuentas de cristal y todas esas fruslerías que tanto les gustan a los pueblos coloniales».[71] Frente al enviado de Croacia, país vecino coaligado con Alemania, describía las posibilidades comerciales para una industria de cachivaches en las regiones soviéticas: La gente de allí no posee «ni siquiera el menaje de cocina más simple, no tienen ningún tipo de utensilios».[72] En el verano de 1942 Hitler presentaba como visión del futuro lo que su gente, aunque sobre todo en beneficio privado, ya practicaba enérgicamente: «Durante el período de la cosecha se establecerá en cada pueblo grande un mercado, al que nosotros llevaremos nuestros cacharros. En ese mismo mercado se venderá grano y frutas. Si alguien ha vendido algo, lo mismo puede comprar … El percal más barato y más multicolor es para ellos maravilloso».

[73] Después de una conversación con Hitler el comisario del Reich para Ucrania, el *gauleiter* Koch, explicó así la política comercial alemana: «… el ñiquiñaque más corriente es suficientemente bueno para esa gente».[74] Hitler condensó en esas declaraciones, al modo de un capitán de ladrones, los deseos apenas ocultos de sus disolutos soldados y funcionarios de ocupación.

AYUDA DE EMERGENCIA NO GUBERNAMENTAL

Mientras que la gente destinada al Este soñaba todavía con un Eldorado de trueque y compraventa, los civiles alemanes de las ciudades noroccidentales del Reich podían sentir claramente día tras día el efecto de la superioridad aérea británica. La ayuda rápida para los perjudicados por los bombardeos cobró en pocas semanas gran importancia en la política interna. El *gauleiter* de Hamburgo Karl Kaufmann se pavoneaba retrospectivamente de que en septiembre de 1941 «se había dirigido al Führer después de un duro ataqué aéreo con la petición de evacuar a los judíos para poder proporcionar al menos una vivienda a una parte de los damnificados por los bombardeos».

No fue ése el único argumento que decidió a Hitler en el otoño de 1941 a deportar a los judíos alemanes durante la guerra y no —como se había proyectado hasta entonces— después de la victoria. En palabras de Kaufmann, «el Führer ha respondido sin tardar a mi petición y ha impartido las órdenes correspondientes para la evacuación de los judíos».[75] En la conferencia de Wannsee del 20 de enero de 1942 Reinhard Heydrich mencionó expresamente, al respecto de las

deportaciones más urgentes, la «cuestión de la vivienda y otras necesidades sociopolíticas».

El 4 de noviembre de 1941 el director general de Hacienda de Colonia declaró que en su distrito «había comenzado la evacuación de los judíos el 21 de octubre», precisamente «con el objetivo de dejar viviendas libres para los perjudicados por los bombardeos en las ciudades de Colonia y Tréveris». Esa iniciativa «se extendió más y más».[76] De hecho, el lugar donde vivían constituyó un criterio importante para el orden en que se realizaron las grandes deportaciones de judíos alemanes a partir de octubre de 1941. Los primeros desalojados fueron los que vivían en las ciudades del norte y oeste de Alemania más dañadas por la guerra aérea. Así, en octubre fueron desplazados ocho mil judíos de Berlín, Colonia, Francfort, Hamburgo y Düsseldorf al gueto de Łódź (Litzmannstadt). Diez días después siguió la segunda oleada, que de nuevo afectó principalmente a los judíos de ciudades devastadas o amenazadas por los bombardeos: en conjunto trece mil personas de Bremen, Hamburgo, Berlín, Bielefeld, Münster, Hannover, Düsseldorf, Colonia, Kassel y Francfort fueron deportadas a Riga, Kaunas y Minsk.[77]

Inmediatamente después de las primeras deportaciones de Colonia su director general de Hacienda dispuso que no sólo los domicilios, sino también «los muebles de los judíos deportados … debían ponerse a disposición de los perjudicados por los bombardeos».[78] El director general de Hacienda de Westfalia, que fue testigo de los severos bombardeos de Münster, exigió igualmente a sus funcionarios tener en cuenta «que las propiedades, especialmente ropa y mobiliario, llegaran a las personas adecuadas, como los perjudicados por los bombardeos, recién casados, mutilados de guerra etc»..[79] Por expreso deseo de Joseph Goebbels, en sus funciones de *gauleiter* de Berlín, los funcionarios municipales de

la capital del Reich reunieron los enseres de los deportados «para equipar a los perjudicados por los bombardeos y como reserva para eventuales daños posteriores».[80]

Después de que el ministro de Finanzas del Reich ordenara a principios de noviembre de 1941 la inmediata venta, al mejor precio posible, de las «posesiones de los judíos», mencionando apenas de pasada el problema de la guerra aérea y especulando con la posibilidad de un rápido ingreso suplementario, el panorama cambió en el verano de 1942. A partir de entonces regía el principio de que «para la reutilización del mobiliario de las viviendas» de los judíos deportados «se debía preferir en primer lugar a los perjudicados por los bombardeos aéreos». Se exhortó a los alcaldes a almacenar y tener dispuestos los enseres expropiados para cualquier eventualidad, aunque primero debían comunicar su valor estimado al fisco del Reich.[81] Junto a los perjudicados por los bombardeos se esforzaron por participar en el botín diferentes instituciones: el asilo de huérfanos municipal de Colonia compró por 1.860,50 RM el mobiliario del sanatorio infantil judío, y también se hicieron con una parte las diaconisas, el hospital de Santa María, el conservatorio superior de música y la biblioteca municipal. Compradores privados pujaron para adquirir las poesías de Rilke, la partitura del réquiem de Mozart o simplemente un par de zapatos, una cartera de escolar o ropa de cama.[82]

En diciembre de 1941 el ideólogo del partido nazi Alfred Rosenberg propuso incautarse del mobiliario «de los judíos huidos o que han salido de viaje», tanto en París como «en el resto de los territorios ocupados occidentales». Se refería con ello a los muebles abandonados por los judíos de Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Dado el «terrible estado de las viviendas» en el Este, ese mobiliario debía ofrecer confort a los funcionarios alemanes en las nuevas regiones

conquistadas. Rosenberg aprovechó para el robo de muebles planificado su doble función: por un lado Hitler lo había nombrado ministro del Reich para los territorios ocupados en el Este, y por otro dirigía desde hacía tiempo la oficina de política exterior del partido, cuyos miembros robaban obras de arte en toda la Europa ocupada y registraban rutinariamente los domicilios de los judíos detenidos o huidos para «poner a buen recaudo las posesiones culturales judías».

Hitler se mostró de acuerdo con la propuesta pocas semanas después, aunque añadió, presumiblemente después de una consulta con el ministro de Finanzas, «que los objetos incautados pasarían a ser propiedad del Reich»; pero sobre todo cambió la finalidad del nuevo latrocinio: dado que el urgente traslado de tropas hacía por el momento imposible transportar a la Unión Soviética el mobiliario, éste debía al menos ser útil «para el Reich»[83] como ayuda inmediata a las víctimas alemanas de los bombardeos, ya que la superioridad aérea británica, constatable día tras día, evidenciaba que las necesidades de aquéllas no se podrían cubrir únicamente con los bienes abandonados por los judíos alemanes deportados.

El 14 de enero de 1942 Rosenberg ordenó a su departamento que se hiciera cargo desde aquel momento «de todo el mobiliario de los judíos huidos o desplazados de las regiones occidentales ocupadas» y nombró director del Servicio Occidental al jefe de la Cruz Roja alemana —hasta entonces dedicado al robo de obras de arte—, Kurt von Behr, quien proclamó más tarde haber sido el verdadero inspirador de la «acción de los muebles», comunicada por Rosenberg a Hitler y aprobada por éste.[84] Dejando a un lado la cuestión de quién tuvo la idea de aprovechar tan prácticamente los muebles de los huidos y deportados, lo que sí está sin embargo claro es quién dio la orden de robo, y no fueron Hitler ni Ro-

senberg sino el alto mando del ejército de tierra (*Oberkommando des Heeres*, OKH). Como hizo constar el jefe de negociado correspondiente en el Ministerio de Finanzas del Reich, Hitler había «aprobado la medida» y el OKH «la había ordenado».[85]

Von Behr hizo llegar pronto al comercio alemán artículos escasos como ropa de mesa y de cama, trajes, porcelanas, utensilios de cocina, aparatos domésticos, cubertería… En la primera fase se abastecieron las siguientes ciudades: Oberhausen, Bottrop, Reklinghausen, Münster, Düsseldorf, Colonia, Osnabrück, Hamburgo, Lübeck y Karlsruhe.[86] La iniciativa de ayuda se desarrolló bien, por lo que von Behr pronto ascendió a la cumbre del departamento de Rosenberg, más exactamente a «la dirección del grupo de trabajo del Louvre». Perteneciendo como pertenecía a la Cruz Roja, una organización no gubernamental, quería dedicarse por entero a «distribuir el mobiliario judío entre los perjudicados por los bombardeos».[87]

El embajador alemán en París recomendó no informar al gobierno francés del latrocinio del mobiliario, ya que en definitiva «no había justificación formal jurídica para esa acción». En caso de necesidad había que apelar a la «justificación histórica de la medida»,[88] entendiéndola como parte de la lucha común europea contra el bolchevismo, encabezada por Alemania. Posiblemente muchos de los participantes sospechaban desde un principio que el supuesto propósito de trasladar los muebles a la Unión Soviética ocupada no era más que un pretexto para disimular el expolio, contrario al derecho internacional. Pero a Göring al menos no le atormentaban tales reflexiones; para él estaba claro que se debían «poner a disposición de los perjudicados por los bombardeos en el Reich los muebles y demás pertenencias incautados en los territorios ocupados».[89] El gobierno de Vichy

exigió más de una vez «la devolución» de los «enseres [supuestamente] enviados a Rusia», porque el mobiliario de los judíos expropiados formaba parte del «patrimonio nacional francés».[90] Para Vichy no se trataba de devolución, sino de descontar su valor de los costes de ocupación del territorio francés.

El 17 de noviembre de 1943 Rosenberg compareció ante Hitler para rendir cuentas. Con respecto a la «*M-Aktion*» como solía abreviarse por razones prácticas el robo de muebles, señaló entonces: «Con la autorización del Führer se han incautado hasta ahora 250.000 domicilios judíos (con lo que se refería a los muebles) de los que ya se han trasladado al Reich 47.000, poniéndolos a disposición de los *gauleiter* para distribuirlos entre los perjudicados por los bombardeos. El transporte hacia el Reich prosigue, y también se seguirán llevando a cabo en Francia nuevas incautaciones».[91] Dos meses después los ayudantes voluntarios e involuntarios de von Behr —o dicho más claramente, transportistas franceses y trabajadores forzados judíos— habían enviado a Alemania otros diez mil mobiliarios. Los trabajadores forzados recibían el «módico salario de cinco francos por cabeza».[92] La rapiña alcanzó en total, hasta finales de 1943, casi un millón de metros cúbicos de muebles con los que se llenaron más de 24.000 vagones de mercancías (sobre el tonelaje de muebles expedido por vía fluvial sólo cabe decir que tuvo que ser también apreciable).

Por bien que funcionara el abastecimiento, se produjo al parecer un conflicto entre el director general de Hacienda de Colonia y su subordinado al frente de la oficina de finanzas de Tréveris. El primero exigió para la ciudad de Colonia, que seguía siendo bombardeada, los muebles de los judíos deportados de la provincia, todavía indemne. Los responsables en Tréveris iniciaron sin embargo un tira y afloja pensando en

su aprovechamiento local. Al cabo de cuatro semanas cedió el director general de Colonia «debido al cuantioso suministro de muebles desde el extranjero», que además le ahorraba los costes de transporte.[93] En el informe sobre las consecuencias del denominado «ataque de los mil bombarderos» del 31 de mayo de 1942 sobre Colonia, el entonces *gauleiter* Josef Grohé afirmaba vagamente: «En conjunción con la autoridad militar de Bélgica y el norte de Francia se ha conseguido poner en camino hacia Colonia grandes cantidades de material textil libre de racionamiento. Se tomarán las correspondientes medidas para suministrar a la población muebles, equipamiento y objetos de uso cotidiano».[94]

En Bélgica, el Servicio Occidental de Rosenberg vació durante el primer año del robo de muebles 3.868 domicilios de judíos. Determinado porcentaje del botín iba directamente a los servicios militares, y la mayor parte a las víctimas de los bombardeos en Düsseldorf, Mainz, Holzminden, Oberhausen, Colonia, Münster, Wanne-Eickel, Königs Wusterhausen, Berlín, Recklinghausen, Gelsenkirchen, Gladbeck, Bottrop, Aquisgrán, Bremen, Hamburgo, Soltau, Uelzen, Winsen o Celle. Tan sólo a Aquisgrán llegaron en el verano de 1943 en el plazo de tres semanas 28 vagones de mercancías. «La ropa y los muebles que antes pertenecían a judíos extranjeros» fueron distribuidos entre las familias bombardeadas y «recibidos con agradecimiento». Entre los agraciados había familias numerosas y mutilados de guerra, cuyas aspiraciones, aun reconocidas como legítimas desde hacía tiempo, habían quedado sin satisfacer hasta el momento.

Según una lista del verano de 1944 habían llegado hasta entonces —por mencionar únicamente los grandes beneficiados— 481 vagones con muebles de judíos europeos occidentales expropiados a Karlsruhe, 508 a Mannheim, 528 a Berlín, 488 a Düsseldorf, 518 a Essen, 693 a Duisburg, 605 a Ober-

hausen, 2.699 a Hamburgo, 1.229 a Colonia, 703 a Rostock, 884 a Oldenburg, 1.269 a Osnabrück, 441 a Wilhelmshaven, 3.260 a Delmenhorst, 523 a Münster, 555 a Bochum y 310 a Kleve. Al mismo tiempo se enviaron 8.191 vagones con su carga a los depósitos centrales de almacenamiento, desde donde los muebles podían ser transportados rápidamente en caso de necesidad para distribuirlos entre las víctimas de los bombardeos. 1.576 vagones fueron repartidos entre las familias de los ferroviarios, que vivían en zonas especialmente amenazadas próximas al ferrocarril. Las SS reclamaron para sí unos 500 vagones.[95]

También hubo numerosos particulares favorecidos con un vagón —especialmente bien provisto— para reponer o posibilitar un mobiliario acorde con su posición social. Entre esos destinatarios individuales figuraban, por ejemplo, el «Tte. Cor. Tychsen (Cruz de caballero con hojas de roble)», el «Cap. Ninnemann», el «Cap. Adamy», el «Com. Bremer (Cruz de caballero)», «Correos del Reich (oficina bancaria), director, Berlín, Guilleaume»; asimismo recibió el suyo el miembro del Partido von Ingram, «como todos los demás condecorados con la cruz de caballero a raíz de la *M-Aktion*».[96] A ese contexto corresponde también la concesión a «algunos participantes en la guerra y miembros del partido especialmente merecedores y dignos» de casas en propiedad y empresas «que antes pertenecían a algún judío» para «apoyarles en la construcción de una vida económica autónoma».[97]

Los proveedores de muebles se mantenían en estrecho contacto con los servicios en los que se preparaba la deportación de los judíos. Los hombres de la policía de seguridad debían a veces contener a los impacientes agentes del robo de muebles para no estorbar la deportación de los judíos previstos. A finales de 1944 el director del Servicio Occiden-

tal se quejó de que el SD había dejado prácticamente de detener judíos en Lieja, y opinaba: «Dado que con motivo de los últimos grandes bombardeos en el Reich se han elevado notablemente las solicitudes a mi servicio, pido que se considere la posibilidad de llevar a cabo cuanto antes la acción contra los judíos en Lieja, para poder realizar la incautación de sus muebles y su transporte al Reich». Dado que medio año después, el 13 de junio de 1944, todavía no se había efectuado, el hombre encargado de velar por el bienestar de sus *Volksgenossen* se dirigió a la policía de seguridad, pidiéndole que detuviera a las sesenta familias judías que vivían todavía en Lieja «en interés de los alemanes perjudicados por los bombardeos».[98]

La *M-Aktion* incluía también la expropiación de grandes contenedores con los muebles de los judíos emigrados, llamados [en inglés] *liftvans*, o simplemente *lifts*, que debido al comienzo de la guerra habían permanecido sin embarcar en los puertos de Amberes, Rotterdam o Marsella. Tras un severo bombardeo sobre Colonia en el verano de 1942, el Ministerio de Finanzas del Reich, que consideraba esos bienes propiedad del Estado, concedió a la administración municipal de Colonia mil *lifts* de Amberes.[99] También llevaron *lifts* de Rotterdam a Colonia, y desde allí se distribuyeron a Münster, Mannheim y Lübeck; allí donde no eran utilizados inmediatamente se dejaban a cargo del Ministerio de Finanzas del Reich como «reserva para un caso de catástrofe».[100] Los *lifts* que tras el cambio de bando de Italia quedaron en manos alemanas en Trieste y Génova se enviaban preferentemente a Berlín.[101] Los almacenados en el puerto libre de Hamburgo fueron subastados en parte en la primavera de 1941 y adquiridos por la administración de la seguridad social, que los almacenaba en distintos depósitos repartidos por toda la región como «una buena reserva por si sucede

un desastre».[102] El procedimiento seguido en toda Alemania con los bienes de los emigrados confiados a las agencias de transportes fue parecido.[103]

Los destinatarios oficiales de todas esas ayudas fueron los correspondientes directores generales de Hacienda. A ellos les correspondía reprivatizar lo obtenido por el Estado mediante robo, y lo hicieron siguiendo siempre el mismo modelo: las administraciones municipales resarcían de la pérdida de sus bienes a los bombardeados con dinero y vales para ropa, etcétera, a expensas del Reich. Los solicitantes recibían además un carné especial para los perjudicados por los bombardeos, que les daba prioridad en las compras y con el que podían optar por comprar mobiliario nuevo o por participar en las subastas, cuyo producto iba a parar de nuevo a la caja del Reich. Desde el punto de vista de la técnica presupuestaria, la administración financiera organizó así un juego de suma cero a costa de los anteriores propietarios, desposeídos y en una proporción notable asesinados. Según un anuncio aparecido en el boletín oficial de Oldenburg el 24 de julio de 1943 bajo el título Notificaciones Oficiales, así es como se llevaba a cabo:

> Venta de porcelana, artículos esmaltados, camas y ropa blanca (pago en efectivo) en Hatterwüsting, Hotel Strangmann, el domingo 25 de julio de 1943; a las 16 horas para los perjudicados por los bombardeos todavía no atendidos, a las 16.30 para familias numerosas y recién casados y a las 17 horas para cualquiera. El alcalde: Schnitker.

Como producto de tales ventas la ciudad de Oldenburg obtuvo entre 1942 y 1944 466.617,39 RM. El administrador financiero del ayuntamiento supervisaba su envío a la caja del Reich, donde se contabilizaban como ingresos generales de la administración.[104]

Dado que la mayoría de los lotes en el noroeste procedían de las viviendas vaciadas de los judíos holandeses, en Olden-

burg se solía hablar de «muebles de Holanda». Hasta el verano de 1944 los servicios alemanes para mitigar catástrofes trasladaron al Reich, con ayuda de la empresa de transportes A. Puls de Amsterdam, los enseres de 29.000 viviendas. La *M-Aktion* se inició en los Países Bajos con una orden formal de la oficina central para la deportación de judíos creada por el Servicio de Seguridad, publicada obligatoriamente el 20 de marzo de 1942 en el *Joodsche Weekblad:* «Cada judío que viva en un domicilio propio, alquilado o puesto a su disposición de cualquier otro modo debe, de acuerdo con el párr. 3 de la orden del comisario general para la seguridad del 15 de septiembre de 1941, solicitar un permiso escrito al Consejo Judío de Amsterdam para el traslado del mobiliario, instalaciones de la vivienda o cualesquiera otras posesiones». Se amenazaba además con severos castigos a quien no se atuviera a lo dispuesto.[105]

Durante el verano de 1943 llegaron desde Praga a la región del Ruhr muebles, y a Colonia «trajes usados y ropa blanca». En un informe ricamente ilustrado el director de la oficina de administración fiduciaria de Praga se enorgullecía de que bajo su supervisión había sido cuidadosamente clasificado, reparado y almacenado el contenido de los domicilios de miles de deportados. El autor del informe hacía mención del lema «las propiedades de los judíos se convierten en bienes del pueblo». A finales de febrero de 1943 se amontonaban en los depósitos de muebles de Praga, ordenados según categorías, los resultados de la arización local: 4.817 dormitorios, 3.907 cocinas, 18.267 armarios, 25.640 butacas, 1.321.741 aparatos domésticos y de cocina, 778.195 libros, 34.568 pares de zapatos, 1.264.999 piezas de ropa blanca y de otro tipo y muchas cosas más. Esos bienes constituían a ojos de los funcionarios de la administración una «reserva irreemplazable» en la guerra.[106]

Los judíos alemanes estaban autorizados a llevar consigo a la deportación 50 kg de equipaje por persona. Naturalmente escogían las cosas más valiosas y ropa de abrigo. En muchos casos los baúles y maletas fueron sólo aparentemente cargadas y quedaron en la estación. Así sucedió por ejemplo el 24 de junio de 1942 con el equipaje del tren que transportaba a los judíos de Königsberg [Kaliningrado] al campo de exterminio Maly Trostinez, o el 22 de abril de 1942 en Düsseldorf, donde el equipaje clasificado —termos, prendas de lana, medias, abrigos, trajes, zapatos— fue transferido cinco días después al servicio de asistencia social nacionalsocialista. Parte de las cosas robadas allí a los deportados —gasa y vendas, jabón en polvo, sólido y líquido, hojas y crema de afeitar, champú, loción capilar, pastillas para hacer fuego, cerillas, agua de colonia, bálsamo, crema de zapatos, costureros, tabaco para liar y de mascar, cigarrillos, cigarros puros, té, café, cacao, dulces, salchichas, naranjas y limones así como otros alimentos—, fueron a parar a los siguientes destinatarios: el puesto local de la Cruz Roja alemana, un hogar de soldados, un hospital militar y los servicios de atención a las tropas en la estación central de Düsseldorf.[107]

Un caso especial es el de Hamburgo, bombardeada severamente varias veces. En febrero de 1941 la Gestapo requisó en el puerto libre, por orden del *gauleiter*, entre tres mil y cuatro mil *lifts*, cuyo contenido sacó inmediatamente en almoneda con ayuda de las casas de subastas hanseáticas, siguiendo criterios parecidos a los de Oldenburg o Aquisgrán; pero en el caso de Hamburgo los resultados fueron sustancialmente más provechosos. Junto a los ya mencionados 2.699 vagones cargados con muebles de los judíos de Europa occidental, 45 buques llevaron a la ciudad desde Holanda y Bélgica otras 27.227 toneladas de «bienes judíos». En conjunto pujaron nada menos que cien mil peticionarios de

Hamburgo y las comarcas próximas por los bienes robados. Por decirlo con mayor precisión, se trataba principalmente de peticionarias, cuyos maridos luchaban como soldados en la guerra. Alrededor de cien mil hogares de la comarca de Hamburgo se beneficiaron de la venta de los muebles, vestidos y miles de pequeñas cosas útiles en la vida cotidiana, que habían pertenecido anteriormente a unas treinta mil familias judías.[108]

La bibliotecaria Gertrud Seydelmann informaba después de la guerra de cómo se desarrollaron las subastas, sobre todo en los barrios proletarios: «Simples amas de casa del Veddel [barrio portuario] llevaban de repente abrigos de piel, comerciaban con café y joyas y disfrutaban de muebles antiguos y alfombras llegados al puerto desde Holanda o Francia … Algunos de mis lectores me animaron a que adquiriera yo también en el puerto alfombras, muebles joyas y pieles. Eran las propiedades robadas a los judíos holandeses, que —como supe después de la guerra— habían sido conducidos a las cámaras de gas. Yo no quise tener nada que ver con aquello, pero en ese rechazo tenía que ser prudente con las personas enriquecidas, especialmente con las mujeres; no podía expresar mis verdaderos sentimientos. Sólo podía comunicárselos con precaución a algunas mujeres no tan eufóricas, de quienes sabía que sus maridos eran socialdemócratas convencidos, haciéndoles saber de dónde provenían aquellos barcos cargados de maravillas; les repetía el viejo proverbio: “Los bienes mal obtenidos no aprovechan a nadie”, y me hicieron caso».[109]

Tan sólo en Francia fueron robados durante el primer año de la *M-Aktion* bienes por valor —estimado a la baja— de cien millones de RM, que hoy serían mil millones de euros. Un valor parecido alcanzaban los muebles del botín holandés.[110] Ahora bien, los precios para los compradores alema-

nes fueron mucho más bajos, ya que la *M-Aktion* no tenía como finalidad principal el beneficio del fisco. Los organizadores se vanagloriaban en su informe: «La *M-Aktion* llevada a cabo por el Servicio Occidental está totalmente al servicio de los perjudicados gravemente por los bombardeos y proporciona al comercio de muebles alemán un notable alivio; tampoco hay que infravalorar el efecto psicológico sobre la población afectada del abastecimiento inmediato de muebles y otros enseres. Si, como ha sucedido, al cabo de pocas horas de un gran ataque las familias más duramente golpeadas reciben una nueva vivienda totalmente amueblada, cabe entender cuán decisivo resulta como factor de nuestra moral de guerra».

Los escritos de agradecimiento de receptores de muebles «de todas las capas sociales» confirman la eficacia sociopsicológica de «la ayuda inmediata». De creer a sus colaboradores especiales, «el Servicio Occidental gozaba de una gran popularidad entre todas las capas de la población». Su actividad se demostró pronto no sólo «importante para la guerra» sino también como «una ayuda decisiva para los *Volksgenossen* que sufren necesidad». Pese a los crecientes problemas de tráfico ferroviario y fluvial, los trenes y barcazas repletos de enseres robados se situaban siempre «en primer lugar» en lo que concernía a las necesidades de un transporte rápido.[111]

Como complemento de la *M-Aktion* la dirección política nazi intentó aliviar a los habitantes de las ciudades destruidas con ayudas especiales. Rosenberg y Göring organizaron, junto con Goebbels y el comisario del Reich para Ucrania Erich Koch, el «envío al territorio del Reich de trenes o vagones con alimentos, en ocasiones y con objetivos especiales». Hay que tener en cuenta que eran enviados desde Ucrania, donde la población de las ciudades sufría hambre. Las

actividades de ayuda fueron designadas oficialmente como «donativos alimentarios del Este».[112]

Paralelamente a esto el teniente coronel Hencke, amigo personal de Göring, fundó el Servicio Exterior del Oeste (*Außenstelle Westen*, AW).

Sus colaboradores compraban ropa y tela y hacían encargos a empresas de confección holandesas, belgas y francesas. Durante el otoño de 1942 la autoridad militar envió mensualmente unos ocho millones de RM para comprar tejidos en el mercado negro francés. Aunque se pagaban a cuenta de los costes de ocupación, esos artículos estaban destinados a «la parte más necesitada de la población alemana, especialmente a los perjudicados por los bombardeos».[113] La distribución de los artículos textiles recién confeccionados y comprados o incautados en los hogares de los judíos «la llevó a cabo directamente el AW recurriendo a medios de transporte especiales (camiones) destinados a las ciudades afectadas». Siguiendo la voluntad de los responsables, las columnas de camiones cargados debían estar dispuestas «para que en caso de un ataque aéreo lleguen sin dilación al lugar». Junto a los artículos textiles transportaban también «tónicos como vino y coñac».[114]

En esa misma época Göring concibió la «acción de Navidad», esto es, la compra de juguetes en Europa occidental, iniciada ya en el verano de 1942, para ponerlos al pie de los árboles de Navidad alemanes. Hasta el 20 de diciembre ordenó adquirir en Francia «cosméticos, juguetes y todo tipo de artículos de regalo». El botín llegó estibado en 2.306 vagones y algunos barcos fluviales, «ante todo a las regiones bombardeadas». En segunda línea debían llegar los artículos a las ciudades y regiones en las que la moral de guerra amenazaba hundirse: Viena, Breslau/Wroclaw, Königsberg y la re-

gión industrial de Silesia.[115] En Holanda Göring hizo comprar con el mismo objetivo artículos por valor de 176 millones de RM.[116]

Aunque no faltaron intentos de reducir al menos tales gastos ajenos a la ocupación, el alto mando de la Wehrmacht ordenó desde junio de 1942 tener dispuestos doscientos millones de RM en francos para los compradores al por mayor alemanes. En agosto siguió una orden de cien millones, el 9 de septiembre otros doscientos millones, y en octubre se reclamaron doscientos millones más. El 20 de noviembre el OKW ordenó tener dispuestos «244.500.000 RM en francos franceses» para que, como exigía Göring, «no se interrumpa el aprovisionamiento en el mercado negro».[117] Durante el segundo semestre de 1942 los compradores enviados por el Estado alemán pudieron gastar 18.500 millones de francos para la Acción de Navidad, que les había transferido el OKW. Los funcionarios del Ministerio de Finanzas del Reich hablaban de la «*S-Waren-Aktion*» (*S=Schwarzmarkt*, mercado negro), la aprobaron e informaron de ella sin ningún escrúpulo de conciencia al Tribunal de Cuentas del Reich alemán.[118] Según los datos del Banco del Reich, en 1942 «se emplearon [en Francia] unos tres millardos de RM de los costes de ocupación» con el fin de «enviar a Alemania bienes escasos».[119](*)

Göring avisó internamente sobre la Acción de Navidad el 6 de agosto de 1942. En la sala Hermann Göring del Ministerio del Aire del Reich pidió a los demás ministerios y al personal dirigente de los territorios ocupados «sacar cuanto se pueda [de la Europa conquistada] para que el pueblo alemán tenga de qué vivir». Después de deplorar que el saqueo ya no formara parte de las costumbres de la guerra, explicó a los reunidos: «Aun así yo tengo la intención de saquear, y a lo grande, enviando una serie de compradores al por mayor

con poderes extraordinarios, primero a Holanda y Bélgica, y luego también a Francia, que tendrán tiempo hasta Navidad de comprar más o menos todo lo que allí se ofrezca en las mejores tiendas y almacenes, y se lo ofreceré aquí en Navidad al pueblo alemán en los escaparates para que lo pueda comprar». Según la propuesta de Göring, sus enviados debían adquirir «trajes, zapatos, etc.; todo lo que haya en general».[120]

A principios de noviembre de 1942 los funcionarios de alimentación comenzaron a repartir sellos adicionales para las compras de Navidad. Los agraciados agradecieron inmediatamente la promesa que anunciaban. «Especialmente bienvenido fue el anuncio de la distribución de licores espirituosos y el reparto de botellas de vino entre los trabajadores de jornada más larga y en las tareas más duras … En definitiva, la distribución especial de Navidad hizo olvidar a muchos *Volksgenossen* las preocupaciones cotidianas».[121]

El dinero para la adquisición de esos bienes salía como de costumbre del presupuesto de los costes de ocupación. Los alemanes más pudientes pagaban por segunda vez, ya se tratara de cestas de Navidad, de bonificaciones para determinados grupos de personas o de la compra en las tiendas del producto de los robos presentado como oferta especial. A la gente se le alegraba el corazón, feliz de gastar todo su dinero en regalos, vino, aguardiente, café, mantequilla y azúcar. Esto absorbió —como convenía a la política monetaria— la capacidad de gasto excedente y aportó al fisco del Reich nuevos ingresos generales de administración.

El primer día de fiesta de la Navidad de 1942 Goebbels anotó en su diario, a propósito del clamoroso éxito de la directriz Lo-Primero-Es-Llenar-La-Tripa: «La asignación especial de alimentos ha funcionado de nuevo como debía. Ade-

más, mis regalos suplementarios a los ancianos y a las familias numerosas han hecho verdaderos milagros».[122] Ese mismo día Hitler esperaba otro milagro, ya que las celebraciones previstas para el 30 de enero con ocasión del décimo aniversario de la toma del poder amenazaban coincidir con la derrota de Stalingrado, cada vez más difícil de ocultar. Martin Bormann, su hombre de confianza, anotó en su diario: «El Führer ha repetido que lo ideal sería poder anunciar ese día al pueblo alemán un nuevo aumento de las naciones alimentarias y otras mejoras». Una vez más quería ofrecer un cebo apetitoso al pueblo, pero tuvo que reconocer frustrado que eso era «desgraciadamente imposible»[123] inmediatamente después de los fastos de la «operación Navidad». Aun así exigió que las raciones «se mantengan a su nivel actual mediante una contribución más alta de las regiones ocupadas».[124]

La siguiente «operación Navidad» se comenzó a preparar desde el verano de 1943. Como los judíos ya habían sido expropiados y las monedas de los países ocupados llevadas a la ruina, Göring decidió recurrir a las «propiedades enemigas» con el fin de disponer de medios suficientes para «objetivos especiales» como «la compra de divisas libres y café en el mercado negro de Francia y Bélgica».[125] Hasta entonces se había soslayado esa medida para evitar medidas de expropiación parecidas contra los alemanes residentes en el extranjero, pero en el verano de 1943 esa preocupación no pesaba tanto como la atención material al alma de las masas.

Soldados alemanes en Francia vuelven de permiso a casa, diciembre de 1940.

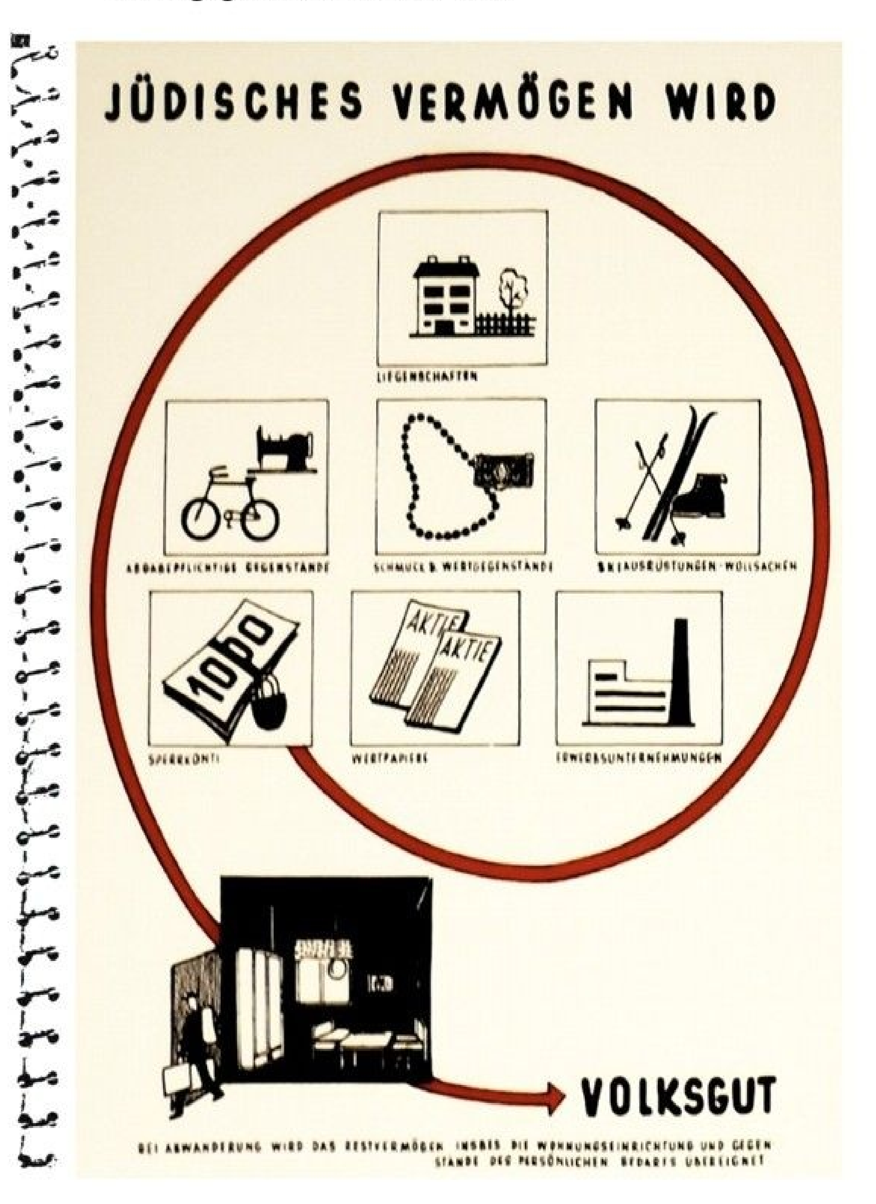


Soldados alemanes de permiso, diciembre de 1941 (BA, imagen 138/B 14051).

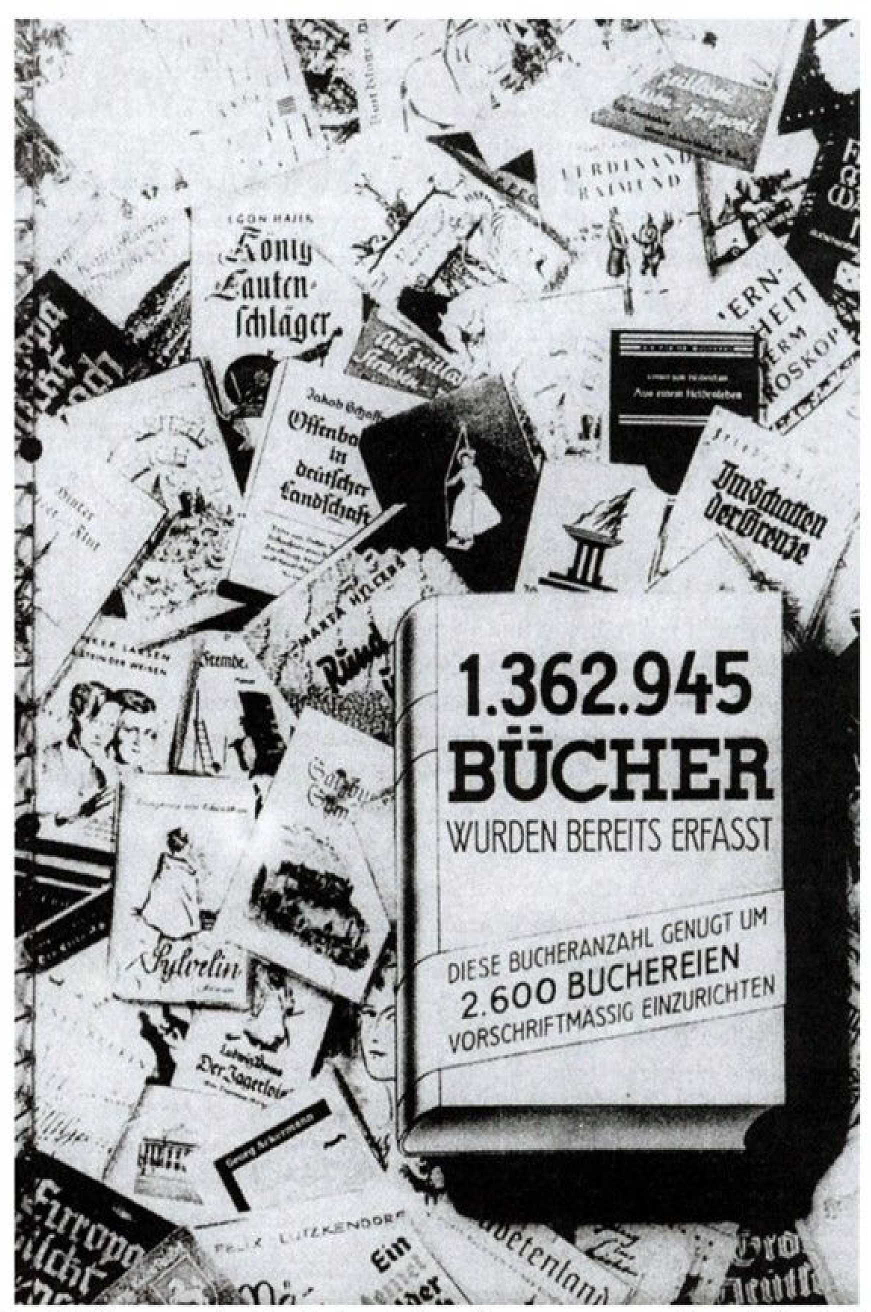


Bombillas, juguetes, ropa de cama y mesa, muebles y enseres de todo tipo clasificados por trabajadoras forzadas judías en París para ser luego enviadas a las ciudades alemanas bombardeadas; septiembre de 1943, París (BA B 323/311/66/ 50, 73, 75, 21 y 24).

Krieegsgewinne für das Volk



Cubierta de un informe de la administración fiduciaria de Praga, 1942 (Ladesarchiv-Berlin B. Rep. 039-01/314).



Las bibliotecas privadas de los judíos checos puestas a disposición de la cultura alemana; Administración fiduciaria de Praga, 1942 (Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/317).

6

Recursos obtenidos en el Oeste

LUGARES DE OCIO EN BÉLGICA

En el otoño de 1941 Heinrich Böll fue transferido provisionalmente de Francia a las proximidades de Colonia para vigilar a los prisioneros de guerra soviéticos, y su contemplación lo entristeció, viendo en su destino un reflejo del anonadamiento de su propia vida, primero en el servicio de trabajo obligatorio y luego en la Wehrmacht. Las ensoñaciones de Böll se dirigían hacia la Bélgica que había conocido en la invasión de 1940: «Mi única gran preocupación, por el momento, es si llegaré o no a Amberes; todas las cosas hermosas que quiero y debo conseguir allí, café, cigarros y pañuelos, si es que todavía es posible». Todavía era posible, y envió a su novia, Annemarie Czech, «un corto jersey sin mangas».[1]

Para ofrecer a sus soldados y a las mujeres y amigas de éstos tales placeres, Hermann Göring exigió en la primavera de 1943 que «en Bélgica se mantuviera la imagen de los co-

mercios y locales de placer a un nivel lo más parecido posible a los tiempos de paz».[2] A su juicio no se debían cerrar en la Europa occidental ocupada los «lugares de ocio, bares y otros locales de entretenimiento … si son visitados o pueden serlo por los soldados alemanes para su distracción y descanso». Lo mismo se podía decir de las tiendas «en las que se venden artículos no esenciales para la vida». Debían permanecer abiertos, «para que los soldados alemanes … puedan comprar todo lo que les parezca deseable, hasta el agotamiento de las existencias. Los precios deben mantenerse a un nivel accesible». En los Países Bajos debían «abrirse de nuevo discretamente» las tiendas y locales que contra la intención de Göring habían sido cerrados por considerarlos «innecesarios para la guerra».[3] Los soldados derrochaban allí el dinero de los holandeses y belgas.

El intendente responsable de la Wehrmacht precisó a finales de 1940 los criterios que seguirían los alemanes para fijar el nivel de las contribuciones de guerra belgas: «Dado que por razones políticas y económicas la situación financiera del Estado belga debe mantenerse a grandes rasgos en orden, se llegó al acuerdo de exigirle como participación en los costes de la ocupación la suma que pueda aportar aun con grandes sacrificios».[4] Así pues, tanto Francia como Bélgica debían asumir, además de la contribución de guerra, el pago del acantonamiento de las tropas.[5] La tasa mensual fijada superó los ingresos fiscales regulares del Estado belga en bastante más del 100 por 100,[6] alcanzando al comienzo unos ochenta millones de RM mensuales, que en el primer trimestre de 1941 eran ya 120 millones.[7] A partir de entonces los alemanes redujeron sus exigencias, en nombre de la estabilidad monetaria, a ochenta millones de RM mensuales[8], aunque de hecho la Wehrmacht exigía veinte o treinta millones más. En septiembre de 1941 las exigencias mensua-

les llegaban de nuevo a 120 millones de RM.

Esa carga recaía sobre un país que contaba con 8,3 millones de habitantes. Los ingresos del Estado belga por impuestos y tributos supusieron en 1938 alrededor de once millardos de francos belgas, mientras que los fondos tomados en préstamo por un país todavía en precario por la crisis económica mundial eran de tres millardos. Pero la potencia ocupante exigía ahora 18 millardos y pronto aún más[9] Una octavilla anónima belga de enero de 1941 se mostraba bien informada: «Aun si se elevaran los ingresos por impuestos y aranceles aduaneros de once millardos [de francos belgas] a 16 millardos, como exige Alemania, todavía tendríamos que tomar prestados en 1941 25.500 millones de francos —¿de quién?— para satisfacer las exigencias alemanas. Si se añade a las cifras precedentes lo que los alemanes han requisado de nuestras reservas de materias primas y alimentos (teníamos reservas para unos dos años), se obtiene una imagen bastante precisa del saqueo llevado a cabo por el Tercer Reich contra nuestro país. Sí, Alemania sacrifica totalmente nuestro país a sus propósitos imperialistas. Se nos trata como a un pueblo esclavo, que sólo existe para beneficio del Reich».[10] En el verano de 1941 muchas unidades alemanas recibieron la orden de marcha hacia el frente del Este, pero eso no disminuyó los costes de ocupación, ya que el mando militar pretendía construir al mismo tiempo aeropuertos y grandes fortificaciones en la costa atlántica. Para él estaba claro «que todo lo que se utilice aquí en el país para mantener la guerra contra Inglaterra debe ser también pagado por el país».[11]

A finales de octubre de 1941 el comisario alemán de los bancos Hans von Becker señaló la precariedad de la moneda belga y el intendente jefe reclamó «la adecuación de los costes de ocupación a la capacidad del país», al que se le habían impuesto «costes de guerra desacostumbradamente altos»

sin ninguna «consideración al mantenimiento de su moneda, hostigada por todas partes».[12] Ya en agosto de 1942, antes de que los acaparadores de Göring y pronto también del ministro de Armamento Albert Speer asolaran el país, la Caja de crédito del Reich en Bruselas informaba alarmada que cerca de un tercio de los costes de ocupación se empleaban para «entregas al exterior de Bélgica» privadas y basadas en la economía de guerra.[13]

Según un informe de la autoridad militar referido a 1941, los alemanes «compraron» —con dinero belga— tan sólo durante ese año 18.500 vehículos de motor en Bélgica. La red ferroviaria del Reich adquirió allí durante el mismo período 1.086 locomotoras y 22.120 vagones de mercancías. A esto se añaden enormes cantidades de carbón, cemento, acero laminado, escoria, cobre, plomo y productos textiles e industriales casi de cualquier tipo. En conjunto, el valor de los bienes aportados por el país al Reich desde el comienzo de la ocupación hasta el 28 de febrero de 1942 equivalía a 2.600 millones de RM. La administración militar informaba, llena de orgullo rapaz, lo eficientemente que había saqueado Bélgica hasta el «agotamiento de las últimas reservas», resultando —en proporción al número de habitantes— mucho más productiva que Francia y Holanda.[14]

Aun así, no se trataba más que del comienzo: cuando en 1942 la situación militar se hizo amenazadora también para los alemanes, la rapiña se profundizó aún más. En el primer semestre de 1942 se elevaron las cargas mensuales a ocho millones de RM para el acuartelamiento, 120 millones por los costes de ocupación y 72 millones de «adelantos» a cuenta por exportaciones a Alemania. Todo esto equivalía a unos 2.400 millones de RM al año.[15] En 1943 aumentaron tanto los pagos por compensación de la balanza comercial como los costes de ocupación.[16]

Tanto los compradores privados como los que actuaban por cuenta de empresas o instituciones alemanas se aprovechaban del mercado belga. La administración militar calculó que las compras en el mercado negro supusieron en 1942 el 30 por 100 de total del valor de las mercancías adquiridas por los alemanes con dinero belga, y esas compras se hacían a veces «por las bravas» y otras de forma permitida, contando con la autorización del llamado «puesto de vigilancia» de la autoridad militar para comprar en el mercado negro. Había por ejemplo una «cooperativa de trabajo Schmidt» cuyos negocios tenían como objetivo la «compra de mercancías de todo tipo»; también se abastecieron en el mercado negro el Ministerio de Armamento, la jefatura nacional de las SS, la Oficina de transporte del ejército (Sección Oeste) y el departamento sanitario del ejército.[17]

A todo esto se añadía el robo del oro belga. El gobierno colaboracionista de Vichy decidió en 1941 transportar a Marsella, para entregarlas allí a un representante del Banco del Reich, 41 toneladas de oro que habían sido salvadas por el gobierno belga enviándolas al puerto de Dakar, en el África Occidental francesa.[18] Pero quedaba en pie la cuestión de cómo transferir ese oro a propiedad alemana. Tras una conversación con el secretario de Estado de Göring, Erich Neumann, en febrero de 1941 se decidió que Bélgica debía «pagar … ciertos costes de ocupación extraordinarios», justificando esa medida con el lema: «mejor una incautación palmaria que camuflada».[19] El 3 de julio de 1941 el consejo de administración de las cajas de crédito del Reich acordó: «Como pago a cuenta por los costes de ocupación extraordinarios Bélgica debe transferir a Alemania la parte de sus reservas de oro almacenada en Berlín. Este requerimiento no se comunicará empero a los belgas hasta un momento posterior».[20] Las 41 toneladas de oro suponían más de quinientos

millones de RM, pero su utilidad para la economía de guerra alemana era mucho más alta, ya que con ellas se podían comprar determinados bienes escasos en España, Portugal (tungsteno), Suecia (acero, rodamientos de bolas), Suiza (armas, camiones) o Turquía (cromo).

Cuando el oro belga pasó oficialmente a propiedad alemana un año después, la dirección del Banco del Reich se opuso por razones de política monetaria, pretendiendo mantener la apariencia de que el franco belga seguía respaldado por el oro; el Ministerio de Asuntos Exteriores apoyó no obstante el robo.[21] En definitiva se pretendía hacer pagar a Bélgica —como a casi todos los demás países ocupados— después de la guerra los costes de ocupación extraordinarios, entre los que se contaban por ejemplo la producción de armas en Alemania y el mantenimiento de las familias de los soldados; en el caso de Bélgica se «compensarían» con el oro y el saldo de la deuda comercial alemana.[22] Pero no se esperó a cubrir esos formalismos, y el 9 de octubre de 1942 el director general de Hacienda de Berlín-Brandemburgo confiscó sin más ceremonia en beneficio del Reich alemán el oro belga robado con ayuda francesa. Como excusa pretendidamente jurídica se alegó la Ley de pagos en especie al Reich del 1 de septiembre de 1939, que disponía el cambio obligatorio en RM del oro y divisas extranjeras. Obedeciendo a esa ley, el Banco del Reich alemán abonó al Banco Nacional de Bélgica quinientos millones de RM, aunque lo hizo en una cuenta bloqueada a la que sólo tenía acceso la parte alemana y no la parte belga supuestamente titular.[23] El departamento de política comercial del Ministerio de Asuntos Exteriores anunció al secretario de Estado von Weizsácker y al ministro Ribbentrop: «Así ha pasado finalmente a propiedad del Reich, mediante los esfuerzos del Ministerio de Asuntos Exteriores y de los interceptores enviados, oro por valor de 550 millo-

nes de RM».[24]

Francia, en cambio, supo proteger sus reservas. La Banque de France trasladó a Suiza varias veces parte de las reservas de oro que le quedaban, para evitar que cayeran en manos alemanas.[25] Los colaboradores de Göring en Berlín señalaban sosegadamente que «en caso de necesidad» siempre se podía «recurrir de forma relativamente fácil, para cubrir las necesidades del Reich», a las reservas suizas.[26]

Según las cuentas alemanas, durante la ocupación Bélgica entregó para finalidades civiles 83.300 millones de francos belgas. Durante ese mismo período los ocupantes expropiaron 133.600 millones, incluyendo los llamados «anticipos» comerciales. A eso se añadía el robo del oro, de las propiedades judías y de otros despojos difíciles de cifrar. Al final los alemanes dejaron tras de sí un país económicamente arruinado.[27]

HOLANDA SIN FRONTERAS

Los Países Bajos contaban con algunos habitantes más que Bélgica, en concreto 8,8 millones. Los costes de ocupación alcanzaron allí en 1940, 1941 y 1942 una media mensual de cien millones de florines, que debían ser pagados al mando de la Wehrmacht. A esto se añadían tres millones de florines para el comisario del Reich, que supervisaba la administración holandesa con un pequeño grupo de colaboradores.[28] El tipo de cambio se fijó en tres florines por cuatro RM. De hecho, la Wehrmacht solía sobrepasar el límite de los costes de ocupación oficialmente establecido, a veces en más del 20 por 100.[29] Los gastos estatales holandeses ascen-

dieron en 1939 a 1.400 millones de florines;[30] la deuda pública alcanzó a finales de 1941 4.460 millones,[31] y un año más tarde ocho millardos de florines.[32]

Desde la invasión en mayo de 1940 los conquistadores proyectaban una unión económica ventajosa para ellos. Dicho en el alemán nazi culto, se proponían «inducir una fusión económica con Alemania». El 1 de abril de 1941 ésta estaba tan avanzada que se levantó la frontera económica. Los responsables procedieron a una brusca apertura del mercado holandés a las ventas de saldo a Alemania, aunque ya en el primer semestre de ocupación las compras habían alcanzado tal magnitud que «para descargar» al banco emisor holandés se tuvo que «disponer un empréstito estatal de más de quinientos millones de florines», lo que suponían 666 millones de RM.[33] Los responsables bancarios tuvieron que aceptarlo porque la potencia ocupante les obligaba a cambiar «enormes sumas de RM» de los compradores alemanes.

Los funcionarios responsables de las cuestiones económicas intentaron que no se cargaran al Estado holandés como costes de ocupación todas las compras en el mercado negro, pero fracasaron. «Sabido es —escribía el director de finanzas alemán en La Haya— que las abundantes reservas [se pagaron] en su mayor parte con vales de la Caja de crédito del Reich». Las mercancías «pasaban luego la frontera bajo la vigilancia de algún uniformado».[34] Pero en lugar de compensar al país sometido por tales acaparamientos, los responsables de las finanzas de guerra del Reich hicieron lo contrario. En la primavera de 1941 liquidaron el saldo comercial activo de los Países Bajos con costes de ocupación extraordinarios ficticios. La administración financiera holandesa debía anular por ellos cuatrocientos millones de RM de deudas alemanas y entregar oro por valor de otros cien millones.[35] En 1944 se volvió a establecer la frontera moneta-

ria, para diferir al menos el colapso del florín.[36]

En marzo de 1944 el Ministerio de Economía del Reich reconoció que los Países Bajos habían pagado hasta entonces por costes de ocupación un total de 8.300 millones de RM.[37] Si se tiene en cuenta que hasta marzo del año anterior las personas privadas, instituciones y empresas alemanas habían gastado 4.500 millones de RM en compras de todo tipo, [38] se llega a la conclusión de que aproximadamente tres quintos de los costes de ocupación en Holanda sirvieron directamente para el enriquecimiento alemán. Los detalles del reparto varían ampliamente según las fuentes, pero aquí nos abstendremos de entrar en ellos.

Los ejemplos precedentes permiten dar algo de cuerpo al seco esqueleto de los números e imaginar cómo se debieron de comportar los Böll y los Goette, los comandantes de la Luftwaffe, los comisionados de Göring y los hombres de negocios en viaje de trabajo en la proverbialmente rica Holanda. Quien quiera saber algo más preciso encontrará en los informes del servicio de aduanas del noroeste de Alemania las huellas de miles de alfombras, antigüedades, ruedas de queso y todo tipo de cosas valiosas. Dado que los funcionarios de aduanas tenían que actuar en general contra los efectos perversos de la guerra, seguían manteniendo cierta vigilancia sobre la región fronteriza germano-holandesa, aun cuando la aduana se hubiera suprimido.

Los administradores de la ocupación iban adecuando poco a poco los impuestos de sociedades y sobre la renta y patrimonio al sistema alemán. Desde los primeros días establecieron un impuesto a los proveedores del ejército de un 10 por 100, luego un 25 por 100, y al cabo de tan sólo tres meses del 35 por 100 de sus ganancias.[39] Esto provocó, según los cálculos de un periódico holandés, que «en el peor de los

casos el 83,33 por 100 de las ganancias [fueran] a parar al fisco».[40] A diferencia de Alemania, el 1 de julio de 1942 se elevó en un 10 por 100 el impuesto sobre sueldos y salarios. La administración ocupante planeó elevar también el impuesto sobre el tráfico de empresas con el fin de financiar una contribución especial a los costes de guerra, todavía por discutir, para «la lucha antibolchevique». En la primavera de 1942 se pensó, con vistas a mejorar el equilibrio social, en «un notable impuesto sobre el patrimonio, especialmente para las grandes fortunas (industriales, “plutócratas”), que “seguramente sería muy popular”» entre los nazis holandeses del movimiento de Anton Mussert.[41] Después de que entraran en vigor los nuevos impuestos el periódico holandés *Nieuwe Rotterdamsche Courant* calculó la tributación de determinadas empresas en un 112 por 100, lo que equivalía prácticamente a una confiscación.[42]

El 1 de febrero de 1942 el comisario general de finanzas y economía a cargo del saqueo, Hans Fischböck, presentó al Ministerio de Finanzas del Reich el «plan de exigir a los Países Bajos, junto a los pagos actuales, una contribución regular de cincuenta millones de RM mensuales para “costes de ocupación extraordinarios”, de los que diez millones tendrían que ser en oro, con efectos retroactivos desde el 1 de julio de 1941». Había hablado sobre ello con el nazi holandés Meinout Rost van Tonningen, nombrado por el poder ocupante director del banco estatal. Los Países Bajos debían aportar «la contribución exigida en concepto de “ayuda adicional para la guerra conjunta”» contra el bolchevismo. El plan fue bien acogido por el ministro de Finanzas del Reich («ninguna objeción esencial»). El 2 de mayo de 1942 el comisario del Reich Seyß-Inquart pidió a Van Tonningen transferir la suma mencionada a la caja central del Reich y enviar el oro al depósito del Banco del Reich en Berlín. Göring se

mostró «especialmente agradecido» por «el alivio que eso supone para nuestras reservas en oro y divisas».[43 (•)]

PESADA CARGA PARA FRANCIA

Tras la derrota en junio de 1940 la administración alemana dividió Francia en cinco zonas: Alsacia y Lorena fueron incorporadas de hecho al Reich, aunque no formalmente anexionadas; ambos departamentos quedaron sometidos a la autoridad militar de Bélgica y norte de Francia. Los italianos recibieron una pequeña región junto a la frontera común. La capital del país quedó dividida en una zona ocupada y otra no ocupada; esta última, aunque fue ocupada también en noviembre de 1942, quedó en principio bajo la autoridad del gobierno colaboracionista de Vichy. En la parte ocupada de París los alemanes instalaron la administración de la autoridad militar, consistente en dos departamentos, administración y economía. El primero lo dirigió hasta mediados de 1942 Werner Best.[44]

El departamento de economía, que decidía sobre todas las cuestiones financieras, lo dirigió desde el comienzo hasta el fin de la ocupación el Dr. Elmar Michel, un funcionario de carrera del Ministerio de Economía del Reich,[45] quien fue nombrado además en el otoño de 1940 comisario para el comercio exterior y comisario de divisas con autoridad sobre toda la región estatal francesa.[46] En el departamento de Michel el director del Banco del Reich Leopold Scheffler era el responsable de la sección administrativa «moneda, crédito y seguros», desde el que controlaba el Ministerio de Hacienda francés, los bancos y las compañías de seguros.[47] El control

de la Banque de France corría a cargo de Cari Schaefer, quien hasta 1939 había dirigido el Banco de Danzig y después la Caja de crédito del Reich en la Polonia ocupada.

Junto al aparato militar trabajaba como segundo centro de poder en Wiesbaden la comisión del Armisticio, dirigida por el comisionado Hans Richard Hemmen, que administró toda Francia hasta el fin de la ocupación junto al gobierno de Vichy; también se estableció allí el Banco del Reich, en la persona de su director Heinrich Hartlieb. Cabe mencionar además la embajada alemana en París, que simbolizaba cierta garantía de supervivencia para la soberanía francesa y funcionaba como sistema de alarma preventiva; sus funcionarios actuaban como útiles árbitros e intermediarios de Hitler, aunque no tenían apenas peso en la estructura de poder de la ocupación.

Con el acuerdo de armisticio los vencedores impusieron a los vencidos un tributo diario de veinte millones de RM, cuya cuantía, enorme para aquellos tiempos, consideró no obstante demasiado baja el Ministerio de Finanzas del Reich, exigiendo un aumento. La elite ministerial lo argumentaba así: hay que evitar como sea que un tratado de paz posterior se vea «cargado innecesariamente con obligaciones financieras y de transferencias».[48] En enero y febrero de 1943 las exigencias cotidianas de la Wehrmacht alcanzaron los 29 millones de RM, a los que se añadían las compras de los comisionados de Göring y Speer. Como constataba el consejo de administración de la Caja de crédito del Reich, todo esto equivalía a «una demanda diaria de aproximadamente 35 millones de RM, o mil millones de RM mensuales».[49]

La desenfrenada avidez de los ocupantes elevó desmesuradamente la cantidad de dinero en circulación. Entre 1941 y 1943 los gastos civiles del Estado francés rondaron los 130

millardos de francos anuales. Después de que los costes de ocupación alcanzaran poco más o menos la misma cifra, duplicando por tanto el presupuesto estatal, en los dos últimos años de ocupación subieron rápidamente. El fuerte crecimiento de 1943 se explica como consecuencia inmediata de la derrota en el Este y el aumento de la producción de armas, y encuentra paralelo en todos los demás países ocupados por los alemanes.

Por eso censuraba Göring el 28 de abril de 1943, con ocasión de un encuentro en Berchtesgaden: «Las contribuciones financieras de Francia son insuficientes». A su juicio faltaba un «aparato impositivo eficaz para el cobro de impuestos directos», por lo que había que cambiarlo.[50]

Junto a los pagos cotidianos por la ocupación, Francia tuvo que conceder pronto enormes créditos para el transporte de mercancías hacia Alemania (anticipos de compensación). Estos se elevaron entre 1941 y 1943 de 20 a 45 millardos de francos, y en el borrador de presupuesto para 1944 se preveían casi noventa millardos. Francia pagaba además el alojamiento y los gastos corrientes de las tropas de ocupación italianas en el sureste del país. No satisfecha con eso, la Wehrmacht obtuvo aún más dinero imponiendo castigos colectivos contra determinadas ciudades; durante los primeros nueve meses de ocupación, por ejemplo, Nantes tuvo que pagar diez millones de francos, Cherburgo seis, y Burdeos dos.[51] A esa imagen se suma el botín del que se apoderó la Wehrmacht durante la sorprendentemente rápida campaña militar.

También aumentaron notablemente, por imposición alemana, los ingresos tributarios franceses: de 68.200 a 101.000 millones de francos entre 1941 y 1943. Pero aun así el déficit creció rápidamente, de 160 a 220 millardos de francos por

año; el borrador de presupuesto para 1944 pronosticaba un déficit de 317 millardos. Como consecuencia de la avidez alemana los gastos del Estado representaban más del triple de sus ingresos corrientes.[52]

Según el informe oficial del Banco del Reich para la primavera de 1944, los costes de ocupación alcanzaron una suma total de 680 millardos de francos, a los que había que sumar la exportación de mercancías y servicios a Alemania por valor de 120 millardos de francos, la mitad de ellos a crédito.[53] Dado que la ocupación duró todavía otros cuatro meses, habría que añadir un recargo correspondiente a ese período del 10 por 100 como mínimo. Tras la liberación, el nuevo ministro de Hacienda francés, Aimé Lepercq, afirmó que Alemania había robado un total de novecientos millardos de francos a su país.[54] La deuda pública francesa aumentó durante el período de ocupación en 1.050 millardos de francos.[55] En 1944 el Banco de Pagos Internacionales de Basilea calculó los costes de ocupación impuestos a Francia en 35.250 millones de RM, esto es, 705 millardos de francos, más la deuda comercial. En esa cifra no entran los pagos de los departamentos de Alsacia y Lorena, incorporados *de facto* al Reich, ni los realizados a las fuerzas de ocupación italianas en el sureste de Francia.

Esos datos relativamente concordantes confirman que el valor de los bienes arrebatados directamente a Francia por los alemanes superaba los ochocientos millardos de francos o cuarenta millardos de RM. En conjunto, según el sobrio juicio del director del Banco del Reich Hartlieb, esa depredación supuso «un considerable alivio para el presupuesto del Reich y en último término un menor recurso al crédito por parte del banco emisor [alemán], y para Francia, por el contrario, una pesada carga sobre el presupuesto y la moneda».[56] Pierre Arnoult resumía en 1959 la técnica alemana del

robo, tan extremadamente correcta en apariencia, que consistía en pagarlo todo siempre, pero con el dinero de los países sometidos: «[Les Allemands] ne nous ont rien enlevé de vive forcé; ils nous ont tout acheté correctement; mais ils ont tout payé avec l'argent qu'ils nous avaient pris».[*][57]

El ministro de Hacienda francés tenía que transferir siempre los costes de ocupación a la cuenta de la Caja de crédito del Reich en París. Junto al robo privado ya descrito se estableció un robo de Estado altamente desarrollado, en estrecha relación con las compras de Navidad de Göring ya relatadas. Por ejemplo, la autoridad militar exigió en el período de enero a octubre de 1942 6.500 millones de RM, esto es, 21,3 millones al día. De esa cantidad los funcionarios del Reich alemán destinaron en el período en cuestión 720 millones de RM para la compra de «caballos, alimentos, bebidas y tabaco para las tropas del Este», esto es, para los ejércitos alemanes en la Unión Soviética. 840 millones de RM se dedicaron a las compras (oficiales) «en el mercado negro, así como de títulos y obras de arte».[58]

Tales prácticas se pusieron en marcha desde las primeras semanas tras la entrada en París. Mientras que la cuenta B de los costes de ocupación en Francia atendía a los gastos corrientes, manifiestamente sobrevalorados, de la Wehrmacht y sus soldados, la cuenta A sirvió desde un principio para el autoservicio de los alemanes. De ella «derivaron», tal como se decía literalmente, ya en el primer semestre, las siguientes cantidades: 536 millones de RM para las familias «de los trabajadores franceses desplazados a Alemania» (véase el capítulo 7); 250 millones de RM fueron «puestos a disposición del Ministerio de Economía del Reich para la adquisición de materias primas y la compra de piezas»; el Ministerio de Alimentación recibió nueve millones «para la compra de ganado»; el Ministerio de Transportes recibió

cinco millones para la adquisición de un gran paquete de acciones de la sociedad internacional de coches-cama de Bruselas, depositado en Francia.[59] El departamento de estudios del Ministerio de Finanzas del Reich depositó expresamente los ingresos obtenidos en Francia en la cuenta A como medios «a disposición del Ministerio de Finanzas del Reich».[60]

Además, el tipo de cambio establecido en favor de los intereses de los compradores alemanes facilitó diversas formas de robo: un reichsmark se cambiaba por veinte francos, lo que significaba un 25 por 100 de mejora con respecto al tipo de cambio anterior a la ocupación; éste se mantuvo en cambio para las deudas alemanas pendientes por ser más favorable. Al igual que en la Polonia ocupada, el Ministerio de Finanzas del Reich también hizo negocio con cada uno de los franceses desterrados de los departamentos de Alsacia y Lorena en beneficio de la caja estatal alemana, de los que obtuvo alrededor de cinco millones de RM. Si el dinero de la cuenta A de los costes de ocupación no bastaba, se transfería rápidamente desde la cuenta B. Como ejemplos de ese tipo de escamoteo pueden servir las transferencias de seiscientos y novecientos millones de francos del 3 de marzo y el 9 de octubre de 1941, autorizadas ambas por el Ministerio de Finanzas del Reich.[61]

A la empresa Roges (*Rohstoff-Handelsgesellschaft m. b.H.* = Sociedad Mercantil de Materias Primas S. L.), fundada para la compra de materias primas, se le asignaron entre el 16 de mayo y el 14 de octubre de 1942 setecientos millones para la compra de artículos en Francia, pero no de la cuenta A, sino de la B, que pretendidamente servía sólo para los gastos de ocupación corrientes.[62] Por otra parte, los compradores privados y públicos hicieron efectivos vales de la RKK por un valor total de 2.500 millones de RM —1.300 millones en el año 1943—, no registrados en la cuenta A de los costes de

ocupación.[63] Los vales de la RKK no les llovían del cielo a esos acaparadores por cuenta del Reich: tenían que pagarlos antes con RM, lo que generaba ingresos para la caja del Reich.

En septiembre de 1943 el ministro de Armamento Albert Speer comenzó a comprar en Francia, a través de la empresa recientemente fundada Primatex, máquinas-herramienta para las fábricas alemanas. El negocio comenzó en secreto con trescientos millones de francos del presupuesto de los costes de ocupación;[64] también intervenía en ese negocio la ya mencionada Roges,[65] que había sido fundada en diciembre de 1940 por el propio Göring y era propiedad del Reich en un 100 por 100. El presidente del consejo de administración era Wilhelm Bender, uno de los dirigentes del Ministerio de Finanzas. La empresa así gobernada tenía como objetivo el «acopio y aprovechamiento de los bienes incautados en todas las regiones ocupadas, así como la compra, almacenamiento y reventa de materias primas importantes para la guerra».[66]

Si se hojea la documentación conservada en el archivo nacional de París sobre la cuenta A de los costes de ocupación para los años de 1940 a 1943, salta inmediatamente a la vista lo que indicaban las transacciones allí registradas: tanto organismos públicos como empresas y personas privadas alemanas, que se servían para sus grandes compras en Francia de la moneda del país, pagaban antes en RM el correspondiente valor en la caja central del Reich.

Ese procedimiento se mantuvo de todas formas en secreto. Por medio aparecía la llamada *Allgemeine Warenhandelsgesellschaft* (Sociedad General de Comercio) de Berlín, que sólo servía como dirección ficticia —como las instituciones fantasma *Deutsche Verrechnungskasse* [Caja de Compensación

Alemana], o *Berliner Büro der Zentralwirtschaftbank Ukraine* [oficina berlinesa del Banco Central de Ucrania], de las que hablaremos más adelante— para el blanqueo de dinero bajo la dirección del Ministerio de Finanzas. Desde allí eran reexpedidas las transferencias de las empresas alemanas a la caja central del Reich y «registradas como ingresos presupuestarios correspondientes al plan detallado XVII, apartado XV, del presupuesto extraordinario». El plan detallado XVII, relacionado con el expolio a los judíos, correspondía al presupuesto de guerra extraordinario del Reich.

El empresario alemán que compraba materias primas y productos franceses o realizaba encargos a Francia podía hacer beneficios, pero pagaba lo adquirido, como estaba mandado, en RM. Lo mismo se puede decir de las compras de participaciones en empresas francesas; también en esos casos las acciones francesas compradas por inversores, empresarios y bancos alemanes, eran pagadas en RM según la cotización oficial. El dinero siempre llegaba así a la caja del Reich, mientras que los vendedores franceses recibían su dinero del presupuesto de los costes de ocupación.[67]

La empresa AEG de Berlín-Oberschöneweide se proveyó el 9 y 13 de noviembre de 1940 de francos por valor de 4,3 millones de RM para hacer compras en Francia. En noviembre fue el Deutsche Bank el que se procuró francos por valor de 20,25 millones. La Cautio Treuhandgesellschaft encargó en Berlín el 23 de octubre francos por valor de tres millones de RM, el 20 de noviembre de nuevo un millón, el 5 diciembre un millón y medio y el 27 de diciembre dos millones. El 11 de diciembre entró en el negocio francés el Banco de Dresde con dos millones de RM, y el 23 de enero de 1941 otros tres millones. El 20 de enero de 1941 siguió el ejemplo la Berliner Handelsgesellschaft de Berlín con 1,3 millones y el 11 de febrero otro millón más.

Las grandes empresas y algunas firmas comerciales hacían compras en Francia para sus necesidades corrientes o trataban de adquirir paquetes de acciones. Los bancos y sociedades fiduciarias adquirían títulos para clientes anónimos. Se servían para ello del Westminster Foreign-Bank, incautado en París, de la Banque de Paris et des Pays Bas, del Crédit Lyonnais y del Lloyds 8c National Provincial Foreign Bank Ltd.; Al principio el socio preferido fue el Westminster Foreign-Bank.[68] El Banco Estatal de Prusia (Comercio Marítimo) invirtió una cantidad considerable para hacer pasar a posesión alemana las acciones de las Mines de Bor adquiribles en Francia.[69] Las solicitudes se hacían al comisario alemán del Westminster Foreign-Bank, puenteando al comisario alemán de la Banque de France. Tanto el mando de protección de divisas de Francia como el departamento económico de la autoridad militar dieron su aprobación a tales compras y señalaron que se trataba de acciones «de propiedad francesa y en ciertos casos judía».[70]

Del mismo modo se «pagaron» los suministros de empresas francesas al Reich; así aparecieron por ejemplo 720.000 RM en Dortmund el 11 de noviembre de 1940, transferidos para comprar escoria francesa que se fundió en los altos hornos del Ruhr. Ya fuera Cari Zeiss Jena, la aseguradora Allianz, Friedrich Krupp, los talleres de orfebrería Kurt Hermann de Berlín o la empresa de decoración de interiores Meisterräume la que comprara productos elaborados, materias primas o participaciones en empresas francesas, en todos los casos la regla era la misma: los clientes pagaban, el Reich cobraba y los franceses pagaban una segunda vez por cuenta del Estado.

El alto mando del ejército de tierra se proveyó el 5 de diciembre de 1940 de francos por valor de veinte millones de RM a cargo de la cuenta A de los costes de ocupación, para

comprar artículos necesarios para la Wehrmacht. Los dirigentes del Ministerio de Propaganda fueron de excursión poco antes de la Navidad de 1940, con francos por valor de 750.000 RM, y los talleres de orfebrería de Unter den Linden cambiaron en francos 500.000 RM.[71] Pero lo mismo hicieron el 17 de diciembre de 1940 los alcaldes de Düsseldorf, Essen y Wuppertal, interesados en hacer compras; el 20 de enero de 1941 les imitó el alcalde de Francfort, y el 29 de enero el presidente de la región de Renania. El 12 de febrero de 1941 el alcalde de Berlín envió a Francia a sus comisionados, provistos con 701.000 RM.[72] La firma gastronómica Riensch & Held o la Emil Köster AG, de Berlín, compraron *delikatessen* con las que endulzar la rutina diaria de la guerra. El 17 de octubre de 1940 Karl Haberstock, el comprador de arte para Hitler, recibió un millón y medio de francos a cargo de la cuenta A de los costes de ocupación, después de que el Ministerio de Finanzas del Reich hubiera transferido los correspondientes 75.000 RM a la caja central del Reich (alias Sociedad General de Comercio de Berlín).[73]

Así pues, no es cierto lo que se dice en la historia oficial de la guerra del Instituto de Investigación histórico-militar, considerada en general como crítica: «Los negocios de interconexión se pagaron siempre con ayuda de créditos de los costes de ocupación».[74] Dejando a un lado que un crédito sirve para la financiación pero no para el pago, los clientes saldaron honradamente sus obligaciones, sólo que el Ministerio de Finanzas del Reich impedía la entrega del dinero pagado. Esa «regulación de las compensaciones» se mantuvo en vigor durante toda la duración del armisticio y para el país ocupado resultaban imposibles de amortizar.

El encargado de las finanzas francesas en la comisión del armisticio comentaba así las consecuencias económicas de esa imposición: «En la misma medida en que se importaban

a Alemania mercancías francesas y que el poder adquisitivo volcado en ellas refluía a la caja de compensación alemana y al Banco del Reich, el Ministerio de Hacienda francés se veía obligado, ante la continua retirada de bienes, a poner a disposición de los acreedores franceses la correspondiente cantidad de francos en créditos del Estado [queriendo decir bonos del Estado], Las ventajosas consecuencias para el valor del reichsmark tenían así como contrapartida consecuencias adversas para el valor del franco francés».[75]

La caja de compensación alemana compartía dirección, número de teléfono y formularios con el Banco del Reich. Se trataba únicamente de un departamento de éste, y así fue incluida en 1941 en el manual de los funcionarios del Banco del Reich.

ITALIA: SE FUERON SIN PAGAR

Después de que las tropas alemanas entraran en septiembre de 1943 en la Italia desertora, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán dejó muy claro y por escrito cuál sería la relación entre los costes de ocupación y las cuentas de compensación comerciales. Los diplomáticos sabían evidentemente que esos planes violaban el derecho internacional, por lo que dispusieron que su texto «no circulara en ningún caso en su forma original». En él se decía: «La situación militar nos obliga a importar del territorio italiano a Alemania tantos productos elaborados y materias primas que su compensación es prácticamente imposible. El pago de esos bienes tendrá pues que realizarse esencialmente a partir de la contribución a los gastos de guerra puesta a [nuestra] disposi-

ción por el gobierno italiano, de forma que la revisión de las cuentas de compensación [tal como existía en la época del Eje] mantenga el carácter de un sistema económico complementario de compensación y cobertura, capaz de contrarrestar, hacia dentro y hacia fuera, las tesis de la propaganda enemiga sobre el "saqueo" de Italia».

Para salvaguardar la disposición al suministro de importantes empresas hubo que pagar primero las viejas deudas que quedaban de los años de la alianza germano-italiana, con «un notable saldo en favor de los italianos». Para liquidarlas, en opinión del Ministerio de Asuntos Exteriores, había que «desviar» de los pagos italianos de los costes de ocupación «una cantidad mensual fija de unos cien millones de liras», y si era posible «elevarla en cada ocasión». Así pagaron el conjunto de los italianos las deudas que los clientes alemanes habían contraído durante los años anteriores con determinados proveedores italianos (por lo que hace a las empresas privadas alemanas, éstas habían pagado en RM a su Estado). Los autores del texto querían emplear esa misma técnica para hacerse con los ahorros que los trabajadores forzosos y los prisioneros de guerra italianos obligados al trabajo forzoso enviarían a sus familias. Desde el principio debía destinarse para ello una «cantidad comprendida entre 200 y 250 millones de liras mensuales … de la contribución a los gastos de guerra» del país.[76]

En total los alemanes robaron en Italia bienes por valor de más de diez millardos de RM. Al principio Italia tenía que pagar unos siete millardos de liras mensuales. Cierto es que las tropas aliadas liberaron durante los siguientes dieciocho meses de guerra la mayor parte del país, pero el rico norte permaneció casi hasta el final bajo dominio alemán. Dado que el país fue pronto considerado formalmente de nuevo como aliado del Reich bajo la forma de la Repubblica Sociale

Italiana fundada en Saló por Mussolini, liberado en una atrevida operación, Italia no pagaba costes de ocupación, sino lo que eufemísticamente se designaba como contribución a los costes de guerra.[77]

Como en otros lugares, los alemanes no determinaron los costes de ocupación según los gastos reales de la Wehrmacht, sino que se orientaron desde el principio por los datos del último presupuesto del Estado. El proyecto de presupuesto para 1942-1943 se situaba en torno a los 81 millardos de liras.[78] Una parte notable correspondía a lo que la Italia fascista pretendía recaudar en los territorios ocupados hasta agosto de 1943; pero había también ingresos previstos en la parte del país que los aliados iban conquistando paso a paso. Aun así, los alemanes tomaron el presupuesto de 1942-1943 como punto de partida para fijar la contribución de Italia a los costes de guerra.

En marzo de 1944 el responsable de finanzas adjunto al comandante en jefe de las tropas alemanas en Italia desglosó con más detalle la situación económica. Según su evaluación, resultaban unos ingresos anuales de 130 millardos de liras, de los que había que pagar a los alemanes como contribución a los gastos de guerra 84 millardos; quedaban pues 46 millardos para el consumo público y privado. Esa es la clara imagen que proporcionaban los cálculos, pero la real era aún más abrumadora: «Hay que tener en cuenta —proseguía— que Italia, aparte de la contribución a los gastos de guerra, debe pagar también anticipadamente el acuartelamiento de los soldados, las requisas, los daños a la Wehrmacht y los daños de guerra a los alemanes, y que esos gastos deben entrar también en cierta medida en los cálculos. Quedan además los propios gastos de guerra italianos (daños de guerra, pensiones, etc.)».[79]

Por otra parte, nada en el tratado impuesto el 23 de octubre de 1943 impedía aumentar constantemente todas esas «contribuciones», como indica el siguiente párrafo: Italia debía «poner a disposición del Reich granalemán una contribución por los costes de guerra adecuada a las necesidades financieras de las organizaciones alemanas». Mientras que en Francia se habían tomado en 1940 ciertas precauciones formales, distinguiendo las cuentas A y B para registrar separadamente los gastos no vinculados a la ocupación, el Ministerio de Finanzas consideraba ahora que lo que Alemania hiciera con esos fondos «era sólo de su competencia»; «mientras que la lira fuera utilizada para atender a las necesidades fuera de Italia», habría «una contribución de Italia a los gastos externos de la guerra, bajo la forma de su contraprestación en marcos».[80] Como cabía esperar, el Ministerio de Alimentación, Göring, la Roges y el comisionado general del Ministerio de Armamento de Speer se procuraron liras para hacer compras en el norte de Italia. Una tercera parte de las contribuciones se destinó a los gastos de armamento, y el resto a la paga de los soldados de la Wehrmacht y de su personal auxiliar, a otras compras, así como a la construcción de fortificaciones empleando cantidades enormes de dinero.[81]

Semejante política espoleó la inflación, contribuyó a la escasez de los artículos de primera necesidad y provocó la miseria de muchos, todo lo cual —reforzado por el éxito militar de los aliados— alentó la multiplicación de los *partigiani* y el aumento de las protestas civiles. Cuando setenta mil trabajadores de Milán y cincuenta mil de Turín se pusieron en huelga en junio de 1944, el enviado del Ministerio de Finanzas del Reich, doctor Hubert Schmidt, reflexionaba: «Sólo se podrá poner remedio a esta situación enviando a un gran número de huelguistas a campos de concentración en Ale-

mania». Ese mismo funcionario de finanzas, que con tanta facilidad contemplaba tales soluciones, no veía forma de resolver su propia tarea; en agosto de 1944 resumía: «El endeudamiento del Estado ital[iano] no deja de aumentar … Los ingresos ordinarios del año presupuestario 1943-1944 [han] disminuido un 30 por 100 con respecto a los del año anterior y apenas cubren el 14 por 100 de los gastos».[82]

7

El espacio «complementario» del Este

TRABAJO ESCLAVO PARA EL REICH

A partir de 1940 el Ministerio de Finanzas del Reich aprovechó cuantas posibilidades se ponían a su alcance para embolsarse una parte considerable del salario de los trabajadores extranjeros desplazados a Alemania. Las empresas alemanas, por ejemplo, ingresaban en una cuenta de afectación del Estado alemán, la parte de los salarios de unos doscientos cincuenta mil trabajadores belgas destinada a sus familias; ese dinero quedaba así en la caja central del Reich, mientras que los parientes de los trabajadores recibían francos belgas del presupuesto de los costes de ocupación. Así pues, aunque los empresarios alemanes pagaban la tarifa salarial completa, la caja del Reich se quedaba —junto con los impuestos sobre el salario— con la parte que los trabajadores enviaban para el sustento de sus familiares, haciendo llegar a éstos el dinero en moneda belga en detrimento de la eco-

nomía nacional belga.[1]

La sustracción estatal de parte de los salarios de los extranjeros se practicó en el caso de los holandeses, franceses, croatas, serbios, bohemios y moravos o eslovacos, y más tarde también contra italianos, ya estuvieran en Alemania voluntaria o involuntariamente. Para la administración financiera alemana esas transacciones y otras muchas parecidas —como pronto se verá— suponían un vigoroso refuerzo para los ingresos del Reich, que se contabilizaba en el apartado «Ingresos generales de la administración», pronto desacreditado en muchos sentidos. Al respecto observó Rafael Lemkin, ya en 1944: «Thus the occupied countries not only finance the exports to Germany, but also pay their own people working in Germany».[*][2] También en Francia se introdujo inmediatamente esa forma particular de robo a gran escala. Ya en el primer semestre de ocupación se ingresaron más de quinientos millones de RM para las familias «de los trabajadores franceses desplazados a Alemania», que fueron pagados en francos a sus destinatarios.[3] En cualquier caso, el número de trabajadores (forzados) franceses disminuyó más tarde notablemente. En el caso de Bélgica, como en el de los países coaligados, la parte del salario prevista para las familias se acreditó en la cuenta de compensación, aunque de hecho eso no significaba ninguna diferencia, ya que en ningún momento se consideró seriamente la liquidación de tales deudas.[4] Cuando la Italia antes coaligada fue finalmente ocupada en septiembre de 1943, los alemanes destinaron más de medio millón de prisioneros de guerra al trabajo forzoso; el dinero quedó de nuevo bloqueado en Alemania. Siguiendo el modelo de defraudación estatal que tan buenos resultados había dado en el caso de otros trabajadores extranjeros, se destinó desde el principio una parte de su salario a sus parientes en Italia, a detraer «de la contribución a

los gastos de guerra» del país. Las empresas que empleaban a los trabajadores forzados italianos tenían que transferir el dinero a una cuenta del Deutsche Bank, desde donde pasaba, como en el caso de los demás trabajadores extranjeros, a una «cuenta de ahorro-salario» de la caja de compensación alemana. El dinero correspondiente no fue nunca enviado a Italia, ítem más, el ministro de Economía del Reich declaró: «Permanecerá aquí en Berlín a disposición del gobierno italiano. Sobre el empleo de las correspondientes cantidades en RM habrá que tomar más tarde una decisión». Eso significaba, dicho sin rodeos, la transformación continua del saldo activo en remesas para el Tesoro del Reich; en caso de victoria se descontarían como presunta compensación por costes de ocupación extraordinarios. Los recibos de los ingresos en la cuenta de afectación del Deutsche Bank servían de base a la Banca del Lavoro italiana para pagar a las familias a partir de la «correspondiente línea de crédito» abierta por el ministro de Hacienda italiano.[5]

El procedimiento a seguir con los trabajadores forzados polacos y soviéticos era considerablemente más duro. En 1942, si los grupos de batida alemanes enviaban a un trabajador o una joven ucraniana a Alemania, esto es lo que debía suceder con las modestas propiedades del deportado o deportada, según la ordenanza en vigor: «Sus posesiones, así como el dinero en efectivo del que disponga» debían entregarse en depósito al más anciano del lugar, quien tenía que «ofrecer inmediatamente en venta» al intendente de la Wehrmacht en el lugar «el ganado (caballos, vacas, cerdos, ovejas, gallinas, gansos, etc.), heno, paja y frutas» y depositar el dinero resultante de la venta, así como los ahorros en efectivo del secuestrado en una cuenta presuntamente bloqueada de la Caja de crédito del Reich; ésta se lo devolvería más tarde, cuando «el trabajador fuera devuelto a su patria»,

para «comprar con él nuevo ganado y semillas». Fuera el que fuera el destino que esperaba a un trabajador forzado soviético tras una eventual victoria alemana, en cualquier caso todas sus posesiones se convertían inmediatamente en dinero ingresado directamente en la caja de guerra del Reich.[6]

Una vez llegados a Alemania, los trabajadores y trabajadoras forzados eran asignados a distintas empresas, que en principio debían remunerar también a los secuestrados en el este de Europa según las tarifas prefijadas, casi siempre las más bajas, correspondientes al trabajo no cualificado. El 5 de agosto de 1940 el consejo de defensa del Reich promulgó una orden, según la cual los polacos que trabajaban en Alemania tenían que «abonar una cuota de igualación social como recargo al impuesto sobre ingresos salariales». (Los proyectos para esa orden se remontan a 1936, cuando el Ministerio de Finanzas del Reich reflexionaba sobre un impuesto especial sobre los ingresos corrientes de los judíos alemanes, bajo el ingenioso nombre de «impuesto de igualación de ingresos»).[7] Los frutos de esa contribución a la igualación social, impuesta por primera vez en Polonia en 1940, fueron cosechados únicamente por el Reich. Al mismo tiempo el ministro de Finanzas recibió la autorización para extender la medida a otros grupos especialmente discriminados de trabajadores forzados; pronto se impuso también la contribución complementaria a los judíos y gitanos.[8]

Según la primera orden de aplicación, ese impuesto especial debía cobrarse fundamentalmente a todos los polacos del Reich, incluidos los que trabajaban voluntariamente en Alemania, y a quienes vivían en las regiones anexionadas por Alemania. Quedaban exentos los trabajadores (forzados) polacos empleados en la agricultura, para quienes se dispuso una tarifa salarial especialmente desventajosa —comparada

con el salario normal de los alemanes—; aparte del alojamiento y comida sólo recibían, como dinero de bolsillo, entre 8,50 y 26,50 RM mensuales.[9] Eso significaba una renuncia masiva a los impuestos por parte del Reich y una subvención indirecta a los campesinos, los grandes terratenientes y los precios de los alimentos.

La contribución a la igualación social suponía el 15 por 100 del salario bruto y se basaba en que los trabajadores polacos no realizaban el servicio de trabajo obligatorio ni el servicio militar, ni tampoco aportaban su colaboración al Frente Alemán del Trabajo ni las donaciones obligatorias para las tareas de socorro en invierno.[10]

También se exigía a los trabajadores forzados (y a los polacos reclutados como voluntarios), sin excepciones, el pago del impuesto sobre el salario del tipo I o II (los más desventajosos), ya que en los tipos III y IV, creados por razones de política familiar, «no entran en consideración, por principio, los contribuyentes polacos». Del mismo modo se había discriminado tributariamente ya antes, desde el 17 de febrero de 1939, a los judíos. También ellos fueron clasificados en el peor grupo impositivo, el I, después de que el ministro de Finanzas del Reich, desde un año antes, les hubiera negado la desgravación por hijos.[11] En cuanto a los trabajadores soviéticos, los funcionarios modificaron más de una vez posteriormente las reglas, sin que se hubieran producido modificaciones financieras dignas de mención para los empresarios o para los trabajadores forzados.

Un hombre judío casado y con un hijo, que en 1942 ganara como trabajador forzado en la Daimler-Benz 234 RM mensuales, tenía que pagar 108 RM de impuestos y contribución a la seguridad social, sin hacerse ilusiones al respecto de las eventuales prestaciones de ésta. Su colega ario, aun-

que cobrara el mismo salario, sólo tenía que pagar 9,62 RM de impuestos y 20,59 RM como contribución a la seguridad social. Los trabajadores forzados judíos, gitanos y del este de Europa pagaban pues más del triple en impuestos y cotizaciones sociales.[12] Así fue —en definitiva a costa de los trabajadores forzados empleados en la industria alemana y de los trabajadores polacos libres en las regiones anexionadas— como se duplicaron los ingresos del Estado derivados del impuesto sobre el salario en la segunda mitad de la guerra. Además, los polacos debían transferir la mayor parte de lo que ganaban al Gobierno General para mantener allí a sus familias. Los empresarios transferían las correspondientes diferencias salariales a una cuenta del Reich, en la que eran contabilizadas como ingresos extraordinarios del Estado, y el Gobierno General hacía recaer el mantenimiento de las familias sobre las espaldas de los polacos.

Esa forma de fraude había sido esencialmente concebida por el ministro de Finanzas del Reich, y provocó, desde el otoño de 1940, quejas de los funcionarios del Gobierno General que defendían —en su propio interés— procedimientos relativamente más soportables. El gobernador general Hans Frank criticó con vehemencia que a los trabajadores polacos en el Reich «se les redujera al salario y que, cuando realmente existía un excedente, la caja del Reich la reclamara también para sí bajo la forma de cotización social». Eso obligaba al Gobierno General a «asumir con medios estatales la asistencia a las familias cuyos miembros más capaces trabajan en el Reich».

Al parecer el propio Hitler se mostró «muy sorprendido al respecto», y dicen que dijo: «Si por ejemplo los funcionarios de la administración de finanzas del Reich no envían al Gobierno General lo que ganan los trabajadores polacos en el Reich, sino que lo utilizan ellos mismos bajo un nombre su-

puesto en el Reich, se crea una situación absolutamente inaceptable».[13] También protestaron algunas empresas y el *gauleiter* de Prusia oriental contra la desmedida discriminación financiera de los trabajadores polacos, que invalidaba cual-quier estímulo para un trabajo más intensivo y concienzudo.[14] En 1943 la Oficina central de seguridad del Reich solicitó «que por el momento se evite cualquier empeoramiento de la situación de los polacos» porque «el movimiento de oposición en Polonia se ha reforzado mucho».[15]

Además de todas las detracciones tributarias, a los trabajadores procedentes de Polonia o de la Unión Soviética se les deducía del salario diario 1,50 RM para los costes de mantenimiento. Según un cálculo ecuánime de la época, el resultado de las deducciones era el siguiente: de un salario semanal de 40 RM le quedaban al trabajador forzado ruso o polaco, tras la deducción del elevado impuesto sobre el salario, del impuesto especial (contribución a la igualdad social), de la cotización a la seguridad social y de los costes de mantenimiento en el campo, un resto de alrededor de 10 RM, que sin embargo «no debía dilapidar totalmente, a la vista de la escasez en el abastecimiento de bienes de consumo en el Reich».[16 (•)]

Aquí entraba en juego el «ahorro de los trabajadores del Este», que consistía en «un sistema de puntos de ahorro tan simple como sea posible», concebido por el Ministerio de Economía del Reich. El departamento de contabilidad de cada una de las empresas concernidas recibía las llamadas cartillas de ahorro de los trabajadores del Este y pegaba en ellas los correspondientes «sellos de ahorro con un bonito estampado en seco de su valor en cifras árabes», valor que las empresas hacían llegar directamente a la caja central del Reich. El trabajador debía recibir el supuesto ahorro a su regreso a la patria, con unos intereses del 2 por 100. En el Bo-

letín Oficial del Reich aparecía explicado muy vagamente: «La cantidad ahorrada» se entregaría «al ahorrador o a sus familiares siguiendo la próxima normativa al respecto del ministro del Reich para los territorios ocupados del Este o del alto mando de la Wehrmacht».[17]

Como supuesto emisor de las cartillas de ahorro de todos los trabajadores forzados soviéticos aparecía el «Banco Central de Ucrania»; el dinero lo tenían que transferir las empresas a una imaginaria «Oficina de Berlín» de dicho banco, pero los ingresos no se anotaban individualmente; el —hipotético— pago posterior debía «tener lugar en la respectiva moneda nacional del ahorrador»; en Alemania ese dinero no se podía retirar, y el trabajador forzado debía esperar a regresar a su país.

Todo esto indica claramente que la «oficina berlinesa del Banco Central de Ucrania» no era sino uno de los muchos nombres fingidos de la caja central del Reich.[18] Basta pensar cómo se imaginaban los alemanes el tratamiento que había que dar a los denominados «pueblos extranjeros» tras una eventual victoria en la guerra, y que las obreras y obreros secuestrados en el este de Europa, a ser posible sin hijos, explotados como esclavos y en unas condiciones de vida infrahumanas, debían ser «aprovechados como chatarra», para que toda la farfolla y faramalla sobre «ahorros de los trabajadores del Este» se muestre como una variante más de la arización de propiedades extranjeras. «Así pues, todos los impuestos, contribuciones y “ahorros” de los trabajadores forzados polacos y soviéticos en Alemania no eran sino una forma específica de tributo» para la caja de guerra del Reich alemán.[19] Lo mismo se puede decir de la transferencia de parte del salario de los trabajadores italianos y de Europa occidental a su país.

De todo lo precedente se deducen las ventajas económico-financieras de la introducción del trabajo forzoso. Permitía exprimir los salarios en beneficio de la caja del Estado, lo que estabilizaba las finanzas de guerra, aliviaba a los contribuyentes alemanes y evitaba —como efecto colateral adicional muy bienvenido— al escaso mercado de consumo la acometida de un poder adquisitivo adicional. Si en lugar de emplear trabajadores forzados se hubiera puesto a trabajar a más mujeres alemanas y se hubiera prolongado la jornada de trabajo para los alemanes, se habrían puesto en circulación varios miles de millones de RM con los que las mujeres no habrían podido comprar apenas nada, ni habrían podido satisfacer ninguna afán de compra; esto habría desestabilizado el marco e influido negativamente sobre la opinión pública.

Si se examinan los ingresos derivados del impuesto sobre el salario entre los años 1941 y 1945 se observa que una parte esencial proviene de fuentes extranjeras. Los beneficios extraídos por Daimler-Benz o Krupp de cada trabajador forzado no eran pequeños, ya que los empresarios pagaban a los trabajadores polacos y soviéticos entre un 15 y un 40 por 100 menos que a los alemanes; pero las ganancias que la comunidad nacional alemana, representada por su Estado, extraían de cada trabajador forzado del este de Europa eran sensiblemente más altas, ya que suponían entre el 60 y el 70 por 100 del salario pagado por las empresas.

Según un cálculo a grandes rasgos (véase más adelante), los ingresos derivados del impuesto sobre el salario ascendían a 6.500 millones de RM. En el caso de la agricultura, como se ha dicho, el procedimiento era distinto: se reducía enormemente el salario y con ello se subvencionaba indirectamente a los campesinos alemanes y la producción de alimentos, por un valor total que se puede estimar como mínimo en 3.500 millones de RM. Si se calculan los ingresos pro-

cedentes de la defraudación estatal de las transferencias a los familiares en un promedio de quinientos millones de RM al año, eso significa otros 2.500 millones que el Reich contabilizó como ingresos generales de la administración.[20 (•)] Suponiendo que los llamados «ahorros de los trabajadores del Este» ascendieran quizá a otros quinientos millones, se concluye que el beneficio financiero que extrajo el Estado alemán del trabajo forzado supone un mínimo de trece millardos de RM, lo que serían hoy alrededor de 130 millardos de euros. Con respecto a esa suma hay que hablar de rapiña y corrupción estatal y social, no sólo de la economía privada. Los ingresos milmillonarios procedentes del trabajo forzado aliviaron esencialmente la carga de cada alemán, pero suponían únicamente una parte de las ventajas que cada miembro de la comunidad nacional alemana obtenía de la tan popular guerra de pillaje.

En el archivo federal alemán se encuentran muy pocos documentos sobre el robo salarial y social de los trabajadores forzados y sobre las ventajas que la comunidad nacional alemana obtuvo callando. Especialmente interesantes parecen las subvenciones del Reich a la seguridad social, tan castigada por la guerra, que permiten presentar el siguiente cuadro, elaborado con la ayuda de Albert Müller (Viena):

	Subvenciones (en millones de RM)	*Índice*	*Aumento porcentual anual*
1938	640,4	100	
1939	748,6	116	16
1940	940,4	146	26
1941	1.395,3	217	48
1942	963,1	150	−31
1943	1.119,2	174	16

(Ver a mayor tamaño)

Particularmente evidente es la interrupción del crecimiento en el año fiscal de 1942, debida presumiblemente al establecimiento de la economía del trabajo forzoso, que disminuyó la necesidad del Reich de subvencionar a los beneficiarios de la seguridad social. Se ve en el cuadro que bastaron tres

años fiscales, a partir de 1938, para que la subvención estatal a la seguridad social se duplicara (el factor de proporcionalidad es exactamente 2,17). Si hubiera proseguido linealmente ese aumento, al cabo de otros tres años se habría llegado a un gasto anual de unos 2.140 millones de RM (para 1944). A fines de abril de 1945 habría alcanzado cerca de 2.350 millones de RM anuales.

La hipótesis de un crecimiento lineal (en promedio) corresponde a un aumento anual del índice en torno a 37,5 puntos, con lo que en 1942 se habría alcanzado un índice de 250, en 1943 de 287,5, en 1944 de 325, y en 1945 de 362,5. Si se tiene en cuenta el retroceso empírico al índice 150 en 1942 y se supone a partir de entones el aumento anual de 37,5 puntos, el índice alcanzaría en 1943 el valor 187,5, en 1944 225 y en 1945 262,5. Si se cotejan ambas hipótesis lineales y se «traduce» la diferencia en dinero, se puede hablar de un «ahorro» global de unos 2.200 millones de RM desde 1942 hasta mayo de 1945, debido a las prestaciones sociales no pagadas a los trabajadores forzados y al asesinato en masa de acreedores judíos.

Como cabía esperar, la introducción masiva del trabajo forzoso en 1942 se refleja también en los ingresos del Reich por el impuesto sobre el salario:

	Impuesto sobre el salario (en millones de RM)	*Índice*	*Aumento porcentual anual*
1938	2.090,8	100	
1939	2.645,7	126	26
1940	2.979,3	142	11
1941	4.223,4	209	42
1942	4.539,2	217	7
1943	5.001,2	239	10

(Ver a mayor tamaño)

Los datos muestran en primer lugar que los ingresos correspondientes al impuesto sobre el salario se multiplicaron casi por 2,5 entre 1938 y 1943. La tasa de aumento muestra dos saltos notables, de 1938 a 1939 del 26 por 100 y de 1940 a 1941 del 42 por 100. El primero refleja la incorporación al

Reich de Austria y los Sudetes y la prolongación de la jornada de trabajo, especialmente desde el comienzo de la guerra, y el segundo la introducción masiva de trabajadores forzados en la industria. Supongamos, hipotéticamente, que a partir de 1940 la tasa de aumento se hubiera mantenido, sin el salto de 1940 a 1941, en un nivel (relativamente) bajo, en torno al 5 por 100 anual. Eso habría supuesto, en dinero, unos ingresos hipotéticos por el impuesto sobre el salario de 17.300 millones de RM para el período comprendido entre 1940 y el primer trimestre de 1945. A los datos empíricos les podemos añadir para 1944 y 1945 un aumento adicional del 10 por 100, dado que se intensificó de nuevo el trabajo forzoso; con esa modificación se obtiene un total hipotético de ingresos derivados del impuesto sobre el salario de 23.800 millones de RM para el período comprendido entre 1940 y el primer trimestre de 1945. Según eso las ganancias mínimas que la comunidad de los contribuyentes alemanes habría obtenido de los impuestos sobre el trabajo forzado industrial ascenderían a unos 6.500 millones de RM, esto es, más de la cuarta parte de los ingresos totales por el impuesto sobre el salario.

BANCO EMISOR EN MOSCÚ

Si exceptuamos la caóticas semanas de la retirada en la última fase de la guerra, la Wehrmacht «pagó» prácticamente siempre, en el norte, el oeste y el sur de Europa, según el método descrito de los vales de la Caja de crédito del Reich o en moneda del propio país, por lo que se puede evaluar el pillaje masivo realizado en esas regiones por las cantidades de

dinero gastadas. En las regiones ocupadas en la Unión Soviética, en cambio, los alemanes sólo emplearon dinero a veces, y una parte esencial del saqueo se llevó a cabo mediante oscuros «recibos» o simplemente por las malas. Según las órdenes de la intendencia de la Wehrmacht, «había que pagar en efectivo todos los bienes no militares y privados cuyo valor fuera inferior a 1.000 RM». Para cantidades más altas, así como para vituallas y combustible, que «en ningún caso había que pagar en efectivo», se habían impreso en cambio «recibos» a disposición de los intendentes de la Wehrmacht.[21] ¿Pero qué había entonces «privado» en los kolojoses y empresas del Estado? En el caso de la Unión Soviética, a diferencia de los demás países ocupados, el volumen del saqueo no se refleja en absoluto en la cantidad de dinero empleado,[22] como vamos a mostrar en los siguientes párrafos.

El 9 de junio de 1941 el director del Banco del Reich Max Kretzschmann, informó muy en secreto al consejo de administración de las cajas de crédito del Reich sobre las tareas que tenían por delante. Los funcionarios del Banco del Reich habían dispuesto ya seis cajas de crédito del Reich motorizadas para las necesidades inmediatas de las tropas.[23] El 12 de junio de 1941 se dio la orden de «aumentar de mil a mil quinientos millones de RM» los vales de la Caja de crédito del Reich que debían imprimirse «con la mayor rapidez ... para las operaciones militares previstas en el Este».[24] Diez días después se inició la operación Barbarroja. Mientras el avance hacia el Este perdía velocidad a finales de julio, la imprenta del Reich produjo —por si acaso— diez millardos de rublos falsificados, aunque no fueron finalmente utilizados.[25] Apenas habían atravesado una zona las unidades combatientes, los hombres de la RKK requisaban las monedas fraccionarias «en el marco de la incautación europea de metales».[26]

Ya en la reunión del 9 de junio el consejo de administra-

ción se había ocupado de cómo poner en tres meses a la cabeza del sistema bancario ruso «un nuevo banco emisor, el "Banco emisor de Moscú"». Para el caso en que no se hallaran en el lugar previsto rublos en billetes o al menos las planchas de imprenta, se pretendía fabricar muy rápidamente nuevos rublos utilizando un procedimiento tipográfico. Kretzschmann pensó incluso, antes de la invasión, en introducir diferentes monedas: «Si la parte ocupada de Rusia se descompone en distintas regiones estatales, habría que prever la fundación de varios bancos emisores».[27]

Al día siguiente, el 10 de junio de 1941, tuvo lugar un encuentro igualmente secreto en el Ministerio de Finanzas del Reich acerca de la «movilización inminente en el Este». Los reunidos debatieron la concesión de créditos a las empresas alemanas que debían poner en funcionamiento inmediatamente las fábricas y empresas agrícolas importantes desde el punto de vista alemán. En aquella discusión todavía virtual —doce días antes de la invasión— los participantes suponían que los medios de producción se hallarían «en gran medida destruidos cuando cayeran en manos alemanas», lo que suscitaba la cuestión de cómo se podrían poner en pie las garantías «normalmente exigibles» para el crédito, si por un lado las instalaciones estaban destruidas o desmontadas, y por otro no se podían pignorar las reservas «porque según las órdenes el petróleo y diversos productos mineros y agropecuarios debían transportarse inmediatamente a Alemania». Los directores ya designados de las cajas de crédito del Reich en la Unión Soviética recibieron en consecuencia el mandato de conceder créditos directos y sin garantías, ya que sólo de esa forma se podía «aprovechar todo lo que se pudiera».[28] Las cajas locales concedieron efectivamente créditos por valor de muchas decenas de millones de RM.

A finales del otoño de 1941 el consejo de administración

de las cajas de crédito del Reich se manifestó a favor de «la creación de una "corona de las regiones del Este" con el tipo de cambio de 2 coronas por 1 RM». Para dirigir el nuevo Banco Central se había pensado en el director del Banco del Reich Maximilian Bernhuber, pero el proyecto fracasó. En un primer momento se opusieron los mandos de la administración civil alemana en el Báltico, que no querían inquietar a la población, y más tarde fue el avance del frente el que decidió las prioridades.[29]

El proyecto paralelo de implantar en Ucrania una moneda propia —el karbowanez— tuvo en cambio un éxito transitorio. La ley de fundación del Banco Central de Ucrania entró en vigor el 1 de junio de 1942, basándose en gran medida, en cuanto a su articulación jurídica, en la del banco emisor del Gobierno General polaco. La influencia de la potencia ocupante en la política monetaria quedaba «asegurada por el hecho de que los dos directores del banco emisor serían nombrados por el Banco del Reich».[30] Como en todos los demás casos de reformas monetarias regionales, el ministro de Finanzas del Reich exigió que los rublos cambiados en Ucrania por los nuevos signos monetarios fueran «remitidos sin contrapartida a la administración central de las cajas de crédito del Reich en beneficio de éste». El Ministerio de Finanzas se había apoderado de forma parecida de los francos franceses en Alsacia-Lorena y en 1941 de los rublos que «tras la anexión de Galitsia oriental al Gobierno General debían cambiarse por złotys».[31] En este último caso se trataba de 340 millones de rublos que el banco emisor de Polonia había puesto «a disposición» del Banco del Reich.[32] Según el informe del director del Banco del Reich Kretzschmann sobre el cambio de 660 millones de złotys en RM, que tuvo lugar en 1940 en las regiones antes polacas anexionadas por Alemania, los banqueros alemanes emplearon allí el mismo

procedimiento: el dinero fue «recuperado en su totalidad por la Caja de Crédito del Reich en Polonia y el banco de emisiones de Cracovia». El representante del Banco del Reich añadía con orgullo: «Se ha conseguido así para el Reich una contribución de más de trescientos millones de RM que tuvo que emplear antes a fondo perdido para el reembolso de los signos monetarios polacos en las regiones orientales anexionadas y que se han podido repartir como una especie de contribución a los costes de guerra en el Este en el resto de las regiones polacas».[33] Cuando en abril de 1940 las cajas de crédito del Reich en la Polonia ocupada traspasaron sus negocios al recientemente fundado banco emisor, conservaron 306 millones de złotys (= 153 millones de RM o 1.530 millones de euros) que no habían gastado. Schwerin von Krosigk comentaba a su modo ese comportamiento, típico en los años posteriores: «No se me escapa que la recuperación de los haberes en złotys que yo mismo había preconizado representa una contribución relativamente más discreta, perceptible sólo por un experto, por parte de la economía polaca».[34]

Los comisionados del Reich dedicaron a continuación esas cantidades a comprar en las zonas donde se seguían utilizando francos, złotys o rublos, sin que esas compras fueran registradas en ninguna cuenta de los costes de ocupación.

La nueva moneda en vigor en Ucrania aumentó los medios de pago locales en la parte ocupada de la Unión Soviética sin tener que trabajar con dinero falsificado. Además disminuyó considerablemente el valor de los rublos guardados en Ucrania. Se suponía que esa medida debía «sanear los precios y la moneda»,[35] pero el país no sufrió tanto por el dinero escondido como por la codicia de los ocupantes, cuyas posibilidades de saqueo mejoraron esencialmente con los nuevos signos monetarios, por lo que aumentaron los

problemas que supuestamente se pretendía combatir. Cuando los ucranianos querían cambiar billetes grandes de rublos por karbowanez, las filiales del Banco Central no les entregaban dinero en efectivo, sino que registraban la cantidad en una cuenta individual que permanecía en cualquier caso bloqueada para el cuentahabiente nominal.

El objetivo declarado era «enjugar el poder de compra excesivo de la población local».[36] En realidad, las cantidades confiscadas fluían a través de las cajas de crédito del Reich y los intendentes de la Wehrmacht a los bolsillos de los soldados alemanes y a los traficantes en la zona del rublo de la parte soviética ocupada. Al mismo tiempo los alemanes compraban enormes cantidades de alimentos, que en 1942 y 1943 fueron a parar sólo en pequeña parte a Alemania, utilizándose sobre todo en operaciones de la Wehrmacht fuera de Ucrania. El llamamiento del Ministerio para los Territorios ocupados del Este al Ministerio de Finanzas del Reich para que pagara lo adeudado permaneció sin respuesta.[37]

Todo esto hizo que se tuviera que imprimir continuamente dinero. La nueva moneda sólo tenía siete meses de vida cuando el departamento de finanzas del Comisariado del Reich en Ucrania declaró en febrero de 1943 que la situación era «muy crítica», ya que la circulación de los billetes había aumentado un 80 por 100 en pocos meses, pasando mucho dinero, pronto depreciado, «especialmente de los bolsillos de los miembros de la Wehrmacht» a manos «de la población autóctona».[38] En 1942 «los costes de ocupación tuvieron que ser pagados en un 90 por 100 mediante la emisión de bonos del Tesoro por el Banco Central de Ucrania», o por decirlo de otro modo, con la ayuda de la imprenta monetaria.[39]

Ni durante la primera ni durante la segunda guerra mundial pudieron los alemanes alimentarse únicamente con lo producido en su propia economía agropecuaria. Aun empleando la mayor violencia, la dirección nacionalsocialista sólo consiguió que se produjera en el propio país el 83 por 100 de los alimentos necesarios. Las importaciones —especialmente de aceite vegetal y cereales forrajeros— siguieron siendo necesarias. Esta situación básica, que caracterizaba el balance alimentario de la mayoría de los países de Europa occidental y central, le dio de nuevo a la flota británica la oportunidad de amenazar la supervivencia de Alemania mediante el bloqueo marítimo, tanto más cuanto que la guerra provocó un descenso de la producción que restringía las posibilidades de mantener una autarquía alimentaria. La movilización militar dio lugar además a una escasez de abonos químicos, ya que el nitrógeno se utilizaba también para la producción de pólvora detergente; pronto faltaron también hombres, caballos, tractores, nuevas máquinas y combustible; se hacía difícil conseguir a tiempo las semillas y llevar a cabo las cosechas en el momento adecuado. Por eso fue por lo que la dirección nacionalsocialista decidió, poco después del comienzo de la guerra, emplear a trabajadores polacos, especialmente en las tareas agrícolas.

Dejando a un lado esas dificultades, el Ministerio de Alimentación del Reich se había preparado para afrontar los problemas previsibles. En 1936 los responsables se ocuparon de almacenar cereales e hicieron construir —valiéndose de bonificaciones y estímulos fiscales— grandes silos y almacenes.[40] Göring consideraba que esas construcciones «forma-

ban parte del armamento indirecto». Para ganar tiempo, nombró en el verano de 1938 al secretario de Estado del Ministerio de Alimentación, Herbert Backe, «encargado especial para la construcción de silos de almacenamiento de grano».[41] Las reservas ascendían a 5,5 millones de toneladas el 30 de junio de 1939, manteniéndose casi al mismo nivel un año después. Pero el 30 de junio de 1941 sólo llegaban a dos millones de toneladas y el 30 de junio de 1942 habían caído a 670.000. En una dramática reunión con Göring en agosto de 1942 se tomó la decisión de intensificar aún más el pillaje de alimentos en los países ocupados, con lo que Backe pudo aumentar de nuevo las reservas de grano del Reich que llegaron a 1,2 millones de toneladas en el verano de 1943 y a 1,7 millones de toneladas el 30 de junio de 1944.[42]

A diferencia de 1914, el Ministerio de Alimentación puso en vigor ya en la fase de movilización, a finales de agosto de 1939, un sistema de racionamiento muy diferenciado, e hizo distribuir las cartillas de racionamiento algunos días antes de la invasión de Polonia. Simone de Beauvoir, influida por el análisis de la situación de Jean Paul Sartre y ansiosa de paz, escribía el 28 de agosto de 1939 sobre los preparativos de guerra alemanes: «No se inicia una guerra racionando el pan».[43] Pero así fue como se puso en marcha desde el 1 de septiembre de 1939 una ingeniosa política de distribución, preparada desde hacía mucho tiempo, que funcionó casi hasta el último día de la guerra.

Los colaboradores y consejeros de Backe redujeron en 1939 la producción de carne y huevos al mínimo imprescindible para mantener la moral del pueblo y sus necesidades fisiológicas. Dado que para la producción de 1 kg de carne se precisaba una cantidad de forraje aproximadamente equivalente a 5 kg de grano, eso permitía utilizar mucho mejor la base agraria. Precios globalmente estables y sanciones drás-

ticas contra los que sacrificaban animales para vender su carne en el mercado negro completaban ese régimen alimenticio en un primer momento generoso. El sistema de racionamiento se consideraba en general justo, además se distinguieron desde el principio distintas categorías de consumidores: los obreros con tareas pesadas, las mujeres embarazadas o lactantes, niños, enfermos, y por último los consumidores normales. Evidentemente también se tenían en cuenta las diferencias regionales en cuanto a la alimentación.

Aunque los alimentos fueran eficazmente racionados y los hábitos alimentarios se adecuaran a la guerra, quedaba una laguna. Pero a diferencia de la primera guerra mundial el gobierno alemán desplazó en esta ocasión la escasez objetiva a la población de los países ocupados, a las minorías perseguidas y a los prisioneros de guerra soviéticos. Esto significaba hambre en Polonia o en Grecia, y especialmente en la Unión Soviética, e inanición hasta la muerte en las clínicas psiquiátricas, guetos, campos de concentración y campos de prisioneros de guerra. Göring declaró más de una vez, justificando esa política: «Si alguien tiene que pasar hambre, que no sean los alemanes, sino otros».[44]

Esa consideración general inspiró una de las directivas centrales para los mandos de la ocupación en la Unión Soviética: «No se trata en modo alguno de mantener lo existente hasta ahora, sino de la desviación consciente de lo que ha sido y de la inserción de la economía rusa en el espacio europeo. Eso conllevará necesariamente la muerte tanto de la industria como de gran parte de la población». En otro lugar dice el mismo documento: «En esas regiones [rusas] sobran decenas de millones de personas y morirán o serán enviadas a Siberia». Se suponía que esa emigración debía hacerse a pie.[45]

Mientras que el intendente general del ejército de tierra, Eduard Wagner, decía el 13 de noviembre de 1941: «Los prisioneros de guerra que no trabajen en los campos de prisioneros se morirán de hambre», las circunstancias políticas cambiaron en diciembre. A partir de entonces se trataba de «capacitar para el trabajo a tantos prisioneros de guerra como sea posible y mantenerlos». Ese cambio de posición vino dado por la derrota alemana ante Moscú, la modificación de la estrategia y la reorientación de la economía militar para mantener una guerra de duración y evolución desconocidas. Ahora había que utilizar a la mayor cantidad posible de prisioneros como trabajadores forzados. En cualquier caso la decisión llegó demasiado tarde para muchos de los ya totalmente exhaustos, y tardó mucho en aplicarse.

Por otra parte, tampoco significaba el fin de la política de hambre general, especialmente contra la población urbana. Wagner prohibió «cualquier cesión de medios de avituallamiento de las tropas a la población de los territorios ocupados». Para evitar dificultades a la patria, el ejército de tres millones de soldados tenía que alimentarse «sobre el terreno»; a los oficiales de intendencia se les instruía para que llevaran a cabo requisas sin contemplaciones. Esa práctica se vinculó con la interrupción deliberada del suministro de alimentos desde el sur agrario de la Unión Soviética a las regiones septentrionales y los centros urbanos. A medida que avanzaban, los soldados alemanes y los responsables de la política agrícola iban saqueando regiones enteras, robando cuanto en ellas hubiera de comestible. En diciembre de 1942 los dirigentes de la administración agraria alemana en el sur de Rusia hablaban de «una zona de pillaje libre de 800-1.000 km de anchura», en la que se debía saquear cuanto se pudiera.[46]

«Por razones económicas —había declarado expresamente

el gobierno alemán— no resulta deseable la conquista de grandes ciudades. Es preferible sitiarlas». El 10 de septiembre de 1941 el experto en avituallamiento del alto mando de la Wehrmacht, profesor Wilhelm Ziegelmayer, escribía en su diario: «No debemos cargar con lastres inútiles tras la capitulación de Leningrado. Debe ser aniquilada mediante un método científicamente eficaz». El 27 de noviembre el alcalde de Hamburgo Carl Vincent Krogmann anotaba en su crónica, después de que uno de los miembros de su administración central le hubiera informado sobre un viaje oficial al frente de Leningrado: «Se supone que la mayoría de la población de Leningrado, de cerca de cinco millones y medio de habitantes, morirá de hambre». El ministro para los Territorios ocupados del Este hablaba de una «dura necesidad, que está más allá de cualquier sentimiento».[47] Por esos mismos días Göring pronosticaba «la mayor hecatombe desde la guerra de los Treinta Años».

Eduard Wagner anunció «que sobre todo Leningrado debe morir de hambre». Dos meses antes había escrito a su mujer: «Hay que cocer a fuego lento a la población de Petersburgo». Al fin y al cabo, no se podía permitir que varios millones de personas dependieran para su supervivencia «de nuestros ahorros. No hay lugar para el sentimentalismo».[48] En Leningrado-San Petersburgo perecieron de hambre durante el asedio de dos años y medio más de un millón de personas.

El comandante de Jarkov comunicó en sus instrucciones generales: «La Wehrmacht alemana no tiene ningún interés en el mantenimiento de la población de la ciudad de Jarkov». La ciudad fue ocupada por el 6.° Ejército, cuyo jefe, el mariscal von Reichenau, había dicho sobre el «comportamiento de las tropas en el espacio del Este», que «el avituallamiento de la población del país ... sería un humanismo tan mal enten-

dido como el reparto de cigarrillos y pan». En la península ocupada de Kertsch, en Crimea, se anunció: «La liquidación de los judíos se acelerará sin contemplaciones debido a la preocupante situación alimentaria de la ciudad».[49]

La preocupación por mantener bien servidas las mesas en la patria se reflejaba en una orden del OKW. En mayo de 1942 los soldados enviados al frente del Este podían enviar —junto a sus acostumbrados paquetes postales— un paquete de 20 kg de peso. Oficialmente se trataba de «liberar a las tropas del equipaje superfluo», pero en cualquier caso el alto mando del ejército de tierra insistió en «evitar que el servicio de aduanas lleve a cabo investigaciones entre los receptores de esos paquetes en la patria».[50] Si se hubieran controlado tales «paquetes de ropa» se habría comprobado que su contenido era «casi exclusivamente carne de cerdo ahumada».[51] En diciembre de 1942 la Wehrmacht organizó de acuerdo con Göring una nueva «operación de paquetes [suplementarios] para los soldados de permiso» en África, en los submarinos y en el frente del Este.[52] En el Comisariado del Reich para Ucrania se compraron con ese objetivo especial alimentos por valor de 37 millones de RM.[53]

En la reunión del 6 de agosto de 1942 Göring exigió a los comisarios del Reich y mandos militares reunidos un aumento drástico de las contribuciones al Reich de las regiones ocupadas. «Me es igual —prosiguió dirigiéndose a los más titubeantes— que me digan ustedes que su gente muere de hambre. Ojalá sea así, con tal que no muera de hambre ni un solo alemán».[54] A la pequeña Serbia, a la que se había privado de sus provincias más productivas, se le exigió la entrega de cien mil toneladas de trigo y maíz.[55] Lo mismo sucedió por ejemplo en Francia y Bélgica, invocando la guerra antibolchevique en la que Alemania derramaba su sangre por Europa, Las importaciones de alimentos de Francia aumen-

taron así un 50 por 100 entre 1942 y finales de 1943.[56] El comisario del Reich para Ucrania, Erich Koch, explicó del mismo modo en agosto de 1942, tras una conversación con Hitler, las líneas maestras de la política de alimentos. Según un acta resumida dijo: «Ucrania tiene que suministrar lo que le falta a Alemania. Esa tarea debe llevarse a cabo sin ninguna vacilación por las pérdidas … El aumento de la ración de pan es políticamente necesario para proseguir victoriosamente la guerra. La cantidad de grano que nos falta debe conseguirse en Ucrania. La alimentación de la población civil nos es totalmente indiferente comparada con esa tarea».[57]

Como ha demostrado Christian Gerlach, las dificultades para alimentar adecuadamente a los alemanes propiciaron el genocidio de los judíos europeos. En el verano de 1942, cuando Backe exigió al Gobierno General, que al principio todavía recibía algunos víveres de Alemania y ahora sometía al hambre a la población, cuotas más elevadas de cereales y carne, el director del departamento principal de alimentación, Karl Naumann, protestó enérgicamente, aludiendo a la escasa alimentación de los polacos. La respuesta de Backe fue terminante: «Hay todavía tres millones y medio de judíos en el territorio del Gobierno General. Polonia quedará saneada este mismo año».[58] Esa cifra era muy exagerada o se cometió un error al escribirla, pero la lógica estaba clara. El 24 de agosto de 1942 el mismo Naumann constataba ante los cuadros de la administración reunidos con los responsables del Gobierno General: «El avituallamiento de los judíos, que todavía son un millón y medio, carece de interés, dejando a un lado a unos trescientos mil judíos que siguen trabajando como artesanos o en otras tareas en interés de Alemania … El resto, en total 1,2 millones, no recibirán más alimentos».[59] De hecho, hasta el 31 de diciembre de 1942 fue-

ron asesinados más de un millón de judíos polacos en las cámaras de gas del Gobierno General.[60]

Un año antes, en septiembre de 1941, los dirigentes alemanes, como ha evidenciado igualmente Christian Gerlach, endurecieron en un contexto parecido la política de hambre contra los prisioneros de guerra soviéticos. En aquel momento había quedado claro que no se conseguiría derrotar a Rusia antes del comienzo del invierno. El 4 de septiembre Backe denegó a la Wehrmacht los 2,1 millones de toneladas de cereales y 652.000 toneladas de carne requeridos y exigió que los soldados fueran alimentados a partir de los recursos de los territorios soviéticos ocupados. Refiriéndose explícitamente a las revueltas del hambre en Alemania en 1918 y a la imposibilidad de disminuir las raciones a los alemanes, Göring impartió el 16 de septiembre de 1941 la siguiente directriz: «Por principio, en los territorios ocupados sólo deben tener su subsistencia asegurada aquéllos que trabajan para nosotros». Con vistas al abastecimiento suficiente de Alemania, Göring ordenó «medidas de ahorro despiadadas». Poco después Goebbels anotó en su diario, tras una conversación con Backe sobre la situación de los campos de prisioneros del Ejército Rojo, que en ellos se producían «catástrofes alimentarias que desafían toda descripción». Los oficiales de la Wehrmacht comentaban en el casino de Riga que su «misión consistía en hacer morir de hambre y frío a los prisioneros de guerra rusos».[61]

El 1 de febrero de 1942, de los 3,3 millones de prisioneros del Ejército Rojo habrían muerto ya dos millones en los campos alemanes y durante su traslado, esto es, el 60 por 100. Dejando a un lado las tres primeras semanas de guerra durante las cuales los primeros prisioneros contaban con sus propias reservas corporales, esa cifra supone una tasa media de mortalidad de diez mil hombres al día. Durante la primera

guerra mundial Alemania habría sufrido también hambre, pero sólo perecieron el 5,4 por 100 de los prisioneros de guerra rusos. Si se tiene en cuenta que parte de ellos estaban heridos o extenuados cuando llegaron al campo de prisioneros, esa baja mortalidad atestigua la minuciosidad con que las autoridades del Reich habían respetado entonces la Convención de La Haya sobre la guerra.

Tras imponer esa rigurosa política de hambre contra los prisioneros de guerra soviéticos, los judíos y la población de las ciudades soviéticas, Göring pronunció un discurso el domingo 4 de octubre de 1942 en el Palacio de Deportes de Berlín, con ocasión de la «Fiesta de la cosecha», en el que habló sobre todo de la cosecha de los campesinos no alemanes, diciendo que «alimentamos al conjunto de nuestras tropas a partir de los territorios ocupados». Goebbels vio ahí «un pequeño paso en falso». Göring anunció principalmente que las raciones alimentarias aumentarían aquel mismo mes, especialmente en las zonas amenazadas por los ataques aéreos, y anunció para Navidad una «distribución especial». Con respecto a las regiones del Este conquistadas dijo: «A partir de hoy, las cosas mejorarán constantemente, ya que poseemos las tierras más fértiles. En ellas hay huevos, mantequilla, harina… en cantidades que no os podéis imaginar». Pocos días antes Hitler también había hablado, en la inauguración de las obras de auxilio de invierno, despertando en millones de oyentes la esperanza de que la «explotación del *Ostraum*». permitiría restablecer pronto la «situación del tiempo de paz», e incluso «proseguir la guerra hasta su victorioso final sin nuevas restricciones».

Preparados así por Hitler, los anuncios concretos realizados por Göring pocos días después sirvieron para afianzar la confianza. Según el Servicio de Seguridad, la población comentó así el discurso: «Göring ha hablado al corazón y al es-

tómago»; o bien: «La presentación detallada de la situación alimentaria del Reich, en constante mejora [había] reforzado la idea de que se habían dejado atrás las mayores dificultades alimentarias»; los obreros veían ahí «algo concreto». Además, en amplios medios no había «tanta preocupación en cuanto a la situación militar, por ejemplo con respecto a la duración de la batalla de Stalingrado». Un informe del Servicio de Seguridad fechado el 12 de octubre de 1942 indica: «Entre las mujeres, para las que la promesa de una mejor situación alimentaria y un mejor abastecimiento desempeña naturalmente un papel esencial, el ambiente ha mejorado sensiblemente». Goebbels observaba «una notable mejora de la moral del pueblo alemán».[62]

Según los datos de la Oficina de estadística del Reich, la potencia ocupante requisó en la parte ocupada de la Unión Soviética durante los años de guerra 1941/1942 y 1942/1943 los siguientes productos agrarios (esos «años» van desde cada cosecha a la siguiente; los cereales forrajeros y para la alimentación humana van agrupados en la tabla en el apartado «cereales», y las semillas oleaginosas, las grasas para untar y los aceites de mesa aparecen juntos como «aceites de mesa y materias grasas»).[63]

Alimentos de procedencia soviética (toneladas) para:	*la Wehrmacht*	*Alemania*	*Total*
Cereales	3.385.021	988.318	4.373.339
Carne	435.058	60.585	495.643
Aceites de mesa y materias grasas	90.732	632.618	723.450
Patatas	1.880.240	15.535	1.895.775

(Ver a mayor tamaño)

En opinión de los estadísticos de la época, había que añadir a esas cantidades «los productos requisados o incautados directamente por las tropas», que aunque representaban cantidades «menores, son sin embargo considerables: varios cientos de miles de toneladas en el caso de los cereales. Por último hay que mencionar el suministro a los alemanes empleados en el Este (funcionarios, personal de las empresas

del Este…)». A esto se añadían además las compras privadas de varios millones de soldados alemanes durante esos dos años, no tenidas en cuenta por los estadísticos. Estos concluían que aun siendo «ciertamente inferior» a la parte contabilizada, la «requisa de víveres» no contabilizada era «de todas formas muy considerable». Por eso aumentó en un 15 por 100 el consumo de la Wehrmacht, porcentaje probablemente muy por debajo de la realidad.

Si se comparan ahora esos resultados totales con la producción alemana de cereales, se comprueba que el saqueo de los territorios soviéticos aportó un suplemento medio de más del 10 por 100, más del 60 por 100 en el caso del aceite vegetal y aproximadamente el 12 por 100 para la carne.[64]

Si se relacionan esas requisas globales con la ración mínima que necesita una persona para sobrevivir, estimada en la época en 2,5 unidades de cereales (UC) anuales, se deduce claramente que en la zona soviética ocupada la gente tenía que morirse de hambre. La conversión de los diversos productos alimentarios se efectúa por medio del índice UC concebido a principios de la década de 1940 y utilizado por el Ministerio de Alimentación del Reich. Una UC corresponde a un quintal de cereales. Los demás productos agrícolas fueron evaluados en UC, a partir de su valor nutritivo convertido en energía, por los reputados agrónomos Emil Woermann y Georg Blohm, consejeros universitarios de Backe, que establecieron así los fundamentos científicos del racionamiento alimentario durante la guerra; tales fundamentos siguen siendo útiles hoy día para proporcionar una ayuda eficaz en caso de catástrofe alimentaria. Según ese sistema, el valor energético de los alimentos se establece aplicando el factor de conversión 0,20 para las patatas, 1 para las leguminosas, 5,7 para la carne de vaca, 4,2 para el cerdo y los huevos, y 3,4 para las materias grasas. En la tabla ofrecida a con-

tinuación se aplica el factor 5 a la carne, un valor intermedio entre los de la vaca y el cerdo.

Para estimar las catastróficas consecuencias del pillaje hay que llegar a la última fase del cálculo: los coeficientes adoptados permiten referir los alimentos robados durante dos años por los alemanes en la Unión Soviética al denominador común UC. Seleccionando los productos alimenticios más importantes, se obtiene, a partir de los datos proporcionados por la Oficina de estadística del Reich, el resultado siguiente:

UC consumidas	*UC consumidas por la Wehrmacht*	*en Alemania*
Cereales	33.850.210	9.883.180
Carne	21.752.900	3.029.250
Aceites de mesa y materias grasas	3.084.890	21.509.010
Patatas	3.760.480	31.070
Subtotal	62.448.480	34.452.510
Aumento en un 15 por 100 del consumo de la Wehrmacht	9.367.272	
Total de la Wehrmacht	71.815.752	
Total de la Wehrmacht más Alemania		106.268.262

(Ver a mayor tamaño)

Como ya hemos dicho, una persona necesita un promedio de 2,5 UC al año tan sólo para sobrevivir. Basta entonces dividir por cinco las requisas de alimentos robados «en el Este» durante dos años por la Wehrmacht y destinados al abastecimiento de los civiles alemanes, para obtener el número de personas privadas del mínimo necesario. Los datos alemanes sobre «el espacio de abastecimiento europeo» indican que se trataba efectivamente del mínimo vital. Según esas fuentes la tasa de autosuficiencia de la Unión Soviética en tiempo de paz era del 101 por 100, por lo que durante la guerra, debido simplemente a las destrucciones y al caos —incluso dejando a un lado los saqueos alemanes— no podía sino descender por debajo del mínimo del 100 por 100.[65] Según todos los datos el robo alemán de alimentos provocó una hambruna que alcanzó a decenas de millones de personas, o —para decirlo de forma puramente aritmética— la privación completa de la base alimenticia de más de 21,2 millones de personas.

Frente a esa realidad, previsible y sin duda prevista de forma aún más radical, la conferencia de secretarios de Estado del Reich del 21 de mayo de 1941 decidió que «No se podrá proseguir la guerra a menos que toda la Wehrmacht se alimente durante el tercer año de guerra de productos rusos. Millones de personas morirán sin duda de hambre si nos apropiamos en ese país de todo lo que necesitamos».[66]

Una carta redactada en el verano de 1942 por un alemán empleado en Kirovgrado (Ucrania) aporta información sobre la práctica del pillaje de recursos alimentarios. Ese hombre trabajaba para la Sociedad monopolística del Reich para los territorios ocupados de la Unión Soviética y tenía como misión «requisar y poner a buen recaudo inmediatamente todos los productos, tanto agrícolas como industriales de todo tipo, para abastecer prioritariamente al frente suroriental con todos los recursos alimentarios y de disfrute imaginables». Después de haber anotado al margen «¡Judíos, nada!», el autor de esa carta mencionaba como objetivo principal de su trabajo aliviar «a la patria de la [escasez de] abastecimiento en la medida de lo posible». Quedaba no obstante un resto que «la Wehrmacht no podía consumir en aquel momento» y que enviaba por tanto a Alemania: «Parten con destino al Reich enormes cargamentos de trigo, pipas y aceite de girasol y huevos. Si, como me escribe mi mujer, el aceite de girasol forma parte durante la próxima década de la oferta de productos alimenticios en el Reich, podré decir con orgullo que he contribuido considerablemente a esa operación».[67]

Los recursos alimentarios de los países ocupados beneficiaban sobre todo a los soldados alemanes, que a su vez enviaban una parte no pequeña a sus familias. Otra parte, que aumentó considerablemente en 1942, era enviada al Reich para los trabajadores con tareas pesadas, las mujeres emba-

razadas, los ancianos y los bebés arios, así como para satisfacer duraderamente al «consumidor normal», esto es, al beneficiario de la cartilla de alimentación corriente, sin suplementos especiales.

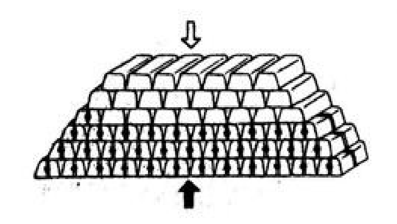
El nivel de las raciones alimenticias y la distribución interna relativamente justa entre los alemanes reforzaba día tras día la confianza del pueblo en sus dirigentes. En febrero de 1945 las madres se quejaron a Berlín de que —por primera vez— no podían obtener regularmente leche entera.[68] Las mujeres alemanas han recordado durante décadas después de la guerra, con un tono quejoso: «¡Durante la guerra no sufrimos hambre, todo funcionaba! ¡Fue después cuando todo empeoró!».

Pero conviene contrapesar esos recuerdos con los de la Leningrado cercada. En enero de 1942 morían cada día entre 3.500 y 4.000 personas: «Era prácticamente imposible encontrar un ataúd. Se dejaban cientos de cadáveres en los cementerios o cerca de ellos, envueltos simplemente en un lienzo. Las autoridades enterraban los cadáveres abandonados en fosas comunes abiertas por los grupos de defensa civiles con ayuda de explosivos. Nadie tenía fuerzas para cavar fosas normales en la tierra helada».[69]

ENTREGAS DE ORO DE BÉLGICA (a depositar en el Banco del Reich)
comparadas con las reservas de oro declaradas por el Banco del Reich

1 lingote = 10 millones de RM

QUEDAN POR ENTREGAR: 223 millardos de RM



YA ENTREGADOS: 335 millardos de RM
TOTAL: 558 millardos de RM

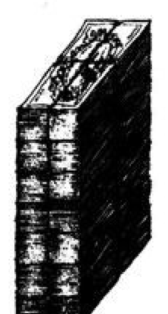
RESERVAS DE ORO DECLARADAS
POR EL BANCO DEL REICH:
76 millardos de RM

VALOR DE LOS BIENES ENEMIGOS Y JUDÍOS

BAJO VIGILANCIA EN LA ZONA OCUPADA
Y QUE TIENEN AL MENOS EL VALOR DE GARANTÍA
COMPARADO CON EL CAPITAL EN ACCIONES DE LA IG FARBEN

APROXIMADAMENTE 700 MILLONES DE RM

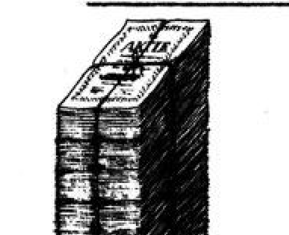
ca. 700 MILL. RM



BIENES ENEMIGOS Y JUDÍOS

APROXIMADAMENTE 800 MILLONES DE RM

ca. 800 MILL. RM



CAPITAL SOCIAL DE LA IG FARBEN

Imágenes tomadas del informe secreto del jefe de la administración militar alemana en Bélgica sobre las «contribuciones belgas a la economía de guerra alemana», situación el 1 de marzo de 1942 (BA-MA RW 36/250).

CONTRIBUCIONES BELGAS EN EL DOMINIO DE LOS TRANSPORTES (en 1941)

media mensual de las contribuciones suplementarias belgas en vagones = aproximadamente 13.000 vagones de mercancías

nuevas entregas de vagones de mercancías = 9.120 "

22.120 "

KÖLN

Ese total corresponde a un tren de mercancías de una longitud de 210 km, esto es, la distancia que separa Colonia de Francfort.

FRANKFURT A.M.

BERLÍN

Puestas una detrás de otra, las 1.086 locomotoras cedidas al Reich en 1941 representan la distancia entre Berlín y Potsdam.

POTSDAM

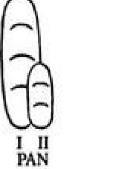
DRESDEN

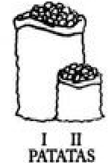
LEÍPZÍG

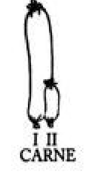
Puestos uno detrás de otro, los 18.500 vehículos comprados en 1941 para la Wehrmacht, etc., representan una longitud de 100 km, esto es, la distancia entre Leipzig y Dresde.

CONSUMO DE ALIMENTOS EN BÉLGICA
por habitante para 28 días

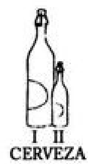
I. Consumo en 1938
II. Consumo en 1941 según el racionamiento belga (sin tener en cuenta las raciones no consumidas)



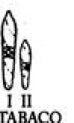












Tercera parte

El expolio de los judíos

8

El principio del pillaje estatal

INFLACIÓN Y ARIZACIÓN

Si se pregunta quiénes fueron los principales beneficiarios de la arización, casi todo el mundo respondería, sin pensarlo dos veces: los banqueros y dirigentes de grandes corporaciones industriales. Las comisiones de investigación sobre el período nazi creadas a finales de la década de 1990 en muchos estados europeos y grandes empresas, constituidas por historiadores profesionales, han reforzado esa falsa impresión, ampliamente admitida. En la literatura especializada algo más matizada aparecen igualmente funcionarios nazis, de rango más o menos elevado, entre los favorecidos por la arización. Desde hace unos años se menciona también a gente corriente, alemanes y también polacos, checos o húngaros; gente que con frecuencia recibió propiedades «desjudaizadas» como recompensa por sus sucios servicios a la potencia ocupante. Pero cualquier concepción que se concentre únicamente en los beneficiarios privados conduce a un error. Pasa por alto lo más esencial, si se quiere saber adonde fue-

ron a parar los bienes de los judíos europeos expropiados y asesinados.

Quien busque respuesta a esa pregunta debe tener claro, ante todo y en primer lugar, cómo financiaron los alemanes la segunda guerra mundial. En casi todos los países de Europa en los que se produjo la arización, fue el correspondiente aparato de Estado o de ocupación el que liquidó los bienes patrimoniales judíos. Naturalmente proliferaron, como en el caso de cualquier transformación social revolucionaria de las relaciones de propiedad, todas las formas concebibles de corrupción, cohecho, malversación y enriquecimiento privado. También es cierto que la arización en Berlín fue más prusiana que la rumanización de las propiedades judías en Bucarest; pero aquí como allí los compradores privados pagaron normalmente por las acciones, las casas o los muebles y ropas de los judíos expropiados, aunque lo hicieran según el valor de mercado determinado por la guerra. En todas partes las propiedades se nacionalizaron antes de la privatización, «cayendo» en manos del Estado, como acostumbraban a decir los funcionarios de la Hacienda alemana.

Aunque fue mucho lo malvendido, el Tesoro público de algunos países europeos obtuvo considerables ganancias de la privatización. La expropiación y liquidación de los bienes patrimoniales judíos obedecía a un objetivo de política presupuestaria y constituía una medida de emergencia, no sólo en la Alemania de 1938, sino también, a continuación, en los países y regiones de la Europa sometida. Sólo así se puede entender adecuadamente la arización. Se trata pues de analizar un fenómeno de blanqueo de dinero a gran escala acometido en toda Europa en beneficio de Alemania, aunque en cada país cobrara una forma algo diferente. Conviene examinar algunos de los procedimientos de expropiación y verificar que siempre tienen el mismo destino: el presupuesto de

guerra alemán. Así se pudieron cubrir determinados gastos. Los cálculos precisos siguen siendo difíciles, porque en muchos lugares los alemanes vincularon la estatalización de las propiedades judías a medidas de expropiación más genéricas dirigidas contra otros grupos de personas.

La técnica general de la expropiación se puede colegir de la aplicada en la parte de Polonia que los alemanes designaron como Gobierno General. Allí vivían unos dos millones de judíos. Poco después de la ocupación del país, los alemanes bloquearon todas las cuentas, cajas de seguridad y depósitos que tenían como titular a algún judío, obligándoles por decreto a depositar todos sus haberes bancarios y cajas fuertes en un solo banco. Todo el dinero en efectivo por encima de dos mil złotys debían ingresarlo en una cuenta, de la que podían sacar semanalmente para su propio mantenimiento 250 złotys. Se instituyeron ya entonces agentes fiduciarios que tenían que actuar consecuentemente.[1] En noviembre de 1939 se estableció en el Gobierno General una oficina de administración fiduciaria, encargada de salvaguardar las propiedades estatales, de hacerse cargo de los bienes vacantes o derelictos a causa de la guerra y de desposeer de sus bienes a los judíos y otros enemigos del Estado.[2] Los beneficios fluían, como exigía e imponía infatigablemente el departamento de finanzas de Cracovia, «hacia las arcas del Gobierno General».[3]

En el territorio del Gobierno General la administración fiduciaria expropió aproximadamente 3.600 empresas, en su mayoría de propiedad judía, de las que unas mil eran consideradas «importantes». Las propiedades inmobiliarias incautadas en Varsovia alcanzaban la cifra de cincuenta mil, que representaban un valor de más de dos millardos de złotys. Los terrenos debían ser vendidos «en cuanto sea posible, de la forma que sea». Para la venta de las gigantescas cantida-

des de bienes muebles, el director de la administración fiduciaria, Oskar Friedrich Plodeck, fundó la Treuhand-Verwertungs-GmbH, que vendía los enseres y ropas de los judíos enviados al gueto, así como de los polacos cristianos huidos o declarados enemigos del Estado. Plodeck pudo dar por concluida ya en 1942 la tarea de esa empresa privadamente organizada, con unos beneficios de aproximadamente cincuenta millones de złotys.[4]

Aun cuando hubo excepciones a la regla, todas las codicias locales se consideraban expresamente inadmisibles. En general los excedentes afluían desde los inmuebles, capitales y empresas supuestamente administrados de forma fiduciaria, a la caja principal del Gobierno General. Al principio se pudo pagar a los antiguos propietarios unos mezquinos subsidios deducidos de esos excedentes, y la administración fiduciaria proclamó: «El derecho de propiedad queda en principio intacto»; pero cuando los judíos comenzaron a ser deportados y asesinados, todos esos activos, ya administrados en beneficio del Estado y de hecho expropiados desde hacía tiempo, se convirtieron también *de jure* en «propiedad del Gobierno General» como «objetos abandonados y sin dueño».[5]

Como declaró el Ministerio de Finanzas del Reich en octubre de 1941, los costes de ocupación en Bélgica suponían el 125 por 100 de los ingresos ordinarios del Estado, en los Países Bajos el 131 por 100, y en Serbia el 100 por 100.[6] Según una investigación metódica del Banco del Reich, ordenada temporalmente de forma algo diferente, en el primer año de ocupación esos costes supusieron el 211 por 100 de los ingresos ordinarios del Estado en Francia, el 200 por 100 en Bélgica y el 180 por 100 en los Países Bajos, incluyendo ciertos costes de ocupación extraordinarios. En Noruega, donde suponían en 1941 el 242 por 100,[7] a finales de 1942 «los fon-

dos transferidos a la Wehrmacht, de alrededor de 240 millones de coronas noruegas, equivalían al 339 por 100 de los ingresos por impuestos y al 95 por 100 de la renta nacional».[8]

Pero si bien la administración ocupante y los gobiernos colaboracionistas podían arrostrar una inflación controlada, no sucedía lo mismo con una galopante. Los alemanes pretendían a toda costa evitarla, porque una inflación semejante a la que pronto se desarrolló en la Grecia ocupada habría dificultado de inmediato, o incluso imposibilitado, la explotación concienzuda y una cooperación administrativa entre las autoridades nominales del país y la potencia ocupante. La moneda de cada país ocupado debía mantener necesariamente su función como medio de pago, y ese requisito de la financiación de guerra hizo entrar en juego —con el mayor secreto— las propiedades de los judíos europeos.

Su liquidación fue una de las muchas medidas tomadas para frenar la inflación de guerra en la Europa ocupada y coaligada. Dicho de otra forma: los alemanes encauzaron el producto de la venta de las propiedades judías hacia las arcas estatales respectivas, desde las que fluía —mezclado con la corriente de dinero que brotaba principalmente de la imprenta nacional de billetes de banco— al presupuesto de los costes de ocupación. Ese sistema de transformación de los bienes judíos en propiedad estatal, diferente en cada país según su situación particular, es lo que examinaremos en los siguientes apartados con ejemplos característicos.

La principal dificultad para la reconstrucción histórica se halla en el grado extraordinariamente alto de secreto con que se llevó a cabo, como se podrá constatar por ejemplo en el caso de los judíos belgas, que debido a la falta de cooperación por parte de la administración del país tuvieron que ser expropiados, excepcionalmente, por las propias autoridades

militares alemanas. Las decisiones al respecto fueron tomadas obviamente por los oficiales dirigentes de la ocupación, junto con el secretario de Estado de Göring, Erich Neumann, y altos funcionarios del Ministerio de Finanzas del Reich, el 16 de mayo de 1941 en Bruselas. Según el orden del día, lo único que se debatió fue «la cuestión de los costes de ocupación». Esos costes debían reducirse «con el fin de mantener la estabilidad de la moneda»,[9] y por eso mismo ordenó la autoridad militar catorce días después que los judíos declararan sus propiedades. En el encuentro del 16 de mayo uno de los funcionarios del Ministerio de Finanzas enviados a Bruselas pidió al parecer la creación de una oficina especial encargada de la expropiación. En las actas se puede leer la siguiente anotación: «Como complemento solicitamos el nombramiento de un plenipotenciario especial (el secretario de Estado Neumann interrumpe: "Sobre eso no es necesario ningún debate")».[10] Después de que la parte italiana hubiera puesto dificultades en la zona septentrional ocupada, el comisario alemán en la Banca d'Italia escribía en noviembre de 1944 que en Venecia y Friuli «se darían indicaciones directas a los bancos concernidos con respecto a la utilización de las cuentas bancarias incautadas a los judíos». Para disponer de las actas de expropiación, el comisionado bancario alemán, Maximilian Bernhuber, recurrió a los mandos de la policía y del Servicio de Seguridad.[11]

La expropiación de ciudadanos de países extranjeros en beneficio del presupuesto militar no debía quedar documentada en ningún caso, y sólo se podía hablar de ella en pequeños círculos. Cabe presumir que los funcionarios alemanes pretendían disfrazar en la medida de lo posible la expropiación de los judíos en cada país, contraria al derecho internacional, como una medida del correspondiente Estado y por consiguiente como una cuestión interna del país ocupado.

Gerhard Aalders ha constatado ese mismo proceder en el caso de los Países Bajos. La potencia ocupante «transfería», «giraba» a cuentas de afectación, etc., y alcanzó «un alto grado de perfección en la ocultación de los auténticos motivos».[12]

AYUDA FINANCIERA PARA SERBIA

A partir de las actas sólo he podido reconstruir con la deseable claridad el proceso de decisión para la región administrativa militar de Serbia. Allí los alemanes asesinaron a los judíos con una rapidez desacostumbrada. Tan sólo un año después de la invasión, el jefe de la administración militar resumía así la situación a mediados de 1942: «Desde hace meses he hecho detener a todos los judíos del país y encerrar a todas las mujeres y niños judíos en un campo de concentración; al mismo tiempo he dispuesto, con ayuda del SD, un "camión de despiojamiento" capaz de vaciar el campo en un plazo comprendido entre dos y cuatro semanas» (Por «camión de despiojamiento» entendía el jefe de la administración militar un camión con caja hermética en el que se podía asfixiar a las mujeres, niños y ancianos judíos mediante el propio gas del tubo de escape del motor). Pocas semanas después casi la totalidad de los veintidós mil judíos serbios estaban muertos. El 23 de mayo el ponente del Ministerio de Asuntos Exteriores sobre asuntos judíos constataba: «La cuestión judía ya no es un problema en Serbia. Ya sólo se trata de resolver las cuestiones relativas al derecho de propiedad».[13 (•)]

A cargo de la confiscación de las propiedades estaba el de-

partamento 17 (más tarde 12) del plenipotenciario general para la economía en Serbia. Lo dirigía el funcionario del Banco del Reich Hans Gurski, que antes había formado parte del personal en Bucarest de Hermann Neubacher, de quien tendremos ocasión de hablar en los apartados sobre Rumania y Grecia. Apenas habían asesinado las unidades de la Wehrmacht y de las SS a los judíos serbios en la primavera de 1942, los expertos de la administración ocupante y del plan cuatrienal deliberaron sobre la utilización de los bienes materiales que les habían pertenecido.[14] El 23 de mayo de 1942 el Ministerio de Asuntos Exteriores opinó que, una vez que se hubieran satisfecho las pretensiones legítimas de los alemanes, ciudadanos del Reich o no, esos bienes debían «ser administrados por una especie de fundación del Reich».[15] También en la administración comisionada de las casas y terrenos judíos se contaba «con la posibilidad de un traspaso posterior de las posesiones judías en Serbia a favor del Reich».[16] La mayoría de los funcionarios veían en los potenciales rendimientos de la arización un anticipo de las posteriores «indemnizaciones de guerra», todavía por fijar, que Serbia tendría que pagar a la Alemania agresora.

Las autoridades del plan cuatrienal también se pronunciaron el 21 de marzo de 1942 por el «aprovechamiento en beneficio del Reich».[17] El Ministerio de Finanzas, en cambio, se manifestó en contra, y su representante Christian Breyhan afirmó en mayo de 1942 que los beneficios debían, «para el buen orden de las cosas, pasar a posesión serbia». A continuación la autoridad militar reclamó para sí la capacidad para «definir los objetivos de su uso y determinar la administración serbia competente».[18] Un mes después tuvo lugar un nuevo encuentro acerca de la misma cuestión, sobre la que el representante del Ministerio de Asuntos Exteriores informó así: «En la discusión del 19 de junio en la sede del

plan cuatrienal, sobre la liquidación de las propiedades de los judíos serbios, se decidió, a partir de diferentes proyectos, lo siguiente: las propiedades de los judíos serbios deben pasar a posesión de Serbia … La confiscación debe realizarse en beneficio de Serbia, porque el paso de esos bienes a propiedad del Reich contravendría la Convención de La Haya sobre la guerra. Su administración, sin embargo, nos corresponde a nosotros [los alemanes]».[19] El artículo 46 de la Convención de La Haya decía claramente: «No se pueden confiscar las propiedades privadas». Pero esa prohibición sólo afectaba a la potencia ocupante, no a la administración nacional del país ocupado.

Pocos días después del encuentro de Berlín Göring aceptó las objeciones de los expertos en finanzas y dispuso que, a partir de aquel momento, «los bienes judíos en Serbia … debían pasar a propiedad de Serbia», lo que le serviría, según explicaba, «como ayuda financiera para el presupuesto del Estado, muy lastrado por los costes de ocupación».[20] El plenipotenciario general para la economía serbia tenía ahora que «acelerar la transferencia de las propiedades judías al sur del Danubio administradas por él, para que Serbia pueda iniciar cuanto antes su aprovechamiento» (al norte del Danubio los alemanes establecidos en la vecina Bácska/Batschka se servían de otros métodos, bastante más brutales). Por lo demás, también se declaraba que «el gobierno serbio debe promulgar un decreto haciéndose cargo, en nombre del Estado serbio, de las propiedades de los judíos que el 15.4.1941 eran ciudadanos yugoslavos».[21] El consejo de ministros serbio así lo hizo el 26 de agosto de 1942. Junto a los motivos principales para esa decisión ya citados —fortalecer el diñar y hacerlo respetando, al menos aparentemente, la Convención de La Haya sobre la guerra—, la potencia ocupante añadía: «estabilizar la reputación del gobierno serbio de Nedic

… mediante el desbloqueo de las propiedades judías en beneficio de Serbia».[22]

De hecho, durante el segundo semestre de 1941 «los costes de guerra supusieron aproximadamente el doble de los gastos corrientes no cubiertos del presupuesto estatal serbio», lo que suponía —desde el punto de vista alemán— «una amenaza muy seria contra la moneda».[23] Hasta entonces los costes de ocupación habían alcanzado la suma de quinientos millones de dinares mensuales. La suma total de los bienes judíos se estimaba en diciembre de 1944 entre tres y cuatro millardos de dinares.[24] En el momento de la decisión de Berlín bastaba pues para cubrir los costes de ocupación durante más de un semestre, o dicho de otro modo, para aminorar durante un período más largo la presión inflacionista sobre la moneda serbia.[25] Por eso anunció el representante del Ministerio de Asuntos Exteriores en septiembre de 1942, en el apartado «limitación de los costes de ocupación» siempre presente en su informe mensual, que ese tema no precisaba «por el momento ningún debate».[26]

Tales frases, bien documentadas en el caso de Serbia, indican el método general de expropiación, decidido en secreto, con el que los alemanes se apoderaron de las propiedades judías en la totalidad de la Europa dominada por ellos, sólo que en otros lugares los rastros fueron borrados, tanto por ellos como también, más tarde, por la administración financiera colaboracionista y los bancos (nacionales) de los países sometidos. Los ocupantes alemanes convirtieron en peristas a esas instituciones nacionales, valiéndose siempre que era posible de las propias leyes nacionales promulgadas al efecto, y encauzaron el dinero hacia las arcas del presupuesto estatal, para apoderarse de él una vez que había quedado lavado de las huellas de su procedencia.

EXIGENCIAS A HUNGRÍA

Aunque las relaciones entre el regente del Reich en Hungría Miklós von Horthy y Hitler siempre fueron tensas, ambos Estados establecieron una alianza que entre 1938 y 1941 se fue haciendo cada vez más estrecha. Alemania necesitaba ese país debido a sus intereses estratégicos en el sureste de Europa; Hungría necesitaba a Alemania para revisar algunas de las consecuencias territoriales del Tratado de paz de Trianon: en 1938 recuperó por el primer arbitraje de Viena parte de Eslovaquia; pocos meses después la actual Rutenia (provincia de Ucrania); en 1940, como consecuencia del segundo arbitraje de Viena, el norte de Transilvania; y en 1941 Bácska (en la actual Serbia), Baranya y Prekmurje (la provincia más nororiental de la actual Eslovenia). Al igual que otros Estados coaligados con Alemania como Eslovaquia o Rumania, Hungría también se sumó en el verano de 1941 al ataque contra la Unión Soviética.

En 1943 el gobierno intentó sacar al país de la guerra y alcanzar un tratado de paz especial con las potencias occidentales, por lo que la Wehrmacht entró en el país el 19 de marzo de 1944 e instaló en él un plenipotenciario del Reich y un gobierno húngaro más propicio a la colaboración, aun cuando disponía de cierto margen de maniobra. Entretanto el Ejército Rojo había llegado casi hasta la frontera oriental del país y era de prever que los Cárpatos se convirtieran en zona de guerra. Aunque los alemanes mantenían Hungría ocupada, existía un acuerdo con las capas dirigentes reaccionario-conservadoras para defender conjuntamente el país contra las «hordas de la estepa». Comparada con la posibilidad de caer bajo el dominio soviético, la Alemania nazi pare-

cía un mal menor.[27]

Desde 1938 el gobierno húngaro había promulgado leyes que discriminaban y expropiaban en parte a los judíos. Para la financiación húngara de la guerra resultaba especialmente importante una ley de julio de 1942 que anulaba todos los créditos de guerra de la primera guerra mundial cuyos titulares fueran judíos. El Estado consiguió así cierto margen para contraer nuevas deudas en la enojosa guerra contra Rusia. Aunque formalmente la confiscación tenía como destinatario un «fondo para la emigración judía»,[28] de hecho se trataba de una forma de financiación de la guerra como la que con el mismo subterfugio se había establecido en el Protectorado de Bohemia y Moravia, en Eslovaquia y en la propia Alemania.

El Reich alemán pagó no obstante en 1943-1944 una pequeña parte de sus deudas de compensación con la «repatriación», reclamada con vehemencia por Hungría, de los títulos de empresas húngaras, por valor de más de cien millones de RM.[29] Esas acciones y obligaciones correspondían, al menos en una parte considerable, a los depósitos de judíos expropiados. En septiembre de 1941, por ejemplo, los títulos del judío Julius Zwicker de Brno/Brünn fueron confiscados por el Estado. Entre ellos había títulos hipotecarios húngaros, con un interés del 7 por 100, por valor de 96.000 dólares (moneda en la que estaban denominados). El fisco del Reich alemán pagó por esos títulos en febrero de 1944 exactamente 182.898,75 RM al «fondo de emigración de Praga», que supuestamente se ocupaba de la emigración de los judíos, en créditos de guerra a largo plazo del Reich. Dado que el propietario había sido ya asesinado o había huido al extranjero, el fisco del Reich podía confiar en no tener que reembolsar jamás esos créditos (véanse las páginas 225 y ss., 237 y ss.). Se trataba pues en realidad de un ingreso sin contrapartida

en la caja de guerra alemana. El Reich alemán amortizó con el paquete de títulos hipotecarios de Zwicker las deudas contraídas con Hungría por el suministro de petróleo y alimentos.[30] (Hungría era entonces, después de Rumania, el segundo productor de petróleo en el territorio bajo dominación alemana).

El 20 de marzo de 1944, un día después de su entrada en Hungría, la jefatura de la Wehrmacht alcanzó en la ciudad-guarnición de Jüterbog, al sur de Berlín, un acuerdo amistoso con los representantes del generalato húngaro, según el cual los costes de ocupación en Hungría serían asumidos por Alemania.[31] El motivo de los alemanes estaba claro: debido a la amenazante situación militar pretendían mantener lo más bajo posible el gasto en hombres y material en el nuevo país ocupado y establecer una alianza lo más amplia posible con los generales y las fuerzas nacionalistas de derecha. De hecho cedieron al cabo de pocos días a Hungría el ejercicio de una soberanía parcial, considerando de nuevo como aliado al flamante gobierno del país y a su ejército.

Sin embargo, Schwerin von Krosigk intervino inmediatamente contra el acuerdo de Jüterbog. Al fin y al cabo era responsable «de que la deuda del Reich no aumente innecesariamente y éste no se vea más adelante frente a obligaciones imposibles de cumplir». Además, había que repartir equitativamente las cargas y víctimas «en la gran lucha europea». Por otra parte, proseguía el ministro, la «asunción de los costes por Hungría [constituía] el medio más seguro para que compense los gastos derivados de la entrada de las tropas mediante medidas adicionales de política financiera y se enfrente enérgicamente durante la guerra al peligro de inflación ligado inevitablemente a esos gastos, en interés de la propia Hungría, pero también del Reich».[32] Entre esas medidas solía figurar la liquidación de las propiedades judías.

En lugar de respetar el equilibrio financiero originalmente convenido, el representante del Ministerio de Finanzas del Reich enviado a Hungría impuso al país los acostumbrados costes de ocupación draconianos.

El nuevo gobierno húngaro confiscó en abril y mayo de 1944 las propiedades de los judíos, cuya deportación fue organizada por Adolf Eichmann con ayuda de la gendarmería húngara. Uno de los funcionarios alemanes que viajaron a Budapest inmediatamente después del 19 de marzo fue Leopold Scheffler, del Banco del Reich, quien había dirigido en París la supervisión de la administración financiera y después —tras un curso práctico en la Polonia ocupada— el Banco Central de Ucrania. Ahora asumió una tarea parecida en Budapest. Su primera decisión fue despedir el 23 de abril al presidente en funciones del Banco Nacional poniendo en su lugar a István Belatiny, más dispuesto a la cooperación («siempre ha colaborado satisfactoriamente con nosotros»). Belatiny dispuso el 26 de abril que todos los títulos y objetos de valor contenidos en las cajas de seguridad del banco que pertenecieran a judíos pasaran a disposición del Banco Nacional. El 28 de abril Scheffler pidió información sobre el estado de las reservas de oro y divisas así como informes y peritajes, especialmente del departamento de economía nacional.[33] [En enero de 2004, apenas había comenzado mi investigación, un apoderado del Archivo Estatal húngaro me prohibió el acceso al fondo «Banco Nacional Húngaro»].

De otras fuentes se deja al menos adivinar cómo prosiguió la historia. El 24 de mayo de 1944 los funcionarios del Ministerio de Economía del Reich constataron con satisfacción, con ocasión de una reunión sobre la situación de Hungría: «Se ha completado la legislación húngara sobre los judíos. El gobierno húngaro confía en que los grandes esfuerzos financieros que se harán necesarios en el marco de la conducción

conjunta de la guerra puedan ser costeados en gran medida con la expropiación de los bienes judíos. Esas propiedades deben de suponer al menos una tercera parte del patrimonio nacional total. Se cuenta con una considerable posibilidad de liquidación de las propiedades judías».[34] El responsable de informar sobre Hungría, que fue quien levantó las actas de esa sesión, proseguía en junio: Avanza la «solución radical de la cuestión judía». Los judíos perdieron «la ciudadanía húngara al abandonar el territorio del Estado húngaro; sus propiedades pasaron al Estado húngaro». Así se pudieron «pagar las elevadas reclamaciones de financiación presentadas hasta ahora al Estado húngaro en relación con el dinero confiscado a los judíos», con lo que la circulación monetaria no tenía «por qué aumentar esencialmente» y se podía evitar transitoriamente la inflación. Aun así, esa situación se veía amenazada «por las grandes compras de la Wehrmacht alemana».[35]

La expropiación de los judíos en Hungría quedó a cargo de los altos funcionarios que también dirigían el monopolio de los licores. Ese monopolio se había establecido en 1941 y el impuesto sobre los alcoholes había aumentado constantemente para proporcionar dinero a las tropas húngaras que junto con las alemanas combatían contra la Unión Soviética. Esa doble función del director de la administración del monopolio desde 1944 facilitaba también, desde el punto de vista del personal político, el aprovechamiento de la hungarización de las propiedades judías para la financiación húngara de la guerra.

En la práctica, el éxito confiscatorio se fue haciendo más difícil a medida que se aproximaba el final de la guerra. A principios de octubre el consejero financiero de Göring informó sobre la situación en Budapest, pronosticando considerables posibilidades a medio plazo de poder utilizar las

propiedades de los judíos para el esfuerzo de guerra húngaro. Sin embargo, dado que para mantener el equilibrio presupuestario a corto plazo «sólo se podía contar con las propiedades fácilmente vendibles», su aprovechamiento inmediato era «mucho más complicado».[36] Aun así, hasta el final de la ocupación alemana se obtuvieron seguramente varios cientos de millones de pengös. Los «bienes judíos» utilizados a ese fin fueron vendidos y comprados por húngaros en la propia Hungría; pero el producto pasó directamente, en la forma abstracta de dinero, de las arcas estatales húngaras al presupuesto de los costes de ocupación alemanes y desde allí a cada soldado alemán. También se pagaron en parte con esos fondos las considerables exportaciones de alimentos, petróleo y bauxita a Alemania.

EMIL Y HENNY UHLMANN

Con la llamada «penitencia de los judíos» el Estado nacionalsocialista expropió en 1938-1939 aproximadamente una cuarta parte de los bienes de los judíos alemanes y austríacos. El resto parecía —visto desde fuera— en principio intacto. Pero como esos activos estaban bajo la administración fiduciaria, muchos de ellos fueron vendidos, convirtiéndolos —formalmente— en bonos del Tesoro del Reich a nombre de los antiguos propietarios. La transformación de esos bienes en títulos del Estado alemán alivió notablemente la economía financiera de guerra. No existen datos documentales precisos sobre tales créditos obligatorios, y el jefe de prensa del Reich advirtió expresamente el 28 de agosto de 1941 que «no se debe mencionar el canje de acciones de propiedad

judía por bonos del Tesoro del Reich al 3,5 por 100».[37] Esa técnica, empleada igualmente en distintos países ocupados —como en Holanda y Francia—, de conversión por discretos agentes fiduciarios de inmuebles, acciones, oro, plata y otros activos en dinero líquido, gastado por el Estado y abonado en forma de créditos de guerra, significaba ni más ni menos que una expropiación total sin actas legales formales: o bien se revalidaba más tarde o bien desaparecían los bienes en una bancarrota del Estado. Por eso a los funcionarios encargados de la financiación de guerra les daba exactamente igual si sólo disponían la forma de inversión de esos activos o si quedaban definitivamente expropiados.

Esto último es lo que sucedió en Alemania con el undécimo decreto de la Ley de ciudadanía del Reich del 25 de noviembre de 1941. En un proyecto que los expertos debatieron el 15 de marzo de 1941, se decía con toda naturalidad que la confiscación de esos bienes servía para «fomentar la emigración de los judíos». En el anexo aclaratorio se señalaba de todas formas que esa formulación provenía de una intervención del Ministerio de Asuntos Exteriores y que se debía «evitar la impresión de que la confiscación de tales bienes constituya una medida destinada a la financiación de la guerra».[38 (•)] Ahora podían entregarse también a la administración crediticia del Reich, como definitivamente expropiados, los bienes de los judíos alemanes convertidos total o parcialmente en obligaciones del Estado, y eliminarse como pagados en la contabilidad del Reich los correspondientes pasivos. Los funcionarios a los que se confió esa tarea debían dejar tras de sí la menor cantidad posible de huellas, por lo que debían sustraer la cantidad «sin mencionar el nombre del judío que figuraba como titular del pago».[39]

La gestión presupuestaria alemana se guiaba entonces por la fórmula, bastante prudente para tiempos de guerra, de que

no más del 50 por 100 de los medios necesarios para ésta procedieran del crédito. La cancelación de viejas deudas sin indemnización ofrecía así un nuevo margen de crédito para la guerra. Cabría estimar el resultado de esa forma de robo —tan sólo en Alemania— en más de dos millardos de RM.

En ciertos casos especiales el Reich alemán no se incautó de los bienes de los perseguidos y asesinados convirtiéndolos en dinero, sino que los estatalizó en su forma material original. Entre esos bienes se hallaban, como especificaba una orden de Hitler de mayo de 1941, los que «por su naturaleza puedan servir al cumplimiento de las tareas de los cuerpos de administración regional». Como se deduce de las disposiciones complementarias para la ejecución de esa orden, se trataba en particular de edificios cuya demolición podía facilitar el ensanchamiento de determinadas calles o la apertura de otras, o «para plazas, espacios verdes e instituciones deportivas» u otros espacios de uso común. Otros se aprovecharon «por ejemplo para la instalación en ellos de servicios comunitarios, escuelas, albergues de las juventudes hitlerianas, hogares infantiles, residencias de ancianos, dispensarios de la Cruz Roja…»; más tarde se utilizaron terrenos sin edificar «para construir hogares para los perjudicados por la guerra aérea». En Hamr na Jezeře/Hammer am See (Bohemia), por ejemplo, se aprovecharon «las posesiones de la judía Ginzkey» para establecer en ellas una residencia de reposo para heridos de guerra. De los bienes muebles se podían apartar los enseres y objetos de uso que pudieran ser útiles «para autoridades, instituciones, hogares, hospitales, etcétera».[40]

El 16 de septiembre de 1942 Walther Bayrhoffer requirió a las autoridades financieras de los *länder* «el envío inmediato a la caja principal del Reich en Berlín» de todos los títulos o del producto de su venta. Lo mismo sucedió con las propie-

dades inmobiliarias. En mayo de 1942 el Ministerio de Finanzas del Reich constató que, pengós decreto, «han pasado a [poder de]l Reich muchas propiedades inmobiliarias judías».[41] Se señalaba también la incorporación al Plan XVII del gran patrimonio que se había obtenido para «ingresos y gastos de guerra extraordinarios». El producto de la venta de las propiedades de los judíos alemanes se contabilizó en el capítulo VII, título I, en particular en lo que respecta a los títulos de propiedad judía. Pero si los títulos eran «confiscados en beneficio del Reich por otras razones», entonces había que anotarlos bajo el título II del mismo capítulo. El título III correspondía genéricamente a los «ingresos procedentes de la administración y venta».[42] A primeros de enero de 1944 Schwerin von Krosigk ordenó «el aprovechamiento o venta de los objetos incautados a disposición de la caja principal del Reich», con el fin de equilibrar el presupuesto público.[43]

En 1942 el presidente del Banco del Reich, Funk, y Himmler establecieron un acuerdo, por el que el oro, las joyas y dinero en efectivo de los judíos europeos asesinados debía entregarse al Banco del Reich. Este abonaba el contravalor del oro, de las monedas de oro y de las divisas en una cuenta especial de la caja principal del Reich, para cuyo titular habían inventado los funcionarios de finanzas el burlón nombre de «Max Heiliger» [El santo Max]. De esa forma se estatalizaron también los bienes que habían sido propiedad de los judíos asesinados en los campos de exterminio de Bełżec, Sobibór, Treblinka, Majdanek y Auschwitz-Oświęcim, entre ellos el oro arrancado de las mandíbulas de los muertos. La circular «Aprovechamiento de las propiedades con ocasión del desplazamiento y reasentamiento de los judíos» del 22 de septiembre de 1942 ordenaba que todo el dinero en efectivo fuera ingresado en la cuenta de la administración SS del

campo en la filial de Berlín-Schöneberg del Banco del Reich. Debían requisar también las divisas, joyas, piedras y metales preciosos, perlas y piezas dentales de oro. La administración de los campos de concentración en Berlín era «responsable de su inmediata entrega al Banco del Reich». Los relojes, cuchillos de mesa, estilográficas, carteras de cuero, etc. se vendían a los soldados del frente con precios estipulados. Al final de la cadena aparecía de nuevo la orden: «El producto total de la venta será transferido al Reich». Los alemanes étnicos reasentados podían comprar los vestidos y zapatos en buen estado, pero también aquí regía el mismo precepto: «En cualquier caso hay que transferir al Reich los beneficios».[44]

El funcionario del Banco del Reich Albert Thoms confesó en 1946, con respecto a las entregas directas de oro, joyas, piezas dentales de oro y títulos, que en el verano de 1942 había sido informado por Emil Puhl, director de negocios y vicepresidente del Banco del Reich, sobre las inminentes entregas de las SS, que fueron transportadas en cajones al Banco del Reich, principalmente por el miembro de las SS Bruno Melmer, y registradas hasta finales de 1944 por Thoms. A continuación las repartía entre «los correspondientes departamentos del Banco del Reich». «Las acciones, títulos y bonos eran transferidos al departamento de valores. Las monedas y el oro los retenía yo en el departamento de metales preciosos». Las joyas se enviaban, «con la petición de un aprovechamiento óptimo», a la casa de empeños y subastas de Berlín. El producto en RM de esas operaciones iba a parar a la cuenta ficticia de «Max Heiliger», de la que se transferían «de cuando en cuando» al ya mencionado Plan XVII del presupuesto de guerra.[45]

El mismo esquema funcionó con los valores entregados por la Oficina Fiduciaria Principal del Este. Se les habían

arrebatado a los judíos de la parte anexionada de Polonia, así como a otros cientos de miles de polacos declarados enemigos del Estado u obligados a la emigración.[46] El procedimiento funcionaba muy bien, hasta el punto de que Himmler pudo afirmar el 4 de octubre de 1943 en Posen que «las riquezas de los judíos han pasado en su totalidad al Reich».

Las excepciones, no sólo de enriquecimiento personal, sino también de autofinanciación incontrolada y opulenta del aparato homicida, confirman la regla. El Ministerio de Finanzas del Reich, por ejemplo, quiso saber poco después de la destrucción del gueto de Varsovia qué había sucedido con los bienes hallados allí. Mientras que las SS afirmaban que todo había pasado reglamentariamente a la caja principal del Reich, en ésta no se pudo confirmar la existencia de ningún «objeto de valor procedente de "Warschau"».[47] Todo lo contrario sucedió en el caso del asesinato de los judíos de Simferopol. En febrero de 1942 el jefe de la policía de seguridad anunció al alto mando correspondiente del ejército: «Los relojes incautados en la operación contra los judíos ... han sido enviados inmediatamente a las arcas estatales de Berlín».[48]

La técnica descrita para la liquidación de las propiedades judías de todo tipo se remitía al decreto sobre administración de las propiedades judías de enero de 1939, con el que Göring anunció a los judíos alemanes la obligación de «entregar para su administración» por el Estado todo su oro, joyas, platino y perlas, y que llevó al Ministerio de Finanzas del Reich a crear la Oficina Central para la Compra y Aprovechamiento de Joyas y Objetos de Metales Preciosos. El aparato administrativo necesario lo suministró la ciudad de Berlín en forma de empleados del centro municipal de préstamos y empeños, sección 3.ª, que ahora trabajarían para el Reich fiduciariamente, supervisados en las cuestiones técni-

cas por el Ministerio de Economía. Como compensación por el esfuerzo burocrático, la ciudad de Berlín recibía el 10 por 100 del precio muy rebajado de las joyas y metales preciosos incautados, corretaje que debían pagar los vendedores forzados. El objetivo de esa oficina central consistía en «hacerse cargo de las joyas y objetos de oro, plata y platino procedentes de fortunas judías y contribuir con su venta a la obtención de las divisas y reservas de oro necesarias para afrontar las tareas de política estatal importantes para la guerra».

Mientras que los relojes de oro, por ejemplo, eran vendidos fundamentalmente en el país y las piezas de metales preciosos de poco valor se enviaban al Centro de Análisis para fundirlas, las piedras preciosas y perlas se vendían en el extranjero para obtener divisas con las que realizar las necesarias compras de guerra. De las piedras que había que sacar de su engarce o volver a pulimentar para obtener una mejor venta, se encargaba la Oficina de Diamantes GmbH de Berlín e Idar-Oberstein. El Ministerio de Finanzas del Reich fundamentaba su proceder en 1941 con el argumento adicional de que «ese acabado es también necesario e importante porque con él las empresas joyeras pueden asegurar una determinada cuota de ocupación para sus tallistas expertos en piedras preciosas». Tras el nuevo tallado o pulimentado la Oficina de Diamantes GmbH enviaba las piedras, ordenadas por tamaños y valores, en «“lotes” dispuestos para la venta», acompañados de una estimación de su valor en divisas.

Las ofertas iban preferentemente a Suiza, pero debido al evidente malestar de los compradores potenciales ante la posibilidad de adquirir piedras preciosas de dudosa procedencia, «sólo una pequeña parte de las perlas y diamantes entregados a la oficina central pudieron venderse a cambio de divisas en el extranjero». A los judíos obligados a la entrega se les reembolsó entre 1939 y finales de 1941 el 10 por 100 de

su precio en el país, del que había que deducir un 10 por 100 por costes de administración.[49] La importancia de esa forma de obtención de medios de pago queda demostrada por una orden de Göring en el verano de 1943, que disponía la incautación de las colecciones de sellos pertenecientes a «enemigos» y judíos, para «obtener mediante su venta la mayor cantidad posible de divisas». La exposición de motivos decía: «La situación de nuestras reservas nos obliga a aprovechar todas las posibilidades de obtención de divisas, aunque en determinados casos el resultado no sea muy elevado».[50] En marzo de 1941, tras una conversación con Göring, Schwerin von Krosigk se hizo cargo de dos cofres con oro y joyas de la familia Rothschild de París. Lo hizo de mala gana y buscó excusas para no tener que vender las piedras preciosas en beneficio de un «fondo especial», pero Göring le replicó que el Ministerio de Finanzas del Reich contaba con «una gran experiencia sobre las formas adecuadas de venta de las joyas judías».[51]

Además de la casa de empeños central de Berlín había también otras casas de empeños locales que se encargaban de la venta de las joyas de los judíos; un informe del director de la oficina municipal de Dortmund del 1 de agosto de 1941 decía: «Los judíos no pueden plantear objeciones al precio de venta de sus pertenencias. Debe bastarles lo que les demos». Ese mismo funcionario opinaba con toda humildad, sobre su futuro lugar en la historia nacional alemana: «Si en los años venideros algún investigador que sólo conozca de oídas a los judíos llega a examinar las actas del archivo de la ciudad, comprobará que también las oficinas municipales de empeños contribuyeron a la solución de la cuestión judía».[52] La oficina de empeños de Dortmund había sido designada como punto central de compra para las joyas de los judíos de Westfalia.

Gisela Möllenhoff y Rita Schlautmann-Overmeyer han descrito convincentemente cómo se estatalizaron las propiedades de los judíos en la ciudad de Münster. Ambas historiadoras muestran por ejemplo, en el caso del matrimonio de buena posición formado por Emil y Henny Uhlmann, el efecto conjunto del impuesto contra la huida del Reich, la contribución obligatoria de los propietarios judíos y la puesta de todo su patrimonio a disposición del Estado: «El valor de sus acciones y haberes bancarios ascendía a 12.500 RM, y la casa donde vivían fue evaluada en otros 34.700 RM. Después del pago del "impuesto contra la huida del Reich" y del "pago de la expiación", de esos 47.200 RM les quedaban 21.350, de los que sólo les permitieron llevar consigo 10 RM cada uno en su huida a Luxemburgo. Dado que un administrador nombrado por el Estado se hacía cargo del cobro del alquiler de su piso en Münster, se vieron obligados a depender de la ayuda de un hermano. El 18 de febrero de 1941 su casa fue transferida al Reich en el registro de la propiedad inmobiliaria. El último resto de sus bienes se los quedó el Estado, bien con la desnacionalización de los emigrantes o con la deportación de los (parientes) que quedaban en razón del undécimo decreto de la "Ley de ciudadanía del Reich" del 25 de noviembre de 1941».[53]

De esa forma la comunidad alemana ahorró 47.180 RM en impuestos, evitando así lo que de otro modo habría tenido que hacer por razones financieras: una subida del 50 por 100 en el impuesto anual sobre el salario para ochocientos obreros (con dos hijos). Al mismo tiempo se pudo absorber una parte del poder de compra excedente en plena guerra y vender al mejor postor o a precio fijo algunas piezas de la propiedad de los Uhlmann.

En abril de 1940 Emil y Henny Uhlmann huyeron a Luxemburgo, donde pocas semanas más tarde los detuvieron

soldados alemanes. El 16 de octubre de 1941 fueron enviados desde Luxemburgo, ocupado con vistas a la germanización, al gueto de Łódź (Litzmannstadt). Emil murió allí el 7 de noviembre de 1942 por una infección y Henny fue obligada a emprender el 17 de septiembre de 1942 el viaje al campo de exterminio de Chełmno, donde fue asesinada ese mismo día en un vagón de gas.[54]

9

Blanqueo de dinero para la Wehrmacht

QUISLING ACÁ, CONSTITUCIÓN ALLÁ

Aunque en Noruega sólo vivían unos dos mil judíos, también allí perdieron todas sus propiedades en provecho de la Wehrmacht. Pocos días después de la decisión de arización del gobierno noruego, el primer ministro Vidkun Quisling impartió la siguiente orden secreta en octubre de 1942: «1. Los relojes de bolsillo y de pulsera incautados en la requisa de propiedades judías, de acuerdo con la ley del 26.10.1942, serán puestos a disposición de la Wehrmacht para objetivos militares y entregados inmediatamente a la policía de seguridad alemana. 2. Las joyas y objetos de oro y plata incautados deben utilizarse como contribución a la cobertura de los gastos de guerra y serán puestos inmediatamente a disposición del gobierno alemán a través de la policía de seguridad alemana».[1] De esa carta surgió la Instrucción número 2 de la oficina de liquidación de los bienes judíos incautados, que

se apropió de los bienes de 2.173 ciudadanos judíos, estimado en un valor total de 23 millones de coronas noruegas. Esa misma oficina requisó los títulos y activos parecidos en beneficio de las arcas estatales noruegas.[2]

Por insignificante que pueda parecer esa suma total, entró en cualquier caso en el presupuesto estatal noruego, destinándose a la cuenta de costes de ocupación y pasando de allí inmediatamente a los bolsillos de los soldados alemanes, a las compras de los oficiales de intendencia o a los salarios de los obreros noruegos que llevaban a cabo los trabajos de fortificación. Todo eso fue pagado, aunque fuera en una pequeña parte, con los bienes incautados a los judíos noruegos.[3]

En noviembre de 1943 los revisores del Tribunal de Cuentas del Reich inspeccionaron un «depósito de objetos de oro y plata» de la administración civil alemana en Oslo. Contenía esencialmente objetos de valor transferidos por la oficina de liquidación. Ya en la Navidad de 1942 fueron distribuidos gratuitamente 387 relojes de oro y otras preseas a los generales al mando de las unidades de la Wehrmacht estacionadas en Noruega (Windisch-Graetz, Dietl y Schoerner), que hombres de especiales merecimientos encontraron el 24 de diciembre bajo el árbol de Navidad como pequeño obsequio de sus jefes de servicio.[4] Según una orden emitida más tarde había que entregar también «juegos de todo tipo» así como «pianos de cola y de pared» para el entretenimiento de las tropas alemanas.[5] Más adelante se compraron todo tipo de artículos textiles para los hogares alemanes, pagándolos con coronas noruegas a la oficina de liquidación.[6]

Muy diferente fue lo sucedido en Bélgica. Allí la política antijudía quedó finalmente en manos de la administración militar alemana. Fue ella —y no la administración belga— la que promulgó todas las disposiciones discriminatorias.

Pocos meses después de la ocupación del país, el 28 de octubre de 1940, la autoridad militar decidió imponer a los judíos «todas las medidas que se consideren necesarias desde el punto de vista de la seguridad». Entre ellas estaba la confección de un registro de judíos y de una lista de empresas bajo influencia judía; también era la Wehrmacht la que concedía las autorizaciones para disponer de las instalaciones y empresas judías y disponía «el cese de los judíos en puestos de la administración y otros oficios».

Tres semanas después los militares decidieron el siguiente paso: en su orden del 16 de noviembre de 1940 el mando supremo del ejército de tierra, mariscal de campo von Brauchitsch, comunicó que «hay que conceder la mayor importancia a la tarea de excluir de la economía con la mayor rapidez posible, también en Bélgica, a los judíos; los activos disponibles de los negocios judíos deben aprovecharse en beneficio de las tropas o del Reich». Pero el intento de «regular la desjudaización de la economía de la misma forma que en Francia, mediante la propia legislación del país», resultó baldío. Los secretarios generales (belgas) de algunos ministerios que habían sustituido como administración al gobierno huido, se negaron a «colaborar por deferencia a los impedimentos constitucionales»,[7] con una actitud claramente distinta a la colaboración habitual en casi todos los demás países de Europa.

La comparación con Bélgica pone de relieve los intereses bastante ocultos de los militares en la «desjudaización» de Noruega. También muestra el escaso éxito de la política de expolio alemana allí donde los propios funcionarios y empleados de banca del país no propendían al antisemitismo. Mientras que en Oslo todo transcurrió como se deseaba, sin mayores problemas, en Bruselas los generales alemanes se quejaban de las engorrosas obstrucciones de los «círculos de

la justicia belga». El *Procureur du Roi* había prohibido simplemente a los notarios del país certificar los contratos de venta de los bienes inmuebles de los judíos. Las autoridades de la ocupación —siempre oficiales de la Wehrmacht, nunca las SS— le obligaron a dimitir, pero «su orden siguió no obstante en vigor», porque no se encontró a nadie en la justicia belga dispuesto a anularla.

La autoridad militar se vio por eso obligada a emitir el 21 de diciembre de 1943 una orden por la que se daban por válidos los contratos belgas certificados por un notario alemán. Aun así, en 1944 faltaban compradores, ya fuera por solidaridad con los perseguidos o por las derrotas militares de los alemanes. También ofrecieron resistencia los tribunales de registro del país. Se negaron obstinadamente y hasta el final a borrar del registro comercial las 6.057 empresas judías que habían sido liquidadas por los alemanes. El Ministerio de Justicia belga tenía pues que borrarlas oficialmente, pero también eso fracasó.[8]

El 31 de mayo de 1941 la administración militar promulgó el «decreto sobre medidas económicas contra los judíos», en el que disponía la obligación de declarar los inmuebles de propiedad judía, de depositar sus títulos y de ingresar el dinero en efectivo en cuentas bancarias. Los judíos belgas declararon en total 28.100 propiedades: 7.700 empresas, 3.000 inmuebles utilizados para negocios y 17.400 patrimonios privados.[9] En febrero de 1941 la autoridad militar constató, bajo el epígrafe «Propiedades judías»: «Todo está registrado».[10] Sin embargo, muchos judíos belgas pudieron eludir la entrega de sus medios líquidos, cajas de seguridad, cuentas y carteras de acciones, porque los directores y empleados de los bancos belgas no se preocuparon por identificar a sus clientes judíos. Incluso cuentas que a primera vista eran reconocibles como judías quedaron intactas. Se registraron en

general sólo aquellas cuyo titular se presentó «espontáneamente» ante la autoridad militar alemana competente.[11]

El 2 de abril de 1942 se promulgó el decreto de la autoridad militar «sobre el traspaso de los bienes de los judíos al Reich alemán», que legitimó lo que la sociedad fiduciaria de Bruselas (*Brüsseler Treuhandgesellschaft*, BT) ya administraba desde su fundación en octubre de 1940, liquidando las propiedades judías así como las incautadas a los «enemigos». La inscripción de la BT en el registro comercial la llevaron a cabo dos miembros de la administración militar que se presentaron como delegados del jefe de la administración militar (*Militärverwaltung*, MV); uno de ellos trabajaba también como encargado de negocios. «Mediante esa estrecha vinculación se garantizaba el cumplimiento de las tareas asignadas por la MV a la BT. El consejo directivo de la BT, creado más tarde, estaba compuesto en su mayoría por miembros de la MV, entre ellos el director de la sección económica como presidente».

La BT administraba también «dinero en efectivo, diamantes, joyas, etc.», arrebatadas en el campo de internamiento del cuartel de Mecheln a los judíos destinados a la deportación por la policía de seguridad alemana. Para mayor simplicidad, la BT, totalmente al servicio de la Wehrmacht, disponía de un colaborador permanente en el campo. Los depósitos y paquetes de acciones, así como el producto de las ventas de la arización, eran transferidos en su mayor parte a la Societé Française de Banque et de Dépôts, administrada obligadamente por la BT.[12]

En el invierno de 1944-1945 los funcionarios militares alemanes escribieron su informe final sobre moneda y finanzas, después de abandonar Bélgica ante la cercana perspectiva de la derrota. Esto provocó naturalmente ciertos deslices, y uno

de ellos resulta de especial relevancia en relación con lo aquí expuesto. Junto a los costes de ocupación oficialmente transferidos afluyeron «a la potencia ocupante más francos belgas como ingresos de la administración», según dice el informe. Se trataba «especialmente del dinero de la expiación…, multas, el resultado de la venta de mercancías de contrabando incautadas, etc».. En cualquier caso, los documentos sólo comprendían desde el 1 de octubre de 1943 hasta el 31 de marzo de 1944, según precisaba el autor del informe; en ese período sólo se obtuvieron unos pocos millones de RM, sobre los que aun así se indicaba: «disminuyeron el consumo de los verdaderos costes de ocupación».[13]

En el apartado sobre los ingresos de administración del informe final de la administración militar, en gran parte desaparecido, constan no obstante las propiedades expoliadas a los judíos belgas. No es fácil decir de cuánto dinero se trataba. En cualquier caso no era demasiado, incluso en relación con el patrimonio total, relativamente pequeño, de los judíos belgas. Según los documentos conservados, se obtenían de cuando en cuando cantidades que alcanzaban tres, doce o diez millones de RM.[14] En el otoño de 1944 un funcionario del Ministerio de Finanzas del Reich señaló en una nota de trabajo sobre las «demás tareas del Comisariado del Reich para Bélgica»: «La sociedad fiduciaria (a cargo de las propiedades judías)», «Propiedades de enemigos y judíos (los títulos remitidos)», «Solicitudes al Reich del Ministerio del Este en relación con la requisa de mobiliario judío», «Obras de arte incautadas por la unidad de Rosenberg».[15] El funcionario mezclaba distintos asuntos, porque se trataba siempre de dinero que había que contabilizar o emplear en el presupuesto de guerra. No conocemos el resultado de esas «tareas».

En Holanda los alemanes establecieron una pequeña administración civil de control. A diferencia de lo sucedido en Bélgica o en Noruega, allí no se promulgó nunca una ley propia o alemana para expropiar a los judíos, y sin embargo el botín fue especialmente elevado. En un principio el comisario del Reich ordenó, el 22 de octubre de 1940, un censo de determinadas empresas, y concretó la medida el 12 de marzo de 1941 en el «Decreto sobre el trato a las empresas obligadas a inscribirse». Por neutro que sonara ese título, el último artículo queda muy claro: «Este decreto entra en vigor el día de su promulgación. Se citará como "decreto de desjudaización de la economía"».

El 10 de enero de 1941 se impuso a los judíos lo que ya era una «penitencia» casi característica del comportamiento alemán. El 26 de marzo le siguió el control de la circulación de oro y divisas; el 27 de mayo se dispuso que los judíos tenían que entregar sus propiedades inmobiliarias utilizadas para la agricultura; el 8 de agosto le tocó el turno a los bienes de capital, y tres días después al resto de las propiedades inmobiliarias judías.

En cualquier caso, el decreto decisivo del 8 de agosto no se refería a la «caída» en las arcas estatales alemana u holandesa de las propiedades de los judíos «obligados a depositarlas», sino —en general— al «empleo de las propiedades judías». Se trataba, según observaba el Servicio de Seguridad, «del almacenamiento como reserva de todas las propiedades judías», con las que supuestamente debían pagar su posterior emigración. Como en Alemania, en Eslovaquia, en Hungría o en el protectorado de Bohemia y Moravia, la liquida-

ción inmediata para fines de guerra debía ocultarse tras la fórmula hueca de la «constitución de un fondo para la emigración».[16]

En lo sucesivo todos los cheques y el dinero en efectivo se ingresaron en una cuenta de la casa bancaria Lippman, Rosenthal & Co., convertida en centro encargado de la arización. Los títulos debían depositarse allí o dar cuenta a su gerencia desde el banco que disponía del depósito. «Las colecciones de cualquier tipo, obras de arte, objetos de oro, platino o plata, así como piedras preciosas talladas o no talladas, piedras semipreciosas y perlas» debían «entregarse» igualmente allí.[17] El 21 de mayo de 1942 se obligó a los judíos a declarar todas las cantidades que se les adeudaban.[18] Tras el nombre judío de la casa bancaria se ocultaban sus verdaderos jefes alemanes, que liquidaron las propiedades de los judíos.[19]

Con ayuda de la Bolsa de Amsterdam, administrada por holandeses, se pudieron vender allí alrededor del 80 por 100 de las acciones que habían pertenecido a propietarios judíos. De forma parecida se vendieron también las demás propiedades. Al respecto surgió una disputa sobre si esas transacciones satisfacían la prohibición de expropiación que preveía la Convención de La Haya sobre la guerra. A primera vista todo parecía correcto, porque formalmente no se trataba de una expropiación, sino de un reacomodo de bienes. El producto de las ventas de liquidación podía transformarse al principio en obligaciones del Estado o de empresas industriales así como en títulos hipotecarios, pero al poco tiempo sólo quedó la posibilidad de los bonos del Estado holandés. Entre las peculiaridades de lo sucedido en Holanda está el que parte del dinero obtenido de las propiedades judías se transformó inmediatamente en bonos del Tesoro del Reich alemán. Dado que también las obligaciones del Estado ho-

landés se emitían, en definitiva, para satisfacer las necesidades de dinero de la potencia ocupante, podía mantenerse esa posibilidad. El fisco holandés y el Reich alemán pagaban intereses regulares a la casa bancaria Lippman, Rosenthal & Co., que volvían a transformarse inmediatamente en obligaciones del Estado, yendo así a parar, en definitiva, al presupuesto del Estado o a los costes de ocupación. Los negocios se liquidaban en una cuenta de afectación, lo que tenía como consecuencia que las propiedades individuales sólo se habrían podido determinar, en el mejor de los casos, como proporción del volumen total de los valores expropiados.

Ese sistema empleado en los Países Bajos no precisaba ningún acta formal de expropiación y permitía pensar en una restitución cinco, diez o veinte años después. En consecuencia, el comisario del Reich en los Países Bajos transformó las propiedades judías en un patrimonio especial que traspasó al Centro de rentas y patrimonios creado al efecto en La Haya, con lo que todos podían darse por satisfechos (menos los expropiados); pues en caso de que en el momento del vencimiento de las obligaciones del Estado y de los intereses acumulados no hubiera reclamación al respecto, no habría que amortizar la deuda y las reclamaciones quedarían extinguidas sin que nadie se apercibiera (en cuanto a la política de expropiación alemana, dirigida preferentemente contra los judíos, no se puede tomar simplemente la cantidad de «títulos» vendidos como criterio de la magnitud de la arización; hay que distinguir ante todo y en primer lugar entre títulos del Estado suscritos obligatoriamente —antes libremente— por un lado, y acciones de empresas privadas por otro. Mientras que las acciones debían ser necesariamente vendidas para favorecer la política financiera del Estado, en el caso de los bonos del Tesoro no se precisaba ningún acto

posterior, porque el Estado ya disponía del dinero. Tampoco desempeñaba ningún papel para el éxito de la política monetaria que las propiedades transformadas en títulos del Estado figuraran luego a nombre del propietario obligadamente administrado o formaran parte de fondos anónimos).[20]

También se pusieron bajo administración obligatoria —siguiendo un procedimiento difícilmente objetable, en general, desde el punto de vista del derecho internacional— las propiedades de extranjeros enemigos u holandeses huidos. Esto era igualmente habitual en Gran Bretaña y en Estados Unidos, pero en lo que atañe a las propiedades judías, la «administración de bienes enemigos» alemana las vendió todas en 1942-1943, ingresando el producto de la venta en la cuenta abierta al efecto en Amsterdam a nombre de la Deutsche Revisionsund Treuhand AG [Contabilidad y Administración Fiduciaria Alemana, S. A.]. Allí se transformó también ese dinero, perteneciente en este caso a judíos ausentes de nacionalidad enemiga, en títulos del Estado holandés, sirviendo así en su totalidad para la financiación alemana de la guerra.[21]

Sólo después de que se hubiera decidido la incautación de sus propiedades, el director de la policía y de las SS en La Haya declaró: «El 15 de octubre [de 1942] queda fuera de la ley la judería holandesa; es decir, comienza una gran acción policial, en la que deberán participar no sólo los órganos policiales alemanes y holandeses, sino también la sección obrera del NSDAP, los miembros del partido, del NSB … la Wehrmacht, etc… Yo, por mi parte, ya he comenzado a dar órdenes de que a los arios que hayan ocultado a judíos o les hayan ayudado a cruzar la frontera o les hayan proporcionado documentación falsa, les sean incautados sus bienes y sean conducidos a un campo de concentración; todo ello para evitar la huida de los judíos, que ha cobrado importan-

tes proporciones».[22 (•)]

El dinero en efectivo robado a los judíos ascendió, según estimaciones prudentes, a 150 millones de florines. De las empresas arizadas se obtuvieron «más de doscientos millones», y de las casas y terrenos incautados otros 150 millones. En total, según comentaristas holandeses de la época, se llegó a una «cantidad que rondaba los quinientos millones de florines». Así pues «una suma en la que —como proclamaba públicamente la potencia ocupante— la vida económica holandesa debería interesarse».[23] Los funcionarios de la autoridad cleptómana alemana estimaban a finales de 1943 un valor total de entre seiscientos y setecientos millones de florines, del que había que remitir al Ministerio de Finanzas del Reich el 10 por 100 como compensación global por las propiedades de los judíos alemanes en los Países Bajos.[24]

Pero ésas son estimaciones de la época. Según los datos holandeses de posguerra, se robaron a los judíos holandeses bienes por un valor comprendido entre 1.100 y 1.500 millones de florines. Al respecto conviene considerar que las autoridades alemanas no tenían en cuenta la minusvaloración de las propiedades judías como consecuencia de la corrupción, y que parte de lo transformado en obligaciones del Estado holandés figuraba como propiedades «enemigas» y no explícitamente judías. Podríamos estimar prudentemente, sin temor a exagerar, que la potencia ocupante transformó en obligaciones del Estado holandés, con la ayuda del Banco Nacional de los Países Bajos, propiedades judías por valor de más de 1.500 millones de RM. Dado que durante la guerra los alemanes arrebataron a los ocho millones de holandeses bienes y servicios por valor de 14.500 millones de RM, resulta que la parte correspondiente a los 140.000 judíos suponía un mínimo del 10 por 100.[25]

Para captar mejor el sistema múltiplemente oculto de la arización en Francia, en el que la parte vendida de las propiedades judías se transformó en bonos del Tesoro francés y con ello en dinero en efectivo para los costes de ocupación alemanes, conviene dirigir la mirada primero al trato concedido a los bienes «enemigos», menos velado. El artículo 46 de la Convención de La Haya sobre la guerra regulaba de manera general lo que debía suceder con las empresas, casas y acciones sujetas a la «administración de propiedades enemigas», ya fuera en Alemania o en otros países. Junto a los bienes pertenecientes a ciudadanos de los llamados Estados enemigos, se incluían igualmente los abandonados por los franceses huidos, así como los de ciudadanos de Estados neutrales que vivieran en países enemigos (se les llamaba «enemigos por el lugar de residencia», y en esa categoría entraba por ejemplo un ciudadano suizo que poseyera una fábrica en Francia y viviera en Inglaterra).

Según la opinión dominante, esos activos y sus réditos debían ser «custodiados fiduciariamente en nombre de sus titulares y derecho-habientes» por Alemania mientras durara la guerra.[26] Según las apariencias el comisario alemán competente se atuvo meticulosamente a ese principio legal, pero de hecho desvió una parte notable de esos bienes a los fondos para la financiación de la guerra. La clave se halla en los plenos poderes otorgados a los administradores, que les permitían «adoptar determinadas medidas administrativas para su protección y conservación».

En Francia el total rondaba los 2.500 millones de RM.[27] Las «medidas administrativas» se movían entre la intención

expresa del gobierno del Reich de apoderarse más tarde de los valores en cuestión y la obligación, al menos transitoria, de «conservarlos».[28] Además, los «bienes enemigos» estaban sometidos a todas las estipulaciones legales sobre divisas. También había que entregar el oro, las divisas y títulos extranjeros, que debían ofrecerse en venta a la Caja de crédito del Reich en París. Esta los adquiría y enviaba el contravalor —en francos franceses de la cuenta de los costes de ocupación— a la oficina fiduciaria. Lo mismo se cumplía en el caso de la venta obligatoria de vehículos.[29 (•)] A cambio de todos esos valores, los administradores de las propiedades enemigas recibían una compensación nominalmente aceptable en bonos del Tesoro del Estado francés. De esa forma la transacción resultaba doblemente beneficiosa para los alemanes: por un lado tenían la posibilidad de emplear el oro, divisas y acciones para sus compras en países neutrales, y además podían bloquear inmediatamente los bonos del Tesoro entregados a los administradores de bienes enemigos a modo de indemnización, lo que contribuía a la estabilidad del franco francés. El mismo trato sufrieron las reservas líquidas de las empresas enemigas, así como los dividendos y otras rentas del capital o el producto de su eventual venta. Todo ese dinero era «confiado a la administración fiduciaria», que lo «invertía» en bonos del Tesoro francés.[30]

Debido a la inflación desencadenada por la ocupación, el comisario alemán en la Banque de France (BdF) adoptó desde el primer momento medidas para reducir la circulación de dinero, semejantes a las que se tomaron en otros países ocupados. Entre ellas estaban las operaciones de pago mediante cheques, concertadas en noviembre de 1940 entre la dirección de las cajas de crédito del Reich y la de la BdF. A partir de ese momento los empresarios franceses recibían el pago por todos sus suministros y servicios al poder ocupante

en forma de transferencias desde la BdF por encargo de la Caja de crédito del Reich de París.[31] Los alemanes impusieron del mismo modo la circulación de cheques, disminuyeron la circulación de grandes billetes, libraron letras con un plazo de nueve meses o presionaron para que las subvenciones estatales se pagaran con títulos del Tesoro que sólo se podrían cobrar al cabo de cuatro años. Todo esto tenía como finalidad restringir el volumen de dinero en circulación, hinchado por los masivos costes de ocupación.[32] Al mismo tiempo el poder ocupante mantuvo la política de bajos intereses que tanto Francia como Alemania habían iniciado en otoño de 1939 para aliviar sus respectivas arcas estatales. A ese conjunto de medidas de política monetaria se añadía —como en muchos otros países de Europa— el expolio del patrimonio de los judíos.

En noviembre de 1941 el Comando de protección de divisas de Francia dispuso que las obligaciones que el Estado francés había contraído en los años anteriores y que ahora llegaban a su fecha de vencimiento sólo se debían amortizar si lo deseaba su titular. En el caso de los títulos del Estado bajo administración obligatoria, entre los que estaban todos los de propietarios judíos, esos pagos quedaron bloqueados, y lo mismo sucedió con los de propiedad enemiga.[33] Esa medida redujo inmediatamente la necesidad de imprimir billetes de banco.

Todos los comisarios alemanes en los bancos de emisión de los países ocupados debían intentar, cuando menos, poner en práctica los procedimientos descritos para financiar la guerra. En Alemania, Hungría y Rumania los títulos del Estado que los judíos habían comprado durante los años anteriores o que más tarde recibieron a cambio de sus propiedades fueron recuperados oficialmente en 1941-1942, esto es, expropiados sin indemnización. Sin embargo, el acto jurí-

dico desempeñó un papel mínimo. En cualquier caso, ya fuera con o sin expropiación, el bloqueo de los títulos vencidos amplió notablemente la capacidad de endeudamiento de los Estados que dirigían la guerra.

Otra técnica para obtener más rápidamente dinero fue la que empleó la Wehrmacht en Tunicia. Cuando los aliados occidentales desembarcaron en Marruecos y Argelia a principios de noviembre de 1942, Alemania e Italia reaccionaron con la entrada de sus tropas en la Francia de Vichy y en la colonia francesa de Tunicia. Pocas semanas más tarde los alemanes exigieron tres millardos de francos mensuales «para la protección de Tunicia»,[34] aunque ese dinero no quedaba lejos de las arcas del Estado francés.

Apenas desembarcados detuvieron a varios notables judíos, incluido el presidente de la comunidad judía de Túnez, Moïse Borgel. Después de dejar en libertad a los detenidos, transformaron la dirección de la comunidad judía en una especie de consejo judío, obligado a proporcionar los trabajadores forzados necesarios para la construcción de una base aérea de la Luftwaffe, y para cuyo mantenimiento la comunidad tuvo que entregar inmediatamente más de 31 millones de francos. Según las indicaciones de Michael Laskier, en Tunicia se desarrolló rápidamente la siguiente situación, habitual en otros lugares: «In order to meet the various German demands, the Jewish leadership was compelled to mortgage real estate and use the property of affluent Jews as guarantee for bank loans. Thus, the terror organized against the Jews had a significant financial aspect».[*][35]

La práctica mencionada en la cita de obligar a los judíos a hipotecar sus casas, a ponerlas a disposición de administradores fiduciarios o a ofrecer otras propiedades como garantía bancaria de créditos de guerra, pertenecía pues claramen-

te al instrumentarlo cleptómano de los intendentes del ejército alemán. Aquí no se puede investigar más detalladamente qué sucedió después con todo aquello; en cualquier caso, el intendente principal en la Bélgica ocupada desarrolló ideas parecidas en conversaciones con el jefe del negociado judío del Ministerio de Finanzas del Reich. Después de que en Bélgica la venta de los inmuebles judíos hubiera fracasado debido a la oposición de la administración, pero también al «rechazo» que mostraba la población «a adquirir lo que hasta entonces habían sido propiedades inmobiliarias judías», el oficial de la Wehrmacht propuso, para obtener de todas formas dinero, «imponer, en la medida de lo posible, altas hipotecas a los propietarios judíos». Finalmente se hallaron inversores suficientes y «se pudo ingresar el dinero así obtenido. El Reich pudo hacerse así rápidamente con una parte del valor de los inmuebles, sin tener que venderlos por debajo de su valor».[36] También en Alemania se debatió la posibilidad de hipotecar las propiedades inmobiliarias de los judíos «en beneficio de la financiación de guerra».[37]

Como en casi toda la Europa ocupada, también en Francia el expolio de los judíos se llevó a cabo mediante una serie de medidas particulares que tenían como objetivo justipreciar los activos, restringir las posibilidades de gestión de sus propietarios e imponer administradores que los vendieran a continuación lo más rápidamente posible. El 16 de octubre de 1940 conversaron al respecto el entonces comandante en jefe del ejército de tierra, von Brauchitsch, el jefe de la sección económica de la autoridad militar, Michel, el jefe de la sección administrativa, Werner Best, y el ministro del Interior y de Justicia de Württemberg entre 1933 y 1945, Jonathan Schmid. El encuentro tuvo lugar en el hotel Ritz de París. Según las actas levantadas, esto es lo que dijeron los participantes: «El director general Michel informa sobre el

estado de las medidas planeadas por nuestra parte, mediante los proyectos de ley ya elaborados, contra los negocios judíos en la parte ocupada de Francia». Von Brauchitsch se mostró «en todo de acuerdo» con la propuesta, pero pidió «una aceleración de las medidas, porque no se sabe si los alemanes estaremos todavía, dentro de algunos meses, en condiciones de imponer o de llevar a cabo aquí en Francia las medidas que consideramos adecuadas contra los judíos». Además pidió «que se posibilite, ya desde ahora, nombrar administradores fiduciarios para los negocios judíos que todavía no se han vuelto a abrir». A una pregunta «respondió expresamente que estaba de acuerdo en que se empleara como administradores esencialmente a franceses».

Ante tanto compromiso de los generales de la Wehrmacht y de los principales expertos económicos de la administración militar, el destacado oficial de las SS Werner Best no consideró necesario pronunciarse sobre la cuestión judía. Hizo constar en las actas ciertas observaciones sobre el tráfico por carretera en Francia.[38] En cualquier caso, Best ya había mantenido antes una conversación con el embajador alemán en París desarrollando las «iniciativas» pertinentes, entre ellas la de «comprobar si se pueden expropiar las propiedades judías en los territorios ocupados».[39]

Once días después del encuentro en el hotel Ritz, el 27 de octubre de 1940, la autoridad militar dio la orden de declarar e identificar las empresas de propietarios judíos. El decreto diseñado por Michel y anunciado en la conversación con von Brauchitsch disponía el registro de todos los negocios, bancos, comercios y empresas industriales judías, incluidos los que sólo tenían una participación judía. Las empresas afectadas debían ponerse tan rápidamente como fuera posible bajo administración fiduciaria. Los administradores militares alemanes deseaban «limpiar Francia de influencia

judía» y poner a disposición «de la patria, de la Wehrmacht y de la población francesa las reservas almacenadas en esos negocios». Con la palabra «patria» se refería Michel al transporte de los bienes robados a Alemania.

Aparentemente sólo se establecía hasta ese momento la «obligación de declarar», pero los responsables pretendían confeccionar así un «inventario» y veían en los administradores nombrados a continuación una base lo bastante elástica para «la rápida ejecución de la arización».[40] La expropiación final de las propiedades judías presuponía de todas formas, según los planes alemanes, leyes y órganos de ejecución franceses, algo que al principio resultó problemático. Hubo que incitar «poco a poco» al gobierno francés, sin duda ejerciendo presiones, para que se decidiera «a la promulgación de una ley propia».[41] Todas esas represalias contra los judíos franceses las impulsaban los oficiales alemanes y los administradores de guerra pertenecientes a la Wehrmacht, con la intención de procurarse la mayor cantidad posible de medios de pago. La autoridad militar pidió en ocasiones a la policía de seguridad que detuviera a determinados judíos para acceder así más fácilmente a sus empresas. Más aún: a partir de junio de 1942 el representante permanente en el consejo de administración de guerra de Theodor Dannecker —delegado en París de Eichmann—, era Heinz Röthke, y a él fue a quien la autoridad militar puso a la cabeza de la policía de seguridad y del Servicio de Seguridad en Francia. Después de que Dannecker abandonara de nuevo París en agosto de 1942, su sucesor fue el funcionario de la administración militar Röthke.[42]

En octubre de 1942 Michel informaba: «Se ha acometido la eliminación de los judíos de la economía francesa en la parte ocupada ... Las empresas judías superfluas serán liquidadas y sus reservas se pondrán a disposición de otras em-

presas. Las empresas económicamente útiles serán arizadas por los administradores del Comisariado». Las medidas acordadas pretendían que «los franceses sean los primeros interesados en ellas», y se esperaba así que el gobierno francés también tomara medidas parecidas en la parte no ocupada.[43] Sólo en casos excepcionales se nombraron administradores alemanes, en concreto cuando había que asegurarse del control sobre tales empresas.[44] También Göring había ordenado «poner en primer plano la participación económica de compradores franceses».[45]

La participación de los franceses tenía una finalidad política. Según las palabras del embajador alemán en París, se trataba con ello de «separar a Francia del mundo judío», con lo que se aludía a los vínculos con el liberalismo y las democracias occidentales.[46] Desde el principio había que encauzar el producto de la arización de empresas judías «hacia el fisco francés», algo que suscitaba la «sorpresa» de algunos funcionarios alemanes de la ocupación.[47] Además, en la medida en que la expropiación tuviera lugar entre franceses, se podría respetar, al menos aparentemente, la Convención de La Haya. Al fin y al cabo, la sección de justicia de la autoridad militar ya había convenido en agosto de 1940 que la arización proyectada debía «adoptar la apariencia de transacciones privadas».[48]

Dos ejemplos pueden ilustrar cómo se entrelazaban los intereses alemanes y franceses en el caso de la «desjudaización». El 6 de marzo de 1941 cierto A. Labbé, antes representante de la línea Hamburgo-Estados Unidos en Cherburgo y ahora sin trabajo, se dirigió al muy honorable señor Gerstner de la embajada alemana en París, agradeciéndole su intervención «con respecto a mi eventual empleo como administrador del Comisariado u otra actividad parecida». Se trataba, como propuso la embajada a la autoridad militar, de

«asumir una administración fiduciaria de propiedades judías o enemigas». Su insistencia acabó teniendo éxito, y en septiembre de 1941 Labbé recibió, gracias a la ayuda de Gerstner, la gerencia fiduciaria del hotel Ayoun Mireille en Boulogne-sur-Seine.

El 9 de agosto de 1941 el mismo doctor Karl-Heinz Gerstner preguntó a la autoridad militar si no se podría emplear «como comisario para una empresa judía» al francés Lucien Léontard, en razón de sus conocimientos económicos, su buen conocimiento del alemán y su manifiesta germanofilia. Ese colaboracionista recibió inmediatamente la mención «recomendado por la embajada alemana».[49]

Otro ejemplo más de que parte de los franceses estaban interesados en el robo de las propiedades judías se muestra en la variante parisina de la penitencia de los judíos. El 14 de diciembre de 1941 la autoridad militar alemana impuso a los judíos de París una multa colectiva de mil millones de francos.[50] El aparato del Estado francés, volcado en la recaudación, se apoderó de gran cantidad de acciones de las familias Gunzburg y Javal, extraordinariamente ricas, que habían huido a Estados Unidos.[51] Así se hizo innecesaria la oferta del Ministerio de Finanzas del Reich de «enviar a especialistas para la ejecución del decreto en caso de negativa al pago».

Para fomentar la colaboración germano-francesa, la autoridad militar quería entregar el 25 por 100 del pago obligatorio al Secours National y otras organizaciones de beneficencia francesas, pero el Ministerio de Finanzas del Reich insistió en que se ingresara la totalidad en las cuentas del Reich. Finalmente se pusieron de acuerdo en una entrega del 10 por 100. Así fueron a parar cien millones de francos de la penitencia judía a los franceses que habían sufrido daños durante

el ataque aéreo británico a París. Esas ayudas fueron distribuidas por el Comité Ouvrier de Secours Immédiat constituido al efecto.[52]

De modo parecido se comportó la administración ocupante alemana durante el corto lapso de la guerra de África en la colonia francesa de Tunicia. En diciembre de 1942 el embajador especial del Ministerio de Asuntos Exteriores Rudolf Rahn expuso la caótica situación de Túnez. La ciudad y el puerto habían sufrido severos bombardeos aéreos británicos. Rahn informaba de la creación de unidades policiales del propio país y de un comité ciudadano para aliviar las agudas necesidades y organizar las primeras ayudas. Luego proseguía en su telegrama: «Dado que la judería internacional es responsable del ataque anglo-americano contra África del Norte, el mando unificado de la policía de seguridad y del Servicio de Seguridad han reclamado la suma de veinte millones a los judíos, cantidad que se ha entregado al comité mixto árabo-italo-francés para el auxilio inmediato a los perjudicados por las bombas. En caso de que prosigan los bombardeos enemigos contra la población civil, se recaudarán nuevas contribuciones».[53] Tres meses después Rahn telegrafiaba que el comité de ayuda formado por sugerencia suya había «repartido hasta ahora cincuenta millones de francos franceses de la incautación de bienes de los judíos tunecinos a las familias bombardeadas, principalmente musulmanas».[54] Durante los últimos meses de guerra los alemanes proporcionaron también a las víctimas de los bombardeos en Italia y Hungría ayuda de emergencia obtenida de las propiedades judías.[55] En Krivoi-Rog (Ucrania), el comandante del lugar hizo distribuir las viviendas de los judíos asesinados siguiendo criterios sociopolíticos. Según su informe, la administración municipal de la ciudad «había requisado las viviendas abandonadas por los judíos y se las había

vendido a los ciudadanos necesitados».[56]

Aunque la autoridad militar en Francia no decretó hasta 1942 el toque de queda nocturno para los judíos, ordenando asimismo que portaran la estrella amarilla, en junio de 1941 ya había alcanzado su principal objetivo político al respecto: la adopción por el gobierno de Vichy de una serie de leyes antijudías, como fueron el estatuto judío, la creación del Commissariat Général aux Questions Juives. Guiándose de cerca por el modelo alemán de 1938-1939, el 29 de noviembre de 1941 se promulgó una ley creando la Union Générale des Israélites, en la que estaban obligados a inscribirse todos los judíos. Al mismo tiempo el gobierno de Vichy disolvió todas las demás organizaciones y asociaciones judías.[57]

Así pudieron controlar los alemanes el robo sin tener que emplear mucho personal propio. La sección económica competente de la autoridad militar (Wi I/1) estaba formada por cinco consejeros de la administración militar, un inspector superior, un secretario y tres taquimecanógrafas. De ellos, tres consejeros, el inspector superior, una taquimecanógrafa y otras tres cedidas por la administración fiduciaria trabajaban en el departamento especial del «delegado de la autoridad militar ante el Comisariado General [francés] para la cuestión judía».[58] Esas pocas personas y un puñado de contables, ocupados no sólo en la arización, fueron los que dirigieron la «desjudaización» en Francia.

Esta fue llevada a cabo en la práctica por el Comisariado General, cuya Direction générale de l'Ariyanisation économique se encargaba de las expropiaciones. Las acciones incautadas las administraba el Ministerio de Hacienda francés. Allí se vendieron las acciones como mejor se pudo, convirtiéndolas en bonos y obligaciones del Tesoro y otros títulos del Estado francés para lubricar con dinero en efectivo la

máquina de guerra y pillaje alemana.

A ojos de la mayoría de los judíos perseguidos los responsables de la arización cotidiana fueron las autoridades francesas y funcionarios especiales de la administración francesa. Hubo sin embargo excepciones, como los inmigrantes judíos procedentes de Alemania y Austria y a partir del otoño de 1942 también los judíos todavía no naturalizados procedentes de Polonia, Bohemia y Moravia, así como los de nacionalidad enemiga o que en aquel momento se hallaban en países enemigos,[59] esto es, más de cincuenta mil de los trescientos mil judíos que vivían en Francia. La sección Wi 1/2 de la autoridad militar en Francia nombró para ellos a Ferdinand Niedermeyer como administrador general del Comisariado. Niedermeyer liquidó o vendió las empresas y se preocupó de que el producto de esas operaciones quedara «a buen recaudo en beneficio del Reich».[60] Entró en funciones en agosto de 1941, «por un lado como comisario general y por otro como encargado especial del partido con el objetivo de la inserción de alemanes en empresas [judías] viables».[61]

Ese servicio funcionaba con el título de «Autoridad militar en Francia, sección finanzas, judíos alemanes»[62], y el Ministerio de Finanzas del Reich dispuso «que el producto [de su trabajo] debía ser enviado a la caja central del Reich».[63] Tras la liberación de Francia Niedermeyer hizo llegar todavía a la caja central del Reich títulos, joyas y sellos incautados por valor de sesenta millones de RM.[64]

Para la liquidación de las propiedades «enemigas», entre las que se contaban también grandes activos judíos, la administración militar creó en diciembre de 1940 la «Oficina fiduciaria y de contabilidad en el ámbito de la autoridad militar en Francia», dirigida en un principio por un tal teniente Kadelbach, quien en febrero de 1941 propuso que la totali-

dad de las propiedades enemigas y judías fueran gestionadas por la empresa auditora «Treuverkehr Deutsche Treuhand AG» de Berlín, próxima al Deutsche Bank, en cuya presidencia figuraba el propio Kadelbach.[65] El encargo a esa empresa de tareas en principio estatales constituyó uno de los muchos casos de externalización (*out-sourcing*) característicos del Estado nacionalsocialista.

La «Oficina fiduciaria y de contabilidad en el ámbito de la autoridad militar en Francia», un organismo de contornos indefinidos y que nunca fue oficial, aparecía como una especie de sucursal de la Treuverkehr. Sus empleados la consideraban como «una institución fiscal», un centro de recogida de dinero «de naturaleza temporalmente limitada» y «sin forma fija».[66] De hecho se trataba ni más ni menos que de otra empresa fantasma dedicada al blanqueo de dinero. En el campo de actividades de esa oficina fiduciaria, organizada privadamente pero por encargo público, entraba el «sector judío». Según las instrucciones de Michel en mayo de 1942 debía realizar las siguientes tareas:

> a) Confección de un fichero que recoja y lleve al día el censo de las empresas judías y de sus administradores, así como cualquier otra particularidad.
>
> b) Incautación de las propiedades judías determinadas por mi encargado de la desjudaización de la economía ante el comisario general para cuestiones judías, informes periódicos sobre sus entradas y regulación en cada momento de las incautaciones junto con mi encargado de la desjudaización de la economía ante el comisario general para cuestiones judías.
>
> c) Colaboración en los procedimientos de autorización de las propuestas de arización con el fin de que se transmita al personal encargado por mí un corto informe pericial (la llamada «revisión de actas»).[67]

La administración militar consideraba por tanto muy «importante para la guerra» a la Treuverkehr, porque «administraba propiedades judías y enemigas por valor de varios millardos de francos».[68] Cabezas y manos francesas dirigían el Comisariado General para la cuestión judía, pero la Wehr-

macht mantenía en él desde diciembre de 1940 a un delegado de la autoridad militar para la desjudaización de la economía, también perteneciente a la Treuverkehr, como comisionado en el Service du Contrôle des Administrateurs Provisoires; en el informe final aparece mencionado, sin mayor precisión, en relación con el Service du Contrôle francés.[69] Como había ordenado Michel, la Treuverkehr confeccionó un fichero sobre la arización de la economía francesa. Se alojaba en las habitaciones 649 y 649a del hotel Majestic de París, «continuamente ocupadas por un caballero y dos o tres señoras». Según el informe se rellenaron allí más de diez mil fichas de empresas, continuamente actualizadas, así como más de 1.500 de sus nuevos administradores (el Commissariat Général estimaba que «el número de empresas judías en el territorio de la Francia ocupada ascendía a unas 22.000»).

El reparto del trabajo entre el departamento económico de la autoridad militar, la Treuverkehr y el Commissariat Général seguía reglas fijas: la parte francesa presentaba el proyecto de arización al delegado alemán para la desjudaización en el Service du Contrôle, quien la transmitía oficialmente a un auditor de la Treuverkehr, que era quien autorizaba la venta, a veces bajo ciertas condiciones.[70] La administración militar cuidaba «que las autoridades francesas trabajaran autónomamente y bajo su propia responsabilidad aplicando las órdenes alemanas en el ámbito de las facultades que se les habían concedido». Por eso los controladores alemanes confirmaban una arización con el sello «Visto bueno» y no con «Autorizado».[71]

El 21 de junio de 1941 se decretó que los judíos sólo podían abrir sus cajas de seguridad bancarias con la aprobación del Service du Contrôle, y por tanto de la administración ocupante alemana. El director del Banco del Reich, Scheffler,

encargado de la supervisión de las cuestiones financieras y crediticias francesas en la administración militar, amenazó: «Haré responsable personalmente a los directores bancarios de cualquier infracción de esta orden».[72] A diferencia de sus colegas belgas, los directores de los bancos franceses se mostraron «sumisos, en su inmensa mayoría, frente a las disposiciones alemanas».[73]

Un mes después, el 22 de julio de 1941, el gobierno de Vichy promulgó la ley número 3066 «relative aux entreprises, biens et valeurs appartenant aux juifs»,[74] que entró en vigor el 26 de agosto. Fundamentalmente respondía a las mismas prácticas de expolio acometidas en Alemania entre 1938 y 1941, lo que significaba que todos los bienes judíos eran transferidos a un administrador fiduciario (administrateur provisoire), vendidos y transformados en dinero líquido o en títulos del Estado. Así pues, en Francia no se produjo una expropiación formal de los judíos. Oficialmente, según el artículo 1, apartado 1.°, se trataba de «eliminar cualquier influencia de los judíos en la economía nacional», pero de esa forma se consiguió aprovechar casi todas las propiedades de los judíos franceses para la caja de guerra alemana. Siempre que los judíos de la Francia de Vichy y de las colonias francesas en África perdían sus bienes en beneficio del Estado, ese dinero —dado que se trataba de la misma moneda, apuntalada mediante la arización— iba a parar finalmente a los bolsillos alemanes.

Ya en el artículo 1 la ley excluía de la administración fiduciaria todos los bonos del Estado francés, obligaciones de municipios franceses o empresas estatales. Esto era lógico, ya que la ley, fiel al modelo alemán, pretendía convertir en títulos del Estado la mayor cantidad posible de bienes judíos. Para alcanzar ese objetivo, no explicitado en la ley, los administradores fiduciarios nombrados disponían, según el ar-

tículo 12, del derecho de vender los bienes a ellos confiados, incluso aquellos sobre los que pendía el derecho de embargo de un tercero. El artículo 18 muestra que la liquidación de las propiedades judías respondía a ese objetivo principal: si el administrador fiduciario no se apresuraba con la venta, el presidente del tribunal de comercio competente podía nombrar a un liquidador para llevarla a cabo, como la ley pretendía.

La claridad descarada del objetivo legislativo contrasta a primera vista notablemente con la frase utilizada en el artículo 7, según la cual el administrador fiduciario debía administrar los bienes a él confiados según los principios de un buen padre de familia: «L'administrateur provisoire doit gérer en bon père de famille», decía literalmente. La preocupación paternal no se orientaba empero en beneficio de los judíos, sino sólo de los intereses del Ministerio de Hacienda francés.

Para ello era decisivo lo que sucediera con el producto de la liquidación masiva de ese patrimonio, y eso era algo que regulaban los artículos 21 y ss. de la ley. Según éstos, todo el producto de la venta debía ingresarse en la caja de depósito estatal (Caisse des dépôts et consignations), donde se convertía inmediatamente en títulos del Estado francés y con ello en parte de las finanzas de guerra alemanas.

Una vez aclarada esa relación financiera, se colige una razón plausible para que el domicilio social del Comisariado judío se hallara en la Place des Petits-Péres, N.° 1: quedaba a 50 m de distancia de la entrada principal de la Banque de France. Dado que los compradores, según el artículo 17, debían pagar en efectivo tanto como pudieran, siguiendo el modelo de arización puesto en práctica en Alemania y más tarde en Hungría, el dinero se podía llevar así en pocos mi-

nutos a la Banque de France para convertirlo allí en títulos del Estado, sin que el derecho de propiedad quedara aparentemente erosionado.[75]

La liquidación de las propiedades judías en Francia alcanzó su punto culminante en 1942, y en 1943 descendió a menos de la mitad.[76] La Treuverkehr (alemana) cobraba por sus servicios importantes comisiones, aparte de lo cual se quedaba con las ganancias de las empresas que seguían gestionadas por fideicomisarios, fijaba el precio de venta, etc. Todos esos beneficios se transformaban igualmente en bonos del Tesoro francés (bons du Trésor). La administración alemana de los bienes «enemigos» lo formulaba más tarde así: «Esas cantidades se depositaban —siguiendo las instrucciones de la administración militar— en sucursales de los grandes bancos enemigos bajo administración alemana, como dinero a medio plazo, y cuando se habían acumulado grandes cantidades se compraban periódicamente bonos del Tesoro francés». Lo mismo sucedió con las deudas a acreedores enemigos, que también se convirtieron en bonos del Tesoro.[77] Esa forma de inversión se debía sin duda a las presiones del comisario alemán en la Banque de France, quien cuidaba así la relación de confianza con el gobernador del Banco.

Así pues, en la medida en que los ingresos procedentes de la venta de propiedades judías se depositaban en las cuentas de la Treuverkehr, permanecían en general en Francia. Los responsables alemanes preferían las formas de inversión que atenuaban la presión inflacionista en Francia y facilitaban el pago de los costes de ocupación (Una cantidad relativamente pequeña de 22,5 millones de RM de los ingresos de la administración fiduciaria fue transferida directamente en 1943 a la caja principal del Reich en Berlín).[78]

10

Ayudas financieras desde los Estados coaligados con el Reich

LA JUSTICIA ESLOVACA

Eslovaquia contaba con 2.650.000 habitantes y debía su independencia estatal a Hitler y a Alemania, que impusieron en 1938-1939 la disolución de Checoslovaquia. La orientación antisemita del Partido del Pueblo eslovaco, que era el más influyente, se muestra ejemplarmente en un discurso de Alexander Mach, revestida del vocabulario de la lucha de clases. El que fuera más tarde ministro de Propaganda y del Interior, en contacto permanente con funcionarios comunistas, explicaba en la fase fundacional del nuevo Estado: «En todas partes nos hemos desembarazado de los judíos que poseían oro, joyas y otras riquezas y seguiremos haciéndolo. La fuerza de Eslovaquia es el trabajo, y aquí, quien no trabaje, tampoco comerá. ¡A quien ha obtenido su fortuna mediante el robo, se la requisaremos! Esa es la solución práctica de toda la cuestión judía».[1] De forma parecida argumentaba

el periódico *Slovenska Politika* en julio de 1940: «Se trata, sobre todo, de la cuestión judía. Sin una solución radical de la misma no puede mejorar sustancialmente nuestra situación social».[2]

El decreto gubernamental del 18 de abril de 1939 disponía quién debía considerarse judío, pero a diferencia de Alemania permitía numerosas excepciones. En general proscribía de la función pública a los definidos como tales, y limitaba, total o parcialmente, su acceso a determinadas profesiones académicas.[3] Como el gobierno eslovaco se había propuesto mejorar la miserable situación del proletariado rural del país, ordenó ya en 1939 la declaración de las propiedades agrícolas y forestales de los judíos. Pocos meses después se aprobó una ley que disponía la nacionalización de tales terrenos y cómo se debían parcelar y distribuir de forma socialmente «equitativa». De hecho, las expropiaciones resultantes alcanzaron a la casi totalidad de las 101.423 hectáreas de tierra pertenecientes a judíos (esa extensión puede parecer pequeña, pero bastaba para constituir veinte mil explotaciones de cinco hectáreas para familias campesinas sin tierras; contando los niños eso podía suponer un total de 120.000 personas, casi el 5 por 100 de la población eslovaca). El 25 de abril de 1940 se promulgó la Ley de eslovaquización de las empresas judías, con el objetivo expreso de crear «una fuerte clase media eslovaca».[4]

Después de las leyes de expropiación de los inmuebles y terrenos judíos, y de sus empresas comerciales e industriales, en el verano de 1940 se presentó el plan de deportar a Madagascar a los judíos eslovacos. El gobierno de Bratislava fue el único de los coaligados con Alemania que se sumó a ese proyecto, lo que seguramente tenía que ver con las actividades de Dieter Wisliceny, a quien Eichmann había enviado a Bratislava en agosto de 1940 como consejero sobre

asuntos judíos. Previamente se trataba de expulsarlos de la economía eslovaca, para lo que Wisliceny fue designado también consejero para las cuestiones de arización. En cualquier caso, inmediatamente emprendió la tarea de adaptar las leyes de expropiación al modelo alemán. Así surgió en Bratislava, siguiendo el ejemplo de las agencias de pillaje y deportación establecidas en Viena y en Praga, un departamento especial para la eslovaquización —la oficina central de economía— y un fondo vinculado con ella, que presuntamente debía atender a la emigración de los judíos. Con ese eufemismo, utilizado también por los burócratas alemanes, se abrió una cuenta en la que se ingresaba el producto de la venta masiva de propiedades judías. El nombre del fondo cumplía la función de disimulo deseada, pero de su contenido únicamente disponía el ministro de Hacienda eslovaco, quien ordenó el 2 de septiembre de 1940, con la finalidad expresa de la «inmovilización», que los judíos debían declamar todos sus bienes.

Hasta principios de 1942 el gobierno eslovaco liquidó 9.987 de las cerca de doce mil empresas judías declaradas y arizó 1.910.[5] Evidentemente, a la clase media eslovaca no le benefició únicamente la transferencia directa de bienes; también la desaparición de empresas competidoras y el proceso de concentración racista ligado con ella fue ventajoso para los empresarios eslovacos.[6]

Tanto la Oficina de estadística como la Central judía, como se denominaba la asociación obligatoria de los judíos eslovacos, se ocuparon inmediatamente del balance del robo. Según los datos del antisemita eslovaco Anton Vasek, que dirigía la sección judía del Ministerio del Interior, los bienes judíos representaban un valor total de 4.500 millones de coronas; pero según las estimaciones de la Oficina de estadística y de la Central judía, su valor neto, al menos, era bastante

más bajo: entre 2.500 y 3.000 millones de coronas.[7] En cualquier caso, aun la estimación más prudente ofrecía una cantidad que le parecía digna de consideración al Ministerio de Hacienda eslovaco. Conviene recordar que el presupuesto estatal eslovaco para 1941 ascendía apenas a tres millardos de coronas (alrededor de 250 millones de RM), y sus gastos de defensa a unos quinientos millones.[8]

Cuando Eslovaquia se unió a Alemania a finales de junio de 1941 en el ataque contra la Unión Soviética, se produjo inmediatamente un notable déficit financiero. Ladislav Lipscher nos da noticia de lo importante que era: «En un consejo convocado por el primer ministro el 25 de agosto, con presencia de los más altos representantes del gobierno, se expresaron serias preocupaciones sobre la situación financiera del Estado, que había empeorado rápidamente desde el inicio de la guerra contra la Unión Soviética. El ministro de Hacienda mencionó que el déficit presupuestario hasta finales de 1941 alcanzaría cerca de seiscientos millones de coronas. Para prevenir la inflación se decidió obtener la mayor parte de los medios financieros que faltaban —quinientos millones de coronas— mediante una requisa del 15 por 100 de las propiedades judías».

Pocos días después, el 9 de septiembre de 1941, el gobierno promulgó la correspondiente ley. Elevaba la contribución obligatoria al 20 por 100 del patrimonio y afectaba a todos los judíos del país, como ya había sucedido en Alemania en 1938-1939. La razón oficial era que cargar a la población no judía con quinientos millones de coronas era «una injusticia que clama al cielo», porque no tenía ninguna culpa de aquella guerra (de la suposición de que quinientos millones de coronas eslovacas correspondían al 15 por 100 de las propiedades judías, se deduce que el Ministerio de Hacienda estimaba un patrimonio total de unos 3.300 millones de co-

ronas). Lipscher opina que la requisa decretada fracasó en la práctica, dado que los judíos ya no disponían de los activos necesarios. De hecho, se aplicó sin más a las cuentas de ahorro, acciones y depósitos bloqueados en las arcas estatales aunque todavía no confiscados.[9]

En su informe anual para 1942, el gobernador del Banco Nacional eslovaco señalaba de manera elusiva pero bastante clara el considerable aumento de la circulación de billetes de banco debido a las exigencias alemanas. En cualquier caso, ese aumento habría sido aún mayor «si el Banco Nacional eslovaco no hubiera tomado medidas neutralizadoras»,[10] entre las cuales estaba en primer lugar el expolio de los judíos, que había aportado dinero a las arcas mediante la venta de efectos personales y que permitió durante cierto tiempo contener el incremento de la circulación de billetes de banco.

Como había pocas viviendas vacías, los 11.518 judíos de Bratislava recibieron en 1941-1942 la orden de emigrar. Hasta marzo de 1942 debieron abandonar la ciudad 6.720 personas, dirigiéndose a determinados lugares fijados de antemano. Inmediatamente después, el 26 de marzo, comenzaron las deportaciones hacia Auschwitz y Lublin-Majdanek. En el plazo de trece semanas el gobierno eslovaco deportó a 53.000 de los 89.000 judíos del país. En esa fase se anunció, el 25 de mayo de 1942, una nueva ley que preveía la expulsión de los judíos y la estatalización de sus bienes. Tras una intervención de la Iglesia católica, el gobierno eslovaco se negó a partir de aquel momento a seguir con las deportaciones.

Por cada judío deportado Eslovaquia tenía que abonar al Reich una cuota de 500 RM, en total 26,1 millones de RM. Esa cantidad se contabilizó en la cuenta de compensación germano-eslovaca, con lo que aumentó inmediatamente el margen para compras y créditos por parte de empresas ale-

manas. El Ministerio de Finanzas del Reich puso su contravalor en RM «a disposición del jefe nacional de las SS».[11]

Según estimaciones eslovacas, en el transcurso de la segunda guerra mundial los alemanes privaron a la Eslovaquia coaligada de bienes y servicios por valor de más de siete millardos de coronas,[12] de los que cerca del 40 por 100 se compensaron con el producto de la arización. Para frenar la inflación provocada por la guerra contra la Unión Soviética y las exigencias alemanas, el Banco Nacional eslovaco estabilizó en un principio la corona liquidando las propiedades judías en beneficio propio, pero eso no fue suficiente,[13] y en 1942 el Reich traspasó al Banco Nacional eslovaco oro y divisas robados por valor de un millón de RM; en 1944 tuvo que repetir la operación, ahora por valor de diez millones de RM. Finalmente, el gobierno del Reich puso a disposición de su aliado de Bratislava, «con el fin de facilitarle la absorción de dinero en efectivo, piedras preciosas y diamantes» que provenían, al menos en parte, de los judíos holandeses.[14]

De forma parecida procedió el gobierno del Estado independiente de Croacia formado en 1941. El 10 de abril de 1941 la Wehrmacht ocupó Zagreb, y aquel mismo día proclamaron los ustachi, masivamente respaldados por los alemanes, el nuevo Estado que incluía a Bosnia-Herzegovina. Cuatro días después el gobierno croata bloqueó todas las cuentas y depósitos que tenían como titular a alguno de los ochenta mil judíos del país. Pasados otros dieciséis días, una ley especial obligó a la minoría judía a declarar sus propiedades presentando una relación detallada, y a continuación se impuso a los judíos croatas una «contribución para las necesidades del Estado».[15]

La mayoría de los judíos de Croacia fueron encerrados en campos y torturados allí hasta la muerte. Una pequeña parte

pasaron a la clandestinidad o fueron deportados en el verano de 1942 a Auschwitz, después de lo cual el Estado ustacha confiscó el resto de las propiedades judías el 30 de octubre de 1942.[16] El presupuesto estatal para 1943 preveía gastos no cubiertos por valor de 1.250 millones de kunas. Según un informe del *Frankfurter Zeitung*, gran parte de ellos se cubrirían mediante «títulos hipotecarios así como los ingresos de las propiedades judías estatalizadas, que se estimaban en 1.250 millones de RM».[17] Pero también —como en Eslovaquia— se cedió una pequeña parte a los alemanes, que exigieron por cada deportado a Auschwitz en 1942 —un total de 4.927 personas— un abono de 30 RM en la cuenta de compensación mutua.[18]

EL PRESUPUESTO DE GUERRA BÚLGARO

Antes de la campaña de los Balcanes los especialistas alemanes aconsejaron intensivamente al gobierno búlgaro. Entre el 23 de enero y el 1 de febrero de 1941 una comisión de expertos visitó con mucho secreto Sofía para preparar los aspectos financieros de la inminente guerra contra Grecia. Hermann Neubacher dirigía la delegación de expertos en finanzas y economistas, tanto civiles como militares, como enviado especial de Hitler.[19] En el último día de las conversaciones Alemania y Bulgaria llegaron a un acuerdo que preveía una entrega a la Wehrmacht alemana de quinientos millones de levas en efectivo, entendida como un crédito.[20] Al mismo tiempo Bulgaria procedía a rearmarse.

Ya el 3 de marzo el Banco del Reich pronosticaba: «Parece necesario un aumento del crédito a novecientos millones de

levas».[21] Y así se acordó efectivamente el 25 de marzo. En abril, mientras se producía la invasión de Yugoslavia y Grecia, la Caja de crédito del Reich en Sofía solicitó al país aliado otros quinientos millones de levas; así pues, en total, 1.400 millones.[22] El siguiente plazo de quinientas mil levas se produjo dos meses después, y así se fue manteniendo hasta agosto de 1944.[23] Después de que en mayo de 1941 la Wehrmacht hubiera dominado Yugoslavia y Grecia, Bulgaria, coaligada con las potencias del Eje, se anexionó parte de Tracia y Macedonia. Como contrapartida tuvo que asumir todos los costes de guerra que les habían surgido y les seguirían surgiendo a los alemanes en el territorio búlgaro.

El presupuesto estatal búlgaro ascendía en 1940 a 8.400 millones de levas, con un aumento con respecto al año anterior del 10 por 100. Los gastos adicionales se financiaron mediante aumentos generales de impuestos, una contribución extraordinaria «de seguridad» y especialmente «mediante una tributación notablemente más alta de las grandes rentas, capitales y negocios». El gasto previsto para el año 1941 ascendía a 10.100 millones de levas, con un aumento con respecto al año anterior del 20 por 100. En el debate parlamentario sobre el presupuesto, el ministro de Hacienda Bojiloff explicó el fuerte crecimiento por la guerra europea y prometió que el urgente incremento de los ingresos del Estado no afectaría a «la parte con menos recursos» de la población.[24]

De hecho, los gastos del Estado en 1941 llegaron a los 17 millardos de levas, debido por un lado a la incorporación de regiones antes griegas y yugoslavas y por otro a las exigencias alemanas, duplicando los de 1940 mientras que el potencial económico del país crecía mucho menos. En 1942 habría habido que reducirlos por tanto notablemente, pero esto no fue posible e incluso hubo que aprobar una ampliación presupuestaria para poder satisfacer los múltiples deseos alema-

nes, entre ellos el pago de las requisas llevadas a cabo por «las tropas alemanas combatientes» en las regiones anexionadas («liberadas»), la construcción de carreteras y vías férreas para el tránsito de la Wehrmacht hacia y desde Grecia y desde allí al frente norteafricano, exportaciones gratuitas a la región militar de Serbia, etc. Los alemanes aplicaron el sistema ya ensayado con éxito en otros países, aunque Bulgaria no estuviera formalmente ocupada, y acordaron con el gobierno búlgaro que el Banco Nacional de Sofía distribuyera «sin indemnización en la Caja de crédito de Sofía los vales de la Caja de crédito del Reich» puestos en circulación por la Wehrmacht. Los responsables de Berlín anotaron en sus actas: «Ese procedimiento se ha puesto ya en práctica y está garantizado».[25]

A todo esto hay que añadir notables exportaciones de alimentos y tabaco al Reich. A diferencia de lo sucedido en otros países, Alemania «pagó» parte de esos artículos, aunque lo hizo de un modo que sólo se distinguía en la forma de la acostumbrada depredación. A partir de 1941 las deudas de compensación del Reich se convirtieron en créditos de guerra (sin valor en 1945). El presidente de la confederación de bancos populares de Sofía presentaba esa forma de robo como «introducción del marco como base de cobertura de la moneda búlgara», con lo que, según explicaba orgullosamente, Bulgaria había sido «el primer país que había realizado una importante contribución a la creación de un sistema monetario europeo homogéneo». De hecho, el Banco Nacional de Sofía suscribió hasta el verano de 1944 créditos de guerra alemanes por valor de 710 millones de RM,[26] esto es, alrededor de 22.400 millones de levas, que Alemania extrajo de su diminuto aliado, extremadamente débil desde el punto de vista económico.

La carrera del ministro de Hacienda Dobri Bojiloff ilustra

hasta qué punto se doblegó la política búlgara a los deseos del Reich. En septiembre de 1943 se convirtió en primer ministro del país, puesto en el que permaneció hasta mayo de 1944. Con ocasión de una visita de Estado a la «guarida del lobo» en el otoño de 1943, Hitler le explicó lo que Bulgaria debía suministrar a Alemania «en interés de la lucha decisiva conjunta», siempre a crédito y sin esperanza de una «compensación económica total». Como en el caso de Finlandia, Rumania y Hungría, Hitler prefirió referirse a las grandes posibilidades después de la guerra, cuando por fin podría «conceder a los amigos todo lo que le pidieran».[27] En realidad, los alemanes siguieron explotando a Bulgaria hasta el amargo final.

El correspondiente acuerdo germano-búlgaro prohibía que los miembros de la Wehrmacht que atravesaban el país se abastecieran en él de mercancías, aunque de hecho esa orden no llegó a aplicarse. Sólo cuando la situación militar era ya extremadamente desfavorable accedió la dirección alemana a un acuerdo que permitía a la aduana búlgara el control de las bolsas de viaje y de los paquetes postales; hasta ese momento los puestos fronterizos búlgaros se habían quejado repetidamente de las «compras masivas» que «habían provocado en las regiones afectadas una gran escasez de mercancías, subidas de precios y como consecuencia una creciente irritación de los ciudadanos búlgaros contra los soldados alemanes».[28]

Así se explica por qué el proyecto de presupuesto para el año 1942 contenía por primera vez un impuesto especial sobre el patrimonio de los judíos, que debía aportar 1.500 millones de levas, mientras que los demás aumentos de los impuestos directos sólo suponían 628 millones de levas.[29] Ya el 21 de enero de 1941 se había promulgado la antisemita «Ley de protección de la nación». Dejando a un lado algunas

excepciones, los judíos eran considerados a partir de aquel momento como extranjeros, tenían prohibido ejercer determinadas profesiones y según el artículo 26 debían declarar todos sus bienes al Banco Nacional búlgaro. Casi de inmediato el gobierno búlgaro decretó, el 14 de julio de 1941, una contribución obligatoria de las «personas de origen judío» a las arcas del Estado búlgaro. Para los patrimonios superiores a doscientas mil levas (unos 6.000 RM) esa contribución ascendía al 20 por 100, y para los superiores a tres millones de levas al 25 por 100. Según los datos publicados se esperaba así un resultado de «más de 1.800 millones de levas».[30]

A continuación se tomaron otras medidas económicas arbitrarias contra los judíos. Por ejemplo, el gobierno búlgaro impuso en el verano de 1941 la leva como único instrumento de pago legal en las zonas de Tracia y Macedonia anexionadas, fijando además para los ciudadanos judíos que debían cambiar sus dracmas griegas o sus dinares yugoslavos un tipo de cambio entre un 30 y un 50 por 100 más desfavorable que para «todos los demás depositantes».[31] Junto a las leyes antijudías el Estado búlgaro promulgó también leyes de expropiación de los ciudadanos griegos que vivían en las regiones ocupadas de Tracia y Macedonia.[32]

De hecho, los ingresos estatales recaudados a raíz del impuesto especial a los judíos búlgaros en 1942 no llegaron ni a la mitad de la cantidad esperada, en concreto sólo fueron 709 millones de levas. En 1943 se debían haber obtenido así otros cuatrocientos millones, y más de 1.500 millones «de la venta de terrenos, edificios y otros objetos de valor». El enviado alemán señalaba en su informe financiero periódico que «se podría tratar de la venta de propiedades inmobiliarias y títulos incautados a los judíos». Los activos en cuestión provenían de los judíos de Tracia y Macedonia, deportados en la primavera de 1943.[33] Con respecto al destierro o deporta-

ción de judíos búlgaros, el gobierno de Sofía había ordenado el 2 de marzo de 1942 que las propiedades de todos los judíos emigrados debían pasar al Estado.[34] Del mismo modo que en Alemania, el producto del robo estatal era contabilizado como «ingresos de otro tipo».

El 29 de agosto de 1942 se promulgó una ley con el título «Medidas generales para la regulación de la cuestión judía y de los asuntos relacionados con ella». Contenía en 59 artículos los decretos ya promulgados y sentaba las bases para el Comisariado judío. En cuanto al aspecto financiero, es de señalar que en el consejo de administración del Comisariado estaban representados tanto el Ministerio de Hacienda como el Banco Nacional. El artículo 43 preveía la «incautación de acciones y otros títulos» en beneficio del Estado búlgaro. El artículo 45 obligaba a todos los judíos a depositar en el Banco Nacional todo su dinero líquido y posibles títulos de derechos, entre ellos los seguros, testamentos, constancia de deudas, títulos de otro tipo, etc. El artículo 47 regulaba la venta de las propiedades judías «en subasta pública». Los funcionarios búlgaros acreditaban formalmente en una cuenta el producto de las ventas de los bienes incautados a los judíos, aunque sólo por el valor que ellos mismos declaraban. Pero si se alcanzaba un precio de venta más alto, y esto sucedía con frecuencia debido a la rápida inflación de guerra, entonces «la diferencia era asignada al Estado».[35]

A principios de 1943 el comisario búlgaro para asuntos judíos, Aleksandar Belev, comunicó a los alemanes el deseo de que deportaran a los «judíos bien situados en la economía».[36] Cierto es que el gobierno búlgaro frenó la propuesta por cálculos de política exterior y evitó la deportación de los búlgaros judíos a las cámaras de gas alemanas, pero eso no significó el final del expolio.[37] El oficial económico de la defensa alemana en Sofía informaba en junio de 1943 que «la

mayor parte de los judíos de Sofía han sido enviados a provincias».[38] En total, el comisario búlgaro para asuntos judíos liquidó propiedades judías por valor de unos 4.500 millones de levas.[39] Con ese dinero se cubría una parte considerable de la subvención que Bulgaria se veía obligada a prestar a Alemania.

El 22 de febrero de 1943 Belev y Theodor Dannecker, agente de Eichmann establecieron el acuerdo definitivo, ya aprobado por el gobierno búlgaro, de deportar a los judíos «de las nuevas provincias de Tracia y Macedonia a las regiones orientales alemanas».[40] Su verdadero destino era Treblinka, donde 11.343 deportados fueron asesinados inmediatamente y sin excepción. En las casas de los judíos que habían quedado vacías se instalaron búlgaros procedentes de otras zonas con el fin de bulgarizar la región. Casi al mismo tiempo muchos de los griegos expulsados de esas comarcas tuvieron que huir a la parte griega de Macedonia, donde se habían dispuesto para ellos viviendas de los judíos deportados de Salónica y sus alrededores. Así se helenizó el actual norte de Grecia, por el que se había luchado mucho tiempo, y así se bulgarizaron parte de Macedonia y Tracia.

POLÍTICA RUMANA CON RESPECTO AL ORO

En diciembre de 1940 fue enviado a Bucarest Hermann Neubacher, al parecer por deseo del propio gobierno rumano. Como enviado especial del Ministerio de Asuntos Exteriores debía ocuparse «de que el Reich alemán ponga a disposición del gobierno rumano consejeros técnicos». Entre éstos estaban el director del Banco del Reich Louis Wolf, ex-

perto en comercio exterior y en la utilización de divisas, y sus ayudantes Krebs y Gurski, consejeros del gobierno. Gurski dirigió poco después, como ya se ha mencionado, la «desjudaización» de Serbia.[41] Lo que significó realmente la entrada en funciones de Neubacher se deduce de un apunte de una conversación de octubre de 1940: «Queremos sobre todo conseguir influencia sobre la economía del petróleo. El mariscal del Reich [Göring] ha indicado que el excedente de petróleo, de tres millones de toneladas (trescientos millones de RM) debe quedar a disposición del Reich alemán. La compensación mediante el envío de otras mercancías no es posible por el momento. El Banco Nacional debe realizar un anticipo, lo que puede tener consecuencias inflacionistas. Para contrarrestarlas, el gobierno rumano debe contar con el apoyo de consejeros alemanes». En esa conversación participaron, junto a Neubacher, altos funcionarios de los ministerios de Economía y Finanzas, que al final declararon rotundamente: «Algún día tendremos que hacer frente también nosotros a la cuestión judía (arización)».[42]

En el verano de 1940 Rumania perdió el norte de Bukovina y Besarabia [actual Moldavia] a manos de la Unión Soviética, según el acuerdo germano-soviético de agosto de 1939. Poco después tuvo que ceder, debido a las presiones alemanas e italianas, el norte de Transilvania a Hungría y el sur de Dobrudja a Bulgaria. Esas pérdidas territoriales provocaron un gran flujo de refugiados y hubo que atender a unas 260.000 personas. Para hacer frente a la situación, el gobierno del Reich reasentó a parte de los germanos de origen, huidos de las regiones perdidas por Rumania, en concreto los llamados alemanes extraviados y las minorías alemanas de larga tradición, en el sur de Bukovina y el norte de Dobrudja; en total unas 77.000 personas. Al mismo tiempo Rumania promulgó entre octubre de 1940 y junio de 1942 una

serie de leyes de expropiación contra la minoría judía del país, que sirvieron en un primer momento para la ayuda inmediata a los refugiados, y más tarde, cuando Rumania se incorporó activamente a la guerra, para financiarla.

El 4 de octubre de 1940 fueron incautadas todas las propiedades inmobiliarias judías del país, y el 15 de octubre se produjo el embargo de los títulos hipotecarios suscritos por judíos, así como de los hospitales e instituciones benéficas judías. Esas leyes permitieron una notable disminución a corto plazo de la deuda pública. Dado que el Estado debía ayudar a los refugiados con créditos de supervivencia, podía así contraer nuevas deudas sin amenazar el equilibrio presupuestario del país, y también financiar —como se le había exigido desde Berlín— el suministro de petróleo a Alemania. Las instituciones comunales y benéficas judías fueron nacionalizadas en ese momento, para transformarlas en campos de acogida para los refugiados.

El 12 de noviembre de 1940 el gobierno rumano arrebató sin indemnización a los ciudadanos de fe judía sus propiedades forestales, así como las empresas relacionadas con la transformación de productos agrícolas y forestales. El 27 de marzo de 1941 le tocó el turno a las propiedades inmobiliarias urbanas y el 2 de mayo se creó la oficina central para la rumanización. «El elemento material» para el reasentamiento de los rumanos desplazados lo constituyeron, como se dijo después, «260.000 hectáreas de tierras cultivables, que mediante el traslado de los alemanes étnicos y la expropiación de los judíos habían pasado a propiedad del Estado». Con la misma finalidad se aprobaron leyes que privaban a los judíos de sus ocupaciones profesionales, creando así puestos de trabajo para los refugiados de «sangre» rumana. [43]

Evidentemente, el gobierno del Reich no cedió gratuita-

mente a sus nuevos propietarios las propiedades inmobiliarias y empresas industriales abandonadas por los alemanes rumanos. Como cualquier otro Estado del que se trasladaban «a su patria» personas de origen alemán, Rumania tuvo que pagar una indemnización a las arcas del Reich. Comisiones del Tesoro de ambos países fijaron la cantidad, que totalizaba 7.700 millones de leis, esto es, unos 130 millones de RM, que debían pagarse a plazos. La mayor parte se fue entregando desde el verano de 1942 a la caja de los intendentes de la Wehrmacht en Rumania.[44] Desde allí, el dinero seguía el camino acostumbrado: comestibles para las tropas, paga de los soldados, compras privadas masivas en los mercados del país…

Ese dinero pertenecía en principio a los alemanes étnicos reasentados, a los que había que proporcionar en Alemania nuevos enseres, pero en su lugar recibieron como indemnización natural un equivalente procedente de las posesiones polacas expropiadas. Para disponer libremente de las granjas necesarias, los hombres de Eichmann desplazaron con la mayor violencia del Warthegau —al cabo de poco tiempo— a 62.000 polacos. Los expulsados tuvieron que instalarse en el territorio del Gobierno General, al oeste de Varsovia, en los domicilios en los que habían vivido hasta entonces judíos. Estos —un total de 72.000 personas, así pues, diez mil más que los polacos que los sustituirían— debieron trasladarse a pie en el invierno de 1940-1941, despojados de todas sus pertenencias, al gueto de Varsovia, ya superpoblado y atenazado por el hambre.

A finales de 1942 los comisarios de Himmler informaron con orgullo sobre el reasentamiento de quinientos mil alemanes del extranjero: «En lo esencial, la repatriación se ha financiado mediante la incautación sin indemnización de propiedades de antiguos extranjeros; así pues, sin tener que

hacer uso de medios del Reich». Esta afirmación era algo exagerada. El Ministerio de Finanzas destinó en 1941 más de trescientos millones de RM al reasentamiento.[45] Por otra parte, las compensaciones globales exigidas por las propiedades exalemanas en Rumania —o en la Unión Soviética, Italia o Croacia— reforzaron el capítulo de los ingresos generales de la Administración en el presupuesto del Reich, y sirvieron para pagar mercancías importadas de los países de los que provenían los «repatriados». Inmediatamente después de que los alemanes de Rumania hubieran cruzado el Danubio hacia el Reich alemán, el hombre de confianza de Himmler en el Banco del Reich, Hermann Waldhecker, sugirió que determinadas deudas con Rumania se podían dar por saldadas «en razón del reasentamiento».[46]

A esos procedimientos de robo les pusieron el nombre de «restitución natural». Al final de la cadena eran los judíos los que pagaban la cuenta, mientras que los soldados alemanes derrochaban durante un par de semanas o de meses en Rumania el patrimonio de los alemanes trasladados al Reich. Dado que éstos eran indemnizados con propiedades polacas, y los polacos desplazados lo eran con propiedades judías, lo que la Wehrmacht consumía en Rumania eran, al fin y al cabo, los medios de vida de los judíos del oeste de Polonia recluidos en el gueto de Varsovia, donde murieron de hambre y de frío; los que sobrevivieron hasta el verano de 1942 encontraron la muerte en las cámaras de gas de Treblinka.[47]

Después de que Rumania hubiera entrado junto a Alemania en la guerra contra la Unión Soviética en el verano de 1941, las leyes de Bucarest que permitían el acceso a las propiedades judías cobraron un nuevo impulso. A finales de julio de 1941 el ministro de Hacienda rumano obligó a las comunidades judías de Bucarest a suscribir créditos de guerra por valor de diez millardos de leis. En septiembre el ejér-

cito exigió a los judíos camas de hierro, colchones y ropa de cama para equipar los hospitales de campaña. En octubre una ley dio por nulos todos los títulos hipotecarios de las personas de fe judía. El Estado invalidó los derechos de los judíos para aumentar de esa forma sus propios ingresos. Al mismo tiempo los judíos rumanos tuvieron que depositar todo el oro, plata, joyas y objetos de valor en las arcas del Estado y pagar las diversas multas y un impuesto especial que suponía el cuádruple de la cantidad normal. El 3 de enero de 1942 se promulgó un decreto que les obligaba a entregar trajes y ropa blanca, el 16 de mayo otro sobre el pago de una contribución de guerra colectiva de cuatro millardos de leis, y en junio de 1942 se transfirió la propiedad de los cementerios judíos a los respectivos municipios. La expropiación de los judíos procuró ingresos al Estado rumano y disminuyó la carga de la guerra para la mayoría de los rumanos. Entre el 25 y el 33 por 100 de los créditos de guerra rumanos fueron suscritos por los judíos del país.[48]

Como ya se ha indicado, los alemanes iniciaron el saqueo del país con la entrada en funciones de Hermann Neubacher en Bucarest, al mismo tiempo que entraban en el país las tropas alemanas. Sin embargo, como señaló un funcionario del Ministerio de Finanzas del Reich, «no se debía hablar de ocupación», sino de «tropas en instrucción».[49] Pero recibieran el nombre que recibieran, los regimientos alemanes seguían necesitando dinero, por lo que el director del Banco del Reich Rudolf Sattler voló el 31 de diciembre de 1940 a Bucarest «por deseo expreso del Ministerio de Asuntos Exteriores» para apoyar «al enviado Neubacher en las conversaciones con el gobierno rumano sobre la necesidad de dinero de las tropas alemanas». Sattler residía en Oslo, desde donde supervisaba los bancos nacionales noruego y danés y regulaba la circulación de los medios de pago. Ahora tenía que in-

vertir en Rumania «la experiencia adquirida en Oslo y Copenhague»,[50] y así lo hizo, obviamente, pues pocos meses después el jefe del Estado rumano Antonescu se quejaba: «¿Cuánto tiempo se piensa que puedo seguir como jefe del Estado, si cada diez días tengo que entregar mil millones de leis a las tropas alemanas?»[51]

Ya antes había observado Carl Friedrich Goerdeler que apenas se instalaron en el país los miembros de la Wehrmacht alemana, «sus finanzas públicas han comenzado a desintegrarse, porque se han impuesto a Rumania costes de ocupación que el Estado no puede arrostrar».[52] También el enviado Cari Clodius, encargado de las negociaciones económicas, pronosticó inmediatamente el «peligro para la moneda» ya que las exigencias de la Wehrmacht de entre siete y ocho millardos de leis anuales —muy inferiores al gasto real posterior— tenían que ponerse en relación con unos presupuestos estatales de «sólo unos treinta millardos de leis».[53]

Karl Blessing, más tarde presidente del Banco Federal alemán, investigó a finales de septiembre de 1941, por encargo de Neubacher, el estado de la moneda rumana. Según su dictamen, la circulación del dinero y los precios se habían triplicado desde 1937. La razón era «exclusivamente la concesión de créditos para finalidades estatales, especialmente para el rearme militar y económico». La entrada de Rumania en la guerra contra la Unión Soviética hacía «más necesario aún el recurso al Banco Nacional». También «las tropas alemanas presentes en Rumania necesitaban leis para sus objetivos funcionales y personales, puestos a su disposición por el Banco Nacional y acreditados en la correspondiente cuenta de compensación en Berlín». El 13 de septiembre de 1941 el saldo activo de Rumania en Berlín ascendía ya a 15.500 millones de leis. Blessing estimaba en el 41,4 por 100 la parte debida a las demandas alemanas en el aumento de la deuda

pública rumana durante los nueve primeros meses de 1941. Las nuevas exigencias de la Wehrmacht alemana ascendían «hasta febrero de 1942 a unos 16 millardos de leis». Dado que la totalidad del producto de la rumanización de las propiedades judías había ido a parar a la caja de guerra rumana, para frenar el crecimiento de la deuda pública, cabe deducir que el 41,4 por 100 de esos ingresos acabaron finalmente en las arcas alemanas. Cuando el Estado rumano impuso a los judíos en la primavera de 1942 una contribución extraordinaria de cuatro millardos de leis, eso permitió satisfacer los deseos de la Wehrmacht durante un mes sin tener que imprimir dinero.

Blessing se quejaba en su informe de diversas deficiencias del aparato de Estado rumano y señalaba expresamente como culpables parciales de la rápida subida de los precios a «los judíos». Advertía también que si se seguía devaluando el dinero «casi sin trabas», existía el peligro, que había que tomar muy en serio, «no sólo de que surgieran tensiones sociales, sino también de que se produjera un descenso de la producción rumana». Para concluir proponía una subida de impuestos, estímulos a la apertura de cuentas bancarias y la reducción de todos los gastos no necesarios para la guerra en Rumania.[54]

Como contrapartida, el gobierno rumano quería reducir las pretensiones alemanas, por lo que los intendentes de la Wehrmacht tenían que reunirse cada diez días con las autoridades financieras rumanas para regatear el suministro de dinero. Las unidades militares no podían saldar individualmente sus cuentas, porque la parte rumana —amparada por Neubacher— afirmaba que el elevado gasto de dinero «pondría en peligro la moneda, desencadenando la inflación». Según entendía, acertadamente, el agregado militar alemán, el gobierno de Antonescu pretendía «forzar una disminu-

ción de las tropas alemanas mediante la negativa a suministrarles leis». Desde el punto de vista de Hitler, como le escribió a Antonescu, eso significaba olvidar que la guerra le había permitido a Rumania, no sólo recuperar el norte de Bukovina y Besarabia, sino también administrar y explotar la Transnistria [región autónoma de la actual Moldavia, al este del Dniester]. En Besarabia y en el norte de Bukovina se preveía la inmediata expropiación de los judíos, y en el acuerdo entre los ejércitos alemán y rumano se decía: «Expulsión de los judíos de Transnistria. El traslado más allá del Bug no es posible por el momento, por lo que deben reunirse en campos de concentración y ser obligados a trabajar, hasta que la conclusión de las operaciones permita su traslado hacia el Este».[55]

El contingente alemán al que había que abastecer en Rumania ascendía en el verano de 1941 a un promedio de entre cincuenta mil y sesenta mil hombres. Además, los alemanes intentaron una y otra vez, a pesar de tenerlo prohibido en principio, sacar del país como «bienes de la Wehrmacht», en barcos o en largos trenes de mercancías hacia Rusia o hacia Alemania, los «excedentes disponibles en Rumania». Esas operaciones no siempre tenían éxito: «Los rumanos han detenido durante días o semanas envíos y trenes enteros de suministros que debían ser transportados a la patria por orden del alto mando. Todos los intentos de superar los obstáculos para el transporte de bienes de la Wehrmacht sólo servían para que, después de semanas de espera, se permitiera la salida de algunos vagones». La razón de ese comportamiento era fácilmente comprensible: hasta el intendente alemán constató una «innegable escasez de determinados artículos» en Rumania.[56]

En esa situación la dirección nacionalsocialista se inclinó por fin por estabilizar mediante envíos de oro la moneda ru-

mana, en situación muy precaria como consecuencia de su propia política. Desde julio de 1941, y luego cada vez más insistentemente, el gobierno rumano pidió a Berlín que pagara en oro al menos una parte de las mercancías que importaba, para que el Banco Nacional pudiera «anunciar una mejora de la cobertura en oro de su moneda». Varios consejeros de Hitler reconocieron como justificada esa petición, porque veían el peligro de que «de no contener las dificultades monetarias, Alemania [tendría que] apoyar finalmente con su propia moneda a Rumania».[57] Por eso respaldó también Neubacher las peticiones rumanas. De hecho, a principios de 1942 —como ya había sucedido en junio de 1940— se enviaron grandes cantidades de oro al Banco Nacional rumano para estabilizar el lei. Ambos envíos totalizaban conjuntamente 18 toneladas de oro.[58 (•)]

Con un notable aplomo, Antonescu se resistió durante mucho tiempo a muchas de las exigencias de la Wehrmacht, y los negociadores rumanos discutían con los correspondientes intendentes de la Wehrmacht por cada lei, por lo que el general alemán incluido en el alto mando del ejército rumano se vio obligado a declarar el 1 de enero de 1943, con respecto a la persistente «escasez de leis»: «Nuestro objetivo debe ser evitar una nueva reducción de la paga a los soldados alemanes en Rumania, restringir cuanto se pueda los gastos no imprescindibles y no convulsionar la moneda rumana».[59]

Por otra parte, el desfavorable curso de la guerra obligó a la parte alemana a enviar nuevas tropas a Rumania y a mantener allí hospitales de campaña y bases de aprovisionamiento. En esa situación Ribbentrop y el ministro de Asuntos Exteriores rumano Mihai Antonescu decidieron el 11 de enero de 1943 en la «guarida del lobo» —el cuartel general del Führer— un acuerdo secreto sobre la entrega de treinta

toneladas de oro (por valor de unos 84 millones de RM). El ministro de Economía alemán y el presidente del Banco del Reich participaron también en esa reunión. El gobierno del Reich se comprometió además a pagar a Rumania en el plazo de seis meses 43 millones de francos suizos. El objetivo de esa transacción consistía en «evitar la exportación a Suiza de mercancías rumanas importantes para Alemania». Con aquellos medios pudo al menos el gobierno rumano estabilizar por un breve plazo su moneda y comprar en Suiza con los francos armas y material para su propio ejército, que había sufrido graves pérdidas en el frente del Este y debía recomponerse.[60]

Antonescu viajó por tren con un gran séquito hasta el escondrijo pantanoso de Hitler en Rastenburg. Durante el viaje el oficial alemán al mando en Bucarest anunció telefónicamente al jefe de la misión militar alemana, que acompañaba a la delegación rumana, que había «dificultades en la obtención de leis». Al mismo tiempo, el alto mando de la Wehrmacht, representado por el general Reinecke, manifestó sobre la «situación del lei»: «Mayores compromisos de los rumanos en interés de la conducción conjunta de la guerra». Cuando los representantes del Estado rumano emprendieron el viaje de regreso, dejaron en los oficiales de escolta alemanes «una impresión muy satisfactoria».[61]

Pero una vez llegados a Bucarest esa impresión satisfactoria se desvaneció rápidamente. El 2 de febrero Antonescu negó los pagos a la Wehrmacht entendidos como «continuo anticipo rumano» y exigió: «Sólo se podrá asegurar por parte rumana, como se ha convenido, el suministro de dinero a las tropas, tras un compromiso del servicio alemán en cuanto al calendario de entregas de oro y cuando se hayan producido efectivamente las primeras entregas». Esto hizo que las autoridades alemanas en Bucarest pidieran «el envío

en el más breve plazo posible de cuando menos algunas entregas parciales de oro». Así partió el 15 de febrero de 1943 desde el depósito de oro del Banco del Reich el primer transporte con destino Bucarest. En el último minuto ese envío, como muestra una corrección en el acta, fue rebajado a 19.998.820,57 RM, esto es, un cuarto y no un tercio de la cantidad prometida. Pero el ministro de Hacienda rumano se negó un mes después a entregar a la Wehrmacht la cantidad de leis deseada, y fue entonces —el 15 de abril, el 18 abril y el 2 de mayo— cuando el Banco del Reich envió el resto.[62 (•)]

El vicepresidente del Banco del Reich Puhl había intentado ya antes de las negociaciones obstaculizar las exigencias rumanas (que ahora «culminan con la exigencia de pagos en oro»). Después observó indignado que Antonescu «había obtenido concesiones por parte alemana». Goebbels anotó en su diario que Rumania, a la vista de las derrotas militares, «se había preocupado afanosamente por asegurarse determinadas reservas de oro».[63]

El Banco Nacional rumano estabilizó con el oro el maltratado lei, y eso, junto con la rumanización de considerables propiedades judías, le permitió al ministro de Hacienda rumano declarar en mayo de 1943 que el Estado «no había tenido que recurrir al Banco Nacional desde el 1 de octubre de 1942», esto es, que no había tenido que imprimir más dinero.[64] A cambio del oro y de los francos suizos el Reich recibió petróleo y víveres; el ministro de Hacienda rumano puso a disposición de la Wehrmacht billetes con los que cualquier soldado alemán estacionado en Rumania podía pagar y alimentarse. El objetivo de la transacción del oro era, como se observa en las actas del acuerdo, estabilizar la moneda rumana «con vistas a la emisión adicional de billetes en interés de los alemanes». Como contrapartida, las exportaciones rumanas de petróleo hacia Alemania e Italia debían elevarse en

1943, por petición alemana, a cuatro millones de toneladas; al mismo tiempo debían «suministrar al menos quince mil toneladas de tortas oleaginosas y noventa mil toneladas de semillas oleaginosas» para el abastecimiento de aceite de mesa a las amas de casa alemanas, así como 525 millones de leis mensuales, con efectos retroactivos desde el 1 de octubre de 1942, para las necesidades de la Wehrmacht en Rumania, con el fin de aumentar la paga de los soldados alemanes.[65]

El 9 de febrero de 1944 los alemanes aseguraron, remitiéndose a Hitler («El Führer debe de tener sus razones políticas»), que a partir de entonces pagarían también «con oro las entregas de cereales». Tenían que depositar 10,3 toneladas de oro en el Banco Nacional suizo a nombre del Banco Nacional rumano. Poco antes del cambio de bando en agosto de 1944 los responsables rumanos exigieron «divisas u oro como contrapartida», en caso de que los alemanes necesitaran nuevos pagos para sus soldados estacionados en el país, ahora muy numerosos. El delegado alemán en las negociaciones trató de evitarlo, pero aun así se mostró dispuesto «a hacer llegar un nuevo envío de divisas a Rumania, de veinte millones de francos suizos en oro», si el país le suministraba a cambio cereales y legumbres para la población alemana.[66]

Aunque las negociaciones relacionadas con el oro para Rumania se mantuvieron muy en secreto, el regente del Reich en la vecina Hungría, Miklós Horthy, tuvo noticia de ellas. Cuando los alemanes ocuparon Hungría el 19 de marzo de 1944, se quejó ese mismo día ante el Consejo de la corona: «… se llevarán todo, y aquí no pagarán en oro como en Rumania, sino con su papel moneda sin valor».[67] Así sucedió efectivamente, sólo que en Hungría los alemanes no pagaron con RM sino con pengös. Además ayudaron —como ya se ha explicado— a la administración financiera húngara a financiar una parte de los costes de ocupación a partir de

las propiedades judías, y a eso no se opuso Horthy.

11

El rastro del oro

INFLACIÓN EN GRECIA

El intento de trasladar a Auschwitz a los cerca de ocho mil judíos de Atenas, ampliamente asimilados, fracasó a principios de 1944. Sin ayuda griega, las escasas unidades alemanas sólo pudieron detener a unas 1.200 personas. En Salónica, en cambio, donde sí contaron con la cooperación de oficiales griegos, lograron deportar a principios de 1943 a casi la totalidad de los abundantes judíos de la ciudad.

Salónica había sido durante siglos una ciudad turco-búlgara-griega-judía. En las primeras décadas del siglo XX todavía se utilizaba como *lingua franca* del lugar el ladino de los judíos sefardíes. Entre 1912 y 1941 la comunidad judía perdió algunas decenas de miles de miembros, obligados a emigrar por el creciente nacionalismo griego y la difícil situación económica. En la Enciclopedia Judía de 1927 se lee: «Cuando Salónica se incorporó a Grecia se desarrolló allí un movimiento para desalojar a los judíos de sus posiciones ... El in-

tercambio de refugiados con Turquía también provocó la emigración de numerosos judíos, que debían dejar sitio a los griegos huidos de Turquía». A los judíos residentes en la ciudad les parecía como si hubieran «traído consigo como aditamento el antisemitismo». La nueva administración griega de la ciudad intentó ya en 1912 expropiar los cementerios judíos del centro; esa operación fracasó entonces y no se materializó hasta 1942-1943, bajo la ocupación alemana. Hoy día se alza allí la universidad.

Una larga pseudodocumentación de varios cientos de páginas sobre el destino de sus conciudadanos judíos, que el Ministerio de Asuntos Exteriores griego dio a conocer en 1998 en lengua inglesa, muestra la falta de memoria de las autoridades griegas hasta la actualidad. En la introducción se menciona la «actitud amistosa hacia los judíos» del gobierno de Venizelos, el primer gobierno europeo que propuso, en 1917, un Estado propio para los judíos. La mencionada Enciclopedia Judía explicaba claramente en 1927 sus motivos, indicando que Venizelos «se esforzó entonces por desjudaizar Salónica y helenizarla».[1]

En lo que sigue no se hablará de ese aspecto de la cooperación germano-griega en la deportación de los judíos, ya que es bien conocido; pero hay otro que hasta ahora ha permanecido oculto, tanto en la literatura popular sobre el Holocausto como en la científica: la liquidación conjunta de las propiedades de los deportados, o dicho de otra forma, la relación entre los enormes costes de ocupación que los alemanes impusieron a la Grecia vencida, y el intento de fortalecer la dracma griega con ayuda de la arización del oro de los judíos de Salónica, un total de doce toneladas. Los griegos y alemanes implicados en esa operación silenciaron obstinadamente después de la guerra la utilización en común del oro robado. Dejaron rastros falsos y ocultaron los verdaderos,

por lo que juzgo conveniente presentar en las páginas siguientes un pequeño trabajo de investigación criminal con sus correspondientes notas a pie de página.

Grecia contaba en 1941 con más de siete millones de habitantes. El coste de la vida aumentó incesantemente entre 1930 y 1940, aun manteniéndose dentro de límites soportables, alrededor de un 5 por 100 anual.[2] La renta nacional ascendía antes de la invasión alemana a sesenta millardos de dracmas, lo que correspondía poco más o menos a mil millones de RM. El país era pobre, y además se veía lastrado por las consecuencias de la guerra greco-turca y los desplazamientos y reasentamientos masivos derivados de ella. Tras una corta campaña los alemanes ocuparon Atenas el 27 de abril de 1941. Junto con sus aliados italianos y búlgaros se repartieron el país en tres zonas de ocupación: la mayor permaneció bajo dominio italiano, algunas comarcas del norte fueron ocupadas por tropas búlgaras, y los alemanes se quedaron con zonas más pequeñas pero importantes: la región septentrional en torno a Salónica, Atica y Creta. Ahora bien, mientras que en la zona italiana sólo vivían unos 13.000 judíos, en la alemana eran unos 55.000, concentrados sobre todo en Salónica. Cuando Italia estableció un armisticio con los aliados en septiembre de 1943 y fue ocupada a su vez por la Wehrmacht, los alemanes se apoderaron de toda Grecia, excepto la zona bajo ocupación búlgara.[3]

Hasta noviembre de 1943 fungió como autoridad suprema del Reich para Grecia el diplomático de carrera Günther Altenburg. El 5 de octubre de 1942 el plenipotenciario especial de Hitler para el sureste de Europa, Hermann Neubacher, asumió junto a Altenburg competencias adicionales, especialmente de política económica y financiera. Para el cumplimiento de esa función recibió el título de plenipotenciario especial del Führer para Grecia. Más tarde se unieron ambas

competencias quedando a cargo del diplomático Hans Graevenitz, que sustituyó a Altenburg en el otoño de 1943, aunque bajo el control especial de Neubacher.

La importancia de Grecia residía en su situación geoestratégica. Desde allí se podía atacar eficazmente a la Royal Navy. Después de que Creta hubiera sido conquistada en los últimos días de mayo de 1941 por tropas aerotransportadas alemanas, parecía posible la conquista de Chipre, con lo que las fuerzas navales y aéreas británicas habrían perdido su última base en la parte oriental del Mediterráneo. Aunque esto no llegó a suceder, la Wehrmacht mantuvo Creta en su poder, y tras el giro de la guerra se concentró desde 1942 en la muy costosa fortificación de la isla, pagada con dracmas griegas.

En el aspecto económico, el tabaco griego desempeñaba un importante papel como estimulante para la moral de guerra alemana. Hasta la primavera de 1942 se enviaron 270.000 toneladas a Alemania, y los importadores del Ministerio de Asuntos Exteriores anunciaron la adquisición de otras seiscientas mil toneladas. Esa cantidad superaba claramente las necesidades anuales de los fumadores alemanes y prometía al fisco del Reich ingresos de casi 2.500 millones de RM por el impuesto sobre el tabaco.[4] También se enviaban a Alemania minerales —especialmente cromo—, aceite de oliva y pasas de Corinto, así como seda para la producción de paracaídas. El envío de esas mercancías lo organizaba la empresa de transportes Schenker, que disponía de la franquicia del transporte para Grecia y cuyo representante en Salónica trabajaba subsidiariamente como confidente del Servicio de Seguridad.[5]

Antes de que estallara la guerra Grecia tenía que importar alimentos; la interrupción de las comunicaciones, la adjudi-

cación a Bulgaria por los alemanes de territorios especialmente feraces en el norte y el abastecimiento «sobre el terreno» de la Wehrmacht extenuaron inmediatamente el mercado. Al cabo de pocos meses la moneda se tambaleaba, [6] y a mediados de 1942 el Ministerio de Finanzas del Reich se vio obligado a intervenir.

Schwerin von Krosigk explicó a sus colegas ministeriales encargados de la economía de guerra los peligros que amenazaban a Grecia en una carta de diez páginas sobre el tema «Configuración adecuada de las relaciones financiero-económicas en las regiones no alemanas para asegurar el funcionamiento óptimo de la economía de guerra». En ella describía las delicadas consecuencias de una política financiera y de ocupación que se había basado durante demasiado tiempo en el éxito de la guerra relámpago: «La inflación conlleva la total desintegración de la economía nacional. Por un lado tiene como consecuencia un serio retroceso de la producción, por otro conduce inevitablemente a la retención de todos los productos y valores reales (como la del grano de los campesinos rumanos), y finalmente hace imposible la planificación económica en el país afectado».[7]

En julio Mussolini le expresó a Hitler su preocupación de que Grecia pudiera hallarse «al borde de una catástrofe financiera, que también sería económica y política».[8] En septiembre el Ministerio de Finanzas del Reich avisó del inminente colapso de la moneda. Si se dejaba evolucionar a su aire la situación, «no sólo se arruinaría la economía griega» sino que también se privaría a las potencias ocupantes de cualquier «posibilidad normal de compra de mercancías o de utilización de servicios» y por tanto «se dificultaría esencialmente el cumplimiento de las tareas de guerra allí programadas».[9] Las amplias huelgas de obreros, funcionarios del Estado y empleados griegos condujeron finalmente, tanto en

Roma como en Berlín, a la aceptación de que había que hacer algo. En la primera quincena de septiembre Hitler ordenó, debido a las «insoportables consecuencias del desplome del poder adquisitivo» en Grecia, «remediar inmediatamente las causas».[10] La desenvuelta orden del Führer activó la fantasía de los expertos en financiación.

Las razones de la acelerada inflación eran la debilidad económica general del país, la carencia de una administración financiera experimentada y el bloqueo de la principal fuente de ingresos, el comercio marítimo, como consecuencia de la guerra. Pero su causa principal era el doble saqueo, poco coordinado, de las tropas de ocupación alemanas e italianas (menos severo este último). Según los datos del personal económico-militar, éstas reclamaban en 1941 «en torno al 40 por 100 de la renta real de Grecia», y un año después «los costes de ocupación y los gastos del Estado suponían alrededor del 90 por 100 de la renta nacional real del país».[11]

Con la progresiva desvalorización del dinero los productos agrarios desaparecían del comercio regular sometido a controles de precios para reaparecer de nuevo en el mercado negro, lo que perjudicaba la producción agrícola; ya en el invierno de 1941-1942 se llegó a una situación de hambre entre las capas más pobres de la población de las ciudades griegas. Göring comentó: «No nos podemos preocupar demasiado por los griegos que pasan hambre. Es una desgracia que todavía afectará a muchos otros pueblos».[12] La ocasión para una indiferencia tan inhumana fueron informes periodísticos como éste: «Los niños buscaban restos de comida en los montones de basura de las calles, morían por miles y las cunetas de las carreteras les servían de tumba. Los padres ocultaban su muerte a las autoridades y por las noches las madres arrojaban en secreto a sus hijos muertos al otro lado de los muros del cementerio con el fin de poder utilizar sus car-

tillas de racionamiento para los supervivientes».[13]

Si bien la política alemana podía ignorar ese aspecto de su guerra, no sucedía lo mismo con el «estado de necesidad» de sus propias tropas. La paga que recibían en dracmas dejó pronto de tener «ningún poder de compra». Los soldados rezongaban, y muchos comenzaron a vender el material militar para conseguir artículos en el mercado negro.[14] En enero de 1942 una inspección de la correspondencia de los soldados dio como resultado que cerca del «60 por 100 de las cartas» hablaban de eso, de cómo conseguir efectos y dinero «para obtener con ellos ganancias en el trueque o la venta, que llegaban a representar varias veces su precio de compra».[15]

Debido a la amenaza que suponía esa situación económica para los ocupantes, Hitler nombró a principios de octubre de 1942 a Hermann Neubacher encargado especial del Reich para Grecia. Como era típico en ellos, los responsables alemanes sólo planearon una intervención a corto plazo, «ya que para el año 1943 se cuenta con una nueva situación militar y política en el Mediterráneo», esto es, mucho más ventajosa.[16] Mussolini también nombró a un encargado especial para la parte ocupada por los italianos, el delegado Agostino, director de banco y experto de alto nivel en saneamiento financiero. Tras una conferencia preliminar en Roma se volvió a reunir con Neubacher en Atenas el 24 de octubre de 1942. En los siguientes días establecieron «restricciones para las compras de las tropas del Eje en el mercado griego», una «interrupción temporal de todas exportaciones de comestibles desde Grecia» y «la activación de los transportes de víveres a Grecia». Más adelante anunciaron la «pronta mejora del abastecimiento de aceite de mesa para la población» y una interrupción temporal de los pagos a las tropas de ocupación, algo que tendría su importancia a continuación.[17]

Neubacher prometió atender a «las necesidades vitales de la población ... con precios accesibles para todos».[18] Como medidas deflacionistas se establecieron restricciones al crédito y se levantaron los controles de precios, por otra parte ineficaces, con el fin de poner cierto orden en los precios del mercado libre. Además, una ley griega dispuso que las sociedades anónimas debían aumentar sus reservas propias de capital un 20 por 100, con lo que el dinero así movilizado por los capitalistas pasó a las arcas del Estado; a esto se añadió, en cuanto al factor trabajo, una prestación laboral obligatoria.[19]

Para cumplir su promesa, Neubacher adoptó las medidas más diversas y desacostumbradas. Hizo llegar a Grecia alimentos desde la Serbia ocupada, e incluso consiguió envíos desde Bulgaria y Rumania. Un éxito aún más importante del nuevo encargado especial de la estabilización del dominio alemán fue el compromiso de la Cruz Roja Internacional, con anuencia británica y patrocinio sueco y suizo, de destinar una ayuda urgente a Grecia, con lo que pronto llegaron regularmente barcos suecos llenos de trigo canadiense a los puertos griegos.[20] Hasta en Alemania hizo comprar Neubacher azúcar y patatas por valor de ocho millones de RM para Grecia; el producto de su venta en dracmas se lo pasó a la Wehrmacht. Poco después el Ministerio de Finanzas del Reich elevó esa cantidad en 3,2 millones de RM,[21] y más adelante destinó 4,3 millones de RM a la construcción de carreteras, importantes desde el punto de vista de la estrategia económica, que no tenían que ser financiadas ya con el presupuesto del país.[22] Cierto es que Neubacher no rebajó la paga de los soldados alemanes, pero dejaron de poder recibir dinero de casa; poco después se les daba la mitad de la paga en dracmas y la otra mitad en el llamado dinero de cantina, que no era válido en el mercado sino sólo en los economatos

del propio ejército alemán.[23]

Dado que cabe atribuir a la intervención de Neubacher en Grecia la decisión de cubrir las necesidades de las tropas importando artículos «de donde sea necesario, ya sea desde Alemania, desde Italia o de terceros países», también conviene señalar, con respecto a la deportación de los judíos de Salónica a punto de iniciarse, que en aquel momento llegaban a Grecia trenes de mercancías cargados que regresaban vacíos, salvo ocasionales cargamentos de mineral de cromo y tabaco. La situación del transporte no obstaculizaba pues la deportación de los judíos de Grecia.[24]

LOS JUDÍOS DE SALÓNICA

Las intervenciones de Neubacher contribuyeron a una estabilización relativa de la dracma. Pero también hay que contar entre esas medidas el encierro en guetos, la expropiación y la deportación de los judíos, que se inició con la llegada del plenipotenciario especial a Grecia. Aunque las actas de la administración alemana en Grecia conservadas son extremadamente escasas,[25 (•)] bastan para establecer la relación entre la deportación de los judíos y la lucha contra la inflación. Hallamos un primer indicio en la liquidación de gastos de viaje del consejero de embajada Eberhard von Thadden, que se ocupaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la «cuestión judía». Después de que Neubacher hubiera recibido el «encargo especial del Führer con respecto a la estabilización de la situación económica en Grecia», von Thadden pasó en Atenas «algunas semanas». El Ministerio de Asuntos Exteriores comunicó al Banco del Reich, con cierto secre-

tismo, «que un consejero de embajada acompañaría al delegado Neubacher».[26] Se trataba ni más ni menos que del experto del ministerio en la «cuestión judía».

Durante los meses siguientes von Thadden voló repetidamente entre Atenas, Bucarest, Roma, Viena y Berlín: «En los lugares mencionados —así dice en su liquidación de gastos de viaje— se discutieron los detalles conducentes a la operación del encargado especial del Reich para Grecia, del que había sido nombrado adjunto».[27] La vinculación entre las actividades del plenipotenciario especial y las del experto en «asuntos judíos» existía pues desde el primer momento.

Especialmente significativas parecen las fechas de los viajes de von Thadden. Entre el 19 y el 21 de octubre de 1942 Neubacher mantuvo conversaciones con el ministro de Asuntos Exteriores italiano en Roma, el 23 viajó a Atenas y el 24 pronunció allí su primera declaración pública oficial. Von Thadden partió el 18 de octubre de Berlín, voló desde allí a Roma y llegó también por avión a Atenas el 23. A continuación permaneció hasta el 30 de noviembre en Grecia, salvo por una breve estancia en Roma. El 11 de diciembre voló desde Berlín a Bucarest, la sede habitual de Neubacher, desde allí a Atenas y el día 22 regresó a Berlín. Entre el 4 y el 8 de febrero de 1943 viajó en coche cama al «cuartel general», con lo que se refería a la «guarida del lobo» de Hitler.

Los resultados obtenidos en esas conversaciones fueron anotados por Felix Hartlaub en el diario de guerra del OKW. El tema del encuentro fue la necesidad de dinero de la Wehrmacht en Grecia y los problemas surgidos al respecto entre los generales por un lado y Neubacher y Altenburg por otro. «Para la clarificación de esas cuestiones tuvo lugar el 5 de febrero en la zona prohibida 1 [en la que residía Hitler] una conversación entre representantes del Ministerio de Asuntos

Exteriores y de la Wehrmacht, en la que quedó establecido que se pueden garantizar a la Wehrmacht 20.300 millones de dracmas mensuales y la cobertura de la deuda de 18.000 millones, y también que los proyectos de construcción se pueden llevar a cabo con esas cantidades».[28]

Neubacher, que al igual que von Thadden participó en la reunión, prometió pues pagar en dracmas los gastos de la Wehrmacht que él mismo había reducido considerablemente.[29] Pocas semanas antes había prometido al gobierno griego «suspender» los costes de ocupación. La evidente contradicción entre ambas afirmaciones de Neubacher se diluye al tener en cuenta por qué participó en esas importantes conversaciones el experto en la «cuestión judía» del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Los veinte millardos de dracmas mensuales prometidos a la Wehrmacht correspondían entonces a unas 140.000 libras-oro inglesas. En total se robó a los judíos de Salónica, como se demostrará, oro por valor de 1,7 millones de libras. Coincidiendo con la actividad recaudatoria de Neubacher en octubre de 1942, los alemanes iniciaron el expolio en masa de los judíos de Salónica. El 3 de enero de 1943 voló allí el lugarteniente de Eichmann Rolf Günther, y ese mismo día el subsecretario de Estado de Asuntos Exteriores Martin Luther escribió a Altenburg, en Atenas, «que Günther, naturalmente, estaba autorizado a colaborar con él». El 26 de enero de 1943 Altenburg comunicó oficialmente al jefe del gobierno griego Konstantinos Logothetopoulos el plan de deportación; a aquel experimentado diplomático de carrera le pareció, por la reacción de este último, «que no había que esperar dificultades».[30]

A primeros de enero de 1943 Eichmann instruyó a su ayudante Dieter Wisliceny sobre la próxima tarea a realizar:

«Resolver la cuestión judía en Salónica en colaboración con la administración militar alemana en Macedonia». Un mes después Wisliceny se encontraba en Salónica junto con otro enviado de Eichmann, Alois Brunner. El 6 de febrero de 1943 el oficial de la Wehrmacht responsable de la administración militar Max Merten ordenó que los judíos llevaran la estrella amarilla, así como la prohibición de abandonar la ciudad y el bloqueo de otras comunicaciones.[31] La deportación de los judíos de Salónica comenzó el 15 de marzo de 1943 y «toda la operación [debía] quedar completada en unas seis semanas», plazo que apenas se superó.[32] En total fueron deportados de Salónica 43.850 judíos, más otros 2.134 de las comarcas próximas ocupadas por los alemanes; algunos miles huyeron a la zona italiana.[33] El 16 de marzo Wisliceny transmitió al jefe del gobierno griego Logothetopoulos, por indicación de Altenburg, «un resumen de las medidas antijudías». En esa entrevista, por lo menos así dice la versión alemana de la conversación, Logothetopoulos quedó «totalmente convencido y disipadas sus dudas».[34] Durante ese período decisivo desde el 2 de marzo hasta el 4 de abril también permaneció en Grecia von Thadden.[35]

El 1 de marzo se ordenó a todas las familias judías declarar todas sus propiedades con objetivos presuntamente estadísticos. Los afectados tenían que rellenar formularios impresos en alemán y griego y detallar en el apartado f), junto a todos los demás objetos de valor, el «oro, metales preciosos, divisas y joyas». El 8 de marzo el gobierno griego creó una «oficina para la administración de las propiedades judías», la YDIP (*Yperesia Diacheiriseos Isrilitikis Periousias*), dirigida por el jurista Elias Douros. Esa oficina, bajo la supervisión del alto funcionario ministerial Mavraganis, estaba subordinada al principio a la administración militar alemana, y más tarde al Ministerio de Hacienda griego.[36 (•)] Los

compradores griegos debían ingresar el pago por la adquisición de las propiedades judías en la cuenta número 707 del banco estatal griego, filial de Salónica. La supervisión por parte alemana estaba a cargo del inspector Eberhard Kuhn, quien se ocupó de que «los griegos y griegas que de algún modo se mostraban amistosos hacia los alemanes o realizaban distintos servicios para éstos, tuvieran preferencia».[37]

La YDIP destinó parte de las viviendas y del mobiliario a los griegos expulsados y huidos de la región de la Grecia septentrional ocupada por los búlgaros.[38] Junto al expolio general de los judíos y de sus asociaciones e instituciones religiosas figuraba también el desmantelamiento del antiquísimo cementerio judío de Salónica, situado en el centro de la ciudad. Ese terreno, de 357.796 metros cuadrados, fue convertido de inmediato en edificable, parcelado y vendido; también se pusieron a la venta las lápidas del cementerio.[39]

Como en otros países ocupados y coaligados con la Alemania de Hitler las violaciones descritas del derecho de propiedad por parte de la Wehrmacht tenían un único objetivo: con el abono del producto de la venta en una cuenta central del Banco de Grecia se consiguió detener la caída de la moneda del país debida a la codicia alemana. Las medidas especiales adoptadas disminuyeron la necesidad de imprimir dinero, y la venta de las propiedades judías redujo al menos en parte el exceso de poder adquisitivo debido a la escasez de oferta en el mercado. Pero esa transferencia de bienes benefició poco, a corto plazo, a los compradores y a las arcas del Estado, por tratarse de un procedimiento demasiado lento, Neubacher necesitaba un éxito rápido, y lo obtuvo. Las llamativas consecuencias del expolio del oro de Salónica por la Wehrmacht están bien documentadas; lo que intentaremos aquí es poner de relieve la relación entre la iniciativa de Neubacher para estabilizar las finanzas griegas y la deporta-

ción de 46.000 personas a Auschwitz.

Heinz Kounio, presidente de la Asamblea Judía de Salónica, informó en 2000 sobre el oficial de la Wehrmacht que en aquel momento estaba a cargo de la administración de la ciudad, Max Merten: «Merten era el hombre más poderoso de la ciudad. Nos dijo: "¡El precio son lingotes de oro!"». Algunos días antes de la deportación a Auschwitz los judíos fueron internados en un campo provisional. «Allí tuvieron que entregarlo todo, joyas y todos los objetos de oro. Inmediatamente desaparecieron todas las joyas. Merten y sus colaboradores las metían en sacos».[40 (•)] Lo mismo contaba el presidente de la comunidad judía en Salónica, Andreas Sefihas, también en el año 2000: «Yo tuve que pagar mil libras británicas en oro, con la esperanza de liberar a mi padre de un campo de trabajo de la Wehrmacht».[41]

El 17 de octubre de 1942, pocos días antes de la llegada de Neubacher a Grecia, Merten exigió a la comunidad judía un total de diez mil libras en oro por la exención del trabajo forzoso.[42] El 21 de octubre Neubacher informó en Roma al ministro de Hacienda griego, cuando éste solicitó la reducción de los costes de ocupación, «que ya había dado la orden para que se tomaran determinadas medidas». De hecho, ya el 15 de octubre se había promulgado una orden promovida por él destinada a disminuir drásticamente los gastos de la Wehrmacht.[43] Dos días antes había hablado con el OKW.[44]

En julio Merten había reclutado a algunos miles de trabajadores forzados judíos para dedicarlos a la construcción de carreteras, aeródromos y vías férreas, así como al trabajo en las minas. Esos trabajos estaban a cargo de la Organización Todt, que empleaba a judíos reclutados por la fuerza porque debido a la inflación se veía incapaz de pagar a trabajadores griegos. Por falta de alojamientos aquellos hombres debían

«en su mayoría dormir a la intemperie»; tampoco recibían comida suficiente y por eso «un alto porcentaje contrajo enfermedades pulmonares y murió». Debido a la total ineficiencia del trabajo forzoso Merten suspendió el 17 de octubre de 1942 el reclutamiento obligatorio, pidiendo a cambio un rescate en forma de oro que podía guardar a salvo de la inflación para venderlo en la Bolsa el mismo día en que debía pagar a sus trabajadores asalariados.[45]

Después de haber conseguido sacarle el oro por primera vez, a principios de noviembre Merten exigió a la presidencia de la comunidad judía otros 3.500 millones de dracmas, que debían pagarse directamente a la Wehrmacht alemana. Luego rebajó esa cantidad a 2.500 millones, que obtuvo efectivamente en oro. Según el pacto-mandato establecido por Merten con la comunidad judía, ésta entregó unas cinco mil libras-oro inglesas antes del 15 de diciembre de 1942.

En total la Wehrmacht obtuvo de los judíos de Salónica, para sus obligaciones de pago inmediatas en noviembre y diciembre de 1942, 25.000 libras en oro, lo que correspondía según los datos del comisario alemán en el Banco Nacional griego, Paul Hahn, a quinientos mil RM.[46] Los lingotes de oro fueron vendidos en la Bolsa, como ya se ha mencionado, convirtiéndolos así en papel moneda con el que se pagaba a los soldados alemanes o a los trabajadores griegos al servicio de la Wehrmacht. Un informe de la Organización Todt del 11 de enero de 1943 decía: «Como ya he comunicado, la autoridad militar de Salónica-Egeo ha prometido quinientos millones de dracmas que pretende obtener de la comunidad israelita, pero sin fijar una fecha concreta».[47] Según sus propias declaraciones Merten empleó también los ingresos procedentes de la venta del cementerio judío de Salónica para pagar a los trabajadores al servicio de los alemanes.[48] Según indicaba el Ministerio de Economía del Reich en 1943,

a finales de 1942 se pagaron salarios —para la construcción de carreteras en torno a las minas de cromo en el norte de Grecia— «de procedencia entonces desconocida. Más tarde se supo que ese dinero se había obtenido de los judíos griegos».[49]

Recordando que Neubacher había prometido al gobierno griego el 24 de octubre, inmediatamente después de su llegada, una reducción drástica de la contribución de guerra, queda claro por qué Merten exigió oro a los judíos de Salónica. De esa forma se podían alcanzar ambos objetivos: el Estado griego pagaría sólo una parte de los costes de ocupación, y la Wehrmacht dispondría del dinero que necesitaba. Esa entrega obligatoria tenía como precedentes las exacciones a los judíos en Alemania (1938), Francia (1941) o Rumania (1942), la requisa de propiedades judías en Eslovaquia (1941) y en Bulgaria (1942) o los pagos especiales ocultos en la Hungría coaligada con Alemania, donde en 1942 se anularon de golpe todos los créditos de la primera guerra mundial cuyos titulares fueran judíos. Debido a la situación especial de la moneda en Grecia esa aportación debía hacerse allí en oro.

Después del primer despojo comenzó el robo a gran escala con el encierro en guetos en marzo de 1943. Los colaboradores de Eichmann —Brunner, Wisliceny y su gente— obligaron a los judíos inermes, con ayuda de confidentes y torturas sistemáticas, a confesar dónde habían escondido sus joyas y su oro. Así «se llenó la cueva del tesoro de la calle Vélissariou con todas las maravillas de Alí Baba», como dice el informe de Michael Molho: «Sobre las mesas se veían, ordenados y en diferentes montones, sortijas con diamantes y piedras preciosas de todos los matices y tamaños, broches, medallones, pulseras, collares, cadenas de oro, anillos, relojes de todo tipo, monedas, ordenadas según la efigie y el año de

emisión, dólares americanos y canadienses, libras esterlinas, francos suizos, etc. En el suelo se amontonaban jarrones, vasijas de porcelana china, objeto raros, alfombras apiladas hasta el techo… En aquel espacio relativamente pequeño se amontonaban tales riquezas que ni la fantasía desbordada de un Alejandro Dumas habría podido poner ante los ojos de su conde de Montecristo».[50]

La comunidad judía de Salónica estimó en los años 50 que se le habían robado de esa forma oro y joyas por valor de 130 millones de RM, lo que equivaldría a unas 46 toneladas de oro. De acuerdo con una prudente y bien fundamentada estimación presentada por Joseph Nehama el 2 de abril de 1946 así les arrebataron los alemanes a los judíos griegos «la impresionante cantidad de más de doce toneladas de oro fino».[51] Eso corresponde exactamente a los datos del Congreso Mundial Judío de 1948, que estimó el valor del oro robado («most moderate calculation») en 1,7 millones de libras inglesas.[52]

Dado que la cueva del tesoro de la calle Vélissariou contenía no sólo oro sino también otros objetos de valor, la cantidad total robada fue seguramente más alta. Con bastante probabilidad se vendieron muchos de ellos a los griegos a cambio de oro, pero me limitaré a la estimación bastante modesta de doce toneladas. En favor de esa hipótesis habla también, como se verá, un cálculo alemán. Según un documento del Banco Nacional griego de 1944 los costes de ocupación ascendieron en junio de 1942 a 250.000 libras. Suponiendo que esa cantidad correspondiera a las necesidades medias de la Wehrmacht durante los siguientes doce meses, Grecia habría debido pagar en ese período exactamente tres millones de libras como costes de ocupación. Pero de hecho, según el propio Banco Nacional griego, se entregaron únicamente a los alemanes dracmas por valor de 1,26 millones de

libras, lo que significa que faltaban 1,74 millones de libras para pagar los gastos corrientes de la Wehrmacht en Grecia, cantidad que corresponde casi exactamente a la que reclamó el Congreso Mundial Judío en 1948.[53]

Pocas semanas después de las deportaciones, el 15 de junio de 1943, se promulgó la orden de Merten, según la cual «debían transferirse al Estado griego, representado por el gobernador general de Macedonia, todas las propiedades judías que se han encontrado o todavía se encuentren en el territorio de Salónica-Egeo».[54] Según la declaración de Merten en 1964, el oro permaneció no obstante en manos alemanas, por lo que el plenipotenciario Altenburg ordenó transportarlo a Atenas y depositarlo allí en la legación alemana.[55] También las declaraciones de Wisliceny, normalmente veraces, apuntan en dirección a Atenas. Según él, Merten había «depositado en el Banco de Grecia dinero, joyas y objetos de valor». También el dinero en efectivo —unos 280 millones de dracmas— fue, según su testimonio, ingresado «en una cuenta de afectación del Banco de Grecia» y transferido luego a la autoridad militar.[56] Otro colaborador de Eichmann, Otto Hunsche, corroboró en su testimonio ambas declaraciones posteriores a la guerra. En cuanto a la disputa surgida, tras la deportación de 46.000 personas, sobre el reembolso de los costes de transporte desde Salónica a Auschwitz —se trataba de 1.938.488 RM—, Hunsche insistió en que «las propiedades incautadas a los judíos» no se habían puesto a disposición de las SS, sino «de la autoridad militar del Egeo (administración militar) en Salónica».[57]

Parece de todas formas posible, dicho sea entre paréntesis, que los responsables alemanes enviaran una pequeña parte del botín de metales preciosos a Viena, por ejemplo el platino, utilizado con fines industriales, o la plata, que la floreciente industria cinematográfica alemana necesitaba urgen-

temente. No he podido encontrar documentos alemanes al respecto, pero Jacques Stroumsa, obligado a emprender junto con su familia el viaje a Auschwitz el 30 de abril de 1943, cuenta en su autobiografía que en una parada intermedia, «probablemente en una pequeña estación en los alrededores de Viena, se abrieron de repente las puertas». Alois Brunner obligó a Stroumsa y a su hermano a bajar del vagón. «Nos ordenó transportar una pesada caja de madera desde su departamento de un vagón normal del ferrocarril hasta la entrada principal de la estación, y luego una segunda caja, tan pesada como la primera». Inmediatamente después partió de nuevo el tren.[58]

Queda por aclarar por qué se envió a Atenas la mayor parte del oro de Salónica. En mi opinión ese oro sirvió para estabilizar la dracma y frenar la inflación hasta agosto de 1943, en connivencia con el Ministerio de Hacienda griego y el Banco Nacional. En favor de esa tesis hablan tres datos personales: al comienzo de la intervención política monetaria el comisario alemán en la Banque de France, Carl Schaefer, fue enviado desde octubre de 1942 hasta febrero de 1943 a Atenas como adjunto de Hahn.[59] Aquel hombre disponía de experiencias adquiridas en Francia sobre cómo frenar la inflación. En enero dimitió el gobernador del Banco Nacional griego y fue sustituido por hombres más dispuestos a la colaboración, entre ellos, especialmente, el vicegobernador Hadjikyriakos.[60] Neubacher también eligió a un superministro de Finanzas a su gusto: Hektor Tsironikos, cuya «lealtad hacia los alemanes estaba fuera de duda». Pronto asumió también los ministerios de Agricultura, Trabajo, Economía, Sanidad y Asuntos Sociales. Aquel hombre «gozaba de la plena confianza del Plenipotenciario especial».[61]

Con la anuencia de Tsironikos y Hadjikyriakos, repito de nuevo, los agentes comerciales griegos vendieron en la Bolsa

de Atenas el oro robado a los judíos de Salónica, recibiendo a cambio ingentes cantidades de dracmas en papel, con las que la Wehrmacht pagó sus gastos. Así se pudo frenar o al menos atenuar durante algunos meses la inflación y mantener el nivel de precios.[62] Con aquella transacción el oro de los judíos asesinados de Salónica pasó en su mayor parte a manos de comerciantes y especuladores en Bolsa griegos, mientras que los alemanes pagaban bienes y servicios griegos, así como a sus propios soldados, con las dracmas obtenidas según la cotización del día. Para corroborar esta tesis conviene presentar una cadena de indicios convincentes. Empecemos con las discusiones y decisiones que llevaron en el segundo semestre de 1943 a emplear el oro que el Banco del Reich envió a Grecia.

ORO EN LA BOLSA DE ATENAS

A mediados de junio de 1943 el alto funcionario Gramsch, representante de Göring, explicó en una «conferencia ministerial sobre Grecia» que no consideraba oportuna la introducción de oro y divisas «para el pago de bienes y servicios en Grecia». Neubacher, que participó en la reunión, opinó por el contrario que «el curso de los próximos acontecimientos, hoy todavía no solventados, nos obligará a volver sobre esta cuestión».[63] Cuando en septiembre de 1943 empeoró rápidamente la situación de la moneda, relativamente estable desde diciembre del año anterior, Graevenitz telegrafió el 5 de octubre a Neubacher refiriéndose casi expresamente al oro: «Para poder llevar a cabo una intervención eficaz, sería aconsejable la utilización transitoria de medios adicionales».

[64] Medios *adicionales*, obsérvese, donde todavía —según justificaciones posteriores— no se había introducido ningún oro. Como medida de protección transitoria para estabilizar la dracma, la «autoridad militar, de acuerdo con el plenipotenciario especial del Ministerio de Asuntos Exteriores para el sureste» decidió incautar todas las propiedades de los ocho mil judíos de Atenas, transfiriéndoselas «para su administración al Estado griego».[65]

Al principio Berlín no envió ningún oro, y la inflación siguió acelerándose. El mejor indicador al respecto era la opinión de los soldados alemanes, cuya paga no les llegaba para las compras que querían hacer. El 13 de noviembre de 1943 el mando de la Luftwaffe en el sureste telegrafió a la oficina de Göring: «Los soldados alemanes ven multiplicarse a su alrededor comestibles que no pueden comprar o sienten que se les escatima el dinero para hacer sus compras. Los aumentos de sueldo ocasionales como el del 11 de noviembre les parecen totalmente insuficientes. Les gustaría enviar regalos, al menos para Navidad y en la medida de sus posibilidades, a sus parientes, a los que la guerra hace sufrir en la patria más que a la población griega. Como no pueden comprar, surgen inevitablemente tráficos clandestinos del peor estilo». El general al mando pedía «medidas enérgicas» con el fin de que sus hombres «pudieran al menos enviar a casa regalos de Navidad».[66]

El 8 de noviembre de 1943, pocos días antes de que las quejas de los soldados llegaran a Göring, ya se había tratado la cuestión en una reunión al más alto nivel sobre la situación en Grecia, en la que participaron, además de Neubacher, los ministros de Economía y de Finanzas y el presidente del Banco de Reich; Göring envió a su hombre de confianza, Gramsch. Se decidieron de nuevo numerosas maniobras de estabilización, entre ellas la «introducción de oro del

Reich» ya practicada desde enero de 1943 en Rumania. De hecho, el Banco del Reich envió a partir de entonces regularmente oro a Atenas en el avión-correo, desde su sucursal de Viena; en total más de ocho toneladas. Con su venta protegían los responsables la dracma frente a la inflación y pudieron estabilizarla hasta cierto punto.[67]

Esta operación comenzó diez días después de la conferencia del 8 de noviembre. Se cancelaron las subidas de precios ya anunciadas, y a los intendentes de la Wehrmacht se les ordenó «aplazar las compras no imprescindibles».[68] Con parte de los medios ahorrados se aumentó considerablemente en diciembre la paga de los soldados insatisfechos.[69] Aunque la inflación no se detuvo, al menos se desaceleró. Neubacher prometió hipócritamente que si Grecia tenía que adelantar determinadas cantidades, en último término «se cargarían a la potencia ocupante». De hecho, poco después se envaneció de que su promesa «había sido tan general (ningún plazo para la devolución, ningún interés)» que no cabía temer ninguna «obligación excesiva» para el Reich.[70] Al final del dominio alemán la dracma se había depreciado nada menos que 550 millones por 100.[71]

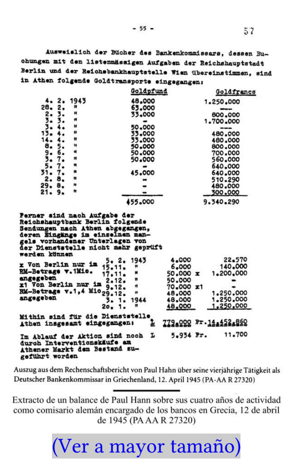
A pesar de la hiperinflación que provocó en el verano de 1944 el hundimiento de la dracma, el director del Banco del Reich Paul Hahn, comisario para la supervisión del Banco Nacional griego, afirmó en su informe final que había conseguido «mantener el mayor tiempo posible la función de pago de la dracma … esencial para los intereses de la Wehrmacht alemana».[72]

Los responsables se enorgullecían después de la guerra de su Operación Oro, considerándose auténticos benefactores del pueblo. Neubacher, por ejemplo, escribía: «A mediados de noviembre de 1943 inicié la Operación Oro en la Bolsa de

Atenas … La sorpresa de los griegos fue enorme; nadie habría juzgado posible que Alemania introdujera oro en el mercado».[73] De forma parecida se vanagloriaba Hahn: Los griegos habían vivido la «introducción de oro por la potencia ocupante alemana» como una iniciativa política que se alejaba positivamente «de las medidas de ayuda financiera anteriores desde el extranjero», con lo que aludía a Gran Bretaña. Eso había «suscitado admiración y respeto en los círculos económicos y financieros griegos».

Los círculos financieros, evidentemente, sacaron provecho de la operación, disputándose los lingotes de oro en las Bolsa de Atenas y Salónica, y una pequeña parte también en Patras. Según los datos de Hahn, utilizaron a corredores y agentes comerciales de confianza y concertaron sus negocios con «el Banco de Grecia».[74]

En el invierno de 1944-1945 Paul Hahn escribió un informe final sobre su actividad durante casi cuatro años como comisionado bancario alemán en el Banco de Grecia, informe que publicó, con ligeras alteraciones, en 1957. Ese informe contiene una detallada explicación de la Operación Oro. En la documentada tabla de Hahn sobre las entradas de oro de la página siguiente se observa que comenzaron, no el 18 de noviembre de 1943 como dice en el texto y como han repetido después de él toda una serie de comentaristas, sino el 4 de febrero de 1943. Además, Hahn repartía en su informe las entradas de oro en dos apartados de dos columnas. El segundo corresponde, con una sola excepción, a los envíos a Atenas iniciados en noviembre, y menciona expresamente al Banco del Reich (que en aquel momento trabajaba casi exclusivamente con oro robado).



- 55 - 57

Ausweislich der Bücher des Bankenkommissars, dessen Buchungen mit den listenmässigen Aufgaben der Reichshauptstadt Berlin und der Reichsbankhauptstelle Wien übereinstimmen, sind in Athen folgende Goldtransporte eingegangen:

	Goldpfund	Goldfrancs
4. 2. 1943	48.000	1.250.000
28. 2. "	63.000	---
2. 3. "	33.000	800.000
3. 3. "	-	1.700.000
3. 4. "	50.000	---
13. 4. "	33.000	480.000
14. 4. "	33.000	480.000
8. 5. "	50.000	800.000
9. 6. "	50.000	700.000
3. 7. "	50.000	560.000
5. 7. "	-	640.000
31. 7. "	45.000	640.000
2. 8. "	-	510.290
29. 8. "	-	480.000
21. 9. "	-	300.000
	455.000	9.340.290

Ferner sind nach Aufgabe der Reichshauptbank Berlin folgende Sendungen nach Athen abgegangen, deren Eingänge im einzelnen mangels vorhandener Unterlagen von der Dienststelle nicht mehr geprüft werden können

x Von Berlin nur im RM-Betrage v.1Mio. angegeben
x1 Von Berlin nur im RM-Betrage v.1,4 Mio angegeben

5. 2. 1943	4.000		22.570
15.11. "	6.000		140.000
17.11. "	50.000	x	1.200.000
2.12. "	50.000		-
9.12. "	70.000	x1	-
29.12. "	48.000		1.250.000
3. 1. 1944	48.000		1.250.000
20. 1. "	48.000		1.250.000

Mithin sind für die Dienststelle Athen insgesamt eingegangen: L 779.000 Fr. 14.452.860

Im Ablauf der Aktion sind noch durch Interventionskäufe am Athener Markt dem Bestand zugeführt worden L 5.934 Fr. 11.700

Auszug aus dem Rechenschaftsbericht von Paul Hahn über seine vierjährige Tätigkeit als Deutscher Bankenkommissar in Griechenland, 12. April 1945 (PA-AA R 27320)

Extracto de un balance de Paul Hann sobre sus cuatro años de actividad como comisario alemán encargado de los bancos en Grecia, 12 de abril de 1945 (PA AA R 27320)

(Ver a mayor tamaño)

Pero como muestra el primer apartado de esa misma página, las «llegadas» sistemáticas de oro a Atenas comenzaron el 4 de febrero de 1943 y se mantuvieron hasta el 21 de septiembre de ese mismo año, disminuyendo poco a poco a partir de mayo. Con respecto a esas cantidades del primer apartado, Hahn decía vagamente que coincidían con los «datos contabilizados» en Berlín y Viena y que habían «llegado» a Atenas, pero no desde dónde. A diferencia del segundo apartado, ahí no dice que los envíos hubieran sido expedidos por el «Banco Central del Reich de Berlín … a Atenas». La procedencia de ese oro permanece pues en la oscuridad. En la primera redacción del informe un corrector de pruebas pudo apreciar la aparente discrepancia, y rodeó con un círculo esas dos columnas desde febrero hasta septiembre de 1943 anotando al borde un interrogante «¿1944?».[75]

Pero Hahn mantuvo lo dicho en sus posteriores versiones. Sus notables datos y el silencio general sobre las ventas de oro antes del 18 de noviembre dejan suponer que el oro documentado en el primer listado de Hahn provenía de los judíos de Salónica. Mientras que las entregas de oro del Banco del Reich desde noviembre de 1943 totalizaban 324.000 libras-oro y 5.112.570 francos-oro, la cantidad de oro introducida anteriormente en el mercado era notablemente más

alta: según el informe de Hahn, entre febrero y septiembre de 1943 «llegaron» a Atenas 455.000 libras-oro y 9.340.290 francos-oro.[76] También según ese informe, el oro enviado por el Banco del Reich tenía «un valor total de 24 millones»[77] de RM, lo que supone, a 2,8 millones de RM por tonelada, alrededor de 8,6 toneladas. De ese dato se deduce que los expertos en finanzas alemanes habían invertido ya, entre febrero y septiembre de 1943, doce toneladas de oro para proteger a la dracma, sin duda el que habían expoliado en Salónica; la cantidad resulta llamativamente próxima a la estimada, como antes se ha dicho, por Joseph Nehama. El Banco del Reich calculó también que a partir de noviembre de 1943 entre el 66 y el 75 por 100 de los costes de ocupación se habían pagado con oro; ese oro sí provenía de Alemania, pero no la cantidad vez y media mayor utilizada durante los primeros nueve meses de 1943, y que fue robada en Salónica.[78]

Las intervenciones de Neubacher y Hahn con ayuda del oro arrebatado a los judíos sirvieron para estabilizar inmediatamente la moneda. Los economistas del Banco del Reich señalaron satisfechos: «La subida de los precios se ha podido contener en lo esencial». Una libra-oro equivalía el 19 de mayo de 1943 a 249.000 dracmas y al final de las intervenciones, progresivamente atenuadas, a 380.000 dracmas. Exceptuando un breve desplome intermedio, hasta finales de agosto de 1943 no volvió la dracma a caer al mínimo que había alcanzado en octubre de 1942.[79] El intendente de la Wehrmacht pudo informar que durante esos meses la situación económica se había «tranquilizado considerablemente» y que ya a finales de 1942 se había producido un notable descenso de los precios. Neubacher, por otra parte, rebajó aproximadamente en un tercio las peticiones de dinero de la Wehrmacht. Pero como el 21 de septiembre de 1943 se había

agotado el último resto del oro robado a los judíos de Salónica y la Wehrmacht había devorado literalmente las dracmas obtenidas en las bolsas griegas como producto de su venta, la cotización de la libra-oro subió entre el 31 de septiembre y el 17 de noviembre de 474.000 dracmas a 1.900.000. A continuación, después del primer envío de oro por el Banco del Reich, se pudo rebajar de nuevo situándose el 24 de noviembre a novecientas mil dracmas.[80]

Mientras que Hahn informaba al menos en una tabla sobre las inyecciones regulares de oro entre febrero y septiembre de 1943, aun callándolas en su informe general, Neubacher las ocultaba totalmente en sus memorias y las trataba ya con extrema discreción en su momento, como confirma una nota escrita a finales de abril de 1943 por el alto funcionario del Ministerio de Finanzas del Reich Fritz Berger, a quien al parecer no habían informado sobre la «financiación de la Wehrmacht en Grecia». Acusaba indignado a Neubacher de haber reducido las contribuciones griegas en más de seis séptimos desde el 1 de diciembre de 1942, algo que «conduciría a un callejón sin salida» y acabaría descargando los costes sobre el Reich. Más interesante aún que esa nota es la respuesta que recibió telefónicamente tres semanas después el intendente jefe adjunto al alto mando del sureste como participante en la refriega, y sobre la que observó: «El contenido de la nota ha sido tratado telefónicamente por el enviado especial con la oficina de Berlín competente».[81] Evidentemente, el Ministerio de Finanzas del Reich había sido informado entretanto del trasfondo del trato especial que Neubacher concedía transitoriamente a las arcas del Estado griego y sobre su iniciativa, mantenida en secreto y sobre la que sólo se discutía oralmente, de financiar a la Wehrmacht con el oro de los judíos de Salónica. En cualquier caso Berger reconoció expresamente el 15 de julio de

1943 «que todas las peticiones importantes de la Wehrmacht al plenipotenciario Neubacher se han visto satisfechas hasta ahora y que las quejas elevadas al respecto eran infundadas e injustificadas».[82]

Precisamente esas necesidades eran las que Neubacher cubría mediante la venta de oro en la Bolsa de Atenas. En julio de 1943 oficiales del comando económico de Atenas observaron: «Debido a la especulación, la cotización de la libra-oro había llegado a finales de junio a 540.000 dracmas. El solo hecho de la llegada del delegado Neubacher a Atenas hizo que bajara a cuatrocientas mil dracmas. Mediante pequeñas ventas de oro esa cotización se redujo hasta 340.000 dracmas».[83] La propia formulación de que la cotización cayó porque Hitler envió a un encargado especial, muestra cuánto dependía la Bolsa en julio de 1943 de ese tipo de intervenciones. De hecho ya se habían dado antes nueve intervenciones de ese tipo. El propio Neubacher cuenta la historia en sus memorias, sólo que la difiere a la época de la Operación Oro oficial.[84]

SILENCIO GERMANO-GRIEGO

De todos esos indicios se puede deducir el siguiente proceso: desde octubre de 1942 hasta septiembre de 1943 los alemanes protegieron la dracma —con la colaboración del ministro de Hacienda griego, del Banco Nacional griego y de ciertos «agentes comerciales de confianza»— con el oro que habían robado a los judíos de Salónica, financiando así a la Wehrmacht alemana.[85] Neubacher recuerda: «El sentido de la Operación Oro fue el siguiente: los billetes de banco obte-

nidos sirvieron para cubrir los costes de ocupación, y así se alivió la congestión emisora del Banco Nacional griego». De esa forma consiguió preservar la moneda griega como medio de pago, a pesar de toda la inflación;[86] indirectamente, descargó al presupuesto estatal griego de los costes de ocupación.[87]

El expolio de los judíos de Salónica correspondía también a los intereses financieros inmediatos de la Wehrmacht. Como constató el comisionado bancario alemán Hahn, la «finalidad principal de la Operación Oro» consistía en «recabar los medios en efectivo que requería la financiación de la Wehrmacht». Como esa operación —silenciada hasta hoy por los responsables alemanes y griegos— se nutrió al menos en sus tres quintas partes del oro de los judíos griegos, supuso un expolio directo, disimulado mediante simples transacciones en Bolsa, de ciudadanos de un país ocupado en beneficio del ocupante.

El texto de descargo que publicó Hahn en 1957 confirma esa estridente violación del derecho. En la observación final dice: «Toda la gestión del oro estaba en manos del comisionado bancario, que también administraba las reservas de oro a él confiadas»; así pues, también el de los judíos de Salónica.[88] Según datos del ejército alemán, mientras se produjo la Operación Oro oficial, «entre dos tercios y tres cuartos» de los costes de ocupación «pudieron cubrirse con el producto de la venta del oro».[89] Pero durante la primera parte, no oficial, de la Operación Oro, también sucedió así, sólo que en ese caso se trataba del oro ahorrado por los 46.000 judíos del norte de Grecia, asesinados casi todos ellos en Auschwitz Los responsables alemanes y griegos nunca tuvieron que negar más tarde sus negocios en provecho mutuo, porque permanecieron tan ocultos que después de la guerra nadie preguntó por ellos. La opinión pública mundial dio crédito

durante décadas, en cambio, a un cuento de ladrones que Max Merten endosó a un compañero de celda en 1957 cuando fue encarcelado por poco tiempo en una cárcel de Atenas. Más adelante fanfarroneó en varias ocasiones acerca de un «tesoro de los nibelungos» —el oro de los judíos de Salónica —, que según él se hallaba en el fondo del mar. Al parecer convenció con su ardid —que respondía a la misma estrategia defensiva que la tinta de calamar esparcida por Neubacher, Hahn y Altenburg—, a Simón Wiesenthal. Este presentó en 1971 ante un tribunal de Viena una petición de 100.000 RM «para financiar la búsqueda de un tesoro de oro y platino robado durante la segunda guerra mundial por los alemanes en Grecia». Los demandados, representantes presumiblemente mejor informados del Estado griego, se opusieron diciendo que «las informaciones de Wiesenthal al respecto carecían de fundamento».[90] En 2000 todavía había quien se tomaba en serio la pista falsa lanzada por Merten, y un grupo de buceadores profesionales se dedicaron a buscar cerca del extremo suroccidental del Peloponeso una barca de pescadores hundida supuestamente por Merten, que llevaba a bordo el «tesoro de los judíos de Salónica». Incluso se desató un conflicto sobre la pertenencia de esas riquezas según se hallaran en aguas nacionales o internacionales. Junto con esa bonita historia, también se difundieron en agosto de 2000 estimaciones igual de sólidas: «más de dos millardos de dólares», dijeron la BBC y la CNN.[91]

Poco después de la guerra seguramente se sabía muy bien en los círculos financieros de Atenas adonde había ido a parar el oro robado a los judíos griegos en 1942 y 1943. Ni se había hundido ni se lo habían llevado a Alemania, sino que permaneció en su mayor parte en el país, aunque cambió de dueño. El Ministerio de Asuntos Exteriores griego publicó en 1998 la llamada «edición fuente» *Documents on the His-*

tory of the Greeks Jews. Se trataba de documentos provenientes del archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y comenzaban exactamente en 1944.

¿No convendría que se hicieran públicos los papeles de los archivos del Ministerio de Hacienda, del Banco Nacional y de las oficinas de los principales colaboracionistas? ¿No convendría que por fin quedaran documentadas las decisiones centrales sobre el expolio de los judíos entre 1942 y 1943, incluidas todas los conversaciones y acuerdos entre miembros y altos funcionarios del gobierno griego con Hahn, Schaefer, Neubacher y Altenburg tendentes a la estabilización de la dracma?

Con ocasión de la muerte de Hermann Neubacher el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* publicó el 18 de julio de 1960 una carta a los lectores del historiador Percy Ernst Schramm. En ella, bajo el título «Recuerdos del Dr. Neubacher», decía que «el mundo se ha hecho hoy más pobre porque se nos fue uno de nosotros, que aunque se vio involucrado con los "nazis" nunca renunció a su personalidad, que aun en circunstancias terribles supo preservarla y que, para concluir, tuvo la posibilidad de demostrar que era un auténtico genio».

DE RODAS A AUSCHWITZ

Pocas semanas antes de que la mayor parte de las tropas alemanas abandonaran Grecia fueron detenidos y trasladados a El Pireo 1.673 judíos de Rodas y 94 de la cercana isla de Kos. Aquel viaje terrorífico comenzó el 24 de julio de 1944 y concluyó el 16 de agosto en Auschwitz-Birkenau. Quien lea

la crónica de aquel espanto en las obras habituales sobre el Holocausto encontrará en todas ellas —exceptuando la de Raúl Hilberg—, la misma valoración general: precisamente ese hecho demuestra el ciego y autodestructivo odio racial antepuesto a los propios intereses de los soldados alemanes, que deberían haber llevado a preservar ante todo su seguridad en la retirada.

«Ese despilfarro de las escasas capacidades de transporte en la única línea de retirada, ya sobrecargada —escribe por ejemplo Hagen Fleischer en el volumen compilado por Wolfgang Benz *Dimensión del Genocidio*—, en el momento en que el Ejército Rojo se disponía a ir tumbando como piezas de dominó a los satélites surorientales del Eje, mientras que el grupo de ejércitos E iniciaba los preparativos de la evacuación, viéndose obligado a abandonar en la península [griega] valiosos materiales bélicos, supone una burla de cualquier reflexión estratégica».[92] Lea Rosh y Eberhard Jäckel opinan que en ese punto remoto del territorio bajo dominio alemán se puso de manifiesto en julio de 1944 el «gran desvarío de los nazis».[93]

Los juicios precedentes, aunque puedan valer como opinión dominante, no encuentran ningún sostén en los hechos y decisiones militares. La deportación de más de 1.750 personas, primero en unos pequeños barcos mercantes y luego en un tren de mercancías, no competía con otras necesidades de transporte de la Wehrmacht; por otra parte, sí que existía un interés militar en la deportación, y eso es lo que se mostrará en las páginas siguientes.

Rodas forma parte de un archipiélago, el Dodecaneso, que constitucionalmente pertenecía desde 1912 a Italia; contaba con 45.000 habitantes y había sido ocupado por los alemanes después del cambio de bando de Italia en septiembre de

1943. La administración local italiana permaneció en sus puestos y el pago a las tropas alemanes lo tenía que organizar la filial local de la Banca d'Italia.[94] El 10 de mayo de 1944 el comandante de la división de asalto de Rodas, ya bastante aislada, recibió de Wilhelm Keitel, el jefe del OKW, la pomposa designación de comandante supremo de la región Este-Egeo. En la nota de servicio emitida conjuntamente se decía, sobre el papel del intendente militar de la isla: «Es responsable de la administración militar, especialmente en lo que concierne al control del aprovechamiento de los recursos locales para cubrir las necesidades de las tres unidades de la Wehrmacht, incluida la recaudación y distribución de dinero. Estará subordinado al intendente de la Wehrmacht adjunto al alto mando en Grecia».[95]

A primeros de junio el comandante de Creta comunicó a Hitler que la isla-fortaleza disponía de «reservas para cuatro meses» y sólo necesitaba un suplemento mensual de 1.500 toneladas. Dado que Hitler deseaba que dispusiera de reservas para seis meses, esa cantidad debía ampliarse hasta seis mil toneladas mensuales desde El Pireo hasta Creta.[96] La situación en Rodas se desarrolló de forma parecida. También esa isla había sido designada como «fortaleza», mientras que la mayoría de los restantes grupos alemanes se retiraban del mar Egeo (transitoriamente, según afirmaban los gobernantes alemanes).

En la segunda quincena de junio se veía venir que las tropas de Creta y Rodas —un total de setenta mil hombres— quedarían pronto privadas de abastecimiento externo. La tarea militar que se les había asignado consistía en «ofrecer la mayor resistencia posible al enemigo, aun en caso de aislamiento, para ganar tiempo y entretener a las fuerzas contrarias mediante el propio sacrificio».[97] Evidentemente, durante varias semanas se intentó seguir enviando víveres, ca-

miones, armas y municiones en barcos que hasta el 28 de agosto volvían vacíos hacia El Pireo. Pero la escasez de combustible, la superioridad de los cazabombarderos y submarinos británicos y los repetidos ataques aéreos sobre los puertos de El Pireo y Salónica hicieron cada vez más difíciles esos viajes de aprovisionamiento. Las cortas noches, a menudo iluminadas por la luna, agravaban esa dificultad.[98] Los aproximadamente trescientos judíos de Creta fueron deportados el 8 de junio hacia El Pireo y se ahogaron, junto con otros doscientos detenidos, ya que el barco se hundió bajo el fuego enemigo.[99]

En las primeras semanas de julio el jefe del transporte marítimo del Egeo retiró barcos que cubrían las líneas de comunicación con la zona occidental de Grecia occidental «para el envío de suministros urgentes» al Dodecaneso.[100] Desde mediados de junio hasta el 10 de julio se expidieron cuatro mil toneladas de material a Creta y cinco mil a Rodas; y después de esa fecha seguían saliendo aún transportes relativamente regulares hasta los puestos avanzados.[101] Durante las dos semanas comprendidas entre el 16 y el 31 de julio en que se deportaron los judíos de Rodas y de Kos a El Pireo, el jefe del puesto de transporte marítimo de Portolago (en la vecina isla de Leros) anotó, bajo el epígrafe «Movimientos totales»: «1.) Desde tierra firme: 1.599 toneladas, cuatro camiones, cañones anticarro de 14,7 cm, dos soldados» y «2.) Hacia tierra firme: 216 toneladas, 1.750 judíos»[102]. (Los datos sobre el número exacto de deportados muestran aquí, como en otros documentos, pequeñas variaciones, que se explican por los fallecimientos durante el transporte y las imprecisiones en los respectivos recuentos).

El 31 de julio el intendente jefe en Grecia, doctor Werner Kersten, urgió la reparación de los «barcos imprescindibles para el aprovisionamiento de las islas»;[103] en agosto se en-

viaron 3.626 toneladas de abastos al Dodecaneso,[104] principalmente hacia Rodas; el 6 de septiembre de 1944 salió de El Pireo el *Pelikan*, cargado con provisiones, hacia el puerto de la ciudad de Rodas.[105] Todos esos barcos regresaron luego a tierra firme prácticamente vacíos.

Pocos días después del cambio de bando de Rumania y Bulgaria, a finales de agosto de 1944, y más de un mes después de la deportación de los judíos de Rodas, Hitler ordenó la retirada de las tropas que mantenían ocupada la tierra firme griega. Debían evacuar el sur y mantener la línea Corfú-Joannina-Klabaka-Olimpo.[106] Hasta entonces no había habido problemas para retirar de Grecia tantas armas y material como se quisiera, como pretende Hagen Fleischer. Antes bien al contrario: como consecuencia de la difícil situación de las comunicaciones ferroviarias y por carretera de norte a sur, continuamente atacadas por partisanos y que solían saltar por los aires en puntos neurálgicos, subsistía en la tierra firme griega un enorme problema de abastecimiento desde el norte hacia el sur. La retirada no comenzó hasta que Hitler dio la orden y ésta se distribuyó el 27 de agosto como «Directiva secreta-Asuntos principales» a las diferentes unidades de la Wehrmacht en Grecia. Sólo entonces, más de un mes después de la deportación de los judíos de Rodas, se dijo: «Utilizar los trenes vacíos hacia el norte para la primera fase de la evacuación». Trenes vacíos, obsérvese. En el informe final del plenipotenciario especial para Grecia se habla de «Transportes en dirección a Alemania»: debido a su ámbito relativamente limitado no hubo «nunca dificultades».[107] La escasez de medios de transporte aseverada después por no pocos historiadores simplemente no existía.

En relación con Rodas y Creta, el almirante del Egeo ordenó expresamente el 28 de agosto: «Reemprender el aprovisionamiento habitual [de las] islas». Pero esa orden quedó

en letra muerta, como demuestran los documentos. Pasaron todavía algunos días hasta que Hitler permitió a primeros de septiembre la evacuación parcial de las fortalezas de Rodas y Creta. Por razones de seguridad se llevó a cabo en su mayor parte mediante aviones de transporte y se mantuvo hasta los primeros días de octubre. En los vuelos de ida los aviones transportaron provisiones para los doce mil hombres que quedaban en Creta y los 6.300 de Rodas.[108] Su misión era, telegrafiada con sequedad militar: «Evacuación imposible. Luchar hasta último cartucho [para] facilitar operaciones tierra firme y defensa patria».[109]

Tras ocupar Rodas en septiembre de 1943 los alemanes no tomaron ninguna medida especial contra los judíos. Hasta el 13 de julio de 1944 no ordenó el teniente general Ulrich Kleemann, comandante del Este-Egeo estacionado en Rodas, la detención de los judíos, que debía llevarse a cabo en el plazo de cuatro días.[110] El mismo 13 de julio arribaron a Portolago, en la isla de Leros y a sólo una noche de viaje, los tres barcos en los que se iba a llevar a cabo el transporte de los judíos detenidos. Sin embargo, tuvieron que dar media vuelta debido a la «situación del enemigo» y no consiguieron realizar la travesía hasta la noche del 20 al 21 de julio, junto con su escolta militar.[111] Tras la orden del 13 de julio se produjeron entre los soldados alemanes abundantes protestas. No conocemos cómo se articuló con precisión, pero Kleemann se vio obligado el 16 de julio a hacer pública una orden aclaratoria, para contrarrestar las «dudas» surgidas. Con ella intentaba convencer a sus tropas de la necesidad de una «solución radical de la cuestión judía» que no se podía juzgar sin más desde el limitado punto de vista de los soldados.[112] De hecho, en el plazo de pocos días fueron detenidos casi todos los judíos de la isla y el 24 de julio comenzó la deportación.

La oficina principal de transporte marítimo de Portolago, que sirvió como estación intermedia y organizó el convoy de buques, informó sobre el traslado. El 24 de julio llegaron de la cercana isla de Kos otros 96 judíos que se unieron la noche siguiente a los de Rodas. En el diario de guerra se lee: «25.7: viento noroeste, fuerza 6; olas de 4-5 m.». Se había declarado el estado de alarma 2, hasta que, finalmente, a las «04.00 horas tuvo lugar el embarque de los judíos de Rodas en los buques *Störtebeker, Horst* y *Merkur*». Más adelante dice: «Realizado el aprovisionamiento de víveres y agua para 1.750 judíos para el inminente viaje». Debido a la situación meteorológica la partida se aplazó hasta el 28 de julio, reforzando el convoy con dos buques de transporte más y con protección militar: «20.30 horas, parten hacia El Pireo los buques *Horst, Störtebeker, Merkure, Seeadler y Seester,*; carga 51 ton. chatarra, embalajes econ. y 1.700 judíos».[113] En Samos tuvo lugar una parada intermedia.

En el relato de Michael Molho se pueden leer los mismos sucesos desde la perspectiva de los deportados: «El 24 de julio los detenidos fueron embarcados en tres buques de transporte, remolcados por una goleta. Tras un viaje comparable al Infierno de Dante llegaron a El Pireo, donde fueron tratados de la manera más brutal. Quien no abandonaba el barco lo bastante aprisa desde el punto de vista de los guardianes era maltratado cruelmente. Una anciana fue muerta con un tiro de revólver, y su cerebro salpicó a los que la rodeaban. Siete detenidos murieron durante el transporte, otros doce agonizaban, y el resto yacían hambrientos, sedientos, casi desvanecidos y muertos de agotamiento. Al llegar a El Pireo les arrebataron todas sus pertenencias. Les registraron los cinturones y las suelas de los zapatos, confiscando cuanto llevaban oculto. Aquellos tipos llegaron incluso a registrar de forma deshonrosa a las mujeres desvalidas

y desconcertadas. Les arrancaron salvajemente los puentes y coronas de oro de la boca, arrojando todo el botín en cuatro cajas utilizadas habitualmente para el transporte de latas de petróleo. Esas cajas sirvieron improvisadamente como cofres del tesoro, llenándolas hasta el borde de joyas, objetos y monedas de oro y cualquier otro posible objeto de valor».[114]

El jefe del centro de transporte de El Pireo comunicó en su informe quincenal la llegada de 14 barcos a motor con la siguiente carga (extremadamente reducida): «8 ton. de pasas de Corinto, 37 ton. de municiones, 82 ton. de carbón, 37 ton. de aparatos, 14 ton. de mere, gen., 298 ton. de embalajes y chatarra, 33 soldados y 1.723 judíos». El 1 de agosto todavía quedaba «una judía» a bordo del *Pelikan*.[115] Poco después los deportados fueron cargados en trenes hacia Auschwitz. Según las investigaciones de los supervivientes fueron deportados un total de 1.673 judíos de Rodas y 94 de Kos. 21 de ellos murieron durante el viaje, 1.145 en Auschwitz y 437 en campos de trabajo; sólo sobrevivieron 151 de Rodas y 14 de Kos. En Rodas escaparon a la deportación 54 judíos y en Kos seis.[116] En 1947 todavía vivían en Rodas sesenta personas de fe judía, y en Kos una.[117]

Cuando los judíos de Rodas llegaron a El Pireo, la Wehrmacht ya había perdido la posibilidad de llevar a cabo compras importantes con la lira italiana válida en Rodas. Lo mismo se puede decir para la región circundante, en la que circulaba la dracma griega. Así se explica la avidez de oro que llevaba a los alemanes a arrancar de la boca los dientes de oro a personas todavía vivas. El oro era entonces el único medio de pago utilizable en Grecia, así como en Rodas. A primeros de julio el almirante al mando del Egeo había exigido el «pago de la diferencia [con los costes de ocupación] en oro», ya que de otro modo cabía temer «efectos catastróficos sobre las fuerzas de defensa».[118] En octubre de 1944 la

oficina central de las cajas de crédito del Reich constató retrospectivamente que «las oficinas de la Wehrmacht habían conseguido con bastante éxito realizar directamente con oro sus últimos pagos antes de su retirada [de Grecia]».[119]

Aquellos objetos de valor de los que se adueñó violentamente el poder ocupante alemán el 31 de julio en El Pireo constituían un pequeño resto de las propiedades de los judíos de Rodas. La mayor parte permanecieron en la isla, conservadas —o dicho con mayor precisión, ignoradas— por las fuerzas armadas británicas hasta el 8 de mayo de 1945.

Al comienzo del encierro Pepo Recanati, hombre de confianza del Servicio de Seguridad procedente de Salónica, de origen greco-judío, convenció a los judíos para que se «proveyeran de muchas vituallas y llevaran consigo todos los objetos de valor: joyas, oro, títulos, etc».. A continuación la Wehrmacht se incautó de todas las propiedades judías. «Los policías, acompañados por confidentes experimentados, registraron todas las casas abandonadas en busca de tesoros ocultos. Todo lo que era transportable, objetos, ropa blanca, muebles, cristal, libros, todo fue cuidadosamente empaquetado…».[120 (•)] Inmediatamente después de la deportación de los judíos Kleemann creó una «comisión de requisa de los bienes abandonados por los judíos».[121] En el campo transitorio establecido junto al aeropuerto de Rodas en el que fueron introducidos los judíos, un oficial alemán con camisa blanca les retiró en la mañana del 20 de julio los objetos de valor que portaban consigo. Según el informe de Violette Fintz le acompañaba un intérprete que hablaba el ladino de los judíos sefardíes (probablemente Recanati). En esa ocasión los alemanes llenaron cuatro sacos de joyas.[122] El supuesto objetivo de aquella medida era «comprar alimentos para la población judía».[123] (El robo de oro en Rodas encuentra un paralelo en la ciudad tunecina de Djerba, donde vivían 4.500

judíos en dos antiquísimos guetos. El comandante de la Wehrmacht exigió en los términos militares más tajantes 50 kg de oro a los rabinos del lugar, amenazando con bombardear el barrio judío; finalmente consiguió la entrega de 47 kg de oro.[124])

La decisión del expolio no fue tomada inopinadamente, sino que era algo que los oficiales responsables de las finanzas de guerra habían discutido durante largo tiempo. Después de que lo robado pasara a poder de los ocupantes alemanes de la isla, el intendente jefe Kersten resumió el 31 de julio de 1944 las discusiones. En su comunicado secreto sobre las necesidades de la Wehrmacht en Grecia decía: «El O KM [alto mando de la Marina de guerra] informó a finales de junio de 1944 que el aprovisionamiento de Creta y las islas del Egeo se veía amenazado y pidió, en interés de la defensa de las islas, el empleo sin restricciones de oro y divisas, así como una nueva regulación básica de la moneda».[125] Aunque no hablaba expresamente de los judíos, el contexto daba a entender sin duda que se trataba de sus bienes. La Wehrmacht se había apoderado ya en 1942-1943 en Salónica del oro de los judíos que vivían allí para cubrir sus obligaciones de pago corrientes. En el verano de 1944 los intendentes recurrieron de nuevo a esa posibilidad que tan buen resultado les había dado antes.

Con respecto a la inflación cada vez más acelerada, el comandante de la Wehrmacht para Grecia, al mando también de Rodas, propuso el «intercambio de objetos de valor incautados en el lugar (bienes de los judíos entre otros)» para el abastecimiento de la Wehrmacht.[126] En el momento de esa propuesta se trataba todavía únicamente de las propiedades de los judíos de Corfú, Joannina, Creta y Rodas. En la misma dirección apunta la ya citada orden de Kleemann del 16 de julio, con la que justificaba expresamente ante sus soldados

la deportación de los judíos de Rodas «por las circunstancias políticas y económicas del territorio bajo su mando».[127]

Las propiedades inmobiliarias fueron transferidas a la administración italiana de la isla,[128] con la finalidad de obtener a cambio dinero en efectivo (billetes) para los soldados de la Wehrmacht; pero la parte fácilmente transportable de lo robado permaneció no obstante en manos alemanas. Según el testimonio del soldado Erwin Lenz, quien servía en Rodas en un batallón de castigo, en otoño de 1944 se desató el hambre, que afectó también «a las tropas alemanas que permanecían todavía en la isla». Lenz vio entonces en el despacho del oficial de ordenanzas y mando nacionalsocialista de su unidad, el teniente Prunsch (Jena), una comunicación secreta del general Wagner, recientemente nombrado nuevo comandante de la isla: «En ese texto Wagner comunicaba entre otras cosas que había dado al capitán Günther la orden de que utilizara las propiedades incautadas a los judíos deportados pocos meses antes y puestas a buen recaudo, para intercambiarlas por comestibles con los hombres de negocios del lugar». Esto debía, en cualquier caso «realizarse con mucha prudencia», porque si no cabía temer dificultades por parte de la Cruz Roja Internacional, que enviaba ayudas para los habitantes de la isla. Lenz concluía su testimonio afirmando que Wagner obligaba a «cada participante a mantener el mayor secreto sobre la procedencia de los artículos que se intercambiaban. Aun así supe por otros soldados alemanes que ese tipo de negocios se habían producido efectivamente».[129]

Sólo a primera vista puede parecer la deportación de los judíos de Rodas un crimen inducido únicamente por la locura de la aniquilación. Si se atiende a las fuentes, se constata que la Wehrmacht organizó la deportación porque formaba parte de sus objetivos militares y porque obtenía de ella un

beneficio inmediato. Si uno se pregunta adonde fueron a parar las propiedades de los deportados y asesinados, la respuesta indudable es que sus joyas, sus relojes, su oro y sus títulos, sus ropas, su mobiliario, sus utensilios y sus estanterías permanecieron mayoritariamente, por vía de intercambio, en manos de la población de Rodas, y los comestibles por los que se intercambiaron, en los estómagos de los soldados alemanes.

Cuarta parte

Crímenes en beneficio del pueblo

12

Los frutos del mal

EL ROBO Y ASESINATO DE LOS JUDÍOS

A primera vista parece justificado que la administración fiduciaria alemana en Serbia constatara en su informe final que la venta de los bienes de los judíos había servido «como un eficaz regulador de los precios»,[1] pero en el fondo esa precisión es infame. Con la puesta a la venta en toda Europa del mobiliario y los enseres confiscados a los hombres de negocios judíos no se pudo compensar del todo el desabastecimiento provocado por la guerra y la acentuada codicia de los alemanes, pero durante algún tiempo y en determinadas regiones sí que disminuyó sensiblemente, observándose un descenso de los precios o al menos su estabilización temporal. Los alemanes se valieron de ese simple mecanismo básico de la economía de mercado, proclamando repetidamente en su propaganda que con los guetos y la deportación se había atajado «el mercado y el contrabando judío».

Los efectos del genocidio sobre la economía de mercado

provenían en primer lugar del expolio total de las víctimas, que aumentó la oferta de bienes de consumo, especialmente de ropa, muebles y utensilios de cocina que se necesitaban urgentemente. Ese repentino aumento de la oferta —y no la presunta restricción del mercado negro— estabilizó los precios. A eso se añadió un segundo mecanismo económico igualmente simple: el desplazamiento de una parte a veces muy notable de la población de las ciudades disminuyó el número de compradores, de forma que junto al aumento de la oferta se produjo una caída de la demanda.

De hecho no eran los judíos quienes trapicheaban en el mercado negro y el estraperlo, sino los soldados y agentes de los servicios militares y civiles alemanes, que tras descoyuntar en toda Europa la estructura de los precios estaban viva y egoístamente interesados en atribuir a otros la responsabilidad de los daños.

En los capítulos anteriores se ha puesto de relieve, una y otra vez, el papel de los oficiales y funcionarios de la administración militar alemana. En muchos lugares, como en Bélgica, en Salónica, en Tunicia o en Rodas, fueron ellos quienes organizaron directamente el pillaje; en otras regiones ocupadas, como en Serbia, en Francia o en Italia, incitaron a los funcionarios locales a expropiar a los judíos en beneficio de la Wehrmacht. La actuación del general Kleemann, del responsable de la administración militar Merten o del mando supremo del ejército de tierra, mariscal de campo von Brauchitsch, que en 1940 atribuía «la mayor importancia a la proscripción total de los judíos», desvanecen cualquier duda. Esos hombres seguían en todas partes la consigna dirigida contra los judíos: «¡El precio son lingotes de oro!».

Para deportar a continuación a los expoliados de los países ocupados, los militares debían ponerse de acuerdo y

aprontar con todo cuidado los medios de transporte, algo que hicieron sin ninguna oposición, pero no simplemente porque odiaran a los judíos o hubieran perdido toda conciencia para convertirse en el supuesto «cadáver obediente» alemán, sino sobre todo por un interés de tipo profesional en la deportación.

Sobre la cuestión de hasta qué punto colaboró la Wehrmacht en el Holocausto, la discusión sobre cuántos soldados pudieron participar en cada una de las acciones asesinas sólo puede aclarar un aspecto parcial; pero es más instructivo imaginar los momentos estructurales que, a partir del odio racial populista genérico, reforzaron en el interior de la Wehrmacht el deseo de la desaparición de los judíos. Se ha demostrado que la política de «limpieza étnica» y el robo de artículos de primera necesidad aceleraron la «solución final»; al mismo tiempo, la imagen continuamente reiterada por la propaganda de que los judíos eran la quinta columna del enemigo, facilitó cuando menos la pasividad frente al genocidio. A los tres motivos para la aniquilación ya descritos en la literatura especializada se puede añadir un cuarto: el interés de los intendentes de la Wehrmacht en obtener fondos para la financiación de la guerra. No provenía de la codicia privada, sino del propósito —fundamentado profesionalmente— de la inteligencia militar, de conducir la guerra de forma que las dificultades financieras perjudicaran lo menos posible los planes estratégicos y la moral de las tropas.

A primera vista la cantidad de medios materiales obtenidos de la «desjudaización» puede parecer escasa. Comparados con los ingresos totales que afluyeron entre 1939 y 1945 a la caja de guerra alemana, no supusieron probablemente más del 5 por 100. Pero tal cuantificación conduce fácilmente a subestimar el verdadero peso del resultado de la arización. En primer lugar, cualquier debate presupuestario —y

da igual que se trate de una democracia, de una asociación deportiva o entre los gobernantes de una dictadura— gira siempre en torno a los picos, no a las cantidades gruesas. Siempre se trata de hasta qué punto se pueden ampliar o reducir los límites financieros. Dado que los expertos alemanes no querían pagar con créditos más del 50 por 100 de los gastos de guerra corrientes, cualquier ingreso adicional ampliaba el crédito en la misma proporción, con lo que se duplicaba su efecto. Con ese trasfondo, unos pocos puntos porcentuales significaban mucho. Relajaban extraordinariamente la permanente tensión monetaria y facilitaban, por ejemplo, que no hubiera que elevar los impuestos sobre el alcohol o no hubiera que rebajar la paga de los soldados.

Pero hay otra razón aún más importante: el dinero obtenido de la liquidación de las propiedades de los judíos alimentó la máquina de guerra alemana en el año de crisis 1942-1943, esto es, en la fase entre el comienzo de la ofensiva de verano de 1942 y la batalla de Kursk en 1943. Esas ofensivas debían en principio, en 1942, llevar al ejército alemán hasta Iraq, atravesando el Cáucaso, con el fin de arrebatar a Inglaterra el canal de Suez; en 1943 se trataba de golpear decisivamente a la Unión Soviética y de mejorar así la situación estratégica, bastante deteriorada. Para ello había que movilizar todas las reservas. En Serbia, Grecia, Francia, Holanda, Bélgica, Polonia, al igual que en Alemania, se podían obtener importantes fondos para la financiación de la guerra de las propiedades judías. En Grecia se consiguió cubrir de esa forma, durante algunos meses, el 70 por 100 de los costes de ocupación, y algo parecido sucedió en los años 1941-1942 en los Estados coaligados de Eslovaquia, Croacia, Bulgaria y Rumanía. Si se examina la arización desde ese punto de vista, queda inserta en el contexto de una gigantesca movilización de medios.

En el año presupuestario 1942-1943 los propietarios de casas alemanes pagaron, como se ha dicho, el 18 por 100 de los ingresos de guerra en la propia Alemania; en cuanto a las contribuciones del extranjero en ese mismo año presupuestario cabe suponer una cantidad parecidamente elevada, procedente en gran medida del producto de la «desjudaización». Tales fuentes financieras adicionales permitían aliviar la carga impositiva de la gran mayoría de los contribuyentes alemanes, y también desacelerar parcialmente el amplio saqueo de los países ocupados (como en Grecia) sin dejar por ello de pagar bien a los soldados alemanes o de financiar el armamento y las construcciones militares. En un momento delicado de la guerra la expropiación de los judíos europeos aportó una notable cantidad de dinero a las arcas alemanas, con el que se podían cubrir los gastos extraordinarios. Eso apuntaló la estabilidad interna en Alemania y promovió la disposición a colaborar en los países ocupados, con lo que se pudieron atenuar los efectos negativos de la crisis militar.

Al transformar las propiedades de los judíos en créditos de guerra, los expertos en finanzas alemanes y no alemanes no infringían formalmente la prohibición de expropiación de la Constitución francesa o de la Convención de La Haya. En apariencia sólo modificaban el aspecto de los valores y convertían a los judíos en acreedores de los Estados que dirigían la guerra o de los ocupados. Sin embargo, los alemanes asesinaron a esos acreedores en sus cámaras de gas. Fuera lo que fuera lo que los expertos en finanzas se pudieran imaginar que se escondía bajo la deportación de los judíos «a campos de trabajo en el Este», en cualquier caso presentían que aquellos acreedores involuntarios desaparecían en el país de nunca jamás, y con ello se convirtieron en parte interesada y beneficiaria del genocidio. Si se examina la política concreta de la «desjudaización» en distintos países de Eu-

ropa, como Francia, Rumanía o Bulgaria, se comprueba que el expolio no iba acompañado necesariamente por el genocidio. Consideraciones políticas, el curso de la guerra y la predisposición de las sociedades nacionales o locales, o incluso de determinados individuos, a ayudar a los perseguidos, bloqueaban con relativa facilidad la lógica de la aniquilación.

Esa técnica de financiación de la guerra, aplicada en Alemania desde 1938, consistente en convertir por la fuerza patrimonios privados en títulos del Estado, ha sido ignorada por quienes se han ocupado de la arización desde una perspectiva jurídica, moral o historiográfica, y eso es lo que pretendían los dirigentes alemanes, ocultar la utilidad material del saqueo. No se podía informar sobre la conversión forzada de los bienes judíos en títulos del Estado, y las cifras concretas de los ingresos se mantuvieron en secreto. La persecución de los judíos debía presentarse y considerarse como una cuestión puramente ideológica, y las víctimas indefensas de un genocidio alevoso y predador debían aparecer como enemigos despreciables. En 1943 el alto mando de la Wehrmacht distribuyó una lista con 19 problemas políticos y militares que daban lugar a controversias entre los soldados y a los que los oficiales debían responder lo más homogéneamente posible, entre ellos la siguiente pregunta: «¿No hemos llevado demasiado lejos la cuestión judía?». La respuesta que había que dar era: «¡Pregunta incorrecta! Es un principio nacionalsocialista, tiene que ver con nuestra concepción del mundo. ¡No hay nada que discutir al respecto!»[2]. Ahora bien, no hay ninguna razón para confundir el argumentario de los adoctrinadores nazis con los hechos históricos.

Como cabe demostrar, la mayor parte de lo robado cambiaba de manos pero no iba muy lejos; el dinero obtenido de su venta iba entonces a parar a la caja de guerra alemana. En esa medida es a la vez verdadera y falsa la argumentación

que lleva a concluir, examinando las actas de las cámaras de compensación alemanas, que no fueron las fuerzas de ocupación alemanas, sino los respectivos gobiernos o administraciones de los países ocupados o coaligados los que expropiaron a los judíos. Basándose en ese hecho casi siempre concluyente se dictaron decenas de miles de sentencias, que repetían una y otra vez: «La demanda de devolución ha sido rechazada. Las costas procesales corren a cargo de la administración de justicia. No se reembolsarán los gastos de otro tipo».

La venta de las propiedades judías satisfacía dos tipos de necesidades: por una parte proporcionaba una oferta adicional en los mercados de capital, inmobiliario y al por menor y mitigaba la acrecida demanda de artículos de primera necesidad y de valores reales. Los ingresos así obtenidos mejoraban las reservas de caja de los países ocupados y dependientes. El dinero afluía así por diferentes vías, en su totalidad o en parte, al presupuesto de guerra alemán. La comercialización de los bienes beneficiaba a muchos: a menudo se vendían por debajo de su valor, pero incluso cuando se negociaban a precio de mercado, el comprador sabía lo importante que era para su futuro material, en tiempos tan inseguros, invertir la mayor parte posible del dinero amenazado por la inflación en objetos útiles para la vida cotidiana y en valores reales duraderos.

En los países ocupados el producto de la venta iba a parar a las arcas alemanas, si no en su totalidad, al menos en la medida en que pasaba por las cuentas del Estado correspondiente, ya que todos los ingresos adicionales de esos Estados iban al presupuesto de los costes de ocupación. En los países coaligados, que participaban también en la guerra, sólo se transfería a los alemanes la parte correspondiente al endeudamiento del país derivado de la contribución obligada a los

costes de guerra. En Rumanía, según el informe citado de Blessing de septiembre de 1941 (*vid.* p. 272), esa parte de las propiedades judías expoliadas en el país que fue a parar a las cajas y bolsillos alemanes ascendía a más del 41 por 100.

Sin embargo, ese procedimiento resultó también sugestivo para los políticos de los países ocupados, ya se tratara de Grecia, de Francia o en el último momento de Hungría. Los alemanes exigían costes de ocupación abrumadores que llegaban a resultar ruinosos. Como contrapartida ofrecieron robar conjuntamente a un tercero —en concreto a los judíos — y hacerlo desaparecer, con el fin de disminuir los costes. Esa relación se ha pasado por alto incluso en la literatura más reciente sobre la arización y en los informes, a menudo muy detallados, de las respectivas comisiones históricas nacionales sobre la expropiación de los judíos. Para los observadores de la época, en cambio, era algo totalmente natural. Así comentaba por ejemplo el *Neue Zürcher Zeitung* el 3 de agosto de 1944: «En la arización de las empresas judías [en Hungría] el precio de compra fijado se pagará inmediatamente en efectivo, lo que indica que la operación tiene una finalidad fiscal (alivio de la financiación de guerra), como la tuvo en su momento en Alemania».[3]

Por el momento no se puede responder de forma satisfactoria la pregunta sobre el monto total de los beneficios obtenidos por los alemanes de la liquidación de propiedades judías durante la segunda guerra mundial. Convendría realizar un cálculo más preciso a partir de las bases metodológicas propuestas por Helen B. Junz (*Where didall the Money go? Pre-Nazi Era Wealth of European Jewry*). La investigación iniciada en ese trabajo con respecto a la arización en algunos países europeos debería cotejarse y ampliarse con los resultados de las investigaciones actuales. Por el momento sólo se puede decir que el producto de la arización, incluyendo la

proseguida en el Reich alemán después del 1 de septiembre de 1939, debió de situarse entre quince y veinte millardos de RM, patrimonio de los judíos europeos que fue a parar a la caja de guerra alemana en forma de dinero.

Dado que la paga de los soldados alemanes en todos los países ocupados contenía una parte, pequeña o grande, de dinero procedente de la venta de propiedades judías, tanto la mantequilla enviada a Colonia como el jersey sin mangas de Amberes y cada uno de los cigarrillos que esos soldados fumaban se pagaron en parte con dinero arrebatado a los judíos expoliados y asesinados. Lo mismo se puede decir del suministro de artículos de primera necesidad por parte de los países ocupados y dependientes, que también se pagaron en parte con el dinero obtenido en el país de procedencia —Francia, Holanda, Rumanía, Serbia o Polonia— de la venta de las propiedades judías. Si la mantequilla para las familias alemanas venía de Suiza, también se pagaba en parte con oro y divisas que provenían de los campos de exterminio. En cuanto a la explotación de los obreros y obreras forzados judíos, desde 1940 el 50 por 100 de su salario iba a parar a la caja estatal y servía para pagar los subsidios de manutención de las mujeres y niños alemanes, así como, evidentemente, la producción de armas. El sistema funcionaba en provecho de todos los alemanes. En definitiva, todos y cada uno de los *Volksgenossen* —no sólo algunos funcionarios nacionalsocialistas, sino el 95 por 100 de los alemanes— se beneficiaban de lo robado, ya fuera como dinero recibido del Estado o como comestibles importados de los países ocupados y pagados con el dinero y oro robado. Las víctimas de los bombardeos se vestían con la ropa de los asesinados y dormían en sus camas, aliviados por haberse salvado una vez más y agradecidos al Estado y al partido que les habían ayudado tan rápidamente.

No se podrá entender el Holocausto mientras no se analice como el más consecuente atraco homicida de la historia moderna.

INGRESOS DE GUERRA ENTRE 1939 Y 1945

En los capítulos anteriores ha habido que presentar muchos números de los presupuestos, así como cantidades que correspondían a distintos conceptos, balances, cuotas, impuestos y cosas parecidas, pero lo más interesante es el resultado global, por lo que en las páginas que siguen se intentará esbozar la estructura de los ingresos de guerra alemanes y responder a dos preguntas:

1. ¿Qué relación había entre la parte de los ingresos corrientes de guerra aportada por los alemanes y la parte obtenida de la Europa ocupada y coaligada?
2. ¿Cómo se repartían los costes pagados por los alemanes entre las distintas categorías de contribuyentes?

El siguiente cálculo global aproximado de las contribuciones de guerra impuestas por los alemanes a otros países europeos se basa esencialmente en cuatro documentos elaborados a última hora por funcionarios del Banco del Reich y del Ministerio de Finanzas del Reich, completados con otras fuentes o mediante estimaciones plausibles para los últimos meses de guerra. Al final se presenta una estimación global de esos ingresos de guerra obtenidos externamente, que concuerda en gran medida con los resultados básicos calculados por Willi Boelcke.

Como la parte alemana pretendía no pagar los llamados anticipos de compensación de los países ocupados (y coaligados), sino saldarlos como costes de ocupación extraordinarios ficticios, los consejeros de Göring anotaron sin más rodeos esa parte de las deudas de guerra como ingresos, lo que correspondía a la realidad en la medida en que el Reich alemán ya había obtenido bienes y servicios en los países en cuestión por valor de esos «anticipos de compensación». Por otra parte, los técnicos presupuestarios del Reich no hacían ninguna diferencia entre las contribuciones impuestas a los países ocupados y las procedentes de los coaligados, anotándolas en general como ingresos de los costes de ocupación. En la tabla siguiente se seguirá también ese criterio. En la nota 4 (p. 424 y ss.) se ofrecen las explicaciones correspondientes y se detallan las características de las fuentes.[4 (•)]

Para evitar exageraciones, en cada uno de los casos considerados he optado por ofrecer la cifra mínima estimada. Hay que recordar siempre que estos números responden únicamente al saqueo financiero y no representan más que una parte de los daños que el Reich alemán causó durante la guerra a los países ocupados y dependientes. Conviene aclarar a qué se refiere el «factor Donner» de la penúltima línea de la tabla. Al examinar las cifras ofrecidas se observa a primera vista que las correspondientes a «Unión Soviética» y «Botín de guerra» parecen muy inferiores a lo que deberían ser. Eso le pareció también a Otto Donner, el consejero de política financiera de Göring, por lo que propuso incorporar «como rendimientos estadísticamente no medibles» un factor adicional, que él estimó entre el 9 y el 18 por 100 de la suma total. Teniendo en cuenta los datos ofrecidos en los capítulos anteriores estimo los bienes y servicios no registrados en la Europa dominada por Alemania en el 15 por 100 de la suma total, sin salirme del intervalo supuesto por Donner en 1944

aunque me sitúe en el tercio superior; por eso lo llamo «factor Donner», en mi opinión demasiado bajo.

INGRESOS OBTENIDOS DE LOS PAÍSES OCUPADOS Y COALIGADOS ENTRE 1939 Y 1945

(en millones de RM)

	Costes de ocupación	*Compensación*	*Total estimado*
	31 de marzo-31 de agosto de 1944	*31 de agosto de 1944*	
Bélgica	5.310	4.990	11.000
Bulgaria	350	820	1.170
Croacia	190	1.050	1.200
Dinamarca	2.400	1.410	3.500
Eslovaquia	30	800	800
España		110	110
Francia	31.600	8.540	40.140
Grecia	500	240	1.000
Gobierno General (Polonia)	1.490	4.120	5.500
Hungría	1.000	1.350	2.500
Italia	5.190	150	10.000
Noruega	5.040	140	7.000
Países Bajos	9.290	5.590	14.500
Protectorado (Bohemia y Moravia)	2.310	2.430	5.000
Rumania		1.130	3.000
Serbia	310	510	1.000
Suiza		650	650
Unión Soviética	4.500	540	5.400
Botín de guerra	1.000		1.000
Suma parcial			114.470
+ Factor Donner			17.160
Suma total			131.630

(Ver a mayor tamaño)

Esa suma total, nueve veces más alta que los ingresos tributarios en la Gran Alemania en el último año anterior a la guerra, constituye sólo una parte —aunque sea la mayor— de los ingresos externos obtenidos entre 1939 y 1945 a partir del robo, entre los que hay que incluir asimismo los obtenidos del impuesto sobre el salario de los trabajadores forzados, así como sus aportaciones a la seguridad social y las subvenciones a la agricultura con ayuda del trabajo forzoso. Habría que sumar también a los recursos presupuestarios obtenidos a costa de otros países los ingresos generales de la Administración derivados de los ahorros de los trabajadores del Este y de las transferencias simuladas a sus familiares, así como muchas otras aportaciones similares.[5(•)]

No he podido encontrar un análisis suficientemente preciso del apartado presupuestario conceptuado como «ingresos generales de la Administración», pero hay abundantes declaraciones al respecto con motivo de un balance que el servicio estadístico del Ministerio de Finanzas del Reich confeccionó en 1944. De esos datos aproximados hay que sustraer en primer lugar las contribuciones atribuidas al Gobierno General en Polonia y al Protectorado de Bohemia y Moravia,

ya que las he introducido en la tabla precedente como contribuciones del extranjero (aunque los estadísticos nacionalsocialistas consideraban las regiones polaca y checa como fuentes internas de ingresos). En segundo lugar, habría que incluir como ingresos internos las ganancias, claramente acrecentadas durante la guerra, del servicio de correos, los ferrocarriles y el Banco del Reich.[6(•)] Las aportaciones de los *länder* y los municipios alemanes a la caja del Reich no se consideran ingresos de guerra adicionales. En total se trataba de algo más de diez millardos de RM, que engrosaron la caja del Reich porque durante la guerra no se podía invertir en construcciones municipales. Esa cantidad no se tiene en cuenta como carga adicional debida a la guerra y que podía pesar sobre el ánimo de la población.

Si se sustraen las cantidades correspondientes a esos conceptos a los «ingresos generales de la Administración», se obtiene una cantidad que los estadísticos y el Ministerio de Finanzas del Reich designaban nebulosamente como «otros ingresos». Cabe preguntarse ahora qué parte de ellos se puede entender que se obtuvieron honradamente. Dado que no dispongo de otras fuentes, tomo como punto de partida los presupuestos ordinarios de 1938 y 1939. Como consecuencia de la arización, de la «penitencia de los judíos» y de las invasiones de Austria, Bohemia y Moravia y finalmente Polonia, los ingresos adicionales relacionados con el robo sistemático ya fueron en ambos años relativamente altos, pero en cualquier caso 1.500 millones de RM anuales provenían de fuentes que podrían calificarse como honradas. Si se consideran las cantidades correspondientes a los cinco años y medio de guerra, se puede observar que en el apartado del presupuesto denominado «ingresos generales de la Administración-Otros ingresos», 8.250 millones de RM provenían de ingresos regulares internos y el resto eran externos, esto es,

obtenidos mediante la violencia predadora. La estimación de la tabla siguiente para 1944-1945 resulta bastante baja debido a la pérdida de territorios, aunque seguramente sea demasiado reducida.

INGRESOS GENERALES DE LA ADMINISTRACIÓN – OTROS INGRESOS

(en millones de RM)

	Presupuesto ordinario	*Presupuesto extraordinario*	*Suma*
1938	2.927,5		2.927,5
1939	3.410,7	310,8	3.721,5
1940	2.980,1	1.480,2	4.460,3
1941	3.939,8	1.928,2	5.868,0
1942	4.169,5	2.443,0	6.612,5
1943	4.744,1	3.222,6	7.966,7
1944 y 1945			4.000,0
Total sin 1938			32.629,0
«Ingresos honrados» 1939-1945			–8.250,0
Ingresos procedentes del robo			24.379,0

(Ver a mayor tamaño)

Se puede estimar así la cantidad adicional obtenida mediante el robo, que el ministro de Finanzas del Reich contabilizó como ingresos generales de la Administración, en unos 24.500 millones de RM. En ellos estaban incluidos los abonos en cuenta correspondientes a los envíos de los trabajadores forzados extranjeros a sus familias, así como unos cuatro millardos de RM arrebatados a los judíos alemanes después de 1939, además del dinero que la autoridad militar obtuvo en Bélgica de la arización, el pago en RM de las compras de empresas alemanas en países extranjeros sometidos a Alemania y muchas otras cosas.

Si se añaden los ingresos procedentes del trabajo forzoso y los ingresos generales de la Administración a los derivados de exacciones directas, «adelantos de compensación» y aportaciones a los gastos de guerra de los países coaligados, resulta el siguiente cuadro general:

INGRESOS DE GUERRA EXTERNOS, EN MILLARDOS DE RM

Costes de ocupación más compensaciones comerciales (suma anterior)	131,50
Ingresos por trabajo forzoso, no contabilizados en los ingresos generales de la Administración (incluyendo seguridad social y subvenciones indirectas a la agricultura)	12,00
Ingresos generales de la Administración	24,50
Total de los ingresos de guerra externos	168,00

(Ver a mayor tamaño)

Algunos millardos de RM de ese balance del robo aparecen contabilizados dos veces, como sucedía en los cálculos presupuestarios de la época, porque los resultados del robo estatal, cuidadosamente organizado, eran pagados dos veces

en determinados casos: al comprar se pagaban las mercancías con partidas del presupuesto de los costes de ocupación, que había entonces que elevar proporcionalmente, con lo que afluían al fisco del Reich, por ejemplo, francos franceses. Pero al vender los productos así adquiridos surgían nuevos ingresos de los pagos de los consumidores alemanes y los compradores de Navidad.

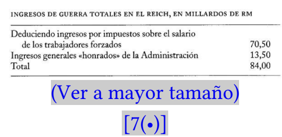
Lo mismo se puede decir de los empresarios que adquirían materias primas, máquinas y productos semielaborados en el extranjero, para fabricar con ellos cañones, aviones o camiones. Dado que los compradores alemanes no sufrían ningún perjuicio, sino que más bien se contaban entre los beneficiarios de tales trampas, los resultados fiscales totales se cuentan como «ingresos externos».

Por otra parte, en la suma aquí presentada de los ingresos de guerra externos no se incluyen algunos conceptos. Por ejemplo, debido a la falta de datos estadísticos minuciosos, no se contabiliza la parte de los impuestos a las empresas y empresarios alemanes relacionada con el trabajo forzoso como factor de la producción o con las fábricas, materias primas y productos semielaborados incautados y privatizados. Se puede discutir sobre eso y objetar algunos de los números y estimaciones presentadas, pero el panorama general permanecería sustancialmente inalterado.

Se constata así que entre los ingresos de guerra corrientes el Reich alemán obtuvo, estimado más bien a la baja, un mínimo de 170 millardos de RM de fuentes externas, lo que supone una decuplicación de los ingresos del Reich en 1938 y equivaldría hoy día a 1,7 billones de euros o quizá algo más. La política de pillaje constituyó la base del bienestar material y de la consiguiente lealtad política de los alemanes hacia su gobierno. La unidad entre pueblo y dirección extra-

jo su funesta estabilidad, no de una propaganda ideológica refinada, sino sobre todo del saqueo y del reparto del botín, sociopolíticamente «equilibrado», entre los *Volksgenossen* alemanes.

El examen de la relación entre los ingresos de guerra internos y externos debe dejar a un lado, evidentemente, los gastos civiles normales, que no corresponden en modo alguno a los gastos de guerra de los que aquí se trata; supondrían anualmente unos veinte millardos de RM para el territorio de la Gran Alemania, incluyendo los servicios normales del Estado, los gastos sociales básicos y un ejército de defensa. De esa forma se obtiene la cantidad considerablemente baja de unos 77 millardos de RM, que el fisco del Reich contabilizaba como ingresos de guerra internos y que le llegaron como impuestos directos e indirectos en el transcurso de la segunda guerra mundial. De ella hay que sustraer ciertas cantidades ya discutidas: los ingresos por impuestos sobre el salario de los trabajadores forzados, las exacciones del Gobierno General en Polonia y del Protectorado de Bohemia y Moravia, así como la parte adquirida mediante el robo en el apartado presupuestario de los ingresos generales de la Administración. Esto nos lleva al siguiente resultado:


INGRESOS DE GUERRA TOTALES EN EL REICH, EN MILLARDOS DE RM

Deduciendo ingresos por impuestos sobre el salario de los trabajadores forzados	70,50
Ingresos generales «honrados» de la Administración	13,50
Total	84,00

(Ver a mayor tamaño)

[7(•)]

En la relación precedente se ha tomado siempre el mínimo para los valores saqueados e incorporados en el extranjero, mientras que para la parte genuinamente alemana de los ingresos por impuestos de guerra se ha tomado siempre el máximo. Como consecuencia se constata que la parte alemana en los gastos de guerra corrientes suponía como máximo un tercio, mientras que la correspondiente al extranjero suponía

como mínimo dos tercios.

De los ingresos por impuestos internos, los perceptores de rentas bajas y medias (dos tercios de los perceptores de rentas) sólo pagaron la parte que correspondía al suplemento de guerra en los impuestos sobre el tabaco, la cerveza y el aguardiente: en total unos doce millardos de RM, esto es, el 16 por 100 de los ingresos internos por impuestos de guerra. A eso se añaden los ingresos procedentes de la ampliación del trabajo asalariado y un plus resultante del consiguiente aumento de la cantidad obtenida como impuesto sobre el salario, sin relación alguna con el trabajo forzoso. Por otra parte, la carga del impuesto sobre el salario disminuyó relativamente para los perceptores de salarios o sueldos, ya que la parte derivada de las horas extraordinarias y del trabajo nocturno y en días de fiesta quedó libre de impuestos a partir del otoño de 1940. Por el contrario, los ingresos procedentes de los impuestos sobre sociedades, sobre beneficios empresariales y sobre la renta crecieron espectacularmente. En 1939 los ingresos del Estado por el impuesto sobre salarios ascendieron a 2.600 millones de RM, y los del impuesto sobre la renta de las personas sin cargas familiares a 4.400 millones. Si se supone, a partir de esa cifra, que los ingresos por el impuesto sobre la renta habrían representado en 1939 unos cuatro millardos de RM en caso de haberse tratado de un año completo de paz, entonces resulta que entre septiembre de 1939 y principios de 1945 la caja de guerra alemana recibió más de 16 millardos de RM de la imposición adicional sobre los ingresos personales de las personas sin cargas familiares. El recargo de guerra sobre el impuesto de sociedades se puede estimar en doce millardos de RM, a los que hay que añadir los ingresos procedentes de los impuestos por ganancias de guerra —al menos cuatro millardos de RM —, y los del impuesto sobre alquileres, de ocho millardos de

RM {*vid.* p. 81 y ss.). En total resulta una cantidad de más de cuarenta millardos de RM que los alemanes acomodados tuvieron que aportar durante la segunda guerra mundial.[8]

De los ingresos corrientes de guerra los alemanes de pequeños y medianos ingresos —que incluyendo a sus familias suponían unos sesenta millones de personas— pagaron como mucho un 10 por 100. Los alemanes con mayores ingresos sufragaron alrededor del 20 por 100, mientras que los extranjeros, trabajadores forzados y judíos tuvieron que aportar alrededor del 70 por 100 del dinero que la máquina de guerra alemana precisaba diariamente. Sobre la base de esa doble discriminación, de raza y de clase, la gran masa de los alemanes disfrutó hasta la segunda mitad de la guerra de una buena situación. Ignoraron durante mucho tiempo el reverso criminal de su bienestar, un imperialismo social y racista edulcorado por la palabrería socializante de sus dirigentes.

En definitiva, quedan claras al menos dos cuestiones: en primer lugar que más de dos terceras partes de los ingresos de guerra alemanes se obtuvieron de la explotación de recursos extranjeros y de las «razas inferiores»; en segundo lugar, que el tercio restante se repartió entre las capas sociales alemanas de forma muy desigual: un tercio de los contribuyentes cargó con más de dos tercios de los costes de guerra asumidos por los ciudadanos alemanes, mientras que la gran mayoría se repartía el pequeño resto.

Si se confrontan las cargas tributarias de la guerra, por una parte del clásico trabajador asalariado y por otra de los empresarios, la diferencia es aún más clara. Como se ha mostrado en los capítulos anteriores, la familia obrera alemana media no tuvo que pagar hasta el 8 de mayo de 1945 impuestos directos de guerra. Los indirectos, gravámenes al

consumo de cerveza y tabaco, se vieron compensados por la ayuda de manutención desacostumbradamente grande para las familias de los soldados y por la propia paga de los soldados. En general, la gran mayoría de los alemanes disfrutaron durante la guerra de más dinero que en los últimos años de paz.

En este apartado nos hemos ocupado de los ingresos corrientes de guerra, que hasta agosto de 1944 cubrieron alrededor de la mitad de los gastos de guerra reales. El resto se financió esencialmente por medio de créditos. El capítulo siguiente muestra cómo obtuvo el Reich esos créditos y cómo preveía descargar la consiguiente deuda sobre las espaldas de los pueblos sometidos, tras el fin victorioso de la guerra.

13

Política especuladora

SILENCIOSA E ILUSIONANTE

Aunque la relación entre ingresos y créditos durante la segunda guerra mundial fue mucho más favorable para el Reich que durante la primera, el Ministerio de Finanzas tuvo que recurrir a emisiones considerables de títulos de guerra, pero lo hizo de una forma que los expertos denominaban financiación «silenciosa» o también «invisible». En contraste con lo sucedido en 1914-1918, indicaba la renuncia a pretender que el pueblo suscribiera créditos de guerra a largo plazo, recurriendo en su lugar, con la ayuda de las instituciones de crédito, a los depósitos de ahorro con vencimiento a corto plazo, sin necesidad de un acto jurídico o una conformidad expresa de los ahorradores.

Las cajas de ahorro ordinarias y de ahorro-vivienda, bancos cooperativos, compañías de seguros de vida y bancos comerciales se transformaron bajo cuerda, ya desde enero de 1936, en fuentes de crédito para el Estado. Lo mismo se

puede decir de las aseguradoras de pensiones de jubilación, que entonces disponían de notables reservas. Sin oposición visible, los banqueros se dejaron convencer para adquirir títulos de la deuda del Reich. De hecho invirtieron el dinero de sus ahorradores —en su mayoría con vencimiento a corto plazo— en títulos a largo plazo. El éxito de la técnica de financiación silenciosa dependía de la apariencia de espontaneidad, por lo que se prohibió a la prensa, desde enero de 1940, mencionar la posibilidad de ahorros obligatorios o de guerra.[1] La eventualidad de tal ordenanza legal se consideraba «totalmente errónea y políticamente insoportable», porque «al trabajador le debía quedar al menos la impresión ... de que disponía de sus ingresos salariales sin ninguna restricción», y de que el Estado no se proponía «quitarle algo en modo alguno».[2] El consejero de Göring en asuntos de política financiera, Otto Donner, elogió el sistema como un circuito cerrado del capital, basado en que «el perceptor de ingresos los llevaba al banco con la seguridad de que éste no podía disponer de ellos a su antojo, al menos legalmente, y las instituciones de crédito hacían llegar ese dinero al Ministerio de Finanzas a cambio de títulos del Tesoro».[3]

Con la transformación «silenciosa» de las cantidades anotadas en alrededor de cuarenta millones de libretas de ahorro alemanas y muchos millones de otros saldos activos de ahorro en títulos de la deuda del Reich el dinero afluía continuamente a las arcas estatales, donde era literalmente pulverizado.[4] En los capítulos anteriores se ha descrito cómo el dinero a disposición de los soldados de la Wehrmacht se convertía en bienes y servicios en los países ocupados; así se pudo restaurar parcialmente en Alemania el equilibrio entre la escasa oferta de mercancías y la abundancia de dinero líquido. Aun así quedaba un resto considerable que se podía ahorrar, y para mantener la voluntad de ahorro se necesita-

ban rígidos controles de salarios y precios; además se debía bloquear lo más eficazmente posible el mercado negro en el interior del país.

Ese proceso no afectó únicamente a los pequeños y medianos ahorradores alemanes. Allí donde era posible, los comisarios bancarios del Reich obligaron a los aparatos de crédito de los distintos países ocupados a comprar títulos del Estado alemán que servían para la financiación de la guerra. Así, por ejemplo, el instituto monetario checo había invertido al final de la guerra más del 70 por 100 de sus reservas en créditos de guerra alemanes.[5] En Francia, como se ha descrito, se invirtieron depósitos bancarios considerados como propiedades enemigas en bonos del Tesoro que el Estado francés debía emitir para cubrir los costes de la ocupación alemana.[6] Como las enormes contribuciones de los países ocupados se debían acomodar en gran medida a la forma de títulos del Estado propio, los bancos centrales y administraciones financieras se sometieron a la obligación de poner el mercado monetario nacional al servicio de la financiación de guerra alemana. Organizar esto era una de las tareas más importantes del comisario alemán en cada Banco Nacional.

Esa forma de economía financiera se inició el 12 de septiembre de 1939 con un decreto formal sobre una ampliación presupuestaria para el año fiscal 1939. Con él se autorizó al ministro de Finanzas del Reich a obtener «una cantidad de hasta quince millardos de RM en forma de crédito» para objetivos de guerra.[7] En 1945 el Reich debía a los bancos alemanes 110 millardos de RM, 54 millardos a las cajas de ahorros y 25 millardos a las compañías de seguros.[8] Además había otros 33 millardos de deuda activa disfrazada contablemente como «cuentas de compensación». En realidad se trataba de créditos a la venta de suministros al Reich, que en caso de una victoria alemana se traspasarían a los países

ocupados y coaligados, y en caso de derrota alemana habría que dar por perdidos. El resto de la deuda del Reich —rápidamente creciente hacia el fin de la guerra— consistía en deuda no cubierta con el Banco del Reich, como se denominaba en la jerga profesional al funcionamiento ininterrumpido de la máquina de imprimir billetes.

El sistema funcionaba de hecho sin hacer mucho ruido y ésa era su principal ventaja, pero hizo deslizarse las finanzas del Estado hacia una situación precaria, dado que la parte correspondiente a la deuda pública «flotante» —no consolidada en créditos a largo plazo— crecía constantemente. Finalmente, como describió amenazadoramente un experto en finanzas en 1944, «amplias capas de la población» disponían de «millardos de RM en títulos con pronto vencimiento, o simplemente en billetes de banco, que en cierto modo podían descargar sobre el mercado en cualquier momento».[9]

Gran Bretaña y Estados Unidos, por el contrario, financiaron la guerra con créditos a largo plazo, distribuidos con «robustos métodos de propaganda» popular, por ejemplo con las semanas de «Alas para la victoria» en Gran Bretaña o los resplandecientes anuncios de los siete grandes créditos de guerra en Estados Unidos: «And now all together». Se dirigían a cada uno de sus ciudadanos, hacían propaganda de la Lucha por la Libertad y solicitaban el respaldo material para los soldados. El famoso concierto de los bonos de guerra del 25 de abril de 1943, en el que Arturo Toscanini, Vladimir Horowitz y la orquesta sinfónica de la NBC ofrecieron el *Primer Concierto para Piano* de Chaikovski, y que llenó hasta el último asiento del Carnegie Hall de Nueva York, aportó en dos horas once millones de dólares.

A finales de 1942, en Gran Bretaña, 1.700 millones de libras de los 4.600 millones que se habían obtenido hasta en-

tonces en las campañas de emisión de títulos de guerra correspondían a pequeños ahorradores.[10] En proporción a la población, los pequeños ahorradores alemanes habrían tenido que suscribir créditos de guerra por valor de 23.500 millones de RM, y la dirección nacionalsocialista habría tenido que lanzar al mercado créditos a largo plazo por valor de 61.000 millones. Hitler no podía ni soñar con un apoyo de masas —materializado— semejante. Era inimaginable que Wilhelm Furtwängler, Edwin Fischer y la Filarmónica de Berlín hubieran ofrecido en abril de 1943 el *Quinto Concierto para Piano* de Beethoven, con el fin de obtener fondos con los que fabricar aviones de caza nocturnos, fusiles de asalto y armas de artillería pesada.

Tanto la guerra como la seguridad en la victoria se basaban en Gran Bretaña y Estados Unidos en una amplia base social consciente y activa. En Alemania no era así. El economista Bernhard Benning se preguntaba desanimado a principios de 1943: «¿Por qué aquí en Alemania, donde por lo que toca a la propaganda no necesitamos que nadie nos dé lecciones, permanecemos tan remisos?».[11] Lo mismo se puede decir con respecto a los impuestos de amplio alcance, que en Gran Bretaña aumentaron rápida y significativamente sin que por otra parte la inflación de guerra se desbordara o creara problemas financieros. Mientras que en Gran Bretaña los ingresos procedentes de impuestos y contribuciones aumentaron un 376 por 100 durante la segunda guerra mundial, en Alemania sólo crecieron un 196 por 100.

Si se tiene en cuenta que ese aumento en el Reich provenía en gran parte de las regiones anexionadas, de la explotación del trabajo forzoso y de los ingresos generales de la Administración, y que se basaba en el expolio, manipulaciones tramposas de las finanzas y el genocidio, entonces se entiende sin más que la carga tributaria en Gran Bretaña aumenta-

ra más del doble que en Alemania. Eso concuerda también —en acusado contraste con Alemania— con el hecho de que el 85 por 100 de los ingresos por impuestos y contribuciones en Gran Bretaña procedieran de aquéllos cuyos ingresos anuales eran inferiores a quinientas libras.[12]

En octubre de 1942 un alto funcionario del Banco del Reich se irritó por la inacción del gobierno alemán, temiendo la «caída irremediable» del marco. Se refería con cierta admiración a los ingleses, que «han afrontado con considerable éxito los peligros de inflación mediante una paulatina pero consecuente subida de los impuestos, sin que su economía se haya visto perjudicada por ello ni hayan surgido otros inconvenientes».[13]

La técnica financiera alemana correspondía a la estrategia de la guerra relámpago. Surgió y se desvaneció con la misma rapidez. En comparación con la primera guerra mundial, razonaba el vicepresidente del Banco del Reich Emil Puhl a finales de 1942, el procedimiento adoptado conducía a una «situación de peligro» muy seria, porque «con un aplazamiento del problema monetario el recorte del poder adquisitivo se había demorado hasta el final de la guerra».[14] En el momento de esa declaración se dibujaba en Stalingrado la derrota, y ese acontecimiento iba a convulsionar el método de financiación «silenciosa» de la guerra. El gobierno nacionalsocialista, con la colaboración activa de toda la gestión pública y privada del crédito, lo había acometido como un fraude vertiginoso que debía mantenerse en secreto hasta poder cubrirlo a su debido tiempo con una lucrativa victoria. Esta debía conducir a un resultado con el que se pudieran satisfacer los deseos de consumo que flotaban en el país y amortizar las deudas de guerra. Cuanto más duraba la guerra y más dinero devoraba, más gigantesco debía ser el botín, y tanto más inhumanamente debían comportarse los someti-

dos a aquella lógica.

Desde el punto de vista de la política interior, en la financiación silenciosa de la guerra se observa una táctica del poder específica. Los dirigentes nacionalsocialistas evitaban la discusión abierta sobre la guerra, porque la emisión de créditos de guerra a largo plazo y su suscripción posiblemente dilatada o incluso estancada habría dado lugar a incertidumbres. Un activo colaborador científico escribía: «Como Hitler no deseaba que la financiación del Reich se discutiera públicamente, prohibió tanto durante el período de rearme como durante la guerra la emisión pública de obligaciones». Le faltaba, para decirlo con las palabras ciertamente prudentes pero bastante claras de Ludwig Erhard en 1944, la estatura para dar a conocer «al pueblo la dureza del sacrificio necesario» y «el valor para asumir su propia responsabilidad». Hitler se inclinó por el «juego oculto» y el «encubrimiento».[15] Su temor a un serio desaire material por parte de los alemanes corría parejo al de su aliado Mussolini. Tampoco el Duce, según juzgaban precisamente los ocupantes alemanes en 1944, «se había atrevido nunca a comprobar la confianza de la población mediante un empréstito».[16]

El gobierno nacionalsocialista eludió el riesgo de explicar a los alemanes, ni siquiera aproximadamente, los costes de la guerra, y lo hizo vinculándolo con la disposición de los gobernados, habitual en Alemania, a vivir bajo el hermoso brillo del amparo financiero. A diferencia de Churchill, Hitler no se pudo permitir en ningún momento un discurso sobre «sangre, sudor y lágrimas». El aclamado y aparentemente omnipotente dictador nunca se sintió en condiciones de pedir abiertamente a su pueblo los ahorros de cinco, diez o veinte años como empréstito para garantizar un supuesto futuro resplandeciente. Así entendida, la unidad entre pueblo y dirección aparece como una ilusión eficaz, pero carente

en realidad de cualquier fundamento político real e incapaz de pasar la prueba de la práctica. El concepto que he propuesto de «dictadura consensuada con un respaldo mayoritario», debe ahora entenderse de forma más concreta: ese consenso mayoritario no emanaba de un convencimiento ideológico, sino del soborno sistemático mediante el bienestar social. Esto iba preponderantemente en perjuicio de los llamados enemigos del pueblo, pero al final también redundó en perjuicio de los sobornados.

AHORRO Y CONFIANZA

Al igual que en la cuestión de los artículos de primera necesidad, tampoco en la política recaudatoria y monetaria se pudo garantizar una confianza estable y duradera de los alemanes en su gobierno. Hoy se hablaría de credibilidad, una credibilidad que los dirigentes nazis tenían que conquistar cada día, como se muestra una y otra vez en las anotaciones de Goebbels en su diario y en muchas decisiones políticas de Hitler. Los historiadores recurren insistentemente a los informes de la cúspide del Servicio de Seguridad (especialmente a los comunicados emitidos desde el propio Reich), a diversos documentos y cartas, a las observaciones de los funcionarios nacionalsocialistas en sus diarios y a fuentes parecidas, para presentar la evolución de la opinión pública durante el Tercer Reich.

Pero quizá constituirían un criterio más preciso las oscilaciones y estancamientos de la cuota de ahorro. Ese parámetro sociohistórico no se ha utilizado hasta ahora como instrumento de medición al respecto. Reunir los datos relevan-

tes no sería especialmente difícil, y ofrecerían de inmediato resultados diferenciados temporal y regionalmente. Parece además muy tentadora esa posibilidad de reconstruir una imagen a grandes rasgos de las variaciones en la *public morale* durante la época nacionalsocialista en las distintas capas sociales, a partir de los diferentes comportamientos de los ahorradores de las cajas postales de ahorro, de los bancos cooperativos de Raiffeisen, de los grandes bancos y de los seguros de vida. Vinculándolos históricamente con los discursos de Hitler y los acontecimientos políticos y militares se podría obtener así una imagen política de la opinión pública bastante rica y metódica (por ejemplo, después del 20 de julio de 1944 la tasa de ahorro, que en general mostraba una tendencia muy descendente, subió significativamente durante unos días; pero el 1 de agosto ya se había agotado el hechizo de la guarida del lobo).

Así como la dirección nacionalsocialista utilizaba las estadísticas sobre la inasistencia a los servicios religiosos como índice del acuerdo creciente, estancado o limitado con la política del gobierno, la cuota de ahorro también le ofrecía instantáneas demoscópicas a las que prestaba atención. En diciembre de 1943 el Servicio de Seguridad emprendió una investigación especial al respecto, aunque sirviéndose de opiniones más subjetivas y no de los datos precisos sobre el ahorro fáctico.[17] Una investigación a fondo sobre la cuota de ahorro efectiva durante la segunda guerra mundial vendría aquí al pelo, pero al menos contamos con algunas declaraciones generales y se puede marcar el momento en que se desmoronó el apoyo público al gobierno de Hitler.

En números redondos, durante los años 1940 y 1941 la tasa de ahorro alemana ascendía a unos mil millones de RM al mes, y en 1942 a un poco más de mil quinientos millones.[18] Ese aumento se debía en parte a las restricciones del con-

sumo durante la guerra, pero también a la confianza básica en el arte de gobernar de Hitler. Al cabo de pocos años la suma ahorrada por los alemanes se multiplicó por más de tres. Los depósitos en las cajas de ahorro públicas crecieron en 1942 en 15.200 millones de RM, hasta llegar a un total de 51.200 millones, lo que suponía «el mayor incremento anual que las cajas de ahorro alemanas habían conocido en toda su historia».[19] Si se tienen en cuenta además las nuevas suscripciones de seguros de vida como indicador de la confianza en el futuro de los sectores más acomodados, se constata una evolución parecida: los pagos anuales aumentaron de 1.700 millones de RM en 1939 a 4.200 millones en 1941.[20]

El ahorro voluntario, con el que se pagaba una parte considerable de los gastos de guerra cotidianos, debía servir después de la victoria —al menos desde el punto de vista de algunos estrategas nazis— para conseguir una «estructura más equilibrada de la propiedad en el futuro» y proporcionaría la «materialización de un sistema de propiedad verdaderamente socialista».[21] También ahí se confirma la tendencia del Estado nacionalsocialista a la igualdad social en el interior de Alemania. Junto a ella habría que señalar la pretensión —para no pocos economistas seguramente decisiva— de fomentar la adquisición de bienes duraderos por parte de los trabajadores después de la guerra, con el fin de destinar tanto poder de compra como fuera posible a las inversiones. La gente empleaba evidentemente su dinero para sus propios propósitos, ya fuera en cuentas de ahorro-vivienda, en pensiones de jubilación adicionales o para comprarse un Volkswagen. Muchos intentaban ahorrar cuanto fuera posible para asegurarse después de la guerra sus diversos sueños.

Más allá de todas esas proyecciones de futuro, la tasa de ahorro muestra cómo disponían del dinero en efectivo los

perceptores de pequeños ingresos, confiándoselo —al menos de modo semiconsciente— al Estado nacionalsocialista. Fritz Reinhardt opinaba satisfecho en 1942: «No existe una prueba más clara de la confianza de los *Volksgenossen* y *Volksgsenossinnen* en la dirección nacionalsocialista del Estado y en la seguridad de su moneda que ese gran aumento del ahorro».[22] Los representantes de las cajas de ahorro atestiguaban la voluntad de millones de alemanes de «ahorrar aún más en la guerra, ahorrar para la victoria».[23] Los bancos alemanes proclamaban la consigna: «¡Luchar, trabajar y ahorrar!».[24] El gran éxito de la campaña del ahorro voluntario merecía tanta más atención cuanto que los intereses para los ahorradores eran cada vez más bajos.[25] Quien invertía así su dinero debía tener al menos cierta esperanza difusa en la victoria, aunque no conociera con mucha exactitud cómo se transformaban sigilosamente sus ahorros en cañones.

Aun así, la desconfianza fue creciendo. En el segundo trimestre de 1943 se detuvo por primera vez el crecimiento del ahorro comparándolo con los datos del año anterior. El Ministerio de Finanzas del Reich explicó esa pérdida de confianza como consecuencia de la guerra aérea, ya que si bien la tasa de ahorro en las ciudades del noroeste de Alemania había disminuido sensiblemente, en la zona oriental del país se mantenía bastante alta.[26] En cualquier caso, el fenómeno alarmó a los responsables. En lugar de caer, el ahorro debería haber seguido creciendo como durante el año anterior, ya que como consecuencia de los reveses militares las posibilidades de gastar dinero habían disminuido.

Mientras que el Ministerio de Finanzas constataba en diciembre de 1943, mediante las estadísticas correspondientes, el deterioro de la confianza, el Servicio de Seguridad se ocupaba del mismo tema —posiblemente por deseo del ministro de Finanzas— denominándolo «Confianza de la población y

huida hacia valores reales». Los agentes del SD localizaban la desconfianza «como siempre y ante todo» en «capas de la población financieramente bien dotadas», y señalaban que muchos de los *Volksgenossen* ricos «manifestaban sin escrúpulos sus convicciones capitalistas». Dado que tal actitud podía reproducirse en círculos menos acaudalados, «el *capitalista* se convierte en un "*mal ejemplo*" para las amplias masas en la cuestión de la confianza en el valor del dinero». Como conclusión, el SD presentaba este balance pesimista: «En algunas capas se ha instalado un patente declive de la confianza en el valor del dinero, que se ha dejado notar en palabras y hechos en todas partes. Sin embargo, se puede considerar que en general se mantiene la voluntad de ahorro, como expresión de la confianza en el valor del dinero; la envergadura de los depósitos de ahorro durante los últimos meses no guarda en modo alguno proporción con el aumento global de los ingresos, especialmente los de determinadas capas de la población».[27]

En marzo de 1944 el ministro de Economía Walther Funk debía tranquilizar a los pequeños ahorradores alemanes y asegurar públicamente que el Reich «nunca utilizará los depósitos de ahorros para amortizar las deudas de guerra».[28] Pese al nerviosismo que empezaba a observarse, durante el primer semestre de 1944 el aumento de los depósitos de ahorro se mantuvo a un nivel considerable, aun con diferencias según el tipo de banco y la región. Pero a partir de entonces disminuyó «esencialmente la velocidad de crecimiento, sobre todo hacia fin de año». A partir de agosto de 1944 los alemanes de ingresos medios comenzaron a disponer por su cuenta del dinero en efectivo. Los más ricos habían reaccionado un poco antes: la contratación de nuevos seguros de vida retrocedió ostensiblemente ya en marzo de 1944.

El 15 de septiembre el Banco del Reich se quejaba de las

«grandes retiradas de dinero en efectivo por parte de la población».[29] Otto Ohlendorf, entonces secretario de Estado en el Ministerio de Economía del Reich, observó al respecto en enero de 1945 que el «dinero en efectivo en manos del pueblo» había «aumentado considerablemente», y que el Reich debía «recurrir cada vez más a la impresión de billetes de banco». Tan sólo entre septiembre y diciembre de 1944 la circulación de dinero creció de 38.600 a 48.500 millones de RM. Ese aumento suponía multiplicar por más de tres la media de los doce meses anteriores.[30] Un experto en finanzas comentaba profesional y secamente: «El agravamiento de la situación político-militar» había inducido una «necesidad general de liquidez».[31]

El comportamiento de los clientes influyó de forma inmediata sobre la política comercial de los bancos. El ministro de Finanzas del Reich se quejaba: «La disposición de las instituciones de crédito a suscribir bonos del Tesoro del Reich a largo plazo ha disminuido, en contra de lo esperado». Por eso había que recurrir cada vez más, desde agosto de 1944, al Banco del Reich y «utilizar medios considerables para proteger la cotización de los bonos y otros títulos del Reich».[32] El consejo de administración de la caja de ahorros de Salzburgo, hasta entonces bastante conforme con el gobierno, decidió el 3 de agosto de 1944 «abstenerse provisionalmente de la compra de títulos del Reich en interés de una mayor liquidez»;[33] esto obedecía, como observó inmediatamente el Banco del Reich, a una precaución general frente a los títulos de la deuda del Estado alemán.[34] Los bancos reflejaban así el estado de ánimo de sus clientes, que ahora —por primera vez— opinaban con toda claridad ante las ventanillas contra la guerra y le retiraban el crédito a la dirección del Estado.

En agosto de 1944, después de que los aliados hubieran

desembarcado en Normandía, de que el Ejército Rojo hubiera derrotado al Grupo de Ejércitos Centro en el frente del Este, y del fracasado atentado contra Hitler en la guarida del lobo el 20 de julio, se desmoronó en pocos días la confianza en el poder y en el RM. Si se considera la tasa de ahorro como indicador, ya había ido cayendo desde la primavera de 1943. El proceso se dio en las capas más acomodadas de la población con mayor rapidez que en las menos acomodadas. En lo que se refiere al escepticismo general frente a la dirección política y su eventual impacto global, el atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944 no fue evidentemente tan inútil como se ha afirmado a veces.

Como hemos dicho, el apoyo general se había basado en ilusiones mutuas, pero la clase política del Estado nacionalsocialista siempre había conseguido renovar la esperanza en su arte de gobernar. Para ello desarrolló, de forma históricamente sin precedentes, los medios del Estado social moderno. No se debe olvidar, pero tampoco sobrevalorar, el terror ejemplar que dirigió contra ciertos *Volksgenossen*, y que fue aumentando en la segunda mitad de la guerra. De las 16.000 penas de muerte contra civiles alemanes, 15.000 de ellas se dictaron tras la crisis del invierno de 1941-1942. Lo mismo se observa en las estadísticas de los consejos de guerra. Así, por ejemplo, en la 253.ª división de infantería fueron ejecutados durante la guerra 18 soldados: entre los años 1939 y 1942 ninguno, en 1943 ocho, en 1944 seis y en 1945 cuatro. En total se dictaron durante la guerra unas veinte mil penas de muerte contra soldados alemanes.[35]

La combinación del amparo y atenciones generales con la violencia ejemplar contra los denominados «enemigos del pueblo» no convirtió a la inmensa mayoría de los alemanes en nazis entusiastas, sino más bien en conformistas que disfrutaban de las posibilidades cotidianas de beneficiarse que

les ofrecía el sistema. Pero la lealtad pasiva así obtenida bastó para garantizar la capacidad de maniobra interna del Estado nacionalsocialista hasta el verano de 1944.

DEUDAS DE GUERRA VIRTUALES

De la técnica puramente especuladora de la financiación de guerra se deducía la necesidad de la victoria. El gobierno de Hitler no podía permitirse ningún compromiso, tenía que evitar por cualquier medio la derrota. Por eso apostó desde el primer día de la guerra por las «gigantescas capacidades que Alemania puede aprovechar en las regiones por ella ocupadas, sin tener que agotar su propio patrimonio». Después de la victoria sobre Francia, eso significaba que la muy endeudada Alemania «tenía a su disposición las riquezas de toda Europa, desde el cabo Norte hasta el golfo de Vizcaya». [36]

De esa forma se mantuvieron los alemanes tranquilos, y con frecuencia animados, recibiendo las opulentas atenciones del Estado. La preocupación por obtener y mantener ese conformismo explica los regalos tributarios a los obreros alemanes en el otoño de 1940, el aumento de las pensiones en 1941 y la negativa a establecer impuestos directos de amplio alcance durante los años siguientes. Desde la invasión de la Unión Soviética se impuso la versión que convertía prácticamente en virtuales las deudas de guerra y del rearme en el interior de Alemania. En su texto escrito para el gran público «¿Qué sucede con nuestro dinero?» el secretario de Estado Fritz Reinhardt tranquilizó en 1942 a la opinión pública. Aludía en él al «nuevo orden de las cosas en el Este» y

hablaba de los frutos de la victoria final. Frente a las deudas de guerra, proclamaba públicamente, «se podía anotar en la columna del haber un acceso a valores y fuentes de ingresos que compensa con mucho la acrecida deuda del Reich».[37]

Los principales economistas alemanes también lo veían así. En su discurso de clausura de las jornadas del trabajo sobre la financiación de la guerra en otoño de 1941, Rudolf Stucken lanzó la siguiente pregunta retórica: «¿Seguirán siendo verdaderamente un problema las deudas después de la guerra? ¿No nos proporcionará cualquier enemigo que verdaderamente disponga de recursos, mediante las reparaciones de guerra y cosas parecidas, los suministros que nos hagan falta?»[38] (Evidentemente, después de 1945 Stucken hizo como si se hubiera opuesto continuamente a la política financiera nacionalsocialista). El experto en finanzas Hero Moeller apuntó a la «venta de terrenos que han quedado libres y otras propiedades que han caído gratuitamente en manos del Estado», como medios capaces de «proporcionar un alivio notable».[39]

Su colega Bernhard Benning se refirió igualmente en el verano de 1942 a la «reprivatización de las propiedades del Reich en las regiones del Este anexionadas» y a los «actuales ingresos del Reich como "ganancias de esclusa" obtenidas de la importación de mercancías más baratas de los territorios ocupados del Este, entre otros», como «fuentes de amortización adicionales».[40(•)] En la conferencia a la que corresponde a esa cita fue aún más claro con respecto al «recurso a las economías nacionales extranjeras»: «Hay que añadir los significativos acopios de valores reales que han pasado a propiedad del Reich mediante la ocupación de países enemigos, especialmente en la antigua Polonia y en Rusia».[41]

Por «ganancias de esclusa» se entendía la diferencia entre

el precio de compra (del grano ruso, por ejemplo) y el precio de venta en Alemania. Así lo explicaba Reinhardt ante los grandes tecnócratas del robo del Reich: «Si el precio de venta por tonelada de centeno en Rusia, pongamos por caso, es actualmente de 80 RM, la diferencia entre los 180 RM por tonelada del precio de venta alemán y los 80 RM del precio de venta ruso, así como los costes de transporte y almacenamiento, afluyen a las arcas del Reich». Según las actas, los oyentes de Reinhardt, pertenecientes a los círculos dirigentes de la Wehrmacht y de los ministerios de Alimentación, de Economía y del Este «coincidieron en la opinión de que así se debía hacer».[42]

Contrariando los deseos de Heinrich Himmler (como comisario de asentamiento del Reich), el secretario de Estado del Ministerio del Interior insistió con éxito en que los bienes enemigos saqueados debían ser entregados a las arcas del Reich y no reservados para el asentamiento de alemanes. Al fin y al cabo, esas «regiones han sido conquistadas con las armas en esta guerra por todo el pueblo [...por lo que] los frutos de la victoria deben beneficiar también a todo el pueblo alemán».[43] El Ministerio de Finanzas estaba de acuerdo. A ojos de los funcionarios allí presentes, «mediante la ocupación de las regiones enemigas el Reich se ha convertido en propietario original de esas masas de bienes».[44] Con parecidos argumentos se dio rienda libre en la Polonia ocupada a la codicia populista de las nuevas autoridades y de sus colegas del plan cuatrienal. Para los que confeccionaban el presupuesto en Berlín estaba claro «que el valor de los bienes polacos conquistados pertenece al Reich alemán».[45]

Los funcionarios ministeriales insistieron siempre, con realismo económico, en que lo que correspondía al Reich no eran las propiedades incautadas en sí mismas, sino sólo su valor. Se trataba pues, desde el primer momento, de la

(re)privatización del botín. Un hombre como Reinhardt pensaba ya en la venta de acciones populares para consolidar inmediatamente después de la victoria los ahorros del alemán medio y proteger al mercado de bienes de consumo de un huracán incontrolable de compras. Así vistos, los gastos en armamento no parecían improductivos, sino que había que confrontarlos con «el enorme patrimonio conquistado por las armas alemanas». Por eso había que «poner a disposición de los ahorradores una parte de las nuevas propiedades del Reich; por ejemplo, mediante participaciones en empresas industriales o en minas en las regiones del Este ocupadas». [46]

Los «Principios generales de la política económica en las regiones del Este recientemente ocupadas», aprobados el 8 de noviembre de 1941 bajo la presidencia de Göring y presumiblemente redactados por el experto en finanzas Otto Donner, precisaban la idea global con fines de aplicación práctica: «Manteniendo el bajo nivel de vida de la población autóctona mediante una producción [agraria] barata, hay que conseguir excedentes de producción lo más elevados posible para el abastecimiento del Reich y de los restantes países europeos. De esa forma se dispondrá, junto a una cobertura amplia de las necesidades europeas de alimentos y materias primas, de una fuente de ingresos para el Reich que posibilite saldar una parte esencial de las deudas contraídas para la conducción de la guerra aliviando la carga de los contribuyentes alemanes».[47]

Pocas semanas después el secretario de Estado de Göring Paul Körner explicaba: «Los territorios recientemente conquistados en el Este deben contribuir a cubrir las deudas de guerra. Por esa razón deben permanecer tan bajos como sea posible los salarios y los precios en esas regiones». El autor de esa reflexión sentía evidentemente una especie de orgullo

del descubridor, pero el Ministerio de Finanzas del Reich señaló fríamente que Körner había presentado como programa de Göring lo que el secretario de Estado Reinhardt «siempre había propuesto».[48]

De hecho, el ministro de Finanzas Schwerin von Krosigk también presentó claramente ante Göring sus ideas sobre el aspecto financiero de la expansión hacia el Este. A sus colaboradores que se ocupaban de Rusia les explicó a primeros de septiembre de 1941 que «las propiedades antes pertenecientes al Estado ruso» —que gracias al comunismo eran casi la totalidad— debían «quedar a disposición del Reich como propiedad de éste». En 1942 propuso «cubrir una parte esencial de los gastos de guerra, especialmente el pago de intereses y la amortización de la deuda, mediante la diferencia de precios entre el Reich y el Este».[49] El secretario de estado Reinhardt lo secundó poco tiempo después: «La deuda del Reich se debe al esfuerzo realizado en el rearme y la conducción de la guerra. Los intereses y la amortización de esa deuda no pueden corresponder únicamente a la población alemana, si se quiere mantener nuestro nivel de vida actual... ¡Ay de aquél que amenace la política de precios y salarios en las regiones del Este!». El producto total que se obtuvo más tarde de la venta de los campos y bosques conquistados, así como de las riquezas del subsuelo y de las fábricas soviéticas, en beneficio de la caja del Reich, lo estimaba en «varios cientos de millardos de RM».[50]

En enero de 1942 el consejero de agricultura del Reich Hanns Deetjen explicó, después de un viaje durante varios meses por la Ucrania ocupada, ante el selecto público del Club de los Caballeros Alemanes en Berlín: «En opinión de las más altas autoridades del Estado, Ucrania debe "pagar la guerra". A ese objetivo debe apuntar la política demográfica. Ucrania debe poner fuerza de trabajo barata a disposición

tanto del Reich como del aprovechamiento agrícola y en materias primas de la propia Ucrania … El país debe mantenerse en un bajo nivel de vida, puesto que sólo bajo esas condiciones puede suministrar los excedentes necesarios para Europa».[51]

En su discurso ante los *gauleiter* del 12 de diciembre de 1941 Hitler habló no sólo de la «solución final»,[52] sino también de las deudas de guerra y de la cuestión social. Para la época después de la victoria anunció su intención de «emprender resueltamente la realización de un generoso y exhaustivo programa social, que abarque tanto a los obreros como a los campesinos alemanes». Como ejecutores pensaba en millones de esclavos eslavos. Sólo así se podrían materializar los objetivos sociopolíticos y afrontar las deudas contraídas para ganar la guerra. Si se rechazaban «esas nuevas vías» se reproduciría «inevitablemente la inflación y con ella una catástrofe económica».

En marzo de 1942 Hitler se refirió a «nuestro enorme armamento», que «hasta ahora ha engullido grandes cantidades [de dinero] no cubiertas». Para saldar las deudas contemplaba dos posibilidades contrapuestas: «O bien se va descargando poco a poco esa deuda sobre los *Volksgenossen* alemanes, o se paga con las posibles ganancias en las regiones del Este ocupadas. Evidentemente, nos decidimos por la segunda opción».[53] En agosto de 1942 el comisario del Reich para Ucrania, el *gauleiter* Koch, espoleó a sus subordinados «inmediatamente» después de una visita al cuartel general de Hitler: «Si este pueblo [el ucraniano] trabaja diez horas al día, ocho de esas diez horas las deben trabajar para nosotros. Hay que acabar con los arrebatos sentimentales».[54] Los funcionarios del Ministerio de Finanzas, que habían concebido desde muy pronto esa forma imperialista de amortización de las deudas para el beneficio social de los alemanes corrien-

tes, hablaban ahora —reforzados autorizadamente— del «objetivo a largo plazo del Führer en política financiera» y opinaban que Ucrania era «en ese sentido un “objeto de explotación”».[55]

En las declaraciones citadas de los principales políticos y científicos alemanes se reconoce una y otra vez un único motivo central: el régimen especialmente inhumano de hambre, pobreza, trabajo forzado y muerte en la zona ocupada de la Unión Soviética estaba justificado por la preocupación por el nivel de vida futuro de los alemanes. El correspondiente proceder práctico se reveló a la larga inútil: La producción quedaba muy por debajo de lo esperado, y la resistencia de los pueblos sometidos se iba fortaleciendo día a día. En enero de 1943 Goebbels constató preocupado que «la consigna secreta alemana sobre la inferioridad de los pueblos eslavos y la necesidad de su erradicación ha llegado a la opinión pública rusa», lo que respaldaría a Stalin y su proclamación de que «más vale morir de pie que vivir de rodillas».[56]

Los planes alemanes de una explotación ilimitada y a fondo de la Europa del Este se vinieron abajo ante el empuje de los soldados y partisanos soviéticos. A medio plazo la guerra debía financiarse con recursos extranjeros elevando al mismo tiempo el nivel de vida de todos los alemanes. A corto plazo había que satisfacer generosamente durante la guerra las necesidades de artículos de primera necesidad. Sólo se materializó este último objetivo, e incluso limitadamente, pero eso no cambia el resultado del análisis histórico: la preocupación por el bienestar del pueblo alemán constituyó la fuerza decisiva para la política de terror, esclavización y exterminio.

14

Socialismo nacional

PERICIA TÉCNICA Y LIDERAZGO POLÍTICO

Mucho antes del 1 de septiembre de 1939, el gobierno del Reich alteró las finanzas públicas de un modo que sólo se podía compensar con el botín obtenido de una guerra de saqueo imperialista. Gran parte de los expertos en finanzas, de los dirigentes del Banco del Reich y de los funcionarios ministeriales avalaron ese cambio y lubricaron sin descanso la maquinaria rapaz alemana. A finales de 1935 el ministro nacional-conservador de Finanzas del Reich se sentía lleno de «coraje y esperanza» para trabajar sin dejar que las pequeñas minucias de la vida cotidiana desviaran su «mirada de la enorme grandeza de esta época».[1] Se puede olvidar sin temor la diferencia que establecían los viejos análisis entre «los ideólogos del partido», que se habían precipitado desvergonzadamente sobre los judíos y sus propiedades, y el honorable Schwerin von Krosigk, que junto a sus funcionarios sólo pensaba supuestamente en mejorar la «defensa».[2]

Las prácticas expoliadoras descritas en los capítulos precedentes sólo se han podido reconstruir de forma incompleta o incluso esquemática, pero el panorama conjunto ofrece una imagen aproximada de las técnicas de robo organizadas desde el Estado y de los resultados políticos obtenidos con ellas. El Ministerio de Finanzas del Reich mantenía toda una serie de cuentas para transferir de un lado a otro el dinero y mezclarlo con otros caudales, con el fin de ocultar, en la medida de lo posible, su procedencia. La permanente obtención de dinero y su blanqueo con métodos contrarios al derecho internacional en interés de un gobierno criminal es lo menos que se puede imputar al conde Schwerin von Krosigk y a sus principales colaboradores, y lo mismo se puede decir de los dirigentes y expertos de las cajas de crédito y del Banco del Reich y de los intendentes de la Wehrmacht.

El gobierno nacionalsocialista estableció en la propia Alemania un régimen de distribución riguroso y entendido en general como justo, que en definitiva permitía mantener estables los precios, pero en el extranjero los soldados alemanes debían y querían enriquecerse. Desde el punto de vista del ministro de Finanzas del Reich lo mejor que cabía esperar es que derrocharan allí una parte del poder de compra excedente, transformándolo en artículos extranjeros. «Enviadme por favor el dinero que tengáis todavía», escribía Heinrich Böll al principio de la guerra a sus padres. De esa forma muchas familias podían emplear, incluso hasta agotarlo, el dinero que vagabundeaba inútilmente y que no se podía convertir en mercancías en la economía alemana. Ese procedimiento les abrió a los dirigentes de las finanzas de guerra la posibilidad de absorber mediante las compras en el extranjero «unos cuantos millardos de RM especialmente nocivos», esto es, que podían generar insatisfacción.[3] El gobierno nacionalsocialista disfrutó así de la satisfacción gené-

rica de los ciudadanos del Reich, ya se sintieran individualmente cercanos o lejanos del régimen, como en el caso de Heinrich Böll y Wolf Goette.

En las prácticas de la financiación de guerra alemana se ponía de manifiesto la relación entre los especialistas técnicos y los dirigentes políticos. Consistía en una tensa cooperación entre la pericia audaz y radicalizada por un lado y los límites políticos por otro. A veces unos y otros participantes colaboraban explícitamente en el mismo proyecto, como se constata en el expolio de los judíos de Salónica, Bélgica, Francia u otros lugares. Los intendentes de la Wehrmacht y los funcionarios del Ministerio de Finanzas del Reich se regocijaban de los ingresos adicionales que obtenían de esa forma, ya fuera de forma directa, como en Bélgica, o casi siempre indirecta, a través del presupuesto de los costes de ocupación, como en Francia. Junto con los directores del Banco del Reich esperaban reducir pronto la inflación provocada por ellos mismos en los países ocupados y estabilizar al mismo tiempo el Reichsmark.

Entre los expertos en finanzas y los dirigentes políticos también había un claro consenso en cuanto a descargar gran parte de los gastos de guerra corrientes sobre los pueblos sometidos. Estaban de acuerdo en el propósito de hacer pagar más tarde a los vencidos los créditos de guerra adicionales que resultaran necesarios. Para decirlo con el imperturbable tono de los vigilantes protectores de la moneda alemana: «Para sostener la fortaleza de la moneda alemana, el Banco del Reich se reafirma en el principio … de satisfacer … la necesidad de dinero de las autoridades alemanas en los territorios ocupados, en la medida de lo posible, mediante la utilización de los medios de pago de los países en cuestión».[4]

Mientras que en los debates sobre los recargos de guerra

al impuesto sobre los salarios y los impuestos generales al consumo desde el otoño de 1941 cualquier propuesta de subida fracasó por la oposición de los dirigentes políticos, no sucedió lo mismo con los impuestos a los más ricos. En el caso del impuesto sobre los alquileres, el comisario del Reich para la contención de los precios acordó con el Frente Alemán del Trabajo, la cancillería del partido de Hitler y el Ministerio de Finanzas prusiano —dirigido por conservadores— duplicar la carga impositiva, ya elevada, que se pensaba originalmente aplicar a los propietarios de casas. Los funcionarios nacionalsocialistas pretendían así ganarse y conservar la lealtad de las masas; algunos expertos estuvieron de acuerdo, para contener al menos de esa forma —políticamente aceptable— el aumento de las deudas de guerra.

En otros casos fueron esos mismos expertos quienes llevaron la iniciativa, y esto llevó, desde el punto de vista psicológico, a un equilibrio cada vez más compensado entre las pautas marcadas por los políticos nacionalsocialistas y lo que los expertos en finanzas entendían como deseable. Así fue como inventaron los funcionarios del Ministerio de Finanzas y del Banco del Reich el sistema de los vales de la Caja de crédito del Reich, con total autonomía. Fieles a la reflexión de Brecht: «¿Qué es un atraco a un banco comparado con la fundación de un banco?», las cajas de crédito del Reich constituyeron la columna vertebral de un saqueo notablemente hábil de Europa. Sus funcionarios, casi todos ellos pertenecientes al personal del Banco del Reich, hicieron siempre sus grandes negocios, de millardos de RM, con dinero no alemán. El robo se consumó bajo la discreta forma de política monetaria (una excepción la constituyeron las zonas ocupadas de la Unión Soviética, donde el dinero desempeñó un papel no insignificante pero sí secundario frente a los métodos de opresión y terror).

Tampoco necesitó el ministro de Finanzas del Reich ninguna instrucción política para quedarse con las transferencias de los trabajadores forzados a sus familias en el extranjero y hacer llegar a éstas la cantidad correspondiente en dinero del país ocupado. Nadie tuvo que ordenarle aplicar el mismo procedimiento a las instituciones bancarias y empresas que compraban acciones o mercancías en el extranjero. También las cantidades pagadas por esas entidades en RM desaparecían en las cuentas de compensación del Reich, de donde pasaban al presupuesto del Reich en beneficio de todos los alemanes, mientras que la población de los países ocupados tenía que pagar los negocios sucios del Estado. Hitler no dio nunca órdenes tan concretas. Le bastaba dar vía libre a la habilidad profesional de los expertos en finanzas, recordándoles únicamente que «es bueno lo que beneficia a los alemanes»; nunca pedía cuentas a nadie por los métodos. No en vano adornaba las cartas del Banco del Reich un sello estampado con la cruz gamada y el título honorífico de «empresa nacionalsocialista modelo».[5]

De vez en cuando surgían diferencias con respecto a la velocidad y los métodos para desvalijar Europa. Los expertos tendían más bien a obtener un rendimiento máximo a medio plazo, viéndose por ello obligados a preservar cierta estabilidad: querían ordeñar la vaca todavía por un tiempo, que tuviera terneros, antes de tener que llevarla al matadero. En ese sentido Schwerin von Krosigk insistía en lo que él mismo denominaba «optimización de la economía de guerra». Según decía, había que «evitar que los países de cuyo potencial nos queremos aprovechar, se hundan prematuramente».[6] Pero los dirigentes nacionalsocialistas, en clara contradicción con las dimensiones visionarias de su ideología, sólo pensaban en términos de su supervivencia política. Tomaban sus decisiones —costara lo que costara— con el fin

de superar los obstáculos previstos en las próximas semanas, o a lo más en los próximos meses.

Los apartados sobre los ufanos ladrones de Hitler y sobre la gran corrupción de los civiles alemanes en Ucrania ponen de manifiesto ese tipo de contradicciones entre las prioridades técnicas y la política cotidiana. El conflicto permanente en torno a los impuestos sobre los ingresos de las masas en Alemania forma parte del mismo contexto. En ambos casos triunfó el oportunismo político frente a las opiniones de los especialistas.

Pero con respecto a la pregunta planteada al principio (¿Cómo pudo conseguir semejante integración política interna el dominio nacionalsocialista?), la coalición establecida entre una pericia técnica de alto nivel y una política demagógica concentrada en el bienestar del pueblo se demostró siempre fructífera. Los altos responsables nazis distribuyeron sus favores entre los alemanes, cebándolos literalmente. En cuanto a los expertos en finanzas, hacían cuanto podían por atenuar las consecuencias negativas de esa generosidad. En la propia Alemania hacían pesar el grueso de los impuestos sobre los ricos, no porque estimaran justa esa medida, sino porque esa estrategia fiscal tenía la ventaja de ser viable. En los países ocupados propiciaron transacciones sin dinero en efectivo a fin de frenar el aumento de la masa monetaria e introdujeron nuevos impuestos. Por último, por razones técnicas, a fin de reducir las tendencias inflacionistas, apoyaron también el expolio de los judíos europeos.

Procesos de decisión parecidos o complementarios caracterizaron la política de racionamiento de los recursos alimentarios. En los países conquistados por Alemania, como Noruega, Grecia o incluso Holanda, faltaron repentinamente los víveres, tanto más cuanto que no era posible ningún su-

ministro procedente del extranjero. Para alimentar un ejército en guerra hay que aumentar notablemente el suministro de víveres, mucho más que para el mismo número de civiles. Ahora bien, de repente había que mantener a millones de trabajadores forzados mientras que los rendimientos disminuían en gran parte de Europa bajo el efecto de la guerra y pronto de la inflación.

Los expertos racionaron los recursos alimentarios y modificaron su reparto en Alemania. Decidieron además que no había por qué alimentar a ciertos sectores de la población. Las principales víctimas fueron los judíos, los prisioneros de guerra soviéticos y los pacientes de los establecimientos psiquiátricos, además de los habitantes de ciertas grandes ciudades cercadas. Fueron decisiones pragmáticas, condicionadas por las circunstancias políticas y militares.

Ese mecanismo general se puede ilustrar con un ejemplo con repercusiones bastante irrisorias. En 1940 los funcionarios del Ministerio de Alimentación, encargados de abastecer a los civiles con recursos alimentarios, quisieron prohibir en toda Alemania la posesión de animales de compañía —exceptuando aquéllos que como los gatos en una granja son absolutamente indispensables— a fin de economizar cereales y carne. Esa medida habría permitido obtener inmediatamente con qué alimentar a varios cientos de miles de personas, pero el proyecto fue rechazado por Hitler, que se negaba a imponer a los alemanes tales sacrificios afectivos. Pero la prohibición se llevó a efecto en el caso de los judíos, para quienes se promulgó la célebre orden que les impedía tener canarios, perros o gatos.

Los funcionarios del Ministerio de Alimentación interrumpieron el abastecimiento de leche para los niños judíos, introdujeron cartillas de racionamiento específicas —mucho

más desventajosas— para los judíos, y velaron, a la inversa, por beneficiar a los arios con raciones tan grandes como fuera posible. Vieron en el genocidio una posibilidad de aumentar los recursos alimenticios disponibles en Polonia. En 1942, con el fin de salvaguardar el bienestar de la población civil alemana y su moral de guerra, Herbert Backe, que ejercía como ministro de Alimentación de hecho, se negó a suministrar ciertos recursos suplementarios a los ejércitos alemanes en Rusia. Zanjó aquel conflicto de intereses entre el frente del Este y el de la patria en favor de los civiles alemanes, lo que tuvo como consecuencia inmediata el siguiente eslogan, repetido machaconamente por Göring a los comisarios de agricultura alemanes en los territorios soviéticos ocupados: «¡La guerra alimenta la guerra! Ese es ahora un principio fundamental».[7]

Backe y sus colaboradores actuaron sin ningún escrúpulo, haciendo en sus discursos y en sus escritos la apología del genocidio. No sabemos si Schwerin von Krosigk se pronunció en ese sentido, aunque ciertos datos hacen pensar lo contrario. En un sistema político moderno, organizado según el principio de la división del trabajo, un especialista brillante no tiene por qué preocuparse de ese tipo de cuestiones. Pero no cabe dudar de que el ministro de Finanzas veló personalmente y con un cuidado exquisito por hacer llegar a manos del Estado todo lo que dejaron tras de sí las personas asesinadas, hasta sus piezas dentales de oro y sus últimas camisas. A continuación hizo vender esos bienes, grandes o pequeños, incluso cuando no podían interesar más que al servicio de recogida de ropa vieja, y registró el producto de la venta en el presupuesto del Reich como ingresos administrativos generales.

Cualquiera que fuera la opinión de Schwerin von Krosigk sobre los judíos en general, incluía en sus cálculos la desapa-

rición definitiva de las personas expoliadas. Más aún: mucho antes de que se tomara la decisión de exterminar a los judíos europeos, Reinhardt y los principales responsables del Ministerio de Finanzas del Reich inventaron sin cesar nuevos procedimientos para desposeerlos, hasta convertirlos en miserables que no podían sino «convertirse en una carga para el Estado». Fueron los funcionarios de los ministerios de Finanzas y de Economía los que, al endurecer constantemente sus preceptos sobre las divisas y sus técnicas de expropiación, imposibilitaron la emigración de muchas personas. Prohibieron —contra la voluntad de las SS— que los judíos deportados al territorio del Gobierno General llevaran consigo importantes sumas de dinero en efectivo con el que instalarse al menos modestamente.

En determinados aspectos esenciales, los expertos contrarrestaron las debilidades propias del régimen nazi con soluciones improvisadas, pero que bastaron para mantener doce años de militarismo, destrucción y exterminio. Sus iniciativas contribuyeron al equilibrio siempre precario entre pueblo y dirección, incluso cuando se oponían abiertamente a la voluntad política, como en el caso del decreto sobre el «acarreo de paquetes». El nacionalsocialismo no sacó pues su fuerza sólo, ni siquiera principalmente, de lo que se ha dado en llamar «coordinación» (*Gleichshaltung*).

La imagen de un Estado hitleriano autoritario en todos sus aspectos es falsa. Dentro de los límites impuestos por la política y por la violencia, el sistema nacionalsocialista permitió divergencias notorias en las opiniones y las propuestas políticas y técnicas, lo que produjo tensiones, pero también «presencia de espíritu» en el sentido más literal de la expresión. Si los expertos no hubieran rectificado constantemente la puntería, los responsables políticos se habrían hundido en el caos de la inflación y el endeudamiento; pero si los diri-

gentes políticos no hubieran embridado a los expertos en finanzas y no hubieran reafirmado caso por caso la primacía de lo político, la lealtad de la mayoría se habría quebrantado rápidamente.

Sólo la interacción contradictoria entre esas dos fuerzas pudo mantener un equilibrio siempre precario. La pericia tendente a la autorrealización racional de los expertos, no cimentada políticamente, se combinó con una ideología populista y socialestatalista complaciente con los humildes. Fue la combinación reactiva de esos dos elementos, bastante poco peligrosos de por sí cada uno de ellos, de donde sacó el socialismo nacional su potencia destructiva.

VIVIR COMO EN EL CINE

En la propia Alemania el régimen nacionalsocialista compró su supervivencia con técnicas de política presupuestaria en un primer momento anodinas pero que pronto se convirtieron en criminales. Desde 1935 Hitler prohibió la publicación del presupuesto del Estado, precisamente porque su política funcionó siempre, y cada vez más a partir de 1936, sobre la base de la huida hacia adelante. De ahí brotaba la necesidad inmanente de la guerra y el expolio. La retórica constante del pueblo sin espacio, de las colonias y de la fama mundial, de la expansión hacia el Este, de los espacios económicos complementarios y de la «desjudaización» tenía siempre la misma finalidad: la perspectiva de una mejora sin esfuerzo y a corto plazo del bienestar común en Alemania.

En su propaganda, los dirigentes nacionalsocialistas pretendían que iban a establecer las bases para un Reich de mil

años; pero en el día a día no sabían cómo iban a pagar las facturas del siguiente. En enero de 1938, tras haber leído un informe del Ministerio de Finanzas, Goebbels constataba con desenvoltura: «Esto parece más grave de lo que yo había pensado. Pero las deudas no han causado nunca jamás la pérdida de ningún pueblo, mientras que la carencia de armas sí». Dos meses más tarde, anotaba a propósito del borrador de presupuesto del Reich: «Tenemos un déficit importante… pero también tenemos Austria».[8] En diciembre de 1939, la principal orientación estratégica de Hitler fue reproducida así por un testigo: «El Führer sabe que no disponemos de los medios para mantener una larga guerra … Hay que apostar todo a esa única carta».[9]

Pero después de cada una de las victorias rápidas y poco devastadoras de los primeros momentos, volvían a reaparecer los mismos problemas en términos financieros y de abastecimiento. Por grandes que fueran el botín de guerra y los territorios conquistados, los resultados siempre quedaban por debajo de las esperanzas. Por eso es por lo que el Estado nacionalsocialista no podía contentarse con mantener y consolidar internamente sus conquistas.[10 (•)] La política de los cheques sin fondos, de las obligaciones del Tesoro a corto plazo y de la «deuda flotante», o dicho de otro modo, de una política financiera que funcionaba según el procedimiento fraudulento de la «bola de nieve», hizo a los políticos nacionalsocialistas estructuralmente incapaces de buscar un acuerdo de paz. Tenían que seguir impulsando la expansión, ya que la mínima interrupción habría significado el fin inmediato de su régimen. No podían permitirse una pausa, ni siquiera en el caso de una victoria en 1940 que hubiera permitido integrar en el Reich todo el «suelo del pueblo alemán», desde Metz hasta tódz, incluidos todos los territorios fronterizos disputados, las minas de carbón y los graneros de

la Polonia occidental.

Tal victoria habría obligado a la nación alemana así unificada a responder por sí misma a las deudas acumuladas por la creación de empleo y el rearme, las obras públicas faraónicas y la expansión territorial. En una Gran Alemania completada como nación cultural, pero encerrada en sus fronteras, el expolio de los judíos, la venta de los «bienes enemigos», y finalmente el exterminio de cientos de miles de «bocas inútiles» habrían permitido quizá superar algunos obstáculos financieros, pero no saldar deudas tan exorbitantes. Durante el verano de 1940, tras la victoria triunfal sobre Francia, Carl Friedrich Goerdeler afirmaba que el Reich permanecía sometido, incluso en tales circunstancias, a la dura ley natural de la consolidación presupuestaria. Ahora bien, esa consolidación no se alcanzaría, pronosticaba, ya que los responsables alemanes —empezando por el demagogo Hitler— estaban decididos «a optar por la vía cómoda del autoengaño».[11]

Teniendo en cuenta esas circunstancias políticas, la guerra no sólo era la vía más cómoda, sino que era la única dirección en que podía encaminarse el gobierno alemán. Después de que Churchill hubiera bloqueado el proyecto de Reich colonial en África central, no quedaba otra opción que la agresión contra la Unión Soviética. Unos días antes del comienzo de aquella campaña de pillaje, Goebbels anotó, a propósito de la relación entre el pueblo, los crímenes y los dirigentes: «El Führer ha dicho que tenemos que vencer, sea justo o no. Es el único medio, y es justo, moral y necesario. Y cuando hayamos vencido, nadie nos pedirá cuentas. Hemos ido tan lejos que estamos obligados a vencer, ya que en caso contrario nuestro pueblo, y nosotros a su cabeza, desapareceríamos, con todo lo que nos es tan preciado. Así pues, ¡Adelante!»[12]. Desde el invierno de 1941-1942 los responsa-

bles políticos consiguieron dar a la mayoría de los *Volksgenossen* la sensación de que todos los puentes estaban cortados. Cualquiera que fuera su posición sobre tal o cual medida, juzgaban cada vez más imposible deshacer el camino andado. Esto explica que tantas personas prefirieran en 1944-1945 el naufragio voluntario activo a la capitulación.

En Alemania hubo, indudablemente, gran cantidad de escépticos. La mayoría de los que se dejaron arrastrar por el nacionalsocialismo lo hicieron sobre la base de puntos imprecisos del programa. Algunos siguieron al NSDAP porque la emprendía contra Francia, enemigo eterno de Alemania; otros, porque el joven Estado rompía decididamente con las ideas morales tradicionales. Algunos eclesiásticos católicos bendijeron las armas para la cruzada contra el bolchevismo pagano aunque se oponían a la confiscación de los bienes de la Iglesia y a los crímenes de la eutanasia; a la inversa, los *Volksgenossen* de sensibilidad socialista se entusiasmaron con las dimensiones anticlericales y antielitistas del socialismo nacional. Precisamente porque se apoyaba en afinidades parciales diversas, el seguimiento cargado de consecuencias de millones de alemanes, cada uno con sus propias motivaciones puntuales, pudo reformularse sin dificultad *a posteriori* como una «resistencia» desprovista de eficacia histórica.

El actor Wolf Goette, mencionado en el capítulo sobre los ufanos ladrones de Hitler, estaba tan alejado de la ideología nacionalsocialista como Heinrich Böll. Siempre encontró la política alemana «vomitiva», y experimentaba un «sentimiento de vergüenza espantoso» cuando se cruzaba con una persona que llevaba la «insignia amarilla». Sin embargo, a diferencia de Böll, en un primer momento consideró la película *Ich klage an* (Yo acuso), que hacía propaganda de la eutanasia, como un documento de «orientación limpia y conveniente», como una obra de arte estremecedora que «de-

mostraba con una calidad cinematográfica notable» la «necesidad» de la eutanasia «en algunos casos de enfermedades incurables». Más tarde surgieron algunas dudas «en el caso de que un Estado arbitrario reivindicara esa idea». Pero independientemente de su posición en cuanto a las diversas medidas políticas, Goette seguía valorando las posibilidades de consumo y para su carrera que le prometía la dictadura alemana en la «ciudad de ensueño» de Praga. Esas pequeñas ventajas individuales lo neutralizaban políticamente.[13]

Por otra parte, sólo el ritmo desenfrenado de la acción le permitía a Hitler mantener en equilibrio la mezcla siempre inestable de los intereses y las posiciones políticas más diversas. Ahí es donde residía la alquimia política de su régimen. Evitaba el derrumbe encadenando casi ininterrumpidamente decisiones y acontecimientos. Cuidaba al NSDAP como movimiento y sostenía a los viejos luchadores, los *Gauleiter* y los *Reichsleiter*, mucho más decididamente que los ministros. Su éxito organizativo se demostró en que, después de 1933, el partido único no se convirtiera en un simple apéndice del Estado, sino que a diferencia del Partido Socialista Unificado en la RDA, movilizara el aparato del Estado de un modo sin precedentes, permitiéndole actuar creativamente con el objetivo de la «exaltación nacional» y tensar las fuerzas del país hasta el extremo. Los alemanes sucumbieron mayoritariamente, en un primer momento al vértigo, luego a la embriaguez de la aceleración histórica, y finalmente —con Stalingrado, cuyo impacto se vio acentuado internamente por los bombardeos y el terror ahora manifiesto— a un estado de conmoción igualmente turbador. Los ataques aéreos suscitaron más indiferencia que miedo y provocaron cierto «desinterés fatalista»; los muertos caídos en el frente oriental reforzaron la tendencia a concentrarse en las preocupaciones cotidianas y en la espera de los próximos

signos de vida del hijo, del marido o del novio.[14]

Los alemanes vivieron los doce años entre 1933 y 1945 como un estado de urgencia permanente. En el torbellino de los acontecimientos perdieron toda noción de equilibrio y perspectiva. «Todo esto parece tan irreal como en el cine» observaba el tendero Vogel de Victor Klemperer en 1938, en plena crisis de los Sudetes.[15] Un año más tarde, nueve días después del comienzo de la campaña contra Polonia, Hermann Göring les aseguraba a los obreros de las fábricas Rheinmetall-Borsig de Berlín, que podían confiar en unos dirigentes «que, por decirlo así, corren llenos de energía».[16] En la primavera de 1941 Joseph Goebbels confirmaba esta idea en su diario: «Todo el día un ritmo loco»; «Ahora comienza de nuevo la vida frenética de la ofensiva», o bien, en la embriaguez antibritánica de la victoria: «Paso todo el día con un sentimiento de felicidad febril».[17]

Hitler mencionaba con frecuencia, en su círculo más restringido, la posibilidad de su muerte cercana, con el fin de mantener el vertiginoso ritmo necesario para el equilibrio político de su régimen. Se movía como un funámbulo aficionado en la cuerda floja que sólo logra conservar el equilibrio gracias a oscilaciones cada vez más amplias y más rápidas, y que termina inevitablemente por caer. Por eso el análisis de las decisiones políticas y militares de Hitler resulta más acertado cuando hace abstracción de la vocinglera propaganda sobre el futuro, y se concentra en sus motivaciones inmediatas y en los efectos buscados a corto plazo.

CONCIENCIA DE RAZA Y DE CLASE

Junto a la revisión radical del Tratado de Versalles evocada en la primera parte de este libro, la aceleración desconocida, despreocupada y juvenil en las decisiones e iniciativas políticas constituyó el segundo pilar decisivo para el éxito del NSDAP. La guerra potenció esas dos dimensiones, al redondear militarmente las revisiones territoriales y hacer creer por un tiempo que eran irreversibles. En 1941 algunos historiadores alemanes soñaban ya en la «recuperación del condado libre de Borgoña» y de las «Tierras Bajas», que «se habían separado antaño del Reich». También el ritmo adoptado en un principio se pudo, en menos de dos años de guerra relámpago, acelerar en cada ocasión; cada operación militar importante podía llegar más lejos: después de Varsovia, Narvik y Rotterdam; después de Francia, Creta, el Cáucaso y el norte de África.

El tercer aspecto importante para explicar el apoyo a Hitler fue la promesa de igualdad en el seno del pueblo. Muchos alemanes vieron en el socialismo de guerra introducido el 1 de septiembre de 1939 el esbozo creíble, en cierto modo en negativo, de un orden social más justo. La guerra aceleró la desaparición de las barreras entre las clases. Para los dirigentes nacionalsocialistas, había que garantizar que «en estos tiempos de escasez cada *Volksgenosse* reciba, independientemente de su posición y de sus ingresos, el mismo mínimo vital». Las únicas excepciones permitidas eran las de los trabajos particularmente pesados o necesidades específicas. A principios de 1940 un observador del partido socialdemócrata afirmaba: «La clase obrera aprecia que los "privilegiados" hayan dejado en la práctica de serlo».[18] El racionamiento hizo aumentar la simpatía hacia el régimen.[19]

Hitler proclamó una y otra vez lo que reivindicaba para su propia persona: el ascenso social del individuo capacitado, pese a la pobreza material y cultural en que podía haber na-

cido. Su credo era: «Hay que impedir que se pongan trabas al ascenso permanente». Promovía los «establecimientos de educación política nacional» y las «escuelas Adolf Hitler», que se suponía que debían compensar material y pedagógicamente los déficit sociales, «a fin de que hasta el niño más pobre pueda alcanzar las posiciones más elevadas si cuenta con la capacidad suficiente».[20] Gran número de cuadros de la futura República Federal se graduaron en esos establecimientos de enseñanza superior sin gastos de escolaridad, cosa rara en la época. Apoyándose en el ejemplo de la cocinera puesto por Lenin, he aquí cómo describía Hitler en 1938 «la nueva Alemania»: «En esta nueva Alemania, todo hijo de obrero o de campesino debe poder llegar, si ha recibido la gracia y la bendición de Dios y gracias a la ayuda de nuestra organización y a una selección consciente de la élite, hasta las cumbres más altas de la nación».[21] Cuando las pérdidas en el frente oriental incitaron en octubre de 1942 a los responsables de la Wehrmacht a abrir la carrera de oficial a todos los jóvenes, fueran cuales fueran sus diplomas, los alemanes reaccionaron «con entusiasmo», viendo en ello la «concreción de un punto esencial del programa del partido».[22] Según ese mismo programa, a partir de 1933 un «ario» no debía mantener relaciones con una «judía»; pero por primera vez en la historia alemana un oficial podía casarse con una joven proveniente de una familia obrera, con tal que ambos contrayentes fueran «aptos para el matrimonio» según las leyes eugenésicas.

Cuando el Tercer Reich fue por fin derrotado por los ejércitos aliados y se desmoronó, Fritz Reinhardt se permitió todavía el 16 de enero de 1945 una última evocación del porvenir que se desvanecía. El gobierno dedicaba entonces más de mil millones de RM a ayudas familiares y a la educación, declaró a su público (de hecho suponía una suma excepcional-

mente elevada para la época). «El próximo paso en el camino de la igualación de las cargas familiares», prosiguió, sería pronto, «tras el fin de la guerra, la supresión de los gastos de matrícula, de aprendizaje y de todo tipo de gastos escolares para todo tipo de escuelas y para todos los niños, incluidos los que acudan a escuelas profesionales y superiores». Eso permitiría establecer una «Gran Alemania fuerte, política, económica y financieramente sana, que sería el primer Estado social del planeta».[23 (•)]

La idea de promoción social de las masas, impulsada por métodos diversos, pero muy a menudo en detrimento de terceros, forma parte del fondo esencial de las ideas políticas del siglo XX, a las que no era ajeno el socialismo nacional del NSDAP. Se puede calificar de perversión su concepción racista de la idea igualitaria, pero por un lado el desprecio hacia las libertades individuales y la integridad personal ha acompañado a muy distintas formas de igualitarismo; por otro, el movimiento nacionalsocialista reivindicaba el convincente propósito —no sólo en Alemania— de asociar la homogeneización social y la nacional. Fue de esa constelación sociopolítica de donde extrajo su energía criminal el Estado hitleriano del pueblo.

Y fue precisamente porque los alemanes no querían ir por segunda vez a la guerra por puro patriotismo, y porque se mostraron escépticos en el otoño de 1939, por lo que los dirigentes nacionalsocialistas decidieron hacerlos partícipes inmediata y suntuosamente de los beneficios económicos derivados de las diversas campañas de pillaje. La combinación de las políticas social y racial, así como una atenuación de los conflictos sociales y políticos sin equivalente en la época, renovaron una y otra vez la confianza de las masas en sus dirigentes, y eso es lo que le permitió mantenerse tanto tiempo a aquella burbuja especulativa que fue el Tercer

Reich; fue así como se pudo destruir la felicidad y la vida de tantas personas.

Las múltiples formas de rapacidad pública y de enriquecimiento nacional descritas en este libro permitieron al menos mantener la calma en el seno del pueblo, con ayuda de una combinación de clemencia fiscal y de asistencia eficaz, junto al terror puntual en los márgenes de la sociedad. La máxima aspiración de la política demagógica de los dirigentes nacionalsocialistas consistía en mantener el buen ánimo de los alemanes, del que Goebbels acostumbraba a decir: «Es un factor de la guerra que en ciertos casos puede ser no sólo importante sino incluso decisivo».[24] Su estímulo material a expensas de otros constituyó el objetivo esencial —siempre entendido a corto plazo— de las decisiones políticas.

Visto así, los responsables nacionalsocialistas no hicieron de los alemanes ni fanáticos ni «señores» (*Herrenmenschen*) convencidos, sino más bien pequeños aprovechados y ventajistas. Muchos de ellos se tomaron por buscadores de oro, creyendo que en un futuro próximo el dinero sería tan fácil de obtener como las piedras. Del mismo modo que el Estado se transformó en una máquina de pillaje, los alemanes corrientes se dejaron corromper y sobornar y los soldados se convirtieron en navajeros prepotentes.[25 (•)]

Gentes sencillas se encontraban de repente en posesión de cosas de las que pocos años antes ignoraban incluso la existencia. Participaban en una lucha masiva supuestamente emprendida por el futuro de una Alemania en la que de las fuentes manarían leche y miel. No era de por sí un tema convincente, pero la propia guerra proporcionó un anticipo de la dulzura de esa vida futura y de los placeres que ofrecería siguiendo esta divisa: Viviremos mañana según lo que hayamos conquistado hoy. De ahí brotaba un asomo de mala

conciencia y la vaga sensación de que había que vencer o morir. A finales de 1943 el Servicio de Seguridad generalizó los comentarios de ciertos alemanes que, como muchos otros millones, seguían depositando regularmente su dinero en la caja de ahorros: «Si ganamos la guerra, podremos utilizar por fin bien el dinero … Si perdemos la guerra, poco importará que hayamos ahorrado o que hayamos adquirido mercancías y propiedades; todo estará perdido».[26]

En abril de 1945 el oficial británico Julius Posener regresó a su patria de origen, Alemania. Venía del bajo Rin hacia la Colonia destruida. Antes había estado en el frente italiano, «donde durante el crudo invierno de 1944-1945 los napolitanos habían muerto de hambre en las calles a cientos», y donde se veía a todo el mundo, «hasta en las capas más altas de la sociedad, andrajosos, pálidos y desesperados». En Francia los efectos de la guerra no habían sido tan devastadores. «¿Pero qué era eso en comparación con grupos enteros de jovencitas aseadas y vestidas de blanco» que, en Alemania, «paseaban por la tarde entre las ruinas de su ciudad?».

Posener, que era ingeniero en la vida civil, esperaba imágenes de destrucción; pero si la realidad superaba todo lo que había imaginado, se sentía sobre todo sorprendido por el aspecto de la gente: «En ellos no se reflejaba la destrucción. Tenían buen aspecto, buen color, estaban llenos de ánimo y muy bien vestidos. Un sistema económico sostenido hasta el final por millones de brazos extranjeros y el pillaje de todo el continente mostraba aquí sus resultados».[27]

Quienes se niegan a hablar de las ventajas disfrutadas por millones de alemanes corrientes no deberían atreverse a hablar del nacionalsocialismo ni del Holocausto.

Apéndices

TIPOS DE CAMBIO FIJADOS POR EL REICH ALEMÁN EN 1939-1945[1]

Albania	100 Francos albaneses	81,00	RM
Bélgica	100 Belgas (= 500 Francos belgas)	40,00	RM
desde 1943		25,00	RM
Bulgaria	100 Levas	3,10	RM
Croacia	100 Kunas	5,00	RM
Dinamarca	100 Coronas	52,30[2]	RM
Eslovaquia	100 Coronas	8,60	RM
Finlandia	100 Marcos finlandeses	5,10	RM
Francia	100 Francos	5,00	RM
Gobierno General (Polonia)	100 Zlotys	50,00	RM
Gran Bretaña	100 Libras	991,00	RM
Grecia	100 Dracmas	1,67	RM
	(*índice aumentado regularmente*)		
Hungría	100 Pengös	60,90	RM
Italia	100 Liras	13,20	RM
desde sept. de 1943:		10,00	RM
Luxemburgo	100 Francos	10,00[3]	RM
Noruega	100 Coronas	56,90[4]	RM
Países Bajos	100 Gulden (Florines holandeses)	132,70	RM
Protectorado de Bohemia y Mora-			

via	100 Coronas	10,00	RM
Rumania	100 Leis	1,67[5]	RM
Serbia	100 Dinares	5,00	RM
Suiza	100 Francos	58,00	RM
Ucrania	100 Karbowanez	10,00	RM
URSS	100 Rublos	47,20	RM
	(hasta el 22.6.1941)	10,00	RM
USA	100 Dólares	250,20	RM

COTIZACIÓN OFICIAL DEL ORO DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Oro 35 dólares por onza [31 gramos], esto es, 1.125,00 dólares = 4.869,80 francos suizos = 2.784,00 RM por 1 kg[6]

1 libra-oro 10 dólares = 25 RM (según otro tipo de cambio, 20 RM).

Lista de acrónimos y abreviaturas

AA (*Auswärtiges Amt*):
Ministerio de Asuntos Exteriores.

AAN (*Archiwum Akt Nowych*):
Archivo de Documentación Contemporánea, Varsovia.

AB (*Abschlussbericht*):
Informe final.

ABdF (*Archive de la Banque de France*):
Archivo del Banco de Francia, París.

ABP (*Abwehrstelle Briefpost*):
Servicio de contraespionaje, inspección de la correspondencia.

AG (*Aktiengesellschaft*):
Sociedad Anónima.

ASBI (*Archivio Storico Banca d'Italia*):
Archivo Histórico del Banco de Italia, Roma.

AWA (*Allgemeines Wehrmachtamt*):
Oficina general de la Wehrmacht.

AWI (*Arbeitswissenschaftliches Institut der DAF*):
Instituto de Ciencias Laborales del Frente Alemán del Trabajo.

BA (*Bundesarchiv*):

Archivo Federal, Berlín.

BA-MA (*Bundesarchiv-Militärarchiv*):

Archivo Federal-Archivo Militar, Friburgo.

BdDA (*Bank der Deutschen Arbeit*):

Banco Alemán del Trabajo.

BdF (*Banque de France*):

Banco de Francia, París.

Bdl (*Banca d'Italia*):

Banco de Italia, Roma.

DAF (*Deutsche Arbeitsfront*):

Frente Alemán del Trabajo.

DH (*Deutsches Heer*):

Ejército de tierra alemán.

DHM (*Deutsche Heeresmission*):

Misión del ejército de tierra alemán.

DSK (*Devisenschutzkommando*):

Servicio de control de divisas.

DW *Dienststelle Westen*):

Servicio del Oeste.

ET (*Eichmann Trial*):

Juicio a Eichmann.

FfW (*Forschungsstellefür Wehrwirtschaft*):

Departamento de Investigación de la Economía de Defensa.

GBW (*Generalbevollmäichtigter für die Kriegswirtschaft*):

Plenipotenciario general para la economía de guerra.

Gen. St. (*Generalstab*):

Estado Mayor.

Gestapo (*Geheime Staatspolizei*):

Policía secreta del Estado.

CG (*Generalgouvernement*):

Gobierno General (en Polonia):

GstA (*Geheimes Preußisches Staatsarchiv*):

Archivo secreto del Banco Estatal Prusiano, Berlín.

HadDB (*Historisches Archiv der Deutschen Bundesbank*):

Archivo histórico del Banco Federal, Francfort.

HaPol (*Handelspolitische Abteilung des Auswärtigen Amt*):

Dirección de política comercial del Ministerio de Asuntos Exteriores.

IfZ (*Institut für Zeitgeschichte*):

Instituto de Historia Contemporánea, Munich.

IMG (*Internationaler Militärgerichtshof*):

Tribunal Militar Internacional, Nuremberg.

KVR (*Kriegsverwaltungsrat*):

Consejero de la Administración de Guerra.

KWVO (*Kriegswirtschaftsverordnung*):

Ordenanza sobre la economía de guerra.

M-Aktion (*Möbelaktion*):

Operación de requisa de muebles.

MBiF (*Militärbefehlshaber in Frankreich*):

Autoridad militar en Francia.

MBB/NF (*Militärbefehlshaberfür Belgien und Nordfrankreich*):

Autoridad militar en Bélgica y el norte de Francia.

MOL (*Magyar Országos Levéltár*):

Archivo Nacional húngaro, Budapest.

MVB/NF (*Militärverwaltung Belgien und Nordfrankreich*):

Administración militar en Bélgica y el norte de Francia.

MVOR (*Militärverwaltungsoberrrat*):

Alto consejero de la administración militar.

NA (*National Archives*):

Archivo Nacional estadounidense, Washington D. C.

NSB (*Nationaal-Socialistische Bewegirtg*):

Movimiento nacionalsocialista holandés.

NSDAP (*Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*):

Partido Obrero Nacionalsocialista.

OFP (*Oberfinanzpräsident*):

Director regional de Hacienda.

OKH (*Oberkommando des Heeres*):

Alto mando del ejército de tierra.

OKM (*Oberkommando der Kriegsmarine*):

Alto mando de la Marina de guerra.

OKW (*Oberkommando der Wehrmacht*):

Alto mando de la Wehrmacht.

PA AA (*Politisches Archiv des Auswärtigem Amts*):

Archivo político del Ministerio de Asuntos Exteriores.

PK (*Parteikanzlei*):

Cancillería del NSDAP.

RAM (*Reichsarbeitsministerium*):

Ministerio del Trabajo del Reich.

RB (*Deutsche Reichsbank*):

Banco del Reich alemán.

RFM (*Reichsfinanzministerium*, *Reichsminister der Finanzen*):

Ministerio (o ministro) de Finanzas del Reich.

RFSS (*Reichsführer SS*):

Jefe nacional de las SS (Heinrich Himmler):

RGBl (*Reichsgesetzblatt*):

Boletín Oficial del Reich.

RH (*Rechnungshof des Deutschen Reichs*):

Tribunal de Cuentas del Reich.

RHK (*Reichshauptkasse*):

Caja central del Reich.

RKG (*Reichskredit Gesellschaft AG*):

Sociedad de Crédito del Reich, S. A.

RKK (*Reichskreditkasse*):

Caja de crédito del Reich.

RKU (*Reichskommissariat Ukraine*):

Comisariado del Reich para Ucrania.

RM (*Reichsmark*):

Marco del Reich, moneda de curso legal en Alemania de 1924 a 1948.

RMEL (*Reichsministeriurn für Ernährung und Landwirtschaft*):

Ministerio de Alimentación y Agricultura del Reich.

RMfdbO (*Reichsministerium für die besetzten Ostgebiete*):

Ministerio para los Territorios ocupados del Este.

RMI (*Reichsministerium des Inneren*):

Ministerio del Interior.

Roges (*Rohstoff-Handelsgesellschaft mbH*):

Sociedad Mercantil de Materias Primas S. L.

RstBl (*Reichssteuerblatt*):

Boletín de impuestos del Reich.

RVM (*Reichsverkehrsministerium*):

Ministerio de Transportes del Reich.

RVR (*Reichsverteidigungsrat*):

Consejo de Defensa del Reich.

RWM (*Reichswirtschaftsministerium*):

Ministerio de Economía del Reich.

SA (*Sturmabteilung*):

Sección de Asalto del NSDAP.

SAdK (*Stiftung Archiv der Akademie der Künste*):

Archivo de Donaciones de la Academia de Artes, Berlin.

SAEF (*Service des archives économiques et financiéres*):

Servicio de archivos económicos y financieros, Savigny.

SCAP (*Service du Contróle des Administrateurs Provisoires*):

Servicio de control de la administración fiduciaria.

SD (*Sicherheitsdienst der SS*):

Servicio de Seguridad de las SS.

Sipo (*Sicherheitspolizei*):

Policía de seguridad.

SKL (*Seekriegsleitung*):

Dirección de la guerra naval.

SS (*Schutzstafel*):

Escuadra de protección del NSDAP.

SS-HA (*SS-Hauptamt*):

Oficina central de las SS.

TDT (*Treuverkehr Deutsche Treuhand AG*):

Sociedad de Administración Fiduciaria (empresa fantasma para el blanqueo de dinero).

URO (*UnitedRestitution Organization*):

Organización de asistencia jurídica para los supervivientes del Holocausto.

VJP (*Vierjahresplan*):

Plan cuatrienal dirigido por Göring.

VOBlF (*Verordnungsblatt des Militärbefehlshabers in Frankreich*):

Boletín de ordenanzas de la autoridad militar en Francia.

WiStb (*Wehrwirtschaftsstab*):

Dirección económica de la defensa.

WVA (*Wehrmachtverwaltungsamt*):

Dirección administración de la Wehrmacht.

WVHA (*Wirtschafts-Verwaltungshauptamt*):

Dirección central de administración económica.

ZFS (*Zollfahndungsstelle*):

Oficina de investigación aduanera.



GÖTZ ALY HAYDAR (Heidelberg, Baden-Württemberg, Alemania, 1947) es un periodista e historiador alemán, conocido por sus estudios sobre el auge del nazismo y el Holocausto, con especial atención a la Historia Social. Después de asistir a la Escuela Alemana de Periodistas, estudió Historia y Ciencias Políticas en Berlín. Como periodista, trabajó en el periódico Berliner Zeitung y en el FAZ.

A lo largo de su carrera Aly ha publicado numerosos ensayos académicos y en la actualidad es profesor invitado en el Fritz Bauer Institut de Frankfurt am Main. Investiga la historia del Holocausto y la participación de las élites sociales nazis en las políticas de destrucción.

Ha recibido el prestigioso premio literario Heinrich-Mann y el premio Marion-Samuel, concedido a autores que con sus escritos contribuyen a luchar contra el olvido y la relativización de los crímenes nazis.

En español ha publicado: *La utopía nazi* (*Hitlers Volksstaat*, 2005), *¿Por qué los alemanes? ¿Por qué los judíos?* (*Warum die Deutschen?, Warum die Juden?*, 2011) y *Los que*

sobraban (*Die Belasteten. Euthanasie 1939-1945*, 2013).

Notas del traductor

[*] La parte de Polonia anexionada directamente al Reich, de unos 44.000 km^2 de extensión y 4.700.000 habitantes en 1940, de los que alrededor del 20 por 100 eran de lengua alemana. El objetivo nacionalsocialista era su germanización total, para lo que se cerraron las escuelas polacas, se rebautizaron los pueblos y ciudades —Łódź, por ejemplo, se convirtió en Litzmannstadt, por el general que había tratado de conquistarla durante la primera guerra mundial— y se trasladaron allí alemanes del Báltico y de otras zonas, expulsando a los polacos al territorio del Gobierno General o trasladándolos a Alemania como trabajadores forzados; se estima que ése fue el destino de un millón y medio de habitantes de la región. *(N. del t.)* <<

[*] Alusión a *La Città del Sole* de Tommaso Campanella, título traducido al alemán como «Der Sonnenstaat», en lugar de «Die Sonnenstadt». *(N. del t.)* <<

[*] Ese término, con el que los nazis adaptaron a su ideología el *Genosse* (compañero, camarada) utilizado desde finales del siglo XIX en el movimiento socialista, se ha traducido a veces como «camarada de raza» y designaba a todos los miembros del pueblo alemán (*Volk*), entendido como comunidad racial. *(N. del t.)* <<

[*] *Deutsche Sonderweg*: concepto referido a la «vía especial» seguida por Alemania durante el siglo XIX en su modernización e industrialización. *(N. del t.)* <<

[*] La participación fue del 97,88 por 100, y los votos a favor de la unión con Alemania alcanzaron el 90,73 por 100; véase, p. ej.:

http://www.gonschior.de/weimar/Saargebiet/VA.html. *(N. del t.)* <<

[*] [Los alemanes] no nos quitaron nada por la fuerza bruta; nos lo compraron todo correctamente, pero nos lo pagaron con el dinero que nos habían quitado. *(N. del t.)* <<

[*] Así los países ocupados no sólo financian las exportaciones a Alemania, sino que también pagan a sus ciudadanos que trabajan en Alemania. *(N. del t.)* <<

[*] A fin de satisfacer las diversas exigencias alemanas, la dirección judía se vio obligada a hipotecar sus propiedades inmobiliarias y a utilizar las propiedades de los judíos ricos como garantía de créditos bancarios. Así pues, el terror organizado contra los judíos tuvo un importante aspecto financiero. *(N. del t.)* <<

Notas Capítulo I. El sueño del Reich del pueblo

[1] Discurso de Hitler ante los obreros de la Rheinmetall-Borsig-Werke en Berlín, 10.12.1940, *Völkischer Beobachter*, 11.10.1940; Hitler, discurso del 10.12.1940, p. 361; Boelke (ed.), *Krieg*, p. 122; *Goebbels-Tgb.*, 1/9, p. 45. <<

[2] *Goebbels-Tgb.*, II/8, p. 131 (19.4.1943). <<

[3] Libro de invitados de la Cabaña-A1 (Sur de la Selva Negra), notas de Ernst Aly (n. 1912) y Hermann Aly (n. 1910). <<

[4] Bongs, *Harte herrliche Straße nach Westen*, p. 7. <<

[5] Ilse Prüßmann, HfL Hamburgo, Informe sobre la movilización de profesores en el verano de 1940, BA R 49/An. 1/20, ff. 8-10. <<

[6] Hachmeister, *Schleyer*, pp. 86. <<

[7] Schuster a Hellmut Becker, 28.1.1942 y 23.3.1943, fondo Becker, sección privada, Nicolas Becker, Berlín; sobre la tesis doctoral de Schuster, *vid.* Aly, *Rasse und Klasse*, p. 14. <<

[8] Aly, *Macht*, p. 149; comunicación verbal de Harald Hansen (Riederau), agosto de 1983. <<

[9] *Goebbels-Tgb.*, 1/9, pp. 356,383 (6 y 17.6.1941). <<

[10] Aly, *Rasse und Klasse*, pp. 141-151. <<

[11] Hillers, Esbozo de mi vida [1935], BA R 55/20176. <<

[12] Sobre el rápido cambio de actitud de los intelectuales socialistas, *vid.* Bisky, «Wenn Jungen ...»; Zuckmayer,

Geheimreport. <<

[13] Woitkowski, «Graf Schwerin von Krosigk». <<

[14] Reinhardt a Schwerin von Krosigk desde Bad Mergentheim, 18.6.1940, NAT 178/15, toma 041. <<

[15] Hitler a los mandos de la Wehrmacht, 23.11. 1939, PS-789 (NA Rg 238/ caja XI/F. 33). <<

[16] Sobre Belgrado, véase la nota 13 en la p. 405; sobre el control de los campos de Westerbork y Vught por el Tribunal de Cuentas, BA R 2/30666. <<

[17] Aly/Heim, *Vordenker*, pp. 300-330, 383, *passim.* <<

[18] Grimm, *Wörterbuch*, vol. 1, p. LUI. <<

[19] Frente Alemán del Trabajo (DFA)/NS-Gemeinschaft «Kraft durch Freude», Gau Berlin, *Dein Urlaub 1938*, Berlin [1938]; Hitler, discurso del 10.12.1940, p. 343. <<

[20] DAF/AWI, ¿Financiación de la guerra mediante las pensiones de vejez? (nov. 1939), NAT 178/15, tomas 650-673; aquí, 668. <<

[21] Hansen, «Nationalsozialistische Rechtsgestaltung», *Deutsche Gerichtsvollzieher-Zeitung* 55 (1935), pp. 262-265. <<

[22] «Gedanken zur Neugestaltung», *Deutsche Gerichtsvollzieher-Zeitung* 54 (1934), pp. 147-153. <<

[23] Ranetsberger, «Der Gerichtsvollzieher im Dritten Reich», *Deutsche Gerichtsvollzieher-Zeitung* 54 (1934), pp. 115-117. <<

[24] «Der "Fall Koppen" und seine Lehren», *Deutsche Gerichtsvollzieher-Zei-tungSA* (1934),pp. 341-343. <<

[25] Clausen: «Deutsches Vollstreckungswesen im Dritten Reich», *Deutsche Gerichtsvollzieher-Zeitung* 54 (1934), pp. 360-362; Kundrus, *Kriegerfrauen*, pp. 316 y ss. <<

[26] Ziehe, R.: «Das neue Zwangsvollstreckungsrecht seit

Kriegsbeginn», *Deutsche Gerichtsvollzieher-Zeitung* 60 (1940), pp. 33-35. <<

[27] Bissinger (ed.), *Das musst du wissen!*, p. 26; *Deutsche Gerichtsvollzieher-Zeitung* 60 (1940), pp. 173-174; Sebode, «Einheitliche Regelung», *Deutsche Gerichtsvollzieher-Zeitung*, 1940, pp. 185-192. <<

[28] RFM, Recopilación de ideas para el tratamiento tributario de los no-arios, 21.8.1935, BA R 2/56009, H. 1, ff. 2-39, *passim*. <<

[29] RFM (Zülow, Kühne), 25.4.1938, Friedenberger *et al.* (eds.), *Reichsfinanzverwaltung*, pp. 53-54. <<

[30] *Goebbels-Tgb.*, II/9, p. 267 (10.8.1943); 11/11, p. 581 (30.3.1944). <<

[31] RFM (Ludwig), 18.3.1939, BA R 2/9398, £ 308. <<

[32] Woitkowski, «Graf Schwerin von Krosigk». <<

[33] RAM (Zschimmer) a la cancillería del Partido, 11.9.1941, BA R 2/31093, ff. 60 y ss. <<

[34] Schöpf, «Fritz Reinhardt»; Schönknecht, «Ausbildung». <<

[35] *Goebbels-Tgb.*, II/3, p. 371 (15.2.1942). <<

[36] Hamann, *Hitlers Wien*, pp. 160-168; «Sturm des Jubels und der Freude. Die alte Kaiserstadt huldigt dem Gründer des neuen Reiches», *Völkischer Beobachter*, 2.4.1938; Zitelmann, *Hitler*, p. 80. <<

[37] Hitler, *Mein Kampf* p. 712. <<

[38] Hitler a los mandos de la Wehrmacht, 23.11. 1939, PS-789. <<

[39] Aly, «Das Posener Tagebuch», p. 28. <<

[40] Para 1937-1938: Abelshauser, «Kriegswirtschaft», p. 526. <<

[41] Wolfgang Aly: *Das Leben eines deutschen Professors 1881-19?? [1962], Erinnerungen und Erfahrungen* (manuscrito, Friburgo, 1961). <<

[42] Nota de Koppen, 18.9.1941, BA R 6/34a. <<

[43] Aly/Heim, *Vordenker*, pp. 398-401. <<

[44] Uno de esos niños fue luego mi director de tesis, Wolf-Dieter Narr; Böll, *Briefe*, p. 972. <<

[45] Haupt al Instituto para el Trabajo Alemán en el Este [Coblitz], 27.6.1944, Mau, Exposición «Nuevas tierras en el Este», 13.1.1944, National Anthropological Archives, Smithsonian Institution, Washington, DC, Institut für Deutsche Ostarbeit, *Box* 1 (Agradezco la indicación a Margit Berner). <<

[46] Rosle, «Die Geburtsund Sterblichkeitsverhältnisse», p. 28. <<

[47] Benning, «Expansión y contracción de la masa monetaria» (manuscrito, 25.3.1943), p. 32, BA R 8136/3810; Bayrhoffer, «Die alte und die neue Reichsbank», p. 99; Hirschfeld *et al.* (eds.), *Enzyklopädie Erster Weltkrieg*, pp. 579 y ss. <<

[48] Krüger, *Lösung*, pp. 30 y ss. <<

[49] RFM (Hedding) a Reinhardt, 16.6.1937, BA R 2/31097 (el 4.12.1939 se archivó el proyecto con la mención «sin objeto tras el impuesto sobre los bienes judíos»), <<

[50] «Kampf dem Weltjudentum», *Deutscher Wochendienst*, 21.5.1943. <<

[51] Banken, «Die deutsche Goldreserven», p. 51. <<

[52] RKG, «La inflación alemana» (manuscrito, 28.7.1937), BA R 8136/3803; Bayrhoffer, «Die alte und die neue Reichsbank», p. 99; Hoffmann, «Probleme», p. 574; Bark, *Kriegsfinanzierung*, pp. 74 y ss. <<

[53] Lütge, «Kriegsfinanzierung», p. 248; Terhalle, «Geschi-

chte», p. 282. <<

[54] Epmeier, *Kriegspotential*, p. 49; Jecht, *Kriegsfinanzen*, p. 59. <<

[55] . Bark, *Kriegsfinanzierung*, pp. 37-38. <<

Notas Capítulo 2. Lecturas recomendadas

[1] *Goebbels-Tgb.*, II/l, p. 475 (23.9.1941). <<

[2] Bundesarchiv, *Der Verbleib der Unterlagen.* <<

[3] Comentados por Eggenkämper *et al.*, «Der Bestand Reichswirtschaftsministerium». <<

[4] Steinberg, *Die Deutsche Bank*, p. 16. <<

[5] Boberach (ed.), *Meldungen*, p. 4331. <<

Notas Capítulo 3. La dictadura de los favores mutuos

[1] RKG, departamento de economía, «La economía alemana en el primer trimestre de 1937», BA R 8136/3802, f. 15. <<

[2] Benning (RKG), «La situación de las finanzas públicas», pp. 16-17 (manuscrito, 2.4.1936), BA R 8136/3804; RKG, «La situación económica de Alemania» (manuscrito, julio de 1939), p. 23, *ibid.*: DAF/AWI, «La situación de la política salarial» (oct. 1939), en Masón (ed.), *Arbeiterklasse*, p. 1266. <<

[3] Estadísticas financieras y económicas, situación el 31.5.1944 (¡Sólo para uso interno!) [Berlín], BA R 2/24250, p. 23; en general, *vid.* Christoph Buchheim, «Der Keim des Zusammenbruchs», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 8.2.2003. <<

[4] Aly, «Das Posener Tagebuch», pp. 24-25. <<

[5] Schöllgen, *Brandt*, p. 54. <<

[6] Prion, *Finanzwunder, passim.* <<

[7] *Bankarchiv*, 1939; *Europäische Revue*, 1940; Schmölders se incorporó en 1933 al NSDAP, y perteneció a las SS, como responsable de formación, de 1933 a 1937; BA PK/965, tomas 1628 y ss. <<

[8] Benning (RKG), «La situación de las finanzas públicas», 2.4.1936, pp. 4, 10 y 13-14, BAR 8136/3804. <<

[9] Reinhardt, *Geld*, p. 27; Stucken, *Geldund Kreditpolitik*, p. 149; RGBl 1/1936, p. 701 y 1/1938, p. 952. El aumento del impuesto de sociedades en 1938 no debía aplicarse en principio hasta 1940; Voß, *Steuern*, p. 106; Blümich, *Einkommensteuergesetz*, p. XVI. <<

[10] Hohrmann/Lenski, *Körper schaftssteuer*, p. 19. <<

[11] Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. 2, p. 193. <<

[12] Reinhardt, «Gemeinschaftsbedarf», p. 987. <<

[13] Reinhardt, *Steuergesetze*, pp. 92-93. <<

[14] Reinhardt ofrecía esa misma estimación de la deuda en 1942; *Goebbels-Tgb.*, II/3, pp. 370-371 (25.2.1942); a menudo se encuentra uno con la afirmación, muy exagerada, de que antes del comienzo de la guerra se habían gastado sesenta millardos de RM en armamento, Benning (RKG), «El endeudamiento del Reich» (manuscrito, 24.10.1940), BA R 8136/3795, f. 4; sobre los costes del rearme, *vid.* Oertel, «Kriegsfinanzierung», p. 685; Abelshauser, «Kriegswirtschaft», pp. 515-516. <<

[15] *Goebbels-Tgb.*, 1/5, p. 69 (24.12.1937) y 1/6, p. 273 (2.3.1939). <<

[16] RB (directorio), 7.1.1939, Hansmeyer/Caesar, «Kriegswirtschaft», pp. 380 y ss. <<

[17] RFM, 7.7.1939, NG-4062; Goerdeler, reflexión del 10.9.1938, en Goerdeler, *Schriften*, p. 755. <<

[18] *Ibid.*, pp. 773,784-785. <<

[19] VJP, Reinhardt a Backe, Riecke, Schlotterer, Meyer y Hanneken [1942], BA R 2/30675 (subrayado en el original). <<

[20] Goerdeler, *Schriften*, p. 789. <<

[21] Acta de nombramiento (Frick, Göring), 19.3.1938; Göring a Keppler, 19.3.1938, NG-2503. <<

[22] Para más detalles, *vid.* Stucken, *Geldund Kreditpolitik*, pp. 149 y ss. <<

[23] RFM (Schwerin von Krosigk), «Directivas para la financiación del armamento en el futuro», 10.3.1938, NG-5553. <<

[24] Krüger, *Lösung*, p. 211. <<

[25] RWM al Auswärtiges Amt [Ministerio de Asuntos Exteriores], 21.11.1938, PA AA Inland IIA/B 26; Leeuw, «Der Griff des Reiches», p. 221; Krüger, *Lösung*, p. 70. <<

[26] Ordenanza sobre la declaración de bienes de los judíos, 26.4.1938, *Reichsgesetzblatt* I p. 414; ordenanza complementaria de la ordenanza sobre la declaración de bienes de los judíos, 26.4.1938, *Reichsgesetzblatt* I p. 415. La ordenanza del Protector del Reich en Bohemia y Moravia sobre los bienes judíos reproducía la legislación adoptada en 1938 en la Gran Alemania, *Verordnungsblatt des Reichsprotektors in Böhmen und Mähren*, 21.6.1939, p. 45; en casi todos los países y territorios ocupados se promulgaron ordenanzas parecidas. <<

[27] Decreto del RWM, 14.5.1938. <<

[28] Leeuw, «Der Griff des Reiches», pp. 216-217. <<

[29] RMI (Frick), 14.6.1938, NG-3937; RWM (Brinkmann), 27.12.1938, BA R 2/3847, f. 188. <<

[30] Schwerin von Krosigk a Hitler, 1.9.1938, IMG, vol. 36, pp. 492 y ss. <<

[31] Discusión sobre la cuestión judía (presidida por Göring), 12.11.1938, IMG, vol. 28, p. 501; «Besprechung im RMI, 16.12.1938, zur Judenfrage», en Heim/Aly (eds.), *Bevölkerungsstruktur*, pp. 15-21. <<

[32] AA (Schumburg), 25.1.1939, PS-3358. <<

[33] Heim/Aly, «Ordnung», pp. 392, 398; Heim/Aly (eds.), *Bevölkerungsstruktur*, pp. 15-21. <<

[34] Decreto de Göring, 10.12.1938; Leeuw, «Der Griff des Reiches», p. 219. <<

[35] Discusión sobre la cuestión judía (presidida por Göring), 12.11.1938, IMG, vol. 28, p. 539. <<

[36] RWM (III Jd. 29/38), 25.7.1938, PA AA Inland II A/B 26. <<

[37] Documento personal de Richard Buzzi, BA-DH ZA ZE 6175. <<

[38] RFM, Circular (Schwerin von Krosigk), 5.7,1.9, 8.12.1938; Directorio del RB al RFM (Bayrhoffer), 29.12.1938, BA R 2/3847, ff. 139 y ss., 180-181,190 y ss. <<

[39] RWM, Estadísticas e informe anexo [finales de 1938], BA R 7/4740, ff. 36 y ss. <<

[40] AA (Woermann), 18.11.1938, sobre el discurso de Göring de la víspera, IMG, vol. 32, pp. 411 y ss. <<

[41] Ordenanza sobre el pago de expiación de los judíos alemanes, 12.11.1938, *Reichsgesetzblatt* \ p. 1579; decreto de aplicación, 1.11.1938, *ibid.*, pp. 1638-1640. <<

[42] Friedenberger *et al.* (eds.), *Reichsfinanzverwaltung*, p. 30. <<

[43] Asesor ministerial W. Donandt, Berlín, «RFM: Die Judenvermögensabgabe», 28.1.1939, *ibid.*, pp. 67-68. <<

[44] Gestapo de Bielefeld a Gestapo de Berlín, 26.11.1938, Stöber, *Nation*, p. 209. <<

[45] Schwerin von Krosigk, *Staatsbankrott*, p. 279. <<

[46] *Reichsgesetzblatt* I 1939, p. 2059; Friedenberger *et al.* (eds.), *Reichsfinanzverwaltung*, p. 21; «Examen en los archivos del Ministerio federal de Finanzas de las medidas tomadas contra la población judía en los terrenos económico y financiero, a petición del Sr. Kagan» (Siegert), 14.8.1951, BA R 2/anexo/52, ff. 9-11. <<

[47] *Ibid.* <<

[48] Todas las citas sobre la colaboración de los bancos privados con el gobierno del Reich en la política antijudía provienen del documento de la Reichskredit Gesellschaft, BA R 8136/3692 (21 folios). <<

[49] Ordenanza, 3.12.1938, *Reichsgesetzblatt* I, p. 1710, §§ 11, 12; Schwerin von Krosigk a las oficinas de Hacienda del Reich, 10.12.1938, NG-4902. <<

[50] Circular del Deutsche Bank a sus filiales, 13.12.1938, BA R8119/10563, ff. 99,180. <<

[51] RFM, 13.12.1941, NG-5067; RFM, 1.9.1942, NG-5040; RFM, 14.9.1942, NG-5000; Krüger, *Lösung*, pp. 371 y ss.; incluso para 1944 existen cuentas detalladas del Preußische Staatsbank sobre la «aceptación de valores mobiliarios como pago del impuesto sobre el patrimonio de los judíos», BA R 2/31802, para 1938-1939; 14695, 14696, 14697 (formularios, notas, circulares sobre el procedimiento, etc.), 14698; para 1940: 14700; para 1941: 14710, 14711; para 1942: 31801; mezclados en fechas y contenido: 14701, 14702, 14699. *Vid.* el artículo bien informado «Ein "circulus"» del *Berliner Börsen-Zeitung*, 9.2.1939. <<

[52] Preußische Staatsbank al RFM (Bußmann), 6.3.1942, BA R 2/31800, f. 99; R 2/31800. <<

[53] RB, Descuentos de los valores mobiliarios, 272.1941, 10.4.1942, NA AJ 40/125B. <<

[54] Declaración de Bayrhoffer, 5.2.1948, NID-14444. <<

[55] GBW (Wohlthat), «Movilización económica», diciembre de 1937, NA Rg 238/caja XI/F32. <<

[56] RAM (Rettig) al RB, 29.8.1936, Mason (ed), *Arbeiterklasse*, pp. 986 y ss. <<

[57] GBW (Posse, Reinhardt, Kretzschmann, Michel, Tisch-

bein, Neumann, Kadgien *et al)*, «Finanzas de guerra», 30.5. 1939, PS-3562. <<

[58] Boelcke, «Kriegsfinanzierung», p. 37. <<

[59] Sobre esa ambigüedad, véase la sentencia del Tribunal del Reich, 22.9.1941 (5 D 355/41), *Deutsches Recht*, 1941, pp. 2441; ordenanza complementaria a la KWVO, 25.3.1942, *Reichsgesetzblatt* I p. 147. <<

[60] *Reichsgesetzblatt*, 1939/1, pp. 1609 y ss.; Recker, *Sozialpolitik*, pp. 43-44, con una referencia a Masón (ed.), *Arbeiterklasse*. Sobre el límite exento de impuestos, en la literatura se encuentran distintos datos. Recker habla de 2.500 RM, otros autores de 3.000 RM. Esas diferencias se explican por los impuestos extremadamente bajos para los ingresos mensuales entre 220 y 245 RM y la exención de determinados suplementos; Oermann/Meuschel, *Kriegssteuern*, Tabla de impuestos, p. 146. <<

[61] Fundamentación de la ordenanza sobre el recargo de guerra [1943], NAT 178/15, toma 098. <<

[62] Departamento de economía del RKG, «Problemas de la financiación de guerra» (manuscrito, 3.10.1939, p. 13), BA R 8136/3809. En 1936 el 90 por 100 de los perceptores de rentas ganaban menos de 3.000 RM al año; Donner, «Grenzen», p. 205. <<

[63] RVR, Comité de trabajo, 26.6.1935, NA RG 238/caja XI/F28; Boelcke, *Kosten*, p. 99. <<

[64] Bayrhoffer, «Reichsbank», p. 100. <<

[65] Jessen, *Kriegswirtschaftsverordnung*, p. 26. <<

[66] Bark, *Kriegsfinanzierung*, p. 55; Hitler, discurso del 10.12.1940, pp. 348-349. <<

[67] Recker, *Sozialpolitik*, pp. 34-35. <<

[68] RFM, departamento del presupuesto, 8.12.1943, BA

R 2/56205, f. 1. <<

[69] Grosa, *Zielsetzungen*, p. 38; Recker, *Sozialpolitik*, p. 34. <<

[70] Ordenanza sobre la orientación del poder de compra, *Reichsgesetzblatt* I 1941, p. 664. Según Grossa, fueron menos consideraciones presupuestarias que de regulación las que determinaron la segunda oleada de aumentos, al hacerse «necesario frenar la demanda excesiva de esos productos de lujo» (p. 40). <<

[71] Oermann/Meuschel, *Kriegssteuern*, pp. 101,123 y ss. <<

[72] *Reichsgesetzblatt*, 1/1939, p. 2254; discusión de servicio, 10.11.1939, Masón (ed.), *Arbeiterklasse*, pp. 1183 y ss. <<

[73] *Reichsgesetzblatt*, 1/1939, pp. 2403, ordenanza, 12.12.1939, entrada en vigor el 1.1.1940. <<

[74] Recker, *Sozialpolitik*, pp. 51 y ss. <<

[75] Schwerin von Krosigk, *Staatsbankrott*, p. 299; cita original, NAT 178/15, toma 898. <<

[76] *Goebbels-Tgb.*, 1/7, p. 351 (15.3.1940). <<

[77] Todas las citas son de Recker, *Sozialpolitik*, pp. 53-56. <<

[78] Bissinger (ed.), *Das musst du wissen!*, p. 22; RFM, Schwerin von Krosigk a RB (Lammers), 28.6.1943, BA R 2/32096; sobre el límite exento para la remuneración de las horas extraordinarias y sobre la degradación relativa para parte de los obreros en los últimos meses de guerra, *vid.* Recker, *Sozialpolitik*, pp. 275-276. <<

[79] Reinhardt a Schwerin von Krosigk, 18.6.1940, NAT 178/15, tomas 041-044. <<

[80] Benning, «Expansión y contracción de la masa monetaria» (manuscrito, 25.3.1943), BA R 8136/3810. <<

[81] Oficina tributaria de Grevenbroich, director («medalla de oro del Partido y del Consejo de Estado»), al director general de Hacienda de Düsseldorf, 1.12.1939, BAR 2/56917. <<

[82] Dirección del Gau de Magdeburg-Anhalt a la cancillería del Partido, 15.8.1941, BA R 2/31093, ff. 103. <<

[83] Conferencia de prensa sobre la economía, comunicación secreta, 29.7.1941, BA R 8136/3990. La ley del 24.7.1941 (*Reichsgesetzblatt* I pp. 443-444) fue precedida por la Ley sobre la mejora de la pensión de jubilación del 21.12.1937 (*Reichsgesetzblatt* I p. 1393), que mitigaba la miseria de los beneficiarios del subsidio social. <<

[84] Recker, *Sozialpolitik*, pp. 206 y ss., 282-283. <<

[85] Schwerin von Krosigk a Göring. 20.1.1940, NA T 178/15, tomas 896-902. Sobre la discusión del proyecto, los argumentos empleados al respecto de la financiación de la guerra y el «socialismo alemán de los hechos», *vid.* DAF (Ley) al RFM, RWM, etc., 19.1.1940; Ley a Hitler, 28.12.1939, NA T 178/15, tomas 7351 y ss.; Recker, *Sozialpolitik*, p. 115. A menor escala, en Hungría se lanzó un proyecto semejante en 1944 bajo la ocupación alemana; Gerlach/Aly, *Das letze Kapitel*, pp. 198-199,228. <<

[86] Recker, *Sozialpolitik*, pp. 283-284. <<

[87] Hupfauer (DAF), tras un encuentro con Ley, a Gündel (RFM), 15.4.1943, BAR 2/31092. <<

[88] Schwerin von Krosigk, *Staatsbankrott*, pp. 300-301; Recker, *Sozialpolitik*, pp. 217-223 <<

[89] Cancillería del Partido (Bormann), 3.3.1943, BA R 2/20405a (subrayado en el original). <<

[90] Klein (ed.), *Lageberichte*, p. 249. <<

[91] Benning, «Expansión y contracción de la masa mone-

taria» (manuscrito, 25.3.1943), BA R 8136/3810. <<

[92] Schwerin von Krosigk a Göring, 6.5.1943, BA R 2/20405a. <<

[93] Benning, «Expansión y contracción de la masa monetaria» (manuscrito, 25.3.1943), BA R 8136/3810, pp. 15-16. <<

[94] *Goebbels-Tgb.*, II/8, p. 222 (7.5.1943). <<

[95] Goebbels a Bormann, 14.7.1943; nota sobre la conversación, 30.6.1943; NSDAP (Gündel) a Bormann, 25.6.1943, aquí nota manuscrita de Reinhardt; cancillería del Partido (Bormann), 3 y 7.7.1943, BA R 2/20405a. <<

[96] *Goebbels-Tgb.*, II/9, pp. 58,468 (7.7 y 10.9.1943). <<

[97] Lammers a Schwerin von Krosigk. 29.9.1944, BA R 2/14553, f. 256. <<

[98] Schwerin von Krosigk a Lammers, 22.12.1943, NAT 178/15, tomas 078 y ss. <<

[99] Recker, *Sozialpolitik*, pp. 218 y ss. <<

[100] *Goebbels-Tgb.*, 11/14, p. 158 (5.11.1944). <<

[101] *Goebbels-Tgb.*, 11/15, pp. 407, 631 (3 y 28.3.1945); sobre el papel de Goebbels como protector de las clases populares y medias, *vid.* Federau, *Der Zweite Weltkrieg*, pp. 27-28. <<

[102] E. W. Schmidt (departamento de economía del Deutsche Bank), «La evolución del sector bancario alemán durante la guerra» (manuscrito, 1944), y «Transferencia de los beneficios y reducción de los precios» (manuscrito, 1941), BA R 8119/10883/10935; Oertel, «Kriegsfinanzierung», pp. 699-700. <<

[103] Decreto de aplicación de la ordenanza sobre transferencia de beneficios, 31.3.1942, *Reichsgesetzblatt* I p. 162; Segunda ordenanza sobre transferencia de beneficios, 24.8.1942, *Reichsgesetzblatt* I, p. 536; RFM, ordenanza sobre

transferencia de beneficios para 1943 (proyecto), exposición de motivos, BA R 2/32104; Meimberg, «Die Gewinnabführung in Deutschland als Kriegsgewinnsteuer», pp. 349-364. <<

[104] Explicación sobre la transferencia de beneficios para 1943, *Reichssteuerblatt*, 27.9.1944, p. 585. <<

[105] *Reichsgesetzblatt*, 1/1941, p. 510 (ordenanza de la reforma fiscal). <<

[106] Hohrmann/Lenski, *Korperschaftsteuer*, anexo de 1942, Tabla, pp. 2-3; *Reichsgesetzblatt*, 1/1941, pp. 510 y 515,1/1942, p. 162. <<

[107] Benning, «Expansión y contracción de la masa monetaria» (manuscrito, 25.3.1943), BA R 8136/3810, p. 212. <<

[108] Oertel, «Kriegsfinanzierung», tabla de la p. 735. <<

[109] El director de la editorial J. F. Lehmanns de Munich a sus colaboradores en el frente («¡Viva nuestra Wehrmacht, viva nuestro Führer!»), 2.4.1942, archivo personal G. Aly, fondo W. Lehmann. <<

[110] Louis Adlon/RFM/director general de Hacienda de Berlín-Brandemburgo, BA R 2/56903; sobre la relación general entre renta y riesgo, *vid.* Erhard, *Kriegsfinanzierung*, pp. 51-52. <<

[111] Otto Donner, «Die deutsche Kriegswirtschaft», *Nauticus, Jahrbuch für Deutschlands Seeinteressen*, vol. 27,1944, pp. 397-431. <<

[112] Benning, «El intento de restablecimiento de la economía alemana y su fracaso en 1929-1931» (manuscrito, 30.1.1945), BA R 8136/3797; E. W. Schmidt, «Bilanz». <<

[113] *Reichsgesetzblatt*, 1/1931, p. 706,1/1936, p. 992. <<

[114] Sobre el posible éxito de la liquidación del impuesto sobre la industria, *vid. Bankwirtschaft*, 1943, pp. 38-39; el re-

sultado del impuesto sobre los alquileres, *Bank-Archiv*, 1943, pp. 32-33; RFM, Supresión del impuesto sobre los alquileres, 28.11.1941, BA R 2/57964, ff. 5-8; proyecto de la ordenanza correspondiente, ff. 90-91. <<

[115] Exposición de motivos de la ordenanza sobre el recargo de guerra [primavera de 1943], NAT 178/15, toma 096. <<

[116] Conversación de Tribius (Federación de propietarios de inmuebles y terrenos del Reich) con Uhlich (RFM), 7.3.1942, BA R 2/57964, f. 166. <<

[117] Benning, «La financiación de la guerra» (manuscrito, 1944), BA R 8136/3809, p. 17; Erhard, *Kriegsfinanzierung*, pp. 104,104a-104i. <<

[118] Klein (ed.), *Lageberichte*, pp. 81-82 (en la revista *Schwarzes Korps* aparecieron otros artículos parecidos el 19 y el 26.11.1942). <<

[119] Comisario de precios (Fischbock) a los *gauleiter*, proyecto de ordenanza sobre reducción de los alquileres, primavera de 1942, y Schwerin von Krosigk a Fischbock [mayo de 1942], BA R 2/31681. Sobre la campaña del NSDAP «Trato de favor a los propietarios de casas», *Völkischer Beobachter*, 15.5.1942, *Berliner Börsen-Zeitung*, 14.5.1942. El RFM puso fin a la campaña con la ayuda de Goebbels; Klopfer a Bormann, 22.5.1942, *ibid.* <<

[120] Discusión, 11.12.1941, *ibid.*, ff. 39 y ss.; RFM (Uhlich), 31.1.1942, *ibid.*, ff. 82-83; Popitz a Schwerin von Krosigk, 26.3.1942, f. 219; reunión de jefes, 17.4.1942, ff. 248 y ss.; discusión, 11.2.1942, ff. 106 y ss.; *vid.* también R 2/14017, *passim.* <<

[121] Göring al Consejo de defensa del Reich, 18.11.1938, declaración de Woermann (AA), IMG, vol. 32, pp. 411-415 (PS-3575). <<

[122] «Wieder Spekulationssteuer für Aktiengewinne», en *Sparkasse*, 61 (1941), p. 9. <<

[123] Schwerin von Krosigk a Funk, 25.2.1941, BA R 2/14007, ff. 84-86. <<

[124] Cuestiones bolsísticas, discusión con el vicepresidente del RB Lange, 22.7.1941, BA R 2/14685, ff. 22 y ss., 55. <<

[125] «Die andere Seite der Aktienkaufe», *Rheinisch-Westfälische Zeitung*, 21.9.1942. <<

[126] RFM, discusión (RWM), 29.9.1942, BA R2/14686, ff. 154 y ss. <<

[127] Oertel, *Reichsbank*, p. 38. <<

[128] RWM (Martini) al RB y al RFM, 28.1.1943, BA R 2/14688, f. 12. <<

[129] RFM, 13.8.1941, BA R 2/14685, f. 39; RWM (Martini) al Protector del Reich, 16.11.1942, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/313, ff. 153,252. <<

[130] Dietrich, *Verordnung*, pp. 519-531; «Börsenwesen»; «Steuerung der Aktienkurse», *Wirtschaftsblatt der Berliner Borsenzeitung*, 31.12.1942; BA R 2/14688, f. 60; RFM, correspondencia sobre la ordenanza mencionada, BA R 2/14689, ff. 153 y ss., R 2/14687, *passim*. <<

[131] RB (Lange), Börse, 16.9.1941, BA R 2/14685, ff. 47 y ss. <<

[132] Stucken, *Geldund Kreditpolitik*, pp. 184-185; tendencias semejantes se manifestaron igualmente en los países ocupados. *Vid*., para Varsovia, Servicio de vigilancia de los bancos del Gobierno General al RWM (Martini), 23.1.1943, AAN Reg. GG/1297, f. 26. <<

[133] Boberach (ed.), *Meldungen*, p. 4556 (7.12.1942). <<

[134] Friedenberger *et al.* (eds.), *Reichsfinanzverwaltung*, pp. 88-89; un decreto aún más severo se promulgó el

16.2.1943, BA R 1501/1838, f. 21. <<

[135] «Kursstopp und Dividendenzuwachs», *Bankwirtschaft*, 1943, p. 85; RB, Informe administrativo 1941, Berlin 1942, pp. 7-8. <<

[136] Situación del Reichsbank, 31.5.1944, BA R 2/13480, f. 204; Funk, «Wirtschaftspolitik der stabilen Währung», *Berliner Börsen-Zeitung*, 13.2.1943. <<

[137] Funk a Schwerin von Krosigk, 16.4.1943, NAT 178/15, toma 116. <<

[138] *Finanzarchiv*, 1943, pp. 246-272; RKG, Schmölders sobre «La transformación tributaria, una misión para hoy», BA R 8136/3804; *vid.* temores parecidos en Boberach (ed.), *Meldungen*, pp. 2297 y ss., 2555 y ss. <<

[139] «Die Gewinnabführung 1943», *Bankwirtschaft*, 1944, pp. 234-236; «Steuerung der Überfülle», *Sparkasse* 62 (1942), pp. 1-4; ordenanza sobre transferencia de beneficios, 31.3.1942, y primer decreto de aplicación del mismo día, *Reichsgesetzblatt* 1/1942, p. 162; tercer decreto de aplicación de la ordenanza sobre transferencia de beneficios, 28.3.1943, *Reichsgesetzblatt* 1/1943, p. 160; «Die verschärfte Gewinnabführung 1942», *Bankwirtschaft*, 1943, pp. 37-38. <<

[140] Wicküler-Küpper-Brauerei AG, Wuppertal al RFM, «Reducción del impuesto sobre los beneficios», 14.5.1943, BA R 2/14689, ff. 24 y ss. <<

[141] Franz Schultz (antes alcalde de Altona) al RFM, 7.2.1945 BA R 2/14690. <<

[142] Albrecht, «Unterstützung», pp. 66-84. <<

[143] Jefe de prensa de la cancillería del Reich al Ministerio del Interior de Prusia, 13.9.1918; Stöber, *Nation*, p. 284; fundamental, Kundrus, *Kriegerfrauen*. <<

[144] *Reichsgesetzblatt* 1/1939, p. 1531; *Das Familienunterhal-*

tswesen, pp. 99 y ss. <<

[145] *Das Familienunterhaltswesen*, pp. 10-11. <<

[146] *Familienunterhalt*, prólogo. <<

[147] *Das Familienunterhaltswesen*, p. 61. <<

[148] Dossier de prensa «Cobertura del mantenimiento de las familias», «Asistencia ejemplar», 20 y 21.10.1939, BA R 2/29986, ff. 24-25. <<

[149] Rass, «Menschenmaterial», p. 249. <<

[150] *Reichsgesetzblatt* 1/1940, p. 911. <<

[151] *Das Familienunterhaltswesen*, p. 13. <<

[152] Bissinger (ed.), *Das musst du wissen!*, p. 33. <<

[153] Hauser, *Einsatz-Familienunterhalt*, p. 48. <<

[154] *Das Familienunterhaltswesen*, p. 75. <<

[155] Kundrus, *Kriegerfrauen* p. 434; Rass, «Menschenmaterial», pp. 238 y ss. <<

[156] Schielin, «Familienunterhalt», p. 458; Eichholtz interpreta ese sostén a la familia negativamente, como «una concesión de las clases dominantes a la población», *Kriegswirtschaft*, vol. 1, pp. 83-84. <<

[157] Oertel, «Kriegsfinanzierung», p. 689. <<

[158] Kundrus, *Kriegerfrauen*, p. 434. <<

[159] RFM, Oficina de estadística, gastos presupuestarios 1938-1943, nov. 1944, BA R 2/24250, f. 182. <<

[160] Funk a Lammers, 16.4.1943, BA R 2/20405a; Funk sobre el recargo de guerra de los impuestos, 2.7.1943, NAT 175/15, tomas 083-084. <<

Notas Capítulo 4. Con la mayor diligencia

[1] Recker, *Sozialpolitik*, p. 53. <<

[2] Donner, «Grenzen», p. 205. <<

[3] RFM (Berger), debate sobre el tipo de cambio de la corona danesa con representantes del RB, del VJP, del AA y del RWM, 22.11.1941, BA R 2/60244. <<

[4] RFM (Rottky) al Comisariado del Reich para Ucrania, departamento de finanzas (Arlt), 22.5.1944, BA R 2/14592, f. 21. <<

[5] RB, viaje profesional (Lange, Kretzschmann) a Atenas, Salónica, Sofía, Bucarest, Belgrado y Budapest, 24-30.5.1941, BA R 29/1, ff. 215-220; Schlarp, *Wirtschaft*, p. 185. <<

[6] *Ibid.*, pp. 381 y ss; BA R 2/14138/14570. <<

[7] Spindler a Frank, 28.2.1940, *Frank-Tagebuch*, p. 137; Frank a Reinecke (WVA), 15.7.1942, BA-MA RW 7/1710/a, ff. 69-70; Paersch a Frank, 23.3.1942, *Frank-Tagebuch*, p. 235. <<

[8] Senkowsky a Frank, 17 y 25.3.1942, *Frank-Tagebuch*, pp. 180, 234-235; RFM (Bußmann), «Aumento de la contribución de guerra del Gobierno General», 22.3.1943, BA R 2/14580, ff. 133-134; RFM (Schwerin von Krosigk) a Frank, 23.7.1943, *ibid.*, ff. 191 y ss.; en general, «Gen. Gouvernement Polen, Wehrbeitrag», BA 2/5085. <<

[9] RFM, Contribución matricular del GG, 11.10.1941, BA

R 2/30511. <<

[10] Paersch a Frank, 10.3.1942, *Frank-Tagebuch*, p. 155. <<

[11] Banco emisor en Polonia. Informe de actividad y balance anual del ejercicio 1942, BA R 2/14552, ff. 258-269. <<

[12] RFM (Bußmann), Contribución de guerra del GG, 22.3.1943, BA R 2/14580, ff. 133-134; RFM (Burmeister), 3.10.1941, BA R 2/5085, ff. 41-42. <<

[13] Frank, Senkowsky, Bühler, 19.1.1943, debate presupuestario, GG, 26.1.1943, *Frank-Tagebuch*. <<

[14] Discusión en el RWM, «Financiación del armamento en el GG», 4.3.1944, AAN, Reg. GG/1351. <<

[15] «Der Kriegshaushalt des Reiches», *Bankwirtschaft*, 1944, p. 15. <<

[16] Divisas para prótesis dentales, 1943, BA-MA RW 7/1710b, f. 20. <<

[17] Lemkin, *Axis*, pp. 50-65. <<

[18] Boisanger a Hemmen, 4.11.1941, PS-1741. <<

[19] RFM, Gestión de los medios financieros y de las mercancías, Administración de la Wehrmacht en Dinamarca (Litter), 2.10.1944, PA AA, R 105210. <<

[20] Los gastos materiales comprendían la soldada, los complementos alimentarios y de ropa y los gastos de viaje. Intendente en el mando de las tropas alemanas en Dinamarca, informe de actividades núm. 2 (1.7-31.12.1941, agregado de intendencia Dr. Filitz) BA-MA RW 38/146, pp. 14 y ss.; informes de actividades núms. 3 y 4 (1942), *ibid.*, pp. 147-148. <<

[21] Informes de actividades núms. 3 y 4, *ibid.*, pp. 36 y 22. <<

[22] Plenipotenciario del Reich en Dinamarca, Oficina de enlace de la Administración central de las RKK (Copenhague), 1.10.1944, PA AA R 105211. <<

[23] AA, Discusión con Schnurre, 14.5.1941, PA AA R105298. <<

[24] RB al banco emisor, 19.7.1940 y ss., varios procesos parecidos, AAN, Bank Emisyjny (Emissionsbank)/154. <<

[25] Senkowsky ante Frank, 9.3 y 21.4.1942, *Frank-Tagebuch*, pp. 152,394. <<

[26] Comisariado del Reich para los territorios holandeses ocupados (Rinkefeil) al RFM (Breyhan), «Costes de ocupación», 21.11.1940, BA R 2/11433, ff. 3-4; RFM (Breyhan), «Política financiera del Reich», junio de 1944, BA R 2/267, ff. 25 y ss.; también R 2/30602. <<

[27] Documento manuscrito de Bayrhoffer, BA R 2/24250 , *passim*. <<

[28] Benning, «La financiación de la guerra»; sobre «la regla de cobertura del oro», Boelcke, «Kriegsfinanzierung», p. 31; Jecht, *Kriegsfinanzen*, p. 29; Wiel, *Krieg*, p. 115. <<

[29] «Der Kriegshaushalt des Reiches», *Bankwirtschaft* 1944/1, p. 15. <<

[30] Informe Chmelda, p. 18, NID-14615; «Der Druck auf die französische Währung», *Bank-Archiv*, 1942, pp. 484-485; Rass, «Menschenmaterial», p. 240. <<

[31] Benning, «La pretendida "estabilidad" de las relaciones monetarias en Europa» (manuscrito, 12.2.1944), BA R 8136/3773, ff. 68-69. <<

[32] Vicepresidente Puhl del RB, 22.11.1941, BA R 2/60244. <<

[33] Circular de Platow, 25.2.1943, BA R 2/30703. <<

[34] Administración central de las RKK sobre las deudas de compensación, 11.9.1944, BAR 2/14553. <<

[35] RFM (Litter), «Preparativos para las negociaciones de paz», 2.10.1942, BA R 2/12158, f. 99. <<

[36] «Mahnung an die Clearingpartner», *Die Bank* 36 (1943), pp. 106-107. <<

[37] Consejo de adm. de las RKK, 13.11.1941, ff. 231-234; OKH Gen. St. (Agregado de intendencia Kössler) al Cuartel General (Waldhecker), 5.2.1942, BAR 29/111. <<

[38] VJP (Roethe) en discusión con el OKW/WV (Kersten), 8.9.1943, BA R 2/14553, ff. 69-74. <<

[39] Meinen, *Wehrmacht*, pp. 76-77; sobre los burdeles, véase también Böll, *Werke*, vol. 7, pp. 260-276 (*Carta a un joven católico*). <<

[40] Kasten, *Reichskreditkassen*, p. 10. <<

[41] Ptleiderer, «Reichskreditkassen», p. 385. <<

[42] Consejo de adm. de las RKK, 10.8.1942, BA R 29/4, f. 121. <<

[43] Ordenanza del comandante en jefe el ejército de tierra, 18.5.1940, VOBlF 1 (1940), p. 23; presidente de la Caja cooperativa central alemana al RFM (Bayrhoffer), 18.9.1939, BA R 2/30915. <<

[44] Arnoult, «Les finances de la France», p. 39. <<

[45] «Der Reichskreditkassenschein», *Deutscher Reichsanzeiger*, 15.1.1944, BA R 2/56045, f. 69. <<

[46] Kretzschmann, «Reichskreditkassen», p. 586; Kasten, *Reichskreditkassen*, p. 134. <<

[47] OKW, Retirada de los RKK-Scheine en Francia, 8.9.1943, BA R 2/14553, ff. 69-74; y también intendente jefe en el MBiF (Lenz) al OKW y otros, 27.7.1943, BA R 2/267, ff. 6 y ss. <<

[48] «Reichskreditkassenscheine in Frankreich aus dem Verkehr gezogen», *National Zeitung*, 1.12.1943, BA R 2/56059, f. 165; MBiF (Michel) a la Association professionelle des banques, 25.11.1943, ABdF 1067199401/15. De todas

formas, los vales de la RKK en circulación no representaban entonces más que unos cinco millardos de francos (Echanges des billets des Reichskreditkassen pendant la periode du 1er au 20 décembre 1943, *ibid.);* Margairaz, *Banques*, pp. 39 y ss. <<

[49] Holzhauer, *Barzahlung*, pp. 44,108,110. <<

[50] Kasten, *Reichskreditkassen*, pp. 10-11. <<

[51] Petrov, pp. 15-16. <<

[52] Holzhauer, *Barzahlung*, pp. 44 y ss. <<

[53] Kasten, *Reichskreditkassen*, pp. 14, 30-34. Kasten se remite a dos estudios: Georg Süß, *Das Geldwesen im besetzten Frankreich*, Munich, 1920; y Walter Wiese, *Geld und Notenbankpolitik im Generalgouvernement Warschau während der deutschen Besetzung*, Tesis en Derecho y Ciencias Políticas. Diss., Breslau 1942. <<

[54] Holzhauer, *Barzahlung*, pp. 66 y ss. <<

[55] Comisión alemana del armisticio, París, al Auswärtiges Amt [Ministerio de Asuntos Exteriores], 4.8.1942, BA R 29/4, ff. 93-96; colección de documentos para un estudio de las RKK, BA R 29/113. <<

[56] Oertel, *Reichsbank*, p. 69; Kasten, *Reichskreditkassen*, p. 28; Kretzschmann, «Reichskreditkassen», pp. 113-114, 120 y ss. Las monedas alemanas de cobre y aluminio (1,2, 5,10 Rpf.) fueron retiradas de la circulación en 1941 y sustituidas por piezas de zinc, RFM (Bayrhoffer), 7.5.1941, BA R 29/2, f. 79. <<

[57] RB (Kretzschmann, Bayrhoffer) al RFM, 2.12.1939, BA R 2/13499, f. 89. <<

[58] Sobre su fundación y las vacilaciones iniciales, RFM (Bayrhoffer) al RWM (Holtz), 19.9.1939, NAT 1139/53, NG-5326. <<

[59] Kasten, *Reichskreditkassen*, pp. 37-41; Kretzschmann, «Währungshilfe», p. 1; sobre los créditos a la construcción concedidos por la Administración central de las RKK en interés de los alemanes en las zonas ocupadas de la Unión Soviética, BA R 2/14631; una fuente extremadamente pretenciosa y llena de errores es Petrov, *Money*, pp. 32-40, aunque su juicio de que «Reich officials were not uniformly the madmen they were depicted to be by wartime propaganda» sea acertado. <<

[60] Consejo de adm. de las RKK, 10.6.1941, BA R 29/1, ff. 208-214; nota (Waldhecker) del mismo día, f. 221. <<

[61] Kretzschmann, «Reichskreditkassen», pp. 118-119. <<

[62] Kasten, *Reichskreditkassen*, p. 26. <<

[63] Holzhauer, *Barzahlung*, p. 89. <<

[64] Kasten, *Reichskreditkassen*, pp. 113-114. <<

[65] Kasten, *Reichskreditkassen*, p. 49. <<

[66] Circular, 14.6.1940, ABdF, 1065199801/46; ordenanza sobre la confiscación general, 20.5.1940, ordenanza sobre divisas especiales, 1.8.1942, VOBlF, núm. 73/1942,10.8.1942, pp. 425-430. El DSK en Francia lo dirigía el administrador de aduanas Hartmann. <<

[67] Pruebas del desvío de los valores depositados, AN AJ 40/1027. <<

[68] DSK Francia, Resumen de resultados (15.6.1940-30.4.1941), AN AJ 40/1027 (Dossier «Proyectos»). <<

[69] Aflujo de oro al RB desde los territorios incorporados y provisionalmente ocupados por las tropas alemanas, sin fecha, Archivos históricos del Banco Federal Alemán, B 331-BAY/678, f. 29. <<

[70] *Mitteilungsblatt des Reichskommissars für das Ostland*, Ed. B, 2 (1942), 20.11.1942, p. 225. <<

[71] Steinberg, *Bank*, pp. 37-38,101 y ss. <<

[72] Deportación del 22.4.1942, Pätzold/Schwarz, *Auschwitz*, p. 129. <<

[73] Consejo de adm. de las RKK, 13.8.1941, BA R 29/2, ff. 54-60. <<

[74] Consejo de adm. de las RKK, 19.1.1942, BA R 29/3, ff. 69-74; consejo de adm. de las RKK, 16.2.1942, BA R 2/13502, ff. 39 y ss. <<

[75] Consejo de adm. de las RKK (Puhl), 27.4.1942, BA R 2/13502, ff. 54 y ss. <<

[76] Puhl, «El trabajo para las cajas de crédito del Reich», 28.2.1941, Oertel, *Reichsbank*, p. 101. <<

[77] Kasten, *Reichskreditkassen*, pp. 88 y ss., 121 y ss. <<

[78] Consejo de adm. de las RKK, 11.4.1942, BAR29/3, ff. 151-154. <<

[79] *Vid.* exculpación de Bohn en *Reichskommissariat Norwegen*, pp. 154-155. <<

[80] Kretzschmann, «Reichskreditkassenscheine»; «Reichskreditkassen», pp. 138, 113. <<

[81] Secretario de Estado del Ministerio de Finanzas al presidente de la delegación francesa en la comisión del armisticio, 1.2.1941, SAEF B 0060937. <<

[82] Concepto de una nueva construcción del Estado, otoño de 1941; Goerdeler, *Schriften*, pp. 790-791 y 1006-1007. <<

Notas Capítulo 5. Botín de guerra para el pueblo

[1] Böll, *Briefe*, pp. 14-15, 90,102,111. Las citas que siguen provienen de la parte reproducida en esa obra, que comprende más de trescientos fragmentos relacionados con el tema. La compiladora Annemarie Böll realizó cortes que indicó debidamente; al leerlo se tiene la impresión de que también se referían a pequeños regalos enviados desde el frente o llevados personalmente por Böll en sus permisos. <<

[2] Oficina del correo militar 405, BA-MA RH 24/5/181; informe de actividades núm. 1 del intendente adjunto al MBB/NF (1.7-31.12.1940, Fritsch), BA-MA RW 36/118, p. 88. <<

[3] Comisario alemán en el Banco Nacional de los Países Bajos (Wohlthat), material para el informe anual a Hitler, 10.2.1941, BA R 2/30701. <<

[4] RFM (Breyhan) al MBB/NF (Wetter), 9.8.1941, BA R 2/274, ff. 142-143. <<

[5] Directorio del RB al RFM, 21.11.1940, BA R 2/56061, f. 469. <<

[6] Sucursal del RB en Rostock sobre el control de divisas en Warnemünde-Fährbhf. al directorio del RB, 16.5.1941, BA R 2/56058, f. 48. <<

[7] MBB/NF al OKH, «Situación monetaria en Bélgica», 1.12.1941, BA R 29/3, ff. 36-62. <<

[8] Consejo de adm. de las RKK, 21.7.1942, BA R 29/4, ff. 59-60. <<

[9] Intendente jefe en el MBB/NF, informe de actividades núm. 6 (1.7-31.12.1942), BA-MA RW 36/127, p. 16; AB de la MVB/NF, Parte 13, «Moneda y Finanzas», invierno 1944/45, pp. 13-14, 18, BA-MA RW 36/225 (de aquí en adelante, «Moneda y Finanzas»). <<

[10] Jefe del correo militar en Bélgica y el norte de Francia, informe de actividades, 6.7.1942, BA-MA RW 36/95. <<

[11] Encuesta del autor entre señoras mayores de su entorno. <<

[12] Adelheid B. a G. Aly, 20.5.2003. <<

[13] Dennler, *Passion*, p. 31 (octubre de 1940); Informe Chmela, NID-14615. <<

[14] Cartas de Wolf Goette (1909-1995) a su familia y a A., 6.7, 20.12.1940, 13.6, 5.10, 31.10, 17.11.1941, 28.4.1942, SAdK, Archivo Wolf Goette, Praga, 1939/42, WOGOs Briefe/I, f. 157; WOGOs Briefe/II, ff. 192, 210, 316; WOGOs Briefe/ III, ff. 23,51,65; 2./Familienbriefe Prag, vol. 4, ff. 213 y ss. Agradezco a Gisela Riff-Eimermacher su indicación. <<

[15] Umbreit, «Kontinentalherrschaft», p. 236; Latzei, *Soldaten*, pp. 135-138. <<

[16] Böll, *Briefe*, pp. 845, 874, 902-903. <<

[17] *ibid.*, pp. 619,663,694, 765, 833. <<

[18] *ibid.*, pp. 738, 798. <<

[19] Michel, *Paris*, pp. 298-299. <<

[20] Liselotte S. a G. Aly, 25.5.2003. <<

[21] Servicios aduaneros, cartas requisadas al soldado Schwabe (2.12.1939 hasta 16.6.1940), BA R 2/56100, ff. 54-61. Sobre los robos masivos de los soldados alemanes en 1939 en Polonia, *vid.* Böhler, *Auftakt.* <<

[22] Consejo de adm. de las RKK, 16.12.1941, BA R 29/3, ff. 18-23. <<

[23] RWM, Discusión sobre la reglamentación de las divisas para los territorios soviéticos ocupados, 8.9.1941, BA R 2/56060, ff. 18-30. Esa reglamentación se adoptó el 16.9.1941; *ibid.*, f. 102. <<

[24] Directorio del RB al RFM, 17.8.1942, *ibid.*, ff. 118,143 y ss. <<

[25] Bräutigam, *Überblick*, pp. 53-54; Oertel, *Reichsbank*, p. 159; Heilmann (ed.), *Kriegstagebuch*, p. 140. <<

[26] Marlene F. a G. Aly, 14.11.2003; sobre esas mismas cuestiones en Bielorrusia, *vid.* Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 260-265. <<

[27] Böll, *Briefe*, pp. 924,975,986 y ss., 999-1000. <<

[28] Schmitt/Gericke, *Feldpost*, p. 62; Ziegler, *Erinnerungen*, p. 48; sobre la situación satisfactoria del abastecimiento durante el segundo y el tercer invierno en el frente del Este, *vid.* Rass, «Menschenmaterial», p. 246. <<

[29] Reglamentación aduanera para los miembros de la Wehrmacht en Noruega, BA R 2/58094. <<

[30] Alto mando de la Wehrmacht en Noruega, envío y transporte de mercancías, 14.7.1941, BA R 2/58094, ff. 155-156. <<

[31] La razón de esa medida fue una intervención de la aduana sueca, ya que los viajes de los soldados de permiso se realizaban atravesando territorio sueco; WFSt, 9.1.1943, BA R 1 2/58094, f. 260. <<

[32] Informe de actividades del intendente jefe en Noruega (1.1-31.3.1944), BA-MA RW 7/171 Ib, f. 87. <<

[33] *Ibid.* (1.4-30.6.1944), 1944, f. 243. <<

[34] *Ibid.* (1.10-31.12.1943), f. 6. <<

[35] Consejo de adm. de las RKK, 1.7.1942, BA R 29/3, ff. 223-224; SS-HA (Klumm) al RFSS (Brandt), 9.11.1944, Petrik (ed.): *Okkupationspolitik*, pp. 215-216. <<

[36] Schmitt/Gericke, *Feldpost*, pp. 3-4. <<

[37] Oberleitner, *Feldpost*, pp. 190-191. <<

[38] RFM (Schwerin von Krosigk) al jefe del OKW, 24.10.1944, BA R 2/14554, f. 2; R 2/323; al comienzo de la ocupación alemana de Italia, Rommel había dado una orden restrictiva en cuestión de «transporte de mercancías» a Alemania, 21.9.1943, BA R 2/30601. <<

[39] MBiF, intendente jefe al OKH, 27.7.1943, BA R 2/14553, ff. 46-53. <<

[40] RFM al OFP de Würzburg, 12.6.1940, BA R 2/56059, f. 33. <<

[41] RFM, dirección de aduanas (Siegert), control de los miembros de la Wehrmacht (firmado por el secretario de Estado, para el ministro), 13.6.1942, BA R 2/56061, f. 28. <<

[42] Oficina del correo militar 406, julio de 1940, BA-MA RH 24/6/319; Gericke, *Feldpost*, pp. 61-62. <<

[43] OKW, 10.10.1940; reunión bajo la presidencia de Göring sobre la explotación económica de los territorios ocupados, 7.10.1940, Landesarchiv-Berlin A Rep. 92/105, ff. 106-108; tímidamente evocado por Umbreit, «Kontinentalherrschaft», p. 236. <<

[44] OKW (Reinecke), «Sobre el envío y la incautación de paquetes por el correo militar», 14.7.1942, Landesarchiv-Berlin A Rep. 92/105, f. 115. <<

[45] Hitler, *Monologe*, pp. 363-364 (25/26.8.1942). <<

[46] *ibid.*, p. 346 (16.8.1942). <<

[47] *Hitlers Tischgespräche*, p. 182 (17.7.1942). <<

[48] Keitel, 16.8.1942, Landesarchiv-Berlin A Rep. 92/105, f.

116; el 17.9.1942 el RFM dispuso que la orden del Führer valía también para la llegada a Alemania desde los países coaligados o amigos, *ibid.* <<

[49] Göring ante los secretarios de Estado, comisarios del Reich y mandos militares, 6.8.1942, IMG, vol. 39, pp. 388,391. <<

[50] Seydelmann, *Balance*, pp. 105,130,182. <<

[51] ZFS Kiel, informe de actividades, 1.8.1942-31.1.1943, BA R 2/56104, f. 53. <<

[52] Reinhardt a los directores generales de Finanzas encargados de las fronteras orientales, 28.1.1942, ampliado a las fronteras septentrionales, occidentales y meridionales el 7.10.1942, BA R 2/31099. <<

[53] AA (Wiehl) al RFM, Compras masivas en Dinamarca, 27.4.1940, BA R 2/56058, f. 13. <<

[54] Administración central de las RKK al directorio del RB, 5.10.1940, BA R 2/56045, f. 14. <<

[55] MBiF, informe de actividades, jefe del correo militar (1.7-31.12.1940 y 1.1-30.6.1941), BA-MA RW 35/1390, p. 26; *ibid.*, 1391, p. 18. <<

[56] *Heeresverordnungsblatt*, 4.11.1940; Frank a Keitel, 25.11. 1940, BA-MA RW 7/1710a, ff. 85-86; consejo de adm. de las RKK, 16.2.1942, BA R 29/2, f. 234. <<

[57] Böll, *Briefe*, pp. 108,114 (4 y 15.9.1940), 264,372,526. <<

[58] Böll, *Werke*, vol. 7, pp. 261-276. <<

[59] OKW, 21.1.1942, BA-MA RW 36/126; prácticamente idéntico al proyecto del OKW/AWA, 6.10.1941, BA R 2/58094, f. 411. <<

[60] RFM (Wucher), 25.7.1942, Landesarchiv-Berlin A Rep. 092/105; *Reichszollblatt*, ed. B, 37 (1942), p. 309. <<

[61] Göring ante los secretarios de Estado, comisarios del

Reich y mandos militares, resumen de los resultados (Klare), 6.8.1942, IMG, vol. 39, pp. 391,410. <<

[62] Göring a Schwerin von Krosigk, 24.8.1942, BA R 2/58091. <<

[63] RFM (Reinhardt) a los directores generales de Finanzas, 7.10.1942, BA R 2/31099, *passim*, RFM (Reinhardt), 28.9.1942, R 2/58094, f. 476; OFP de Hamburgo a las oficinas de aduanas, 8.10.1942, BA R 2/58088, f. 277. <<

[64] Göring al MBiF, 3.11.1943, BA R 2/14553, f. 56. <<

[65] RFM (Litter), «Medios financieros en Dinamarca», 2.10.1944, PA AA, R 105210. <<

[66] Böll, *Briefe*, pp. 407,363,406, 816,417, 738, 908. <<

[67] Puesto de aduanas de Nuremberg al RFM (Galleiske), 3.9.1943, informe de actividades del puesto de aduanas (1943-1944), BA R 2/56045/56105, ff. 56,111,127. <<

[68] Los ejemplos citados y muchos centenares más se hallan en los informes de las oficinas aduaneras a los directores generales de Hacienda, BA R 2/56103-6. <<

[69] Informe final de la administración militar en Bélgica, BA-MA RW 36/257, p. 155. <<

[70] NA Rg 242 T 454/92, tomas 973-978 (BA R 6/81), subrayado en el original (agradezco la indicación a Wendy Lower); Gerlach, *Kalkulierte Morde*, p. 212. <<

[71] Hitler, *Monologe*, p. 63 (17/18.9.1941). <<

[72] Hillgruber (ed.), *Staatsmänner*, vol. 2 (conversación con el embajador croata Budak, 14.2.1942). <<

[73] Hitler, *Monologe*, p. 331 (6.8.1942). <<

[74] Nota, reunión en Rovno (tte. von Engelbrechten), 26-28.8.1942, BA R 6/243, ff. 20-22. <<

[75] Kaufmann, retrospectivamente a Göring, 4.9.1942, Bajohr, «Gefühlsduseleien», p. 13. <<

[76] Director general de Hacienda de Colonia (Kühne) al presidente de la Audiencia Territorial de Colonia, 4.11.1941, Rummel/Rath, *Reich*, pp. 356 y ss. <<

[77] Longerich, *Politik*, pp. 705-706. <<

[78] Director general de Hacienda de Colonia (Kühne) al presidente de la Audiencia Territorial de Colonia, 4.11.1941, Rummel/Rath, *Reich*, p. 189. <<

[79] Director general de Hacienda de Westfalia a las oficinas tributarias sobre el comienzo de la deportación de los judíos, 8.12.1941, Dreßen, «Betrifft», pp. 78 y ss.; Beer, *Kriegsalltag*, p. 157. <<

[80] Schwerin von Krosigk a Rosenberg, 14.3.1942, Woitkowski, «Graf Schwerin von Krosigk», p. 51 (Landesarchiv-Berlin A Rep. 093-03/54611). <<

[81] RFM (Maaß) a los OFP, 14.8.1942, Rummel/Rath, *Reich*, p. 423. <<

[82] Dreßen, «Betrifft», pp. 149 y ss. <<

[83] Rosenberg al MBiF, 29.1.1942, BA R 2/14567, f. 197. <<

[84] Informe sobre la «*M-Aktion*», 7.8.1944, Landesarchiv-Berlin, B Rep. 039-01/358 ff. 244 y ss. <<

[85] RFM (Litter), medidas contra los judíos en Francia, 13.2.1942. BA R 2/14867, ff. 200-201. <<

[86] Rosenberg a Hitler, 18.12.1941; Lammers a Keitel, 31.12.1941; Rosenberg a Utikal, 14.1.1942; Grupo de Intervención al MBiF, 4.2.1942; DW, informe intermedio [otoño de 1942], NG 3058; embajada alemana en Paris (Schleier) al Auswärtiges Amt [Ministerio de Asuntos Exteriores], 30.1. 1942, NG-5018. <<

[87] Utikal al ayudante de Göring (mariscal von Brauchitsch), 21.4.1943, NA Rg 238/cajaXI/45, toma 1017. <<

[88] Embajada alemana en París (Abetz) al Auswärtiges

Amt (Rademacher), 31.1.1942, NG-5018. <<

[89] Conferencia de Göring (Berchtesgaden), 28.4.1943, NA RG 238/caja XI/F. 28 (NG 3392). <<

[90] Informe semanal de la comisión del armisticio, «Costes de ocupación», 18.4.1943, PAAAR107415. <<

[91] Rosenberg a Hitler, 17.11.1943, NA Rg 238/caja XI/45, tomas 964-967. <<

[92] Control de gestión de la DW, París («… sobre las vías regulares»), 15.9.1943, Dreßen, «Betrifft», pp. 54 y ss.; Dreyfus/Gensburger, *Camps, passim.* <<

[93] Rummel/Rath, *Reich*, p. 192. <<

[94] Informe final sobre el gran bombardeo de Colonia, 30/31.5.1942 (Grohé), Rüther, Köln, pp. 198-214. <<

[95] DW, Informe general, 8.6.1944, Dreßen, «Betrifft», pp. 50 y ss. <<

[96] DW, 7.8.1944, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/358, ff. 244-246; RMfbO, Koeppen a Zölffel, 16.7.1943, Dreßen, «Betrifft», p. 205; sobre la región del Ruhr, *vid.* Blank, «Ersatzbeschaffung». <<

[97] Cancillería del Führer al director general de Hacienda de Viena, Venta de los bienes judíos en poder del Reich, 21.8.1942, BA R 2/31096, ff. 156 y ss. <<

[98] URO (ed.), *M-Aktion*, pp. 140,148,156. <<

[99] Cancillería del NSDAP, 5.6.1942; director general de Hacienda de Colonia (Kühne) al RFM (Gündel), 9.6.1942, BA R 2/31096, ff. 41 y ss. <<

[100] Rüther, *Köln*, pp. 93 y ss. <<

[101] A. J. van der Leeuw, El destino del mobiliario conservado en los Países Bajos perteneciente a los judíos emigrados, 20.7.1959, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/321; URO (ed.), *M-Aktion*, p. 4. <<

[102] Ebbinghaus *et al.* (eds.), *Heilen*, p. 68. <<

[103] Rummel/Rath, *Reich*, p. 193. <<

[104] *Ein offenes Geheimnis*, pp. 125-126. <<

[105] Aalders, *Geraubt*, p. 360. <<

[106] Informe de actividades der Treuhandstelle Prag [f. marzo de 1943], Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/314; Declaración bajo juramento de Ludvik Engel, Praga, 4.10.1963, Landesarchiv-Berlin, B Rep. 039-01/313, ff. 162-163; sobre la región del Ruhr, *vid.* Blank, «Ersatzbeschaffung»; sobre Colonia, *vid.* Dreßen, «Betrifft», p. 201; Adler, *Mensch*, pp. 597-598. <<

[107] Sobre Königsberg, *vid.* Aly, *Tunnel*, p. 137; sobre Düsseldorf, *vid.* Pätzold/Schwarz, *Auschwitz*, pp. 129-130; Zimmermann, *Deportation*, pp. 134-135. <<

[108] Bajohr, *Arisierung*, pp. 331 y ss. <<

[109] Seydelmann, *Balance*, pp. 105-106, Bajohr, *Arisierung*, p. 335. <<

[110] Aalders, *Geraubt*, p. 364. <<

[111] Comentarios sobre el informe de resultados de la DW para 1943,8.1.1944, URO (ed.), *M-Aktion*, p. 185. <<

[112] RMfdbO (Meyer) al Comisariado del Reich en Ucrania, 9.11.1942; RFM (Eckhardt), 1.12.1942, BA R 2/30585. <<

[113] AA (Maltzan), «Schwarzkaufe in Frankreich», 26.11.1941, PA AA R 107060; MbiF, 22.4.1943, BA R 2/14552, f. 292. <<

[114] AW (Morett), 15.6.1946, SAEF B 5701,5. <<

[115] VJP (Veltjens), 2.° informe del plenipotenciario para misiones especiales (1.7. hasta 30.11.1942), PS-1765. <<

[116] Aalders, *Geraubt* 7, p. 44. <<

[117] MBiF, Int. (Lenz) al OKH, 22.7.1942, BA R 29/4, ff. 118-

119, y a la RKK de París, 22.8-27.10.1942, ff. 130-171; OKW, «Asunto secreto» (Biehler), 20.11.1942, BA R 2/14552, f. 70. <<

[118] RFM (Y. Manteuffel) al VJP (Legier), 22.2.1943, NA Rg 238/caja XI/44, toma 435. <<

[119] Informe de actividades del delegado del gobierno del Reich sobre cuestiones económicas y financieras ante el gobierno francés (Hartlieb), feb. 1945, HAdDB B 330/4600, f. 9. Como esos productos eran vendidos en el mercado negro con precios quintuplicados, Hartlieb veía en ello una «renuncia» al 80 por 100 de la suma total, «puesto que esas sumas constituían beneficios de guerra para la economía francesa». <<

[120] Göring, 6.8.1942, IMG, vol. 39, pp. 390-391,395. <<

[121] Boberach (ed.), *Meldungen*, 5, 8,12.10, 9.11.1942, pp. 4279 y ss., 4483 y parecidamente en la p. 4355. <<

[122] *Goebbels-Tgb.*, II/6, p. 505. <<

[123] F. H. Q.Bormann), 25.12.1942, BA R 2/31093, ff. 44-45. <<

[124] Conferencia de Göring en Berchtesgaden sobre la «aplicación del decreto del Führer del 13.1.1943 con respecto a la movilización general de hombres y mujeres para la defensa del Reich en los territorios ocupados», 28.4. 1943, NG-3392. <<

[125] VJP (Gramsch) al RFM (Breyhan), 28.8.1943, BA R 2/67, ff. 16 y ss.; RFM (Bußmann), 8.10.1943, BA R 2/14552, ff. 324-325; un informe muy complaciente con la administración alemana de los bienes enemigos es el de Lindner, *Reichskommissariat*. <<

Notas Capítulo 6. Recursos obtenidos en el oeste

[1] Böll, *Briefe*, pp. 264,250-251,502. <<

[2] Informe final sobre la dirección y el control de la economía en Bélgica (jefe de la administración militar Lampe), BA-MA RW 36/257, p. 157. <<

[3] Conferencia de Göring en Berchtesgaden, 28.4.1943, NA RG 238/caja XI/R 28 (NG-3392). <<

[4] Informe de actividades núm. 1 del intendente en el MBB/NF (1.7-31.12.1940), BA-MA RW 36/118, pp. 92-93. <<

[5] Circular del MBB/NF, Der Int. (firmado von Falkenhausen), 2.10.1941, BA-MA. RW 36/123. Alexander von Falkenhausen (nacido en 1878), general de infantería, fue comandante militar en Bélgica desde mayo de 1940 hasta el 18.7.1944, detenido el 29 de julio en relación con el atentado del 20 de julio de 1944. <<

[6] RB, departamento económico sobre el informe de actividades de la MVB/NF (1.6-1.9.1942), 24.10.1942, BA R 2/14552, ff. 66-67; «Elastische Staatsfinanzierung in Belgien», *Bank-Archiv*, 1942, p. 68. <<

[7] Informe de actividades núm. 2 del intendente en el MBB/NF (1.1-31.3.1941), BA-MA RW 36/119, p. 111; AA (Maltzan), «Costes de ocupación en Bélgica» [marzo de 1942], PA AA R 105284. <<

[8] Consejo de adm. de las RKK, 3.7.1941, BA R 29/1, ff.

247-252. <<

[9] «Moneda y Finanzas» {*vid.* n. 9 en la p. 390), p. 1. <<

[10] Esa octavilla se encontró el 6 de febrero de 1941 en Bruselas; traducción del ejército alemán, BA R 2/274, ff. 46 y ss. <<

[11] RFM (Eckardt), «Costes de ocupación en Bélgica», 16.5.1941, BA R 2/274, ff. 109 y ss. <<

[12] Conferencia de los mandos de las tres armas y de los responsables económicos en Bélgica, 29/30.10.1941, informe de actividades núm. 4 del intendente en el MBB/NF (1.7-31.12.1941) BA-MA RW 36/123, p. 96. <<

[13] Consejo de adm. de las RKK, 13.8.1941, BA R 29/2, ff. 54-60; RKK de Bruselas (Schulte), 3.11.1941, *ibid.*, ff. 84-85; MBB/NF al OKH, «Situación monetaria en Bélgica», 1.12.1941, BA R 29/3, ff. 36-62; MBB/NF, «Costes de ocupación en Bélgica» (junio de 1941 - sept. de 1942) anexo 3,28.10.1942, BA R 29/4, f. 197. <<

[14] MBB/NF (jefe de la administración militar), «Las contribuciones de Bélgica a la economía de guerra alemana», 1.3.1942, BA-MA RW 36/250, ff. 2-23. <<

[15] Intendente jefe en el MBB/NF, informe de actividades núm. 5 (1.1.1942-30.6.1942), BA-MA RW 36/127 y 129, p. 53, An. 5. <<

[16] «Moneda y Finanzas» (*vid.* n. 9 en la p. 390), p. 7. <<

[17] Informe final sobre la dirección y el control de la economía en Bélgica (MVAChef Lampe), BA-MA RW 36/257, pp. 149-150; informes de actividades núm. 6 u. 7 del intendente jefe en el MBB/NF (1.7.1942-30.6.1943), BA-MA RW 36/127 y 129, pp. 32 y ss. y 37-38. <<

[18] Consejo de adm. de las RKK, 3.3.1941, BA R 29/1, ff. 104-108; el acuerdo sobre el transporte en los ff. 6-19. <<

[19] Conversación entre el secretario de Estado Neumann y el vicejefe de la administración de guerra en Bruselas von Craushaar, 16.2.1941, BA R 29/1, f. 202. <<

[20] Consejo de adm. de las RKK, 3.7.1941, BA R 29/1, ff. 247-252. <<

[21] Consejo de adm. de las RKK a la administración central de las RKK, 1 y 12.6.1942, BA R 29/3, ff. 192 y ss., 202; VJP (Neumann) al OKW (Tischbein, Thomas), anexo, 8.7.1942, NA Rg 328/caja XI/44, tomas 546-550. <<

[22] «Moneda y Finanzas», p. 3; MBB/NF (von Falkenhausen) al VJP (Neumann), 14.5.1942, BA R 2/14552, ff. 20 y ss. <<

[23] RFM al comisario alemán en el Banco Nacional de Bélgica (von Becker), 9.10.1942, BA R 2/14552, f. 26. <<

[24] Wiehl (Auswärtiges Amt) al ministro y al secretario de Estado, NG-2181. <<

[25] Por ejemplo, 21,6 toneladas de oro el 27.5.1943, puesto de mando de la policía de protección de fronteras de Francia (Mangold) al comisario alemán de divisas en Francia (Michel), AN AJ 40/1012, vol. 2, f. 296. <<

[26] VJP (Gramsch) al comisario alemán de divisas en Francia (Michel) 15.9.1942, AN AJ 40/1012, vol. 1, f. 311. <<

[27] «Moneda y Finanzas» {*vid.* n. 9 en la p. 390), pp. 5 y ss. <<

[28] RFM (Breyhan), «Costes de ocupación», 13.10.1942, BA R 2/14552, ff. 52-53. <<

[29] Informe de actividades del intendente jefe en los Países Bajos (1.10-31.12.1943), BA-MA RW 7/1710, f. 125. <<

[30] «Aumento del impuesto sobre la renta», resumen de prensa económica, 23-29.11.1942, PA AA R 107904. <<

[31] «La deuda pública holandesa», crónica económica coti-

diana, 15.5.1942, PA AA R 107903. Ese boletín de información multicopiado era publicado por el servicio de prensa del comisario del Reich. A partir del 21.6.1942 se tituló «Revista de prensa económica». <<

[32] «La deuda pública holandesa», Revista de prensa económica, 28.9-3.10.1942,25-31.1.1943, PA AA R 107904,106869. <<

[33] Consejo de adm. de las RKK, 15.1.1941, BA R 29/1, ff. 38-46. <<

[34] Rinkefeil al RFM (Breyhan), 21.5.1942, BA R 2/30666. <<

[35] RB, departamento de economía nacional (Kretzschmann), «Costes de ocupación en los países del norte y el oeste de Europa», 26.8.1941, BA R 29/2, ff. 71-77. <<

[36] RWM, informe mensual sobre la situación general y económica en el extranjero (marzo de 1944), NAT 71/59, tomas 785-799. <<

[37] RWM, informe mensual sobre la situación en los Países Bajos (Hoffmann), 10.3 1944, NAT 71/59, tomas 761-762. <<

[38] RFM (Litter), amenaza sobre el florín, 6.4.1944, BA R 2/56059, E205. <<

[39] Servicio de control económico, observación económica diaria, 19.9.1940, PAAA 107901. <<

[40] «Presión fiscal sobre la vida económica», Crónica económica cotidiana, 6.5.194 PAAAR 107903. <<

[41] *Correspondentie van M. M. Rost van Tonningen*, vol. I, pp. 816-828. <<

[42] «Die neuen Wirtschaftssteuern», *Nieuwe Rotterdamsche Courant*, 8 y 11.5.1942. <<

[43] RFM (Breyhan), conversación con Schwerin von Krosigk, 6.2.1942, BA R 2/14552, ff. 165 y ss. RK, 9.2.1942. Los

Países Bajos pagaron retroactivamente la «contribución a la guerra contra el bolchevismo» desde el 1.7.1941, *ibid.*, f. 168; Göring a Schwerin von Krosigk, 20.4.1942, *ibid.*, f. 176. El Reichsbank recibió los lingotes de oro de los Países Bajos y entregó 2.784 RM a la caja central del Reich por un prisionero de guerra. El 16.5.1942 el directorio del RB comunicó al Ministerio de Finanzas del Reich «con todo respeto, que, como contribución del gobierno holandés a la campaña en el frente oriental, el Nederlandschen Bank N. V. de Amsterdam había realizado un primer pago al RB, consistente en 767 lingotes de oro», esto es, unos 9.420 kilos, lo que representaba un ingreso de más de 26 millones de RM para el Tesoro del Reich (*ibid.*, ff. 178,182-183). Ese dossier contiene también documentos sobre otras transacciones. <<

[44] Herbert, *Best*, pp. 251-322. <<

[45] Sobre la intervención de Michel en favor de la Ley de descuentos de 1933 (*Rabattgesetz*;), *vid.* Aly, *Rasse und Klasse*, pp. 61-63; en 1938 Michel se ocupó, en colaboración con la Gestapo y el NSDAP, de nombrar a los jefes de la economía militar; RWM (Michel) a los responsables de las administraciones provinciales y regionales, 7.12.1938, NIO-12513 (NA Rg 238/caja XI/F. 32). <<

[46] RWM (Funk) al Auswärtiges Amt, 10.10.1940, AN AJ 40/1019 (comisario alemán de divisas en Francia, f. 27). <<

[47] Sobre la biografía de Scheffler, *vid.* Gerlach/Aly, *Das letze Kapitel*, pp. 215 y ss. <<

[48] RFM (Berger) al Auswärtiges Amt, 9.9.1940, NA Rg 338/caja XI/F44, tomas 884-885. <<

[49] Consejo de adm. de las RKK, 27.2.1943, BA R 2/13502, f. 110. <<

[50] Conferencia de Göring, 28.4.1943, NA 238/caja XI/F. 28 (NG-3392); entre los asistentes estaba Michel. <<

[51] Nota francesa sobre las relaciones franco-alemanas [abril de 1941], PA AA (BA) 61136; embajada alemana en París (Gerstner) al Auswärtiges Amt, HaPol, 3.7.1941, AN AJ 40/1021, ff. 49-50. <<

[52] Schachtschnabel, «Frankreichs Finanzwirtschaft»; «Der französische Staatshaushalt», *Bank-Archiv*, 1943, p. 76; RWM, informe mensual sobre la situación en Francia, 10.2.1944, NAT 71/59, ff. 750-752. En 1942, según los informes alemanes, se tomaron un total de 157.500 millones de francos del presupuesto francés como costes de ocupación y adelantos de compensación. Esa suma era mayor que el total de los «gastos para objetivos franceses» (153.900 millones de francos). En 1943 esos gastos se redujeron a 143.400 millones de francos, mientras que los costes de ocupación y adelantos de compensación subieron a 281.600 millones de francos, esto es, más del 200 por 100 de los gastos del Estado francés; informe de actividades (Schaefer), 5.4.1944, PA AA R 106959, pp. 2-3; memorándum (Hartlieb/Hemmen), Situación financiera francesa y propuestas para la cobertura de los gastos, 7.5.1943, ABdF 1397199501/12. <<

[53] *ibid.*, p. 1; informe de actividades del delegado del gobierno del Reich sobre cuestiones económicas y financieras ante el gobierno francés (Hartlieb), feb. de 1945, HAdDB B 330/4600, ff. 7,15. <<

[54] Situación financiera francesa (embajada alemana en Madrid), 21.1.1945, PA AA R 106959. <<

[55] Informe de actividades del delegado del gobierno del Reich sobre cuestiones económicas y financieras ante el gobierno francés (Hartlieb), feb. de 1945, HAdDB B 330/4600, ff. 65,76 y ss. <<

[56] *ibid.*, f. 5; «Evolution de la trésorerie et des dépenses publiques 1938-1945», SAEFB 0060911/1. <<

[57] Arnoult, «Les finances de la France sous l'occupation», p. 39. <<

[58] AA HaPol (nota de Reinel), 7.11.1942, BA R 2/14552, f. 68; OKW (Kersten) al Auswärtiges Amt, 6.11.1942, PS-1741. <<

[59] RFM (Berger) al VJP (Gramsch), 15.1.1941, BA R 29/1, ff. 25-26; sobre la utilización real del dinero, Administración central de las RKK al RFM, 21.2.1941, *ibid.*, f. 89; contabilidad de 1941, BA R 29/2, ff. 82, 163 y ss.; RFM (Bayrhoffer) al RVM, 10.12.1940, AN AJ 40/1124 («Costes de ocupación» AIV); «Bienes enemigos», AN AJ 40/589, f. 42. <<

[60] RFM (Mayer), «Resultado financiero de 1941», 6.8.1942, R 2/24250. <<

[61] Cuenta A VI de la RKK de París, 1941, AN AJ 40/1124; Comisión del armisticio, 24.5.1941, NG-3630. <<

[62] RFM, 14.10.1942, asunto secreto, BA R 2/14552, f. 15; MBiF, intendente jefe al OKW, 18.1.1943, ff. 114 y ss. <<

[63] Informe de actividades del delegado del gobierno del Reich sobre cuestiones económicas y financieras ante el gobierno francés (Hartlieb), feb. de 1945, HAdDB B 330/4600, ff. 6,11. <<

[64] RFM, Primatex, 30.11.1942, BA R 2/14553, ff. 35-36. <<

[65] Papeles «Monange», «Investigaciones de posguerra», SAEF B 57045. <<

[66] «Constitución, tareas y actividad hasta el momento de la Roges» [feb. de 1942], BAR 2/30536, ff. 3-4. <<

[67] RFM (Bußmann) a la caja central del Reich, 24.10.1940, AN AJ 40/1124 (esas actas no paginadas contienen cientos de ejemplos). Heinz Schmid-Lossberg, Rüstungskontor GmbH, etc., 8.6.1945, SAEF B 57045, p. 12. <<

[68] DSK Francia a todos los controladores de bancos, com-

pra de títulos extranjeros por grupos de intereses alemanes, 18.10.1941, AN AJ 40/1027 (DSK 2.5); RWM (Schlotterer) al BdDA y otros bancos, 24.10.1940, *ibid.* (OZI Kambartel). <<

[69] DSK Francia, acciones de la Compagnie Française des Mines de Bor, 21.2.1941, AN AJ 40/1027 (OZI Kambartel). <<

[70] DSK Francia (Hartmann) a la Banque de Paris et des Pays Bas, 1.12.1941, AN AJ 40/1027 (DSK 2.5). <<

[71] RFM al RHK, 6 y 9.12.1940, AN AJ 40/1124. <<

[72] Costes de ocupación en Francia A I. Informaciones del RFM (15.10. 1940-5.4.1943), AN AJ 40/1124 (los ejemplos indicados se pueden completar fácilmente). <<

[73] RFM al RHK, 17.10.1940, NAAJ 40/1124. <<

[74] Umbreit, «Auf dem Weg zur Kontinentalherrschaft», p. 239. <<

[75] Informe de actividades del delegado del gobierno del Reich sobre cuestiones económicas y financieras ante el gobierno francés (Hartlieb), feb. de 1945, HAdDB B 330/4600, f. 17. <<

[76] Auswärtiges Amt (servicio Rahn), Propuesta referente a la cuenta de compensación germano-italiana, 1.11.1943, BA R 2/30601. <<

[77] Sobre el contexto general, Klinkhammer, *Zwischen Bündnis und Besatzung*, «Das neofaschistische Sozialisierungsprogramm», *Neue Zürcher Zeitung*, 31.10.1944, BA R 8119F/10883. <<

[78] Plenipotenciario general de la Wehrmacht en Italia, grupo finanzas, cargas de guerra de Italia, 27.1.1944, BA R 2/30597, f. 104. <<

[79] RFM, «Cuestiones financieras germano-italianas», BA R 2/30597, ff. 143-144. <<

[80] RFM, «Relaciones económicas con Italia», 20.11.1943, BA R 2/30601. <<

[81] Bernhuber/Orgera, Archivio Storico Banca d'Italia (ASBI), Arch. Azzolini, Ufficio speziale di coordinamento, 00520010155 y ss.; Bdl, Conto N.° 5019 intestato al ministero Dr. Rodolfo Rahn, 2.11.1943-4.6.1946, ASBI Bdl Segreteria particolare 493/5, ff. 17 y ss. <<

[82] Embajada alemana en Italia, departamento de finanzas (Schmidt) al RFM (Berger), 29.6.1944; plenipotenciario general de la Wehrmacht en Italia, informe sobre la situación (16.7-15.8.1944), BA R 2/30598, ff. 94 y ss., 135 y ss. <<

Notas Capítulo 7. El espacio «complementario» del este

[1] Informe mensual del comisario alemán en el Banco Nacional de Bélgica, 9.3.1943, apéndice, p. 1, BA-MA RW 36/363. <<

[2] Lemkin, *Axis*, p. 62; MBiF al OKH (jefe del cuartel general), 7.12.1940, BA R 2/14601, ff. 5 y ss; RFM (Breyhan), «Transferencia de salarios de los trabajadores extranjeros empleados en Alemania», mayo de 1944, BA R 2/30909. <<

[3] Informe de actividades del delegado del gobierno del Reich sobre cuestiones económicas y financieras ante el gobierno francés (Hartlieb), feb. de 1945, HAdDB B 330/4600, f. 9. <<

[4] RFM (Breyhan), «Transferencia de salarios de los trabajadores extranjeros», mayo de 1944, BA R 2/30909. <<

[5] AA (Servicio Rahn), Vorschläge zum dtitalienischen Clearingverkehr; 1.11.1943; RWM (Süßkind-Schwendi), «Toma de posición», 10.11.1943, BA R 2/30601. <<

[6] AOK 16, Intendente al comandante local, 21.1.1942, BA R 29/111. <<

[7] BAR2/31097. <<

[8] Ordenanza sobre la tasa de compensación social, RGBl, 1/1940, p. 1077. <<

[9] Reglamento de tarifas del Reich para los trabajadores agrícolas polacos, 8.1.1940, Oertel, «Kriegsfinanzierung»,

p. 702; con algunos erores, Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter*, p. 107. <<

[10] Discusión de la ordenanza, GStA Rep. 77/307/4,141, ff. 148-153. <<

[11] Leyes de modificación de la legislación relativa al impuesto sobre la renta, RGBl, 1/1938, p. 99, y 1/1939, pp. 283 y ss. <<

[12] Aly, *Tunnel*, pp. 64-65; Kaemmel/Bacciocco, *Einkommensteuergesetz*, p. 498. <<

[13] *Frank-Tgb.* (Präg/Jacobmeyer), pp. 293, 297; departamento de finanzas del GG (von Stret), conversación con el Gobernador General, 4.10.1940, AAN Reg. GG/796, ff. 292 y ss. <<

[14] Cancillería del NSDAP a Reinhardt, 26.5.1942, BA R 2/56926. <<

[15] RFM, «Trato especial de los judíos, polacos y gitanos en el impuesto sobre la renta», 11.6.1943, contribución de Hunsche a la discusión (RSHA), BA R 2/56926. <<

[16] Según la ordenanza sobre el impuesto y sobre el trato a los trabajadores del Este en cuestiones de derecho laboral (RGBl, 1/1942, pp. 42, 86,419-420, RStBI. 1942, pp. 265 y 705), le podía quedar un máximo semanal de 17 RM. Ahora bien, en la práctica ningún trabajador del Este ganaba el salario semanal necesario para eso (70 RM); tabla de las retenciones de los salarios para los trabajadores del Este (RAM), junio de 1942, NG-1952. <<

[17] Artículos 8 y 13 de la ordenanza sobre las condiciones de la movilización de los trabajadores del Este, 30.6.1942. <<

[18] «Das Sparsystem für Ostarbeiter», *Bank-Archiv* 1942, pp. 339-340; Administración central de las RKK, Ahorro de

los trabajadores del Este, 21.6.1942, BA R 29/112 (el autor recuerda lo que se llamaban «economías escolares» en la RFA de los años 50, con las mismas características); Oertel, «Kriegsfinanzierung», pp. 702-703. <<

[19] Oertel, «Kriegsfinanzierung», pp. 702-703; Eichholtz, *Geschichte*, vol. 2, pp. 217 y ss. <<

[20] RFM (Breyhan), «Transferencia de salarios de los trabajadores extranjeros (1941-1943)», mayo de 1944, BA R 2/30909. Dado que los datos sólo se refieren a una parte de los trabajadores extranjeros, voluntarios y forzados, de la tabla no se puede inferir ningún resultado, pero se puede observar en ella una tendencia al alza. <<

[21] *Wirtschaftliches Merkblatt* (para información a la tropa) [20.5.1942], BA-MA RW7/1711a, 241-242. <<

[22] Buchheim, *Lander*, Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 240 y ss. <<

[23] Consejo de adm. de las RKK, 10.6.1941, BA R 29/1, ff. 208-214. <<

[24] Consejo de adm. de las RKK al RFM (Bayrhoffer), BA R 29/1, ff. 195-196. <<

[25] Consejo de adm. de las RKK al RFM, 20.8 y 29.8.1941, BA R 29/2, ff. 52, 62; Oertel, *Reichsbank*, p. 187. <<

[26] RWM, WiStb Ost, 28.8.1941, BA R 29/2, f. 68r. <<

[27] Consejo de adm. de las RKK, 10.6.1941, BA R 29/1, ff. 208-214. <<

[28] RFM (Bußmann), 16.6.1941, sobre la conversación, 10.6 y la nota (dir. del RB Winter), 9.6, sobre una discusión con Schlotterer, BA R 2/14588, ff. 119 y ss. <<

[29] Consejo de adm. de las RKK, 16.12.1941, BA R 29/3, ff. 18-23; RB, Bernhuber a Wilhelm, 20.10.1941, BA-DA ZA Z-E 10237, vol. 1, f. 315; Schwerin von Krosigk, Monedas de las

regiones del Este, 17.2.1942, BA R 2/30915. <<

[30] Consejo de adm. de las RKK, 14.5.1942, BA R 29/3, ff. 180-182. <<

[31] Consejo de adm. de las RKK, 15.8.1942, BA R 29/4, ff. 120-123. <<

[32] Frank a Schwerin von Krosigk y respuesta, julio de 1942, BA R 2/14588, ff. 175 y ss.; Oertel, *Reichsbank*, p. 175. <<

[33] Consejo de adm. de las RKK, 3.3.1941, BA R 29/1, ff. 104-108. <<

[34] Schwerin von Krosigk a Frank, 16.4.1940, aprobación de Frank a las propuestas de Schwerin von Krosigk, 31.5.1940, RFM (Bußmann) al banco emisor, Cracovia, 25.7.1940, BA R 2/5102, ff. 95 y ss., 122,136. <<

[35] «Eine Notenbank für die Ukraine», *Bank-Archiv*, 1942, pp. 123-124. <<

[36] RFM (Eckhardt), Cambio de rublos en Karbowane, 30.4.1942, BA R 2/14591, f. 96. (el documento trata en conjunto de la creación y funcionamiento del Banco Central de Ucrania). <<

[37] Costes de la Wehrmacht en Ucrania, R 2/30586; consejo de adm. de las RKK, 27.2.1943, BA R 2/13502, f. 112. <<

[38] RKU, departamento de finanzas, 16.2.1943, BA R 2/30585. <<

[39] Informe de la administración del Banco Central de Ucrania para 1942 (p. 3), *ibid.* <<

[40] Göring a Backe, 29.10.1938, NG-235. <<

[41] RMEL (Moritz), Silos para el almacenamiento de grano, 28.10.1938, BA R 2/18157. <<

[42] Declaración bajo juramento de Kurt Kozuszek, 25.2.1947, NA Rg 238/cajaXI/F34, tomas 211-214 (NID-

14478). <<

[43] «Beauvoir a J-L. Bost, 28.8.1939», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 3.7.2004. <<

[44] Göring, 6.8.1942, IMG, vol. 39, p. 385. <<

[45] Directivas para la política económica en cuestiones de organización en el Este, sección agricultura, 23.5.1941, IMG, vol. 36, pp. 135-157. <<

[46] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, p. 258. <<

[47] Todas las citas, siempre que no se diga otra cosa, son de Aly/Heim, *Vordenker*, pp. 381-383. <<

[48] *Wehrmacht. Dimensionen*, p. 311. <<

[49] *ibid.*, cit. en Aly, *Rasse und Klasse*, p. 132. <<

[50] OKW, Devolución de sus ropas de invierno por las tropas destinadas al Este, 30.4.1942, Landesarchiv-Berlin A Rep. 92/105, f. 110. <<

[51] Director general de Hacienda de Hamburgo al RFM, 5.6.1942, BA R 2/58094, ff. 486-487. <<

[52] RMfdbO al OKW, 9.12.1942, BA R 2/30585. <<

[53] RFM, Presupuesto de Ucrania para 1942, BA R 2/30585; sobre las dificultades de la «operación paquetes», *vid. Goebbels-Tgb.* (oct. 1942). <<

[54] Göring, 6.8.1942, IMG, Bd. 39, pp. 385-386. <<

[55] Benzler (Belgrado) al Auswärtiges Amt, 13.9.1942, NA T 120/1174, tomas 70 y ss. <<

[56] Negociaciones Backe/Bonnafous, 1.3.1943, Estadísticas sobre las exigencias alemanas, 1943-1944, SAEF B 49478/1; MBiF, 19.7.1944 sobre el intercambio comercial entre Alemania y Francia, *ibid.*, 57046 (informes alemanes). <<

[57] Reunión en Rovno (tte. von Engelbrechten), 26-28.8.1942, NA 242/24, f. 13 (DW files, Foreign Office). <<

[58] Discusión (Backe), 23.6.1942, Gerlach, *Krieg*, p. 192. <<

[59] *ibid.*, p. 220. <<

[60] Witte, «Funkspruch». <<

[61] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 796-813. <<

[62] *Goebbels-Tgb.*, 11/6, 5.72,127 (5 y 15.10.1942); Boberach (ed.), *Meldungen*, p. 4309; Boelcke (ed.), *Krieg*, p. 288. <<

[63] RFM, Importancia de los territorios ocupados en el Este según las estadísticas alemanas de importaciones y exportaciones (balance del Este), 30.7.1943, BAR 2/30675. <<

[64] *Statistisches Handbuch von Deutschland 1928-1944*, pp. 124 y ss., 231. <<

[65] Estadísticas económicas y financieras (secreto), 31.5.1944. BA R 2/24250. <<

[66] Aly/Heim, *Vordenker*, p. 372. <<

[67] Carta de un empleado de la fábrica IG-Farben de Premnitz a su director, 14.6.1942, Kundrus, *Kriegerfrauen*, pp. 318-319. <<

[68] Wette *et al.* (eds.), *Das letzte halbe Jahr*, pp. 241 y ss. <<

[69] Burkert, *900 Tage*, p. 47. <<

Notas Capítulo 8. El principio del pillaje estatal

[1] «Für Juden nur ein Konto. Maßnahmen zur Sicherung des jüdischen Vermögens», *Krakauer Zeitung*, 26-27.11.1939. <<

[2] «Tätigkeit der Treuhandstelle für das Generalgouvernement, *Die Ostwirtschaft*, 1941, núm. 1, BA R 2/5100, f. 8». <<

[3] GG, departamento de finanzas (Spindler), al departamento de Administración interna, 15.1.1941, BA R 2/5100, f. 5. <<

[4] Plodeck ante Frank, 19.1.1942, *Frank-Tagebuch*, pp. 74 y ss. <<

[5] GG, departamento de finanzas (Spindler) a los responsables de los demás departamentos del GG, 24.4.1941, AAN Reg. GG/574, ff. 22, 33; GG, departamento de finanzas, circular (Spindler), 15.1.1941, AAN Reg. GG/1257, f. 1; bienes bajo administración fiduciaria (Plodeck), 3.8.1940, *ibid.*, ff. 21 y ss.; administración fiduciaria GG, circular núm. 11 (Plodeck), 8.11.1940, *ibid.*, ff. 17 y ss, 86; casos particulares, *ibid.*, GG/1255. <<

[6] RFM (Litter) al Auswärtiges Amt, 7.10.1942, PA AA R 111208. <<

[7] RB, departamento de economía nacional, Costes de ocupación en los territorios ocupados del norte y el oeste de Eu-

ropa, 26.8.1941, BA R 29/2, ff. 71-77. <<

[8] Consejo de adm. de las RKK, 16.10.1941, BA R 29/2, ff. 199-203. <<

[9] Informe de actividades núm. 3 del intendente en el WBB/NF (1.4-30.6.1941), BA-MA RW 36/121, p. 97. <<

[10] RFM (Eckardt), Costes de ocupación en Bélgica, 16.5.1941, BA R 2/274, ff. 89 y ss., 109 y ss. <<

[11] Bernhuber a Orgera, 23.11.1944, ASBI, Archivo Azzolini, Ufficio speziale di coordinamento, corr. Bernhuber e Nehlsen, 520010263; ASBI Vigilanza sulle aziende di crédito 669/1/1, f. 26. <<

[12] Aalders, *Geraubt!*, p. 182. <<

[13] Resumen de las medidas contra los judíos en los territorios ocupados (Rademacher), 23.5.1942, PA AA R 103285, f. 1. Una versión del 17.9.1942, destinada a ser examinada por el Tribunal de Cuentas, indica que el encierro en guetos y el exterminio de los judíos de Serbia costó un total de 33.500.000 dinares, BA R 26/VI/602, f. 23; Informe sobre la administración de los bienes judíos en Serbia (Gurski), 1.12.1944, (de aquí en adelante, Informe de Gurski) BA R 26/V1/470, f. 51. <<

[14] *Ibid.* y Tribunal de Cuentas (Müller) al GBW, Administración de los bienes judíos, 3.6.1942, BA R 26/VI/602, ff. 2-9. <<

[15] Nota de Rademacher, PA AA, Departamento político de cuestiones judías 36/1 (Serbia), ff. 629-632. <<

[16] Informe final de la administración provisional de los inmuebles y terrenos judíos, 22.6.1943, BA R 26/VI/359, f. 87. <<

[17] GBW (Gurski) al Tribunal de Cuentas, 8.9.1942, BA R 26/VI/602, ff. 12-20. <<

[18] RFM (Breyhan), 22.5.1942, BA R 2/30132. <<

[19] AA, HaPol (Pamperrien), 20.6.1942, PA AA R 111255; en ese encuentro se trató también de los bienes mobiliarios judíos, RFM (Breyhan), 1.7.1942, BA R 2/330, f. 33. <<

[20] Administración fiduciaria y bienes judíos, 23.3.1945, pp. 14-15, BA F 627 P. <<

[21] VJP (Gramsch) al Auswärtiges Amt, 20.6.1942, *ibid.* <<

[22] Informe de Gurski, *vid.* n. 13, ff. 51-52. <<

[23] Plenipotenciario del Auswärtiges Amt en el mando militar en Serbia al Auswärtiges Amt, 13.9.1941, y parecidamente el 5.11.1942, PA AA. R 111208. <<

[24] Gurski, 16.10.1944, BA R 26/VI/470, f. 68; Gurski a Gramsch (VJP), 0.4.1943, *ibid.*, vol. 364, ff. 345-357; Schlarp, *Wirtschaft*, pp. 294-295. Los resultados reales habrían sido inferiores, *ibid.*, pp. 297 y ss. La evolución posterior de los costes de ocupación y de la inflación en Serbia se muestra en el informe de Gotthardt (RWM), 15.1.1944, BA R2/14553, ff. 204-206; el RFM (Breyhan) estimaba los bienes judíos en Serbia en 150 millones de RM (= 3 millardos de dinares) 22.5.1942, BA R 2/30132. <<

[25] Schlarp, *Wirtschaft*, p. 302. <<

[26] Woermann (Auswärtiges Amt) a von Rintelen (Auswärtiges Amt), Situación en Serbia, 24.9.1942, a partir del telegrama de Benzler (Belgrado), 19.9.1942, NAT 120/1174, tomas 093 y ss. <<

[27] Para más detalles véase Gerlach/Aly, *Das letze Kapitel, passim.* <<

[28] Peritaje del Instituto de Historia Contemporánea (Fauck), 28.11.1960, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01, ff. 17 y ss. <<

[29] Gerlach/Aly, *Das letze Kapitel*, pp. 227-228; RFM (Pat-

zer) al Protector del Reich, Praga. 8.7.1942, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/313,232-233. <<

[30] Banco Federal Alemán a la Audiencia Territorial de Berlín, 11.2.1963, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/313, f. 169. <<

[31] Acta de von Jüterbog «sobre abastecimiento de las tropas y servicios de la Wehrmacht alemana en Hungría», BA-MA RW 7/171 Ib, ff. 40-47. <<

[32] Schwerin von Krosigk a Keitel, 4.4.1944, BA R 2/14553, ff. 107-108. <<

[33] Conversación Belatiny/Scheffler, 29.4.1944, Magyar Országos Levéltár (Archivo Nacional Húngaro) Z 9 (Banco Nacional de Hungría, documentos presidenciales secretos), Carpeta 39. <<

[34] RWM Departamento III (dirigido por Schlotterer), 23.5.1944, Acta (Schomaker), 31.5; Gerlach/Aly, *Das letze Kapitel*, p. 230. <<

[35] RWM (Schomaker), Comandancia militar para Hungría, 13.6.1944, NA T 71/59, tomas 237-240. <<

[36] Donner (Servicio de investigación económica militar), Sobre la situación financiera actual y las posibilidades de endurecer la política tributaria en Hungría, principios de octubre de 1944, BA R 2/30679. <<

[37] NA Rg238/cajaXI/F24, toma 308. <<

[38] RFM (Trapp), 17.3.1941, BA R 2/59888, ff. 67-71. El texto definitivo decía: «Los bienes que han pasado a propiedad del Reich deben servir para mantener todos los objetivos relacionados con la resolución de la cuestión judía». (*Reichsgesetzblatt*, 1/1941, p. 722.) <<

[39] Por ejemplo, Preußische Staatsbank al RFM (Radebach), 24.9.1942, BA R2/3180; RFM, Nota (Parpatt), 31.8.1945,

NAT 1139/53, NG-5294. <<

[40] Decreto de Hitler sobre el aprovechamiento de los bienes confiscados a los enemigos del Reich, 29.5.1941, *Reichsgesetzblatt*, 1/1941, p. 303; reglas de procedimiento y numerosos casos particulares, BA R 1501/1838 (RMI); RFM (oficina del secretario de Estado), 1942, BA R 2/31098, ff. 53-65. <<

[41] RFM (Burmeister) al mando financiero del GG (Streit), 22.5.1942, BA R 2/5056, f. 7. <<

[42] RFM (Bayrhoffer) a la administración financiera de los gobiernos de los *länder*, 26.9.1942, NAT 1139/50, NG-4997. La contabilización de los bienes expropiados a los judíos se modificó en enero de 1942. Hasta entonces los bienes confiscados se registraban en la Sección XV, capítulo 3, apartado 10. RFM (Maedel), 6.1.1942, reunión. (Maedel, Patzer, Matthaeus, Pape), 23.12.1941, NA T 1139/50, NG 5001; RFM, Simplificación de la contabilidad (Maedel), 26.1.1945, BA R 2/56201. ff. 51, 62; las acciones, kuxe y obligaciones del Estado debían enviarse al Preußische Staatsbank, y todos los demás títulos a la caja central del Reich, RFM (Paizer) al director general de Hacienda de Colonia, 11.5.1942, NA T1139/51, NG 5059; RFM (Schwerin von Krosigk), «Gestión del presupuesto en el Reich en el ejercicio 1945», 2.1.1945, BA R 2/56201, f. 14. <<

[43] RFM (Maedel), 17.1.1944, sobre la visita del ministro al servicio de Sigmaringen, NG-5338. <<

[44] Circular al responsable de la administración local SS de Lublin y al responsable administrativo del campo de concentración de Auschwitz (Frank), 26.9.1942, NO-724 (NA Rg 238/caja XI/39, tomas 548-549); las cuentas sobre el oro, divisas, estilográficas, relojes y «valores de otro tipo» confiscados en los campos de exterminio hasta el 3.2.1943 se hallan en IMG, vol. 33, pp. 60 y ss. (PS-4024). <<

[45] Testimonio de Albert Thoms, 8.5.1946, NA Rg. 238/caja XI/39, tomas 551-556; declaración de Thoms, IMG, vol. 13, pp. 661-678; RB sobre la venta de joyas, etc., 31.3. 1944, PS-3947; WVHA (Frank) al RFM, 24.7.1944, NA Rg 238/caja XI/44, tomas 383-384; Patzer (RFM) a Gossel (RHK), 16.11.1944, NG-5544; IMG, vol. 33, pp. 577-581. <<

[46] Testimonio de Emil Puhl, 3.5.1946, en Baden-Baden, NA Rg 238/caja XI/39, tomas 594-595. <<

[47] RHK (Gossel) al RFM (Patzer), 7.9.1944, NG-4094; Patzer a Gossel, 16.11.1944, NG-5544. <<

[48] Jefe de la *Sipo* (policía de seguridad) y del SD (Servicio de Seguridad) al alto mando del ejército, 11 y 12.2. 1942, NOKW-631. <<

[49] ZFS (Scheplitz, Dolderer) al director general de Hacienda de Berlín, 1.4.1941, «Aprovechamiento de joyas y metales preciosos», BA R 2/Anh./80, ff. 11-18; ordenanza sobre competencias, *Reichsgesetzblatt*, 1/1939, p. 37; Leeuw, «Der Griff des Reiches», p. 226. <<

[50] VJP, negociado de divisas, 24.6.1943, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/304, f. 17; BA R 2/56240, ff. 265 y ss. <<

[51] RFM, 26.3.1941, NG-4063. <<

[52] Kwiet, «Nach dem Pogrom», pp. 564-565. <<

[53] Mollenhoff/Schlautmann-Overmeyer, *Jüdische Familien*, vol. 2, pp. 793-794. <<

[54] *ibid.*, vol. 1, pp. 669 y ss. <<

Notas Capítulo 9. Blanqueo de dinero para la wehrmacht

[1] Incautación de los bienes judíos (Quisling), 28.10.1942, al jefe de la policía noruega, copia al departamento de finanzas, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/381, ff. 3a y ss.; esa carta fue precedida por una decisión de todo el gobierno, Hilberg, *Vernichtung*, pp. 583-584; Reisel/Bruland, *Report*, p. 10. <<

[2] Informe resumido *et al.* sobre la confiscación de bienes judíos en Noruega, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/381. <<

[3] El RFM (Maedel) intervino el 29.1 y el 26.5.1943 en la cuestión de los «bienes judíos en Noruega», BA R 2/30513. <<

[4] RH (Müller) al comisario del Reich en Noruega y al RFM, 18.11.1943, BAR 2/11444, ff. 62 y ss. <<

[5] Servicio de liquidación a los administradores de viviendas, sin fecha, Landesarchiv, B Rep. 039-01/381, f. 54a. <<

[6] Comisariado del Reich en Noruega, departamento de finanzas (Korff) al RFM, 3.11.1943, BA R 2/357, ff. 55 y ss.; Bohn, en *Reichskommissariat Norwegen*, no menciona en absoluto la Oficina de liquidación. <<

[7] Esa orden fue manifiestamente comunicada al mismo tiempo para Francia y Bélgica, con ocasión de una reunión en el hotel Ritz de París (*vid. p. 246*). Esta presentación se

apoya en el informe final de la administración del MVB/NF, parte 16, «Bienes bajo administración fiduciaria» (*Treuhandvermögen*), cap. III, «Bienes judíos» (MVOR Dr. Pichier), pp. 108-109, BA-MA RW 36/227 (a partir de ahora, *Treuhandvermögen*). <<

[8] *Treuhandvermögen*, pp. 128-129,164-165; Doorslaer, «Raub», pp. 137-138. <<

[9] *Treuhandvermögen*, pp. 119-120. <<

[10] Extracto del RFM a partir del Informe de actividades del MBB/NF, febrero de 1941, BA R 2/274, ff. 129 y ss. <<

[11] Doorslaer, «Raub», pp. 135-136. <<

[12] *Treuhandvermögen*, pp. 119 y ss. <<

[13] «Moneda y Finanzas» (*vid.* n. 9 en la p. 390), pp. 15-16. <<

[14] Doorslaer, «Raub», p. 140. <<

[15] RFM, 27.9.1944,BAR2/305,f. 37. <<

[16] Comandancia de la Sipo y del SD en los Países Bajos, 21.6.1941, Leeuw, «Reichskommissariat», p. 239. <<

[17] Administración de los bienes judíos en los Países Bajos (Friedrich), 11.12.1943, BAR2/11443b, ff. 74-97. <<

[18] Aalders, *Geraubt!*, p. 311. <<

[19] La corrupción de los funcionarios alemanes empleados en esas tareas queda documentada en el informe del puesto aduanero de Lübeck, 1943/44, BA R 2/56101, ff. 82-95. <<

[20] Sobre este asunto, *vid.* Dreyfus, «Enteignung», pp. 50-54. <<

[21] Aalders, *Geraubt!*, pp. 272,189,244,191. <<

[22] Jefe de las SS y de la policía (Rauter) a Himmler, 24.9.1942, Landesarchiv-Berlin B Rep 039-01/320, ff. 174 y ss. El 2 de febrero, esto es, antes de que se adoptaran las medi-

das decisivas de expropiación, el director del equipo de Rosenberg en Amsterdam, comandante de las SS Schmidt-Stahler, informaba «sobre la cuestión judía»: «Las autoridades alemanas estiman que todavía no ha llegado el momento de la evacuación forzosa hacia el Este», *ibid.*, f. 1681. <<

[23] Arización de la actividad económica holandesa, Crónica económica cotidiana, 21.4.1942, PA AA R 1079031. <<

[24] Administración de los bienes judíos en los Países Bajos (Friedrich), 11.12.1943, BA R2/11443b, ff. 74-97. <<

[25] Las cantidades indicadas por Aalders en *Geraubt!*, p. 393, me parecen demasiado bajas en cuanto a los costes de ocupación, y por el contrario demasiado altas en lo que se refiere a lo robado a los judíos. <<

[26] MBiF, «Informe de la sección Wi 1/2 sobre el tratamiento de los bienes enemigos en el territorio de la autoridad militar en Francia» (20.10.19-15.8.1944), AN AJ 40/589, f. 6 (de aquí en adelante, Bienes enemigos). <<

[27] *ibid.*, f. 10. <<

[28] *ibid.*, ff. 24,280 <<

[29] *ibid.*, ff. 71-72 y 100 (los títulos franceses, las joyas, la vajilla y las obras de arte no se consideraban bienes enemigos). <<

[30] *ibid.*, ff. 35,41. <<

[31] Mando de la región aérea de Francia occidental, Pagos no líquidos, <<

21.1.1941, AN AJ 40//1106 (transferencias de la Luftwaffe).

[32] Hartlieb/Coquelin, 9.9.1943, Aide-mémoire, 7.5.1943, ABdF 1397199801/12. <<

[33] DSK en Francia a la Association professionnelle des banques, 14.11.1941, AN AJ 40/1027 (DSK 2.5, directivas). <<

[34] Memorándum (Hemmen) a Laval, 15.12.1942, PS-1741. <<

[35] Laskier, *North African Jewry*, p. 74. <<

[36] Conversaciones, 11.1, 12.12.1942, etc., entre el intendente jefe Pichier (MBB/NF) y Maedel (RFM), NG-5369. <<

[37] Srta. Stiller (banco privado en Viena) sobre una conversación con Maedel (RFM), 28.1.1943, ETT 37/218. <<

[38] Conversación, 16.10.1940, BA-MA RW 35/772. <<

[39] Herbert, *Best*, pp. 262-263. <<

[40] MBiF, sección económica, sobre las ordenanzas, 14.10. 1940, BA-MA RW 35/772. <<

[41] Presentación de la sección Wi 1/1 (fragmento), AN AJ 40/614 (5). <<

[42] Correspondencia MBiF/Sipo, AN AJ 40/616; Steur, *Dannecker*, p. 81. <<

[43] MBiF (Michel), Informe económico, oct. 1940, BA R 2/265, ff. 73-74; parecidamente para nov. 1940, R 2/14566, ff. 270 y ss.; MBiF (Michel) al RWM (Klesper, Joerges), 22.9.1941, AN AJ 40/615 (Participaciones alemanas. Generalidades). <<

[44] Compte-rendu de la réunion de liaison finances-production, 25.2.1942, SAEF, B 0060936. <<

[45] MBiF (Michel) al RWM, 22.9.1941, SAEF 57046. <<

[46] Abetz a Gelich (comisión del armisticio con Italia), 3-4.7.1942, Carpí, *Between Mussolini and Hitler*, p. 220. <<

[47] Niedermeyer (MBiF) al MBiF (Drueke), 4.7. 1942, BA-MA RW 35/1188; MBiF, Niedermeyer, Informe núm. 1,20.11.1944, BA-MARW 35/1191, f. 14. <<

[48] MBiF (Bargatzky), 26.8.1940, Herbert, *Best*, p. 263. <<

[49] AN AJ 40/619, Dossier 1941; *ibid.*, 621, vol. 2; sobre

Gerstner, *vid.* Aly, *Rasse und Klasse*, pp. 210-215. <<

[50] VOBlF, núm. 49 (20.12.1941). <<

[51] «Principios fundamentales de la cuestión judía», nota 1943, AN AJ 40/591; cuatro borradores de carta (Michel) sobre el «Cobro de la penitencia judía» al departamento central interno, a la Union des Israélites, al comisario general de cuestiones judías (Vallat) y al Ministerio de Hacienda francés, 15.12.1941, AN AJ 40/615 (Dossier 12, ff. 116-117); ordenanza sobre una multa expiatoria a los judíos, 17.12.1941, VOBlF, núm. 49 (20.12.1941), pp. 325-326; MBiF (Stülpnagel) al OKH, 5.12.1941, NG-117. <<

[52] RFM (Litter), Medidas contra los judíos en Francia, 13.2.1942, Tratamiento presupuestario y financiero de la penitencia judía en Francia, 24.4.1942, BA R 2/14567, ff. 200 y ss.; OKW al RFM, Depósito de los bienes obtenidos de la penitencia judía impuesta por el MBiF, etc., 8.4.1943, f. 311; MBiF, Informe sobre la situación, principios de 1943, BA-MA RH 2/592, pp. 52-53. <<

[53] NG-4882, NA Rg 238/caja XI/38, tomas 734-737. <<

[54] Rahn a Megerle (Auswärtiges Amt), 6.4.1943, NG-2737, NA Rg 238/caja XI/38, toma 741. <<

[55] Artículo 15 del Decreto legislativo del Duce «Nuove disposizioni concernenti i beni posseduti dai cittadini di razza ebraica», 4.1.1944, *Gazzetta Ujficiale*, núm. 6, pp. 7-12, habla expresamente de ello; en cuanto a Hungría, *vid.* Gerlach/Aly, *Das letze Kapitel*, pp. 235-236. <<

[56] *Wehrmacht. Dimensionen*, p. 155. <<

[57] Sobre la legislación antijudía del MBiF y del gobierno francés, *vid.* Tables des textes concernant la Situation des biens juifs, SAEF B 47361. <<

[58] Presentación de la sección Wi I/1 (fragmento), AN AJ

40/614 (5). Subordinados de Michel para la «desjudaización»: OKVR Dr. Blanke, KVR Stenger, Dr. Mangold. <<

[59] VOBlF, núm. 79 (9.12.1942), pp. 451-452; *ibid.*, núm. 97 (27.9.1943), pp. 553-554; Dreyfus, *Pillages sur ordonnances*, pp. 107 y ss. <<

[60] MBiF, Departamento de economía al encargado del MBiF para los bienes alemanes en los territorios franceses ocupados, 4.6.1942, AN AJ 40/616 (Bienes enemigos, *vid.* n. 26). <<

[61] Niedermeyer, 4.7.1942, BA-MA RW 35/1188. <<

[62] Véanse por ejemplo las notificaciones del Aero-Bank, París (filial del Bank der Deutschen Luftfahrt A. G. Berlín), en el que Niedermeyer había situado sus cuentas y depósitos, AN AJ 40/621, vol. 5. También Niedermeyer trabajaba fundamentalmente con administradores franceses, *ibid.*, vol. 4. <<

[63] RFM (Litter), Medidas contra los judíos en Francia, 13.2.1942, BA R 2/14567, ff. 200 y ss. <<

[64] RFM al MBiF, servicio de liquidación de Potsdam, 11.10.1944, BA R 2/305, ff. 9 y ss. <<

[65] Sobre su origen, AN AJ 40/591 (Treuhandstelle Organisation); sobre su creación, VOBlF, p. 166 (9.1.1941); Bienes enemigos, *vid.* n. 26, AN AJ 40/589, f. 89. <<

[66] *ibid.*, f. 90. <<

[67] MBiF, Administración, departamento de economía (Michel) a la TDT, 21.5.1942, AN AJ 40/591, (Treuhandstelle Org., f. 37). <<

[68] MBiF, Departamento de economía para el jefe de la Administración militar, 25.2.1944, AN AJ 40/591 (Treuhandstelle Org., f. 44). El puesto de encargado por la autoridad militar para la «desjudaización» junto al comisario general para

la cuestión judía fue desempeñado, al menos por un tiempo, por el agregado militar Stenger, *ibid.*, Principios de la cuestión judía, f. 77. <<

[69] Informe final de la TDT, oficina de París, 1941, vol. 1, AN AJ 40/591 (Rapports de la Treuhand sur sa propre activité). <<

[70] TDT, oficina de París, con respecto al SCAP, *vid.* Verheyde, «The Looting of Jewish Property», pp. 71 y ss., y Baruch, «Perpetrator Networks». Agradezco sus indicaciones a Wolfgang Seibel, de la Universidad de Konslanz, en cuya cátedra Martin Jungins ha escrito una historia impresionante del SCAP. informe preliminar, 14.3.1942, AN AJ 40/591. <<

[71] Stenger al Comisariado general para la cuestión judía, 4.12.1942, AN AJ 40/617, legajo 4; parecidamente, 31.3.1943, *ibid.*, 618A, legajo 2. <<

[72] Scheffler a la Union syndicale des banquiers, 21.6.1941, AN AJ 40/1027. <<

[73] Bienes enemigos, *vid.* n. 26, f. 16. <<

[74] Reproducido en République Franfaise: *La spoliation financiére.* <<

[75] Bienes enemigos, *vid.* n. 26, f. 400; Dreyfus, *Pillages sur ordonnances*, pp. 91 y ss., pasa por alto el objetivo claramente financiero de la política alemana de «desjudaización». <<

[76] Informe final de laTDT, oficina de París, 1942 y 1943, AN AJ 40/591. <<

[77] Bienes enemigos, *vid.* n. 26, ff. 93-94. <<

[78] Depósito de los fondos de la Administración fiduciaria, AN AJ 40/595A; Control (francés) de las cuentas de la Administración fiduciaria y oficina de control del MBiF, 16.10.1944 (traducción jurídica), Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/355. <<

Notas Capítulo 10. Ayudas financieras desde los estados coaligados con el reich

[1] Discurso del 5.2.1939, Lipscher, *Juden*, p. 25; sobre Mach, Tonsmeyer, *Slowakei*, pp. 114 y ss. <<

[2] Kaiser, *Politik*, p. 402. <<

[3] Lipscher, *Juden*, pp. 33-34. <<

[4] *ibid.*, pp. 40 y ss.; Tonsmeyer, «Der Raub des jüdischen Eigentums», p. 77. <<

[5] Kaiser, *Politik*, p. 409. <<

[6] Aly/Heim, *Vordenker*, pp. 253 y ss. <<

[7] Lipscher, *Juden*, pp. 65-66. <<

[8] Informe final de la DHM en Eslovaquia (Herzog), 10.5. 1941, BA-MA RH 31/IV/ll. <<

[9] Kaiser, *Politik*, p. 522; Lipscher, *Juden*, pp. 77-78; Tonsmeyer, «Der Raub des jüdischen Eigentums», p. 78. <<

[10] Informe anual del gobernador del Banco Nacional eslovaco (Korvas), 27.2.1943, BA R 2/13492, ff. 356 y ss. <<

[11] RFM, nov. de 1942, sin firma, BA R 2/30703. <<

[12] Lipscher, *Juden*, p. 119. <<

[13] «Abschöpfungsprobleme auch in der Slowakei», *Bank-Archiv*, 1943, pp. 114-115. <<

[14] RFM, nov. de 1942, sin firma, BA R 2/30703; Boelcke, *Kosten*, p. 120; A. J. van der Leeuw, informe pericial del

8.11.1962, sobre la confiscación de títulos depositados en la «casa bancaria» Lippmann, Rosenthal *&c* Co. (continuación 1), Landesarchiv-Berlin, B Rep. 039-01/322, p. 10. <<

[15] Información del departamento de los judíos croatas, 17.5.1941, para Hermann Bosnjak (Blühweiss) y Cilika Pick sobre la confiscación de diversos valores, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/294, ff. 37 y ss., 59, 59a; Procesos de restitución Sternfeld y Anica Polic, familia Ehrenfreund y otros casos, ff. 67 y ss. <<

[16] IfZ (Auerbach) a la comisión de indemnización de Berlín, 3.10.1962, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/294, ff. 2-3. <<

[17] *Frankfurter Zeitung*, 5.1.1943, BA R 2/60251. <<

[18] Hilberg, *Vernichtung*, p. 764. <<

[19] Neubacher, *Sonderauftrag*, pp. 58, 66; Exposición de la embajada alemana en Sofía, 3.2.1941, sobre los adelantos de gastos de desplazamiento «a los miembros de la delegación especial del enviado Dr. Neubacher» (asunto secreto). De ella formaban parte, además del propio Neubacher, el Dr. Reinhard Koenning (RFM), el Dr. Reinhardt (RWM), el director del RB Rudolf Satder, el agregado de intendencia Kaltenegger (OKW), el Dr. Biehler (OKW) y el agregado de intendencia Dr. Ullrich (OKW), PA AA 10565 (PA Neubacher), ff. 57-58, BA-DH, ZA/ZE/6900 (PA Sattler), ff. 203-205. <<

[20] Consejo de adm. a la administración central de las RKK (Scholz), 17.2.1941, BA R29/1, f. 90. <<

[21] Consejo de adm. de las RKK (Kretzschmann), 3.3.1941, BA R 29/1, ff. 108 y ss. <<

[22] Consejo de adm. de las RKK, 9.4.1941, BA R 29/1, ff. 138-147; RKK de Sofía al RB (Waldhecker), 15.4.1941, ff. 151-178. <<

[23] RKK de Sofía al consejo de adm. de las RKK, 5.6.1941. El 2 de abril de 1942 el «crédito» se elevaba ya, según datos de la RKK de Sofía, a 3,4 millones de levas, BA R 29/3, f. 168. <<

[24] Embajada alemana en Sofía (Richthofen) al Auswärtiges Amt, 31.5.1940, 18.2.1941, PA AAR 110010. <<

[25] Embajada alemana en Sofía (Beckerle) al Auswärtiges Amt, 12.11.1942, PA AA R 110010; consejo de adm. de las RKK, 16.12.1941, BA R29/3, ff. 18-23. <<

[26] Consejo de adm. de las RKK, 16.12.1941, BA R 29/3, ff. 18-23; Mischaikov, «Bulgariens», p. 51; Informe mensual sobre Bulgaria, feb. de 1944, NA T 71/59, tomas 748-749; RB, departamento de economía nacional (Eicke), 8.7.1944, BA R2/13502, f. 175. <<

[27] Hillgruber (ed.), *Staatsmänner*, pp. 338 y ss. (Hitler y Bojiloff, 5.11.1943). <<

[28] Correspondencia emprendida con fines dilatorios por parte alemana, BA-MA RW 7/1709a, ff. 77-156; Control de la exportación de mercancías de Bulgaria, *ibid.*, 1710b, ff. 213-221; Diario de guerra del intendente en el DHM en Rumania, 31.10.1941, BA-MA RH 31/I/v. 156, f. 6. <<

[29] Embajada alemana en Sofía (Beckerle) al Auswärtiges Amt, 12.3.1942, PA AAR 110010. <<

[30] Assa, *Macedonia*, p. 109; Matkowski, *History*, pp. 117 y ss.; Mischaikov, «Bulgariens», p. 51; Chary, *The Bulgarian Jews*, pp. 62. <<

[31] Decreto del consejo de ministros búlgaro, 4.7.1941, RKK de Sofía, 5.7.1941, PA AA R 110030. <<

[32] Lemkin, *Axis*, pp. 189-190. <<

[33] Chary, *The Bulgarian Jews*, p. 62, estima los bienes de los judíos que vivían en los territorios ocupados por Bulgaria

en unos 1,5 millardos de levas. <<

[34] Kolonomos/Veskovich-Vangeli, *The Jews in Macedonia*, vol. 1, p. 125. <<

[35] *Bulgarisches Amtsblatt*, núm. 192, 29.8.1942; traducción en alemán, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-011318. <<

[36] Dannecker a Eichmann, 23.2.1943 (visto por Beckerle), ET T 37/54. <<

[37] Hilberg, *Vernichtung*, pp. 804-805. <<

[38] Diario de guerra del oficial económico en Sofía (1-30.6.1943, sumario), BA-MA, RW 29/81. <<

[39] Chary, *The Bulgarian Jews*, p. 64 (si se deduce la inflación de guerra, esa cantidad se reduce a la mitad, pero ese dato no es significativo para las reflexiones aquí expuestas). <<

[40] Versión alemana, Landesarchiv-Berlin, B Rep. 039-011342, f. 87. <<

[41] Para el Ministerio de Finanzas rumano fue nombrado el consejero Dr. Bersch, y para las cuestiones del control de precios el consejero Schulte. También fueron enviados a Rumania, manifiestamente a la vista de las posibilidades de guerra contra la Unión Soviética, un experto en la construcción de carreteras y un agrónomo experto llamado Fachmann; Clodius al Auswärtiges Amt (Schwager), 13.12.1940, Clodius a Neubacher, 19.10.1940, PA AA PA Neubacher 10565, ff. 28-30. <<

[42] RFM (Breyhan), Reunión sobre Rumania, 12.10.1940, con Schlotterer, Landwehr, Reinhardt (RWM) y Neubacher, BA R 2/30703. <<

[43] «Das Siedlungswerk von 1942 in Rumania», *Raumforschung und Raumordnung* 7 (1943), pp. 62 y ss; Ancel, «Seizure of Jewish Property in Romania», p. 46. <<

[44] RFM, Gastos de las tropas en Rumania, junio de 1942, BA R 2/60196. <<

[45] RFM (Mayer), Resultados financieros 1941,6.8.1942, BA R 2/24250; sobre la fase inicial de indemnizaciones mediante prestaciones en especie», *vid.* RFM (Banfer), Aspiraciones de los alemanes étnicos para la repatriación, 20.10.1939, BA R 2/30011, ff. 15 y ss. <<

[46] RB (Waldhecker), 16.1.1941, BA R 2/30703. <<

[47] Aly, «Endlösung», pp. 130,257-258 y *passim.* <<

[48] Informe pericial del IfZ (S. Fauck) sobre la persecución de los judíos en Rumania a la comisión de indemnizaciones de Berlín, 20.9.1961, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/298, ff. 14 y ss.; Ancel, «Seizure of Jewish Property in Romania», pp. 47 y ss. <<

[49] RFM (Breyhan), Reunión sobre Rumania en el RWM, 12.10.1940, BA R 2/30703. <<

[50] PA Sattler, BA-DH, ZA/ZE/6900, ff. 203 y ss.; RB (Waldhecker), negociaciones germano-rumanas, enero de 1942, BA R 2/30703. <<

[51] Viaje oficial del vicepresidente Lange y del director Kretzschmann del RB a Atenas, Salónica, Sofía, Bucarest, Belgrado y Budapest, 24-30.5.1941, BA R 29/1, ff. 215-220. <<

[52] Memorándum, nov. de 1940, Goerdeler, *Schriften*, p. 824. <<

[53] RB (Waldhecker, Trier), 13.12.1940, BA R 2/30703. <<

[54] Situación monetaria en Rumania (Blessing), Bucarest, 8.10.1941, redactado a petición de Neubacher, presentado al gobernador del Banco Nacional de Rumania, BA-MA RH 31/I/v. 66. <<

[55] Agregado militar y jefe de la misión económica de la

Wehrmacht en Rumania, Obtención de leis, nov. de 1941; Hitler a Antonescu, 14.8.1941; Acuerdo sobre la seguridad, administración y explotación económica de la región entre el Dniester y el Bug (Transnistria) y entre el Bug y el Dnieper, cerrado el 30.8.1941 en Tighina entre el estado mayor del reino de Rumania (Tataranu) y el OKH (Hauffe), BA-MA RH 31/I/v. 66 (subrayado en el original). <<

[56] Diario de guerra del intendente en el DHM en Rumania, 30.11.1941, BA-MA RH 31/I/v. l56, ff. 15 y ss.; Intendente jefe en Rumania para la explotación del país, abril de 1941, *ibid.*, 233, ff. 148-159. <<

[57] Visita del director general al Ministerio de Finanzas rumano, Nicolae Rasmeritza y el director del RB Wilhelm, 2.7.1941, BA R 2/14585, f. 52; consejo de adm. de las RKK, 16.12.1941, BA R 29/3, ff. 18-23. <<

[58] Karl Graupner estima que el valor total del oro entregado a Rumania equivaldría a unos doscientos millones de RM (setenta toneladas de oro). Nota sobre los depósitos de oro en el RB del 20.8.1945, anexo 2, HAdDB B 331-BAY/678, f. 48. Sin embargo, la comisión de expertos sobre Suiza durante la segunda guerra mundial habla de oro por valor de 134,4 millones de RM (p. 55), y ésa es la cifra a la que nos referimos aquí; sobre las fechas de las entregas, *vid.* p. 64. Para más detalles sobre esas transacciones, *vid.* la toma de posición del RB (Wilhelm) a través de Puhl a Funk, 8.12.1941, BA R 2/30703. <<

[59] Directiva económica núm. 1/1943 v. 1.1. (Hauffe), BA-MA RH 31/I/v. l34. <<

[60] *Goebbels-Tgb.*, 11/12, p. 88 (10.1.1943); acta de la reunión M. Antonescu/Ribbentrop. 11.1.1943 (asunto secreto), BA-MA RW 7/1711a, ff. 176-177. <<

[61] Hauffe, Viaje de la delegación rumana al cuartel gene-

ral del Führer, 8.1-14.1.1943, BA-MA RH 31/I/v. 134. <<

[62] DHM Bucarest (Hansen) al OKW/Servicios generales de la Wehrmacht (Reinecke), 3.2.1943, BA-MA RH 31/I/v. 134; general alemán en el estado mayor del ejército rumano (Hansen) al OKW (WFStb), 5.3.1943, *ibid.* Los movimientos del oro aparecen registrados en el libro de salidas de la cámara de oro del Reichsbank en las fechas indicadas, HAdDB, BSG 10/62. La documentación reunida por Herbert Herzog, Viena, en abril de 1957, sobre las piezas de oro italianas trasladadas a Alemania durante la guerra proporciona datos algo diferentes. El anexo III contiene un inventario de las cantidades de oro enviadas al exterior por el RB durante los últimos años de la guerra. Para Rumania se mencionan allí las fechas 23 de febrero, 14 de abril y 3,15 y 27 de mayo de 1943, con un total de 30 toneladas. HAdDB, B 330/7083, pp. 89-90. <<

[63] Consejo de adm. de las RKK, 5.12.1942 y 27.2.1943, BA R 2/13502; *Goebbels-Tgb.*, 11/12, pp. 261-262 (5.2.1943). <<

[64] *Türkische Post*, 11.5.1943, BA R 2/60198. <<

[65] Acta de la reunión M. Antonescu/Ribbentrop. 11.1.1943 (asunto secreto), BA-MA RW 7/1711a, ff. 176-177. Evidentemente, los alemanes revisaron bien pronto sus exigencias al alza, *vid*, acta complementaria (Clodius/M. Antonescu), 17.7.1943 ff. 178-179. En la conversación entre Hitler e Ion Antonescu el 10.1.1943, en el cuartel general del Führer los problemas financieros sólo se mencionaron de pasada. Hillgruber (ed.), *Staatsmänner*, p. 201. En opinión de los alemanes el gobernador del Banco Nacional rumano, Al. Ottolescu, era un «excelente especialista en asuntos de oro», que aceptaría un aumento repentino de la masa monetaria si contaba con reservas de oro suficientes. RKK de Bucarest (Seiffert) a la Administración central de las RKK, 7.12.1941, BA R 29/3,

ff. 14-17. Debido a «la ortodoxia de su política monetaria en relación con el oro», el RWM trató desde principios de 1940 de sustituir a Ottolescu por un interlocutor más dúctil, pero no lo consiguió hasta febrero de 1944, Informe mensual de abril de 1940 en Rumania, NAT 71/59, tomas 962-967. <<

[66] RFM (Breyhan), Financiación de la Wehrmacht en Rumania en 1944, BA R 2/30916 *passim*, RWM, Informe mensual sobre Rumania, julio de 1944, NAT 71/59, tomas 287-290. <<

[67] Actas del consejo de la corona, 19.3.1944 (traducción jurídica), Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/281, f. 42. <<

Notas Capítulo 11. El rastro del oro

[1] Documentos, Introducccción: *Jüdisches Lexikon*, entradas «Saloniki» y «Griechenland». <<

[2] Oficina de Estadística del Reich, Grecia, Administración pública y finanzas (situación al 6.4.1941), PA AA R 110262. <<

[3] En general, Hilberg, *Vernichtung*, pp. 737-755. <<

[4] Plenipotenciario del Reich (Schiedlausky) al RWM (Landfried), 21.3.1942, PA AA R 110306. El tabaco suponía en 1942 más de dos terceras partes de las exportaciones (obligadas) griegas a Alemania. Plenipotenciario del Reich (Altenburg) al Auswärtiges Amt, 4.5.1942, PA AA R 110264. <<

[5] Merten, testimonio bajo juramento, 2.5.1970, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-011342, ff. 267 y ss. <<

[6] Plenipotenciario del Reich (Schulte), El problema de los precios en Grecia, 27.11.1942, al Auswärtiges Amt a través de Neubacher, PA AA R 110321. <<

[7] RFM, 15.7.1942,BAR2/30936. <<

[8] Mackensen (Roma) al Auswärtiges Amt, 26.9.1942, NAT 120/1174, tomas 801-802. <<

[9] RFM al Auswärtiges Amt/HaPol, OKW, RWM, RMEL y VJP (copia, 23.9.1942), BA R 2/014552, ff. 30-31; Toma de posición del RB, departamento de economía nacional, 12.9.1942, *ibid.*, ff. 33-34. <<

[10] OKW a la Administración central de las RKK,

14.9.1942, BA R 29/4, f. 149. <<

[11] Estado mayor de la economía de guerra en Grecia, Financiación del abastecimiento de la Wehrmacht, 10.6. 1944, BA-MA RW 29/116, f. 3. <<

[12] Fleischer, *Im Kreuzschatten der Mächte*, p. 116. <<

[13] «Das Kinderelend in Griechenland (Bildbericht)», *Neue Zürcher Zeitung*, 30.5.1943; sobre la tasa de mortalidad en Grecia en 1940-1941-1942, *vid.* Apostolou, «The Exception of Saloniki», p. 169. <<

[14] Planes monetarios para Creta, 8.3.1942, PA AA R 110283. <<

[15] Comandante en jefe encargado del Sureste y comandante en jefe del 12.° Ejército, vigilancia del correo militar, 2.1.1942, BA-MA RW 40/198. <<

[16] Hahn, *Währung* (1957), p. 27. <<

[17] Plenipotenciario del Reich (Altenburg) al Auswärtiges Amt, 29.10.1942, PA AA R 110263; diario de guerra del oficial económico en Atenas, 24 y 27.10.1942, BA-MA RW 29/98. <<

[18] Plenipotenciario del Reich (Schulte), El problema de los precios en Grecia, 27.11.1942, al Auswärtiges Amt, p. 14, PA AA R 110321. <<

[19] Ordenanza del comandante en jefe del Sureste del 30.1. 1943, BA-MA RW 29/100; RB, dossier de prensa sobre Grecia, BA R 2501/4795. El aumento obligatorio del capital social en beneficio del Estado fue considerado igualmente a principios de 1943 en Alemania, E. W. Schmidt (Deutsche Bank) a Walter Tron (Creditanstalt-Bankverein, Viena), 24.2.1943, BA R 8119/10880, ff. 266-269. <<

[20] Paul Hahn, director del Reichsbank y comisario alemán en el Banco Nacional griego de 1941 a 1944: Die griechische

Währung und währungspolitische Maßnahmen unter der Besetzung 1941-1944 [La moneda griega y medidas de política monetaria durante la ocupación 1941-1944], PA AA R 27320, y también BA R 2/30680; publicado, con ligeras alteraciones, en 1957 como núm. 10 de los *Studien des Instituts für Besatzungsfragen in Tübingen zu den deutschen Besetzungen im 2. Weltkrieg*, de aquí en adelante se citará como *Währung* o *Währung*-versión de 1957; Neubacher, *Sonderauftrag*, p. 85; oficial económico en Atenas, diario de guerra 1942, anexo 10, BA-MA RW 29/98. <<

[21] OKW, intendente jefe (Kersten) al Auswärtiges Amt, 10 y 23.3.1943, BA-MA RW 7/1710b, ff. 165 y ss.; Informe final del comandante en jefe del Sureste, B: Grecia (proyecto, principios de 1945), NAT 501/258, toma 97; Palairet, *The four Ends*, pp. 33-34; Hoffinghoff, «Die griechische Wirtschaft»; RFM, 17.7.1943, BA R 2/14580, ff. 182 y ss.; sobre la operación sueca de auxilio, BA-MA RM 7/1909; RB, departamento de economía nacional, Inflación en Grecia, 12.9.1942, BA R 2/14552, ff. 33-34; Roediger, «Hilfsaktion». <<

[22] Wappler, *Grundzüge der Okkupationspolitik*, p. 56. <<

[23] RFM, Costes de ocupación en Grecia, 26.11.1942; Directorio del RB al RFM (Bußmann), 3.3.1943, BAR 2/14569, ff. 174,184,190. <<

[24] Clodius y Mackensen (Roma) al Auswärtiges Amt, 5.10.1942, NA T 120/1174, tomas 785 y ss. <<

[25] Según las indicaciones de Paul Hahn, todos los archivos de su servicio «tuvieron» que ser destruidos; Hahn, *Währung*-versión de 1957, p. 50. Parecidamente se expresaba el jefe de la administración militar para el Sureste: «Desde los últimos meses de la ocupación se ordenaron vastas selecciones y destrucciones de actas». Jefe de la administración militar para el Sureste al OKH (jefe del cuartel general Ma-

litzky), abril de 1945 (fragmento), BA-MA RW 40/115, f. 5; en general, sobre la destrucción de archivos, *vid.* Hartlaub, *In den eigenen Umriss*, vol. 1, p. 199. <<

[26] RB (Wilhelm), 21.10.1942, BA R 2/14552, f. 32. <<

[27] Liquidación de gastos de viaje, 4.8.1943, según el reglamento del 17.10.1942, PA AA, archivos personales de von Thadden, documento financiero, ff. 129-130; nota, 18.11.1942, *ibid.*, f. 121. El 15.3.1943 se menciona a von Thadden como miembro del equipo de Neubacher, f. 126. El propio von Thadden decía sin embargo más tarde que se le había encargado una pura «misión económica»; *vid.* por ejemplo su interrogatorio en Düsseldorf, 7.5.1961, *http://www.nizkor.org/hweb* Verificada. La URL es demasiado larga para reproducirla (1.9.2002). <<

[28] Ritter, *Neubacher*, pp. 125-126; Mazower, *Greece*, pp. 71-72. <<

[29] Diario de guerra OKW, vol. III, p. 109. <<

[30] Altenburg al Auswärtiges Amt, 26.1.1944, PA AA Inl. Ig 190, f. 60; sobre la «resistencia» de Logothetopoulos, *vid.* Apostolou, «The Exception of Saloniki», pp. 180-181. <<

[31] Facsímil en Molho (ed.), *In Memoriam* (1948). Seis días después Wisliceny disponía los detalles: «El signo de los judíos es una estrella de seis puntas de 10 cm de diámetro». <<

[32] Cónsul general alemán (Schonberg) al Auswärtiges Amt, 15.3.1943, Seckendorf (ed.), *Okkupationspolitik*, pp. 226-227. <<

[33] Hilberg, *Vernichtung*, p. 745. <<

[34] Telegrama de Wisliceny a Eichmann descifrado por el servicio secreto británico, Apostolou, «The Exception of Saloniki», p. 182. <<

[35] Liquidación de gastos de viaje, 4.8.1943, PA AA, archivos personales de von Thadden, documento financiero, f. 130. <<

[36] Comandante de la Sipo y del SD en Grecia al Plenipotenciario para el Sureste, 2.8.1944, PA AA R 27318, f. 3. La ley griega fue promulgada el 29.5.1943. En julio de 1944 la revista germano griega *Wirtschaftsnachrichten* (núm. 2, p. 67) señalaba, a propósito de los bienes de los judíos atenienses: «El Ministerio de Hacienda griego ha comunicado que el servicio administrativo encargado de los bienes judíos ha quedado instalado en el núm. 10 de la calle Thiseos, dirección a la que deben dirigirse de ahora en adelante todos los interesados». <<

[37] Testimonio de Nikolaos Tzavaras, 11.9.1945, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/342, ff. 237 y ss. <<

[38] Elias Douros, informe (complaciente) sobre la administración de los bienes judíos en el norte de Grecia (traducción jurídica), 1.7.1945, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/344. <<

[39] Mazower, *Greece*, p. 248. <<

[40] Österreichischer Rundfunk, informaciones internacionales, 9.8.2000, *http://magazine.orf.at/report/int/sendungen/000823/000823_3.htm*. Han cambiado toda la pág. web de la ORF, y ya no existe. (31.8.2002). También Enepekidis considera a Merten como la figura central de la persecución de los judíos («Todos los documentos importantes que salían del departamento civil de la administración militar llevaban la firma "DR. MERTEN"».), Polychronis Enepekidis, Aclarada por primera vez la «solución final» en Grecia. La deportación de setenta mil judíos (traducción manuscrita al alemán), p. 23, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/345. <<

[41] «Rush is on for Nazi gold in Greek sea», *New York*

Times, 31.7.2000. <<

[42] Fleischer, *Im Kreuzschatten der Mächte*, p. 365. <<

[43] Mackensen (Roma) al Auswärtiges Amt, 21.10.1941, Auswärtiges Amt (Hudeczek), Programa económico, 16.10.1942, NAT 120/1174, tomas 752 y ss. <<

[44] Diario de guerra del OKW, vol. IV, 1, p. 665; vol. III, p. 109. <<

[45] Oficial económico de Salónica (Müller), Empleo de los judíos, 30.10 y 14.11.1942, BA-MA RW 29/109, ff. 25,75. <<

[46] Yahil, *Shoah*, p. 560; Safrian, *Eichmann-Männer*, pp. 238 y ss.; Molho (ed.), *In Memoriam*, vol. 1, p. 48; Audiencia territorial de Atenas, proceso contra Merten, 24.3.1958, pp. 28 y ss., Landesarchiv-Berlin, B Rep. 058/839, vols. 15-18. <<

[47] BA-MA RW 29/110, anexo 12, Drißner, *Deportation*, p. 69. <<

[48] Declaración de Merten, 27.2.1959, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/347. <<

[49] RWM (Pasel) al RFM, 9.8.1943, BA R 2/310, f. 117. <<

[50] Molho (ed.), *In Memoriam* (ed. en francés, 1948), p. 79. <<

[51] Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/346, ff. 124 y ss. <<

[52] Declaración contable del Central Board of the Jewish Communities of Greece, 12.5.1948, NA RG 59 (1945-1949), box 4255 (gracias a Martin Dean). Según Hahn, 5 libras-oro equivalían a 100 RM, de lo que también resultan 12 toneladas de oro. <<

[53] Plenipotenciario (Graevenitz) al Auswärtiges Amt, 26.3.1944, BA R 2/30674. <<

[54] Comandante de Salónica-Egeo (Merten), Patrimonio judío, 15.6.1943, Landesarchiv-Berlin, B Rep. 039-01/342, f. 92. <<

[55] Merten a la oficina de indemnizaciones de Berlin, 3.2.1964, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/346, ff. 94 y ss.; «Declaraciones contradictorias no creíbles», vol. 347. <<

[56] Declaración bajo juramento de Wisliceny, 27.6.1947, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/247, ff. 243-248; Testimonio de Wisliceny (Nuremberg), 3.1.1946, ETT 37; Mazower, *Greece*, p. 243. <<

[57] RVM (Rau) al OKH, jefe del servicio de transportes, 1.3.1944, PA AA R 110285; todos los datos aportados en el informe final del comandante en jefe encargado del Sureste (principios de 1945) sobre los «bienes judíos» son falsos, NAT 501/358, tomas 546 y ss. <<

[58] Stroumsa, *Geiger*, pp. 38-39. <<

[59] Consejo de adm. de las RKK, 5.11.1942, BA R 29/4, ff. 174-177; Schaefer a la presidencia del Landeszentralbank de Baviera, 17.10.1948, HAdDB Pers 101/20.335; RB (Wilhelm), 21.10.1942, BA R 2/14552, f. 32. <<

[60] *Berliner Börsenzeitung*, 1.2.1943, BA R 2501/7098, f. 25; Hahn, *Währung*, p. 5. <<

[61] Informe final del comandante en jefe del Sureste (principios de 1945), NA T 501/358, toma 503; Mazower, *Greece*, p. 357. <<

[62] Esa utilización del oro no es recogida en los instructivos trabajos de Wappler, *Grundzüge der Okkupationspolitik* pp. 56-57, y Rondholz, «Geschichte». <<

[63] Acta sin fecha (OKW al intendente jefe en el mando de la Wehrmacht para el Sureste en Salónica, 15.6.1943, BA-MA RW 7/1710b, ff. 176 y ss. <<

[64] Telegrama, 5.10.1943, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/343, f. 390. <<

[65] Informe de la autoridad militar en Grecia para el co-

mandante en jefe del Sureste sobre la situación en noviembre de 1943, BA-MA RH 2/685, f. 53. <<

[66] Del comisionado del Auswärtiges Amt en el mando de la Wehrmacht en Serbia al Auswärtiges Amt (para el emisario Neubacher), 13.11.1943, PA AA R 110358; del mando militar en Grecia al mando militar del Sureste, 10.12. 1943, BA-MA RW 7/1711a, ff. 3-41. <<

[67] Directorio del RB, Oro para Grecia, 1.12.1943-25.5.1944, BA R 2/14553 ff. 131-143; Auswärtiges Amt (Fischer) al Plenipotenciario para el Sureste, 1.3.1944, PA AA R 110358; RFM, Cuestiones monetarias relativas a los Balcanes, 8.11.1942, PA AA R 110285; RFM, actas (Bayrhoffer y Hahn), 8.11.1943, BA R 2/14569, ff. 194-196; Hahn, *Währung*.; Hahn, *Währung*-versión de 1957, pp. 28-35. Según Hahn, Göring autorizó el 20.1.1944 a Neubacher, con efectos retroactivos, a «realizar durante seis meses depósitos de oro mensuales, por un valor máximo de cuatro millones de RM», para Grecia, Albania y Serbia (p. 29); *Goldtransaktionen*, pp. 55, 64 (los envíos a Grecia se hallan en la sección Vl/3 «sucursal del Reichsbank»). <<

[68] Plenipotenciario especial (Graevenitz) al Auswärtiges Amt, 17.11.1942, PA AAR 110358. <<

[69] Telegrama (Graevenitz), 9 y 10.12.1943, PA AA R 110285. <<

[70] Gotthardt/Neubacher, 15.1.1944, BA R 2/14553, ff. 204 y ss. <<

[71] Graevenitz al Auswärtiges Amt para el RFM (Breyhan), 4.10.1944, PA AAR 110357. <<

[72] Hahn, *Währung*, p. 41; Hahn, *Währung*-versión de 1957, p. 30. <<

[73] Neubacher, *Sonderauftrag*, p. 87. <<

[74] Hahn, *Währung*-versión de 1957, pp. 40,52-53. <<

[75] Las entregas más pequeñas del 5.2 y el 15.11.1943 tuvieron seguramente fines especiales relacionados con el espionaje militar; Hahn, *Währung*, p. 55, anexo 5, p. 1 <<

[76] Hahn, *Währung*-versión de 1957, p. 51; Palairet afirma sin ninguna prueba en *Thefour Ends*, p. 36, que el oro fue enviado por el Reichsbank en los meses anteriores y almacenado en Atenas hasta noviembre. Otras referencias son, bien apologéticas como Oertel, *Reichsbank*, p. 224 («método casi increíble»), o sin un conocimiento preciso de los acontecimientos reales, como Mazower, *Greece*, p. 72. <<

[77] Informe final de la administración militar in Grecia (p. 73) [principios de 1945], BA-MA RW 40/116b. Todos los datos sobre los «bienes judíos» (pp. 81 y ss.) son falsos. <<

[78] RB, departamento de economía nacional, Sobre la cuestión de la introducción de una facturación en oro en Grecia, agosto de 1944, BA R 2/14569, ff. 224-228. <<

[79] Palairet, *The four Ends*, pp. 125-126; plenipotenciario en Atenas (Graevenitz), 26.3.1944, BA R 2/30674. <<

[80] Cotización de la libra-oro en Atenas (19.5.1943-31.8.1944), BA R 2501/7098, ff. 4-8; RB, departamento de economía nacional, 23.3.1943, BA R 29/105, f. 19; autoridad militar en Grecia, Informe de situación para nov. de 1943 de la administración militar. 1943, NOKW-1794; Informe de actividades del intendente jefe adjunto al comandante en jefe del Sureste (16.1 hasta 4.9.1943), BA-MA RW 7/1709b, ff. 155-162; Fleischer, *Im Kreuzschatten der Mächte*, pp. 452 y ss., extremadamente parcial; con errores Eckert, «Ausplünderung», p. 265, que indica, contrariamente a las fuentes, que la tasa de inflación «aumentó fuertemente de nuevo» a partir de marzo de 1943; también Xydis, *Economy and Finances*, deja de lado lo esencial, y lo mismo sucede con

Boelcke, «Kriegsfmanzierung», pp. 23-24. <<

[81] RFM (Berger), 24.4.1943 al intendente jefe adjunto al comandante en jefe del Sureste, BA-MA RW 7/1710b, ff. 170-171; RFM (Berger) al Auswärtiges Amt (Wiehl), 12.5.1943, BA R 2/30674. <<

[82] OKW al intendente jefe en el mando del Sureste, sector de Grecia, 15.6.1943, BA-MA RW 7/1710b, ff. 176 y ss.; en el mismo sentido, conflicto con Göring, Neubacher, *Sonderauftrag*, p. 93. <<

[83] Oficial económico en Atenas, 16.7.1943, BA-MA RW 29/103, f. 15; según Hahn «los transportes de oro llegaron» el 3 y el 7.7.1943. <<

[84] Neubacher, *Sonderauftrag*, p. 89. <<

[85] Palairet, *The four Ends*, ni siquiera tiene en cuenta que los bienes de los judíos griegos fueron liquidados. <<

[86] Neubacher, *Sonderauftrag*, pp. 88 y ss. (p. 80). <<

[87] Asunto secreto de mando para el jefe del OKW, Situación económica y financiación de la Wehrmacht en Grecia, 20.6.1944, BA-MA RW 7/1712, ff. 105-106. Informe final del comandante en jefe del Sureste, NAT 501/358, toma 538. <<

[88] Hahn, *Währung*-versión de 1957, pp. 52 y ss. <<

[89] Informe final del comandante en jefe del Sureste, NAT 501/358, tomas 538-539. <<

[90] «Simon Wiesenthal verklagt den griechischen Staat», *Tagesspiegel*, 13.11.1970; Merten a la Audiencia Territorial de Berlin, 13.11.1970, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/342, f. 275. <<

[91] «Hunt for sunken Jewish treasure» (11.8.2000), *http://news.bbc.co.uk/l/hi/world/europe/875376.stm* (1.9.2002); «Divers end search for Greek Jewish gold» (15.8.2002), http://www.cnn. eom/2OOO/WORLD/briefs/O8/12/europe. - 1208

(1.9.2002). <<

[92] Fleischer, «Griechenland», p. 267. <<

[93] Rosh/Jackel, *Deportation und Ermordung der Juden*, p. 82. <<

[94] Bernhuber a Oregera, Bernhuber a Pelligrini, 9.8.1944, ASBI Arch. Azzolini, Ufficio speziale di coordinamento/00520010114/005200101160. <<

[95] Jefe del OKW, Nombramiento de un comandante para el Egeo oriental e instrucciones de servicio, 10.5. 1944, BA-MA RM 7/239, ff. 341 y ss. <<

[96] Dirección de la guerra naval al grupo marítimo del Sur, 9.6.1944; grupo marítimo del Sur al OKM, 10.6.1944, BA-MA RM 7/239, ff. 320-321; orden del Führer al comandante de la fortaleza de Creta y al comandante del Egeo oriental con respecto a sus atribuciones como autoridades judiciales «en caso de aislamiento», 6.6.1944, Moll (ed.), «*Führer-Erlasse*», pp. 417-418. <<

[97] Dirección de la guerra naval, grupo marítimo del Sur, Juicio sobre la situación, 20.6 y 3.7.1944, BA-MA RM 7/239, ff. 365-372. <<

[98] Grupo marítimo del Sur al OKW/WFStb, 26.6. 1944, BA-MA RM 7/239, ff. 382 y ss. <<

[99] Fleischer, «Griechenland», p. 265. <<

[100] Diario de guerra Transporte marítimo/Tefe de la zona Egeo (1-15.7.1944), NAT 1022/2543. <<

[101] Grupo marítimo del Sur a la Dirección de la guerra naval, 9.7.1944, BA-MA RM 7/239, f. 393; Grupo marítimo del Sur al OKM/SKL, 24.9.1944 (f. 542); Prestación de transporte de regreso del Egeo, 23.8-21.10.1944 (ff. 656-657); Teatro de guerra del Egeo, sin fecha, sin firma, sin encabezamiento (finales de sept. de 1944, asunto secreto del mando,

borrador), BA-MA RM 7/1418, ff. 42-49. <<

[102] Diario de guerra del Servicio marítimo de Portolago (16-31.7.1944), NA T 1022/2527. Antes sólo existía un problema de abastecimiento. Diario de guerra del mismo Servicio (1.4-30.6.1944), NAT 1022/2511. <<

[103] Necesidades de la Wehrmacht en Grecia, asunto secreto del mando (Kersten), 31.7.1944, BA-MA RW 7/1712, ff. 108-109. <<

[104] Diario de guerra, Transporte marítimo/jefe de la zona Egeo (1.8-31.8.1944), NAT 1022/2543. <<

[105] Diario de guerra, Transporte marítimo/Rodas (1-30.9.1944), NA T 1022/2528. <<

[106] Wappler, *Grundzüge der Okkupationspolitik*, pp. 165 y ss. <<

[107] La situación de los transportes en Grecia durante la ocupación alemana 1941-1944 (invierno 1944/1945), R 2/30680; Sobre la situación favorable de los transportes en la parte norte de la línea hacia Auschwitz, Gerlach/Aly, *Das letze Kapitel*, pp. 271-274. <<

[108] Telegrama urgente de la Dirección de la guerra naval al Grupo marítimo del Sur, 27.8.1944; OKW/WFStb al Grupo marítimo del Sur, 27.8.1944; orden del almirante del Egeo, 28.8.1944, NAT 1022/2635; Dirección de la guerra naval al almirante del Egeo, 13.9.1944, BA-MA RM 7/239, f. 515; Wappler, *Grundzüge der Okkupationspolitik*, p. 175. <<

[109] Orden del alto mando del Grupo de Ejércitos E (Löhr) para Creta y el Dodecaneso, 24.11.1944, BA-MA RM 7/239, f. 542; en los mismos términos, Orden del alto mando del Grupo de Ejércitos E (Löhr), 22-23.9.1944, a la comandancia de Creta y a la división de asalto de Rodas, NA T 1022/2635. <<

[110] Ordenanza núm. 30 (Kleemann), 13.7.1944 (Kleemann), según la cual los judíos de Rodas debían concentrarse antes del 17 de julio en Rodi, Trianda, Cremasto y Villanova, NOKW-1802. Ulrich Kleemann (1892-1963), general de tropas acorazadas, fue destinado a Rodas desde sept. de 1943 hasta el 31.8.1944. <<

[111] Diario de guerra del Servicio marítimo de Portolago (1-31.7.1944), NA T1022/2527. <<

[112] División de asalto de Rodas, orden secreta del 16.7.1944 (Kleemann), NOKW-1S01; Hilberg, *Vernichtung*, p. 754. <<

[113] Diario de guerra del Servicio marítimo de Portolago (16.7-30.7.1944, tte. Probst), NAT 1022/2527. El *Stortebeker* no podía transportar más de 200 toneladas, el *Horst* 300, y lo mismo el *Merkur*. Habían sido transferidos en mayo de 1944 al Egeo junto con otros 21 buques de transporte ligero desde el mar Negro. Diario de guerra del jefe de transportes marítimos del Egeo (1.5-30.6.1944), NAT 1022/2543. <<

[114] Molho (ed.), *In Memoriam*, vol. 2, pp. 75-76; Varón ofrece en *Juderia* una descripción muy precisa de la deportación, pp. 36-58. <<

[115] Diario de guerra del jefe de transportes marítimos de El Pireo (16-31.7.1944), NAT 1022/2527; Diario de guerra del jefe de transportes marítimos de Portolago (1.8-15.8.1944), *ibid.* <<

[116] Angel, *The Jews of Rhodes*, p. 152; Franco, *The Jewish Martyrs*. (Esas dos fuentes sólo difieren en una persona.) <<

[117] *Documents on the History of the Greek Jews*, p. 363. <<

[118] Diario de guerra del almirante al mando del Egeo (1-15.7.1944), cuestiones relativas a la intendencia, NAT 1022/3955. <<

[119] Consejo de adm. de las RKK, 9.10.1944, BA R 2/13502, ff. 184-186. <<

[120] Molho (ed.), *In Memoriam*, p. 288. El autor yerra al concluir la frase citada con la afirmación «… para ser transportado a Alemania». La afirmación de Pepo Recanati (alias Konstantin, «Costas», Rekanatis), 20.11.1967, que vivía en Salónica, hablaba ladino y trabajó como intérprete para el SD entre 1942 y 1944, no es creíble (Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/342, ff. 104 y ss.). Sobre las mentiras de Recanati, que adoptó más tarde la nacionalidad alemana, *vid.* Edward Kossoy a la Audiencia Territorial de Berlín, 3.3.1968, *ibid.*, f. 111; Franco, *The Jewish Martyrs*, p. 57. <<

[121] Comandante local de la ciudad de Rodas a la División de asalto de Rodas/Ic, 4.8.1944, NOKW-1795. <<

[122] Gilbert, *Holocaust*, p. 707. <<

[123] Rosh/Jackel, *Deportation und Ermordung der Juden*, p. 85. <<

[124] Hilberg, *Vernichtung*, p. 687. <<

[125] Asunto secreto del mando. Necesidades de la Wehrmacht en Grecia (Kersten), 31.7.1944, BA-MA-RW-7/1712, ff. 108-109. <<

[126] Autoridad militar en Grecia, 17.6.1944, Wappler, *Grundzüge der Okkupationspolitik*, p. 146. <<

[127] División de asalto de Rodas, orden secreta del 16.7.1944 (Kleemann), NOKW-1801. <<

[128] Informe de actividades de la comandancia local de Rodas (agosto de 1944), 3.9.1944, NOKW-1795. <<

[129] Declaración de Erwin Lenz, 10.5.1947, NOKW-1715; Informe pericial del IfZ (I. Arndt), 21.3.1967, con referencia al NOKW-1715, Landesarchiv-Berlin B Rep. 039-01/342, ff. 101-102. <<

Notas Capítulo 12. Los frutos del mal

[1] Administración fiduciaria y bienes judíos, informe de administración, 23.3.1945, p. 4, BA F 627 P (= NAT 175/410). <<

[2] Oficina de administración de la Wehrmacht, asuntos discutidos [mayo de 1943], NA RG 238, caja 26 (*Reinecke Files*). <<

[3] Gerlach/Aly, *Das letze Kapitel* pp. 212-213. <<

[4] Boelcke, *Kosten*, pp. 110-111.

El primer documento es el informe del Departamento de investigación de la Economía de Defensa (*Forschungsstelle für Wehrwirtschaft, FfW)* sobre la cuestión de las «contribuciones financieras de los territorios ocupados hasta finales de marzo de 1944», publicado en 1986 por Christoph Buchheim («Besetzte Länder», pp. 123-145; el FfW había realizado ya trabajos parecidos para el año 1940/1941, que luego fue actualizando, BA R 2/3847, ff. 285-294). Ese servicio, que formaba parte del equipo de expertos de la Autoridad del Plan Cuatrienal de Göring, fue dirigido entre 1939 y 1945 por el economista especializado en cuestiones financieras Otto Donner (Aly/Heim, *Vordenker*, pp. 54 y ss.). El informe, fechado en abril de 1944, utilizado aquí es relativamente transparente. Sus autores intentaron, en el caso de Grecia por ejemplo, maquillar las cifras correspondientes a los costes de ocupación, que a causa de la inflación habían alcanzado alturas descomunales, para hacerlas comparables y signi-

ficativas. Mencionaban abiertamente los inconvenientes metodológicos de sus cálculos y sus hipótesis. Por razones fácticas los consejeros de Göring sumaban los adelantos de compensación a los ingresos del Reich.

El segundo documento proviene de la administración general del Ministerio de Finanzas del Reich. Transmitido el 6 de noviembre de 1944 como informe confidencial al ministro, así como al secretario de Estado, hacía el balance de los ingresos, gastos y deudas del Estado durante los cinco años de guerra transcurridos. Concluía el 31 de agosto, cubriendo así cinco meses más que el estudio del FfW. A diferencia de este último, sus autores introducían sin modificación alguna en su cálculo global las diferentes sumas en RM (sin tener en cuenta la inflación). Incluían los adelantos de compensación entre las deudas del Reich, pero hacían figurar tal cual en el apartado de los «costes de ocupación» las contribuciones a los gastos de guerra de los estados coaligados —¡incluidos los de España!—. Ahora bien, ése es el lugar que les correspondía de hecho. Como el estudio del FfW omitía en particular las contribuciones a los gastos de guerra de Croacia y de la República de Salo de Mussolini, formalmente aliada a Alemania, esos datos se han completado a partir del documento procedente de la administración general del Ministerio de Finanzas del Reich (esa fuente se encuentra bajo la signatura BA R 2/24250; el documento no está encuadernado ni paginado; yo paginé mi propia copia, con lo que el cuadro de la Oficina de Estadística corresponde —incluyendo todos los anexos— a los folios 152 a 178).

El tercer documento utilizado proviene también del Ministerio de Finanzas del Reich, pero esta vez de la Oficina de Estadística. Fue igualmente confeccionado en noviembre de 1944, lleva la mención «asuntos del Reich-confidencial» y se titula «Síntesis estadística de los cálculos presupuestarios del

Reich de 1938 a 1943» (BA R 2/24250, ff. 179-192 [paginación propia]). A diferencia del trabajo realizado por la administración general, que toma como período de cada ejercicio el que va del 1 de septiembre al 31 de agosto, para la Oficina de Estadística el ejercicio corresponde a un año civil. Como los ingresos fiscales no variaron de forma significativa en Alemania en el transcurso del primer semestre de 1944, esas cifras se pueden extrapolar hasta el 31 de agosto de 1944. A continuación se inició una fase final y caótica, que no pudo ser registrada ni siquiera por los estadísticos de la época más que de forma aleatoria. Esa fuente permite aportar respuestas bastante precisas a la cuestión del reparto de las cargas de guerra entre las diferentes capas sociales.

El cuarto documento fue confeccionado por el departamento de economía nacional del Banco del Reich. Se trata de los saldos de compensación al 30 de junio de 1944. Si bien los datos que incluye corroboran los de los otros tres documentos, su aportación principal es otra, una mención específica que indica hasta qué punto los Países Bajos, el Gobierno General y el Protectorado de Bohemia y Moravia se vieron obligados a comprar bonos del Tesoro, mientras que Bulgaria lo hizo voluntariamente. Se registran igualmente las deudas de compensación del Reich a Suiza, de más de 500.000 RM, suma que se explica por el cerco a que se veía sometido el país por la Wehrmacht y la imposibilidad de rechazar todas los demandas alemanas o de insistir en que se le pagará inmediatamente en oro o en divisas. Como en todos los casos citados se trataba de ingresos de hecho, las cifras correspondientes aparecen en el apartado «Compensación». (Esa fuente lleva por título Vowi Abt) [departamento de economía nacional] [Eicke], 8.7.1944, BA R 2/13502, ff. 175-176; *vid.* también las deudas alemanas de compensación según la edición de los saldos de la caja alemana de compen-

sación, 7.9.1944, BA R 2/267, f. 59). <<

[5] El Ministerio de Finanzas del Reich registró también en el apartado «ingresos generales de administración» los flujos en RM resultantes de los innumerables cambios de dinero de los soldados alemanes en el extranjero. Hubo también, como se describe en el capítulo «Pesada carga para Francia», ingresos surgidos de compras efectuadas en el extranjero por las empresas alemanas: éstas pagaban los precios convenidos con sus proveedores extranjeros en la caja alemana de compensación, que a su vez ingresaba indirectamente las sumas en la caja del Reich, mientras que a los acreedores extranjeros se les pagaba con fondos tomados del presupuesto de los costes de ocupación o de las cajas de compensación. Los «ingresos generales de administración» escondían además los beneficios derivados de la entrega de mercancías por parte de la Unión Soviética, Italia y Rumanía para pagar con ellas las propiedades abandonadas por los alemanes étnicos repatriados al Reich. También se producían ingresos cuando los representantes de las autoridades alemanas en el extranjero adquirían artículos con moneda extranjera para venderlos luego en Alemania, en beneficio de la caja del Reich, ya se tratara de bienes de consumo para los escaparates de Navidad pagados por los compradores, de materias primas para fabricar armas o de comestibles. Todas las sumas de ese tipo eran registradas en el apartado «ingresos generales de administración». Por último, fue también ahí a donde fueron a parar los ingresos derivados de la *M-Aktion* (*vid.* pp. 144 y ss.), así como los que los funcionarios alemanes de Hacienda sacaban de las ventas de bienes judíos en Alemania y en los territorios anexionados y que iban a parar a las arcas del Estado. <<

[6] Lo he hecho así por prudencia, aunque las sumas en cuestión, que entre 1939 y 1945 representaron más de cuatro

millardos de RM, se debiesen fundamentalmente a la guerra y al aumento de actividad, y a los beneficios que ello suponía para esas instituciones. <<

[7] (Nota vinculada a la línea: «Deduciendo ingresos por impuestos sobre el salario de los trabajadores forzados 70,50[7]»)

El período del 1.9.1944 hasta el 8.5.1945 se estimará en un 50 por 100 del ejercicio anterior. <<

[8] RFM (oficina de estadística), Impuesto sobre la renta 1938-1943, nov. de 1944, BA R 2/242500, f. 187; Milward, *Zweiter Weltkrieg*, p. 138. <<

Notas Capítulo 13. Política especuladora

[1] Directivas secretas de la conferencia de prensa del gobierno del Reich, 26.1.1940, BAR 8136/3990. <<

[2] Telegrama del NSDAP de Hamburgo (Kaufmann) al Reichsleiter Bormann, 10.2.1942, BA, R 2/31681. <<

[3] Donner (Servicio de investigación económica militar), Sobre la situación financiera actual y las posibilidades de endurecer la política tributaria en Hungría, principios de octubre de 1944, BA R 2/30679; Busch, «Finanzaufgaben». <<

[4] Federau, *Der Zweite Weltkrieg*, p. 19. <<

[5] Informe Chmela, p. 89, NID-14615. <<

[6] MBiF, Departamento de economía (Rinke), 20.1.1944, BA R 2/14552, ff. 317 y ss.; Informe sobre la situación (Rinke), 5.7.1943, BA R 2/30123. <<

[7] *Reichsgesetzblatt* I, p. 963. <<

[8] *Währung und Wirtschaft in Deutschland 1876-1975*, p. 405. <<

[9] Benning, «La financiación de la guerra» (manuscrito, 1944), BA R 8136/3809. <<

[10] Benning, «Expansión y contracción de la masa monetaria» (manuscrito, 25.3.1943), BA R 8136/3810, p. 18. <<

[11] *Ibid.* <<

[12] Boelcke, «Kriegsfinanzierung», pp. 34,36. <<

[13] BA R 2501/7007, ff. 330 y ss.; Oertel, *Reichsbank*, p. 191. <<

[14] Consejo de adm. de las RKK, 21.12.1942, BA R 2/13502, f. 102; Ludwig Erhard habló en 1944 de la necesidad de «consolidar ulteriormente los hechos y movimientos por el momento invisibles en el mercado financiero»; Erhard, *Kriegsfinanzierung*, pp. 11 y ss., 44; indulgentemente Boelcke, *Kosten*, p. 94. <<

[15] Federau, *Der Zweite Weltkrieg*, p. 16; Erhard, *Kriegsfinanzierung*, pp. 13,212. <<

[16] Informe de situación del plenipotenciario general de la Wehrmacht en Italia (16.7-15.8.1944), BA R 2/30598, ff. 128-129. <<

[17] BAR2/24250. <<

[18] Para 1940: «Die Sparleistung des Jahres 1940», *Sparkasse*, 61 (1941), pp. 109-111 («un total de cerca de once millardos de RM»); para 1941-1942, Reinhardt, *Geld*, pp. 48-49; RFM, oficina general, Evolución de los depósitos de ahorro, 9.12.1943, BA R 2/24250. El aumento de los depósitos en la Caja Postal de Ahorros resulta especialmente impresionante: 1939: cien millones de RM; 1941: 1.300 millones de RM; 1942: 2.800 millones de RM. Dr. B[enning], «El problema de los tipos de interés en la financiación de la guerra» (manuscrito, 10.6.1943), p. 3, BAR 8136/3809. <<

[19] Benning, «Expansión y contracción de la masa monetaria» (manuscrito, 25.3.1943), p. 214. <<

[20] «Der Sparinhalt der Lebensversicherung», *Sparkasse* 63 (1943), pp. 4-6. <<

[21] Rath, «Die produktiven Aufgaben», p. 514; Bark, *Kriegsfinanzierung*, p. 109. <<

[22] Reinhardt, *Geld*, p. 49. <<

[23] Sobre el 30 de enero de 1943, *vid. Sparkasse* 63 (1943), núm. 2, p. 15. <<

[24] *Die Bank*, 33 (1940), pp. 17-18. <<

[25] Dr. F., «Die Deutsche Girozentrale berichtet», *Sparkasse*, 61 (1941), pp. 68-69; «Zinsproblematik», *ibid*., p. 87. <<

[26] RFM, oficina general, Evolución de los depósitos de ahorro, 9.12.1943, BAR 2/24250. <<

[27] Informe del SD sobre cuestiones internas, Economía («A petición del destinatario» [no mencionado]), 13.12.1943, (subrayado en el original), BA R 2/24250. <<

[28] «Tilgung der Kriegsschulden», *Bankwirtschaft* 1944, pp. 135-136. <<

[29] Situación del Reichsbank, 15.9.1944, BA R 2/13480, f. 213. <<

[30] RWM, Financiación de la guerra (modelo para Ohlendort), 3.1.1945, BA R 26/36, f. 19. <<

[31] Keiser, «Das fünfte Kriegsjahr», *Bankwirtschaft* 1945, pp. 29-33; BA R 25/36, ff. 27-28. <<

[32] Schwerin von Krosigk a K. H. Frank, 30.11.1944, NA Rg 238/caja XI/F. 33. <<

[33] Seminario sobre la Financiación de la segunda guerra mundial (G. Aly, Universidad de Salzburgo 2002/2003); Walter Pichler, Sobre el papel de las cajas de ahorros, actas de las sesiones del consejo de administración de la Caja de ahorro de Salzburgo, 1941-1944. <<

[34] Situación del Reichsbank, 31.8.1944, BA R 2/13480, f. 210. <<

[35] Friedrich, *Der Brand*, pp. 449 y ss.; Rass, «Menschenmaterial», pp. 293 y ss. <<

[36] Bark, *Kriegsfinanzierung*, pp. 23,28. <<

[37] Reinhardt, *Geld*, p. 38. <<

[38] Academia del Derecho Alemán, Grupo de trabajo sobre dinero y crédito, 17 y 18.10.1941,Janssen, *Nationalökonomie*, p. 493. <<

[39] Möller, «Grenzprobleme», p. 116. <<

[40] Benning, «Expansión y contracción de la masa monetaria» (manuscrito, 25.3.1943), pp. 227-228 (modificaba así explícitamente su negativa anterior a especular con una eventual amortización de las deudas sobre la base de la victoria militar). <<

[41] Benning, «Financiación de los costes de guerra, liberación de capitales y excedente monetario» (manuscrito, 9.6.1942), pp. 1,36, BA R 8136/3809. <<

[42] VJP, Explicación de Reinhardt a Backe, Riecke, Schlotterer, Meyer y Hanneken [1942], BA R 2/30675. <<

[43] RMI (Stuckart), Incautación de los bienes enemigos en Eslovenia, 11.9.1941, NG-4764; RFM, 30.7.1942, NG-4919. <<

[44] RFM (Schlüter) al RMI, 9.4.1942, NG-4766. <<

[45] VJP (Komer) al RFM, 17.6.1941, NG-4912. <<

[46] Sesión de trabajo de los consejeros económicos regionales (Braun, Kurhessen), 19.2.1942, BA R 2/31681. <<

[47] Eichholtz (ed.), «Richtlinien». <<

[48] RFM/NSDAP (Gündel) a Reinhardt, 17.4.1942, BAR 2/31681. <<

[49] RFM (Breyhan), conversación con Schwerin von Krosigk, 6.9.1941, BA R 2/14586, ff. 23-24. Schwerin von Krosigk a los demás ministros, 4.9.1942, R 2/352, ff. 31-40. <<

[50] VJP, Explicación de Reinhardt a Backe, Riecke, Schlotterer, Meyer y Hanneken [1942], BA R 2/30675. <<

[51] RKG (Benning), 18.1.1943, Explicación del consejero de agricultura del Reich Deetjen, 15.1.1943, BA R 8136/3734, ff. 2-3; Aly, *Rasse und Klasse*, pp. 114-120. <<

[52] Sobre la importancia de ese discurso, *vid.* Gerlach, *Krieg*, pp. 85-166; *Goebbels-Tgb.*, II/2, pp. 494 y ss. <<

[53] *Hitlers Tischgespräche* (Bormann), p. 136 (25.3.1942). <<

[54] Reunión en Rovno (von Engelbrechten), 26-28.8.1942, NA 242/24, f. 13. <<

[55] RKU, departamento de Finanzas (Höll) al RFM (Eckardt), 21.2.1942, BAR 2/30584. <<

[56] *Goebbels-Tgb.*, II/7, pp. 84 (10.1.1943). <<

Notas Capítulo 14. Socialismo nacional

[1] Schwerin von Krosigk, *Nationalsozialistische Finanzpolitik*, p. 16. <<

[2] Como ejemplo, *vid.* Genschel, *Verdrängung*. <<

[3] «Abgabenpolitik im Kriege», *Bankwirtschaft* 1944, p. 74. <<

[4] Informe administrativo del RB, 1942, Berlin 1943, p. 6. <<

[5] AAN Bank Emisyjny (Emissionsbank)/145. <<

[6] RFM (Schwerin von Krosigk), 15.7.1942, BA R 2/30909; Keitel a los jefes e intendentes de la Wehrmacht, 6.3. 1942, BA-MA RW 7/1711b. ff. 158-159. <<

[7] Göring a los comisarios de agricultura alemanes sobre la situación de las reservas de alimentos, 6.8.1942, IMG, vol. 39, p. 397. <<

[8] *Goebbels-Tgb.*, 1/5, pp. 96,233 (14.1 y 27.3.1938). <<

[9] Diario de guerra del estado mayor de la economía de guerra, 4 y 6.12.1939, BA-MA RW 19/164. <<

[10] La lógica del sistema nacionalsocialista llevaba, como demuestra la práctica de la repatriación, a la superación proyectiva de los conflictos. Cuanto más aumentaban las dificultades materiales del Estado nacionalsocialista, más radicalmente formulaban sus dirigentes e ideólogos, que habían descartado la posibilidad del compromiso, los objetivos de

pillaje, por más víctimas que éste implicara. En 1995 pude constatar que la acción de los «etnócratas» de la política demográfica nacionalsocialista estaba guiada por esa idea, que apareció igualmente entre los expertos en finanzas, monetarios y de avituallamiento. Esa era la característica esencial de la política nacionalsocialista: «Aun si los representantes de determinadas instituciones defendían intereses contradictorios e incompatibles, estaban dispuestos a superar conjuntamente por medio del pillaje, de la esclavitud y de la destrucción las contradicciones —en particular el ritmo al que deseaban aplicar sus medidas— que sus concepciones divergentes generarían inexorablemente». Mantenían así el sueño de que, después de la próxima gran victoria, los alemanes dejarían atrás la penuria crónica de recursos y podrían construir el socialismo nacional sin restricciones ni reservas, a costa de los «enemigos» y de los pueblos «inferiores» (Aly, *Endlösung*, capítulos «Solución rápida - Tras la victoria», pp. 250-255, y «Superación proyectiva de los conflictos», pp. 394-400). <<

[11] Goerdeler, *Schriften*, pp. 785 y ss. <<

[12] *Goebbels-Tgb.*, 1/9, p. 379 (16.6.1941). <<

[13] Sobre esas cartas, *vid.* la nota 14 en la p. 390. <<

[14] Kundrus, *Knegerfrauen*, p. 315. <<

[15] Klemperer, Zeugnis, p. 410 (25.5.1938). <<

[16] *Völkischer Beobachter*, 11.9.1939. <<

[17] *Goebbels-Tgb.*, 1/9, pp. 171,229,247 (5.3,6.4,14.4.1941). <<

[18] *Deutschlandberichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands*, vol. 7, p. 176 (7.3.1940). <<

[19] Bark, *Kriegsfinanzierung*, pp. 48-49. <<

[20] *Hitlers Tischgespräche*, pp. 201-202 (27.1.1942); Hitler,

discurso del 10.12.1940, p. 350. <<

[21] Zitelmann, *Hitler*, p. 135. <<

[22] Boberach (ed.), *Meldungen*, p. 4331. <<

[23] La inflación ha quedado totalmente descartada. Reinhardt mencionaba «importantes problemas de financiación», *Der Angriff*, 17.1.1945. <<

[24] *Goebbels-Tgb.*, II/l, pp. 373,439 (17.9 y 7.9.1941) y en muchos otros lugares. <<

[25] Debo esa expresión a una observación de Michael Naumann a propósito de mi artículo «Hitlers zufriedene Räuber» [Los ufanos ladrones de Hitler], *Die Zeit*, 8.5.2003. <<

[26] Informe del SD sobre cuestiones internas, 13.12.1943, BA R 2/24250; Kundrus, *Kriegerfrauen*, pp. 314-321. <<

[27] Posener, *Deutschland*, p. 18. <<

Notas Apéndices

[1] Kretzschmann, «Die Reichskreditkassen», pp. 116-117; *Reichszollblatt* 27 (1942), núm. 32, ed. A., p. 56; Pagos a la Wehrmacht fuera del Reich entre 1941 y 1944, BA R 2501/7101. <<

[2] Al principio de la ocupación 100 coronas danesas equivalían a 50 RM; luego, por algún tiempo, a 49,00 RM, y finalmente a 52,30 RM; debates al respecto en BA R 2/60244. <<

[3] A veces 12,50 RM. <<

[4] En un primer momento 60,00 RM, luego 56,90 RM. <<

[5] El acuerdo establecido en enero de 1941 ente la administración central de las RKK y la Casa Autonoma de Finantare si Amortizare de Bucarest fijó un tipo de cambio interno de 100 leis = 2 RM, BAR 2/30703. <<

[6] *Goldtransaktionen im Zweiten Weltkrieg*, p. 4. <<

	Subvenciones (en millones de RM)	*Índice*	*Aumento porcentual anual*
1938	640,4	100	
1939	748,6	116	16
1940	940,4	146	26
1941	1.395,3	217	48
1942	963,1	150	−31
1943	1.119,2	174	16



	Impuesto sobre el salario (en millones de RM)	*Índice*	*Aumento porcentual anual*
1938	2.090,8	100	
1939	2.645,7	126	26
1940	2.979,3	142	11
1941	4.223,4	209	42
1942	4.539,2	217	7
1943	5.001,2	239	10



Alimentos de procedencia soviética (toneladas) para:	*la Wehrmacht*	*Alemania*	*Total*
Cereales	3.385.021	988.318	4.373.339
Carne	435.058	60.585	495.643
Aceites de mesa y materias grasas	90.732	632.618	723.450
Patatas	1.880.240	15.535	1.895.775



UC consumidas	*UC consumidas por la Wehrmacht*	*en Alemania*
Cereales	33.850.210	9.883.180
Carne	21.752.900	3.029.250
Aceites de mesa y materias grasas	3.084.890	21.509.010
Patatas	3.760.480	31.070
Subtotal	62.448.480	34.452.510
Aumento en un 15 por 100 del consumo de la Wehrmacht	9.367.272	
Total de la Wehrmacht	71.815.752	
Total de la Wehrmacht más Alemania		106.268.262



Ausweislich der Bücher des Bankenkommissars, dessen Buchungen mit den listenmässigen Aufgaben der Reichshauptstadt Berlin und der Reichsbankhauptstelle Wien übereinstimmen, sind in Athen folgende Goldtransporte eingegangen:

	Goldpfund	Goldfrancs
4. 2. 1943	48.000	1.250.000
28. 2. "	63.000	---
2. 3. "	33.000	800.000
3. 3. "	-	1.700.000
3. 4. "	50.000	---
13. 4. "	33.000	480.000
14. 4. "	33.000	480.000
8. 5. "	50.000	800.000
9. 6. "	50.000	700.000
3. 7. "	50.000	560.000
5. 7. "	-	640.000
31. 7. "	45.000	640.000
2. 8. "	-	510.290
29. 8. "	-	480.000
21. 9. "	-	300.000
	455.000	9.340.290

Ferner sind nach Aufgabe der Reichshauptbank Berlin folgende Sendungen nach Athen abgegangen, deren Eingänge im einzelnen mangels vorhandener Unterlagen von der Dienststelle nicht mehr geprüft werden können

x Von Berlin nur im RM-Betrage v. 1Mio. angegeben
x1 Von Berlin nur im RM-Betrage v. 1,4 Mio angegeben

5. 2. 1943	4.000	22.570
15.11. "	6.000	140.000
17.11. "	50.000 x	1.200.000
2.12. "	50.000	-
9.12. "	70.000 x1	-
29.12. "	48.000	1.250.000
3. 1. 1944	48.000	1.250.000
2o. 1. "	48.000	1.250.000

Mithin sind für die Dienststelle Athen insgesamt eingegangen: L 779.000 Fr. 14.452.860

Im Ablauf der Aktion sind noch durch Interventionskäufe am Athener Markt dem Bestand zugeführt worden L 5.934 Fr. 11.700

Auszug aus dem Rechenschaftsbericht von Paul Hahn über seine vierjährige Tätigkeit als Deutscher Bankenkommissar in Griechenland, 12. April 1945 (PA-AA R 27320)

Extracto de un balance de Paul Hann sobre sus cuatro años de actividad como comisario alemán encargado de los bancos en Grecia, 12 de abril de 1945 (PA AA R 27320)



INGRESOS OBTENIDOS DE LOS PAÍSES OCUPADOS Y COALIGADOS ENTRE 1939 Y 1945

(en millones de RM)

	Costes de ocupación	*Compensación*	*Total estimado*
	31 de marzo-31 de agosto de 1944	*31 de agosto de 1944*	
Bélgica	5.310	4.990	11.000
Bulgaria	350	820	1.170
Croacia	190	1.050	1.200
Dinamarca	2.400	1.410	3.500
Eslovaquia	30	800	800
España		110	110
Francia	31.600	8.540	40.140
Grecia	500	240	1.000
Gobierno General (Polonia)	1.490	4.120	5.500
Hungría	1.000	1.350	2.500
Italia	5.190	150	10.000
Noruega	5.040	140	7.000
Países Bajos	9.290	5.590	14.500
Protectorado (Bohemia y Moravia)	2.310	2.430	5.000
Rumania		1.130	3.000
Serbia	310	510	1.000
Suiza		650	650
Unión Soviética	4.500	540	5.400
Botín de guerra	1.000		1.000
Suma parcial			114.470
+ Factor Donner			17.160
Suma total			131.630

<<

INGRESOS GENERALES DE LA ADMINISTRACIÓN – OTROS INGRESOS

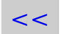
(en millones de RM)

	Presupuesto ordinario	*Presupuesto extraordinario*	*Suma*
1938	2.927,5		2.927,5
1939	3.410,7	310,8	3.721,5
1940	2.980,1	1.480,2	4.460,3
1941	3.939,8	1.928,2	5.868,0
1942	4.169,5	2.443,0	6.612,5
1943	4.744,1	3.222,6	7.966,7
1944 y 1945			4.000,0
Total sin 1938			32.629,0
«Ingresos honrados» 1939-1945			–8.250,0
Ingresos procedentes del robo			24.379,0



INGRESOS DE GUERRA EXTERNOS, EN MILLARDOS DE RM

Costes de ocupación más compensaciones comerciales (suma anterior)	131,50
Ingresos por trabajo forzoso, no contabilizados en los ingresos generales de la Administración (incluyendo seguridad social y subvenciones indirectas a la agricultura)	12,00
Ingresos generales de la Administración	24,50
Total de los ingresos de guerra externos	168,00



INGRESOS DE GUERRA TOTALES EN EL REICH, EN MILLARDOS DE RM

Deduciendo ingresos por impuestos sobre el salario de los trabajadores forzados	70,50
Ingresos generales «honrados» de la Administración	13,50
Total	84,00



ÍNDICE